

Jean-Claude
Maleval

La forclusión del Nombre del Padre

El concepto y su clínica

¿Por qué un libro sobre la forclusión del Nombre del Padre, noción con la cual Jacques Lacan introdujo la psicosis en el discurso analítico? Su importancia decisiva en el campo de la teoría analítica justifica el presente estudio, pues la posibilidad misma de un tratamiento auténticamente psicoanalítico del psicótico está subordinada a la comprensión cabal de este concepto y su clínica. La ausencia de una exposición sistemática de dicha noción en los textos de Lacan da lugar a este examen, que no sólo rastrea la construcción del concepto en su obra desde su introducción en 1957 hasta los trabajos de los años setenta, sino que profundiza en las consecuencias que la forclusión tiene sobre la economía del goce, eje de los estudios clínicos que constituye la segunda parte de este libro. Dado que la aceptación o el rechazo de la hipótesis de la forclusión del Nombre del Padre condiciona el conjunto de las opciones teóricas del analista y la concepción misma de la cura, el aporte de Jean-Claude Maleval resulta fundamental. La obra revela el carácter dinámico del concepto y, al poner de relieve los recursos creativos del psicótico, abre nuevas posibilidades para su tratamiento.

Jean-Claude Maleval es psicoanalista, miembro de la École de la Cause freudienne y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Es profesor de Psicopatología en la Universidad de Rennes-II.

ISBN 950-12-3612-9



59012

9 789501 236125

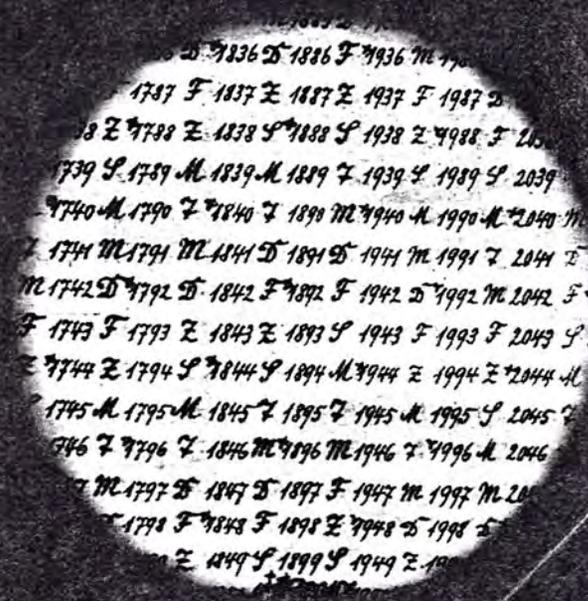
Paidós Campo Freudiano 12

Paidós Campo Freudiano 12

Jean-Claude Maleval

La forclusión del Nombre del Padre

El concepto y su clínica



Paidós Campo Freudiano

1. Marie-Christine Hamon, *¿Por qué las mujeres aman a los hombres?*
2. Marie-Pierre de Cossé Brissac, R. Dumas, F. Giroud y otros,
¿Conoce usted a Lacan?
3. A. Zenoni, *El cuerpo del ser hablante*
4. Serge André, *La impostura perversa*
5. Rosine y Robert Lefort, *Maryse se hace una niña*
6. Rosine y Robert Lefort, *Nacimiento del Otro*
7. Textos reunidos por la Asociación Mundial de Psicoanálisis,
Los poderes de la palabra
8. Paul Roazen, *Cómo trabajaba Freud*
9. Textos reunidos por la Fundación del Campo Freudiano,
El síntoma charlatán
10. Henry Rey-Flaud, *Elogio de la nada*
11. Textos reunidos por la Fundación del Campo Freudiano,
La sesión analítica
12. Jean-Claude Maleval, *La forclusión del Nombre del Padre*

Jean-Claude Maleval

La forclusión del Nombre del Padre

El concepto y su clínica



PAIDÓS

Buenos Aires
Barcelona
México

La forclusión del Nombre del Padre

Título original: *La Forclusion du Nom-du-Père. Le concept et sa clinique*
 Publicado en francés por Éditions du Seuil, París, 2000
 © Éditions du Seuil, 2000

Traducción: Alfonso Díez

Diseño de colección: Mario Eskenazi

Cubierta: Gustavo Macri

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros y del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

150.195 Maleval, J.-Claude.
 MAL La forclusión del Nombre del Padre : el concepto y su
 clínica.- 1º ed. Buenos Aires : Paidós, 2002.
 448 p. ; 21x14 cm.- (Campo freudiano)
 Traducción de: Alfonso Díez
 ISBN 950-12-3612-9
 I. Título - I. Psicoanálisis

1a. edición, 2002

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2002 de todas las ediciones en castellano
 Editorial Paidós SAICF
 Defensa 599, Buenos Aires
 e-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar
 Ediciones Paidós Ibérica SA
 Mariano Cubí 92, Barcelona
 Editorial Paidós Mexicana SA
 Rubén Darío 118, México D.F.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
 Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Gráfica MPS
 Santiago del Estero 338, Lanús, Buenos Aires, en julio de 2002.
 Tirada: 2.000 ejemplares

ISBN 950-12-3612-9

Índice

Introducción	11
--------------------	----

PRIMERA PARTE Construcción y evolución del concepto de forclusión del Nombre del Padre

1. La <i>Verwerfung</i> freudiana	33
2. <i>Verwerfung</i> y represión primaria	41
3. El origen del concepto de forclusión	61
4. Del Nombre del Padre, la forclusión	67
5. Primeros abordajes de la función paterna	73
6. La metáfora paterna	81
7. La incompletud del Otro: un giro decisivo	87
8. La pluralización del Nombre del Padre	97
9. El Un-Padre	105
10. $\exists x \Phi x$	111
11. La cadena borromea y el sínthoma	125
12. La forclusión restringida	141

SEGUNDA PARTE Elementos de clínica de la forclusión del Nombre del Padre

13. Los trastornos del lenguaje en el psicótico	151
14. Los desencadenamientos de la psicosis	239
15. La escala de los delirios	279
16. La emergencia de La mujer	295
17. La transferencia del sujeto psicótico	313

18. Antes de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis"	335
19. Más allá de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis": el otro centramiento	371
Bibliografía	417
Índice onomástico	439

A Sophie

/ Introducción

Ciertamente, la forclusión del Nombre del Padre no es el alfa y el omega de la psicosis. Como subraya Cottet, saber si determina o no la estructura del sujeto no basta para "prever o predecir las consecuencias, los efectos, las crisis y las recaídas";¹ pero la difusión del psicoanálisis, un siglo después de que tuviera lugar el descubrimiento freudiano, está suponiendo un incremento considerable de las demandas de cura por parte de sujetos psicóticos, y distinguir a estos últimos de los sujetos neuróticos constituye una de las principales cosas que están en juego en las entrevistas preliminares. De ello depende la dirección de la cura. La posibilidad misma de un tratamiento auténticamente psicoanalítico del psicótico está subordinada a la capacidad de llevar a cabo esta distinción. La operación no es fácil, debido a la profusión de conceptos desarrollados en el campo de la clínica de la frontera neurosis-psicosis, que conducen a borrar su carácter decisivo (*borderline*, personalidad narcisista, psicosis blanca). Esta frontera clara sólo puede ser el resultado de tener en cuenta la forclusión del Nombre del Padre. Nadie ignora la existencia de este concepto introducido por Lacan en 1957 en la teoría psicoanalítica para circunscribir la estructura psicótica. Pero pocos son los clínicos que lo conocen bien. Su difusión sólo se ve superada por su desconocimiento. Algunos consideran que no se trata de una noción clínica. Otros separan el Nombre del Padre de la forclusión, convirtiendo esta última en un mecanismo de defensa suplementario o multiplicando los significantes sobre los que supuestamente se ejerce. Una nueva forma de escamotear la frontera neurosis-psicosis.

Uno de los motivos de estas confusiones reside en la ausencia de una exposición sistemática de la forclusión del Nombre del Padre en la enseñanza de Lacan. El texto más consultado a este respecto, el se-

1. S. Cottet, "L'hypothèse continuiste dans les psychoses", *L'Essai*, revista clínica anual publicada por el Departamento de Psicoanálisis, Universidad de París-VIII.

minario III, *Las psicosis*, sólo relata su emergencia, todavía por advenir, porque allí el término no figura explícitamente. La forclusión alcanzará sus desarrollos más elaborados algunos años más tarde en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", de acceso difícil a un lector poco enterado y que, lo que es más importante, es anterior a los trabajos fundamentales de los años setenta en los que el goce y lo real pasan a ser predominantes. Las últimas investigaciones renuevan y superan las elaboraciones de la lógica del significante que proporcionaron las condiciones de posibilidad de la construcción del concepto de forclusión del Nombre del Padre. El estudio de las consecuencias que ésta tiene sobre la economía del goce constituye el eje de los estudios clínicos que forman la segunda parte de este libro. La primera parte se dedica a examinar el proceso de construcción del concepto y su evolución en la investigación, siempre en movimiento, de Lacan.

La aceptación o el rechazo de la hipótesis de la forclusión del Nombre del Padre condiciona el conjunto de las opciones teóricas del analista y la concepción misma de la cura. Su importancia decisiva en el campo de la teoría analítica es la principal razón que justifica el presente estudio, orientado hacia una comprensión más precisa del concepto y de su clínica. Nuestras investigaciones anteriores sobre las grandes histerias encontraron sus límites precisamente en ese punto: en una insuficiente profundización de la clínica de la forclusión del Nombre del Padre. El examen de uno de los lados de la frontera neurosis-psicosis reclamaba el estudio del otro lado. No hay duda de que desde esta visión más global se sigue imponiendo conceder un lugar, todavía excesivamente ignorado, a las histerias crepusculares, pero a nadie se le escapa que el campo de extensión que les di en 1981, con algo de entusiasmo, ahora se debería reducir.²

Hay que subrayar que nuestro esfuerzo por poner en su lugar los elementos fundamentales que permiten aprehender la forclusión del Nombre del Padre no hubiera sido posible sin una condición previa: el trabajo considerable de lectura y de profundización de la enseñanza de Lacan llevado a cabo por Jacques-Alain Miller desde 1972 en su

2. J.-C. Maleval, *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, Paris, Payot, 1981.

seminario "La orientación lacaniana". Miller ha insistido en que la reducción, demasiado común, de dicha enseñanza a una lógica del significante le amputa sus desarrollos finales más fecundos, que se basan en una "axiomática del goce". De esta forma, ha ido abriendo progresivamente vías e investigaciones que han alimentado los múltiples trabajos desarrollados en el crisol de la Escuela de la Causa Freudiana —la que Lacan confió a sus alumnos en 1981. Tenemos una gran deuda con estas contribuciones, en particular con las de Rosine y Robert Lefort, así como con las de Michel Silvestre. De cualquier forma, no se puede considerar que nuestro trabajo exprese una opinión colectiva: no deja de ser un planteamiento singular. Cuando trata de desplegar la riqueza heurística del concepto de forclusión del Nombre del Padre, se apoya en puntos controvertidos, se fija en fenómenos poco estudiados, desarrolla una escala de los delirios apenas esbozada por Lacan, de tal forma que no se limita a recoger un saber consagrado: es una tesis argumentada. Dicha tesis se refiere a la estructura de la psicosis, no determinada por la forclusión —reducción ésta demasiado frecuente—, sino por la forclusión del Nombre del Padre.

En los años treinta, la investigación de Lacan extrae su impulso de un encuentro privilegiado con la paranoia, que lo enfrenta con los callejones sin salida de la psiquiatría y lo lleva a interesarse por el descubrimiento freudiano. Su tesis de medicina, defendida en 1932, *De la psicosis paranoica y sus relaciones con la personalidad*, constituye un trabajo atípico: último florón de la clínica psiquiátrica clásica, trata de tener en cuenta el inconsciente freudiano. En vano. Tal como lo confiesa su propio autor, fracasó en el intento. Lacan revela haber tenido algunas reticencias a la hora de volver a publicarla en 1975: sin duda, "la enseñanza pasa por el rodeo de medio decir la verdad", pero a posteriori la necesidad de haber dado ese rodeo no se impone.³ La determinación de la estructura de la psicosis en referencia a la forclusión del Nombre del Padre constituye una ruptura con los desarrollos de la tesis. Por el contrario, la segunda teoría de la psicosis, desarrollada en 1946 en "Acerca de la causalidad psíquica" —aunque esté fundada en una "psicología concreta" que pone en primer plano

3. J. Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932), Siglo XXI, Paris, 1975, texto de la contratapa.

la imago y las identificaciones, aunque se refiera a una "locura" que todavía distingue mal la psicosis de la neurosis— quedará incluida, en gran parte, en el campo de los efectos imaginarios producidos por el desencadenamiento del significante. Este último proporciona el esquema inicial fundamental que permite concebir la clínica de la forclusión del Nombre del Padre.

Cuando el concepto que capta la estructura de la psicosis es introducido en 1957, Lacan se encuentra en un momento de su investigación en el que aboga decididamente por un retorno a Freud, mientras que al mismo tiempo sienta las bases de una clínica psicoanalítica estructural. La construcción de esta última se apoya en la clínica psiquiátrica clásica. "Indudablemente —advertía Jacques-Alain Miller en 1979—, nos vemos llevados a emplear el lenguaje que nos legó la clínica psiquiátrica, hasta tal punto que Lacan podía decir: en el fondo, es la única clínica que tenemos."⁴

Sin embargo, esta clínica parece haberse agotado. Desde hace treinta años, afirma Lacan en 1967, no ha habido el menor descubrimiento en el campo de la psiquiatría en lo referente a su relación con el loco. "Ni la menor modificación clínica. Ni la menor aportación." Nos hemos quedado con la bella herencia del siglo XIX, y desde entonces casi no ha habido más que algunos retoques, entre los cuales se encuentran los últimos complementos aportados por Clérambault. ¿He olvidado algún cuadro clínico? —pregunta Lacan a quienes lo escuchan—.⁵ Sin duda, podríamos responder que no habría que obviar algunos descubrimientos posteriores a Clérambault: en primer lugar, el autismo de Kanner (en 1943), el síndrome de Asperger (en 1944), pero también el transexualismo (en 1953), incluso el síndrome de Lathénie de Ferjol (en 1967). Con todo, a pesar de las apariencias, esta lista parece confirmar que la psiquiatría clásica ha alcanzado un límite interno en su progresión, al constatarse que solamente uno de estos descubrimientos se debió a un psiquiatra (Kanner), mientras que los otros hay que atribuirlos respectivamente a un endocrinólogo (H. Benjamin), un

4. J.-A. Miller, "Complément aux journées des cartels sur la psychose", en *Lettre de l'École*, boletín interno de la Escuela Freudiana de París, 27, 1979, pág. 244.

5. J. Lacan, "Petit discours aux psychiatres", Cercle psychiatrique H. Ey, Sainte-Anne, conferencia inédita del 10 de noviembre de 1967.

hematólogo (J. Bernard), un internista (R. Ascher) y un pediatra (H. Asperger).⁶

En la actualidad, en este fin de siglo, los puentes que parecían poder instaurarse entre la clínica psiquiátrica y la clínica psicoanalítica están singularmente tirantes: parecen a punto de romperse. Una nueva clínica tiende a predominar en el discurso psiquiátrico. Dicha clínica nació del descubrimiento del Largactil en 1952, de los progresos de la psicofarmacología en el tratamiento de los síntomas psicóticos y de las simpatías del imaginario positivista dominante por el hombre neuronal. Ya no parte de la observación del sujeto, sino de la eficacia de la molécula. Las consecuencias que ello tiene son palpables, escribe Palomera, "en el desamparo creciente del sujeto, en la soledad de su relación con un goce que no logra condensar en los productos que la tecnología científica y el capitalismo ofrecen".⁷ La clínica psiquiátrica moderna se reconcilia con una concepción del loco incompatible con la experiencia de los psicoanalistas. Si Freud hace de las *Memorias* del Presidente Schreber un texto freudiano es —destaca Lacan— porque introduce en él "el sujeto en cuanto tal, lo que significa no valorar al loco desde el punto de vista del déficit y de la disociación de las funciones. Cuando la simple lectura del texto muestra de forma evidente que en este caso no hay nada parecido".⁸

El efecto muy poco específico de las terapéuticas biológicas, que actúan de forma global, que tratan sobre todo el comportamiento, hace de la investigación del detalle clínico algo irrisorio. Ésta es una de las razones, según Bercherie, de la desaparición de la clínica psiquiátrica clásica, reemplazada por las esquematizaciones de la semiología cuantitativa norteamericana. Y añade otras tres.⁹ Una sería el

6. No podemos considerar una contribución consistente a la clínica la introducción del concepto de *borderline*, llevada a cabo por psicoanalistas estadounidenses en los años cuarenta (cf. J.-C. Maleval, "Las variaciones del campo de la histeria en psicoanálisis", en *Histeria y obsesión*, Buenos Aires, Manantial).

7. V. Palomera, "Cómo la ciencia exculpa", en *El síntoma charlatán*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 299.

8. J. Lacan, "Présentation des *Mémoires d'un névropathe*", *Cahiers pour l'analyse*, París, Seuil, 1966, pág. 70.

9. P. Bercherie, *Les fondements de la clinique*, París, Navarin, 1980.

resultado de su éxito y de su agotamiento. La segunda residiría en la difusión del psicoanálisis, un factor más que incitó a la reflexión psiquiátrica a abandonar el marco clásico, pues éste parecía limitarse a un abordaje formal y superficial: de ahí la tentación de dotar de profundidad a la nosología situándola dentro de sistemas antropológicos (H. Ey, P. Guiraud, K. Schneider, las escuelas fenomenológicas). Finalmente, en los años setenta, el movimiento antipsiquiátrico puso en cuestión el dispositivo de observación, denunciando que participaba de la alienación y de la objetivación de los enfermos. Como consecuencia de ello, la orientación positivista actual de la psiquiatría la lleva a depositar lo esencial de sus esperanzas en la farmacología. Ésta, advierte J.-A. Miller, "introduce un elemento, una sustancia, y se observan los efectos que produce sobre los fenómenos. A partir de este elemento exterior, se puede construir una clínica que tiene su valor. El psicoanálisis también introduce un elemento, que no es una sustancia, sino el analista, o la palabra, o la escucha, y también obtenemos una clínica, pero en este caso bajo transferencia. Estas dos clínicas compiten. La clínica bajo sustancia lima los fenómenos, que desaparecen sin ser penetrados. Por supuesto, hay fenómenos resistentes a la clínica bajo transferencia, pero ésta permite un conocimiento científico, o paracientífico, mucho más fino que el que se obtiene en la otra [...] La clínica bajo sustancia tiende a confundir síntomas muy distintos —por ejemplo, bajo el nombre de la depresión. La diferenciación que permite el psicoanálisis es infinitamente más poderosa. Estoy seguro de que en los EE.UU. un número impresionante de mujeres histéricas son tratadas como esquizofrénicas. Lo primero que debería hacer el feminismo norteamericano es militar en pro del restablecimiento del diagnóstico de neurosis histérica... El desconocimiento de las distinciones fundamentales establecidas en la psiquiatría clásica y en la clínica freudiana puede tener consecuencias inhumanas".¹⁰

En efecto, no podríamos enfatizar lo suficiente que el sujeto de la enunciación, que tenía un lugar en la clínica psiquiátrica clásica, está

10. J.-A. Miller y R. H. Etchegoyen, *El silencio se rompe*, Buenos Aires, Eolia, 1997.

ahora asfixiado por la estadística, ha sido reducido por la biología¹¹ y abandonado por la medicina de lo mental.

"Hoy día —constata G. Briole— la psiquiatría es la que corresponde a su época.

"Es resueltamente norteamericana, ¡y por lo tanto moderna! Le gustaría poder clasificar los planteamientos clínicos de Kraepelin y de Clérambault —tal como Lacan los retoma en una dimensión estructural— y el debate con H. Ey en el capítulo *Historia*. He aquí, pues, la psiquiatría restaurada por la ciencia, admitida por fin en el círculo del mundo científico sostenido, infiltrado, incluso encarnado por la industria farmacéutica, la cual no duda en adornarse, para la ocasión, con el púdico velo de las neurociencias".¹²

En consecuencia, a través de los textos freudianos y mediante una clínica de la singularidad, la herencia del tesoro clínico clásico les corresponde hoy a los psicoanalistas. Se está produciendo una mutación conceptual, comprometida en la tarea de elaborar una nueva clínica que se esfuerza por cortar sus adherencias a la clínica clásica, aunque sin ignorarla. Ahora bien: el sujeto del inconsciente carece de ser, no encuentra en sí mismo nada que le dé forma, salvo su falta. Por eso la clínica del psicoanálisis no se puede encerrar en la mónada del individuo y sólo es concebible basada en estructuras que se encuentran en la relación con el Otro.

La innovación introducida por la forclusión del Nombre del Padre constituye en la actualidad uno de sus ejes ineludibles. Dicha forclusión

11. Cuanto más se extiende el discurso de la ciencia, más resurge el sujeto en sus límites de diversas formas. Por eso hay motivos para esperar de los progresos de la biología una delimitación más precisa de su dominio y un mejor conocimiento de la forma de acción de las terapéuticas químicas: así, el campo del cuerpo habitado por el lenguaje se podrá delimitar mejor. Por su parte, los progresos de la clínica psicoanalítica afinarán el trazado de las fronteras, todavía inciertas, que la separan de la clínica neurológica. A pesar de todo, la división del campo de la psiquiatría en trastornos que responden a dos lógicas claramente diferenciables no es demasiado discutible, salvo que se caiga en un planteamiento supuestamente ateoórico en cuanto a la etiología, olvidando su construcción, y se sucumba a los mitos positivistas.

12. G. Briole, "El porvenir de la psiquiatría: el psicoanálisis", en *El síntoma charlatán*, op. cit., 1998, pág. 315.

designa una carencia del significante que asegura la consistencia del discurso del sujeto. De ella se deduce una clínica.

En un primer momento, son los trastornos del lenguaje los que se destacan, hasta tal punto que en 1956 constituyen provisionalmente una exigencia para identificar la forclusión. Tras indicar los límites de los abordajes lingüísticos para caracterizar el lenguaje del esquizofrénico, mostraremos que los desarrollos ulteriores de la enseñanza de Lacan confirman esta exigencia. La carencia de la significación fálica implica una ruptura de la cadena significante que libera en lo real letras donde se fija un goce no regulado. De ello son testimonio algunos neologismos, pero este término es demasiado indefinible y no sirve para una clínica rigurosa. La introducción del concepto de holofrase demuestra ser necesaria para una concepción estructural de los fenómenos que especifican la posición enunciativa del psicótico.

El estudio del desencadenamiento de la psicosis conduce de forma bastante directa a la hipótesis de la forclusión del Nombre del Padre, si este último es considerado eje del orden simbólico. El hecho de que frecuentemente se produzca un vuelco con ocasión del encuentro con un Padre, situado éste como tercero en una pareja imaginaria, incita a concebir que la intervención del significante paterno, al revelar lo que el sujeto no ha simbolizado, desencadena el significante y obliga a reorganizarlo en su conjunto. Sin embargo, como lo ponen claramente de manifiesto ciertos elementos de la vida de Schreber que se han descubierto ulteriormente, tales circunstancias no desencadenan ineludiblemente los trastornos: se requieren otras condiciones. Al parecer, hay que buscarlas en una conjunción, un mal encuentro con la incompletud del Otro más el fallo de aquello que le permitiría al sujeto velar el vacío de la forclusión —esencialmente, identificaciones imaginarias o suplencias—.

De entre las formas de remediar las confrontaciones con lo real que marcan un vuelco en la existencia del sujeto, el delirio es la más conocida y la más compleja. La psiquiatría clásica puso de relieve una estructura evolutiva del delirio que con la mayor frecuencia responde a una tripartición periódica: desde la perplejidad inicial hasta la sutura megalomaniaca, pasando por un tiempo intermedio de elaboración inquieta. Al estar la sucesión de los períodos relacionada con una deducción en el plano del razonamiento, Freud no se interesó por estos análisis. En cuanto al “único maestro en psiquiatría” de Lacan, Gaëtan

de Clérambault, su automatismo mental, basado en una etiología neurológica, distingue bien un periodo de incubación “anidéico” seguido de la construcción de la superestructura delirante, pero no observa el periodo megalomaniaco terminal, porque nada en sus presupuestos lo conduce a un examen profundo de la finalidad del delirio.

Desde entonces, en lo que a esto se refiere, las divergencias entre los planteamientos respectivos de la psiquiatría y el psicoanálisis no han dejado de crecer. Sin embargo, parece posible mostrar que del cotejo de la clínica psiquiátrica, en su apogeo, con elementos de la clínica de la forclusión del Nombre del Padre surge una nueva lógica que plantea la sucesión reglada, no de tres fases sino de cuatro. Esta lógica cuaternaria sólo fue esbozada por Lacan, pero su enseñanza anima a despejarla. Así, cuando estudia el texto de Schreber, él indica una evolución específica semejante del delirio. La relaciona en lo fundamental con la posición del presidente respecto a la emasculación: “Objeto de horror al principio para el sujeto, luego aceptado como un compromiso razonable, desde ese momento decisión irremisible y motivo futuro de una redención que interesaría al universo”.¹³ Se dibujan así cuatro etapas que trazan el esquema de una lógica evolutiva generalizable, dando cuerpo a una intuición que Lacan nunca se tomó la molestia de desarrollar: la existencia de lo que llamó “una escala de los delirios”. Ésta se refleja en la continuidad de un trabajo autoterapéutico orientado cuyos grados sólo se deducen de una consideración de las modalidades de goce del psicótico. En este punto, recupera su fuerza la clínica, algo dejada de lado, de la parafrenia sistemática.¹⁴

La puesta de relieve de un empuje a la mujer inherente a la psicosis constituye un dato clínico que se impone con toda su generalidad en cuanto alcanza su formulación. Se trata de algo observable bajo modalidades variadas en todos los grados de la evolución de la psicosis declarada: tanto en las formas más elevadas del delirio como en los estados esquizofrénicos. La emergencia de La mujer tiende a confundirse a veces con la del Padre gozador, pero en ocasiones también se alza como el último dique contra lo real.

13. J. Lacan, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, en *Escritos*, México, Siglo XXI, 1993, 17ª edición, pág. 546.

14. Esta tesis ya ha sido previamente desarrollada en J.-C. Maleval, *Logique du délire*, París, Masson, 1997.

Al término de su enseñanza, Lacan deja una teoría de la psicosis que no es definitiva, sino que está en plena evolución. Pero se encuentra dispersa, porque él mismo, llevado por su investigación a ocuparse de otros problemas, no llegó a despejar lo que en 1967 llamó el "otro centramiento" que esperaba para renovar el abordaje de la cura. Por otra parte, nada garantizaba que sus propuestas fueran portadoras de esta posibilidad. Pero, ¿qué es lo que propone hoy a este respecto la ortodoxia freudiana, cuando no se centra ni en el refuerzo del yo ni en la normalización de los fantasmas? Nada más y nada menos, un retorno al primer Freud, el que mostraba la fecundidad de los conceptos surgidos de las neurosis para entender el funcionamiento de los psicóticos. Frente a este estancamiento del problema o su regresión a prácticas psicoterapéuticas, actualmente es posible responder con un nuevo abordaje.

Todo el mundo coincide hoy día en considerar que la tesis freudiana según la cual el psicótico no sería capaz de instaurar una relación transferencial—debido a la retracción de la libido al yo— es desmentida por la clínica. ¿Cómo distinguir, sin embargo, lo que tiene de específico la transferencia del sujeto psicótico? "Psicosis de transferencia", plantean unos, calcándola de la neurosis de transferencia; "erotomanía de transferencia", enuncia Lacan, aislando una relación específica con el Otro.

Sin embargo, la conceptualización de la forclusión del Nombre del Padre no modificó de inmediato el planteamiento de la cura analítica de psicóticos. El "otro centramiento" sólo toma forma tras la muerte de Lacan, a comienzos de los años ochenta, en los trabajos de algunos de sus alumnos. Cuando el goce no está reprimido, en vano se tratará de interpretarlo, e incluso puede resultar nocivo hacerlo, pero es posible permitir que el sujeto lo elabore. De esta forma, la práctica analítica con psicóticos se modifica y queda orientada hacia una moderación del goce cuya finalidad es permitir la elaboración de suplencias. El último capítulo examina someramente esta posibilidad relatando dos curas de nuestra propia práctica cuyos estilos de transferencia son muy distintos.

De todas formas, a la vista de la considerable evolución de la enseñanza de Lacan, es legítimo preguntarse hoy día por la pertinencia del concepto de forclusión del Nombre del Padre. ¿Qué repercusión tiene la equivalencia de las tres dimensiones de la cadena borromea, afir-

mada en los años setenta, sobre la forclusión del Nombre del Padre, un concepto introducido en los años cincuenta, en la época de la primacía de lo simbólico? La principal modificación reside en el énfasis que se hace en la pluralización del Nombre del Padre. El progresivo declive de este último, su diseminación por los elementos de la cadena borromea, su fijación final en el síntoma, han llevado a destacar la riqueza de las soluciones encontradas por numerosos sujetos para suplir la función paterna. La pluralización del Nombre del Padre nos lleva, en último análisis, a relacionarlo con la ley particular que cada sujeto encuentra en su *sinthoma*¹⁵ en tanto que éste anuda el gozar con el sentido. De ello se deduce que el Nombre del Padre constituye no una ley simbólica universal, sino una invención propia de cada cual. Su forclusión no se puede entender, por lo tanto, como algo que le exige al sujeto psicótico reparar un universal. Ahora resulta concebible una construcción homóloga, aunque elaborada prescindiendo del Nombre del Padre: la suplencia. Pero la clínica de las suplencias¹⁶ está fuertemente correlacionada con la de los nudos borromeos. De ahí la aparición, en ciertos trabajos, del llamamiento a una clasificación distinta, no ya estructuralista sino borromea. La antigua, discontinuista, mantendría la existencia de categorías netas: neurosis, psicosis o perversión; la nueva, continuista, se dedicaría al estudio de las deformaciones o rupturas de los anudamientos de la estructura del sujeto. Sin embargo, este último planteamiento carece de elemento diferencial, por lo que correría el riesgo de acabar reintroduciendo una gradación desde la neurosis hasta la psicosis, gradación cuyo rechazo constituye una piedra angular del anterior. De hecho, en ambos casos, como lo precisa Jacques-Alain Miller, "tenemos un punto de capitonado. En un caso, es el Nombre del Padre; en el Otro, es algo distinto que el Nombre del Padre [...] Pero nos damos cuenta de que la estructura del capitonado no-NP es más compleja que la del primero". Lacan trataba de representárnoslo mediante el nudo. Así, el capitonado NP parece a veces una simplificación del Otro, un caso particular. En este sentido, con fines sobre todo irónicos, se puede hablar de la neurosis como un subconjunto de la psicosis. Esto es lo que llevaba a Lacan a decir: "Todo

15. Grafía que introduce Lacan en su Seminario XXIII, *Le Sinthome* [N. del T.].

16. M.-H. Brousse. "Question de suppléance", *Ornicar?*, 1988, 47, pág. 65-73.

el mundo delira".¹⁷ Más que desembocar en una nueva clínica, parece que la pluralización del Nombre del Padre invita, como lo advierte Cottet, a "extraer las consecuencias de una clínica de las suplencias abierta a una gran variedad que el concepto de forclusión y sus efectos no permiten deducir por sí solos".¹⁸

Tal será el objeto de otro trabajo que tratará de las estabilizaciones propias de los sujetos de estructura psicótica. La función del escrito,¹⁹ la de ciertos pasajes al acto²⁰ y algunos fantasmas perversos²¹ serán examinadas para contribuir a la concepción de una clínica todavía poco estudiada, que no se deriva de la hipótesis de la estructura psicótica por sí sola, sino que requiere los avances introducidos en la última enseñanza de Lacan: la estructura psicótica sin desencadenamiento. En efecto, el hecho de poner de relieve las múltiples formas en que se puede encarnar la función paterna revela al mismo tiempo numerosas posibilidades en lo que se refiere a remediar su fallo.

El precepto lacaniano, a menudo citado, que se podría poner como exergo de nuestro trabajo, de acuerdo con el cual "el psicoanalista no ha de retroceder ante la psicosis", no cabe interpretarlo en absoluto en términos de heroísmo terapéutico. Hay que entenderlo, más bien, como un estímulo a enfrentarse con las dificultades planteadas por la conducción de la cura de los psicóticos y como una invitación a elaborar un manejo específico de la transferencia.²²

La enseñanza de Lacan sobre la estructura de la psicosis no se produjo a modo de una ruptura con la de la psiquiatría clásica, y así lo demuestran las múltiples referencias a esta última de las que se nutre.

17. J.-A. Miller, *La conversación de Arcachón. Los inclasificables de la clínica*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

18. S. Cottet, "L'hypothèse continuiste dans les psychoses", *ibid.*, pág. 14.

19. J.-C. Maleval, "Fonction de l'écrit pour le psychotique", *Ligeia. Dossiers sur l'art*, octubre de 1993-junio de 1994, 13-14, págs. 117-125; "La fonction de suppléance du procédé esthétique de Raymond Roussel", *Cahier. Association de la Cause freudienne-Val-de-Loire et Bretagne*, primavera de 1995, 4, págs. 83-95.

20. J.-C. Maleval, "Logique du meurtre immotivé", en *Psychose naissante, psychose unique?* (bajo la dirección de Henri Grivois), París, Masson, 1991, págs. 43-67.

21. J.-C. Maleval, "Suppléance perverse chez un sujet psychotique", en *La Cause freudienne*, 1995, 31, págs. 109-116.

22. J. Lacan, "Ouverture de la section clinique", *Ornicar?*, abril de 1977, 9, pág. 12.

Insistimos en considerar que clínica psicoanalítica y clínica psiquiátrica pueden enriquecerse mutuamente, sin por ello confundirse. Sea como fuere, subraya con pertinencia J.-A. Miller, "si la psiquiatría se desprendiera de sus raíces y dejara de prestar una atención minuciosa a lo que Lacan llama 'la envoltura formal' del síntoma, estaría perdida". Por esta razón no resulta abusivo considerar, como él mismo afirma, que "nosotros somos los verdaderos amigos de la psiquiatría" en una época en que ella "le dice a la biología molecular: 'Te quiero', y esta última le responde: 'Revienta'".²³

En contra de lo que enseñan la psiquiatría y gran número de posfreudianos, la psicosis no es una derrota del pensamiento. Los J.-J. Rousseau, J. R. von Mayer, J. Bolyai, A. Comte y muchos otros bastarían para demostrar que el delirio es compatible con el ejercicio de las más elevadas facultades intelectuales. Pero resulta que los mismos que promueven una concepción deficitaria de la psicosis suelen objetar que el concepto de forclusión del Nombre del Padre corre el riesgo de estigmatizar al psicótico caracterizándolo de forma negativa y fijándolo en una estructura. Sin embargo, el de forclusión es un concepto dinámico, que pone de relieve los recursos creativos del psicótico y abre nuevas posibilidades para el tratamiento, porque destaca las capacidades de estos sujetos para elaborar suplencias. La falla simbólica que designa no pone más trabas al pensamiento que la represión o la renegación. No erige ningún obstáculo que impida concebir que la posición del sujeto psicótico se pueda modificar y elaborar al igual que la del sujeto neurótico.

23. J.-A. Miller y R. H. Etchegoyen, *El silencio se rompe*, op. cit.

Primera parte

**Construcción y evolución del concepto
de forclusión del Nombre del Padre**

El estadio del espejo, punto de apoyo que encontró Lacan fuera del psicoanálisis freudiano, lo incita de entrada a desarrollar una "psicología concreta", uno de cuyos más bellos logros reside en la argumentación ajustada de una causalidad psíquica de la locura. Allí, oponiéndose al órgano-dinamismo de su amigo Henri Ey, lleva a cabo la demostración de una lógica de las *imago*s que permite concebir la paranoia como una "estasis del ser en una identificación ideal".¹ Ésta realiza una confusión mortífera del "yo con el ser del sujeto".² A partir de un abordaje hegeliano del descubrimiento de Freud, Lacan destaca muy pronto, contra el sentido común y contra la psicología corriente, la necesidad de una esquicia del sujeto —basada en una alienación del yo al espejo del otro— para que se produzca una humanización del deseo. La intuición de 1946 en "Acerca de la causalidad psíquica" continúa presidiendo la consideración de las psicosis a lo largo de los años cincuenta. Cuando el inconsciente demuestra depender del discurso del Otro, la *Spaltung* estructural del sujeto se afirma. La alienación imaginaria queda subordinada a la alienación significante. Por lo tanto, en conformidad con la tesis anterior, el psicótico ha de ser concebido como un sujeto no dividido.³ ¿Habrá que concluir de ello que, tras el estadio del espejo, los distintos abordajes lacanianos de la psicosis van encajando unos con otros a la manera de las muñecas rusas? Desde luego, no habrá ninguna rectificación vistosa, en contraste con la que hubo respecto a la obra de 1932.⁴ Sin embargo, aunque en lo esencial las

1. J. Lacan, "Acerca de la causalidad psíquica", en *Escritos*, México, Siglo XXI, págs. 162-163.

2. *Ibid.*, pág. 168.

3. "[El sujeto] si ya no es un sujeto dividido —afirma Lacan el 4 de junio de 1958, en el seminario *Las formaciones del inconsciente—*, está loco."

4. J.-C. Maleval, *L'investigation lacanienne de la psychose. Les origines (1931-1950)*, tesis de 3er. ciclo, Paris VIII, 1986.

* estudio hecho: "Polifonía"
de los libros: "Lacan y la lógica"

nuevas aportaciones se fueron añadiendo en estratos sucesivos, algunas concepciones deberán ser revisadas. La introducción del matema del objeto *a* como causa del deseo, en 1963, proporciona el instrumento de un análisis más fino de ciertos fenómenos. La deslocalización del goce se convierte, en los años setenta, en un signo clínico de la estructura psicótica, y su importancia es equivalente a la de los trastornos de lenguaje aunque éstos habían sido considerados como el síntoma esencial en los años cincuenta. Por lo tanto, hay tesis fundamentales que deben ser progresivamente reconsideradas.

La investigación de la psicosis llevada cabo por Lacan está hecha de invenciones y de audacias sucesivas, no desarrolladas a partir de un postulado inicial sino orientadas por su práctica psicoanalítica, su presentación de enfermos en el Hospital de Sainte-Anne, su lectura de Freud y los avances de las ciencias de su tiempo. Al igual que toda investigación auténtica, no sigue un surco predeterminado, y por eso es notable que su estilo sinuoso se acomode a un único concepto, el de la forclusión del Nombre del Padre, introducido en 1957, dando así continuidad a trabajos desarrollados desde 1946 y a lo largo de más de treinta años. El mantenimiento de un mismo término para designar la estructura específica de la psicosis podría hacernos creer que se produce el enriquecimiento progresivo de un abordaje inicial. Pero, a pesar de la persistencia de algunas constantes, Lacan se ve llevado a reconsiderar periódicamente la forclusión del Nombre del Padre a medida que va avanzando en su concepción del descubrimiento freudiano. El pegamiento al espejo de "Acerca de la causalidad psíquica", la intrusión psicológica del significante de los años cincuenta y el desanudamiento de la cadena borromea de las últimas elaboraciones constituyen los tres grandes modelos para la consideración de la psicosis. Su disparidad es manifiesta. ¿Sería acaso la forclusión del Nombre del Padre un concepto disperso? Más bien parece que vuelve a tomar impulso cada vez y que se va torciendo, sin romperse, al seguir la corriente de las etapas principales de lo imaginario, lo simbólico y lo real que marcan el desarrollo de la enseñanza lacaniana. De ahí la necesidad de dar cuenta, paso a paso, de su construcción y de su evolución. Un planteamiento sincrónico sería en este caso insuficiente y generaría confusión, como lo demuestran las discusiones relativas a la forclusión en el Hombre de los Lobos cuando no se sitúan en su contexto histórico. No siempre se subraya suficientemente que Lacan ya no habla de

las potencialidades psicóticas de este paciente después de haber aislado el concepto de forclusión del Nombre del Padre; ni que el desarrollo que él mismo consagra en 1964 a la represión primaria, apoyándose en el sueño de los lobos, no puede ser compatible con la hipótesis de una estructura psicótica.⁵ Por entonces parece considerar, más bien, que la "psicosis" del Hombre de los Lobos hay que ponerla a cuenta del forzamiento producido por Freud en la cura.⁶

¿Por qué se ve llevado Lacan a reconsiderar la estructura de la psicosis en los años cincuenta? Hay, de entrada, razones vinculadas con las corrientes de pensamiento que dominan la actualidad psicoanalítica de aquella época. Por entonces hay un dique que está a punto de romperse: la prohibición planteada por Freud en lo que se refiere al análisis de los psicóticos. La incapacidad de estos sujetos para la transferencia es desmentida por diversos trabajos que alcanzan mucha notoriedad y que abren enormes esperanzas. Sin embargo, no son las investigaciones llevadas a cabo desde los años treinta en los Estados Unidos, en Chestnut Lodge y en la Menninger Clinic, todavía hoy poco accesibles al lector francés,⁷ las que llaman la atención, ni el trabajo de Federn consagrado a la psicología del yo y las psicosis⁸ —¡que será traducido veintisiete años más tarde!— ni las curas de inspiración kleiniana llevadas a cabo por Hanna Segal,⁹ o por Rosenfeld,¹⁰ ni siquiera la sorprendente psicoterapia de Pierre Duperrex relatada por Christian Müller:¹¹ la mayoría de estos trabajos seguirán siendo muy poco conocidos para los psicoanalistas franceses. Gran lector, no impedido por

5. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1987. pág. 259.

6. *Ibid.*, pág. 62.

7. F. Fromm-Reichmann, "Transference problems in schizophrenia", *Psychoanalytic Quarterly*, octubre 1939, VIII, 4; "Notes on the development of treatment of schizophrenics by psychoanalytic psychotherapy", *Psychiatry*, agosto de 1948, XI, 3.

8. P. Federn, *Ego psychology and the psychoses*, Nueva York, Basic Books, 1952.

9. H. Segal, "Some aspects of the analysis of a schizophrenic", *International Journal of Psycho-Analysis*, 1950, 31, págs. 268-278.

10. H. A. Rosenfeld, "Analysis of an schizophrenic state with depersonalization", *IJP*, 1947, 26.

11. C. Müller, "Über Psychotherapie bei einem chronischen schizophrenen", *Psyche*, 1955, 9, 6, págs. 350-369.

la barrera de las lenguas, es probable que Lacan tuviera conocimiento de la mayoría de estos trabajos, pero no contribuyeron en absoluto a alimentar su reflexión. Lacan tampoco se entretuvo en el sorprendente análisis directo de John Rosen, cuyos ecos, sin embargo, llegaron muy deprisa,¹² ni tampoco con el diario de una esquizofrénica de Sechehaye,¹³ que estuvo particularmente en boga en los años cincuenta entre los psicoanalistas franceses. Sin embargo, estos últimos trabajos atrajeron paulatinamente la atención sobre las numerosas investigaciones anglosajonas consagradas al estudio de las psicosis, que pusieron de relieve la existencia de un campo poco explorado por el psicoanálisis y dejaron entrever la posibilidad de llevar a cabo avances fundamentales en la materia.

Este dominio no podía dejar de interesar a quien fue el promotor de un abordaje "psicogénico" de la paranoia en la psiquiatría francesa. Además, tras la escisión de 1953 que tuvo lugar en el seno de la Sociedad Psicoanalítica de París,¹⁴ ¿no era el de la psicosis un terreno preferente para demostrar el alcance heurístico de la orientación lingüística promovida por Lacan con el fin de esclarecer el descubrimiento freudiano en contra de los partidarios de una "neurobiología humana"?¹⁵ De hecho, las modas del momento no constituyeron un motivo decisivo para incitar a Lacan a reconsiderar la teoría de la psicosis. No fueron las investigaciones arriba mencionadas las que atrajeron su atención, ni en aquella época ni más tarde. Fueron sus funciones como docente en la Sociedad Psicoanalítica de París, luego en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, en relación con los inicios de su seminario en 1951, las que, llevándolo a una lectura paciente y minuciosa de los textos de Freud, le hicieron tropezar, en 1955, con las *Memorias* del presidente Schreber. Durante los años cincuenta, cada uno de los cinco grandes casos del psicoanálisis de Freud fue estudiado en detalle. El primer seminario, en 1951, se consagra a Dora; el del año siguiente

12. J. Rosen. *Direct analysis*. Nueva York, Grun & Stratton, 1953.

13. M.-A. Sechehaye, *Journal d'une schizophrène*, París, PUF, 1950.

14. J.-A. Müller (documentos editados por), "La scission de 1953", suplemento al n° 7 de *Ornicar?*, París, 1976.

15. J. Lacan, "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" (1953), en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 227.

al Hombre de los Lobos; en 1953, en "El mito individual del neurótico",¹⁶ Lacan examina el Hombre de las Ratas, mientras que el seminario *La relación de objeto*, en 1956-1957, estudia el análisis de Juanito.

Las únicas investigaciones anglosajonas que le interesaron a Lacan fueron, no las consagradas a los nuevos planteamientos sobre la cura de los psicóticos, sino otras dedicadas, como la suya propia, a una relectura del "caso Schreber"; en primer lugar, el largo prefacio redactado por Ida Macalpine y Richard Hunter para la traducción inglesa de las *Memorias* de Schreber, publicadas en 1955, y también algunos artículos de Mauritz Katan y de William Niederland.¹⁷

Sin embargo, el concepto de forclusión del Nombre del Padre no surgió de esos trabajos postfreudianos. Su origen tampoco se encuentra en la psicología concreta que dio nacimiento a "Acerca de la causalidad psíquica". Hunde directamente sus raíces en los textos del fundador del psicoanálisis y su construcción es contemporánea del "retorno a Freud" proclamado en Viena en 1955.¹⁸ Que este concepto pudiera englobar las elaboraciones precedentes es algo que no estaba garantizado de entrada, pero el hecho de que así fuese indica su excepcional riqueza heurística.

16. J. Lacan, "Le mythe individuel du névrosé", *Ornicar?*, 1979, 17-18, págs. 289-307.

17. Las traducciones francesas de estos distintos artículos fueron recopiladas junto con algunas otras en *Le cas Schreber. Contributions psychanalytiques de langue anglaise*, París, PUF, 1979.

18. J. Lacan, "La cosa freudiana, o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis", en *Escritos*, *op. cit.*, págs. 384-418.

Capítulo 1

La *Verwerfung* freudiana

Como él mismo confiesa en 1915, Freud parece haber dudado cada vez más que el proceso llamado "represión" en la esquizofrenia tuviera algo en común con la represión de las neurosis de transferencia,¹ y por ello se esforzó en aislar la especificidad de un mecanismo psicótico. El concepto de *Verleugnung*² y con menos frecuencia el de *Verwerfung*³ fueron los empleados principalmente con este fin. Sin embargo, como sabemos, el propio Freud reconoció haber fracasado en este aspecto de su tarea.⁴ El proceso primordial mediante el cual era puesta a distancia una realidad intolerable, según él basal, no le pareció que quedara definido con la suficiente precisión con la "renegación", puesto que, tras un examen atento, ésta demostraba estar presente tanto en las neurosis como en las perversiones o las psicosis. Al poder ser la *Verleugnung*, respectivamente, inofensiva en el niño, fuente de la creación de un fetiche en el perverso y antecedente de una alucinación en otros casos, Lacan se ve obligado a constatar la inexistencia de una tesis sólida en el abordaje freudiano de la psicosis cuando se trata de definir la defensa que en ella interviene. En este punto, la teoría psicoanalítica había permanecido en un estado de gran vaguedad.

Incluso en nuestros días, muchos posfreudianos demuestran estar incómodos con la imprecisión del ubicuo concepto de "renegación",

1. S. Freud, "L'inconscient" (1915), *Métopsychoanalyse*, París, Gallimard, 1968, pág. 120.

2. Este término ha recibido diversas traducciones en francés: "déli", "désaveu" y "démenti". [N. del T.: en español, la traducción que parece haberse impuesto es "renegación".]

3. En francés, este término ha sido traducido como "rejet" y "forclusion". [N. del T.: en español, se ha usado el término "repudio".]

4. J.-C. Maleval, *L'investigation lacanienne de la psychose. Les origines (1931-1950)*, tesis de 3er. ciclo, París VIII, 1986, págs. 79-90.

Verleugnung y Verwerfung
ambos conceptos se refieren a la
denegación

que sigue constituyendo todavía, con la mayor frecuencia, su referencia básica en este dominio.

Dos fueron los principales autores que muy tempranamente intentaron poner remedio a esta laguna: Paul Federn y Melanie Klein. El primero define la psicosis a partir de una debilidad del yo liberadora del inconsciente; la segunda, desde el punto de vista de la regresión a una posición primordial, llamada esquizo-paranoide; ahora bien, ninguno de los dos, en contraste con el esfuerzo constante de Freud en esta dirección, trata de aislar una forma de defensa específica. Sus modelos respectivos, aunque muy diferentes, tienen en común que dan cuenta con mayor facilidad de los aspectos deficitarios de la sintomatología psicótica que de la originalidad de sus temas delirantes. Los planteamientos de ambos autores se alejan de la tendencia dominante seguida por Freud para abordar el problema. Por eso Lacan, al recoger esta misma tendencia de los propios textos del fundador del psicoanálisis, no se verá llevado a cruzarse con las mencionadas investigaciones. La forclusión del Nombre del Padre no debe casi nada a los estudios psicoanalíticos posfreudianos: no contribuyeron a ella ni Tausk, ni Federn, ni Klein, ni Macalpine, ni Niederland. Hay una sola excepción, la de Helene Deutsch, cuya contribución sólo se refiere a un punto de no mucha importancia. Por supuesto, Lacan no ignoraba estos trabajos, a los que a veces llega a referirse, aunque a menudo, si lo hace, es para desmarcarse de ellos, y en todo caso no le parecieron útiles para un estudio estructural de la psicosis.

La mayoría de los posfreudianos consideran la psicosis como una potencialidad humana, mientras que, por el contrario, la práctica hospitalaria de Lacan le proporciona muy pronto la intuición de que "no se vuelve loco el que quiere".⁵ ¿Acaso no está supuesta esta orientación en la búsqueda por parte de Freud de un mecanismo específico? Cada sujeto parece poseer formas de defensa privilegiadas a las que recurrirá de forma ineludible en circunstancias que sea incapaz de asumir. Entonces se revelará una estructura preexistente, análoga, escribe Freud, a lo que se observa cuando arrojamos al suelo un cristal: "Se romperá, no de cualquier forma, sino siguiendo sus líneas de fractura,

5. J. Lacan, "Acerca de la causalidad psíquica", en *Escritos, op. cit.*, pág. 166.

en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba determinada con anterioridad por la estructura del cristal".⁶

El punto de partida de Lacan en una "psicología concreta", una de cuyas bases principales es la dialéctica hegeliana, lo lleva a subrayar la necesidad de un pasaje alienante por el Otro para que el *infans* advenga como sujeto. En esta perspectiva, el inconsciente le parece estructurado por *imagos*. Ahora bien, al final de los años cincuenta, los trabajos antropológicos de Lévi-Strauss, consagrados a las estructuras elementales del parentesco, revelan la inherencia de la prohibición del incesto y del Edipo freudiano al orden del lenguaje, y las *imagos* quedarán entonces lastradas por un peso de símbolos que enseguida se convierte en el factor predominante. A lo largo de todo un período de su enseñanza, contemporáneo de la construcción del concepto de forclusión del Nombre del Padre, Lacan afirma la primacía de lo simbólico sobre lo imaginario y lo real.⁷ "Es el mundo de las palabras —escribe en 1953— el que crea el mundo de las cosas", y el descubrimiento de Freud se le revela como "el del campo de las incidencias, en la naturaleza del hombre, de sus relaciones con el or-

6. S. Freud, *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, París, Gallimard, 1936, pág. 80.

7. Esta tripartición que designa los tres registros de la realidad humana es introducida en una conferencia de comienzos de 1953 como apertura de las actividades de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, que acababa de ser creada (J. Lacan, "Lo imaginario, lo simbólico y lo real", texto inédito). Lo imaginario tiene su origen en la función psíquica de las *imagos*, descubierta con ocasión de las investigaciones consagradas al estadio del espejo. Lo simbólico se sostiene en el orden del lenguaje, cuyos rigurosos determinismos inconscientes puso de manifiesto Lévi-Strauss. En cuanto a lo real, en esta época, se refiere a la sustancia bruta, previa, estructurada por lo simbólico, que lo atrapa entre sus redes. Constituye el dominio de "lo que subsiste fuera de la simbolización". Es el de Hegel, cuya célebre fórmula hace suya Lacan: "Todo lo real es racional, y todo lo racional es real". Todavía no constituye un concepto operatorio de la práctica analítica: "Pero nada surge de lo real —afirma Lacan en 1955— que sea eficaz en el campo del sujeto" (J. Lacan, *El Seminario. Libro II, El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1983, págs. 328-329). Sólo a partir del seminario *La ética del psicoanálisis* (1959-1969), Lacan introduce la consideración de lo real en el dominio de la cura. Su incidencia es afirmada todavía con más fuerza en 1964, en el artículo "Posición del inconsciente", donde se introduce la noción de separación, conjugada con la de alienación, lo que pronto llevará a situar al analista en el lugar de semblante de objeto *a*, es decir, la de un representante de lo real. En el último período de su enseñanza, lo real se ha de entender como una modalidad de lo imposible lógico.

den simbólico, y el escalamiento de su sentido hasta las instancias más radicales de la simbolización en el ser".⁸

Poco después, la lingüística saussureana es convocada para pensar el campo del Orro, cuyo concepto es introducido en 1955. Heredero directo de uno de los polos de la dialéctica hegeliana, designa inicialmente el lugar de la verdad, más allá de la imagen del semejante, donde el sujeto trata de hacer reconocer su palabra.⁹ Entonces se pone de manifiesto que el inconsciente tiene sus raíces en el discurso del Otro, mientras que la cura consiste en suprimir los señuelos imaginarios que obstaculizan la apropiación de lo reprimido.

En lo que a la concepción de la psicosis se refiere, y debido a la preeminencia otorgada a lo simbólico, la relectura por parte de Lacan de los textos de Freud en los años cincuenta está orientada desde un principio, no hacia el estudio de las formas del desarrollo ni hacia el examen de las instancias psíquicas, sino hacia la investigación de una relación específica del sujeto con el lenguaje. Llevado por esta búsqueda, Lacan aislará en los escritos del fundador del psicoanálisis un concepto que anteriormente no había llamado la atención. Es cierto que sus apariciones en los textos resultan ser bastante escasas: la *Verwerfung* no figuraba en el índice de la *Gesammelte Werke*, disponible desde hacía poco tiempo.¹⁰ Ni siquiera hoy día la *Standard Edition*¹¹ incluye este término en su repertorio. De hecho, como nos lo confía Lacan, él tuvo que atrapar la *Verwerfung* "en los dos o tres rincones donde muestra la punta de la oreja, e incluso a veces allí donde no la muestra, pero donde la comprensión del texto exige suponerla".¹² El término retiene particularmente su atención en el trabajo consagrado al Hombre de los Lobos, y le parece imprescindible para la inteligencia del artículo sobre la *Verneinung*.

El concepto de *Verwerfung* lo utiliza Freud desde sus primeros escritos psicoanalíticos. En "Las psiconeurosis de defensa", de 1894,

8. J. Lacan, "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", en *Escritos*, op. cit. pág. 264.

9. J. Lacan, *El Seminario. Libro II, El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis*, op. cit. págs. 366-367.

10. S. Freud, *Gesammelte Werke*, Londres, Imago, 1940-1952, 18 vol.

11. S. Freud, *The Standard Edition of Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (editada por J. Strachey), Londres, Hogarth Press, 24 vol., 1953-1966.

12. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, Barcelona, Paidós, pág. 216.

describe una forma de defensa más eficaz y más enérgica que la que opera en las fobias y las obsesiones. Ésta "consiste en que el yo rechaza [*verwirft*] la representación insoportable al mismo tiempo que su afecto, comportándose como si la representación nunca hubiera llegado hasta el yo";¹³ posee la propiedad de suscitar una psicosis, en este caso una "confusión alucinatoria" ilustrada por la observación de una joven que, creyendo equivocadamente ser correspondida en su amor, empieza a alucinar la presencia del ser de sus pensamientos.

La primera referencia de Freud a la *Verwerfung* la caracteriza como un juicio del yo que posee la particularidad de generar una ruptura radical con una realidad imposible de asumir. Tal acepción presenta, sin duda, algunas afinidades con el uso que de ella hará Lacan, pero Freud no limita el concepto a semejantes fenómenos. En los estudios sobre la histeria, al año siguiente, dentro de un contexto donde se produce la primera descripción de la transferencia negativa, emplea la *Verwerfung* como sinónimo de represión, a propósito de una paciente histérica que había "expulsado" al inconsciente el antiguo deseo de ser besada por un hombre con quien había conversado.¹⁴ De la misma forma, en 1905, en los "Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad", la *Verwerfung* es convocada para dar cuenta del rechazo y de la superación de los fantasmas incestuosos que se producen en el período de la pubertad.¹⁵

Mucho más tarde, en *Tótem y tabú*, encontramos una acepción de la *Verwerfung*, derivada de la anterior, que la sitúa en el fundamento de la conciencia moral. Ésta, escribe Freud, es "la percepción interna del rechazo de ciertos deseos que experimentamos; está claro que este rechazo no tiene necesidad de invocar ninguna razón, está seguro de sí mismo".¹⁶ Esta *Verwerfung* fundadora, estructurante, generadora de una prohibición y de una culpabilidad originarias, incita a poner en duda la opinión de Freud según la cual la formación del superyó sería

13. S. Freud, "Les psychonévroses de défense" (1894), *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, pág. 12.

* *Rejeté*. [N. del T.]

14. S. Freud, *Études sur l'hystérie*, París, PUF, 1967, pág. 245.

15. S. Freud, *Trois Essais sur la théorie de la sexualité* (1905), París, Gallimard, 1987, pág. 171.

16. S. Freud, *Totem et Tabou*, París, Payot, 1986, pág. 82.

posterior a la represión primaria.¹⁷ Por otra parte, los trabajos de Melanie Klein, al subrayar la precocidad del Edipo y del superyó, parecen ciertamente indicar que la conciencia moral es adquirida por el sujeto en el proceso mismo de su estructuración. Así, aunque Lacan no se haya referido nunca al pasaje mencionado de *Tótem y tabú*, éste confirma su impresión de que la noción de *Verwerfung* es necesaria para esclarecer el artículo sobre la *Verneinung*. Por su parte, mostrará que la *Verwerfung* es necesaria para designar un proceso primitivo de expulsión que, a su modo de ver, no es sino el de la represión primaria, con la que vinculará, por otra parte, la génesis de la culpabilidad inconsciente.

A propósito de la alucinación del dedo cortado del Hombre de los Lobos, Freud se refiere de nuevo en 1918 a una *Verwerfung* que, en este caso, afecta a una corriente psíquica, antigua y profunda, con respecto a la cual no se podría hablar ni siquiera de un juicio relativo a la realidad de la castración. Tendremos ocasión de volver a tratar este punto.

El estatuto teórico de la *Verwerfung* permanece incierto en la enseñanza del fundador del psicoanálisis: designa un mecanismo patógeno generador tan pronto de una confusión alucinatoria, como de un episodio de transferencia negativa o de una breve alucinación, además de participar en un proceso estructurante que está en el origen de la conciencia moral. El esfuerzo por circunscribir la especificidad de la psicosis no encontró en este concepto un punto de apoyo decisivo. La *Verleugnung* parecía más prometedora, aunque al final, como sabemos, las expectativas que suscitó demostraron ser infundadas.

En contraposición con la *Verleugnung*, la *Verwerfung* no parece un verdadero concepto teórico.¹⁸ ¿Habrà que concluir de ello que se trata

17. Sin mencionar este pasaje de *Tótem y tabú*, Lacan menciona igualmente la incidencia de una *Verwerfung* en relación con la "figura obscena y feroz del superyó": "Hay que entenderlo —escribe en 1955— como la hiancia abierta en lo imaginario por todo rechazo (*Verwerfung*) de los mandatos de la palabra", en "Variantes de la cura tipo" (*Escritos, op. cit.*). Su referencia al Hombre de los Lobos en esta circunstancia incita, como veremos, a relacionar las exigencias del superyó con los mandatos resultantes de lo primordialmente reprimido.

18. En los textos de Freud, la *Verwerfung* constituye un significante flotante, de forma que Laplanche y Pontalis advierten, con razón, "que no siempre recubre lo que connota la forclusión", mientras que, a la inversa, otros términos freudianos designan lo que Lacan está buscando (J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1971, pág. 396).

de un término del vocabulario corriente? Es imposible sostenerlo: en primer lugar porque, al menos en una oportunidad, la *Verwerfung* es claramente distinguida de la represión, y en segundo lugar porque posee cartas de nobleza que le vienen de la psicología de Brentano.¹⁹

En su juventud, entre 1873 y 1876, Freud siguió en la facultad de Viena con especial asiduidad los cursos de este filósofo que, sin embargo, eran facultativos en su carrera universitaria.²⁰ Allí encontró algunos esquemas de pensamiento que lo apartaron de las investigaciones predominantes en la época sobre las localizaciones cerebrales²¹ y sobre las leyes de la asociación de ideas. Brentano sitúa en la base de su psicología el principio de Herbart según el cual todos los hechos psíquicos "son representaciones (*Vorstellungen*) o están basados en representaciones". Define la psicología como la "ciencia de los fenómenos psíquicos", y como método propugna, no la observación externa, que altera y modifica lo que se desea observar, sino la percepción interna y espontánea de nuestros estados de conciencia. La *fenomenología* encuentra en su obra una de sus principales fuentes: se sabe que Husserl y Freud coincidieron en algunas de aquellas clases. Brentano divide los hechos psíquicos, según la naturaleza de la relación intencional que los caracteriza, en representaciones, juicios y fenómenos de interés. Destaca que la psicología de su tiempo ha obviado de forma inconveniente la investigación de las leyes del juicio. Esforzándose en remediar esta laguna es como introduce el concepto de *Verwerfung* para designar la exclusión de una representación del campo de la existencia. Se trata de un rechazo radical, porque, oponiéndose a la filosofía del inconsciente de E. von Hartmann, Brentano recusa la posibilidad de fenómenos psíquicos no conscientes. Todo indica que Freud tiende a adoptar el término en una acepción semejante a la que le da su iniciador al pensamiento filosófico. La *Verwerfung* acude a su pluma cuan-

19. Nacido en Marienberg en 1838 y muerto en Zúrich en 1917. Enseñó filosofía en las universidades de Würzburg y de Viena. Consideraba la psicología como la "ciencia del futuro" que serviría de base para las otras disciplinas, haciendo posible la solución de los principales principios filosóficos. Planteó sus fundamentos en 1874 en un trabajo titulado *Psicología desde el punto de vista empírico*.

20. P.-L. Assoun, *Freud, la philosophie et les philosophes*, Paris, PUF, 1976.

21. F. Sauvagnat, "Une pierre d'attente. Quelques particularités du premier abord freudien des hallucinations psychotiques", *Ornicar?*, n.º 36, págs. 52-68.

do busca, a propósito de la patología del Hombre de los Lobos, un concepto que exprese una exclusión más pronunciada que la producida por la represión. Ahora bien, la *Verdrängung* tiene su origen en la obra de Herbart, donde designa la detención o la inhibición que afecta a una representación limitada en y por su oposición a otra. En este caso, el conflicto psíquico suscita un debilitamiento y cierto grado de oscurecimiento de la representación en cuestión.²² Sin duda, los campos semánticos respectivos de la *Verwerfung* y de la *Verdrängung* se superponen, y por eso es comprensible que a veces Freud los utilice de forma indiferenciada. De cualquier modo, en un análisis más fino, si se trata de distinguirlos, la *Verwerfung* supone sin duda alguna, en la psicología de la lengua alemana, una noción de exclusión más radical que la *Verdrängung*.

A pesar de la diferenciación instaurada en 1918 en el texto consagrado al Hombre de los Lobos, donde la *Verwerfung* es claramente caracterizada como un rechazo de saber—incluso, se precisa, en el sentido de la represión—, Freud no hace uso de esta distinción en trabajos posteriores. La *Verleugnung* acude más fácilmente a su pluma para designar diversas desmentidas de la realidad generadores de conflictos que no se circunscriben al campo de la psicosis. En suma, en los escritos del fundador del psicoanálisis, de la misma forma que la teoría de la psicosis no encontró su culminación, la *Verwerfung* es un concepto que quedó tan sólo esbozado.

Capítulo 2

Verwerfung y represión primaria

Aunque Lacan consagró su seminario de 1952 al Hombre de los Lobos, nada indica, en las notas que nos han llegado,¹ que en aquel momento alcanzara a discernir el término *Verwerfung* en el texto de Freud. Sin embargo, en ninguna otra parte el fundador del psicoanálisis había subrayado de forma más explícita que ésta no debe ser confundida con la represión. “*Eine Verdrängung*—escribe Freud—*ist etwas anderes als eine Verwerfung*.” Lacan cita esta frase en la sesión del 3 de febrero de 1954 de su seminario *Los escritos técnicos de Freud*. En esta ocasión se alza contra la muy reciente traducción francesa de Marie Bonaparte y de Rudolph Löwenstein, de acuerdo con la cual habría que entender: “Una represión es algo distinto que un juicio que rechaza y elige”.² Ahora bien, la noción de juicio no sólo está ausente del texto alemán, sino que además es erróneo introducirla, puesto que Freud precisa, algunas líneas más abajo, que el Hombre de los Lobos, rechazando el problema de la castración y no queriendo saber nada de él—ni siquiera en el sentido de la represión— se comporta como si “no se hubiera producido ningún juicio sobre la cuestión de su existencia”.³ Esta articulación importante, comenta Lacan, nos indica que en el origen, “para que la represión sea posible, es preciso que exista un más allá de la represión, alguna cosa última, ya constituida primitivamente, que no sólo no se manifiesta, sino que, al no formularse, es literalmente *como si no existiera*”⁴—sigo en este punto lo que plantea Freud—. Y, sin embargo, en cierto sentido, está en alguna parte, puesto que como Freud nos lo dice constantemente, es el centro de atracción que llama hacia él a todas las represiones ulteriores”.⁵ Freud no vincula la

1. Anónimo, “Notes du séminaire sur l’Homme aux loups”, inéditas.

2. S. Freud, *Cinq psychanalyses*, París, PUF, 1954, pág. 385.

3. *Ibid.*, pág. 389.

4. El subrayado es de Lacan.

5. J. Lacan, *El Seminario. Libro I, Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona, Paidós, 1981.

22. P.-L. Assoun, *Introduction à l'épistémologie freudienne*, París, Payot, 1981, págs. 132-135.

Verwerfung de la castración con la represión primaria, pero Lacan, por el contrario, está claramente inclinado a aproximarlas.⁶ Advierte que en la cura del Hombre de los Lobos “todos los hilos del análisis” remiten a la escena primaria,⁷ a la cual el sujeto permanece siempre “fijado”.⁸ Ahora bien, tal fijación inicial es descrita en el comentario freudiano del caso Schreber como lo que precede y condiciona toda represión.⁹ La observación del coito parental, que habría tenido lugar en el caso del Hombre de los Lobos a la edad de un año y medio, supuso una experiencia traumática original que constituyó la base de las represiones ulteriores. Para revelar el carácter profundamente extraño, alienado, perdido, de este núcleo primitivo, excluido de la historia del sujeto, fue preciso todo un forzamiento por parte de Freud, llevado por el deseo de establecer, en contra de Jung, la realidad de la escena primaria: la experiencia traumática nunca pudo ser rememorada por el paciente, es el producto de una construcción del analista. La escena primaria del Hombre de los Lobos, ni está simbolizada, puesto que es una elaboración de Freud, ni es simbolizable, puesto que tuvo lugar en un periodo anterior a la apropiación del lenguaje por parte del sujeto, aunque al parecer su fantasmática permaneció orientada por este núcleo. No cabe duda de que Lacan, en su abordaje inicial del concepto de *Verwerfung*, lo relaciona con la represión primaria, que, como si “no existiera”, ni se “manifiesta” ni se “formula”. Aquí no se trata de un mecanismo psicótico, pero surge una ambigüedad en la

6. A este respecto, en una crítica del concepto de forclusión, Chazaud se muestra sorprendido: “En el seminario I —advierte— hay incluso un pasaje que da a entender que la *Verwerfung* sería la represión primaria. ¡Dejémoslo...!” (J. Chazaud, “Pour une critique de la forclusion comme concept pur et pratique”, I. “L’impertinence de l’Homme aux loups”, *Information Psychiatrique*, 1985, 65, 5, pág. 695.) La exclamación se basa en el presupuesto de la existencia de una doctrina lacaniana, mientras que de lo que se trata, como ocurre con la enseñanza de Freud, es de una investigación en marcha, que no retrocede ante eventuales contradicciones. En este caso, sin embargo, la distinción más tardía entre forclusión del sujeto y forclusión del Nombre del Padre no vuelve de ninguna manera caduca la teoría incriminada (cf. J.-C. Maleval, “A propósito de dos manifestaciones de lo real”, *Cahiers de lectures freudiennes*, mayo de 1985, 6, págs. 23-29).

7. J. Lacan, *El Seminario. Libro I, Los escritos técnicos de Freud*, op. cit.

8. *Ibid.*

9. S. Freud, “Observaciones psicoanalíticas sobre la autobiografía de un caso de paranoia”. *Obras completas*.

medida en que pone en juego un real, rechazado de lo simbólico, imposible de decir. ¿Cómo establecer la diferencia entre el retorno de esto indecible original y fenómenos psicóticos no dialectizables? En la problemática de los años cincuenta, la confusión es difícil de evitar.

De todas formas, un breve texto freudiano de 1925 le permite a Lacan profundizar en la función de la represión primaria respecto de la génesis del sujeto. El 10 de febrero de 1954, en una sesión del seminario *Los escritos técnicos de Freud*, el filósofo Jean Hyppolite, traductor de Hegel, profesor en el Collège de France, hace a petición de Lacan un brillante “Comentario hablado sobre la *Verneinung* de Freud”.¹⁰

Este comentario, no sólo será recogido en los *Escritos*, doce años más tarde, sino que, hecho único en su enseñanza y demostración de la importancia que le concede, Lacan considera necesario redactar una introducción¹¹ y una respuesta¹² al mismo, publicadas en 1956. Hyppolite concuerda con Lacan en traducir el título del artículo de Freud “denegación” y no, como hicieron algunos, “negación”, con el fin de no confundir la negación lógica con la expresión de una denegación, forma original de la precedente, cuyos ejemplos bien conocidos abren el artículo de Freud: “Me pregunta usted quién puede ser esa persona del sueño. No es mi madre”.¹³ La rectificación del analista, cuando interpreta, consiste en afirmar que lo es. Se constata que en el movimiento mismo de su formulación, la denegación contiene la expresión de lo que rechaza.

El texto titulado *Die Verneinung* resume en cuatro o cinco páginas elaboraciones muy densas relacionadas con el funcionamiento psíquico y con la génesis del pensamiento. La noción de *Verwerfung* aparece en dos ocasiones. La primera, en relación con el neurótico obsesivo que ya habría sido introducido a la comprensión de sus síntomas. “He tenido una nueva representación obsesiva”, le hace decir Freud, para

10. J. Hyppolite, “Comentario sobre la *Verneinung* de Freud”, en J. Lacan, *Escritos*, op. cit., pág. 859.

11. J. Lacan, “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, en *Escritos*, op. cit., págs. 354-365.

12. J. Lacan, “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, *Escritos*, op. cit., págs. 366-383.

13. S. Freud, *Die Verneinung. La dénégation* (1925). Nueva traducción de P. Théves y de B. This, documento de trabajo del Coq-Héron, 1982, 8, pág. 11.

ilustrar una vez más la denegación. "Enseguida se me ha ocurrido que podía significar una cosa concreta. Pero no, es imposible, de ninguna manera, pues si así fuera no se me hubiera podido ocurrir". "Lo que rechaza [*verwirft*], basándose en lo que ha entendido de la cura, comenta el autor, es naturalmente el sentido exacto de la nueva representación obsesiva".¹⁴ Ni Lacan ni Hyppolite se detienen en este empleo del concepto de *Verwerfung*: en este caso no se distingue de la represión.

Por otra parte, para captar la génesis del sujeto, Freud postula la existencia de un yo-placer original. Este último ignora la oposición entre lo objetivo y lo subjetivo, de tal forma que es incapaz de reconocer el objeto en cuanto tal, pero demuestra ser capaz de pronunciarse en acto acerca de sus cualidades. Lo bueno es introyectado, comido, acogido; mientras que lo malo es expulsado, escupido, alejado. La oposición se articula con el principio de placer-displacer, y se apoya en las tendencias pulsionales orales más primitivas, reunidas en *Eros* unificador y *Tánatos* destructor. A esta actividad binaria, instauradora de un adentro y de un afuera, le sigue la función del juicio atributivo, el que ha de atribuir o negar una propiedad a una cosa.

Cuando afirma la preeminencia de esta forma de juicio sobre el juicio de existencia, Freud está innovando. La tradición filosófica, así como su propio maestro Brentano, sostenían decididamente la tesis inversa. El fundador del psicoanálisis advierte con fineza que por sí solo el planteamiento de una denegación implica necesariamente una representación de la cosa negada y, por lo tanto, la existencia de una afirmación [*Bejahung*] simbólica anterior. Todo juicio de existencia articulado negativamente en una *Verneinung* es secundario a una afirmación previa surgida de un juicio de atribución primitivo. A partir del "yo-placer inicial" se desarrolla, según Freud, un "yo-real definitivo" del que emana el juicio de existencia, que es el que debe reconocer o negar la existencia en la realidad de una representación. Dicho juicio se pregunta por la diferencia o la semejanza entre una representación y una percepción. Le incumbe la tarea de volver a encontrar objetos perdidos que, en otro momento, habían aportado una satisfacción real. La función del principio de realidad sólo interviene con su puesta en

14. *Ibid.*, pág. 11.

acción. El carácter secundario del juicio de existencia pone de manifiesto la denegación como una operación intelectual tardía, heredera de una negación más fundamental, que es la procedente de la expulsión primaria constitutiva del afuera e instauradora de la *Bejahung* inicial.

Hoy día, para designar ese rechazo fundador, esperaríamos que acudiera a la pluma de Freud el término *Verwerfung*, pero, advierte Hyppolite, él introduce aquí un nuevo concepto, todavía más frecuente en sus textos, el de *Ausstossung*, dotado de una acepción semejante, la de un rechazo radical. "El juzgar, escribe Freud, es la consecuencia apropiada del desarrollo de lo que en el origen resultó del principio del placer: la inclusión en el yo o la expulsión [*Ausstossung*] fuera del yo".¹⁵ Sin embargo, algunas líneas antes, para expresar la misma idea, lo que aparece es una referencia a un dejar de lado emparentado con una *Verwerfung*: "El yo-placer original quiere [...] proyectar en sí todo lo bueno, expulsar [*werfen*]¹⁶ fuera de él todo lo malo".¹⁷ Estas incertidumbres terminológicas revelan que ni la *Verwerfung*, ni la *Ausstossung*, alcanzan en los escritos de Freud la condición de conceptos teóricos. La oscuridad de la noción de represión primaria, que nunca se disipa, constituye su correlato: al no haber llegado a relacionarla con un mecanismo específico, el fundador del psicoanálisis no recurrió a ella para la comprensión del texto sobre la *Verneinung*.

Dicho texto suscita un trabajo considerable por parte de Lacan en los años cincuenta. Por otra parte, no dejará de estar presente en su pensamiento, porque volverá a ocuparse de él en diversas circunstancias. Una de las principales razones del interés que le atribuye a este artículo reside en la convergencia que descubre allí entre Freud y Hegel para discernir, de acuerdo con la fórmula del segundo, que "la palabra es el asesinato de la cosa". El fundador del psicoanálisis distingue en el origen de la palabra una afirmación que sólo se sostiene en un *no*: toda *Bejahung* se apoya en una negatividad propia. Hay que destacar que el texto sobre la *Verneinung* implica la distinción entre dos clases de ne-

15. *Ibid.*, pág. 19.

16. En muchos verbos alemanes, el añadido del prefijo *ver-* indica la prosecución extrema de la acción, y así sucede en lo que se refiere a la relación de *werfen* con *verwerfen*.

17. *Ibid.*, pág. 15.

gación: la denegación es una formación tardía, al servicio de la represión y de los desconocimientos del yo, mientras que la negación inherente a la *Bejahung* primaria instaura la represión primaria y participa en la estructuración del sujeto. La noción lacaniana de forclusión encuentra en este rechazo fundador uno de sus orígenes.

“Ahora pensará usted que quiero decir algo ofensivo, pero no tengo verdaderamente esta idea.” Entendemos –comenta Freud– que se trata del rechazo de lo que acaba de emerger por proyección.¹⁸ La afirmación implícita de lo rechazado le permite a Lacan destacar que la represión y el retorno de lo reprimido no son más que el derecho y el revés de una sola y misma cosa. Una *Bejahung* primordial, una admisión en el sentido de lo simbólico, constituye un paso previo necesario para toda posibilidad de represión secundaria, cuyo contenido, como se sabe, puede reaparecer en el campo del significante. Por el contrario, ya no hay recuerdo posible de lo que fue expulsado fuera de la *Bejahung* inicial: lo malo es rechazado para quedar en lo real, definido con precisión en 1954 como “el dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización”.¹⁹ Al contrario de la represión, la *Verwerfung* constituye un obstáculo a la rememoración.

Die Verneinung se le revela a Lacan como un trabajo brillante, pero que está lejos de ser satisfactorio, de tal manera que vuelve a él en diversas ocasiones para alimentar su investigación. Por su parte, forja la diferenciación entre la *Verdrängung* y la *Verwerfung*. Si la primera puede suscitar síntomas, la segunda genera fenómenos diversos. Los primeros en ser mencionados en la “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud” son una alucinación y un *acting-out*.

La castración habría sido objeto de una “no-*Bejahung*” para el Hombre de los Lobos, quien no habría conseguido simbolizar la escena primitiva reconstruida por Freud a partir de un sueño. “A fin de cuentas –afirma este último– en él existían dos corrientes contrarias, una junto a otra, de las cuales una abominaba de la castración mientras que la otra estaba del todo dispuesta a aceptarla y a consolarse con la

18. *Ibid.*, pág. 11.

19. J. Lacan, “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, *Escritos*, op. cit., pág. 373.

feminidad como un substituto. Pero, sin duda alguna, la tercera corriente, la más antigua y más profunda, que se había limitado a rechazar [*verwerfen hatte*] la castración, con respecto a la cual no podía haber un juicio relativo a su realidad, seguía siendo capaz de entrar en actividad.”²⁰

Para apoyar esta aserción, Freud menciona una breve alucinación surgida en la infancia de su paciente. Tenía cinco años y jugaba en el jardín cerca de su criada. Estaba haciendo incisiones en un nogal con una navaja, cuando de pronto advirtió, presa de un terror indecible, que se había cortado el dedo meñique de la mano (no sabía si la derecha o la izquierda), de tal manera que éste sólo se sostenía por la piel. No experimentaba ningún dolor, sino una gran ansiedad. Ni siquiera osó decirle nada a su aya, sentada a algunos pasos de distancia; se dejó caer sobre un banco, incapaz de volver a examinar su mutilación. Cuando al fin se calmó, se dio cuenta de que el dedo no había sufrido la menor herida.²¹ “Lo que no ha llegado a la luz de lo simbólico –comenta Lacan– aparece en lo real”.²² El Hombre de los Lobos parece haber permanecido fijado en su inconsciente a una posición femenina imaginaria que le resta todo sentido a su mutilación alucinatoria. La castración “cercenada”²³ de la simbolización primordial no se inserta en su historia, si con esta expresión se designa el lugar donde lo reprimido reaparece. “El rasgo del mutismo aterrado” que se advierte en la relación del episodio muestra la imposibilidad en la que se encontró el sujeto de hablar en aquel momento de lo sucedido, revelando así que había perdido la disposición del significante.²⁴ La *Verwerfung*, afirma Lacan, “le ha salido al paso a la manifestación del orden simbólico, es decir, a la *Bejahung* que Freud establece como el proceso primario en que el juicio atributivo toma su raíz, y que no es sino la condición pri-

20. S. Freud, “Extrait de l’histoire d’une névrose infantile (l’Homme aux loups)”, *Cinq Psychanalyses*, op. cit., pág. 389.

21. *Ibid.*, pág. 390.

22. J. Lacan, “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, en *Escritos*, op. cit., pág. 373.

23. S. Freud, “Extrait de l’histoire d’une névrose infantile (l’Homme aux loups)”, en *Cinq Psychanalyses*, op. cit., pág. 389.

24. *Ibid.*, pág. 390.

mordial para que de lo real venga algo a ofrecerse a la revelación del ser, o, para emplear el lenguaje de Heidegger, sea dejado-ser".²⁵ Una expulsión primaria constituye, según Freud, un primer paso necesario para que el sujeto pueda simbolizar su historia. La instauración de la represión primaria es la condición para que lo simbólico capture a lo real en su trama. Sin embargo, este proceso no se lleva a cabo sin una pérdida. Un punto de no-sentido se abre en el fundamento del sujeto. Éste lleva en germen la ruptura con el racionalismo hegeliano. Lacan no dejará de concederle una importancia cada vez mayor: encontrará su punto culminante en la formalización del objeto *a*.

En 1954, Lacan considera que la represión primaria no ha tenido lugar en el esquizofrénico, para quien "todo lo simbólico es real",²⁶ traducción lacaniana de la fórmula freudiana según la cual el esquizofrénico "trata las palabras como cosas". "Muy diferente en eso del paranoico –prosigue Lacan–, del que hemos mostrado en nuestra tesis las estructuras imaginarias prevalentes, es decir, la retroacción en un tiempo cíclico que hace tan difícil la anamnesis de sus perturbaciones, de fenómenos elementales que son solamente presignificantes y que no logran sino después de una organización discursiva larga y penosa establecer, constituir, ese universo siempre parcial que se llama un delirio".²⁷ Una vez más, Lacan plantea la tesis de 1932 con ayuda de sus adelantos teóricos más recientes. En esta ocasión, destaca el carácter "presignificante" de los fenómenos elementales. Muy pronto había constatado que éstos demostraban no ser dialectizables. Cuando había intentado abordar el núcleo central del delirio de Aimée, tropezó con una reacción de denegación, marcada "por su violencia afectiva, por sus fórmulas estereotipadas, por su carácter de oposición definitiva", que le pareció "redhibitoria de todo libre examen" y que ponía "regularmente un término a la continuación de la plática".²⁸ En 1954, la razón de este bloqueo tiene que ser puesta en relación con una carencia de la represión primaria que confina los fenómenos elementales

25. J. Lacan, "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Vernetzung* de Freud", en *Escritos*, op. cit., pág. 372.

26. *Ibid.*, pág. 377.

27. *Idem.*

28. J. Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI, pág. 212.

fuera del campo simbólico. En consecuencia, son las estructuras imaginarias las que se convierten en predominantes: el sujeto recompone su propia historia a partir de su infatuación yoica y de su situación social específica. "Sabemos bien –precisa Lacan algunos años más tarde– que el paranoico, a medida que avanza, vuelve a pensar retroactivamente su pasado, y encuentra hasta en años muy lejanos el origen de las persecuciones de las que fue objeto. A veces, situar un acontecimiento le cuesta muchísimo, y percibimos claramente su tendencia a proyectarlo, por un juego de espejos, hacia un pasado que también se convierte en algo bastante indeterminado, un pasado de eterno retorno, como dice Schreber."²⁹

En la "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud", Lacan no se entretiene en desarrollar sus indicaciones referentes a la paranoia y a la esquizofrenia, pero advierte que será preciso retomarlas en un trabajo clínico. Sin duda, desde esta fecha puede concebir que el hecho de haber despejado la *Verwerfung* abre posibilidades nuevas para abordar la teoría psicoanalítica inacabada de la psicosis. Sin embargo, el recurso a este concepto no basta para fundar un abordaje verdaderamente original. Mientras el "rechazo" sigue sin ser vinculado con el Nombre del Padre, una carencia esencial de la represión primaria es lo único que parece característico de la psicosis.

Por otra parte, en este mismo artículo, Lacan discierne otra forma de interferencia entre lo simbólico y lo real, en la cual el sujeto ya no es pasivo como el alucinado, sino particularmente activo en la creación del fenómeno –forma designada en la teoría psicoanalítica bajo el nombre de *acting-out*. Se apoya en un fragmento clínico narrado por Ernst Kris, psicoanalista neoyorquino que fue, junto con Hartmann y Loewenstein, uno de los principales teóricos de la *Ego-psychology*. El síntoma principal del paciente reside en una obsesión por el plagio que le impide publicar sus investigaciones. Durante su segundo análisis, se dispone a dar este paso cuando descubre en la biblioteca un libro que contiene todas las ideas del suyo. Kris lee la obra y considera poder asegurarle que no es en absoluto un plagiario. Se comprende que semejante intervención no tiende hacia el análisis de lo reprimido, sino

29. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 173.

más bien hacia un reforzamiento del yo, el cual es invitado a identificarse con el yo de un analista capaz de distinguir entre lo verdadero y lo falso. Kris persiste en esta forma de dirigir la cura confiándole al paciente: "Solo las ideas de los demás son interesantes, son las únicas que merece la pena tomar; apropiarse de ellas es una cuestión de cómo hacerlo bien". Entonces el analizante asocia que al salir de su sesión suele ir a un restaurante para comer su plato preferido: sesos frescos.

Muy satisfecho del efecto producido por su intervención, Kris interrumpe en este punto la relación de su trabajo. No concibe que el *acting-out*, a pesar de haber sido formulado, conserva su carácter de algo extraño, incomprendido, y en consecuencia su surgimiento no hace avanzar en nada el análisis de la obsesión por el plagio. Constituye, en este caso, una forma renovada del síntoma mediante la cual se demuestra que no está simbolizado. Lacan discierne en este fenómeno una "relación oral" primordialmente "cercenada" que explica "sin duda el relativo fracaso del primer análisis"³⁰ Este comentario revela que, según él, tanto en el Hombre de los Lobos como en el Hombre de los Sesos Frescos, el análisis tropieza con límites que se derivan de la existencia de un material no dialectizable. De ello testimonian los trastornos mediante los cuales lo no simbolizado retorna en lo real. ¿Debemos deducir la existencia de una potencialidad psicótica en el paciente de Kris? Lacan no se aventura en este sentido; además del carácter no irreal* del *acting-out*, diversas razones lo retienen. Lo que él busca, ante todo, es poner de relieve la génesis del fenómeno en la dirección de la cura, y por otra parte nada le indica una carencia de la función estructurante de la represión primaria. Así, en 1954 dispone para concebir la psicosis de un modelo innovador pero mal delimitado, lo que implica el riesgo de suponer la existencia de potencialidades psicóticas en cualquier sujeto. Ahora bien, esto es poco compatible con su intuición de 1946 según la cual "no se vuelve loco quien quiere", reiterada

³⁰ J. Lacan, "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud", *op. cit.*, pág. 382.

* *Déréel*, según el diccionario Petit Robert, significa "separado de lo real, que ya no concuerda con lo real". El origen del término, considerado equivalente de "autístico", es atribuido a la traducción de un término alemán de Bleuler que no se especifica. Con él se introduce un matiz diferencial con respecto al adjetivo de uso corriente "irréel", el cual tiene la connotación de "fantástico". [N. del T.]

en 1955: "para ser loco, es necesaria alguna predisposición, si no alguna condición".³¹

En suma, cuando Lacan aborda el estudio del principal texto de Freud consagrado a la paranoia, su planteamiento del problema, aunque ya posee su principal concepto, todavía es tan sólo un esbozo. La *Verwerfung* sigue siendo un mecanismo demasiado general para satisfacer las exigencias de una teoría específica de la psicosis.

El término en cuestión no aparece en las "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito (el presidente Schreber)". Sin embargo, Lacan descubre la noción correspondiente en un pasaje donde Freud constata la insuficiencia del concepto de proyección en relación con la psicosis. "No es correcto, escribe Freud, decir que la sensación interiormente reprimida es proyectada de nuevo hacia el exterior; más bien se debería decir, ahora podemos verlo, que lo que fue abolido en el interior vuelve desde el exterior".³² Semejante abolición interna, situada como el origen del delirio, es como un eco de la *Verwerfung* de la castración del Hombre de los Lobos, así como de la *Ausstossung* del artículo sobre la denegación: en estos contextos diversos, Freud indica la existencia de un material inconsciente excluido de una forma tal que, al contrario de lo que ocurre con la represión, hace imposible su reapropiación.

Extraída esencialmente de observaciones hechas a partir de los tres textos de Freud, la diferencia entre la *Verdrängung* y la *Verwerfung* no queda definitivamente sellada hasta finales de 1955. Entonces se instaura una clara oposición, que le permite a Lacan concebir que en la psicosis algo "ha sido dejado fuera de la simbolización general que estructura al sujeto".³³ Lo reprimido se revela mediante una denegación y demuestra ser dialectizable porque está articulado en lo simbólico; por el contrario, el surgimiento de lo *verworfen* en lo real deja al sujeto psicótico "absolutamente inerte, incapaz de hacer funcionar la *Verneinung* con respecto al acontecimiento".³⁴ Además, si bien el significante reprimido tiende a retornar bajo una forma cifrada, pero le-

³¹ J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 27.

³² S. Freud, "Observations psychanalytiques sur l'autobiographie d'un cas de paranoia (le président Schreber)", en *Cinq Psychanalyses, op. cit.*, pág. 315.

³³ J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 73.

³⁴ *Ibid.*, pág. 126.

gible, en lo que a los significantes rechazados se refiere, sus manifestaciones, tanto en el delirio como en la alucinación, se efectúan lo más a menudo bajo una forma alusiva enigmática. En este momento de su pensamiento, cuando el sujeto está estructurado por una "simbolización general", es comprensible que Lacan se mostrara tan pesimista como Freud en relación con la cura de psicóticos mediante el psicoanálisis: mientras la dinámica de la cura siguiera siendo concebida como la reapropiación de un sentido ignorado, sus poderes deberían detenerse en los límites de las represiones secundarias, y más allá de este punto es donde empieza lo imposible de formular generador de los síntomas psicóticos.

Aunque Lacan no lo subrayó, preocupado como estaba por las convergencias más que por las divergencias, no se puede pasar sin algunas dificultades de la abolición simbólica mencionada en el artículo sobre la *Verneinung* a la que se deduce de los trastornos de Schreber. Así, quedan englobados bajo el concepto de *Verwerfung* dos procesos diferentes. En un polo se encuentra la *Ausstossung*, que designa un proceso primario de expulsión necesario para la estructuración del sujeto. En el otro, la abolición simbólica de Schreber, que funda un mecanismo patológico de naturaleza psicótica. La alucinación del dedo cortado es lo que parece permitir el establecimiento de un vínculo entre ambas. De hecho, la reflexión sobre este fragmento clínico incita fácilmente a una confusión que durante mucho tiempo oscurecerá el abordaje del concepto de forclusión del Nombre del Padre. Tal confusión persistirá mucho después de que Lacan, con dificultades, se haya librado de ella. Sin duda, el trastorno del Hombre de los Lobos se origina en lo reprimido primordial, pero la denominación psiquiátrica descriptiva que designa este síntoma conduce demasiado apresuradamente a situarlo entre los fenómenos psicóticos. Aunque la clínica tradicional consagra la existencia de alucinaciones transitorias independientes de la psicosis, Lacan no consideró que pudiera tratarse de una xenopatía neurótica.³⁵ Sin embargo, él mismo, más tarde, advertirá que ciertas alucinaciones no tienen "ningún valor diagnóstico en cuanto a la estructura del sujeto".³⁶

35. J.-C. Maleval, "Les illusions verbales hystériques", *Cahiers de lectures freudiennes*, 1983, 2, págs. 53-72.

36. J. Lacan, "De nuestros antecedentes", en *Escritos*, op. cit., pág. 65.

En 1955, en su enseñanza, se distinguen y se confunden al mismo tiempo: por una parte, una *Verwerfung* estructurante, originaria, normativa, y por otra parte, una *Verwerfung* patológica, excepcional, psicótica. Poco a poco, sin embargo, la ambigüedad desaparecerá. La disociación de estos conceptos constituirá una conquista progresiva a lo largo de todo el seminario de 1955-1956, para culminar, en 1958, con el establecimiento de la relación entre uno de los dos y el Nombre del Padre.

"¿De qué se trata cuando hablo de *Verwerfung*? –se pregunta Lacan el 15 de febrero de 1956–. Se trata del rechazo, de la expulsión, de un significante primordial a las tinieblas exteriores, significante que a partir de entonces faltará en ese nivel. Éste es el mecanismo fundamental que supongo está en la base de la paranoia. Se trata de un proceso primordial de exclusión de un interior primitivo, que no es el interior del cuerpo, sino el interior de un primer cuerpo de significante."³⁷ Pero añado que en el texto de Freud consagrado a la *Verneinung* se encuentra una primera división entre lo bueno y lo malo que sólo es concebible "si lo interpretamos como el rechazo de un significante primordial".³⁸ Se constata de nuevo que la yuxtaposición de las dos tesis es paradójica, porque conduce a presentar como característico de la paranoia ¡un proceso situado en el fundamento de la construcción del sujeto! ¿No tendríamos derecho a suponer, más bien, que es la carencia del rechazo del significante primordial lo que debería generar la psicosis? Evidentemente, represión primaria y *Verwerfung* psicótica no están todavía radicalmente disociadas a comienzos de 1956.

Lacan no ignora que existe una dificultad. Para resolverla le es preciso, en primer lugar, afinar el análisis de la represión primaria mostrando lo específico del acceso del ser humano a la realidad. Al revés que el animal, el hombre no se encuentra en aquella relación de adecuación con respecto a su mundo sugerida por la noción de *Umwelt*, acuñada por von Uexküll.³⁹ La necesaria mediación del lenguaje introduce un desgarró: la realidad, subraya Lacan, está marcada de en-

37. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 217.

38. *Ibid.*, pág. 218.

39. J.-C. Maleval, *L'Investigation lacanienne de la psychose. Les origines (1931-1950)*, tesis de 3er. ciclo, París XIII, 1986, pág. 293.

trada por el anonadamiento simbólico.⁴⁰ Ahora bien, Freud ya había indicado que la realidad del sujeto se construye volviendo a encontrar el objeto perdido,⁴¹ de modo que el proceso de expulsión primordial leído en el trabajo sobre la *Verneinung* parece confundirse con la pérdida de la Cosa vinculada al ejercicio de lo simbólico. A este respecto, Lacan toma el ejemplo de la palabra "día" para mostrar que constituye "un ser diferente de todos los objetos que contiene y manifiesta".⁴² Es imposible pensarla como una experiencia: sólo adquiere sentido en una oposición respecto a la noche. Ni uno ni otro de estos términos se pueden fundar en una constatación empírica: observando la evolución de la luz que aumenta o disminuye nunca se obtendrán los efectos y la consistencia que aporta la oposición significativa "el día y la noche". En esta última existe un efecto de creación propio que ninguna experiencia es capaz de producir.

De ello resulta que se le impone al ser humano un orden simbólico instaurador de la ley de alternancia basada en el significante, y ello antes de que aprenda a articular el lenguaje. El juego del *Fort-Da* también lo atestigua. Gracias a una brillante síntesis de inspiración hegeliana en la que conjuga las investigaciones de Freud con la lingüística estructural y con los trabajos de Lévi-Strauss, a comienzos de los años cincuenta Lacan puede plantear la tesis según la cual la ley del hombre es la ley del lenguaje: dicha ley es portadora de la prohibición del incesto, así como de un régimen de oposiciones ineludibles, y demuestra estar correlacionada con una pérdida irrecuperable, fundadora de una eternización del deseo. El acceso al ejercicio del símbolo se paga con una separación del sujeto respecto al objeto de su satisfacción inicial. En este contexto conceptual, nos vemos llevados a concebir la represión primaria como algo que se apoya en un significante primordial adecuado para representar la Cosa perdida.

Lacan establece la anterioridad de una armadura significativa fundamental con la que el *infans* tiene que arreglárselas para definirse como sujeto y para construir su realidad. La *Verwerfung*, afirma Lacan el 15 de febrero de 1956, se produce en el campo de esta articulación sim-

40. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 214.

41. S. Freud, *L'interprétation des rêves*, Paris, PUF, 1967, pág. 481.

42. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 214.

bólica original.⁴³ ¿De qué *Verwerfung* se trata? No lo precisa, porque todavía conjuga las dos versiones. Sin embargo, la expulsión primordial concebida por Freud funda la *Bejahung*, es decir, instaura la cohesión de la armadura significativa, mientras que esta última se encuentra desestructurada por la *Verwerfung* propia de la paranoia. El rechazo postulado en el artículo sobre la *Verneinung* se sitúa en una anterioridad lógica con respecto al rechazo que Lacan considera en un principio el mecanismo de la psicosis. No es subrayando esta diferencia como conseguirá distinguir entre uno y otro, sino circunscribiendo la especificidad de aquello sobre lo que actúa el cercenamiento psicótico.

Con tal fin, ha de apoyarse en uno de los pocos textos consagrados por Freud a la psicosis aparte del comentario de las *Memorias de Schreber*, a saber, un trabajo de 1994 titulado "Neurosis y psicosis" donde afirma que, en lo referente a los delirios, "algunos análisis nos han enseñado que la locura sirve como una pieza que se pega allí donde inicialmente se había producido una falla en la relación del yo con el mundo exterior".⁴⁴ En línea con esta formulación y en contra de lo que él mismo había supuesto en un periodo anterior, Freud destaca al término de su reflexión, en 1938, que en la psicosis el yo no se separa totalmente de la realidad.⁴⁵ Considera que el delirante reconstruye el universo para enmascarar una falla fundamental. Ahora bien, es indudable que en su pensamiento esta falla no tiene nada en común con la expulsión primaria relacionada con la *Bejahung* instauradora del orden simbólico. La represión primaria rechaza un elemento que al mismo tiempo constituye su sostén; al contrario, el rechazo lacaniano afecta a un "primer cuerpo de significante" que hubiera debido inscribirse en el campo de la simbolización primordial. El hecho de prestar atención a la falla psicótica postulada por Freud revela la necesidad de diferenciarla de aquella otra falla abierta por la expulsión primaria. Si existen "significantes de base" sin los cuales el orden de las significaciones humanas no se podría establecer, la falla psicótica ha de afectar a algunos de ellos. Entonces cesa la confusión con la represión primaria, que es la instauradora de estos significantes nodales.

43. *Ibid.*, pág. 216.

44. S. Freud, "Névrose et psychose". *Névrose, psychose et perversion*, Paris, PUF, 1973, pág. 285.

45. S. Freud, *Abrégé de psychanalyse*, Paris, PUF, 1949, pág. 79.

Lacan ilustra este planteamiento el 18 de abril de 1956 mediante una metáfora muy conocida. "Todos los taburetes no tienen cuatro pies. Algunos se sostienen en tres. Pero, entonces, no es posible que falte ningún otro, si no la cosa anda muy mal. Pues bien, sepan que los puntos de apoyo significantes que sostienen el mundillo de los hombrecitos solitarios de la multitud moderna, son muy reducidos en número. Puede que al comienzo el taburete no tenga suficientes pies, pero igual se sostenga hasta cierto momento, cuando el sujeto, en determinada enrucijada de su historia biográfica, confronta ese defecto que existe desde siempre".⁴⁶ Lacan encuentra la confirmación de su tesis —la psicosis resulta de una falta interna al orden simbólico— en una clínica de la perplejidad, a menudo discernible en el inicio de los trastornos, cuando el sujeto se ve confrontado a un enigma que sugiere la presencia de una hiancia en el campo del significante. Nada más crítico para un psicótico que acercarse a ese vacío: como el significante nunca es solitario, según lo demostró Saussure,⁴⁷ si falta uno de ellos el sujeto se ve obligado a poner en cuestión el conjunto del ordenamiento de la cadena significante, proceso que sólo consigue estabilizarse mediante la creación de una neorrealidad delirante.

Gracias a la introducción de la noción de falta de un significante primordial, sostén del armazón simbólico, resulta posible concebir la especificidad de la *Verwerfung* psicótica. Así, ésta se distingue de la expulsión fundadora del sujeto. La metáfora del taburete de tres patas marca el momento en que la *Ausstossung* de lo reprimido primario se separa claramente de la *Verwerfung* psicótica. Ilustra, con la pata ausente, una falta inherente a lo simbólico que demuestra ser de un orden distinto que la falta fundadora cuyo efecto es poner en su sitio las cuatro patas. La intuición de acuerdo con la cual no se vuelve loco quien quiere encuentra aquí un fundamento: para enloquecer se requiere una condición previa cuya especificidad empieza a ser despejada. La noción de estructura psicótica ha nacido. Consecuencia directa:

46. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 289.

47. "En la lengua —afirma Saussure— sólo hay diferencias [...]. La prueba de ello es que el valor de un término puede ser modificado sin afectar ni a su sentido ni a sus sonidos, sino simplemente por el hecho de que otro término haya experimentado una modificación" (F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, París, Payot, 1972, pág. 166.)

Lacan ya no volverá a mencionar la psicosis en referencia al Hombre de los Lobos.

Entonces, las últimas sesiones del seminario de 1955-1956 han de orientarse hacia un esfuerzo por precisar a qué afecta el cercenamiento psicótico. Las *Memorias de un neuropata* de Schreber revelan claramente, en lo que a él se refiere, que se trata de una ausencia "del significante masculino primordial".⁴⁸ Esta constatación incita a Lacan a interrogarse por la función paterna. ¿A qué responde, se pregunta, el privilegio otorgado por Freud al complejo de Edipo? ¿Por qué lo encuentra por todas partes? ¿Por qué lo considera un nudo esencial? ¿Por qué, si no es porque la noción del padre "le da el elemento más sensible en la experiencia" y eso que él, Lacan, llama "el punto de almohadillado entre el significante y el significado"?⁴⁹ En este punto, Lacan emplea una metáfora tomada del vocabulario de los colchoneros, con el fin de designar los significantes nodales a partir de los cuales el orden simbólico y la realidad de un sujeto se aseguran y se organizan. Afirma que un "número de mínimo de puntos de fijación fundamentales entre el significante y el significado" son necesarios para que un ser humano sea llamado normal. Si no se han establecido, o si se rompen, entramos en el campo de la psicosis. Los anudamientos instaurados por la función paterna le indicarán al sujeto el camino a seguir en la existencia; por el contrario, cuando dichos anudamientos son deficientes —los puntos de anclaje entre la masa amorfa del significante y la masa amorfa del significado, según las expresiones de Saussure— la corriente continua del significante recupera su independencia. Entonces, desde los márgenes de la carretera principal, "eso" se pone a hablar para el sujeto: en el murmullo de las alucinaciones verbales, el significante se expresa por sí mismo y sugiere una infinidad de senderos por medio de los cuales se indica vagamente la dirección a seguir.⁵⁰

Todo el mundo sabe que la madre está determinada por la experiencia del nacimiento, mientras que el padre sólo se identifica a través de la palabra de la genitora. Por eso la función paterna demuestra ser indisoluble del significante. En este nuevo planteamiento, el comple-

48. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 361.

49. *Ibid.*, pág. 383.

50. *Ibid.*, pág. 419.

jo de Edipo parece subrayar, mediante una formulación mítica, la operación nodal del padre en lo que concierne a la instauración del orden simbólico.

En 1956, el seminario consagrado a las psicosis termina en la primacía del Nombre del Padre como fuente del advenimiento de una estructuración normativa del sujeto. Por otra parte, el 4 de julio, en la última sesión, después de haber madurado su reflexión, Lacan propone traducir *Verwerfung*, no ya como "rechazo" o "cerceamiento", sino como "forclusión". Como se sabe, éste es el término que ha prevalecido. Desde aquel momento todo está dispuesto para que la estructura de la psicosis no se siga confundiendo con la represión primaria. Dicha estructura ha de estar relacionada con la forclusión de un significante primordial, portador de la ley. Sin embargo, Lacan no lo formula de manera explícita: todavía no condensa en un único concepto la tesis que se desprende de su investigación.

¿Había llegado ya en 1956 a concebir que la forclusión debe afectar al Nombre del Padre para ser específica de la psicosis? ¿Se autorizaba ya a extrapolar la observación del presidente Schreber al conjunto de los psicóticos? Hay razones para creerlo, porque al año siguiente, en el seminario consagrado a *La relación de objeto*, relaciona la propia paranoia, y no ya a un psicótico en particular, con una *Verwerfung* que "deja fuera" el término del padre simbólico.⁵¹ Por su parte, no siente la necesidad de insistir en este punto, lo que nos lleva a suponer que lo considera como algo confirmado por el trabajo del año anterior.

"La falta que le da a la psicosis su condición esencial" se encuentra formulada por primera vez como forclusión del Nombre del Padre en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", redactada entre diciembre de 1957 y enero de 1958. Allí, el Nombre del Padre es especificado como el "significante que, en el Otro, en cuanto lugar del significante, es el significante del Otro en cuanto lugar de la ley".⁵² En este momento, pues, dicho significante se manifiesta como algo inherente al campo de lo simbólico: el Otro de la ley redobla al Otro del significante y encuentra en sí mismo su propio

51. J. Lacan, *El Seminario. Libro IV. La relación de objeto*, Barcelona, Paidós, pág. 229.

52. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 564.

fundamento. Lacan necesitará varios años, por una parte, para concebir que el Padre no es una referencia tan segura y, por otra parte, para relacionarlo con la pérdida instaurada por la *Ausstossung* primordial, expulsión que sólo asegura la consistencia de la cadena significativa descompletándola.

Desde este momento se ve que Lacan ha extraído de los textos de Freud una noción que en ellos no era manifiesta. Podemos convenir, como sostiene Schotte, que en dichos textos la *Verwerfung* no había sido elevada al estatuto de un concepto técnico. Tal vez incluso, afirma con razón, en la famosa expresión "*Eine Verdrängung ist etwas anderes als eine Verwerfung*" este último término sea empleado en su sentido corriente, a modo de un contraste, para explicar lo que significa *Verdrängen*. Sin embargo, parece abusivo dar un paso más y pretender que "no es interesante tratar de decir que Lacan tomó su concepto de Freud". Según este autor, más valdría "darse cuenta de que no es verdad"; en su opinión, la "*Verwerfung* de Freud no tiene ninguna relación con lo que Lacan dijo de ella".⁵³

Qué duda cabe: Lacan hace añadidos a la investigación del fundador del psicoanálisis, combina sus textos de manera original, convoca la *Verwerfung* para la inteligencia de un artículo donde ésta no se encuentra. Pero, estudiando la construcción del concepto de forclusión, ¿quién podría discutir seriamente que el aislamiento de este concepto está anclado en una lectura de Freud y que es inconcebible sin tal lectura?

Los presupuestos fenomenológicos de Schotte lo llevan a excederse en su crítica de uno de los fundamentos de un planteamiento estructural de la clínica. Hasta se permite decir que la forclusión no es un concepto psicoanalítico. Considera que en el pensamiento freudiano sólo acceden a la condición de "verdaderos conceptos" aquellos procesos en los que "estamos todos implicados, todos, en partes desiguales, pero todos", tales como la represión, la transferencia, la resistencia, los mecanismos de defensa, etc.⁵⁴ En primer lugar, a esta tesis se le podría objetar la *Verleugnung* del fetichista. Pero aun admitiéndola en

53. J. Schotte, "À propos de psychanalyse et psychiatrie", *Painçon*, enero de 1984, 6. págs. 88-89.

54. *Ibid.*, pág. 90.

lo esencial, ¿no llevaría simplemente a preguntarse si semejante extensión demuestra, antes que nada, el anclaje de la investigación de Freud en el campo de la neurosis? ¿Y no es ésta precisamente una de las razones fundamentales de su fracaso en captar la especificidad de las psicosis? Además, fijar los límites de la investigación estipulando *a priori* lo que es psicoanalítico mediante la referencia a los textos fundadores, considerados, por lo tanto, como insuperables, es algo que siempre ha conducido a obstáculos epistemológicos.

La concepción del mecanismo específico de la psicosis reclama ahora un estudio sobre aquello a lo que afecta la *Verwerfung* en este caso. Este estudio se revela tanto más necesario cuanto que el concepto de Nombre del Padre experimentará, a lo largo de la enseñanza de Lacan, una evolución tan considerable que la propia acepción de la forclusión sufrirá modificaciones. De todas formas, antes de examinar en detalle los distintos abordajes del Nombre del Padre, primero necesitamos precisar las razones que llevaron a la elección del término "forclusión" para traducir la *Verwerfung*.

Capítulo 3

El origen del concepto de forclusión

¿Por qué Lacan acaba prefiriendo este término al de "rechazo" o "cercenamiento"? Cuando lo introduce, él no nos da ninguna indicación sobre qué se lo ha podido sugerir,¹ y posteriormente no se mostrará más explícito. Nos corresponde, pues, tratar de esclarecer esta elección de alguna manera.

En la lengua francesa contemporánea, el término *forclusion* es de uso corriente en el vocabulario jurídico procedimental y significa "la caducidad de un derecho no ejercido en los plazos prescritos". Sin embargo, según Littré, el sentido propio y primitivo del verbo *forclorre* es "exclure". Esta acepción se encuentra en el siglo XIII, en el *Roman de la Rose*: "*Mes l'esperance m'est forclose*". Según Bloch y Von Wartburg, el derivado *forclusion* aparece en 1446.² Aunque ya vieja en el siglo XVII, la acepción original perdura a veces en escritores modernos. Chateaubriand escribe en las *Memorias de ultratumba*: "El aire resonaba con las imprecaciones de los desesperados forcluidos";³ más próximo a nosotros, André Gide pregunta en su Diario: "¿Y no es ya el infierno conocer el lugar del reposo, conocer el camino que a él conduce, así como su puerta, y permanecer forcluido?"⁴

Sin duda, debido a su referencia profunda a la idea de exclusión, el concepto de forclusión puede parecer adecuado para lo que Lacan trata de circunscribir; sin embargo, desde este punto de vista no se ve cuál

1. Afirma Lacan el 4 de julio de 1956: "[...] luego de haberlo reflexionado bien, les propongo adoptar definitivamente esta traducción que creo la mejor: la forclusión". (J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, Barcelona, Paidós, pág. 456.) Ninguna argumentación apoya esta elección definitiva.

2. O. Bloch, W. y von Wartburg, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París, PUF, 1975, pág. 138.

3. E. Littré, *Dictionnaire de la langue française*, Monte-Carlo, Du Cap, 1962, II, pág. 2564.

4. P. Robert, *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, París, Le Robert, 1984, III, pág. 78.

sería el matiz pertinente que le habría hecho preferirlo al rechazo o al cercenamiento.

Ahora bien, en 1956 la forclusión ya tiene una historia previa en la comunidad psicoanalítica parisina. Había sido introducida por los gramáticos Damourette y Pichon para designar una de las modalidades de la negación en la lengua francesa. Lacan conocía muy bien a Édouard Pichon,⁵ uno de los diez miembros fundadores de la Sociedad Psicoanalítica de París. Ya en 1932 figuraba entre los maestros a quienes dedicó su tesis. En 1938, Pichon había contribuido de forma decisiva a su elección como miembro titular. En contra de lo que a veces se pretende, Lacan no se negaba a reconocer su deuda con él. Cuando le toma prestados en 1953 los términos "alocutario" y "locutor", menciona su origen, añadiendo que el "añorado" Édouard Pichon, "tanto por las indicaciones que dio para el nacimiento de nuestra disciplina como por las que lo guiaron en las tinieblas de las personas, mostró una adivinación que sólo podemos referir a su ejercicio de la semántica".⁶ Lacan se refiere muchas veces a su colega, de mayor edad que él, tanto en sus primeros trabajos como en diversos artículos y seminarios más tardíos. Desde finales de los años cincuenta se refiere de buen grado a los trabajos de los dos gramáticos sobre la negación, pero nunca establece una relación explícita entre su propia traducción de la *Verwerfung* y el término empleado por Pichon. Hay que esperar hasta el 10 de diciembre de 1958, durante el seminario consagrado a "El deseo y su interpretación", un año y medio después de la introducción del concepto de forclusión, para que Lacan llame la atención de sus oyentes sobre el hallazgo que constituye la distinción, por parte de Damourette y Pichon, entre lo forclusivo y lo discordancial. No ha sentido la necesidad de hacerlo antes. Además, aquel día es el segundo de estos conceptos el que despierta su interés, y no en referencia a la teoría de la psicosis, sino en el marco de su investigación sobre la estructura del sujeto. ¿Por qué habría de ocultar su fuente tratándose de la

5. Pediatra y psicoanalista, nacido en 1890 y muerto en 1940 (cf. E. Roudinesco, *La Bataille de Cent Ans. Histoire de la psychanalyse en France*, Paris, Seuil, 1982, I, págs. 297 y sigs.).

6. J. Lacan, "Función y campo de la palabra en psicoanálisis", en *Escritos*, op. cit., pág. 248, nota 2.

forclusión y no dudaría en mencionarla cuando se refiere a lo discordancial?

En la lengua francesa, el proceso de la negación posee la particularidad de basarse en dos términos (*ne... pas* = no; *ne... jamais* = nunca; *ne... rien* = nada, etc.), mientras que en la mayoría de las otras lenguas, basta con uno: en inglés, *not*, en alemán, *nicht*, en español, *no*, etc. Parece, ciertamente, escriben en 1928 Damourette y Pichon, que "la lengua francesa se hubiera dado dos útiles psicológicos más finos que el antiguo útil latino de la negación: uno, el discordancial, que señala la inadecuación del hecho que pone en duda respecto al medio; el otro, el forclusivo, que indica que el término amplexo⁷ está excluido del mundo aceptado por el locutor".⁸ Para apoyar su demostración, describen los distintos empleos del *ne*. En los casos en que éste queda aislado en la subordinada es cuando se revela más claramente la discordancia que introduce entre ella y el contenido central de la frase. "*L'âme de saint François était plus belle que ne l'est la mienne*" [El alma de San Francisco era más bella que la mía], indica, por ejemplo, una discordancia entre la cualidad considerada y el patrón con el que se la mide; igualmente, en la aserción "*il y a un autre qui empêche qu'on ne voie chez vous*" [hay otro que impide que en tu casa se vea], se manifiesta una discordancia entre el fenómeno que debería producirse y algo que lo obstaculiza.

Es el registro discordancial de la negación lo que le llama particularmente la atención a Lacan y lo lleva a ocuparse varias veces del hallazgo de Damourette y Pichon. Encuentra allí una forma de evidenciar la división del sujeto por medio del *ne* expletivo,⁹ que le parece un

7. "Amplexo" [en francés, *amplecte*] es un término formado a partir del latín *amplecti*: "rodear". Amplexo = rodeado por algo que lo envuelve.

8. J. Damourette, E. Pichon, "Sur la signification psychologique de la négation en français", *Journal de psychologie normale et pathologique*, 1928, pág. 243; reproducido en *Quarto*, suplemento de la *Lettre mensuelle de l'École de la Cause freudienne*, Bruselas, XII, pág. 42. Se encuentra un estudio semejante de la negación en un trabajo monumental en el que Damourette y Pichon tratan de describir de manera exhaustiva el estado de la lengua francesa de comienzos del siglo XX: "Des mots à la pensée", *Essai de grammaire de la langue française*, Paris, D'Artrey, 1911-1940, 7 vol.

9. Es expletivo un término que, en la frase, no es necesario desde el punto de vista del significado. Tal es el caso de la palabra "moi" en la expresión francesa "Regardez-moi cet imprudent", o del término "ne" en: "Je crains qu'il ne vienne".

* El alma de San Francisco era más bella que yo no la mía.
...
... que no se vea en tu casa.

índice en el enunciado de la incidencia del sujeto de la enunciación. Estamos muy lejos de los estudios sobre el sujeto psicótico concebido como no dividido.

En lo que se refiere al segundo aspecto de la negación francesa, el forclusivo, es instaurado por palabras tales como *rien* [nada], *jamais* [nunca], *pas*, *personne* [nadie], *guère* [apenas], etc., y se aplica, escriben Damourette y Pichon, "a los hechos que el locutor no considera que formen parte de la realidad. Estos hechos —precisan— son, de algún modo, forcluidos".¹⁰ Tal acepción concuerda con la idea de exclusión vinculada con la *Verwerfung* freudiana, hasta tal punto que es tentador buscar en los trabajos de los dos gramáticos el origen de la traducción propuesta por Lacan. Existen, por otra parte, algunos elementos que permiten orientarse hacia esta hipótesis. De entre los ejemplos de negación forclusiva, Damourette y Pichon dan el siguiente: "El affaire Dreyfus, dice, es para mí un libro que ya está cerrado. Tuvo que arrepentirse hasta su última hora de haberlo abierto alguna vez" [*de l'avoir jamais ouvert*].¹¹ Ahora bien, a este respecto, hacen el siguiente comentario: "El lenguaje es para quien sabe descifrar sus imágenes un maravilloso espejo de las profundidades del inconsciente. El arrepentimiento es el deseo de que una cosa pasada, y por lo tanto irreparable, no haya existido nunca; la lengua francesa, mediante el forclusivo, expresa este deseo de escotomización, traduciendo de esta forma el fenómeno normal correspondiente a la escotomización, descrita en patología mental", que sería su exageración patológica descrita por Laforgue y Pichon.¹² Era sobre todo Laforgue¹³ quien había tratado de imponer en los años veinte —en su correspondencia con Freud y en diversos artí-

10. J. Damourette y E. Pichon, "Sur la signification psychologique de la négation en français", *Quarto*, suplemento de la *Lettre mensuelle de l'École de la Cause freudienne*, Bruselas, XII, pág. 242.

11. J. Marsillac, "Esterhazy est mort", *Le Journal*, 18 de agosto de 1923, col. 2, pág. 1, citado por J. Damourette, E. Pichon, "Sur la signification psychologique de la négation en français", *Quarto*, *op. cit.*, pág. 245.

12. *Ibid.*, pág. 245.

13. René Laforgue (1894-1962), médico de origen alsaciano, fue uno de los principales miembros fundadores de la Société psychanalytique de Paris.

«L'homme ne se défait pas par la parole»

culos redactados en alemán—¹⁴ el concepto de escotomización para designar un proceso de desconocimiento de la realidad propio de la esquizofrenia. El maestro de Viena no se adhirió a la tesis del francés, aunque sí utilizó en algunas ocasiones el término propuesto, pero con acepciones distintas: en un caso lo convierte en sinónimo de la represión,¹⁵ y en otros dos casos de una *Verleugnung* no psicótica,¹⁶ por lo que su empleo no se impuso en absoluto.

El fracaso de Laforgue, ¿nos lleva a suponer, como pretende Roudinesco, que al introducir la forclusión Lacan habría retomado el debate de antes de la guerra sobre la escotomización? ¿Hay que pensar, además, que si no cita a Pichon en esta oportunidad sería porque, para Lacan, "los vocablos hablan por sí mismos y su simple uso basta para designar un texto de referencia a falta de su autor"?¹⁷ En mi opinión, si Lacan no se refiere a ninguno de los dos, mientras que no duda en mencionar a Pichon en lo relativo a términos de menor importancia, tales como "locutor" o "alocutario", es porque considera que en este punto no les debe casi nada. El concepto de forclusión del Nombre del Padre, como he intentado demostrar, es en su origen enteramente deducible de una investigación sobre los textos de Freud y de Schreber orientada por la dialéctica hegeliana, la lingüística estructural y los primeros trabajos de Lévi-Strauss. Si Laforgue y Pichon no hubieran escrito nada, la teoría de la psicosis de Lacan no hubiera sufrido por ello ninguna modificación.

Tal vez el recurso al término de forclusión estuviere en parte guiado por el recuerdo de trabajos que Lacan había conocido unos treinta años antes, pero su elección no surge directamente de las investigaciones de Damourette y Pichon, ni de las de Laforgue. Cuando introduce, sin más comentarios, su última traducción de la *Verwerfung*, lo hace en un periodo en el que está descubriendo que en la psicosis ésta recae específicamente en el Nombre del Padre. Ahora bien, como sabemos, el Nombre del Padre designa aquello que en lo simbólico encarna la

14. R. Laforgue, "Refoulement et scotomisation dans la schizophrénie", *Int. Zeitschrift ärztliche Psychoanalyse*, 1926, 12, págs. 451-456.

15. S. Freud, *Inhibition, symptôme et angoisse*, París, PUF, 1968, pág. 87.

16. S. Freud, "Le fétichisme", *La Vie sexuelle*, París, PUF, 1969, págs. 134 y 137.

17. E. Roudinesco, *La Bataille de Cent ans. Histoire de la psychanalyse en France*, París, Seuil, 1982, I, pág. 386.

ley; entonces, si existe en el francés contemporáneo un término que posee una connotación jurídica marcada y que permite traducir una *Verwerfung* de la ley, resulta sin duda más pertinente que vocablos neutros como el de rechazo o cercenamiento.

Fue la acepción jurídica de la forclusión, hoy día la más corriente, la que adoptó Lacan, hasta tal punto que nunca sintió la necesidad de referirse a este respecto ni al "añorado" Pichon ni a la historia del movimiento psicoanalítico francés. Se puede advertir, por otra parte, que de entre los sentidos del verbo *verwerfen* uno pertenece al vocabulario jurídico y significa "recusar", incluyendo una idea de rechazo por disconformidad con las disposiciones legales. Desde este punto de vista, la *Verwerfung* demuestra estar muy próxima a la noción francesa de *forclusion*.

La elección de este término no fue explicada porque no había motivos para entretenerse con una palabra perteneciente al vocabulario habitual, de la misma manera que no hubiera sido necesario comentar el recurso al rechazo o al cercenamiento.

En su raíz, la forclusión lacaniana hace referencia a lo jurídico,

Capítulo 4

Del Nombre del Padre, la forclusión

Para quien no la capta en su movimiento, la enseñanza de Lacan sobre la estructura de las psicosis se presta a una confusión frecuente. Ésta consiste en omitir que, en un segundo tiempo, el proceso previamente aislado en el Hombre de los Lobos es puesto en correlación con la función paterna. Por lo tanto, conviene subrayar que en el psicótico la forclusión afecta al Nombre del Padre, y no a significantes cualesquiera ni a experiencias singulares.

Resulta significativo a este respecto un ejemplo muy conocido, planteado en 1958 por uno de los alumnos más cercanos a Lacan como ayuda para entender el concepto de forclusión. El texto de Leclair merece un examen atento, no sólo como precursor de una confusión a menudo reiterada. También es una muestra de la forma en que la estructura de las psicosis se podía captar a partir de 1954, fecha en que es despejada la *Verwerfung*, y de cómo podía ser concebida antes de la aparición, en 1959, del escrito "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis",¹ donde se hace explícito que la forclusión afecta al Nombre del Padre. "En busca de los principios de una psicoterapia de las psicosis" se publicó en *La evolución psiquiátrica*. Para ilustrar la forclusión, el autor se apoya en un ejemplo ficticio pidiendo de antemano excusas por su carácter de fantasía—cosa que le concedemos de buena gana—, pero atribuyéndole un carácter didáctico, lo cual discutimos.

Leclair opta por contar una versión renovada de *Un americano en París*. Se trataba de un hombre que conocía nuestra lengua y que luego de bajar del avión quiso visitar el París gay en compañía de un viejo amigo francés. Después de haber bebido más de lo conveniente, ambos se encontraron en un estado de ebriedad avanzada y a altas horas

1. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos, op. cit.*, págs. 513-564.

de la noche en las calles de la capital. "Fue entonces cuando apareció una pareja de golondrinas [*hirondelles*] (se trata, como se nos explica, de los agentes en bicicleta que surcan la noche parisina), silueta muy conocida por los habitantes de París; las golondrinas fueron, pues, llamadas por su nombre y alegremente interpeladas por el amigo de París, mientras su compañero imitaba su agudo grito; las susodichas golondrinas² tuvieron que contrarrestar con algún vigor los efectos de la disolución pasajera" de su conciencia para conseguir que ganaran su hotel.

"Este encuentro, que puso fin a su alegre tumulto, hubiera sido un mal recuerdo, con tal de que se hubiera conservado alguno. Pero *no hubo ningún recuerdo*."³ La historia nos llegó a través del portero del hotel." Los dos compadres se despertaron al día siguiente en su habitación, sin saber cómo habían llegado hasta allí desde el cabaret.

"Tan sólo ocho meses más tarde, algún tiempo después de volver a Chicago, cuando nuestro americano se enfrenta con sus dificultades habituales —mujer, suegra y director— estalla el drama. La brusca eclosión de un curioso delirio ornitológico que se produjo, fue atribuida por todo el mundo al miedo suscitado por el agudo ruido que emitió, durante un encuentro aeronáutico, un avión que caía en picada justo antes de que otros franquearan la barrera del sonido: entonces, nuestro hombre se tomó por un águila. Construyó una granja en su jardín, crió especies raras, hizo grabaciones de Messiaen y empezó a ausentarse periódicamente para efectuar largas migraciones. Estaba loco.

"Esta fantasía —prosigue Leclaire— se propone ilustrar lo que pudo ser objeto de la forclusión, aquella 'experiencia no dialectizada', cuyo papel patógeno suponemos en la historia de un delirio. Aquí, por supuesto, es la escena del encuentro de los agentes en bicicleta (golondrinas) lo que constituye esta experiencia brutal, que no quedó en absoluto integrada en la trama de los recuerdos: experiencia vivida pero no temporalizada, no memorizada; de ella ya sólo quedan huellas, por otra parte enigmáticas, para los sujetos: algunas contusiones y el hecho de encontrarse en el hotel. Ahora bien, lo que reaparece en la realidad fantasmática del delirio es precisamente el pájaro, es decir, de alguna

2. En el texto original, arondes, antigua forma del término *hirondelles*.

3. Subrayado por el autor.

manera, 'la golondrina' que había constituido el centro de la experiencia no integrada, el significante escamoteado. [...] De acuerdo con una fórmula de Lacan, podemos decir que esto es lo que había sido *rechazado del orden simbólico*,⁴ a saber, el significante 'golondrinas', lo que, a pesar de ser un significante conocido, durante el delirio reaparece en lo real".⁵

La argumentación de este artículo da a entender que la forclusión psicótica podría afectar en principio a cualquier significante. El hecho de que en el presidente Schreber se trate del padre no constituiría sino un caso particular. Sin duda, este planteamiento corresponde a un momento de la enseñanza de Lacan, pero en 1958, cuando Leclaire concibe su ejemplo,⁶ ya está superado. Es todavía la alucinación del dedo cortado lo que le sirve de modelo privilegiado a Leclaire, quien no puede concebir que baste con la referencia a la represión primaria para dar cuenta de este síntoma. Nada le impide poner en el mismo plano la forclusión del padre, la de la escena primitiva y la de un "elemento de problemática narcisista".⁷ No ve que la expulsión a lo real de significantes cualesquiera sólo se produce bajo la dependencia de la forclusión del Nombre del Padre. Si hubiera captado el lugar que a esta última le corresponde como antecedente lógico, si hubiera introducido la noción de estructura psicótica en su ejemplo ficticio, éste hubiera tenido más fundamento. Entonces quizá hubiera renunciado a esa curiosa sintomatología ornitológica, como mínimo muy excepcional, y su atención se hubiera dirigido hacia un hecho general que se impone en clínica, a saber, la obnubilación del delirante en lo referente a la cuestión del Padre.

El abordaje propuesto por Leclaire incita a concebir la forclusión como una especie de represión abismal que afectaría a significantes no rememorables, dotados de la propiedad de ser aptos para retornar en

4. Subrayado por el autor.

5. S. Leclaire, "À la recherche des principes d'une psychothérapie des psychoses", *L'Évolution psychiatrique*, 1958, II, págs. 407-408.

6. Este apego a una tesis superada no tiene nada de sorprendente. Por una parte, el concepto de forclusión del Nombre del Padre todavía no había sido claramente formulado; por otra parte, Lacan constataba que, por lo general, se requería un periodo de latencia de unos diez años para que sus conceptos se difundieran.

7. *Ibid.*, pág. 410.

lo real. Al reducir de esta forma la tesis lacaniana, se pierde en ella la noción de estructura psicótica: se la inserta subrepticamente en una problemática del "núcleo psicótico" que le es del todo ajena.⁸ Si se adopta esta orientación, enseguida se puede franquear un paso adicional, reduciendo la forclusión a la represión y vaciándola de su especificidad. En un trabajo redactado en 1979, testimonio de una deriva de esta clase, la forclusión será "a la psicosis lo que la represión es a la neurosis",⁹ en consecuencia, se espera del analista que haga surgir de la clínica "una verdad reprimida o forcluida".¹⁰ Otra alumna de Lacan no duda en escribir, en 1971, que hay que "analizar" el "deseo forcluido" de los niños psicóticos,¹¹ y al mismo tiempo constata que Dominique recuperó su "sexo forcluido" en "los delirios de la sesión".¹² Entonces, ciertamente, nada se opone a que tanto el uno como el otro confíen en "la histerización posible de la psicosis"¹³ (como veremos, los riesgos de desencadenamiento de una psicosis clínica inherentes a esta forma de dirección de la cura no pueden ser ignorados). ¿Qué queda en tales planteamientos para diferenciar la forclusión de la represión? Si tanto la una como la otra afectan a significantes cualesquiera que se pueden movilizar en la cura analítica, sólo subsiste, como característica de la *Verwerfung*, la particularidad de suscitarse síntomas llamados psicóticos. Surge entonces la cuestión de saber en qué se funda la noción de psicosis, y para responder a ello, las descripciones fenomenológicas de la psiquiatría se convierten en el recurso necesario. Con este deslizamiento, la investigación lacaniana de una estructu-

8. El hecho de que no quepa ninguna duda de que nadie está a salvo de un episodio de confusión mental no permite en absoluto inferir la existencia de mecanismos psicóticos en todo el mundo (cf. J.-C. Maleval y D. Cremler, "Délire psychotique ou delirium névrotique. Essai de différentiation structurelle", *Bulletin de psychologie*, t. XL, nov.-dic. de 1986, págs. 21-36).

9. M. Mannoni, *La Théorie comme fiction*, Paris, Seuil, 1979, pág. 134.

10. *Ibid.*, pág. 128.

11. F. Dolto, *Le cas Dominique*, Paris, Seuil, 1971, pág. 249. Para una discusión de la pertinencia del diagnóstico de psicosis dado a Dominique, cf. J.-Cl. Maleval, "Hystérie et psychose infanto-juvéniles", *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, Paris, Payot, 1981.

12. F. Dolto, *op. cit.*, pág. 147.

13. M. Mannoni, *op. cit.*, pág. 133.

ra de las psicosis, llevada cabo siguiendo el hilo del descubrimiento freudiano, se echa a perder. La forclusión del Nombre del Padre se degrada en un proceso cuya piedra angular queda subrepticamente desplazada desde el discurso del psicoanálisis hacia el de la psiquiatría. La exigencia de una definición rigurosa no se armoniza con esta noción de psicosis, que por otra parte es bastante inaprensible,¹⁴ sino que más bien incita a recorrer transversalmente la nosología de los clásicos y a poner patas arriba los capítulos de los DSM.

Algunos psicoanalistas de la IPA consideran que al aislar el concepto de forclusión en la obra de Freud, Lacan reveló un nuevo mecanismo de defensa. Así, según Bergeret, éste sería "más eficaz pero más temible que la represión, porque lo que hubiera debido ser simbolizado no lo está".¹⁵ De la misma forma, para Green, la forclusión sería "una modalidad de la represión" propia de la estructura psicótica.¹⁶ En estos planteamientos, cercanos a los antes mencionados aunque diferencian más claramente la forclusión de la represión, es el modelo de la alucinación del Hombre de los Lobos lo que sigue predominando: la especificidad de la estructura psicótica es de nuevo suprimida y los desarrollos de la enseñanza de Lacan permanecen ignorados.

14. J.-C. Maleval, "À la recherche du concept de psychose", *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, *op. cit.*, págs. 252-279.

15. J. Bergeret, *La dépression et les états-limites*, Paris, Payot, 1974, pág. 114.

16. A. Green, *La folie privée*, Paris, Gallimard, 1991, pág. 161.

Capítulo 5

Primeros abordajes de la función paterna

Que la psicosis está determinada por la forclusión del Nombre del Padre constituye una tesis sobre la que Lacan no cambia de posición a partir de 1958. Sin embargo, la considerable evolución experimentada por el concepto de Nombre del Padre introduce en esta tesis sucesivas modificaciones internas que imponen reconsiderar en detalle la especificidad del análisis lacaniano de la función paterna.

Primero conviene recordar en qué consiste, en lo esencial, la estructura de la psicosis en su planteamiento inicial.

A lo largo de los años cincuenta, la causalidad simbólica se impone sobre la causalidad psíquica de las imagos. Gracias a las investigaciones de Lévi-Strauss, Lacan descubre la función fundadora de un sistema primordial del significante. En el campo de este armazón primario, llamado lugar del Otro, se inscriben las *huellas mnémicas* que determinan la estructura del sujeto. El Otro, escribe Lacan, es el lugar de la memoria descubierta por Freud bajo el nombre de inconsciente, que condiciona la indestructibilidad de ciertos deseos.¹ Sin embargo, se trata de una memoria simbólica cuyas leyes son distintas en su esencia y en sus manifestaciones de las leyes de la reminiscencia imaginaria.

La preexistencia del Otro del significante al nacimiento del sujeto constituye, sin duda, la tesis principal de la enseñanza de Lacan. Aunque se trate de una proposición poco discutible, su ignorancia en provecho del mito de un autoengendramiento sigue siendo la actitud predominante: hasta tal punto parece poder ser minimizado hoy día el descubrimiento freudiano de un descentramiento del sujeto con respecto a su conciencia. Ya sabemos que algunos psicoanalistas ponen en ello todo su empeño, tratando de volver a instalar al yo en el puesto de mando.

1. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos, op. cit.*, pág. 356.

La investigación lacaniana de la psicosis se basa, durante los años cincuenta, en la presencia de una lesión en el campo del Otro. Allí falta un significante. Éste no está reprimido, sino forcluido. De tal forma que, al no estar articulado en lo simbólico, cuando retorna surge en lo real. Resulta, además, que este significante no es cualquiera: sostiene la función paterna, aislada ya por Freud como esencial para asegurar el punto de apoyo del sujeto.

El ser humano experimenta la necesidad de buscar un elemento exterior para mantener la consistencia de los límites de su hábitat de lenguaje. La universalidad del hecho religioso está ahí como testimonio de la insistencia de una búsqueda del Otro del Otro. Pero la infinita diversidad de encarnaciones de la referencia última demuestra el fracaso de esta misma búsqueda. El psicoanálisis se toma este fracaso en serio. Y entonces se enfrenta con la difícil tarea de dar cuenta del carácter frágil pero necesario del Padre para el sujeto hablante.

Muy tempranamente, Lacan concuerda con el fundador del psicoanálisis y subraya la importancia del complejo de Edipo: en la "psicología concreta" de los años treinta y cuarenta, "la *imago* del padre" concentra en ella "la función de represión y la de sublimación".² En nuestra cultura, regula "la maduración de la sexualidad". Su declive social a lo largo del siglo XX está en el origen de "la gran neurosis contemporánea";³ mientras que la "incompleción" del grupo familiar por ausencia del padre se muestra "muy favorable a la eclosión de las psicosis".⁴

Cuando la primacía de las imagos es superada por la del lenguaje, la función paterna necesita ser reconsiderada: detrás de la imagen se revela la presencia de un significante. Es en 1953, en "El mito individual del neurótico" y en "Función y campo de la palabra y del lenguaje", donde Lacan forja el concepto del Nombre del Padre.⁵ En el equívoco

2. J. Lacan, *La familia* (1938), Barcelona, Argonauta, 1978, pág. 62.

3. *Ibid.*, pág. 73.

4. *Ibid.*, pág. 49.

5. Gracias a los desarrollos de la teoría de la psicosis, la función central del Padre en el orden simbólico quedó puesta de relieve de forma muy acentuada. Por eso se constata una evolución en la escritura del nombre del padre: las minúsculas de 1953 fueron sustituidas por mayúsculas (Nombre del Padre) en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Jacques-Alain Miller quiso tener en cuenta esta progresión modificando la grafía del término a lo largo de su transcripción del seminario

co religioso se escucha un eco del fundamento de la ley, mientras que en la ambigüedad significativa se transparenta la prohibición de la que es portadora el mandamiento negativo:⁶ así, el término revela ser muy apropiado para designar el significante que permite asegurar el orden de lo simbólico.

En algunas culturas, como lo subrayó Malinowsky,⁶ el papel represivo frente al niño no lo sostiene el padre real, sino que lo hacen otras personas, a menudo el tío paterno. En 1938, Lacan se refiere a estos hechos cuando concibe el complejo de Edipo como "correlativo de una estructura social".⁷ Ya en aquella época, la *imago* paterna le parece dotada de una existencia autónoma, independiente, hasta cierto punto, de quienes son su soporte. Además, advierte que en nuestra cultura aquel que encarna su función demuestra necesariamente no estar a su altura: el padre siempre es carente, discordante, es humillado.⁸ Cuando Lacan descubre la primacía del significante, se ve llevado a separar todavía de forma más clara la instancia simbólica de sus soportes. Subraya que la identificación del padre se produce por medio de la palabra de la madre, de tal forma que "la atribución de la procreación al padre no puede ser sino efecto de un puro significante", lo cual lo lleva a introducir "lo que la religión nos ha enseñado a invocar como el Nombre del Padre".⁹ Este concepto le permite distinguir entre "los efectos inconscientes" de la función paterna y "las relaciones narcisistas, incluso [...] las reales que el sujeto sostiene con la imagen y la acción de la persona que la encarna".¹⁰ En un primer momento, la elección de

sobre las psicosis. Siguiendo esta lógica, las mayúsculas no aparecen hasta las últimas páginas, tras quedar despejadas dos tesis esenciales: la falta en Schreber del significante masculino primordial y la función de capitonado del Padre.

⁶ En francés, *Nom du Père* (Nombre del Padre) y *Non du Père* (No del Padre) suenan igual. [N. de. T.]

⁶ B. Malinowski, *Sexo y represión en la sociedad salvaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.

⁷ J. Lacan, *La Familia* (1938), *op. cit.*, pág. 62.

⁸ J. Lacan, "Le mythe individuel du névrosé", *Ornicar?*, primavera de 1979, 17-18, pág. 305.

⁹ J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 538.

¹⁰ J. Lacan, "Función y campo de la palabra y del lenguaje", *op. cit.*, pág. 267.

una connotación religiosa para designar la función paterna, vínculo implícito establecido por Lacan entre el Padre y Dios, parece referirse a la universalidad de esta función para el ser hablante.

En 1955 asistimos a la introducción de la noción de Otro¹¹ con mayúscula para designar, más allá de la pareja imaginaria del espejo, el orden simbólico donde la verdad se articula y donde el sujeto trata de hacer reconocer su deseo. Inscrito en este campo, el Nombre del Padre constituye una instancia "pacificadora" de las trampas de lo imaginario. Permite ordenar un universo de sentido bajo el cual se ordena el mundo de las cosas, instaurándose así vínculos entre significante y significado. Para designar dichos vínculos, Lacan toma prestada la imagen del punto de basta que en un colchón mantiene unidas y ata en algunos lugares la parte de encima con la de debajo. El capitonado diacrónico, que se puede producir gracias a la última palabra de la frase en la que el sentido se sella mediante un efecto retroactivo, constituye una de las primeras formas de plantear el Nombre del Padre.¹² A primera vista, su función parece consistir en el anudamiento de elementos heterogéneos gracias a los cuales se sostiene el orden simbólico: punto de basta del significante y el significado o "anillo" que hace que se mantengan unidos los elementos del triángulo falo-madre-niño.¹³

El mito freudiano de *Tótem y tabú* recupera su fuerza gracias a la articulación de la paternidad con el significante. Dicho mito, forjado en 1912, postula la existencia inicial de una horda dominada por un padre violento, celoso, que se queda con todas las mujeres y expulsa a sus hijos a medida que crecen. Pero un día estos últimos se habrían

11. J. Lacan, *El Seminario. Libro II, El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 1983, pág. 354.

12. Ulteriormente, en 1964, Lacan distingue la incidencia sincrónica del punto de basta en lo arbitrario de la "atribución primera", que "eleva el signo a la función del significante", pero ahora ya no lo vincula al Nombre del Padre (J. Lacan, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos, op. cit.*, pág. 784). Sin embargo, cuando, en los años setenta, se pone de manifiesto la estrecha conexión entre el Padre y la función de la nominación, el capitonado sincrónico demuestra estar más íntimamente correlacionado con el Nombre del Padre que el ensamblaje [*serrage*] diacrónico por entonces relacionado con el advenimiento de la significación fálica —la cual es dependiente, a su vez, de la función paterna—.

13. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 454.

reunido para matar al padre y comérselo, poniendo fin de esta forma a la horda paterna. La supresión del Padre ha de dar lugar por fuerza a un vivo sentimiento de culpabilidad; ahí estaría el origen de la ley del deseo. El muerto —escribe Freud— era más fuerte que cuando estaba vivo. Lo que antaño había impedido él, "ahora los hijos se lo prohibían por sí mismos en virtud de esa obediencia retrospectiva, característica de una situación psíquica con la que el psicoanálisis nos ha familiarizado. Negaban su acto mediante la prohibición de la muerte del tótem, sustituto del padre, y renunciaban a recoger los frutos de sus actos negándose a tener relaciones sexuales con las mujeres a las que habían liberado".¹⁴ La represión de los deseos edípicos explicaría los dos tabúes fundamentales del totemismo: las reglas exogámicas y la protección del animal totémico. De creer a Freud, la ley del deseo se articularía en torno a la transmisión de una culpabilidad originaria relacionada con el asesinato primordial del Padre.

Hoy día todo el mundo está de acuerdo en considerar la construcción de *Tótem y tabú* como la proyección en la prehistoria de un fantasma recogido de la escucha de los neuróticos. En antropología, su interés es muy limitado,¹⁵ pero para el psicoanalista da forma épica a una estructura inconsciente. Por otra parte, ya en 1947, Lévi-Strauss lo entendía así: "El fracaso de *Tótem y tabú*, lejos de ser inherente al objetivo que se había propuesto su autor, se debe más bien a la vacilación que le impidió hacer valer hasta el final las consecuencias implicadas en sus premisas. Era preciso ver que los fenómenos que ponen en cuestión la estructura más fundamental del espíritu humano no pudieron aparecer de una sola vez: se repiten enteramente dentro de cada conciencia; y su explicación pertenece a un orden que trasciende tanto las sucesiones históricas como las correlaciones del presente".¹⁶

A partir de los años cincuenta, Lacan sigue las vías abiertas por el antropólogo y busca la lógica de ciertos fenómenos de base "en la es-

14. S. Freud, *Tótem et tabou*, París, Payot, 1968, págs. 164-165.

15. "Se ha dicho y se ha repetido lo que hace de *Tótem y tabú* algo inadmisibles como interpretación de la prohibición del incesto y de sus orígenes: gratuidad de la hipótesis de la horda de los machos y del asesinato primordial, círculo vicioso que hace surgir el estado social de acciones que lo presuponen" (C. Lévi-Strauss, *Les Structures élémentaires de la parenté*, París, La Haye, págs. 562-563).

16. *Ibid.*, pág. 563.

estructura permanente del espíritu humano más que en su historia",¹⁷ esforzándose por adoptar como modelo los métodos de la lingüística.¹⁸ La emergencia del Nombre del Padre como función es contemporánea de las tentativas de formalización del inconsciente inspiradas por *Las estructuras elementales del parentesco*.

El mito freudiano, subrayémoslo, indica que el ancestro sólo podría retornar a través del significante: en el tótem o bajo la máscara de la divinidad. Así, como la esencia del significante es borrar la cosa, hay dos razones por las que *Tótem y tabú* revela la conexión profunda de la paternidad con la muerte. Para el inconsciente, aquel que instaure la ley está ya previamente muerto: su herencia es transmitida por un Nombre separado de la voz que lo enuncia. No es preciso matarlo: el significante ya se ha encargado de ello. Todo lleva a Lacan, poco después de introducir el concepto de Nombre del Padre, a anudarlo fuertemente con el mito freudiano: "el verdadero padre, el padre simbólico -afirma-, es el padre muerto".¹⁹ Si el asesinato primordial, precisa Lacan, "es el momento fecundo mediante el cual el sujeto se ata de por vida con la Ley, el verdadero Padre, en tanto que significa esta ley, es ciertamente el Padre muerto".²⁰ Más allá de lo que el complejo de Edipo se limitaba todavía a poner en imágenes, Lacan se esfuerza por extraer una estructura que une al deseo con la ley: las primeras conceptualizaciones del Nombre del Padre lo tratan como un significante inherente al campo del Otro, portador de una interdicción sobre el goce primordial, generador de una culpabilidad original e instaurador de anudamientos esenciales.

Sin embargo, la función paterna remite en último análisis a un elemento difícil de circunscribir. Lacan, en 1969, afirma: "La esencia, por decirlo todo, y la función del padre como nombre, residen precisamente en lo siguiente, que después de todo nunca se puede saber quién es el padre. Por mucho que busques, siempre es una cuestión de fe. Con el progreso de las ciencias, en algunos casos se llega a saber quién

17. *Ibid.*, pág. 563.

18. *Ibid.*, pág. 565.

19. J. Lacan, "Situación del psicoanálisis y formación del psicoanálisis en 1956", en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 451.

20. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 538.

no lo es, pero al fin y al cabo sigue siendo, de todas formas, un desconocido".²¹ La incertidumbre fundamental sobre la paternidad no deja ningún recurso salvo la fe en la palabra que nombra al padre para autentificarlo. La connotación religiosa del Nombre del Padre implica esta referencia a la fe. Freud no duda en articular -subraya Lacan- que un padre es el nombre que supone, por su propia esencia, la fe.²² De ello resulta una resistencia de la función paterna a ser captada conceptualmente, resistencia que se encuentra en el origen de los múltiples relanzamientos de su estudio en la enseñanza de Lacan. El último corresponde a las formalizaciones de los nudos borromeos.

* Un no Sabido

21. J. Lacan, El Seminario. Libro XVI, "De un Otro al otro" (inédito), lección del 29 de enero de 1969.

22. J. Lacan, El Seminario. Libro XVIII, "De un discurso que no sería semblante" (inédito), lección del 3 de marzo de 1971.

Capítulo 6

La metáfora paterna

Si la función paterna se basa, como lo sugiere el mito, en una ausencia que ha dejado su huella en el significante, se tiene que manifestar necesariamente a través de una representación. Lacan llegará a formalizar esta intuición en 1957, en una sesión del seminario *La relación de objeto*¹ en la que produce el montaje de la metáfora paterna. Para que pudiera anudar el Nombre del Padre con el falo mediante un tropo, eran precisas dos cosas: su encuentro con el trabajo de Jakobson sobre las afasias² y la construcción del falo como falta puesta en juego en la deuda simbólica.

Lacan parece haber tenido conocimiento de los trabajos de su amigo lingüista en cuanto éste los publicó. Fue en 1955 cuando Jakobson relacionó las dos principales formas de afasia, respectivamente, con una alteración de la facultad de selección y de sustitución (afasia sensorial, llamada "de Wernicke") y con un deterioro de la facultad de combinación y de contextualización (afasia motriz, llamada "de Broca").³ Cada una de estas patologías corresponde a la afectación de uno de los dos ejes del lenguaje: en la primera se encuentra afectada la dimensión paradigmática, de la que depende el proceso metafórico, mientras que en la segunda la carencia afecta al registro sintagmático, en el que interviene la metonimia. La hipótesis del inconsciente estructurado como un lenguaje conduce a atribuir una importancia capital a esta distinción. En 1957, dicha distinción le permite a Lacan relacionar el síntoma y la condensación freudiana con la estructura de la metáfora, mientras que el deseo y el desplazamiento le parecen participar de la

1. J. Lacan, *El Seminario. Libro IV, La relación de objeto*, Barcelona, Paidós, pág. 381.

2. R. Jakobson, "La afasia como problema lingüístico", *Lenguaje infantil y afasia*, Madrid, Ayuso, 1974.

3. R. Jakobson, "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia" (1956), *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1981.

estructura de la metonimia.⁴ Durante el mismo período, el estudio del objeto fetiche y, sobre todo, el análisis de la fobia de Juanito revelan una función de mediación decisiva entre la madre y el niño, instaurada por la castración simbólica: el objeto fálico, concebido siguiendo los pasos del objeto perdido freudiano.⁵

Todo está preparado para que la herencia del Padre muerto y el procedimiento de su transmisión sean captados mediante una formalización. El 19 de junio de 1957, Lacan concibe toda introducción a la función paterna como algo que para el sujeto es del orden de una experiencia metafórica.⁶ Esta tesis alcanza su elaboración más lograda algunos meses más tarde, en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Es de destacar que en el que sería su último escrito,⁷ Lacan afirma haber introducido el Nombre del Padre en la "Cuestión preliminar", que constituye la orientación topológica predominante en "El atolondradicho".* Sin duda, sus últimas investigaciones, centradas en una lógica de lo real, lo conducen a considerar retrospectivamente que un concepto fundamental sólo encuentra el lugar que le corresponde mediante un paso a la formalización. Para llevarla a cabo, Lacan se apoya en el análisis realizado por Jakobson sobre la metáfora, no sin renovarlo⁸ y esforzándose en formalizar el proceso de su producción.

Si lo característico de la metáfora es la sustitución de un significante por otro, gracias a la cual surge un sentido nuevo, entonces se puede escribir así:

$$\frac{S}{S'} \cdot \frac{S'}{x} \rightarrow S \left(\frac{1}{s} \right)$$

4. J. Lacan, "La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud", en *Escritos*, op. cit., págs. 491-496.

5. J. Lacan, *El Seminario. Libro IV, La relación de objeto*, op. cit., pág. 381.

6. *Ibid.*, pág. 381.

7. J. Lacan, "L'étourdit", *Scilicet*, 4, París, Seuil, 1975, pág. 14.

*"L'étourdit" (1972), *Scilicet*, 4, París, Seuil, 1973.

8. R. Grigg, "Jakobson et Lacan". *Ornicar?*, invierno de 1985-1986, 35, págs. 13-34.

Las S mayúsculas representan significantes, x una significación desconocida, y s el significado inducido. El proceso consiste en una sustitución, dentro de la cadena significativa, de S' (cuya tachadura indica la elisión) por S, de tal forma que resulta un significado nuevo. Así, en el siguiente verso de Víctor Hugo, extraído de *Booz dormido*, "su gavilla no era avara ni tenía odio", para producir el efecto poético la palabra "gavilla" sustituye al falo de Booz, que está elidido.

En lo que se refiere a la metáfora paterna, de manera idéntica, el significante del Nombre del Padre suple "el lugar previamente simbolizado por la operación de la ausencia de la madre":⁹

$$\frac{\text{Nombre del Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \cdot \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow \text{Nombre del Padre} \left(\frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

Se trata de una formalización del complejo de Edipo basada en el principio de su reducción a un proceso metafórico. El padre y la madre sólo intervienen allí en cuanto significantes. El producto de la operación es triple: el Nombre del Padre se inscribe, de forma que la madre queda interdicta, ocupa el lugar del Otro y cae en el olvido, mientras que el falo le es dado como significado al sujeto. En adelante, este último ya no se siente librado a la omnipotencia del capricho materno, ya no se ve sometido a la diversidad de significaciones particulares inducidas por el deseo de la madre, y será capaz de orientarse respecto a la significación fálica, que posee una función de normativización del lenguaje. La función fálica hace que el sujeto sea apto para inscribirse en discursos que constituyen un vínculo social.

El *infans* no se encuentra inicialmente en una relación de fusión con la madre: Lacan recusa la tesis del narcisismo primario sin objeto. En este punto, está de acuerdo con Melanie Klein en afirmar que existen desde el nacimiento sentimientos edípicos y una verdadera relación de objeto. Hoy día, diversos trabajos de psicología experimental han demostrado que el niño reacciona desde las primeras horas ante la palabra humana, que las sonrisas auténticas más precoces aparecen a

9. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 539.

partir de la tercera semana y que se pueden comprobar conductas de imitación al cabo de una docena de días.¹⁰ En un estado de completa dependencia, el lactante constata con inquietud que su madre se ausenta constantemente y vuelve a aparecer: ¿por qué no siempre responde a su llamada? ¿Acaso va a abandonarlo? Él no dispondrá de ningún medio para discernir el angustiante enigma del deseo de la madre hasta que el Nombre del Padre le proporcione la respuesta fálica correspondiente. Esta última permite interpretar el deseo en el campo del lenguaje recubriendo la ausencia de saber sobre el sexo. Se produce allí donde se deposita toda significación y enmascara el surgimiento *ex nihilo* del sentido. La metáfora paterna no se apoya en nada justificable, sólo se basa en el Padre muerto, pero gracias a ella se instauran puntos de basta¹¹ y se asegura la significación. A falta del peso sexual que vincula las palabras entre sí, la cadena significante se desestructura, lo cual provoca la irrupción en lo real de significantes desconectados, no dialectizables, que adquieren un peso singular.

La función paterna alza un obstáculo frente al goce incluido en la relación madre-niño, traza una tachadura sobre el deseo de la madre y se opone a la instauración de una completud imaginaria en la que ambos quedarían reunidos. No ocurre lo mismo cuando la forclusión del Nombre del Padre reduce la escritura de la metáfora paterna a un muñón, de tal manera que sólo queda lo siguiente:

$$\frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} = x$$

Entonces no se puede producir ninguna sustitución, y el deseo de la madre se presenta bajo la modalidad de un goce imposible de dominar para un sujeto que no dispone del significante fálico capaz de dar razón de él. Por eso, lo que le es significado por el Otro adquiere una significación enigmática: lo demuestra la perplejidad que acompaña a

10. J.-M. Petot, M. Klein, *Le moi et le bon objet*, París, Dunod, 1982, II, págs. 270-273.

11. J. Lacan, El Seminario. Libro XIV, "La lógica del fantasma" (inédito), lección del 21 de junio de 1967.

o de la madre.

los fenómenos elementales. Cuando el deseo de la madre no está simbolizado, el sujeto corre el riesgo de enfrentarse con el deseo del Otro experimentado como una voluntad de goce sin límite.

Sin embargo, en los años cincuenta, el Otro lacaniano, heredero de un polo de la dialéctica hegeliana, no está centrado en una falta. A pesar de la referencia al Padre muerto, el Nombre del Padre es concebido inicialmente como lo que asegura la consistencia de un Otro absoluto garante de la verdad. A esta tesis le corresponde la figura del analista sabio que, como Freud para Juanito, ocupa el lugar del Padre simbólico, analista para el que Lacan propone en 1953 "una formación tan completa como sea posible en el orden cultural".¹²

En esos años, Lacan supone que el síntoma del neurótico consiste en un mensaje que puede ser íntegramente liberado, y la cura debería conducir a la formulación de la verdad última del deseo en los confines de la realización subjetiva del ser para la muerte. Estos planteamientos sólo son concebibles en función de un Nombre del Padre incluido en el seno de un Otro consistente y que se alza como garante de una exhaustión* posible de lo reprimido sintomático. Se comprende, pues, que el Nombre del Padre pueda ser definido en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" como el "significante que, en el Otro, en cuanto lugar del significante, es el significante del Otro en cuanto lugar de la ley".¹³ En esta perspectiva, el conjunto formado por el campo del significante demuestra ser auto-inclusivo: el Otro del lenguaje contiene al Otro de la ley representado por el Nombre del Padre.

12. Se expresa de esta forma en su conferencia sobre "Lo simbólico, lo imaginario y lo real", mediante la cual introduce esta tríada que articula y atraviesa toda su enseñanza. En dicha intervención, Lacan considera, en una perspectiva todavía fuertemente teñida de hegelianismo, que "el analista debe producir la simbolización del símbolo". Es preferible, añade, "que lo haga con completud, cultura e inteligencia", de tal forma que afirma, ante un auditorio de analistas: "Cuanto más sepan, mejor" (J. Lacan, "Lo simbólico, lo imaginario lo real", conferencia inédita, 1953).

*Se podría traducir como "agotamiento", pero en más de una ocasión Lacan emplea esta palabra en un sentido inspirado en su uso en lógica, disciplina en la que designa un procedimiento de análisis consistente en agotar todas las hipótesis en la resolución de un problema. [N. del T.]

13. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos op. cit.*, pág. 564.

La estructura se recubre a sí misma y se cierra sobre sí misma. A este respecto, la elaboración lacaniana se deriva en línea directa del trabajo de Lévi-Strauss. Para este último, "la prohibición del incesto no es una prohibición como las demás; es *la prohibición*¹⁴ bajo su forma más general, tal vez aquella a la que todas las otras se remiten [...] como otros tantos casos particulares. La prohibición del incesto es universal como el lenguaje".¹⁵ En consecuencia, es un hecho manifiesto que el significante del Nombre del Padre no se puede concebir aisladamente: la ley de la alianza desentrañada en *las estructuras elementales del parentesco*, imperativa en sus formas pero inconsciente en su estructura y cuyo eje subjetivo es la prohibición del incesto, revela ser indisociable del orden instaurado por el lenguaje. Si "la ley del hombre es la ley del lenguaje",¹⁶ como lo concibe Lacan en 1953, el Nombre del Padre se iguala a una función que, en el mismo seno del lenguaje, le permite a este último imponer el orden simbólico.

Sin embargo, es notable que ya desde su formalización de la metáfora paterna Lacan se vea llevado a situar el Nombre del Padre en el exterior del campo del Otro, cuando escribe como resultado de la operación:

$$\text{Nombre del Padre } \frac{A}{\text{Falo}}$$

Veremos que esta intuición anticipa los desarrollos ulteriores.

14. Subrayado por el autor.

15. C. Lévi-Strauss, *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós.

16. J. Lacan, "Función y campo de la palabra y del lenguaje", en *Escritos*, op. cit.

Capítulo 7

La incompletud del Otro: un giro decisivo

La construcción del grafo, acometida en el seminario *Las formaciones del inconsciente* (1957-1958), culminada al año siguiente en "El deseo y su interpretación", ordenada y comentada en el artículo "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano" (1960), marcó un giro decisivo en cuanto a la concepción del Nombre del Padre, correlativo del descubrimiento de una hiancia en el campo del Otro. Dicha hiancia se revela gracias a un paso desde el Otro de la palabra, surgido de la dialéctica hegeliana, hasta el Otro del significante, fundado en las elaboraciones de la lingüística.

A partir de 1958 –como lo demuestra "La dirección de la cura y los principios de su poder"– Lacan concibe el inconsciente como dotado de "la estructura radical del lenguaje".¹ Ahora bien, en éste, según Saussure, no hay sino diferencias. Lejos de ser una plenitud compacta portadora de significaciones verdaderas, la sincronía significante, inscrita en el lugar del Otro, contiene rupturas. En su seno se abre una hiancia entre el primer significante (S_1), que representa al sujeto, y el segundo (S_2), soporte del saber.² La incompletud del Otro demuestra ser un hecho de estructura, y por eso a partir del final de los años cincuenta es definido como "el lugar de la falta".³ Deja de ser una instancia garante de la buena fe del sujeto y portadora de una verdad enteramente formulable. En este período, en el que se produce el "retorno a

1. J. Lacan, "La dirección de la cura y los principios de su poder", en *Escritos*, op. cit., pág. 574.

2. El grito del *infans*, que lo representa, se encuentra en el origen de S_2 : sólo adquiere sentido retroactivamente, gracias a los S_2 del otro. Estos últimos, al interpretarlo, lo hacen caer en lo primordialmente reprimido, de ahí que su función consista en representar al ser ante el lenguaje.

3. J. Lacan, "La dirección de la cura y los principios de su poder", en *Escritos*, op. cit., pág. 607.

Freud", un no-saber irreductible se revela en el corazón del discurso del Otro. La concepción anterior del sujeto, de acuerdo con la cual a éste le cabía la esperanza de la plena realización mediante la palabra, es ya caduca. No todo en el ser puede ser simbolizado, de tal forma que la verdad sólo se puede "medio-decir".

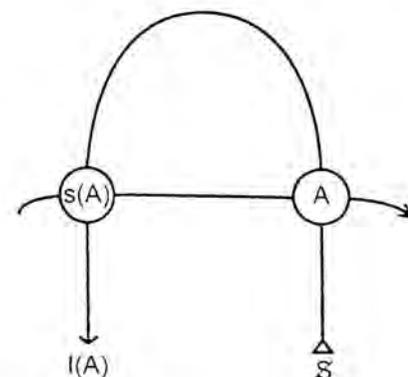
Desde este momento, Lacan se ve llevado a interrogarse cada vez más sobre la hiancia del Otro. Una de las consecuencias que esto tiene es la ruptura con la noción de intersubjetividad, basada en la dialéctica hegeliana del reconocimiento, que, hasta mediados de los años cincuenta, parecía adecuada para hacer emerger la palabra verdadera. La relación del sujeto con el Otro ya no se puede describir como una relación recíproca, sino como una relación que se engendra por entero en un proceso de hiancia. Entonces, el sujeto del inconsciente revela no deberle nada al ordenamiento de los signos de acuerdo con su sentido: queda planteado como lo que establece el vínculo entre los significantes. Para precisar su sustancia incognoscible, refrataria a la objetivación, Lacan tiene que recurrir a una definición formalista: "El sujeto es lo que representa a un significante para otro significante". Sólo se sostiene como dividido entre S_1 y S_2 . Establece una conexión entre los significantes sin pasar por la mediación del mundo referencial. Demuestra estar siempre en posición de desecho con respecto a su representación, de tal forma que su vacuidad sólo se sostiene mediante algo que se encuentra fuera de él. Un sujeto semejante no tiene nada en común con el sujeto sustancial de la filosofía, "debe distinguirse severamente tanto del individuo biológico como de toda evolución psicológica subsumible como sujeto de la comprensión".⁴

Se necesitaría un estudio minucioso para dar cuenta con rigor de las evoluciones de la investigación lacaniana en lo que se refiere a la teoría del sujeto, concebido al principio como un efecto de significación, luego como un significante de menos,* más tarde relacionado con el conjunto vacío, posteriormente descrito como una variable de la función fálica. Pero no podemos hacerlo aquí, en un trabajo que se limita a situar los puntos de referencia esenciales para una inteligencia del Nombre del Padre.

4. J. Lacan, "La ciencia y la verdad", en *Escritos, op. cit.*, pág. 854.

* *En moins*. [N. del T.]

En la medida en que este último sigue siendo concebido como el significante del Otro de la ley inserto en el Otro del significante, es posible situar la metáfora paterna en el piso inferior del grafo del deseo. Con ayuda de dicho grafo se circunscribe la implicación del sujeto del significante. Se trata de la topología que capta el entrecruzamiento de la intención del sujeto, orientada de \mathcal{S} a $I(A)$,⁵ con el campo del lenguaje, que se desarrolla de $s(A)$ a A :

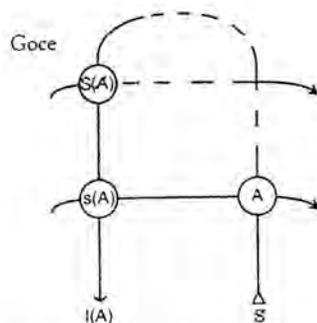


En este nivel, se ve que la significación fálica, que se produce retroactivamente en $s(A)$, está regida por la función paterna inserta en el seno del Otro, en A .

Sin embargo, el síntoma no está únicamente articulado alrededor de una significación surgida del discurso del Otro, que es lo que escribe el matema $s(A)$; cuanto más desarrolla Lacan su investigación, más constata que es insuficiente identificar su estructura con la de la metáfora, puesto que, salvo excepciones, el síntoma no se resuelve por entero en un análisis de lenguaje. La reacción terapéutica negativa y la compulsión de repetición ya llevaron a Freud, a comienzos de los años veinte, a deducir la existencia de una pulsión de muerte para dar cuenta de la profunda inercia de diversos fenómenos inconscientes. Si la

5. La intención del sujeto del inconsciente (\mathcal{S}) se orienta en lo simbólico hacia el ideal del yo: $I(A)$.

interpretación de lo reprimido no siempre consigue hacer desaparecer el síntoma, éste, al igual que los mencionados fenómenos inconscientes, está enraizado en algo de una naturaleza distinta que el significante. Aunque tal característica no esté todavía claramente aislada, queda anunciada en la parte superior del grafo, en las inmediaciones de $S(\mathcal{A})$, cuando Lacan sitúa allí el goce.



Así, gracias a una topología que anticipa elaboraciones posteriores, se distingue que el goce participa en la estructuración del síntoma tanto como la metáfora significante surgida del discurso del Otro. La introducción del concepto de "sínthoma" en 1975 vendrá a confirmar la necesidad de tener en cuenta este dato.

La construcción del segundo piso del grafo, prueba de la división del sujeto, abre una nueva perspectiva: en contraste con la lógica del enunciado inscrita en la célula elemental, la lógica de la enunciación, que se formaliza en el nivel superior, no puede encontrar en el campo del significante su propio fundamento. Ningún metalenguaje puede articular la verdad última del deseo. Hay un significante esencial que falta en el Otro, haciéndolo incompleto, lo cual se escribe: $S(\mathcal{A})$.

Los dos pisos del grafo llevan a distinguir dos modalidades del Otro. En el nivel inferior no está tachado, todavía puede erigirse como garante de la verdad del mensaje. Se trata del Otro previo, constituido por una batería significante cuya exhaustión es posible. El informático encontraría aquí la estructura de uno de sus lenguajes de oposiciones binarias que permiten el cálculo conjetural. En este piso, portador de la significancia reprimida del síntoma, no se produce ningún *fading* del sujeto. Aquí es donde podemos situar la psicosis

paranoica, cuya certeza delirante revela un aplastamiento del grafo sobre el Otro previo.

El significante del deseo no se puede obtener mediante una deducción: el sujeto sólo se constituye en su división sustrayéndose del lugar del Otro. Así, el sujeto, "por deber a la vez contarse [...] y no llenar [allí] otra función que la de la falta",⁶ descompleta esencialmente al Otro, de ahí la barra con la que éste está marcado en el plano superior: \mathcal{A} . El acto de enunciación, anclado en este piso, excede toda captación significativa y se origina en un grado cero del sentido. ¿Cómo se inserta, pues, el sujeto en un campo de lenguaje con respecto al cual él mismo se sitúa en posición de exclusión? No hay ninguna otra posibilidad sino hacerse representar por un significante que designa al sujeto como primordialmente reprimido.

De su sustracción del lugar del Otro, resulta, por lo tanto, una falta: $S(\mathcal{A})$ permite circunscribirla. Este matema designa un significante exterior al Otro, pero conectado con él y necesario para su consistencia. Además, las paradojas lógicas y los teoremas de incompletud de Gödel confirman la existencia de una hiancia irreductible en el seno de lo simbólico.⁷ Ningún lenguaje permite articular toda la verdad. No hay Otro del Otro. Todo enunciado de autoridad posee como única garantía su propia enunciación. Se basa en una apuesta indecible que la movilización del significante se esfuerza lo más a menudo en enmascarar. Todo aquel que pretenda erigir la ley se sostiene únicamente en una impostura. Está justificado considerar $S(\mathcal{A})$ como un matema del Nombre del Padre, en la medida en que el orden simbólico demuestra estar articulado alrededor de un agujero. Esta escritura lo hace aparecer claramente como "segundo con respecto a la falta del Otro, de la cual no es más que el adorno, incluso la gala significante".⁸

El Nombre del Padre es impronunciable, de forma que no hay que confundirlo con el patronímico. Ciertamente, se ha observado que la

6. J. Lacan, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos*, op. cit., pág. 786.

7. Para un estudio preciso de las convergencias entre la incompletud de lo simbólico, captado por la aritmética y la deducida por Lacan de la lógica del significante, resulta útil consultar a G. Le Gauffey, *La incompletud de lo simbólico. De René Descartes hasta Jacques Lacan*, París, EPEL, 1991.

8. M. Silvestre, "Le transfert dans la direction de la cure", *Ornicar?*, 1984, 30, pág. 37.

particularidad lingüística del nombre propio reside en el acento que pone, no en el sentido (en "el Sr. Smith" se olvida la referencia al herrero), sino en el sonido en cuanto distintivo, como lo demuestra su casi-identidad consigo mismo en todas las lenguas; sin embargo, este valor diferencial, aunque sea el más acentuado, no le pertenece en exclusiva: desde Saussure, se sabe que es inherente a todo significante. Lacan insiste en el hecho de que el nombre propio no se traduce: se transpone, se transfiere. Gracias a esta propiedad consiguió Champollion descifrar los jeroglíficos egipcios. Pudo hacerlo gracias a que *Cleopatra* y *Ptolomeo* se conservan al pasar de una lengua a otra en una estructura sonora que se puede distinguir porque es preciso respetarla, lo cual revela la afinidad del nombre propio con la marca y con la designación directa del significante como objeto. El significante no es portador del sentido del objeto, afirma Lacan, "sino algo que es del orden de una marca aplicada de alguna forma sobre el objeto, que se le superpone".⁹ Lacan considera que lo característico en él hay que encontrarlo en una relación profunda con la escritura, por ello subraya sus afinidades con la letra y con el rasgo unario. El patronímico nos pone tras la pista del S_1 , significante que representa al sujeto en la estructura y mediante el cual se produce una sutura de su hiancia.¹⁰ Constituye una evocación del rasgo unario de la diferencia absoluta con la que se identifica el sujeto cuando se produce la incorporación paterna, y a partir de dicho rasgo encuentra la enunciación su punto de apoyo. En el psicótico, la identificación primordial puede ser vacilante, como lo demuestran a veces trastornos de la simbolización que afectan al patronímico, que entonces se desliza hacia el sentido o bien es suplantado por otros términos. Aunque es preciso diferenciar claramente el nombre propio del Nombre del Padre, la situación del primero en el enunciado no carece de relación con la función del segundo en la estructura. Testimonio de ello es la notable propensión de los psicóticos a dotarse de seudónimos.

Por otra parte —como advierte Jacques-Alain Miller—, debido a su particular condición el patronímico, situado en las fronteras de la len-

9. J. Lacan, El Seminario. Libro IX, "La identificación" (inédito), lección del 20 de diciembre de 1961.

10. J. Lacan, El Seminario. Libro XII, "Problemas cruciales para el psicoanálisis" (inédito), lección del 3 de febrero de 1965.

gua, "proporciona un *analogon* de $S(X)$ ". Esta afinidad llega tan lejos, añade, que Lacan indica, en "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", que son por excelencia nombres propios los que vienen a ocupar el lugar dejado vacío por la ausencia del significante del Otro tachado. "Se recurre por excelencia a los nombres propios, a estos semblantes, para tapar lo que falta a los fundamentos, si no del psicoanálisis, al menos del discurso."¹¹

El hecho de haya una barra en el Otro, marca de su incompletud, produce una ruptura decisiva en la forma de entender el Nombre del Padre. La sustancia que se le otorga a este concepto se reduce singularmente: ya no constituye el garante de la existencia de una verdad transubjetiva, articulable en el intercambio dialéctico, sino únicamente el garante de la consistencia de la palabra del sujeto, es decir, garantiza que a dicha palabra le es inherente una articulación regulada de lo simbólico con lo real.

Aunque fue introducido para subrayar la mortificación del Padre freudiano por el significante, el Nombre del Padre se encuentra inserto de entrada en el campo del lenguaje. Es concebible, por lo tanto, que algunos enunciados lleven la marca de su sello. Ahora bien, la incompletud del Otro rompe con toda posibilidad de considerar al padre simbólico como un amo. En 1960 se hace de nuevo referencia al mito freudiano de *Tótem y tabú*: Lacan destaca que el padre de la horda primitiva, cuya desaparición instauro la ley, no transmite ningún mensaje, de tal manera que su función se iguala a un significante sin significación. La referencia a su muerte va a favor de una concepción del Otro como marcado por una hiancia. "Sin duda —escribe Lacan— el cadáver es por cierto un significante, pero la tumba de Moisés está tan vacía para Freud como la de Cristo para Hegel."¹² Y añade que Abraham "no ha entregado su misterio a ninguno de los dos", hecho que explicita más adelante, con ocasión de la sesión de apertura de su seminario inacabado sobre "Los Nombres del Padre", cuando subraya que la enseñanza del Génesis, en lo relativo al sacrificio exigido por

11. J.-A. Miller, *De la naturaleza de los semblantes*, Buenos Aires, Paidós, 2002, 27 de noviembre de 1991.

12. J. Lacan, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos*, op. cit., pág. 799.

Dios a Abraham, debería hacernos entender que la herencia del padre freudiano reside en el complejo de castración. Aunque el legislador humano esté siempre en posición de impostura, la ley misma no es una impostura. Unir el deseo con la ley, no oponerlos, tal es la función del Nombre del Padre, que aporta la respuesta del significante fálico al angustiante enigma del deseo del Otro. De esta forma, tomando a su cargo lo inefable, impide una búsqueda infinita del sentido.

La ley paterna no se puede enunciar, de tal forma que es incapaz de determinar lo que es lícito y lo que es ilícito. Nace de los límites inherentes al ejercicio de un deseo que sólo puede satisfacerse por medio del encuentro de un objeto perdido. Demuestra ser estrictamente equivalente a la necesaria renuncia al objeto primordial del goce. Los ritos de circuncisión de ciertos pueblos se hacen eco del hecho de estructura de acuerdo con el cual la subjetivación del falo procede de una pérdida. El goce sólo se puede alcanzar con el rechazo de un goce ilimitado como telón de fondo.

A comienzos de los años sesenta, en la enseñanza de Lacan, el Nombre del Padre empezará a ser entendido como lo que garantiza la incompletud del Otro: el padre freudiano queda, pues, castrado.

Cuando el Nombre del Padre era concebido como inherente al Otro, la clínica de su forclusión destacaba los trastornos del lenguaje. Neologismos y ritornelos eran concebidos como tentativas de instauración de puntos de detención, con la finalidad de remediar el desencadenamiento del significante suscitado por la carencia del punto de basta de la significación fálica. Por otra parte, el desencadenamiento de la psicosis era puesto en relación con el descubrimiento* de un puro y simple agujero en el Otro allí donde se había producido una llamada al Nombre del Padre.¹³ Ahora bien, dado que el Otro revela ser incompleto, lo que se descubre es que esta hiancia es de estructura. En sí misma no es desestabilizadora, sino todo lo contrario, porque la falta en ser del sujeto recubre la falta del Otro cuando se produce el proceso estructurante de alineación/separación. Si al psicótico le resulta in-

* *Devoilement*: en la palabra francesa está muy presente el sentido de levantamiento de un velo. [N. del T.]

13. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 540.

soportable la proximidad de la hiancia del Otro, es porque no dispone de la respuesta fálica. Cuando se enfrenta con ese enigma angustiante, se ve obligado a realizar un trabajo para obturarlo, generalmente elaborando un delirio. Éste tiene por función remediar la carencia fálica, no sólo movilizandole significaciones nuevas para construir con rigor una neorrealidad, sino también esforzándose en localizar el goce del sujeto en el significante.

Aquí se origina un nuevo abordaje de la forclusión del Nombre del Padre, esbozada por Lacan y desarrollada por sus alumnos: este nuevo planteamiento lleva a destacar, no ya los trastornos del lenguaje, sino la ilocalización* del goce. La elaboración conceptual del campo simbólico, del Otro, como barrado, como agujereado, no-todo, constituye la condición para que lo real del goce no simbolizable pueda ser circunscrito en la operación psicoanalítica. La ley paterna demuestra que no se puede captar por entero mediante el significante: el imperativo categórico kantiano, que plantea un deber incondicional, purificado de los intereses humanos y vitales, traza un vacío central donde ahora Lacan puede distinguir lo que revela Sade: una exigencia de goce. Ésta, según Lacan, excava un agujero en el lugar del Otro para erigir allí la cruz de la experiencia sadiana.¹⁴

Hay que destacar la ruptura radical que introduce esta hiancia del Otro. Antes la psicosis era puesta en relación con el rechazo del significante del Nombre del Padre fuera del campo simbólico, mientras que, a comienzos de los años sesenta, se plantea que la estructura del sujeto se basa en esta misma exclusión fundadora. La función paterna sólo se sostiene en un significante exterior a la cadena, escrito $S(X)$, que podría estar afectado por una forclusión normal y normativa, correlacionada con la forclusión del sujeto; esta última es mencionada a veces por Lacan en aquel momento de su investigación.¹⁵ Sin embargo,

* *Illocalisation*. [N. del T.]

14. J. Lacan, "Kant con Sade", en *Escritos*, op. cit., pág. 750.

15. "Como el corte es al mismo tiempo constitutivo y a la vez irremediamente externo al discurso, en tanto que lo constituye, puede decirse que el sujeto, en cuanto identificado con el corte, está *Verworfen* (J. Lacan, El Seminario. Libro VI, "El deseo y su interpretación" (inédito), lección del 24 de junio de 1959. "El sujeto se constituye, en primer lugar, como -1", de tal forma que "es *Verworfen* como lo vamos a encontrar" (J. Lacan, El Seminario. Libro IX, "La identificación" (inédito), lección del 7 de marzo de 1962).

habría que distinguir esta forclusión de la forclusión psicótica, caracterizada por la disfunción del significante excluido. Por lo tanto, a partir de los años sesenta, se vuelve necesario concebir la forclusión del Nombre del Padre, no ya como el rechazo de un significante primordial, sino como la ruptura de un anudamiento entre la cadena significante y aquello que, desde el exterior, sostiene su ordenamiento. Al principio implícito, este nuevo planteamiento irá haciéndose más claro, y será del todo manifiesto cuando se despejen: la analogía del Nombre del Padre con la función del cero, su estatuto de excepción en las fórmulas de la sexuación y su equivalencia con el anudamiento de la cadena borromea.

Capítulo 8

La pluralización del Nombre del Padre

El grafo del deseo es la prueba de un cambio decisivo en la concepción del Nombre del Padre, al indicar claramente que éste deja de ser la clave de la consistencia del Otro. Además, cuando el seminario *La ética del psicoanálisis* (1959-1960) demuestra que la ley no preexiste al deseo, sino que tiene en él su origen,¹ se ve que la función paterna tiende a convertirse en un principio propio de cada sujeto. El seminario de 1963-1964, titulado *Los Nombres del Padre*, hubiera debido permitir una profundización en el análisis de estas nuevas problemáticas, pero Lacan, debido a su "excomuniación" por parte de la IPA (Asociación Psicoanalítica Internacional), decidió no llevar nunca a cabo su enseñanza acerca de este tema. En consecuencia, sólo disponemos de la sesión del 20 de noviembre de 1963 para intentar captar las razones del paso a la pluralización del Nombre del Padre. No hay duda de que ello corresponde a una necesidad: la incompletud del Otro ya no permite concebir el Padre como un universal.

Debido a la división del sujeto producida por la articulación del ser con el lenguaje, el complejo de castración ocupa un lugar cada vez más importante en la enseñanza de Lacan a medida que se afirma, a lo largo de los años cincuenta, la problemática del significante; al mismo tiempo, en el seno del intervalo S_1-S_2 , se revela poco a poco la insistencia del goce, mientras que lo real abandona progresivamente el estatuto de sujeción al que lo relegaba lo simbólico. A este respecto, en 1963, el seminario *La angustia* permite que se produzca un avance decisivo gracias a la promoción del matema del objeto *a*, concebido como la causa

1. "[E]n la articulación teórica de Freud, en suma, la génesis de la dimensión moral arraiga tan sólo en el deseo mismo. De la energía del deseo se desprende la instancia que se presentará en el término último de su elaboración como censura" (J. Lacan, *El Seminario. Libro VII, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988, pág. 12).

real del deseo.² Lo que así se designa es el objeto primordial del goce, elaborado siguiendo el rastro del objeto perdido freudiano. Sólo la separación de este objeto pone en marcha la dialéctica del deseo, orientada por la imposibilidad de volver a encontrarlo. Debido a la intervención de la metáfora materna, el Otro materno se separa de su producto, *infans*, objeto de su goce, mientras que simultáneamente este último es presa de la falta en ser. La ley de la castración impone a ambos la marca de la incompletud. En este sentido, el Nombre del Padre se puede concebir como una función que asegura la inclusión del falo en el objeto *a*, es decir, la conexión de este último con el lenguaje. Por eso, en la enseñanza de Lacan, la castración simbólica demuestra ser algo saludable, no una amenaza. Lo que habrá que temer es su carencia —carencia que genera fantasmas de angustia que se hacen eco de la deuda impagada.

La división del Otro hace surgir la cuestión de su deseo: si es incompleto, ¿qué le falta? ¿Qué quiere? Interrogado mediante el dispositivo freudiano, sólo le devuelve al sujeto la pregunta: *Che vuoi?* (“¿qué quieres?”).³ Así, no se indica ninguna orientación, pero se expresa de forma implícita una necesidad: la de querer algo. De ello se deduce una ética del psicoanálisis, que se afirma en un imperativo vacío de toda determinación fenoménica: no ceder en cuanto al propio deseo. Lo cual hay que entenderlo, no como un “haz lo que te parezca”, sino como un “asume la pérdida primordial de goce”. La pluralización del Nombre del Padre indica la existencia de formas diversas de interpretar esta exigencia del Otro, destaca que las vías del deseo se derivan del orden significante y afirma que la función paterna deja de estar relacionada con un universal alojado en el Otro; de esta forma, dicha función tiende a convertirse en un particular propio de la estructura del sujeto.

“En el mito freudiano —observa Lacan el tres de julio de 1963 al término de su seminario sobre la angustia— el padre interviene de la forma más evidentemente mítica como aquel cuyo deseo sumerge, aplasta, se impone a todos los demás. ¿Acaso no hay aquí una contradicción obvia respecto al hecho aportado evidentemente por la expe-

2. J. Lacan, *El Seminario*. Libro X, “La angustia” (inédito) lección del 12 de junio de 1963.

3. Esta expresión italiana alude a la novela de Cazotte, *El diablo enamorado*, en la que al héroe, que ha invocado a Belcebú, se le aparece el demonio bajo la forma de una horrible cabeza de camello que lo interpela de esta forma aterradora.

riencia, de que por su vía lo que se produce es precisamente algo muy distinto, a saber, la normalización del deseo en las vías de la ley?” Lacan también indica que de lo que se tratará el año próximo es de subrayar que el padre aparece, no como “*causa sui*”, tal como lo plantea el mito religioso, sino como aquel que ha llegado lo suficientemente lejos en la realización de su deseo para saber a qué objeto *a* se refiere dicho deseo. Entonces, dentro del mito freudiano del Edipo, la función de la castración se afirma como decisiva, y exige distinguir claramente entre el padre gozador y el padre según la ley.

En la sesión única del 20 de noviembre de 1963, el acento recae en la severidad del Dios del *Antiguo Testamento*, el mismo que le pide a Abraham el sacrificio de su hijo preferido, quedando así al desnudo la exigencia de una renuncia al goce que es transmitida por el Otro. Algo del goce del propio Padre ha de ser sacrificado para que se establezca la ley del deseo. Lacan dice en 1972: “En la tradición judía, como pude enunciarlo el año en que sólo quise hacer mi seminario sobre los Nombres del Padre, a pesar de todo tuve tiempo de destacar que en el sacrificio de Abraham lo sacrificado es, efectivamente, el padre, que no es sino un cordero.”⁴

La gran frecuencia de ofrendas sacrificiales asociadas a los cultos religiosos y la extensión de la práctica de la circuncisión demuestran que en la divinidad pululan los objetos caídos.⁵ A este respecto se puede recordar que los ritos escatológicos, recopilados por Bourke el siglo pasado, ponen de relieve la universalidad del fenómeno consistente en considerar el resto (excremento, orina, cabellos, trozos de uñas, etc.) como objeto preferente del vínculo con lo sagrado.⁶ Si el principio del sacrificio se encuentra en el corazón de la práctica religiosa, allí se revela ciertamente la existencia de una deuda simbólica propia del sujeto, pero lo que Lacan quiere subrayar en particular es que al propio Dios le falta algo. La ofrenda que se le hace demuestra el esfuerzo por producir una causa de su deseo. El sentido eterno del sacrificio “significa que, en el objeto de nuestros deseos, tratamos de encontrar el testimonio de la presencia del deseo de ese Otro que

4. J. Lacan, “Entretiens de Saint-Anne”, conferencia inédita, 1 de junio de 1972.

5. J. Lacan, “Les non-dupes errent” (inédito), lección del 19 de abril de 1974.

6. J.-G. Bourke, *Les Rites scatologiques*, (1891), PUF, París, 1981.

llamo aquí el Dios oscuro".⁷ La exigencia religiosa del sacrificio es un testimonio estructural de que el Nombre del Padre sólo es garante de una incompletud.

Cuando el Dios del Antiguo Testamento responde a la pregunta de Moisés pidiéndole que revele su nombre, profiere una frase enigmática (*Éhehé asher éhyéh*) traducida generalmente como: "Yo soy aquel que soy".⁸ Lacan se alza contra esta interpretación ontológica y propone una lectura distinta, destacando que *asher* es "esto", o bien "eso que", de ahí su traducción: "Yo soy lo que soy". "Es interesante – observa C. Laterrasse –, porque aquí topamos con la opacidad del *eso que*, que permanece irremediamente cerrado."⁹ Lacan indica de esta forma que "Dios, eso se encuentra en lo real". El Dios de Abraham no es el de los filósofos, Dios de la demostración, sino un Dios inaccesible a la razón: sólo es posible dar con él en el sentido de la *tyche*.¹⁰ Es también un Dios que habla, aspecto acentuado una vez más algunos años más tarde, cuando Lacan propone la interpretación "Yo soy lo que es el yo",¹¹ haciéndolo equivalente en este caso a la verdad en cuanto habla. Además, la fórmula enigmática con la que Yahvé se designa inicialmente "no significa –según Lacan– que él sea el único. Quiere decir que no hay otros, al mismo tiempo, allí donde él se encuentra. [...] Allí donde él está, a saber, en Tierra Santa, se trata de obedecerle sólo a él, pero en ningún lugar se niega la presencia de otros allí donde él no está".¹¹ Estas observaciones indican que la función paterna no es garante de ninguna universalidad: allí donde se impone, el goce queda regulado, pero en este dominio deja lugar a la diversidad subjetiva. El

7. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1986, pág. 283.

8. *La Biblia*, Antiguo Testamento, "Éxodo III", 14.

9. C. Laterrasse, "Le Dieu des savants et des philosophes et le Dieu d'Abraham", *Pas Tant. Revue de la découverte freudienne*, 1991, 29, pág. 29.

* Término que Lacan toma de Aristóteles, apuesto al *automaton*. La palabra griega significa "fortuna" (véase Jacques Lacan, *El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, op. cit.*, cap. V). [N. del T.]

10. J. Lacan, *El Seminario, Libro XVI*, "De un Otro al otro" (inédito), lección del 4 de diciembre de 1968.

11. J. Lacan, *El Seminario, Libro XVI*, "De un Otro al otro" (inédito), lección del 4 de junio de 1969.

rito de la circuncisión, el pedacito de carne cortado, revela la pluralidad de los Nombres del Padre en correlación con la pluralidad de objetos *a*. Por eso Lacan insiste por primera vez el 20 de noviembre de 1963 en la diversidad de las encarnaciones pulsionales de dichos objetos: orales, anales, escópicos y vocales. Por otra parte, el año anterior ya había presentado la intuición de un padre hecho de "pura pérdida", un padre "no padre",¹² evocador de un principio que sólo se instaure mediante un sacrificio. Entonces las modalidades de la función paterna, que en el silencio de la estructura equivalen al rombo [] que articula la *§* con la *a* del fantasma fundamental, se tornan innumerables. De ello se deduce que el significante le pone al goce una brida, resultante de la conexión del objeto con el falo. La inscripción significativa de la pérdida revela ser necesaria para fundar el orden simbólico, pero la marca que la indica es asemántica.

El Nombre del Padre proporciona un principio de respuesta al enigma de la hiancia del Otro, de tal forma que se instauran los desfiladeros del deseo orientados por el ideal del yo. El montaje del fantasma sustituye al goce perdido y conduce por las vías de la sublimación.

Considerado por Lacan, al final de su investigación, su principal invención, el matema del objeto *a*, que ocupa el primer plano durante los años sesenta, permite afinar el análisis de la metáfora paterna. Como dicha metáfora interviene para separar a la madre de su producto, se entiende que produce la caída del objeto *a*. Circunscribe el deseo de la madre y extrae de él al niño. La operación del Nombre del Padre recorta un agujero en el campo del Otro y aporta al mismo tiempo el elemento adecuado para velar esa hiancia. Anudando al sujeto con el lenguaje, lo separa de una confrontación no mediatizada con el deseo del Otro, generadora de angustia. Instaure el falo simbólico, significante del goce, significante de lo que hay que hacer como hombre o como mujer, instaure el falo imaginario que asegura la clausura de la significación. Entonces, el padre es aquel que crea con nada, aquel que sostiene toda nominación y está encargado de sostener el Universo mediante el lenguaje. Su pluralización rompe evidentemente con toda posibilidad de un metalenguaje cuya garantía pudiera ser él mismo.

12. J. Lacan, *El Seminario. Libro IX*, "La identificación" (inédito), lección del 17 de enero de 1962.

Los avances de Lacan no se vieron acompañados de una refundición del concepto de forclusión del Nombre del Padre. Ciertamente, él va dando en sus seminarios algunas indicaciones dispersas sobre las modificaciones de su punto de vista, pero después de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" (1958), su investigación sobre la psicosis nunca volverá a adquirir la forma de una elaboración tendente a una formalización global. Aunque el seminario de 1975-1976, consagrado al síntoma, constituye una importante contribución ulterior, sólo examina en detalle una fórmula muy particular de estabilización de la estructura psicótica en un artista excepcional: el escritor irlandés James Joyce.

La principal función que le corresponde al Nombre del Padre consiste en hacer posible una coordinación entre el lenguaje y el goce que permita un cifrado de este último. Así, su carencia radical nos lleva a estar atentos a lo que obstaculiza este cifrado. Ya en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), Lacan relaciona la "dimensión psicótica" con una desaparición del intervalo entre S_1 y S_2 ,¹³ acompañada de una solidificación del par significante primordial cuyo efecto es impedir la apertura dialéctica que se revela en el fenómeno de la creencia. La certeza delirante del paranoico descubre la ausencia del término que funda la duda siempre inherente a aquello en lo que se cree: el S_2 por el que el sujeto se encuentra dividido. Neologismos, ritornelos, postulados pasionales, todos estos núcleos de inercia dialéctica muestran un enquistamiento del significante amo en términos que se congelan.

La solidificación de S_1 y S_2 , identificada por Lacan con una holofrase, implica una no-función del falo simbólico, correlativa de una deslocalización del goce del sujeto psicótico. El goce, como ocurre con las voluptuosidades que sumergen todo el cuerpo de Schreber,¹⁴ se torna invasor. La difícil construcción del delirio surge entonces como una tentativa de remediar la desvinculación* del objeto a , y como un esfuerzo para obligar al goce desbordante a permanecer dentro de las redes del lenguaje. El énfasis en el objeto causa del deseo, cuya caída es relacionada con la intervención de la función paterna, abre la posi-

13. La batería de los S_2 surge del saber del Otro, mientras que el S_1 , primordialmente reprimido, lo descompleta y representa al sujeto en el campo del significante.

14. D. P. Schreber, *Mémoires d'un névropathe*, Paris, Seuil, 1975, pág. 268.

* *Déliation*. [N. del T.]

bilidad de análisis más finos de la diversidad clínica de los síndromes psicóticos. Lacan permanece muy cerca de las construcciones conceptuales de Freud, que dice que el melancólico se encuentra aplastado por el objeto perdido,¹⁵ cuando indica que esos pacientes tratan de identificarse plenamente con el objeto a , de ahí su propensión a dejarse caer por las ventanas; mientras que el maniaco, al no estar ya lastrado por este mismo objeto causa del deseo, se ve entregado "sin ninguna libertad posible a la metonimia infinita y lúdica pura de la cadena significante".¹⁶ Aquí reconocemos una reformulación de la tesis freudiana según la cual el maniaco, "cuando parte como una hambriento en busca de nuevos investimentos de objeto", demuestra que "se ha liberado del objeto que le hacía sufrir".¹⁷ Más original resulta el abordaje lacaniano del paranoico como quien identifica el goce en el lugar del Otro,¹⁸ o del esquizofrénico, cuya característica es encontrarse atrapado, sin la ayuda de ningún discurso establecido, en un cuerpo en el que la función de cada uno de sus órganos le plantea problemas.¹⁹ Además, se percibe que cuando la metáfora paterna no ha intervenido para efectuar la operación de separación, el psicótico permanece fundamentalmente identificado con un objeto de goce. Lo demuestra la propensión de las alucinaciones verbales a pronunciar injurias sexuales (*puta, guarra, marica...*). El psicótico demuestra estar abrumado por la carga de un exceso: conserva, afirma Lacan, "el objeto a en el bolsillo".²⁰ De ello se deduce una potencialidad melancólica en todos ellos.

Todo lleva a creer que la pluralización del Nombre del Padre, anunciada en 1963, concordaba con un acercamiento de su función a la función de los objetos a , acercamiento cuyo objetivo es destacar que gozar de acuerdo con la ley supone la aceptación de un sacrificio de goce. "Todos los Nombres del Padre -advierte Jacques-Alain Miller- son

15. S. Freud, "Deuil et mélancolie", *Métopsychoanalyse*, NRF, 1968, pág. 163.

16. J. Lacan, El Seminario. Libro X, "La angustia" (inédito), lección del 3 de julio de 1963.

17. S. Freud, "Deuil et mélancolie", *Métopsychoanalyse*, op. cit., pág. 167.

18. J. Lacan, "Présentation de la traduction des *Mémoires d'un névropathe*", *Cahiers pour l'analyse*, nov.-dic. de 1966, pág. 70.

19. J. Lacan, "L'étourdit", *Scilicet*, 4, Paris, Seuil, 1975, págs. 30-31.

20. J. Lacan, "Petit discours aux psychiatres", *Cercle psychiatrique H. Ey*, Sainte-Anne, conferencia inédita, 10 de noviembre de 1967.

mitos de la pérdida de goce".²¹ Si Lacan insiste varias veces en el hecho de que se vio obligado a interrumpir su seminario sobre los Nombres del Padre, enfatizando que éste permanecerá para siempre "en reserva", es porque existe una homología estructural entre el contenido de dicho seminario y el sacrificio de su efectuación. "Es -escribe Porge- como la letra cuya ausencia hace que funcionen todas las otras letras. La creación de Lacan exige el sacrificio de un seminario".²²

En cuanto los Nombres del Padre se articulan con los objetos *a*, quedan establecidas las bases de un nuevo abordaje de la psicosis. Se produce un giro decisivo: el esquema del desencadenamiento significativo se verá suplantado cada vez más por el de la no-localización del goce. Fue en 1966 cuando Lacan introdujo la noción de "sujeto del goce"²³ para caracterizar al psicótico. La continuación de su enseñanza no dejará de confirmar esta idea nueva.

21. J. A. Müller, *De la naturaleza de los semblantes*, Buenos Aires, Paidós, 2002 (26 de febrero de 1992).

22. E. Porge, *Les Noms-du-Père chez Jacques Lacan. Ponctuations et problématiques*, col. Point Hors-Ligne, Ramonville-Saint-Agne, Éres, 1997, pág. 98.

23. J. Lacan, "Presentation de la traduction des *Mémoires d'un neuropathe*", *op. cit.*, pág. 70.

Capítulo 9

El Un-Padre

Con el fin de concebir la función paterna de una forma más precisa, Lacan considera necesario, en los años setenta, invocar las investigaciones de Peano¹ y de Frege² consagradas a las bases de la aritmética. Ambos se habían preguntado qué es lo que funciona en la serie de los números naturales, con qué podría estar relacionada su progresión. Y revelaron que ésta se reduce a una propiedad transferible de n a $n+1$, la cual no es sino la que se transmite de 0 a 1. Mostraron también que la consistencia de la serie de los números enteros reside en que el 0 es contado por el 1, el 0 y el 1 son contados por el 2, el 3 se produce contando el 0, el 1 y el 2, etc. La posibilidad de axiomatizar esta serie se basa enteramente en el número 0. Gracias a él se ordenan los enteros naturales. La propiedad más notable es que un ordinal no se nombra a sí mismo, sino que es nombrado por su antecesor, de tal manera que en cada uno de ellos se produce un aplastamiento de las nominaciones precedentes.

Si recordamos la numeración añadida a las representaciones más típicas de la paternidad -a saber, los reyes y los papas- podemos formarnos una primera intuición sumaria de la equivalencia lógica entre la función del padre y la del cero en la axiomática. Cada uno de ellos

1. Giuseppe Peano (1858-1932) fue profesor de matemáticas en Turín. Sus trabajos estuvieron dedicados principalmente a los fundamentos de las matemáticas y a la teoría de los lenguajes. Elaboró axiomas que permiten definir formalmente el conjunto N de los enteros naturales.

2. Gottlob Frege (1848-1925) fue profesor de matemáticas en Jena. Es considerado el fundador de la lógica moderna o lógica matemática según la denominación de Peano. Su obra consagrada al estudio de las bases de la aritmética cubre un dominio mucho más restringido que el de su colega italiano: Frege define los números y expone las leyes fundamentales de la aritmética. Aunque diferentes en cuanto a la forma, sus investigaciones para despejar la lógica que rige la serie de los números enteros naturales demuestran ser convergentes.

recibe su poder, no del primero de los Luises o de los Gregorios, sino de Dios, que funda el linaje y que cuenta como 0. En el $n + 1$ que rige la serie de los monarcas, la n inicial se ha de reducir a cero, verificando la intuición freudiana de acuerdo con la cual el Padre simbólico no es más que el Padre muerto.

En cuanto a las madres, funcionan de acuerdo con una lógica distinta. No hay ninguna duda sobre quién es la madre, constata Lacan, de la misma forma que no hay duda sobre quién es la madre de la madre, y así sucesivamente. Por eso, afirma, el linaje materno es innumerable: no tiene un punto de partida. Desemboca en un real que elude la simbolización. "Por mucho que necesite estar en orden, es imposible hacerlo empezar en ninguna parte."³ Para concebir hasta qué punto es radical la diferencia entre linaje materno y linaje paterno, basta con recordar que el padre biológico puede ser, en el orden significativo, el abuelo del sujeto. Veremos que las fórmulas de la sexuación captan esta distinción de manera más precisa.

El fino análisis del cero llevado a cabo por Frege resulta precioso como sostén de la investigación de Lacan en su esfuerzo por captar la función paterna mediante la lógica. Al definir el cero como el número asignado al concepto "no idéntico a sí mismo",⁴ concepto que no subsume nada, Frege invita a distinguir entre, por una parte, aquello que en lo real sólo subsume un blanco, una pura falta, una especie de cero absoluto, y, por otra parte, lo que éste representa, un número que se encuentra al comienzo de los enteros naturales. De esta forma, es efectuando la desaparición de la cosa como provoca la emergencia de lo numerable.⁵ Recurriendo a una homología, Lacan relaciona el padre con un número que se encuentra al principio del ordenamiento regulador de una cadena cuyo punto de partida es un vacío.

La lógica surgida de la axiomatización de los enteros naturales se formula también a partir de la teoría cantoriana de los conjuntos, que mostró que un conjunto trasciende a la suma de sus partes —no se reduce a ella. Todo se basa en el conjunto vacío, de forma que la base del Uno revela estar constituida por el lugar de una falta.

3. J. Lacan, El Seminario. Libro XVIII, "De un discurso que no sería semblante" (inédito), lección del 3 de marzo de 1971.

4. G. Frege. *Los fundamentos de la aritmética* (1884), Barcelona, Laia, 1972.

5. J.-A. Miller, *La sutura. Elementos de la lógica del significante*, México, Siglo XXI, 1973.

Estas diversas investigaciones basadas en las matemáticas incitan a Lacan a subrayar que en su surgimiento el Uno no es unívoco, sino bífido.⁶ El uno que opera con el cero, el unario, no se funda en la mismidad, sino en la pura y simple diferencia. Constituye un principio de distinción a partir del cual un recorte simbólico puede ordenar lo real. Este Uno contable se distingue del Uno unificador, el uniano, cuyo ideal es constituir una comunidad, que totaliza y borra las diferencias.

En la cadena significativa, como en la serie de los números enteros naturales y en la teoría de los conjuntos, sólo hay existencia sobre un fondo de inexistencia; se confirma así la enseñanza de los lingüistas, para quienes el significante no puede significarse a sí mismo, lo cual expulsa la enunciación fuera del enunciado. El lugar del sujeto revela ser necesariamente heterogéneo respecto de la cadena que lo representa, salvo que se sacrifique el ordenamiento de dicha cadena. Evidentemente, este sujeto no es el sujeto psicológico, identificado con su conciencia, se trata de un sujeto estructural, vacío, dividido, a-sustancial, no reflexivo. El sujeto lacaniano se define como lo que representa un significante (S_1) para otro significante (S_2) a partir de una vacuidad imposible de decir dónde reside su goce.

El hallazgo de la equivalencia lógica del Padre con la función del cero conduce a poner de relieve que su propiedad esencial consiste en "n'hombrar"^{*} —de acuerdo con una escritura producida tardíamente por Lacan.⁷ Nada del ser se puede aprehender salvo con la condición de que sea captado por el Uno. A este respecto, para dar una imagen de "la puerta de entrada que se designa mediante la falta", Lacan propone la figura del saco agujereado: "no hay nada que sea Uno que no haya salido del saco o que no vuelva a entrar en él, aquí está el fundamento original, captado intuitivamente, del Uno".⁸ El Nombre del

6. J. Lacan, El Seminario. Libro XIX, "... o peor" (inédito), lección del 15 de marzo de 1972.

* En esta grafía se juega con la homofonía entre *nommer* (nombrar) y *n'hommer* (*homme* = hombre). [N. del T.]

7. J. Lacan, "RSI", seminario del 18 de marzo de 1975, *Ornicar?*, invierno de 1975, 5. pág. 36.

8. J. Lacan, El Seminario. Libro XIX, "... o peor" (inédito), lección del 19 de abril de 1972.

Padre⁹ constituye aquello mediante lo cual se introduce una función de nominación, recapitula lo que viene antes en la serie, anuda la estructura del sujeto y marca un orden en lo real. Aunque no sea el ser, lo rige, es lo que hace el ser.¹⁰ La existencia del Uno constituye un enigma, y nadie puede dar razón de que, para el hablanteser, tenga un goce colindante. El sistema de la nominación se despliega entre dos infinitos: contiene un imposible inicial que sólo se sostiene en un "más aún".

El Nombre del Padre, que permite una coordinación del goce con la contabilidad, ¿se puede escribir $S(\mathcal{A})$? Esto es, ciertamente, lo que asegura el ordenamiento de la cadena. Sin embargo, la barra que afecta al Otro no se puede deducir de la axiomática de Peano. A pesar de los esfuerzos de este último, tanto como de los de Frege, habrá que esperar a 1931 para que los teoremas de incompletud de Gödel lo demuestren. A partir de dichos teoremas, principalmente, en las últimas elaboraciones el objeto a puede ser concebido, no ya bajo la forma de una sustancia, sino como una consistencia lógica, como un "semblante de ser" que se inscribe mediante una imposibilidad de la formalización.¹¹

En la definición del Nombre del Padre se han producido numerosas modificaciones. Inicialmente concebido como significante inserto en el Otro, garante de la existencia de un lugar de la verdad, luego se pluraliza y al mismo tiempo es correlacionado con una pérdida de goce. Luego, en los años setenta, se relaciona con una formalización que da cuenta del ordenamiento de la cadena significante y que articula dicho orden con el cifrado del goce. Gracias a las últimas elaboraciones de Lacan, una "axiomática del goce"¹² —de acuerdo con una expresión de Jacques-Alain Miller— suplantó poco a poco a la axiomática del Otro. Sin embargo, el punto de partida que constituye el "eso goza"* no rehusa la consideración del Otro: el Uno del goce sabe que ha de contar

9. Sin embargo, tras la pluralización del Nombre del Padre, Lacan sigue refiriéndose al mismo en singular cuando se refiere a su función.

10. J. Lacan, *El Seminario. Libro XIX, "... o peor"* (inédito), lección del 21 de junio de 1972.

11. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun, op. cit.*, pág. 95.

12. J.-A. Miller, *Los signos del goce*, Buenos Aires, Paidós, 1998, lección del 10 de junio de 1987.

* *Ça jouit*. [N. del T.]

con el Otro. Lo que ocurre es que entre ellos no hay relación armónica. Las fórmulas de la sexuación, contemporáneas de la articulación del Nombre del Padre con el cero, lo establecen rigurosamente, proponiendo una nueva formalización de la función paterna fundada en la existencia del Uno que constituye la excepción.

Si se concibe el Nombre del Padre en referencia a la axiomática de Peano, su forclusión se ha de entender como homóloga a la carencia de un principio regulador; de ella se deriva, por una parte, una pérdida del ordenamiento de la cadena significante, generadora tanto de su fragmentación esquizofrénica como de su solidificación paranoica, y, por otra parte, una falta de aptitud del sujeto para localizar el goce mediante el significante, lo cual implica una dificultad para apaciguarlo.

Capítulo 10

$\exists x \overline{\Phi x}$

Lo que Lacan no pudo desarrollar con ocasión de su seminario sobre los Nombres del Padre, debido a su prematura interrupción, él mismo nos confía nueve años más tarde que se propone introducirlo, abordándolo de otra manera, a través de la escritura de la lógica de la sexuación. Ésta, afirma, sirve para “explicarles por otra vía lo que renuncié por completo a abordar por la vía de los Nombres del Padre”.¹

Lacan subraya que, entre el hombre y la mujer, la separación más fundamental pasa por un muro de lenguaje. “El ser del cuerpo, ciertamente, es sexuado”, pero cuando se trata de estudiar la sexuación del ser hablante, Lacan considera que esto es “secundario”,² porque su sexuación resulta, en primer lugar, de hechos de discurso a los que los órganos deberán conformarse (o no). De ello son testimonio ciertas inadecuaciones entre el sexo anatómico y el sexo psíquico. Entre la enseñanza de Freud y la de Lacan, se produjo el descubrimiento de 1953 del síndrome transexual. En adelante ya no es posible compartir la convicción de Freud de acuerdo con la cual “la anatomía es el destino”.

Las fórmulas de la sexuación, elaboradas entre 1971 y 1973, encuentran su formalización más lograda en el seminario *Aun*. Tales fórmulas escriben una lógica disimétrica de las posiciones hombre y mujer. Los trabajos de Lévi-Strauss llamaron muy pronto la atención de Lacan sobre esta lógica disimétrica, al mostrar, con el análisis de *Las estructuras elementales del parentesco*, que las mujeres son introducidas en el pacto simbólico del matrimonio como objeto de intercambio entre linajes fundamentalmente androcéntricos. Además, las fórmulas mencionadas tienen su punto de partida en uno de los datos menos

1. J. Lacan, El Seminario. Libro XIX, “... o peor” (inédito), lección del 14 de junio de 1972.

2. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun, op. cit.*, pág. 13.

discutibles de la experiencia analítica: la imposibilidad de escribir la lógica de la relación entre los sexos. Cosa que Lacan resume en un aforismo que enuncia: "No hay relación sexual". El modelo animal, que sugiere la aptitud de todo macho como pareja válida para cualquier hembra, y recíprocamente,³ demuestra no ser adecuado para el ser hablante. El inconsciente freudiano ignora la distribución simple que dejan suponer, en el vocabulario del cerrajero o del electricista, las denominaciones "pieza macho" y "pieza hembra". El sujeto sólo puede alimentar la ilusión de una fusión con el Otro gracias al imaginario suscitado por la pasión amorosa.

Las conductas respectivas del amante y del borracho, observa el fundador del psicoanálisis, se sitúan en extremos opuestos: tienen una relación profundamente distinta con el objeto de su satisfacción. El primero, tan pronto ha podido gozar de aquella a la que deseaba, tiende a apartarse, por poco que sea. "Es fácil demostrar —escribe Freud— que el valor psíquico de la necesidad amorosa disminuye en cuanto la satisfacción resulta fácil". Pero "¿acaso se ha oído jamás decir que un bebedor se haya visto obligado a cambiar sin cesar de bebida porque acabó cansándose de que fuese siempre igual? Por el contrario, la costumbre hace cada vez más fuerte el vínculo entre el hombre y la clase de vino que bebe".⁴ En contraste con esta armonía, evocadora de un "modelo de matrimonio feliz", el psicoanálisis evidencia en el seno de la vida amorosa una sorprendente antipatía: hay algo en la propia naturaleza de la pulsión sexual que "no es favorable a la realización de la plena satisfacción". "Es preciso un obstáculo —prosigue Freud— para que la libido se eleve, y allí donde las resistencias naturales no bastan, los hombres las han introducido en todas las épocas de forma convencional para poder gozar del amor".⁵ Al diferir hasta el extremo el ejercicio de la satisfacción, el amor cortés⁶ constituyó una de las fórmulas

3. De hecho, trabajos recientes de etología llevan a matizar la adecuación sexual en el reino animal y muestran que en la elección del partener intervienen procesos de "proximidad-distancia" y de "semejanza-desemejanza" (J.-M. Vidal, "Les fonctions visant à la satisfaction des besoins primaires", *Psychologie*, col. "La Pléiade", Paris, Gallimard, 1987, pág. 200).

4. S. Freud, "Contributions à la psychologie de la vie amoureuse, en *La vie sexuelle*, Paris, PUF, 1970, pág. 64.

5. *Ibid.*, pág. 63.

6. H. Rey-Flaud, *La névrose courtoise*, Paris, Navarin, 1983.

de compromiso más ventajosas establecidas con la no-relación sexual. Al ser hablante le resultan más cómodas las vías de la sublimación que tener que enfrentarse con la problemática del deseo. El fundador del psicoanálisis se ve obligado a constatar que la relación entre los sexos no es armoniosa: debido a la intervención de la barrera contra el incesto, "el objeto final de la pulsión sexual ya no es el objeto original", de tal forma que en la serie infinita de los objetos sustitutivos "no hay ninguno plenamente satisfactorio".⁷ El mito de Edipo no enseña nada sobre la naturaleza del hombre y de la mujer. No hay, observa Freud, representación psíquica de la oposición masculino-femenino. Si fuéramos capaces de dar un contenido más preciso a estas nociones, sería posible sostener, afirma, que "la libido es, de forma regular y conforme a leyes, de naturaleza masculina, ya sea que se manifieste en el hombre o en la mujer, y hace abstracción de su objeto, sea éste el hombre o bien la mujer".⁸ La preeminencia del falo es correlativa de un vacío en cuanto a la representación inconsciente de lo femenino; Lacan lo expresa mediante el aforismo: "La mujer no existe". Si no hay relación sexual, ello es debido a que está afectada por un no-saber específico: para el inconsciente, una mujer sólo se puede captar en cuanto falta, constituye siempre el Otro sexo. Se constata una inadecuación del pensamiento respecto al sexo: ni el hombre sabe nada de la mujer, ni la mujer del hombre. Y es preciso el artificio del significante fálico para que el encuentro resulte posible. La libido es masculina, precisa Freud, "porque la pulsión es siempre activa, aun cuando se haya fijado un fin pasivo".⁹ para todo ser hablante, el significante fálico, que indexa el objeto perdido, sólo se alcanza en un fuera-del-cuerpo.^{*}

Las fórmulas de la sexuación proceden a una reducción del mito edípico a la lógica única de la castración. Distinguen entre los sexos por el modo en que el sujeto, en cuanto variable (x), se inscribe en la función —en el sentido lógico— del falo, lo cual se escribe Φx . Por otra parte, Lacan hace uso de tres notaciones lógicas: la del cuantificador universal \forall ("para todo"), la del cuantificador existencial \exists ("existe al me-

7. *Ibid.*, pág. 64.

8. S. Freud, *Trois Essais sur la théorie de la sexualité*, Paris, Gallimard, 1987, pág. 161.

9. *Ibid.*, pág. 161.

* *Hors-corps*. [N. del T.]

$\exists x \bar{\Phi}x$	$\bar{\exists}x \bar{\Phi}x$
$\forall x \Phi x$	$\bar{\forall}x \Phi x$

nos uno”), y la de la negación, indicada por una barra. Con la ayuda de estos elementos, y apoyándose en la lógica surgida de la teoría aristotélica de los silogismos, que distingue entre proposiciones universales y existenciales, afirmativas y negativas, Lacan escribe cuatro fórmulas en una tabla cuya parte izquierda designa la posición *hombre*, mientras que el *Otro sexo* queda circunscrito en la parte derecha.¹⁰

Tales matemas no significan nada: tratan de formalizar una lógica que opera en el campo del inconsciente.

Su origen se encuentra, principalmente, en la teoría freudiana del complejo de castración: en ésta, el falo simbólico (Φ) desempeña la función predominante en la medida en que la clasificación sexuada de los seres humanos se determina con respecto a su presencia o su ausencia. En la fantasmática del niño, observa Freud, “un solo órgano genital, el órgano masculino, desempeña para ambos sexos un mismo papel”, y ello hasta tal punto, que “el órgano genital femenino parece no llegar nunca a ser descubierto” —esto le permite afirmar “una primacía del falo”.¹¹ En la línea superior de las fórmulas de la sexuación

10. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX. Aun, op. cit.*, pág. 95.

11. S. Freud, “L’organisation génitale infantile”. *La Vie sexuelle*, París, PUF, 1969, págs. 114-116.

se inscriben los cuantificadores existenciales (\exists): a una afirmación de inexistencia, la inexistencia del Padre mítico, le corresponde una ausencia, la de La mujer. En el nivel inferior de los cuantificadores universales (\forall), un “Todo” se opone a un “No-Todo”, y a partir de ellos se define la distribución de los seres hablantes entre macho y hembra.

La proposición universal afirmativa, $\forall x \Phi x$, indica que todo sujeto que se sitúa del lado *hombre* se convierte en siervo de la función fálica.

La ley de la castración se impone a todo su goce. Para que sea legítimo utilizar una expresión general como “el hombre” hay que poder establecer que aquellos que están plenamente sometidos a la castración constituyen un conjunto. Ahora bien, se sabe que un todo sólo es concebible en lógica a partir de la existencia de una excepción que instaure un límite suturador. A falta de dicha excepción, la colección de elementos permanece abierta y no puede aspirar a la universalidad. La existencia de un hombre que dice “no” a la castración, que no se escribe en la función fálica, $\exists x \bar{\Phi}x$, a saber, el Padre de *Tótem y tabú*, que está en posesión de todas las mujeres y cuyo goce no conoce límites, es la única que permite fundar rigurosamente el conjunto de los hombres.

La presencia de la función del Padre mítico en el inconsciente freudiano se le impone a quien escucha a la histórica. Ella afirma que existe un Hombre, uno verdadero, que se burla de la castración. Ningún otro es capaz de satisfacerla. Toda su vida amorosa demuestra estar orientada hacia el encuentro del *hombrealmenosuno*,¹² de forma que sus parejas no son mucho más que unos débiles de carácter, y así su deseo, el de ella, permanece insatisfecho. La histórica dice la verdad sobre la relación sexual, o sea, que en la serie infinita de los objetos sustitutos, “no hay ninguno que baste plenamente”. El padre es el único hombre verdadero: el que sería capaz de hacer frente a la castración. De ello se deriva que ningún ser humano es capaz de sostener este lugar. Freud ya había advertido que el Padre de la horda primitiva constituía el prototipo de Dios.¹³ “Con este último, afirma Lacan, se crea en él o no se

12. J. Lacan, *El Seminario. Libro XVIII*, “De un discurso que no sería semblante” (inédito), lección del 3 de marzo del 1971. Esta grafía se basa en la homofonía entre *au moins un* (al menos uno) y *hommoins un* (algo así como “hombremenos uno”). [N. del T.]

13. S. Freud, *L’Avenir d’une illusion*, París, PUF, 1980, pág. 60.

crea, hay que contar",¹⁴ lo cual es una forma de recordar su equivalencia con el cero del que emerge el Uno contable. El Padre es la excepción gracias a la cual se funda un conjunto que permite determinar a todo hombre mediante un rasgo común: éste consiste en estar limitado en su goce con respecto a aquel que no lo está en absoluto.

La posición de los seres hablantes que se sitúan del lado del Otro sexo es distinta. Se caracteriza a partir de la proposición universal negativa $\forall x \Phi x$, que especifica que una mujer está "no-toda"¹⁵ en el goce fálico. Su relación con este último revela ser de contingencia y no de necesidad. Y esto le da acceso a un goce, no complementario, sino suplementario, un goce más allá del falo,¹⁵ llamado del Otro. Este último revela ser un goce enigmático, loco, imposible de circunscribir: al no estar regido por la ley significativa, no está prohibido, no está civilizado por el Un-Padre. El goce del Otro es un goce del cuerpo. Todos podemos constatar que la relación del sujeto con su cuerpo no es la relación de posesión, sino de exterioridad: "El Otro es el cuerpo" —advierte Lacan—, a saber, el lugar donde se inscribirán los primeros significantes, equivalente al conjunto vacío. La intervención del Padre constituye el cuerpo como desierto de goce, y orienta al sujeto hacia el goce fálico, cuyo vehículo es el lenguaje. Entonces el sujeto encuentra su satisfacción, no en el cuerpo, sino por interposición del significativo fálico, en un fuera-del-cuerpo: el objeto de la pulsión. Ahora bien, una mujer está "no-toda" sometida a este proceso: el goce del Otro designa lo que se sustrae. No toda mujer puede experimentarlo, mientras que algunos hombres pueden sentir sus arrebatos: las determinaciones producidas por el significativo no están necesariamente de acuerdo con la anatomía del ser hablante. Todos aquellos que han experimentado el goce del Otro tienen muchas dificultades para decir algo al respecto. Sin embargo, ya sea que se trate de místicos cristianos, tales como Santa Teresa de Ávila o San Juan de la Cruz, o incluso de psicóticos como el presidente Schreber, todos coinciden generalmente en relacionar con

14. J. Lacan, "Entretiens de Sainte-Anne", conferencia inédita del 1 de junio de 1972.

¹⁵ "N'est pas-toute": dada la estructura de la negación en francés, se podría traducir "no está toda". Pero el uso del guión introduce una sustantivación que invalida esta alternativa. Parece, pues, preferible la alternativa que proponemos. [N. del T.]

15. J. Lacan, *El Seminario, Libro XX, Aun, op. cit.*, págs. 68-69.

Dios —a veces con un avatar diabólico— esos goces inefables, así como en considerar que éstos participan de una posición femenina con respecto a él. Los éxtasis son vividos sin reservas, por quienes los experimentan, como arrobamientos concedidos por el Esposo celeste a la esposa humana; y si el místico es un hombre que se sitúa en el lado mujer, habla de la feminización de su alma.¹⁶ En el presidente Schreber, la invasión por el goce del Otro es masiva: tiene la certidumbre de que Dios le exige mantenerse en un estado constante de goce, de tal forma que para satisfacerlo se ha de esforzar por todos los medios en proporcionarle "la imagen de una mujer sumergida en el extravío de la voluptuosidad";¹⁷ además, experimenta la sensación de que su cuerpo se feminiza. El goce Otro que los místicos describen es distinto en cuanto a las condiciones de su surgimiento: sólo se produce tras una difícil ascesis, "se produce por sustracción —advierte Bruno— y no por invasión, en una economía de gasto y no de acumulación".¹⁸ No vamos a dedicar aquí más tiempo a la fenomenología del goce del cuerpo: la clínica de la forclusión del Nombre del Padre exigirá examinarla en detalle más de una vez. La mujer,¹⁹ repitámoslo, no es ajena al goce fálico, sólo está "no-toda" en él, de tal forma que, en lo que al goce se refiere, se dobla: en $S(X)$, por una parte, es atraída hacia Dios, hacia un amor infinito, pero, por otra parte, debido a la interposición del falo (Φ), se engancha al goce del hombre. Por el contrario, este último, según Lacan, "no tiene que ver, como pareja, sino con el objeto a , inscrito del otro lado de la barra [del lado mujer]. Sólo por el intermedio de ser la causa de su deseo le es dado alcanzar a su pareja sexual".²⁰ De ahí la flecha: $S \rightarrow a$. En la posición mujer, el sujeto, cualquiera que sea su sexo orgánico, se empareja con el hombre bajo la modalidad del objeto, es decir, como re-

16. En el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, "así como en toda la metafórica de la más antigua mística cristiana, sean sus agentes hombres o mujeres, el alma habla en femenino y se encuentra, respecto al Señor, en posición femenina. [...] En este sentido, todos los éxtasis son éxtasis femeninos" (J.-N. Vuarnet, *Extases féminines*, París, Artaud, 1980, pág. 113).

17. D. P. Schreber, *Mémoires d'un neuropathe*, París, Seuil, 1975, pág. 229.

18. P. Bruno, "Une femme, un homme, le ravissement, poésie", *La Cause freudienne. Revue de psychanalyse*, 1995, 31, pág. 25.

19. Para escribir La mujer, que no existe y para la cual el inconsciente carece de un significativo, Lacan traza una barra sobre el artículo definido.

20. J. Lacan, *El Seminario, Libro XX, Aun, op. cit.*, pág. 97.

presentante de lo que a él le falta. Una mujer busca hacerse amar. En toda cultura, se constata que la mujer sabe interpretar el deseo masculino, fundamentalmente determinado por un objeto de goce falicizado, y fetichiza su cuerpo para seducir. La mascarada femenina ofrece al hombre un velo cuya función es calmar sus temores cuando ha de enfrentarse con la castración de la mujer.

Se constata que la colección de las mujeres es articulable mediante el discurso, pero éste no puede circunscribirla: es lógicamente posible contarlas, aunque sólo una a una. Conservan una diversidad irreductible, porque su posición está dominada por la función que escribe que no hay una que represente el decir que prohíbe, $\exists x \overline{\Phi x}$, proposición existencial negativa. En su caso no hay nada equivalente al al menos-uno cuya excepción instaure un límite unificador que clausura el conjunto de los hombres. Ningún significante funda un universal de \exists mujer. Como imagen de lo que se podría situar en esta ausencia, no habría ninguna figura más apropiada que la de la Virgen. El misterio de la Virgen, observa Jacques-Alain Miller, sirve para absolutizar el misterio de la mujer como Otra, no como falocentrada: representa el misterio absoluto fuera del falo.²¹ Además, participa de lo divino, y La mujer que sería toda, de acuerdo con Lacan, "es otro nombre de Dios, por lo cual no existe".²² De ello se deduce la falta de una expresión general legítima para designar a las mujeres. La esencia de la feminidad permanece como un misterio. Las mujeres, en cuanto "no-todas", no se prestan a la generalización fálica.

Las fórmulas de la sexuación están vinculadas por una relación de implicación. Las que rigen en el lado hombre:

$$\exists x \overline{\Phi x} \rightarrow \forall x \Phi x$$

escriben, en primer lugar, la existencia de al-menos-uno a propósito del cual es imposible decidir si se encuentra en el interior o en el exterior del conjunto. De esta condición de excepción se deduce la instauración

21. J.-A. Miller, *De la naturaleza de los semblantes*, Buenos Aires, Paidós, 2002 (seminario del 29 de enero de 1992).

22. J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 18 de noviembre de 1975, *Ornicar*?, marzo-abril de 1976, 6, pág. 5.

de un límite que obliga al resto de los elementos a situarse en su interior. En términos generales, un todo sólo está sujeto a una regla a condición de que al menos uno constituya una excepción. Un todo sólo se puede captar a partir de un límite que, suspendiéndolo, garantiza que se puede construir de una forma determinada. Ningún sistema puede pensarse a sí mismo globalmente.

Por el contrario, la implicación de las fórmulas del lado mujer plantea la inexistencia de una excepción capaz de construir un límite, de lo cual resulta la ausencia de un todo que se pueda clausurar:

$$\overline{\exists x \overline{\Phi x}} \rightarrow \overline{\forall x \Phi x}$$

La mujer se distingue por no ser unificadora:²³ está no-toda constreñida por el Uno universalizador que se encuentra en el fundamento del vínculo social. Disfruta de "un poco más de aireación en sus goces":²⁴ su relación con lo real demuestra estar menos mediatizada que la del hombre. "Freud decía que las mujeres tienen menos superyó —advierte C. Soler—, lo cual significa que están menos dispuestas a sacrificar satisfacciones pulsionales al universal [...] Cuando Freud escribe *Tótem y tabú*, describe la sociedad de hermanos que renuncian, pero no incluye en ella a las mujeres. La sociedad de hermanos en estado de renuncia es *homosexual*. Cuando él dice que las mujeres hunden sus raíces en la pulsión, es una forma más todavía de decir que son menos aptas que los hombres para gozar de la privación. En cuanto a Lacan, siempre adoptó una posición muy marcada sobre este punto, a saber, que las mujeres no se caracterizan por un plus de falta, sino por un menos de falta. Ésta es su tesis sobre la mujer: un goce de más, allí donde en el hombre la castración, como él dice, libera el deseo".²⁵ Se entiende, pues, la propensión del hombre a dictar reglas estrictas para la educación de las jóvenes: el goce

23. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun. op. cit.* pág. 97.

24. J. Lacan, *El Seminario, libro XXI*, "Les non-dupes errent" (inédito), lección del 19 de abril de 1974.

25. C. Soler, "Les femmes et le sacrifice", *Cahier Association de la cause freudienne Val-de-Loire et Bretagne*, 1994, 2, pág. 18.

enigmático y suplementario de las mujeres hace que se empeñe en dominarlo mediante el significante.

La introducción de una distinción clara entre dos modalidades del goce, contemporánea, en la enseñanza de Lacan, de las fórmulas de la sexuación, abrirá la posibilidad de un importante avance en la investigación de la psicosis. El cuerpo del ser hablante, al estar parasitado por el lenguaje, se encuentra profundamente trastornado. Lo invade una tensión que va contra la homeostasis del placer y que está orientada hacia el encuentro del objeto perdido. De ello resulta el montaje de las pulsiones, centrado en un plus de goce del que éstas extraen su satisfacción sin alcanzarla, limitándose a rodearlo.²⁶ Esta tensión constituye el goce llamado fálico, localizado en un fuera-del-cuerpo que es el objetivo de las pulsiones, y que, mediante esta localización, vacía el cuerpo propio de goce. El goce fálico es transportado por los semas, que es lo que produce sentido;²⁷ es un goce del Uno, de forma que no facilita ningún acceso al cuerpo del Otro en cuanto tal. El encuentro sexual sólo se puede efectuar mediante la interposición del significante fálico.

Por el contrario, el psicótico, al igual que *La* mujer, conoce Otro goce, que pertenece al cuerpo propio y que se caracteriza por no estar civilizado por el goce fálico. Existe un parasitismo de este último con respecto a todos los otros goces.²⁸ Pero cuando no consigue sobreponerse a ellos, algunos psicóticos se encuentran confrontados al puro dolor de existir (melancólicos, Wolfson)²⁹ o constatan la invasión de su organismo por voluptuosidades indecibles y extrañas (Schreber, Roussel).³⁰ Este goce que elude lo simbólico, llamado goce del Otro, es diverso, inaprensible, no responde a ningún principio unificador. En consecuencia, una lógica semejante a la que condujo a Lacan a sostener la no-existencia de *La* mujer, o de la relación sexual, lo lleva tam-

26. J. Lacan, *El Seminario Libro XI*, "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", Paidós, 1973, pág. 187.

27. J. Lacan, *El Seminario, Libro XXI*, "Les non-dupes errent" (inédito), lección del 19 de abril de 1974.

28. *Ibid.*

29. L. Wolfson, *Ma mère, musicienne, est morte...*, Paris, Navarin, 1984.

30. R. Roussel, *Comment j'ai écrit certains de mes livres*, col. 10-18, Paris, Union Générale d'Éditions, 1985, pág. 125.

bién a enunciar que no hay goce del Otro³¹—lo cual no impide que algunos lo experimenten. Su surgimiento en el psicótico se manifiesta a menudo como correlativo de lo que Lacan llama un "empuje a la mujer".³² Lacan sólo pudo aislarlo en la clínica después de haber conseguido escribir $\exists x \overline{\Phi x}$. En el delirante—como ya lo destacó en 1981 Jacques-Alain Miller—el significante de *La* mujer, al estar forcluido de lo simbólico, tiende a retornar en lo real. La extrema frecuencia con que aparece la temática homosexual en el hombre psicótico tiene su fundamento lógico en este hecho, y la encarnación de *La* mujer eterna adopta fácilmente la figura de la Virgen o de una diosa cualquiera. ¿Habría que concluir de ello que el psicótico se encuentra en la imposibilidad de inscribirse en las fórmulas de la sexuación? Más bien parece que tiende a situarse en ese "gocentro"³³ que se escribe $\overline{\exists x \overline{\Phi x}}$,³³ el lugar de *La* mujer, otro nombre de Dios, que no existe pero que a veces el trabajo del delirio tiende a producir. Aunque este punto de vista es nuevo, se articula con la anterior aserción de acuerdo con la cual el psicótico tiene el objeto *a* en el bolsillo.

Las fórmulas cuánticas de la sexuación nos llevan a poner de relieve la función de barrera contra el goce del cuerpo instaurada por el Padre simbólico. Así, con dichas fórmulas, la forclusión queda fuertemente correlacionada con un desencadenamiento del goce y, de manera más específica, con un empuje a la mujer.

Debido al límite que le impone al goce enganchándolo con el significante fálico, la función paterna sitúa la insatisfacción en el origen del deseo. Pero, al mismo tiempo, satisface las necesidades de la defensa contra un goce capaz de producir estragos. Instaura una separación frente a las intimaciones del Otro. Protege al sujeto de los efectos angustiantes del imperativo obsceno del superyó,³⁴ que ordena un goce

31. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX. Aun, op. cit.*, pág. 74.

32. J. Lacan, "L'étourdit", *Scilicet*, 4, Paris, Seuil, 1975, pág. 22.

* *Jouiscentre*. [N. del T.]

33. J. Lacan, "Entretiens de Sainte-Anne", conferencia inédita del 1 de junio de 1972.

34. Es a partir de 1972 cuando Lacan puede concebir claramente el superyó como una instancia cuya característica es que exige goce: "Nada obliga a nadie a gozar—afirma—salvo el superyó. El superyó es el imperativo de goce: ¡Goza! (J. Lacan, *El Seminario. Libro XX. Aun, op. cit.*, pág. 11.)

imposible. En consecuencia, la carencia paterna entrega al sujeto al goce de un Otro sin freno.

En la clínica de la psicosis, a pesar de la forclusión del Nombre del Padre, se constata frecuentemente la molesta presencia de un Padre todopoderoso, aquel que, como en el mito *Tótem y tabú*, está en posesión de todas las mujeres, capitaliza el goce. El fenómeno de su emergencia se capta con más facilidad a posteriori tras la distinción entre goce fálico y goce del Otro. Si el padre real se impone crudamente como un perseguidor que trata de gozar sin límites del sujeto psicótico, es porque la función simbólica del Nombre del Padre, instauradora del goce fálico, está afectada por una carencia y, por lo tanto, es incapaz de evitar el encuentro angustiante con el Gozador obscuro.

La clínica de la transferencia psicótica se vuelve más inteligible desde este nuevo punto de vista: al principio sólo mencionada al pasar, algunos años más tarde –a propósito de Schreber– la tesis de la “erotomanía mortificante”³⁵ se ve reforzada, incluso es elevada a la cualidad de un concepto principal. Dicha tesis destaca la propensión del psicótico a situarse como un objeto entregado a la malevolencia del Otro gozador. Subvierte la noción de “psicosis de transferencia” vulgarizada por los kleinianos, quienes la calcularon precipitadamente de la noción de “neurosis de transferencia”, la cual, a su vez, surge de una “neurosis infantil” que no tiene equivalente en una patología sin prehistoria.

Las implicaciones de las fórmulas de la sexuación para la teoría de la psicosis no se desarrollan de inmediato. Pero la innovación que se introduce al discernir el goce del Otro demuestra tener un alcance decisivo. Sólo gracias a este avance se pueden franquear, por fin, los límites de la cura establecidos al final de “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En 1959, dirigir la cura de un psicótico como se dirige la de un neurótico le parecía a Lacan “tan estúpido como echar los bofes en el remo cuando el navío está en la arena”;³⁶ el análisis de la forclusión estaba fuera de lugar; pero en los

35. J. Lacan, “Présentation des *Mémoires d'un névropathe*”, *Cahiers pour l'analyse*, 5, diciembre de 1966, pág. 72.

36. J. Lacan, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 564.

años ochenta, quienes toman su enseñanza como referencia (M. Silvestre, C. Soler) pueden empezar a concebir la orientación de la cura hacia un “atemperamiento” del goce del Otro. El resultado de todo ello es una apertura heurística tan importante como la que en su tiempo supuso la identificación proyectiva para los kleinianos.

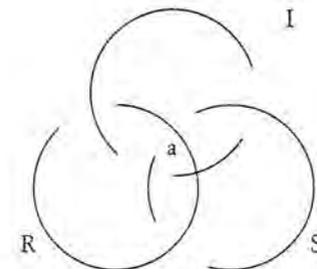
Capítulo 11

La cadena borromea y el síntoma

El Un-Padre, mediante el ordenamiento de la cadena significativa que determina, permite hacerse con el goce y regularlo. Surgida de una aproximación entre del descubrimiento freudiano y la lógica matemática, esta tesis no sólo se afirma con las fórmulas de la sexuación, sino que sigue siendo el soporte de los últimos desarrollos relativos a la cadena borromea.

Las primeras presentaciones de esta última surgen a partir de 1962, en los seminarios "... o peor" y *Aun*. En su forma más simple, la cadena borromea está compuesta de tres redondeles de cuerda entrelazados de tal forma que si se corta uno, los otros dos quedan libres. Lacan habla inicialmente de "nudo borromeo", pero no tardó en percatarse de que la expresión es impropia. El nudo del matemático no es el nudo del lenguaje corriente: está formado por una sola cuerda que traza un trayecto particular. Por el contrario, "cuando hay varias cuerdas en juego, se habla de cadena".¹ La propiedad borromea sólo está presente en la cadena si la ruptura de uno cualquiera de sus anillos libera todos los otros anillos —con independencia de su número.

El recurso a esta topología permite proponer una nueva perspectiva sobre la estructura del sujeto en la cual lo imaginario, lo simbólico y lo real se articulan de tal forma que atrapan al objeto *a* en un agujero central:



1. Jeanne Granon-Lafont, *La topologie ordinaire de Jacques Lacan*, col. "Point Hors-Ligne", Ramonville-Saint-Agne, Érès, 1985, pág. 131.

La innovación parece radical. Sin embargo, la cadena borromea no produce una ruptura con las elaboraciones precedentes: se trata, más bien, de una intuición antigua que alcanza su madurez. "Cuando habla de cadena significativa –afirma Lacan en 1972– siempre suponía esta concatenación."² Es exacto decir que ya en 1957 una de las propiedades del significante, la de "componerse de acuerdo con las leyes de un orden cerrado", le parecía a Lacan relacionada con "la necesidad de un sustrato topológico", sustrato que tiene en el término de cadena significativa "una aproximación [...] anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos".³ El ordenamiento de la estructura del sujeto empieza a ser buscado en esta época, más allá de una "lingüística",⁴ en una topología depositada por el significante. Sin embargo, la propiedad borromea no está planteada en "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón después de Freud", texto todavía contemporáneo de la completud del Otro. La necesidad de recurrir a esta noción sólo se impone a posteriori, cuando se destaca la inexistencia de la relación sexual: al no haber armonía entre lo simbólico y lo real, sólo pueden mantenerse juntos mediante la interposición de una tercera dimensión, la de lo imaginario.⁵ Ésta demuestra ser igualmente irreductible: al quedar establecido que todo sistema formal produce *indécidable*,* sólo puede estar basado en axiomas dependientes de la intuición. Un anudamiento de los tres elementos parece constituir la topología mínima capaz de captar la estructura del sujeto. La realidad en la que se mueve el ser hablante sólo se construye mediante este entrecruzamiento.

En su forma más simple, la cadena borromea consiste en "un triple agujero"⁶ que delimita un cuarto agujero donde se aloja el objeto *a*.

2. J. Lacan, *El Seminario. Libro XIX, "... ou pire"* (inédito), lecciones del 9 de febrero de 1972.

3. J. Lacan, "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud", en *Escritos, op. cit.*, pág. 481.

4. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun, op. cit.*, pág. 122.

5. "Que sean tres, de eso resulta lo real. ¿Por qué lo real es tres? Es una cuestión que justifico por lo siguiente: porque no hay relación sexual" (J. Lacan, "Les non-dupes errent" (inédito), lección del 19 de abril de 1974).

* *De l'indécidable*: en español, a falta del partitivo, la sustantivación queda más forzada que en francés. [N. del T.]

6. J. Lacan, "Clôture des journées des cartels des 12 et 13 avril 1975", *Lettres de l'École*, boletín interno de la Escuela Freudiana de París, abril de 1976, 18, pág. 267.

Para forjar esta topología, Lacan afirma "partir de la idea del agujero":⁷ por una parte, porque el deseo sólo se sostiene en una falta⁸ y, por otra parte, debido a la constatación de que nada existe si no es a partir de un agujero. La hiancia fundamental es la de lo simbólico: no hay Otro del Otro. Este límite de la simbolización convierte en irreductible lo reprimido primario a cuyo nivel se sitúa la cadena borromea. Lo imaginario revela estar igualmente abierto: en su campo, el agujero excavado por el falo (-f), aunque se encuentre elidido en ese saco que es la imagen del cuerpo, no deja de funcionar en la economía inconsciente del deseo. En cuanto a lo que constituye una hiancia en lo real, es la no-relación sexual lo que lo pone en evidencia. En consecuencia, la cadena borromea se esfuerza por captar ese agujero, "complejo y lleno de turbulencias", donde uno y tres se conjugan, que constituye la estructura del ser hablante lacaniano. Dicha estructura demuestra ser irreductible a la cadena borromea,⁹ lo que nos autoriza a concebirla como idéntica al Otro.¹⁰

¿Cómo no compararla con el misterio cristiano de la Trinidad, que promueve el dogma del Dios uno y trino al mismo tiempo? Lacan no retrocede a la hora de considerar que ésta es la representación mítica de una topología esencial.

Combinando de forma borromea lo imaginario, lo simbólico y lo real, Lacan da un salto conceptual que lo lleva en 1975 a establecer una equivalencia entre la cadena borromea y el Nombre del Padre. Por nueva que sea la tesis en cuestión, no deja de considerar al padre como el Uno que no hace más que rodear un agujero, aunque éste se haya convertido en un agujero plural. Con todo, el Uno ha de estar presente en cada anillo, puesto que la falta de uno solo basta para romper la cadena, y por eso Lacan se refiere a lo imaginario, lo simbólico y lo real como tres formas del Nombre del Padre: son, afirma, "los nom-

7. *Ibid.*, pág. 267.

8. "No se puede concebir un deseo sin mi nudo borromeo" (J. Lacan, "RSI", seminario del 15 de abril de 1975, *Ornicar?*, invierno de 1975-76, 5, pág. 52).

9. J. Lacan, "L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourir", seminario del 8 de marzo de 1977, *Ornicar?*, otoño de 1978, 16, pág. 10.

10. J.-A. Miller y E. Laurent, "L'Autre qui n'existe pas et ses comités d'éthique", seminario inédito del 18 de diciembre de 1996.

bres primeros en tanto que nombran alguna cosa".¹¹ Y precisa que de esta forma reduce el Nombre del Padre a su función radical, o sea, "dar un nombre a las cosas con todas las consecuencias que ello comporta, en particular la del gozar".¹² El Nombre del Padre ya no designa solamente el nombre otorgado al Padre, ahora hay que subrayar que es, sobre todo, lo que permite *n'hombrar*.^{*} Ello implica que el Nombre del Padre ya no es privilegio de lo simbólico: "no es obligatorio, constata Lacan, que la nominación vaya unida al agujero de lo simbólico".¹³ Y al final de "RSI", considera diversas modalidades de nominación. Constata que, en la Biblia, la nominación de los animales por parte de Dios no es del mismo orden que el *Fiat lux* original del relato de la creación del mundo. "Al parecer —escribe Porge—, hay que distinguir entre la nominación mediante el parloteo, como cuando se da un nombre a los animales, que es una nominación simbólica, y la nominación *acoplada* con lo real o lo imaginario; es decir, entre una nominación *limitada a lo simbólico* y una nominación que *viene de lo simbólico* y que tiene efectos en lo imaginario o lo real."¹⁴ La cadena borromea es indisociable del acto de enunciación, acto de creación *ex nihilo*, que hace surgir la cosa de la nada, pero que no podría conseguirlo sin anudarla. Es la matemática lo que le da a Lacan la seguridad de que no hay *no-nudo*: es bien sabido que la sorprendente pertinencia de las letras matemáticas en lo que se refiere a captar el universo sólo vale a condición de que no falte ninguna. Los lógicos más lúcidos admiten que no se sabe de qué hablan las matemáticas, pero ninguno de ellos duda de que hayan conseguido alcanzar lo real cuando llegan a producir un anudamiento. Al igual que la cadena borromea, las cadenas de escrituras matemáticas contienen una parte de indecible. Gracias a ella, con su persistencia residual, la innovación creadora sigue siendo posible.

11. J. Lacan, "RSI", seminario del 11 de marzo de 1975, *Ornicar?*, invierno de 1975-76, 5, pág. 17.

12. *Ibid.*, pág. 21.

* Véase nota de la pág. 107.

13. J. Lacan, "RSI", seminario del 15 de abril de 1975, en *Ornicar?*, invierno 1975-76, 5, pág. 56.

14. E. Porge, *Les Noms-du-Père chez Jacques Lacan. Ponctuation et problématiques*, col. "Point Hors-Ligne", Ramonville-Saint-Agne, Érès, 1997, pág. 158. ✓

El último abordaje del Nombre del Padre revela ser homogéneo a los análisis anteriores: la instauración de la estructura borromea es correlativa de una localización del goce del ser hablante, pero, sin embargo, subraya más que los anteriores planteamientos la necesidad de un elemento situado en posición de excepción en la estructura. Noción esta última ya despejada mediante $S(X)$, $\exists x \overline{\Phi x}$ y el cero. Esta intuición respecto al Nombre del Padre es llevada por Lacan hasta las últimas consecuencias que supone para la estructura del ser hablante en la movediza teorización de sus últimos seminarios. A partir de "RSI", Lacan entiende el síntoma como lo que se sostiene en la letra, es decir, comenta Skriabine, "en el Uno del significante, en el S_1 , en la medida en que este Uno se puede escribir como letra y permanecer así fuera del orden del discurso. El síntoma escribe, por lo tanto, una ex-sistencia, y funda el inconsciente como discurso, como elucubración de saber. Nombre del Padre y síntoma hay que entenderlos con referencia al hecho de que el Otro siempre está falto de un significante y, correlativamente, es inconsistente, debido a que algo heterogéneo, el objeto *a*, puede acudir a ocupar ese lugar vacío; dicho de otra manera, con referencia a que el Otro no existe".¹⁵ De ahí la última tesis sobre el Nombre del Padre, según la cual éste es solidario del síntoma.¹⁶ Dicha tesis demuestra ser correlativa de una construcción con cuatro elementos de la cadena borromea que hace surgir el anudamiento, no ya mediante la conjunción de lo imaginario, lo simbólico y lo real, sino mediante la intervención de un cuarto término: el *sinthoma*. Esto último sólo es sostenible gracias a una renovación del concepto en cuestión cuyo testimonio es su nueva grafía. El recurso a un vocablo surgido del francés antiguo, que constituye la forma inicial de la escritura del término actual, indica la voluntad de volver a un origen oculto en la acepción contemporánea del término. Ésta última se encuentra fuertemente anclada en el discurso médico. "Es Rabelais —observa Lacan— quien convierte el *sinthoma* en *symptomate*. No es sorprendente, él es médico, y *sinthoma* debía de tener ya su lugar en el lenguaje médico, aunque no

15. P. Skriabine, "Clinique de la suppléance", *Ornicar?*, Bulletin périodique du champ freudien, 1988, 44, pág. 67.

16. J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 18 de noviembre de 1975, en *Joyce avec Lacan*, París, Navarin, 1987, pág. 45.

es seguro".¹⁷ El síntoma lacaniano apunta a una depuración del síntoma médico: en consecuencia, es compatible con la ausencia de angustia.¹⁸ Para forjar este nuevo concepto psicoanalítico, fue necesario "bajar un punto"¹⁹ el concepto anterior, es decir, anclar en el plano de lo real lo que inicialmente se había concebido como una metáfora congelada. Entonces se define "por la forma en que cada cual goza del inconsciente en tanto el inconsciente lo determina",²⁰ de tal modo que el acento recae en un núcleo de goce. Esta fórmula se separa de su anterior concepción, que hacía del síntoma un efecto invertido del discurso del Otro, sellado en una metáfora cuyo sentido era posible extraer. El primer planteamiento era homogéneo a los descubrimientos freudianos de los *Estudios sobre la histeria* y la *Psicopatología de la vida cotidiana*, mientras que el segundo tiene en cuenta los descubrimientos ulteriores de la pulsión de muerte, el masoquismo primordial y la reacción terapéutica negativa. Se descubre que el síntoma es un elemento necesario de la estructura, elemento anclado en un goce vinculado al del fantasma fundamental. Por muy elaborada que sea la interpretación significativa, nunca permitirá reducir totalmente el síntoma: algo en su seno se escapa al sentido, de tal forma que el final de la cura no es su desaparición, sino la aptitud para "saber arreglárselas con él".²¹ Si tiene un núcleo incurable, no hay más solución que asumirlo; lo cual se produce gracias a una modificación de la posición del sujeto respecto a su goce.

La refundición del concepto de síntoma demuestra ser correlativa de un esfuerzo para escribir de una sola vez* el significante y el

17. J. Lacan, "Joyce le symptôme", I, conferencia del 16 de junio de 1975, en *Joyce avec Lacan*, op. cit., pág. 22.

18. J. Lacan, "Clôture des journées des cartels des 12 et 13 avril 1975", en *Lettres de l'École*, boletín interno de la Escuela Freudiana de París, abril de 1976, pág. 258.

19. "Sin duda, se han dado ustedes cuenta de que era necesario que bajara un punto el síntoma para considerar que era homogéneo a la elucubración del inconsciente, quiere decir que se figuraba como anudado con él" (J. Lacan, "Le Synthome", seminario del 13 de abril de 1976, *Ornicar?*, julio de 1977, 10, pág. 12).

20. J. Lacan, "RSI", seminario del 18 de febrero de 1975, *Ornicar?*, otoño de 1975, 4, pág. 106.

21. "Saber arreglárselas con su síntoma, ahí está el fin del análisis. Hay que reconocer que no es mucho" (J. Lacan, "L'insu que sait de l'une-bêvue s'aile à mourre", seminario del 16 de noviembre de 1976, *Ornicar?*, 1977, 12-13, pág. 7).

* *D'un seul trait*: la expresión francesa también significa "de un solo trazo". Esto evoca las elaboraciones de Lacan sobre el rasgo unario (*trait unaire*). [N. del T.]

goce.²² En sus últimas investigaciones, Lacan cuestiona la noción según la cual la palabra tendría como función la comunicación, y pone de relieve que fundamentalmente participa de un goce no dirigido a un interlocutor. De esta forma aísla, más acá de las categorías de la lingüística, la existencia de otro nivel, el de un registro de los equívocos que excede toda definición: lo llama "lalengua". El lenguaje designa lo que el discurso científico elucubra sobre ella, que, por su parte, es a-estructurada, toca a lo real y sirve para algo muy distinto que para la comunicación.²³ En ella reside un saber que va más allá de la conciencia del sujeto: los afectos son el resultado de su presencia, pues "articula cosas que van mucho más lejos de lo que el ser hablante soporta como saber enunciado".²⁴ Está constituida por Unos que se repiten, pero que no se totalizan con su repetición: "Lo cual se capta -indica Lacan-, en nadas de sentido, hechas de no-sentido, que hay que reconocer en los sueños, los lapsus, incluso las 'palabras' del sujeto".²⁵ Para que se produzcan efectos de sentido, es preciso que a los S_1 de lalengua vengan a añadirse otros significantes: los S_2 .

El cifrado del goce sólo se produce en esta articulación. El inconsciente es una construcción de saber elaborada sobre lalengua; en consecuencia, cuando Lacan, en sus últimas investigaciones, parte del "eso goza", del Uno del goce, trata de introducir "algo que va más lejos que el inconsciente".²⁶ un más allá del sentido. Si Joyce le llama particularmente la atención a Lacan es porque demuestra estar "desabonado del inconsciente",²⁷ es decir, de la articulación S_1 - S_2 : nadie mejor que él pone de relieve la esencia del síntoma cuando, en *Finnegan's Wake*, produce S_1 sin efecto de verdad, de tal forma que el lector no capta sino el goce de una escritura cuyo sentido permanece en suspenso. Joyce se hace el síntoma de la relación del ser hablante con lalengua. Maneja

22. "El significante se sitúa a nivel de la sustancia gozante", (J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun*, op. cit., pág. 33).

23. *Ibid.*, pág. 166-167.

24. *Ibid.*, pág. 167.

25. J. Lacan, "... ou pire", *Scilicet*, 5, op. cit., pág. 8.

26. J. Lacan, "L'insu que sait de l'une bêvue s'aile à mourre", seminario del 16 de noviembre de 1976, *Ornicar?*, diciembre de 1977, 12-13, pág. 5.

27. J. Lacan, "Joyce le symptôme", I, conferencia del 16 de junio de 1975, en *Joyce avec Lacan*, op. cit., pág. 24.

la letra por fuera de los efectos de significado con una finalidad de puro goce: "corta el aliento del sueño".²⁸ Su escritura constituye un síntoma de artificio, inanalizable, a-freudiano, que consigue "despisar" a aquello que, por otra parte, se impone en las formaciones del inconsciente, o sea, la verdad.²⁹

Desde 1957, el estudio de los textos de Freud le revela a Lacan que el síntoma está "inscrito en un proceso de escritura".³⁰ Pero sólo en sus últimas investigaciones, gracias a su paso por "Joyce el síntoma", puede discernir un goce articulado en ese mismo proceso. Ahora bien, si el síntoma constituye una dimensión irreductible de la estructura del sujeto mediante la cual se localiza un goce opaco, ya no es pertinente situar el objeto *a* en un agujero central delimitado por un acunamiento resultante del nudo de imaginario, simbólico y real. Se impone una cadena borromea con cuatro elementos. El añadido de un nuevo término se produce reemplazando el elemento simbólico por un binario que anuda el síntoma con lo simbólico. El acento recae ahora en una "duplicidad del símbolo y del síntoma" en la que se refleja la división del sujeto entre S_1 y S_2 . Es, afirma Lacan, "la insistencia de ese sujeto—o sea, lo que un significante representa ante otro significante—lo que nos exige mostrar que es en el síntoma donde uno de esos dos significantes de lo simbólico encuentra su apoyo".³¹ En consecuencia, se distinguen dos vertientes de lo simbólico: la del significante, que produce una cadena articulándose con otro significante, que sólo posee valor diferencial y que es soporte de la función de representación, y la de la letra, "esencialmente localizada", que se define por una identidad consigo misma y en la que se ancla el síntoma. Este último se puede concebir, por lo tanto, como una función de la letra que fija el goce sin Otro.

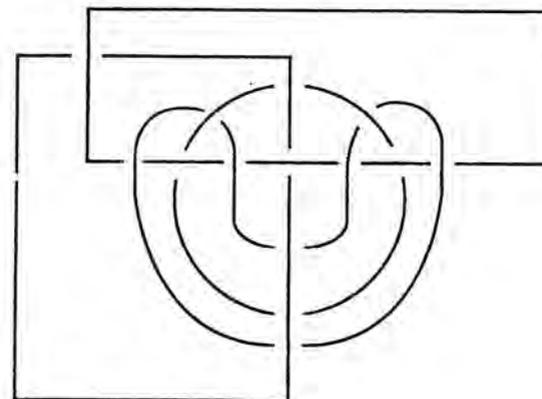
En la última elaboración de la enseñanza de Lacan, la función paterna tiene su soporte en el síntoma: la propiedad borromea de la cadena sólo se produce por el cierre de este cuarto elemento. "¿Cómo anudar estas tres consistencias independientes?" —se pregunta Lacan

28. J. Lacan, "Joyce le symptôme", II, en *Joyce avec Lacan, op. cit.*, pág. 36.

29. J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 18 de noviembre de 1975, en *Joyce avec Lacan, op. cit.*, pág. 46.

30. J. Lacan, "El psicoanálisis y su enseñanza", en *Escritos, op. cit.*, pág. 426.

31. J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 18 de noviembre de 1975, en *Joyce avec Lacan, op. cit.*, pág. 47.



el 11 de marzo de 1975—. Y responde: hay una forma, que es esta de aquí, la que llamo Nombre del Padre³² (véase el esquema anterior).

La innovación que supone este planteamiento es menos radical de lo que parece a primera vista. Es el resultado de un esfuerzo de rigor para captar de forma cada vez más fina la definición de la estructura del sujeto. Es siempre el Uno de excepción que localiza el goce lo que determina la concepción del Nombre del Padre, pero ahora este último es puesto en relación con las letras del síntoma, el cual se convierte, por lo tanto, en indispensable: nadie puede anudar su estructura salvo por medio de S_1 que fija un goce ignorado. De ello se deducen la pluralidad y la relatividad de los Nombres del Padre.

¿Qué ocurre con la forclusión en estas últimas elaboraciones de la función paterna? Las importantes modificaciones que se producen en lo que se refiere a la concepción del Nombre del Padre y que, en consecuencia, afectan a la acepción del término de forclusión, ¿no llevan acaso a poner en tela de juicio la misma noción de forclusión del Nombre del Padre como determinante de la estructura de la psicosis? Algunos autores parecen sentir la tentación de dar crédito a esta tesis, arguyendo que la inherencia del Nombre del Padre a lo simbólico sería necesaria para referirse a su forclusión, puesto que si fuera equivalente

32. J. Lacan, "RSI", seminario del 15 de abril de 1975, *Ornicar?, invierno de 1975-1976*, págs. 21 y 16.

al anudamiento borromeo producido por el síntoma, por su misma esencia parecería estar forcluido de lo simbólico. De hecho, no es así en absoluto: todo lleva a concebir la función paterna de una forma que no se reduce a la presencia de cada uno de los elementos que constituyen lo real de la estructura. Pues aunque dicho real "se caracteriza por anudarse",³³ la función paterna sigue siendo inherente al principio de su ensamblaje. Todo se sostiene por mediación del *sinthoma*, porque procede a la coordinación de la letra con el goce.

Si el síntoma es un elemento constitutivo de la estructura del sujeto, y si funda una existencia fuera de discurso, la forclusión del Nombre del Padre, ¿sería generalizada? Nada lleva a suponerlo, pero es preciso destacar que la primera acepción del término "forclusión", que hacía énfasis en la exclusión de un significante, tiende a quedar suplantada por la noción de fallo de un anudamiento borromeo. Si se acepta considerar que los avatares del Nombre del Padre afectan a posteriori al sentido del propio concepto de forclusión, que se desliza desde la exclusión hacia el fallo, no se encontrará ningún obstáculo para mantener la forclusión del Nombre del Padre como estructura de la psicosis, aunque su concepción resulte renovada. Por otra parte, nada indica que en sus últimas investigaciones Lacan recuse este concepto: muy al contrario, el 16 de marzo de 1976 afirma todavía que si la forclusión puede resultar útil es en correlación con el Nombre del Padre, aunque éste demuestre ser "a fin de cuentas algo ligero".³⁴ Poco antes, a propósito de la estructura psicótica de Joyce, Lacan había usado la expresión "carencia del Padre".³⁵ Cuando la noción de exclusión deja de ser pertinente para traducir la forclusión, las de "carencia" o fallo tienden a imponerse como más apropiadas.

La proliferación de elaboraciones relacionadas con la noción axial de Nombre del Padre enmascara en parte las ideas principales que sucesivamente presiden su concepción. En los años cincuenta, se trata del significante de la Ley, piedra angular del orden simbólico. Pero, a

33. J. Lacan, "RSI", seminario del 15 de abril de 1975, *Ornicar?*, invierno de 1975-76, 5, pág. 50.

34. J. Lacan, "Le *sinthome*", seminario del 16 de marzo de 1976, *Ornicar?*, abril de 1977, 9, pág. 34.

35. J. Lacan, "Le *sinthome*", seminario del 17 de febrero de 1976, *Ornicar?*, invierno de 1976-77, 8, pág. 17.

comienzos de los años sesenta, se abre en el Otro una hiancia, de la que el Nombre del Padre se convierte en soporte, y al mismo tiempo el goce se aloja en ella. En consecuencia, hay que pasar de un Padre amo a un Padre castrado, que deja de ser un punto de basta, instaurador de una totalización, para convertirse en el portador de una falla, garante de des-sentido.* El primer avatar del Padre, captado por medio de la metáfora, se manifiesta principalmente como pacificador de lo imaginario y ordenador de lo simbólico, mientras que el segundo, pluralizado a medida de cada sujeto, acentúa otra función. No es que las anteriores funciones sean recusadas. Lo que ocurre es que —ya sea entendiéndolo mediante la axiomática de Peano, a través de las fórmulas de la sexuación, del nudo borromeo o del sintoma— se encuentra su mecanismo esencial en una limitación del goce producida por su anudamiento con el significante.

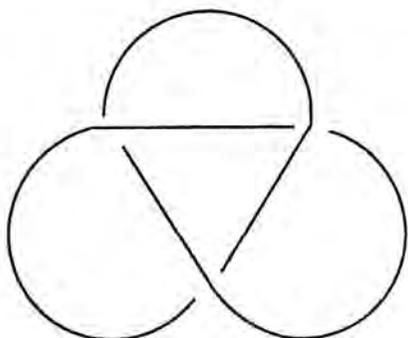
A la inversa, la carencia de la estructura borromea produce una deslocalización del goce, que luego invade al sujeto de forma parasitaria; las indicaciones de Lacan a este respecto son explícitas y variadas.

La independencia de los elementos de la cadena le parece característica de alguna psicosis alucinatoria: "Recuerden lo que puebla alucinatoriamente la soledad de Schreber —*Nun will ich mich...* ahora me voy a... O también —*Sie sollen nämlich...* en cuanto a usted, debe... Esas frases interrumpidas, que llamé mensajes de código, dejan en suspenso no sé qué sustancia. Se percibe ahí la exigencia de una frase, sea cual fuere, que sea tal que uno de sus eslabones, al faltar, libere a todos los demás, o sea, les retire el Uno".³⁶ Aunque aquí no se menciona el concepto de forclusión del Nombre del Padre, no hay duda de que este ejemplo está relacionado con una ruptura de la cadena borromea que libera el goce inherente a las alucinaciones verbales.

Por otra parte, con el fin de captar la estructura de psicosis paranoica, Lacan propone un anudamiento original que se presenta de esta forma:

* *Dé-sens*. [N. del T.]

36. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun, op. cit.*, pág. 154.



Se llama "nudo de trébol". "En la medida en que un sujeto -afirma Lacan- anuda de a tres lo imaginario, lo simbólico y lo real, sólo se sostiene en su continuidad, los tres son una sola y la misma consistencia. En esto consiste la psicosis paranoica".³⁷ De esta intrincación, suscitada por el fallo del anudamiento borromeo, resulta no únicamente que la paranoia y la personalidad constituyen una "sola y misma cosa",³⁸ de tal forma que el sujeto se confunde con la instancia paranoica del yo, sino también que el goce "se identifica en el lugar del Otro",³⁹ haciéndolo existir y mostrando que la separación que hubiera vaciado al sujeto de goce no ha tenido lugar.

No hay duda de que las últimas elaboraciones de Lacan incitan a concebir la forclusión psicótica fundamentalmente como una carencia del anudamiento borromeo de la estructura del sujeto. Cuando los S_1 del síntoma demuestran no ser aptos para sostener la división del sujeto, o bien se dispersan (ausencia de nudo), o bien se aglutinan con los S_2 (nudo de trébol). En el polo esquizofrénico de la psicosis, el goce de la lalengua se muestra desencadenado, tiende a atormentar los órganos, y el sujeto apenas consigue tratarlo mediante lo imaginario para extraer de él algún placer. En el otro polo, la certeza delirante resulta

37. J. Lacan, "Le sinthome", *Ornicar?*, julio de 1976, pág. 7.

38. *Ibid.*

39. J. Lacan, "Presentation de la traduction des *Mémoires d'un neuropathe*", *Cahiers pour l'analyse*, nov.-dic. de 1966, 5, pág. 70.

inconmovible; imaginario, simbólico y real son, cada uno de ellos, la prolongación de los otros dos, de forma que el goce se adhiere a formaciones imaginarias, haciendo posible de esta forma la existencia de procedimientos de homeostasis. El delirio surge como una tentativa para instalar una suplencia del Nombre del Padre que falla; su trabajo, al igual que el del síntoma, opera a partir de la letra para conseguir fijar el goce.

Aunque Lacan no abandona el concepto de forclusión del Nombre del Padre, parece tender a utilizarlo con menos frecuencia en los años setenta. No sólo porque se esboce la noción de carencia. Todavía es más sorprendente constatar el retorno de la noción de rechazo, abandonada en 1956. En *Television*, Lacan afirma que la cobardía moral, involuntaria, que produce tristeza, a menudo calificada de depresión, "por el hecho de ser rechazo del inconsciente" puede llegar hasta la psicosis. Si la ética descubierta por Freud es para el sujeto "un deber de bien decir o de orientarse en el inconsciente, en la estructura", el psicótico demuestra ser, en efecto, el que más cede en lo que a esta exigencia se refiere. Entonces tiende a producirse "un retorno en lo real de lo que es rechazado, lenguaje", cuyo mejor ejemplo es sin duda la "excitación maniaca por la que este retorno se hace mortal";⁴⁰ en este caso, no sólo ocurre que el rechazo de la cadena significante suscita una logorrea imparable, sino que el goce deslocalizado invade un cuerpo agitado, inestable e insomne. La noción de rechazo parece menos estática que la de forclusión: connota una implicación más acentuada del sujeto. ¿Acaso esta forma de concebir un goce en sí mismo inerte no lleva, en consecuencia, a poner el acento en el sujeto como variable? ¿No es en este deslizamiento donde se origina la reintroducción, apenas esbozada, del rechazo?

Pareciera, pues, poder esbozarse una orientación terapéutica que apuntaría a reinstalar la función del sujeto consistente en representar a un significante ante otro significante. ¿Mediante qué maniobra de la transferencia, mediante qué manejo de la interpretación se le puede incitar a poner en circulación la letra del síntoma?

Esta pregunta permanecerá sin respuesta, y al final se verá que está mal planteada. Pero, con todo, no hay duda de que existen diversos

40. J. Lacan, *Television*, París, Seuil, 1973, pág. 39.

medios para remediar el fallo del anudamiento borromeo. Veremos algunos de ellos en la parte clínica de este trabajo. Lacan indicó varios en su enseñanza. Tras haber mencionado, en los años cincuenta, la existencia de formas de compensación mediante lo imaginario de la forclusión del Nombre del Padre, en su seminario "Le sinthome" Lacan se interesa particularmente en una forma de paliar el fallo del anudamiento borromeo. Se trata de la elaborada por James Joyce: la escritura, ¿produjo acaso una "compensación mediante el sinthoma"⁴¹ que evitó que un "nudo de trébol" se "deshilachara"⁴²? ¿O bien produjo un ensamblaje⁴³ del ego⁴⁴ que permitió restaurar la conexión de elementos independientes? Lacan duda, no concluye, confiesa que en aquella época tiene más dificultades para abrirse camino.⁴⁵ La segunda hipótesis, introducida posteriormente y que se beneficia de una argumentación más precisa, atrajo la atención de sus alumnos, mientras que la primera parece haber caído en el olvido. Más allá de la originalidad de Joyce, hay que constatar la existencia de un empuje a la escritura propio de los psicóticos cuyo alcance terapéutico es a menudo manifiesto. Todo indica que existe una homogeneidad entre el trabajo de la letra y su "pubelicación",⁴⁶ por una parte, y un anudamiento de los elementos de la estructura del sujeto, por otra. La dinámica de los nudos no sirve para nada, observa Lacan, pero se ciñe,⁴⁷ de tal forma que el goce queda atrapado.

La aportación principal de las últimas elaboraciones reside en la introducción del concepto de suplencia, puesto de relieve con el apo-

41. J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 17 de febrero de 1976, *Ornicar?*, invierno de 1976-77, 8, pág. 19.

* *Partir en floche*. [N. del T.]

42. *Ibid.*, seminario del 10 de febrero de 1976, pág. 13.

* *Raboutage*. [N. del T.]

43. J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 11 de mayo de 1976, *Ornicar?*, septiembre de 1976-77, 11, pág. 9.

44. J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 17 de febrero de 1976, *Ornicar?*, invierno de 1976-77, 8, pág. 14.

* *Pouvelication*: en esta escritura de Lacan se combinan la *poubelle* (papelera) con *publication* (publicación). La publicación se compara con un tirar a la papelera. [N. del T.]

* *Elle serre*. [N. del T.]

45. *Ibid.*, seminario del 10 de febrero de 1976, *op. cit.*, pág. 9.

yo de la escritura de Joyce. Si bien se excluye la posibilidad de analizar la forclusión del Nombre del Padre, a partir de 1975 se puede considerar la posibilidad de producir una suplencia. En lo que a esto se refiere, la investigación de Lacan no quedará interrumpida con su muerte, lo cual indica el poder heurístico de sus conceptos, porque algunos de sus alumnos idearán –algo que él mismo no pudo hacer– una dirección de la cura que permite favorecer la construcción de suplencias.

Capítulo 12

La forclusión restringida

El progresivo declive del padre en la enseñanza de Lacan produce una caída del significante de la Ley, que se convierte en un elemento de de-sentido* que realza y domestica la presencia de una falta en el Otro. Asistimos a una desmitificación sistemática del Padre como ideal o como universal que conduce a considerarlo cada vez más en función de la causa sexual: es él quien la instala y quien instauro su representación en el campo del significante. “Un padre sólo tiene derecho al respeto, si no al amor, afirma Lacan en 1975, si dicho respeto está –no van a dar crédito a sus oídos– padre-versamente* orientado, es decir, si él hace de una mujer objeto *a* que causa su deseo.”¹ Esto significa que, para cumplir con su función, el padre ha de ser deseante: tiene que constituir a su mujer como objeto causa de su deseo. En consecuencia, advierte Éric Laurent, el lugar del padre ya no se define por la transmisión del falo, sino por el hecho de ofrecer una solución, presentar un semblante, dar una versión del objeto *a*.² Planteamiento congruente con la última orientación de Lacan, que relaciona de forma cada vez más estrecha la función paterna con un envoltorio del objeto *a* constituido por el *sinthoma*.

Las últimas indicaciones de Lacan relativas a la forclusión psicótica incitan a concebirla refiriéndola a la carencia de un anudamiento y una deslocalización del goce. En este contexto, ¿se debería promover la idea de que existen forclusiones parciales o distintas forclusiones del Nombre del Padre? Nada lleva a suponerlo. Sin embargo, parece necesario distinguir entre diversas clases de forclusiones, pues de lo con-

* *Dé-sens*: en francés hay homofonía con *décence* (decencia). [N. del T.]

* *Pèreversement*: suena como *perversement* (perversamente). [N. del T.]

1. J. Lacan, “RSI”, seminario del 21 de enero de 1975, *Ornicar?*, 3, pág. 107.

2. E. Laurent, “Institution du fantasme, fantasmes de l’institution”, *Les Feuilletés du Courtil*, 1992, 4, pág. 18.

trario se tendería a volver a la amalgama de los años 1954-58, cuando su confusión suscitó las oscuridades anteriormente señaladas, hasta que el mecanismo de rechazo aislado en el Hombre de los Lobos quedó suficientemente diferenciado del que se encuentra en la lectura de Schreber. Además, la ambigüedad se renueva cuando Lacan hace un empleo extensivo del concepto de delirio en sus últimos seminarios: así, afirma que el psicoanálisis es un delirio,³ advierte que de alguna forma Freud delira,⁴ se refiere al "delirio social",⁵ etc. Se trata, evidentemente, de una acepción del término diferente de la forclusión psicótica: se basa en la ausencia de garantía de todo discurso y tan sólo constituye una forma de abordar la tesis de acuerdo con la cual "todo lo que se dice es una estafa".⁶

Conviene distinguir claramente este delirio ordinario del delirio psicótico. El primero se basa en lo que Jacques-Alain Miller designa, a partir de 1987, con la expresión "forclusión generalizada";⁷ sólo el segundo ha de ser relacionado con la forclusión del Nombre del Padre. Ésta se escribe P_0 , carencia del Padre, y está relacionada con un fallo del anudamiento borromeo, mientras que la forclusión generalizada se escribe X y destaca la hiancia del Otro. Lo imposible inherente a la causa, el vacío de la referencia, la ausencia de metalenguaje, fundan la posibilidad del "delirio" creador de cada cual: "Sólo hay creación -afirma Lacan-, cada vez que proponemos una palabra, hacemos surgir de la nada, *ex nihilo*, una cosa";⁸ por el contrario, el psicótico se esfuerza en suturar la incompletud del Otro valiéndose de una cons-

3. J. Lacan, "L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre", seminario del 11 de enero de 1977, *Ornicar?*, Pascua de 1978, 14, pág. 8.

4. "Aquí Freud delira justo lo que hace falta. Porque se imagina que lo verdadero es el núcleo traumático" (J. Lacan, "L'insu...", seminario del 19 de abril de 1977, *Ornicar?*, primavera de 1979, 17-18, pág. 12).

5. *Ibid.*, seminario del 17 de mayo de 1977, *Ornicar?*, primavera de 1979, 17-18, pág. 12.

6. *Ibid.*, seminario del 11 de enero de 1977, *Ornicar?*, Pascua de 1978, 14, pág. 6.

* *Escroquerie*, [N. del T.]

7. J.-A. Miller, *Los signos del goce*, *op. cit.*, lecciones del 27 de mayo y del 3 de junio de 1987.

8. J. Lacan, "Clôture des journées des cartels des 12 et 13 avril 1975", en *Lettres de l'École*, boletín interno de la Escuela Freudiana de París, abril de 1976, 18, pág. 270.

trucción delirante con respecto a la cual el sujeto deja de estar en *fading*. El delirio psicótico no es el "delirio" común: las certezas delirantes se distinguen de las creencias yóicas, no necesariamente por su contenido, sino siempre por su estructura. Del efecto de negativación de la cosa propia del lenguaje se desprende la universalidad del "delirio". Este delirio se define como "un montaje de lenguaje" construido sobre un vacío, que no tiene un correlato en la realidad y al que no le corresponde nada en la intuición. En consecuencia, afirma Jacques-Alain Miller, "todo el mundo delira",⁹ pero es conveniente distinguir, como él mismo propone, la "forclusión restringida", la del Nombre del Padre, para oponerla a la "forclusión generalizada". Esta última implica que para el sujeto, "no sólo en la psicosis, sino en todos los casos, existe un sin-nombre, un indecible".¹⁰ "El secreto de la clínica universal del delirio -dice Miller, precisando más todavía- es que la referencia siempre está vacía".¹¹

Por otra parte, encontramos en la enseñanza de Lacan, en circunstancias muy poco frecuentes, una modalidad de forclusión que afecta al sujeto del inconsciente. Ya en 1985, para destacar su especificidad, propuse un cuadro¹² que reconstruye los destinos distintos, en la investigación de Lacan, de una forclusión "estructurante" y de una forclusión "patológica". La primera se encuentra en el origen de la estructura borromea del sujeto: queda esbozada en el seminario "El deseo y su interpretación", bajo los conceptos de "forclusión parcial del complejo de castración"¹³ o de forclusión del sujeto.¹⁴ Pero estas

9. J.-A. Miller, "La psychose dans le texte de Lacan", en *La psychose dans le texte. Analytica*, París, Navarin, 1989, 58, pág. 135.

10. J.-A. Miller, "Forclusion généralisée", en *Cahier. Association de la cause freudienne-Val de Loire et Bretagne*, 1993, I, pág. 7.

11. J.-A. Miller, "Clínica irónica", *Uno por Uno*, n° 34, 1993.

12. J.-C. Maleval, "À propos de deux manifestations du réel", *Cahiers de lectures freudiennes*, mayo de 1985, 6, págs. 24-25.

13. J. Lacan, *El Seminario. Libro VI*, "El deseo y su interpretación" (inédito), lección del 4 de febrero de 1959.

14. "En tanto que el corte es a la vez constitutivo y al mismo tiempo irremediablemente externo al discurso, en tanto que lo constituye, se puede decir que el sujeto, en cuanto se identifica con el corte está *verworfen*". J. Lacan, *El Seminario. Libro VI*, "El deseo y su interpretación" (inédito), lección del 24 de junio de 1959.

notaciones apenas reaparecen en las investigaciones ulteriores, pues verosíblemente quedan subsumidas bajo el concepto de represión primaria. Nada en común con la forclusión "patológica" —la del Nombre del Padre. Es más conveniente buscar su resurgimiento bajo la forma de la forclusión generalizada.

Según una opinión extendida en algunos lugares donde ha llegado un eco lejano de la forclusión del Nombre del Padre, ésta se caracterizaría por la exclusión del patronímico de los enunciados del sujeto. La menor experiencia clínica con psicóticos debería conducir a renunciar a una tesis tan ingenua. Desde luego, a Lacan nunca se le ocurrió sostenerla. Así, nos deja estupefactos encontrarla entre los argumentos invocados por Chazaud cuando se empeña en una crítica de la forclusión: "Lejos de carecer del 'significante' del linaje —escribe a propósito de Schreber— el Presidente sabía un montón sobre las dinastías terrestres y celestes. Por otra parte, no dudaba en responder a sus voces que si el Sr. Schneider se llamaba así era porque tal era 'el apellido de su padre', no sin precisar que éste no carece de relación con las formas histórico-sociales del uso de los 'nombres propios' en función de criterios variables: clásico, de filiación, atributivo...".¹⁵ Semejante observación revela el callejón sin salida al que ha llegado este trabajo en lo que se refiere al análisis del concepto de Nombre del Padre. Como bastantes otros hicieron ya antes que él, el autor ignora que el intento de Lacan de identificar el mecanismo propio de la psicosis se basa, desde 1958, no en la forclusión, sino en una forma de forclusión: la del Nombre del Padre. Que sólo se haga referencia a este último de forma incidental, para relacionarlo con el patronímico, neutraliza un esfuerzo de crítica que, por otra parte, está bien argumentado.

La axiomática del goce desarrollada por Lacan en sus últimas investigaciones lo lleva a "introducir algo que va más lejos que el inconsciente",¹⁶ si se considera que éste depende de un sentido producido por la cadena significante. Ya no es una gramática derivada de una lingüística lo que parece más apropiado para articular el descubrimien-

15. J. Chazaud. "Para una crítica de la forclusión como concepto puro y práctico", III, "Schreber entre Freud y Lacan", *Inform. Psychiat.*, 1985, 61, 10, pág. 1392.

16. J. Lacan, "L'insu...", seminario del 16 de noviembre de 1976, *Ornicar?*, diciembre de 1977, 12-13, págs. 6-7.

to freudiano, sino una lógica que forja sus propias formalizaciones. El acento pasa del Otro del significante al Uno del goce. La letra del *sínthoma* proporciona la versión más depurada de la función paterna, previamente circunscrita de forma paulatina con el Uno surgido de la *lógica matemática*, el Uno que cuenta el conjunto vacío; luego con $\exists x \Phi x$, cuyo goce ilimitado, al constituir la excepción, le permite a cada hombre ceñir su propio goce a la ley del significante; y después mediante la cadena borromea, en la cual cada Uno de sus elementos delimita un agujero, a la vez triple y único, que atrapa el objeto causa del deseo. A lo largo de esta evolución, hemos pasado del Padre como nombre, como significante de la ley, al Padre del nombre, que hace de la nominación *sínthoma* y que ya no garantiza nada en cuanto a la referencia. En consecuencia, el mito del complejo de Edipo queda subordinado al corte del complejo de castración: todo mensaje se pronuncia en nombre de un Padre, pero, en última instancia, no se basa más que en el goce específico del sujeto. Cada aserción encuentra su origen en una apuesta cuyo fundamento fuera del sentido pone al descubierto el psicoanálisis. El amo se reduce a la arbitrariedad del Uno del significante. El "rigor psicótico" al que Lacan —como él dijo— aspiraba no preserva sus propias elaboraciones de la lógica que articuló. Por su parte, no ignoraba que no se podría apelar a ninguna razón para defender la infalibilidad de su enseñanza.¹⁷ A la inversa, el proyecto paranoico apunta a una completa identificación del padre con lo peor, lo cual le permite eliminar todos los riesgos inherentes a una apuesta. La forclusión del Nombre del Padre suscita una llamada a un Padre no castrado que tiende a encarnarse situando al sujeto en una posición de excepción.

Desde Aimée hasta Joyce, pasando por Schreber, así como por las presentaciones de enfermos en Sainte-Anne, para Lacan la psicosis fue constantemente una de las principales fuentes de progreso en su trabajo de elaboración. Fue la psicosis lo que le proporcionó un punto de anclaje excéntrico con respecto al descubrimiento freudiano —más interesado éste en las neurosis—, punto de anclaje a partir del cual se le revelaron nuevas perspectivas para el psicoanálisis. Para evaluar el abor-daje lacaniano de la psicosis, Chazaud se pregunta si hay que conside-

17. J. Lacan, "L'insu...", seminario del 18 de enero de 1977, *Ornicar?*, verano de 1978, 15, págs. 6-7.

tar que produce una ruptura epistemológica con respecto a la enseñanza del maestro de Viena –él mismo se inclina por esta posibilidad– o si hay que entender que participa del “retorno proclamado a la pura doctrina”.¹⁸ Ciertamente, desde la introducción del concepto de forclusión del Nombre del Padre la cuestión no se puede plantear en estos términos, puesto que el enlace del Nombre del Padre con la *Verwerfung* constituye una innovación propia de la enseñanza de Lacan. Pero la reducción de la estructura de la psicosis únicamente a la forclusión es lo que le oculta a Chazaud que se trata, no de una ruptura epistemológica, sino de una prolongación innovadora de las tesis freudianas.

Llevado por el impulso de su investigación, Lacan no tuvo la oportunidad de hacer una pausa para examinar la forclusión psicótica a la luz de sus últimos planteamientos sobre el Nombre del Padre. “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” sigue siendo el texto de referencia. Ahora bien, dicho texto no sólo es contemporáneo de la completud del Otro, sino que, por otra parte, en él la psicosis es abordada todavía a partir de la neurosis: el esquema *I*, que despeja las líneas de fuerza de la metáfora delirante de Schreber, se construye procediendo a una transformación del esquema *R*., recogido de la experiencia analítica con los neuróticos. Por el contrario, la inscripción manifiesta del síntoma psicótico en lo real sirve de orientación a los últimos esfuerzos de formalización de la estructura del sujeto, que pretenden ir más lejos que el inconsciente, hasta el “eso goza” del que resulta una concepción innovadora del Nombre del Padre. Nombrar un goce se revela como la tarea esencial de este significante que, sin duda, se aligera hasta no ser más que un semblante. Pero cuando está forcluido se revela cuál es su función principal: enmascarar el Un-Padre real que opera con la mayor crudeza en la psicosis.¹⁹

Más allá de las elaboraciones de los años cincuenta, fundadas en una conceptualización del Nombre del Padre ya caduca, Lacan no de-

18. J. Chazaud, “Pour une critique de la forclusion comme concept pur et pratique”, II, “La forclusion dans ses rapports avec le déni et le clivage”, *Inform. Psychia.*, 1985, 61, 8, pág. 1093.

19. J.-A. Miller, *De la naturaleza de los semblantes*, Buenos Aires, Paidós, 2002 (lección del 27 de noviembre de 1991).

sarrolló ninguna perspectiva de conjunto sobre la estructura de la psicosis. Para entender sus últimas propuestas al respecto, a menudo hay que apoyarse en observaciones diseminadas por las lecciones de su enseñanza. Por eso ahora nos corresponde mostrar, en relación con la clínica, la riqueza heurística del modelo de la forclusión del Nombre del Padre tal como podemos recogerlo en las elaboraciones finales de una investigación inacabada e intrínsecamente inacabable. Una investigación que desemboca en lo real como imposible lógico, que culmina en preguntas sobre el estatuto del psicoanálisis con respecto a la ciencia moderna. Dicha investigación se ve conducida hacia los matemas y la cadena borromea. Ciertamente, a lo que apunta es al rigor, pero en ningún caso, como quieren hacérselo creer algunos de sus detractores, pretende producir “un cuerpo de doctrina cerrado” o “una ciencia exacta”. “El truco analítico no será matemático –destaca Lacan en 1973–. Por eso mismo, el discurso del análisis se distingue del discurso científico.”²⁰

20. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun, op. cit.*, pág. 141.

Segunda parte

**Elementos de clínica
de la forclusión del Nombre del Padre**

Capítulo 13

Los trastornos del lenguaje en el psicótico

“Desde mi enfermedad —comenta un paciente— me intereso por las palabras.” La emergencia de una singular atracción por el lenguaje en el sujeto psicótico resulta demasiado manifiesta como para no haber sido advertida mucho tiempo atrás. Al final del siglo XIX, cuando Tanzi destacó la “logolatría” de algunos de ellos, ya se había constatado, además, su propensión a crear neologismos. Desde los orígenes de los estudios psiquiátricos, Esquirol observaba que el lenguaje de numerosos enfermos se iba alterando a medida que sus trastornos se adentraban en la cronicidad. La noción de un inconsciente estructurado como un lenguaje surgió de un encuentro privilegiado con la clínica de la paranoia, en la cual las perturbaciones del lenguaje se presentan en primer plano, de tal forma que Lacan considera en 1956 que “la promoción, la valorización en la psicosis de los fenómenos de lenguaje es para nosotros la más fecunda de las enseñanzas”.¹ Por eso empezamos por este punto el estudio de la clínica de la forclusión del Nombre del Padre. Además, la importancia de estos fenómenos en el campo de la psicosis induce a Lacan a plantear de forma provisional en 1956, como una necesidad para el diagnóstico, la existencia de trastornos del lenguaje.² ¿Conviene mantener hoy día esta exigencia? Y, sobre todo, ¿cómo entenderla, como identificar esos trastornos específicos?

Partamos de un ejemplo de esquizografía. *“Pénélope Enée d’Oreste or assis, que je vous Archonte Ulysse toire. Je venais de Déjanire. Il n’était pas Tartare, encore était Titan que cela Phénix. Je Métée Borée d’Homère Encelade, pour être Achéron, et peu s’en Phallus que je n’Eurotas et ne Médée Gorgias, car je sentais l’Eros se re Bellérophon de mon estomac. Je Melpomène quelques instants et je prends mon Styx à Pomme d’Achate pour être plus Cocyte. Fallait voir comme j’é Thémis... Elle me Prométhée*

1. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 208.

2. *Ibid.*, pág. 133.

de pomper ma Pythagore et de se la Chloé jusqu'à Janus l'Ovide. Soudain, viola qu'elle Saturne, et Pan, je l'Hercule Troie fois sans qu'elle m'en Priape et que Jupiter d'elle".³ Este texto, que ha fascinado a muchos escritores, es de origen estudiantil, y se ha transmitido de generación en generación, con numerosas variantes, en la Escuela de Bellas Artes de París.⁴

El texto en cuestión permite entrever que la identificación del lenguaje psicótico no resulta obvia. Comparemos ahora textos de orígenes distintos para insistir en esta dificultad. Los dos primeros parecen, de entrada, igualmente extraños.

"Souffrez Vous D'indigestion stomacale
Ete vous sattifai de vous
Aver vous des bronhcite quit donc
Vous avez souffert Rognon gaté
Grandes migraines
Malatdies dut foie Boulevardzmen
Coeurs derengés dut Coeurs
Peau mal seinent
Fausse coutches dut bâtarrt
Et bien prenez le salopparrit quit
Vous guériyras de vot souffrence"⁵*

3. Anónimo, citado en *James Joyce*, Cahiers de l'Herne, París, 1985, pág. 423.

* Como una traducción de este texto es un ejercicio tan complejo como vano, nos limitaremos a tomar una frase (a), transcribirla al francés corriente (b) y traducirla, finalmente, al castellano (c). De esta forma se podrá comprobar el procedimiento de construcción del texto. a) *Je venais de Déjanire. Il n'était pas Tartare, encore était Titan que cela Phérix. Je Médée Borée d'Homère Encelade, pour être Achéron, en peu s'en Phallus que je n'Eurotas et ne Médée Gorgias, car je sentais l'Eros se re Bellérophon de mon estomac.* b) *Je venais de déjeuner. Il n'était pas tard, encore était temps que cela finisse. Je m'étais bourré d'homard en salade, pour être assez rond, et peu s'en fallut que je ne rotasse et me dégorgeasse, car je sentais l'air se rebeller au fond de mon estomac.* c) Acababa de almorzar. No era tarde, pero ya era hora de que se terminara. Me había atiborrado de langosta con ensalada, como para hincharme bastante, y poco faltó para que eructase y devolviese, porque notaba el aire que se rebelaba en el fondo de mi estómago. [N. del T.]

4. El procedimiento es claramente legible debido a que todos los términos en mayúsculas se refieren a la mitología griega y romana.

5. M. Thévoz (textos presentados por), *Écrits bruts*, París. PUF, 1979, pág. 87. Se trata de un texto de Jules Doudin, hospitalizado en 1910 en Lausanne con un diagnóstico de esquizofrenia.

* En este texto se añaden letras en el interior de las palabras: *Malatdies* = *maladies*; *dut* = *du*; *boulevardzmen* = *bouleversement*; *coutches* = *couches*; *bâtarrt* = *bâtard*. Pero también hay otras deformaciones: *mal seinent* = *malsaine*; *souffrence* = *souffrance*. [N. del T.]

Comparémoslo con las líneas siguientes: "*Un jour vears mirdi, suir lea plateforome arrière de uin autoibus S, joe vois uin homine aiu conu troup loung quai portait uin chaieau enotouré d'uin galion tressé avu lievu die ruaban*".⁶*

Existe alguna similitud entre ambos textos. Una análisis atento no dejará de discernir que ésta reside esencialmente en el uso del procedimiento de la epéntesis, consistente en insertar un fonema nuevo en el interior de la palabra. Ahora bien, sólo el segundo recurre exclusivamente a este procedimiento, y de forma sistemática, de tal manera que se podrá suponer, sin excesivas dificultades, que se trata de un ejercicio de estilo. Sin embargo, el hecho de que el primero asocie a la epéntesis otros procedimientos no bastaría para identificarlo como producido por un esquizofrénico y para diferenciarlo, en consecuencia, del trabajo de Raymond Queneau: nada le impediría a este último incrementar la complejidad de sus ejercicios de estilo.

Por otra parte, algunos psicóticos no desdeñan esta clase de ejercicios. "*Je vous propose* —escribe Sylvain Lecoq, místico delirante y grafómano— *pour notre belle langue française de sue prime eh les terminaisons en ment pour in sait ré rond. Exemple joliment = jolirond. Ça va loin tu sais s'tisse toi re la. Tu verra come c'est rigoûlot. On zi r'vie hein dra. Sachons conseiller partout les règles du bonheur. Les petites classes ne demandent qu'à être propreronds enseignées*".⁷* Otro había inventado una lengua en clave buscando en el diccionario "el paralelo

6. R. Queneau, *Exercices de style*, París, Gallimard, 1947, pág. 114.

* Transcripción: *Un jour vers midi, sur la plate-forme arrière d'un autobus, je vois un homme inconnu trop long qui portait un chapeau entouré d'un gallon tressé au lieu du ruban.* Traducción: Un día, hacia las doce, en la plataforma trasera de un autobús, veo a un hombre desconocido, larguirucho, que llevaba un sombrero rodeado de una banda trenzada en lugar de la cinta. [N. del T.]

7. M. Thévoz, *op. cit.*, pág. 169.

* Transcripción: *Je vous propose pour notre belle langue française de supprimer les terminaisons en ment pour insérer rond. Exemple: joliment = jolirond. Ça va loin, tu sais, cette histoire là. Tu verras comme c'est rigolo. On y reviendra. Sachons conseiller partout les règles du bonheur. Les petites classes ne demandent qu'à être proprement enseignées.* Traducción: Os propongo para nuestra bella lengua francesa suprimir las terminaciones en *ment* e insertar *rond*. Ya lo veremos. Sepamos aconsejar siempre las reglas de la felicidad. Las pequeñas lecciones sólo tienen que ser correctamente enseñadas. [N. del T.]

geométrico" de cada palabra, es decir, la que está impresa en la columna opuesta del volumen.⁸

A pesar de la propensión bien conocida de los psicóticos a crear neologismos, la invención de un lenguaje neológico, una glosolalia, no determina en absoluto la estructura psicótica del autor. Ya volveremos a examinar esta cuestión desde el punto de vista de la clínica diferencial, pero antes no renunciaremos al placer de recordar la primera estrofa del *Jabberwocky*:

"Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wabe:
All mimsy were the borogoves,
And the mome raths autgrabe"⁹

Al igual que Carroll, hay poetas y escritores que poseen una notable aptitud para producir escritos que se parecen como dos gotas de agua a los textos de los psicóticos. Y esto puede ser el resultado de una búsqueda deliberada, como cuando los surrealistas se ejercitaron en la imitación de algunos trastornos psicóticos. "La femme que voici —escriben simulando la demencia precoz— *un bras sur sa tête rocailleuse de pralines qui sortent d'ici en sortant du rire dans les dents qui reculent à travers le palais des Danaïdes que je caresse de ma langue sans penser que le jour de Dieu est arrivé musique en tête des petites filles qui pleurent de la graine et qu'on regarde sans les voir pleurer par la main des grâces sur la fenêtre du quatrième à réséda du chat que la fronde prit à revers et de jour de fête*".¹⁰ * El

8. J. Bobon, *Introduction historique à l'étude des néologismes et des glossolalies en psychopathologie*, Lieja, Vaillant-Carmanne, 1952, pág. 144.

9. L. Carroll, "Through the looking glass", *The Complete Works of Lewis Carroll*, Londres, Chancellor Press, 1982, pág. 132.

10. A. Breton, "Essai de simulation de la démence précoce", *Œuvres complètes*, col. "La Pléiade", París, Gallimard, 1988, pág. 859.

* Traducción aproximada: Esta mujer con un brazo sobre su cabeza rocosa de almendras garrapiñadas que salen de aquí sacando los dientes al reír que retroceden a través del palacio de las Danaides que acaricio con mi lengua sin pensar que el día del Juicio ha llegado con una banda de música a la cabeza de niñas pequeñas que lloran semillas y que miramos sin verlas llorar con ayuda de las gracias encima de la ventana del cuarto con reseda del gato al que la honda pilló por detrás y de fiesta. [N. del T.]

parecido puede ser también debido a una coincidencia, si los artistas comparten con los psicóticos una valorización de la letra en detrimento del sentido. A este respecto, los trabajos de Oulipo, que recurren a la aliteración, a los palíndromos, a los anagramas, etc, consiguen crear textos notables. Fundado en 1960 por escritores (Queneau, Blavier, Perec, Calvino) y matemáticos (F. le Lionnais), *l'Ouvroir de littérature potentielle* tiene la finalidad de inventar nuevos procedimientos de escritura explorando las relaciones entre las matemáticas y la creación artística.¹¹ El interés que varios de sus miembros ya habían manifestado previamente por los locos literarios (Queneau,¹² Blavier¹³) contribuyó con toda probabilidad al nacimiento de este movimiento: no hay duda —ya insistiremos en ello—, de que la familiaridad con las producciones de psicóticos puede orientar hacia un trabajo sobre la letra.

Sin embargo, la fascinante habilidad de Raymond Queneau para concebir esos textos que recuerdan a los textos de los esquizofrénicos no proviene de la fundación de *l'Oulipo*. Ya en los años treinta, en *Bastones, cifras y letras*, escribe: "Observando la regla según la cual toda letra se pronuncia, y sin cambiar nunca de valor, cualquiera que sea su posición. *Mézalor, mézalor, késkon nobtyin! Sa dvyien incrouayab, pazordinèr, ranvèrsan, sa vouzaalor indsé (un de ces) drôldaspé dontonrvyin pa. On Irekône pudoutou lfransé, amésa pudoutou, sa vou pran toudinkou unalur ninvèrsanbarbasé stupéfiant. Avrédit, sémém maran. Jerlu toudsuit lé kat lign sidsu, jépapu manpéché de mmaré (me marrer)*".¹⁴ * Compárese con uno de un esquizofrénico: "Jeux vous

11. Oulipo, *La bibliothèque oulipienne*, París, Seghers, 1990.

12. R. Queneau, *Les enfants du limon*, París, Gallimard, 1938.

13. A. Blavier, *Les fous littéraires*, París, Henri Veyrier, 1982.

14. R. Queneau, *Bâtons, chiffres et lettres*, París, Gallimard, 1937, pág. 22.

* Transcripción: *Mais alors, mais alors, qu'est-ce qu'on obtient ! Ça devient incroyable, pas ordinaire, renversant, ça vous a alors un de ces drôles d'aspect dont on revient pas. On dirait que ce n'est plus du tout français, ça vous prend tout d'un coup une allure invraisemblable, stupéfiant. A vrai dire, c'est même marrant. J'ai relu tout de suite les quatre lignes ci dessus, j'ai pas pu m'empêcher de me marrer.* Traducción al castellano: Pero entonces, pero entonces, ¿qué es lo que se consigue? Se convierte en algo increíble, nada común, asombroso, de pronto tiene una pinta inverosímil, te deja estupefacto. Se diría que ya no es en absoluto francés, adquiere uno de esos aspectos que no te lo puedes

*aiment a répondu la dame mais a vent il fo me rase sur eh avant de cour
ronnes eh votre flamme eh prouvez votre fi d'elle lit té. Et don Ju an
amour eux de sa belle aux grands yeux en un baizé brillant lui fit ce
doux serre m'en. Oh ma brou espas gnirole jeux le jurent, en ce jour fou
êtes mon id ôles et la ceux ré tous les jours; pour moi dans 7 vie eux il
n'est plus de bons heurts jeur et Dom Jouant ma chouxli vous cardera
cucoeur. Si tu reviens osera tu me demander part d'ons et mi t'ira tout la
raison pour l'équelle tu t'en alla".^{15*}*

Queda claro: no es de gran ayuda multiplicar los ejemplos para dejar sentado que disponemos, en la mayor parte de los casos, de la posibilidad de imitar la palabra y los escritos de los psicóticos, ya sea que nos veamos llevados a hacerlo por razones artísticas o por otras razones menos nobles.

Sólo el hecho de recordarlo, con la ayuda de los textos anteriores, debería bastar para concluir que es imprudente pretender identificar la producción de un psicótico basándose en un análisis de sus textos, o de su palabra, separados del examen clínico. Al puro análisis lingüístico, que se le podría confiar a un ordenador, siempre le faltarán elementos esenciales, difíciles de captar, relacionados no sólo con las intenciones del locutor, con los presupuestos del contexto afectivo y

creer. A decir verdad, incluso es desternillante. Acabo de leer las cuatro líneas anteriores, no he podido impedir desternillarme. [N. del T.]

15. M. Thévoz, *Écrits bruts*, op. cit., pág. 175.

* Transcripción. *Je vous aime, a répondu la dame, mais avant il faut me rassurer, avant de couronner votre flamme et prouver votre fidélité. Et Don Juan amoureux de sa belle aux grands yeux en un baiser brûlant lui fit ce doux serment: Oh, ma brune (o bru) espagnole, je le jure, en ce jour vous êtes mon idole et là je serai tous les jours; pour moi dans cette vie il n'est plus de bonheurs et Don Juan ma (chouxli?) vous gardera au cœur. Si tu reviens, oseras tu me demander pardon et me diras toutes les raisons pour lesquelles tu t'en allas? Traducción: Os amo, respondió la dama, pero antes hay que tranquilizarme, antes de coronar vuestro ardor, y demostrar vuestra fidelidad. Y Don Juan, enamorado de su bella de grandes ojos, en un amoroso beso hizo este dulce juramento: Oh, mi morena (o nuera) española, lo juro, en el día de hoy sois mi ídolo y aquí permaneceré todos los días; para mí en esta vida ya no hay otras alegrías y Don Juan, mi [¿], os guardará en el corazón. Si vuelves, ¿osarás pedirme perdón y me dirás todas las razones por las que te fuiste? [N. del T.]*

social, sino, más fundamentalmente todavía, con la relación entre el sujeto del inconsciente y sus producciones verbales.

A. El abordaje positivista

El positivismo moderno, que no renuncia a conseguir una reducción del sujeto, no lo entiende así.

Esta corriente parte de la constatación de que las descripciones psiquiátricas han llevado a identificar un gran número de trastornos, subsumidos bajo denominaciones originales, a veces neológicas ellas mismas, cuya yuxtaposición da la impresión de un desorden en el que no se dibuja con claridad ningún principio rector. Incoherencia, pseudoincoherencia, psitacismo, discordancia, perseveración, fetichismo verbal, logolatría, intoxicación por la palabra, bloqueo, divagación, difluencia, verbigeración, asonancias, aliteraciones, retruécanos, saltos de tema, esquizofasias, glosomanías, agramatismo, ilogismo, paralogismo, neologismo, estereotipia, ritornelos, etc. La lista es larga sin ser exhaustiva. Tras un estudio detallado, se ve enseguida que un gran número de estos términos son imprecisos y redundantes, de tal forma que parece necesario examinarlos, a pesar de su desorden, para comprobar la existencia de posibles rasgos pertinentes.

Una psiquiatra norteamericana, Nancy Andreasen, armada de las posibilidades modernas del análisis estadístico, acepta en 1979 el desafío.¹⁶ Después de hacer la recensión de los principales términos psiquiátricos que denotan trastornos del lenguaje, trata de definirlos, de precisarlos, de ilustrarlos y valorarlos cuantitativamente. La constatación de que hay diversos conceptos que se superponen la lleva a considerar tan sólo dieciocho formas verdaderamente distinguibles de "trastornos del pensamiento". Advierte que, ciertamente, estos últimos y los trastornos del lenguaje no siempre coinciden: basta con recordar a los sordos o a los afásicos para convencerse de ello. Así, la expresión "palabra desorganizada" sería más conveniente para designar lo que ella trata de circunscribir; de todas formas, Andreasen opta por adap-

16. N. C. Andreasen, "Thought, language and communication disorders", 1, "Clinical assessment, definition of terms, and evaluation of their reliability", *Arch. General Psychiatry*, 1979, 36, págs. 1315-1321.

tarse a la costumbre, a pesar de que se sitúa en una perspectiva que pretende ser "empírica y a-teórica", y así sigue refiriéndose a los "trastornos del pensamiento"¹⁷ porque este planteamiento le parece más heurístico.

A continuación, su intento de ordenar estas categorías psiquiátricas la lleva a proponer la siguiente lista de trastornos del lenguaje: pobreza de la palabra (laconismo), pobreza del contenido de la palabra, logorrea, distracción de la palabra, difluencia, desvarío, incoherencia, silogismo, asonancia, neologismos, aproximaciones verbales, digresiones, ausencia de finalidad, perseveración, bloqueo, ampulosidad, parafasia fonética y semántica.¹⁸ La aplicación de sus útiles de análisis a la segmentación y al estudio estadístico de extensas muestras representativas de diversos pacientes le permite constatar, sin sorpresa, que logorrea y laconismo resultan ser los mejores indicadores diferenciales de la manía y de la esquizofrenia. Andreasen establece, además, que la noción bleureliana de pérdida de la capacidad asociativa no permite discriminar entre depresivos, maníacos y esquizofrénicos. En una muestra de ciento trece pacientes representativos de cada una de estas patologías, una de sus observaciones más originales reside en la escasez de cuatro trastornos que, sin embargo, son considerados a menudo importantes indicadores del déficit del pensamiento: los bloqueos, las asonancias, la incoherencia y los neologismos. Según ella, su valor diagnóstico sería mediocre.¹⁹ Por otra parte, Andreasen no disimula que las disfunciones del pensamiento, del lenguaje y de la comunicación pueden surgir en sujetos que no presentan síntomas de enfermedades mentales, lo cual la lleva a sostener la siguiente tesis: los trastornos del pensamiento constituyen un fenómeno continuo, no discreto, que pierde intensidad gradualmente hasta llegar a la normalidad.

Este tipo de abordaje, si se pone en práctica con rigor, no permite confiar en nada más que discriminaciones cuantitativas que desembocan, lógicamente, en una clínica estadística informatizada. Como

17. N. C. Andreasen, "Thought, language and communication disorders", 2, "Diagnostic significance", *Arch. General Psychiatry*, 1979, 36, pág. 1330.

18. La parafasia fonética consiste en una deformación de sílabas; la parafasia semántica en una sustitución de palabras.

19. *Ibid.*, pág. 1325.

no hay ningún principio rector para discriminar entre los distintos trastornos del lenguaje del psicótico, su especificidad se desvanece al distribuirse en los grados de una escala, pero además su distinción y su número quedan en gran parte en manos de procedimientos arbitrarios. Por eso una lingüista como Chaika, para analizar las frases de una esquizofrénica, puede discernir seis rasgos pertinentes que son de otro orden. Son los siguientes: 1) ruptura temporal de la capacidad para asociar rasgos semánticos a secuencias de sonidos; 2) acentuación inadecuada de algunos rasgos fonológicos de las palabras del discurso; 3) preocupación por un número excesivo de características semánticas de un término; 4) producción de frases más relacionadas con las características semánticas y fonológicas de términos inmediatamente anteriores que con el contexto; 5) incapacidad para aplicar las reglas de la sintaxis y del discurso; 6) fracaso de la autocorrección.²⁰ En consecuencia, cree poder distinguir en la esquizofrenia una afasia intermitente.

Sin embargo, al año siguiente, Fromkin mostró que los trastornos identificados por Chaika no eran muy distintos de los que se encuentran en sujetos considerados normales.²¹ El análisis de más de 6.000 errores de lenguaje en sujetos normales demuestra, según ella, que estos no proceden de una forma distinta que los esquizofrénicos: cometen lapsus, confusiones entre antónimos e incluso neologismos. Esto ya lo había dicho Brown algunos años antes, en Harvard, cuando afirmaba, tras una investigación con pacientes psiquiátricos: "Dentro de los límites de mi experiencia y también dentro de los de una determinada definición del lenguaje, he de concluir que no existe nada que se pueda definir como lenguaje esquizofrénico. Tengo que añadir inmediatamente que he encontrado mucho pensamiento esquizofrénico, pero eso es otro asunto".²² Encontramos una constatación semejante en Roch y sus colaboradores a propósito de las formas desviadas de lenguaje reuni-

20. E. Chaika, "A linguist looks at schizophrenic language", *Brain and language*, 1974, 1, págs. 257-276.

21. V. A. Fromkin, "A linguist looks at 'A linguist looks at schizophrenic language'", *Brain and language*, 1975, 2, págs. 498-503.

22. R. Brown, "Schizophrenia, language and reality", *American Psychologist*, 1973, 28, pág. 403.

das bajo la noción de esquizofasia: "la descripción lingüística cuantitativa no permite por sí sola [...] oponer el discurso esquizofásico al afásico, ni siquiera al discurso ordinario".²³

Schwartz efectúa en 1982 un examen particularmente interesante del conjunto de la literatura que trata de definir la especificidad de la palabra y del lenguaje esquizofrénicos. Denuncia errores metodológicos, observaciones erróneas, razonamientos tautológicos, todo ello con la finalidad de evidenciar el carácter hipotético de la mayoría de las conclusiones. Muestra que ciertos enunciados de esquizofrénicos pueden no ser reconocidos como tales por los especialistas y que, inversamente, frases de sujetos supuestamente normales pueden ser tomadas como producidas por esquizofrénicos.²⁴ Ciertamente, entre las de estos últimos hay algunas fáciles de identificar, pero sólo constituyen una parte restringida de las producciones verbales de los sujetos considerados. Todos los observadores coinciden en que los esquizofrénicos dicen a veces cosas extrañas; sin embargo, según Schwartz, parece que utilizan las reglas sintácticas de forma apropiada, y dice que no ha descubierto ninguna jerarquía en sus asociaciones verbales que permita distinguir propiedades específicas; finalmente, los errores que comenten con las palabras demuestran ser similares a los que comete cualquiera. Schwartz constata, a pesar de todo, que los esquizofrénicos ignoran a menudo las reglas pragmáticas sobre cuya base se desarrolla la conversación. Y a veces fracasan al tratar de transmitir un contexto suficientemente explícito para los oyentes; también pueden expresarse con una voz extraña, haciendo una mueca o un gesto inadecuado. Sin duda, esto los hace difíciles de entender, pero a pesar de que en lo que dicen se aprecia una innegable perturbación, la evidencia de un "lenguaje esquizofrénico" no se impone en absoluto.

Para concluir su trabajo, Schwartz se apoya en la distinción chomskyana entre la competencia y la ejecución.^{*} La primera consiste

23. A. Roch Lecours, M. Navet y A. Ross-Chouinard, "Langage et pensée du schizophrase", *Confrontations psychiatriques*, 1981, 19, pág. 136.

24. S. Schwartz, "Is there a schizophrenic language?", *Behavioral and Brain Sciences*, 1982, 5, págs. 579-626.

* Del inglés, *competence-performance*. Se trata de los dos términos, ya clásicos, introducidos por la gramática generativa. [N. del T.]

en el conocimiento implícito de un sistema de reglas, llamado gramática, que proporciona la capacidad de comprender y de producir las frases de una lengua. La puesta en práctica efectiva de esta capacidad en los actos de palabra es lo característico de la ejecución. Que esta última está perturbada en el esquizofrénico, es un hecho indudable; pero, según Schwartz, su competencia lingüística parece haber quedado preservada. Él no duda, por lo tanto, en afirmar que el problema no se sitúa en el lenguaje mismo: habría que buscarlo en trastornos cognitivos. Se trataría de un déficit del tratamiento de las informaciones y de la atención selectiva.

Los trabajos de Schwartz tienen el mérito de subrayar que la pregunta sobre la especificidad de los trastornos del lenguaje en el psicótico se enfrenta con la paradoja de una evidencia clínica que es inaprensible desde un punto de vista lingüístico. En la mayoría de los casos, en presencia del psicótico, su reconocimiento —no su nominación— le resulta fácil tanto al clínico como al no especialista. Sin embargo, fuera de la relación clínica, demuestra ser muy difícil identificar un extracto de frases como perteneciente o no a un psicótico. Pedinielli y sus colaboradores resumen de la mejor manera la situación cuando constatan: "La existencia, en el clínico, de un 'modelo' de lo que es o de lo que debería ser el lenguaje esquizofrénico es, pues, probable, pero la pertinencia y la eficacia de dicho modelo siguen siendo dudosas. No se basta a sí mismo y se apoya en otras realidades exteriores al lenguaje".²⁵

Los textos literarios que mencionábamos al comienzo de este trabajo confirman plenamente que es imprescindible tener en cuenta, para identificar una producción verbal como la de un psicótico, un dato concerniente a la implicación del sujeto en su creación lingüística. Los estudios más sólidos sobre los trastornos del lenguaje conducen a conclusiones similares sobre la incapacidad de las investigaciones lingüísticas en lo que se refiere a validar una metodología rigurosa que permita definir dichos trastornos como psicóticos. Menahem resume bien la situación actual cuando constata que "hasta ahora, ninguna perturbación, al nivel que sea (fonético, morfológico, sintáctico o semántico), ha podido ser considerada característica de ninguna entidad de la pa-

25. J.-L. Pedinielli, P. Bertagne y H. von Kraccht, *Paroles de psychotiques*, Nervure, 1990, III, 7, pág. 11.

tología psiquiátrica". Nunca se han podido describir reglas sistemáticas capaces de definir divergencias entre el conjunto de los enunciados estándar de la comunidad lingüística y los enunciados de sujetos que presentan síntomas claramente distinguibles.

"La posición psiquiátrica es, pues, la siguiente: existe un lenguaje normal; clínicamente, existen trastornos del lenguaje; experimentalmente, nunca se ha podido demostrar en qué difiere el lenguaje de los enfermos del lenguaje normal".²⁶

En consecuencia, la mayor parte de los estudios bien informados coinciden en la necesidad de considerar una dimensión distinta de la de los enunciados manifiestos. Unos buscan por el lado de la competencia lingüística, los trastornos del pensamiento o los procesos cognitivos; otros apelan a una lingüística de la enunciación más elaborada; todos ven que el origen de las alteraciones de lenguaje de los psicóticos se ha de buscar en un campo situado fuera de la lingüística actual. ¿Dónde encontrarlo? Milner indica el camino a seguir mostrando que una de las características de la lingüística reside en el hecho de que sólo quiere ocuparse de un Otro vaciado de su goce. "He aquí —escribe— una posibilidad de la que el lingüista, en cuanto tal, nada sabe: todo lo aparta de suponerle a *lalengua*²⁷ el menor goce, que no podría sino devaluar el suyo propio. [...] Lo que dice el lingüista se funda en el silencio de aquellos que han servido a la lengua y a su goce".²⁸ Sin duda, este necesario rechazo epistemológico funda el saber del experto en lengua, pero al mismo tiempo sitúa fuera de su alcance una distinción rigurosa de los fenómenos de lenguaje propios del sujeto psicótico.

No depositaremos más esperanzas en las investigaciones cognitivistas, pues es un hecho bien establecido que los trastornos del lenguaje del psicótico son perfectamente compatibles con la conservación de las capacidades intelectuales del sujeto. Los hay que ponen todos los recursos de su inteligencia al servicio de su delirio, y se sabe lo convincentes que pueden llegar a ser, tanto para sus iguales como para gru-

26. R. Menahem, *Langage et folie*, París, Les Belles Lettres, 1986, pág. 123.

27. Para designar el caos donde está fijado el goce del *serdicente* [*parlêtre*], Lacan crea el concepto de *lalengua*. En esta última el significante, a falta de relación con otro significante, no tiene valor de comunicación. *Lalengua* está constituida de S_1 al que no se vincula ningún S_2 para darle sentido.

28. J.-C. Milner, *L'Amour de la langue*, París, Seuil, 1978, pág. 132.

pos más o menos importantes. Nada indica que la eclosión del delirio se acompaña de una disminución de las facultades cognitivas.

De la clínica se puede deducir que no es un trastorno de las actitudes lingüísticas lo que provoca la psicosis, sino que, por el contrario, es esta última la que genera los trastornos del lenguaje. Las dos observaciones siguientes, entre muchas otras, lo demuestran. La Srta. R. usaba un lenguaje preciso y claro en lo que se refería a su vida corriente (su oficio, su alojamiento, su existencia pasada, su vida actual). Por el contrario, cuando bordaba sus ideas delirantes, decía cosas extrañas. Tráandose de temas corrientes, la señorita R. empezaba respondiendo de forma normal, pero rápidamente se desviaba hacia su delirio y entonces resultaba incomprensible. Si hablaba sin ser interrumpida, sus expresiones eran imposibles de entender, porque fuera cual fuere el tema que abordara, sus ideas delirantes se mezclaban con el resto. La incoherencia se debía, esencialmente, a diversas modificaciones sintácticas y a numerosas expresiones neológicas. Sus escritos presentaban las mismas particularidades. Ahora bien, junto a esos textos incoherentes, el historial de la paciente contiene una carta a su hermana, que se refiere a temas banales, sin ninguna alusión al delirio. "¡Muy perspicaz —comenta Teulié— sería el médico que pudiera atribuírsela a una alienada! Parece emanar de una persona absolutamente sana".²⁹

La misma dislocación del lenguaje asociada a una completa conservación de las capacidades lingüísticas se observa en la señora R., otra delirante crónica. "Cuando se trata de temas cualesquiera —relata Teulié— y si la enferma no experimenta ninguna emoción, sus expresiones son del todo correctas. Se expresa, incluso, en un lenguaje bastante gráfico y con cierto grado de ironía: algunas de sus cartas escritas en periodos de calma parecen corresponder a una persona sana. Pero, cuando se trata de sus perseguidores, sus frases se tornan incoherentes." Los escritos de la señora R. confirman la asociación de un lenguaje correcto con un lenguaje patológico.³⁰

Si es exacto que ni los estudios lingüísticos ni los estudios cognitivistas nos permiten captar el fenómeno clínico, por otra parte

29. G.-A. Teulié, *Les Rapports des langages néologiques et des idées délirantes en médecine mentale*, tesis de medicina, Burdeos, 1927, pág. 30.

30. *Ibid.*, pág. 37.

indiscutible, que son los trastornos del lenguaje del psicótico, se ve la necesidad de tener en cuenta lo que se les escapa a estos planteamientos, o sea, el sujeto del inconsciente.

B. Los neologismos

El elemento externo al lenguaje que sería característico de la posición del sujeto psicótico es concebido por Freud como un desinversión psíquico de las representaciones de cosas que produciría un sobreinversión de las representaciones de palabras. "En la esquizofrenia –afirma en 1915– las palabras son sometidas al mismo proceso que, a partir de los pensamientos latentes del sueño, produce las imágenes oníricas, proceso que hemos llamado el proceso psíquico primario. Las palabras son condensadas y transfieren sus inversiones entre unas y otras, sin resto alguno, mediante el desplazamiento; el proceso puede llegar tan lejos, que una sola palabra, adecuada para este fin debido a múltiples relaciones, asume la función de toda una cadena de pensamientos."³¹

Los neologismos son uno de los trastornos del lenguaje de los psicóticos que se cuentan entre los más conocidos, más espectaculares y más estudiados. En los años cincuenta, Lacan les concede una importancia fundamental: "A nivel del significante, en su carácter material, el delirio se distingue precisamente por esa forma especial de discordancia con el lenguaje común que se llama neologismo".³² Sin embargo, resulta particularmente difícil precisar la especificidad del neologismo psicótico.

La definición del término no parece plantear especiales dificultades: se trata de una palabra nueva que se forma (neologismo lexical) o de una palabra conocida a la que se le da otro sentido (neologismo semántico). Pero el ejemplo más conocido de neologismo psicótico comentado por Lacan no responde, precisamente, a este planteamiento formal.

31. S. Freud, "L'inconscient" (1915), *Métopsychoanalyse*, París, Gallimard, 1968, págs. 114-115.

32. J. Lacan, *El Seminario. Libro III. Las psicosis*, op. cit., 1981, pág. 52.

Durante la sesión del 30 de noviembre de 1955 de su seminario *Las psicosis*, Lacan se refiere a una paciente a la que ha visto hace poco: "Quienes asisten a mi presentación de enfermos saben que presenté la última vez a una psicótica muy evidente, y recordarán el trabajo que me costó obtener de ella el signo, el estigma, que probaba que se trataba verdaderamente de una delirante, y no simplemente de una persona de carácter difícil que riñe con la gente que la rodea...". En el lenguaje del delirante, precisa Lacan, "ciertas palabras cobran un énfasis especial, una densidad que se manifiesta a veces en la forma misma del significante, dándole ese carácter francamente neológico tan impactante en las producciones de la paranoia. En boca de nuestra enferma del otro día, por fin surgió la palabra *galopinar*, que rubricó todo lo dicho hasta entonces [...]. Ella estaba en otro mundo evidentemente, mundo donde ese término *galopinar*, y, sin duda, muchos otros que ocultó, constituyen los puntos de referencia esenciales".³³

La palabra *galopinar* nos resulta, sin duda, extraña: prácticamente no está en uso en la lengua francesa de la segunda mitad del siglo. Pero, aunque la mayoría de los diccionarios contemporáneos la ignoren, aunque no se encuentre en el *Furetière* ni en el *Littré*, no es un neologismo en la acepción más estricta del término: no se trata de una palabra nueva. Según *Le Trésor de la langue française. Dictionnaire de la langue française du XIXe et du XXe siècle*, editado por el Centre National pour la Recherche Scientifique (CNRS),³⁴ este término aparece en 1873, en una novela de Zola, *El vientre de París*; mientras que el *Grand Larousse de la langue française*, publicado en 1973, no lo descubre hasta 1881, en una novela de Huysmans.

Según el *Trésor de la langue française*, *galopiner* es un verbo intransitivo que significa "comportarse como un muchachito, correr (por las calles) como un muchachito", con la precisión de que se trata de un término infrecuente.

Se aportan los siguientes ejemplos. En el *Larousse*: "Envidiaba la miseria de los rapaces del pueblo que *galopinaient* por las calles" (Huysmans); "Si no hubieras ido a *galopiner* con el otro mocoso..."

33. *Ibid.*, págs. 50-51.

34. *Trésor de la langue française. Dictionnaire de la langue française du XIXe et du XXe siècle*, París, CNRS, 1981.

gún él, "el contenido del neologismo representa el *summum* de la ideación paranoica, la finalidad más constante del pensamiento, el objetivo más característico de las preocupaciones". Las palabras nuevas tienen su origen en la "necesidad de expresar una nueva y particular diferencia del pensamiento [...] la neoformación verbal se produce tras una idea nueva tal como toda otra reacción se produce tras la excitación apropiada". En la base del neologismo se encuentran un pensamiento o una pasión predominante —o ambas a la vez— "que no encuentran en el léxico vulgar (vocabulario corriente) medios suficientes para objetivarse". Tanzi precisa que los neologismos que se hallan ocasionalmente en patologías distintas de la paranoia son "pobres e incoloros". Los de los maniacos, infrecuentes y rápidamente olvidados, son el fruto de una ideación buscada; los de los delirantes febriles provienen de trastornos de la memoria y consisten frecuentemente en mutilaciones estúpidas, en restos de vocablos usuales: todos constituyen "el resultado de una ruina, de una función que se disuelve". En los paranoicos, por el contrario, son el testimonio de una sobreproductividad, de una "exuberancia" funcional. De hecho, según Tanzi, "el delirante crónico practica una especie de culto por el verbo; el neologismo paranoico no es sino el rito de dicho culto". Para estos sujetos, prosigue, inventar una palabra "es plantear y tal vez resolver un problema. Así, hasta la palabra más desprovista de significación aparente tiene un alto valor paranoico, puesto que, para aquel que la forja, equivale a una fórmula mágica".³⁶ Tanzi concede una importancia diagnóstica fundamental al neologismo: "Es —escribe— como el centinela perdido de un delirio que se esconde y que huye...".

Lefèvre en 1891 y Séglas en 1892 introducen una sutil distinción entre neologismos pasivos y neologismos activos. Los primeros resultarían de un proceso automático, mientras que los segundos serían creados voluntariamente.

Los neologismos pasivos, según Séglas, constituyen "el resultado del simple automatismo psicológico, encuentran su explicación en la ley general de asociación por contigüidad o semejanza, y en definitiva se forman por asociación de asonancias o de representaciones". Se

36. E. Tanzi, "I neologismi degli alienati in rapporto con delirio cronico", *Riv. Sper. Freniatr.*, 1889, 15 y 1890, 16.

encuentran muy a menudo en los estados maníacos, "en los que se crean nuevas palabras por asonancia, sin que tengan ninguna significación para el enfermo, y también resultan de la extrema rapidez de las asociaciones de ideas, de las representaciones mentales variadas que se suceden como las imágenes de un calidoscopio".³⁷ Por el contrario, son infrecuentes en la melancolía, que se acompaña de un enlentecimiento y un empobrecimiento de la expresión verbal. Se observan también neologismos pasivos en el alcoholismo agudo y crónico, en la parálisis general y en la demencia precoz.

Séglas y Lefèvre insisten en el origen puramente automático del neologismo pasivo: no es más que una fórmula adoptada sin razón alguna, no se basa en la voluntad de expresar una idea nueva. "Por el contrario, los neologismos activos son creados con intención, y corresponden a una idea, por otra parte más o menos clara en la mente del individuo."³⁸ "En el período de organización del delirio —afirma Lefèvre—, mediante una labor de concentración analítica [el paciente], se construye un vocabulario especial, recurre a fórmulas personales, se crea expresiones típicas. Tales expresiones son a menudo extrañas, y los enfermos se sorprenden de no ser inmediatamente comprendidos cuando recurren a ellas. En todos estos neologismos se encuentra la huella de una actividad voluntaria."

"Un sujeto que pretende golpear a sus enemigos a distancia se llama a sí mismo *fulminantimidor* [*foudroyantissimeur*]. Otro, que se imagina perseguir y desenmascarar las faltas cometidas por la administración, declara: 'no me gustan esas *prevaricacionales*'. Un tercero quiere depositar el manuscrito de sus reivindicaciones en el despacho de la sala de las *legiferancias*. Todas esas expresiones denotan en el enfermo un trabajo psicológico. Tales palabras no se fabrican al azar. Corresponden a ideas nuevas que requieren, para ser expresadas con precisión, un vocabulario nuevo, y responden al pensamiento del enfermo que ha reflexionado y buscado por mucho tiempo. La palabra formada fija su pensamiento y, en cuanto ha encontrado su expresión estereotipada, ya no renuncia jamás a ella mientras las fuerzas psíquicas

37. J. Séglas, *Les troubles du langage chez les aliénés*, Paris, Rueff, 1892, págs. 48-49.
38. *Ibid.*, pág. 51.

(Vercel). En el *Trésor de la langue française*: "Se descubrió que una banda de jovencitas, casi niñas, se habían deslizado hacia su perdición *galopinant* por las calles" (Zola, *La Conquête de Plassans*, 1874); "Los niños de la escolanía sueñan con ir a *galopiner* después de misa" (Huysmans, *En route*, 1895); "Con él, como con tantos otros, *nous avons galopiné*, durante nuestra infancia, recorrimos la comarca" (Pesquidoux, *Livre de raison*, 1928).

Lacan no precisa en qué sentido entiende la paciente el término *galopiner*. No es inconcebible que fuera una lectora de Zola o de Huysmans que hubiera adoptado el uso que ellos hacen del término; pero también es posible que le diera a esta palabra una acepción original, convirtiéndola en un neologismo semántico. De cualquier forma, incluso de ser cierta la primera hipótesis, Lacan no se hubiera sentido en apuros ante las informaciones que proporcionan los diccionarios: éstos se limitan a poner de relieve la insuficiencia de una definición formal del neologismo psicótico. Él no tenía al respecto ninguna duda: se esforzaba en precisar las características de esas "palabras que tienen un peso por sí mismas", destacando que *galopiner* posee para esa paciente "una densidad, un acento especial", y suponiendo que indica algún punto de referencia esencial.

Es preciso algo más que encontrar una palabra de nueva formación en las expresiones de un sujeto para identificar un índice de forclusión del Nombre del Padre. Es un hecho manifiesto que existe una discordancia entre la acepción usual y la acepción clínica del concepto de neologismo. Las definiciones clásicas insisten en la novedad de la propia palabra, o en la del sentido que se le otorga, pero el ejemplo de *galopiner* muestra los límites de este criterio. Además, un cierto grado de malentendido es inevitable en la comunicación entre dos sujetos, porque no damos exactamente el mismo sentido a las palabras que empleamos. Éstas se inscriben en un halo semántico más o menos amplio, de forma que la acepción original constituye la regla. Desde esta perspectiva, el neologismo es permanente. Por otra parte, la lengua está viva, es el resultado de una creación incesante, de tal forma que toda lengua se compone de neologismos que acabaron imponiéndose.

Lo que es más: a todos nos ocurre que inventamos nuevos vocablos, ya sea en el sueño o en un chiste, incluso en una creación poética. La creación voluntaria de idiolectos con una finalidad lúdica no es in-

frecuente en niños. No siempre se puede determinar si los han tomado prestados de dialectos. En suma: se ve que circunscribir el neologismo propiamente psicótico constituye un problema clínico que no se reduce a un análisis formal.

Para tratar de precisar sus características, examinemos, en primer lugar, los datos recogidos por la psiquiatría clásica.

Es en 1852 cuando Snell, director del asilo de Eichberg, introduce el término en el lenguaje psiquiátrico. Snell constata que en el lenguaje de algunos alienados se encuentran "muchas palabras completamente inventadas y otras que utilizan en un sentido completamente distinto que las personas mentalmente sanas". La tendencia a los neologismos, añade, se encuentra en gran número de trastornos mentales. Snell se dedica, en particular, al estudio de una decena de sujetos delirantes sobre los cuales aporta numerosos ejemplos. Estima que las expresiones pintorescas o inhabituales de los pacientes traducen la originalidad de sus representaciones mórbidas. Advierte que dichos sujetos son capaces de explicar el sentido de las palabras que forjan, pero que a veces se niegan a hacerlo al no considerar sus términos signos estrictamente individuales. Numerosos neologismos tienen un origen alucinatorio directo, y en tal caso los sujetos a menudo ignoran ellos mismos el sentido que tienen, de tal forma que sus propias interpretaciones demuestran ser secundarias y se manifiestan, a veces, de forma tardía.³⁵ Lo esencial de lo observado por Snell desde un comienzo sigue siendo pertinente.

En 1889-1890, Tanzi, por entonces asistente en la clínica psiquiátrica de Turín, consagra dos importantes estudios a la psicopatología de los delirios y en particular a la de los neologismos. Propone una clasificación de estos últimos en siete categorías (conjuraciones, términos metafísicos, autodenominaciones, etc.), que constituyen únicamente una descripción superficial. Más interesante resulta su análisis de la función que tales términos desempeñan para el delirante crónico. Se-

35. L. Snell, "Über die veränderte Sprechweise und die Bildung neuer Verne und Ausdrücke in Wahnsinn", *Allg. Zeitsch. F. Psychiatr.*, 1852, IX, 11. Traducción al francés: "Des altérations de la façon de parler et de la formation d'expressions et de mots nouveaux dans les delires", *Évolution psychiatrique*, abril-junio de 1980, 45, 2, págs. 365-374.

cas resistan al trabajo de desagregación mental que lentamente se va produciendo en las facultades intelectuales del sujeto".³⁹

"Una vez organizado el delirio —observa de forma semejante Ségla—, más o menos ingenioso de acuerdo con los recursos de su mente, después de haber reflexionado mucho, buscado mucho, tras haber meditado sus argumentos y discutido sobre su valor, el enfermo los condensa de algún modo en palabras nuevas, las cuales le parecen más adecuadas que los términos ordinarios para expresar de una forma precisa sus convicciones erróneas. Pero, es bueno advertirlo, una vez hallada la palabra, a menudo se conformará con ella. Dicha palabra fija su pensamiento y, por lo tanto, casi olvida las síntesis sucesivas que lo han llevado a su creación. Ya no queda nada por explicar, nada que buscar: la palabra lo dice todo..."⁴⁰

En suma, al sinsentido del neologismo pasivo, generado mediante un automatismo, se le opone la densidad semántica del neologismo activo, basado en "una idea previa". Sin embargo, hay motivos para discutir la pertinencia de esta distinción tal como la argumentan Ségla y Lefèvre. Por una parte, ambos constatan que el neologismo activo tiene frecuentemente su origen en las alucinaciones verbales, de modo que puede haber sido recibido inicialmente como una palabra que no se entiende. Por otra parte, advierten que no corresponde a una idea bien definida. Ségla observa que existen neologismos asistemáticos y absurdos "a menudo difíciles de captar, y sus inventores, que resumen de esta forma su delirio, no quieren o no pueden darles significación. Se han impuesto a su conciencia sin génesis lógica, y a menudo es este origen misterioso para el enfermo lo que le fascina".⁴¹ Además, está demostrado que los fenómenos de automatismo mental generan bastante a menudo neologismos que luego se insertan en un delirio crónico. La clínica no permite, pues, concluir que los neologismos llamados activos se formen a partir de una idea previa, y menos todavía que siempre sean voluntariamente elaborados por el sujeto.

39. C. Lefèvre, *Étude clinique des néologismes en médecine mentale*, Paris, Jouve, 1891, pág. 55.

40. J. Ségla, *op. cit.*, pág. 52.

41. *Ibid.*, pág. 58.

Algunos años más tarde, Teulié propone distinguir tres clases de neologismos que se sitúan de forma distinta en su relación con el delirio. Los primeros son neologismos adoptados por el yo y considerados por el sujeto como su obra propia y deseada: son los neologismos fruto del delirio. Los segundos son más o menos impuestos a la imaginación y al aparato fonatorio por una influencia o una voz que el enfermo cree ajena: son los neologismos germen del delirio. Estos últimos no constituyen ni el punto de partida ni el punto de llegada de un delirio. El enfermo constata que sus palabras no tienen sentido y que son el producto de una actividad patológica.⁴² Esta tripartición describe ciertamente bastante bien la mayor parte de los hechos clínicos, pero sigue teniendo una capacidad de discriminación limitada, dado que se observa que las tres formas mencionadas pueden coexistir en un mismo sujeto.

Las descripciones psiquiátricas precedentes resultan preciosas para captar los neologismos psicóticos en sus variedades. Sin embargo, dejan casi intacto el abordaje del problema de sus funciones respectivas para el sujeto.

Las observaciones parecen aislar la existencia de dos grandes clases de neologismos: una es la que se intenta describir mediante las nociones de neologismo activo, persistente, germen o fruto del delirio; la otra, mediante las de neologismo pasivo, fugaz, desprovisto de sentido, sin relación con el delirio, basado en asonancias. En los años cincuenta, Lacan condensa esta oposición subrayando la existencia de dos formas de neologismos: por una parte, la intuición, la palabra enigmática, la palabra reveladora, y, por otra parte, la fórmula, el ritornelo, la cantinela. Su abordaje de la psicosis pone el énfasis por entonces en un "desencadenamiento del significante", resultante de la forclusión del Nombre del Padre; en esta perspectiva, el neologismo se puede considerar dotado de una función reparadora. "Ambas formas —precisa Lacan—, la más plena y la más vacía, detienen la significación, son una especie de plomada en la red."⁴³ Su creación parece responder a un trabajo destinado a suturar la cadena significante desamarrada.*

42. G. A. Teulié, *Les rapports des langages néologiques et des idées délirantes en médecine mentale*, *op. cit.*, pág. 154.

43. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, Paris, Seuil, 1981, pág. 53.

* *Désarrimée*. [N. del T.]

Algunos sujetos discernen claramente el peso excepcional que adquieren para ellos algunas palabras particulares: Schreber considera que pertenecen a una "lengua fundamental", otro las designa como "palabras de fuerza", un tercero habla de "palabras de oro", etc. Los neologismos cargados de intuición son captados a menudo por el propio sujeto como palabras dotadas de un estatuto particular dentro de la lengua materna. Se trata, en este caso, de un término vinculado a una certeza que no vacila. El pensamiento experimenta la sensación de alcanzar a través de él una congruencia de la palabra con la cosa, de tal forma que el término en cuestión constituye una puerta de entrada en el reino del saber absoluto. Un neologismo así aniquila toda posibilidad de contagio semántico: congela el sentido sin que éste pueda ser modificado a posteriori.*

Esta forma de plantear el neologismo extiende mucho la acepción del concepto, al poner el acento, no en la creación lingüística, sino en el carácter autosuficiente de algunas palabras. La especificidad de estas palabras se encuentra, pues, descrita tanto en los trabajos sobre la intuición delirante como en los ya citados de Tanzi, Séglas o Lefèvre. La intuición, constatan Targlowa y Dubléau, "por su propia existencia, no conlleva, ni siquiera supone la discusión. No incluye ninguna percepción y elimina así la necesidad del razonamiento, de la inducción o de la deducción. No hay que proporcionar ninguna prueba que se apoye en la realidad o en la significación de las constataciones, ninguna relación que establecer [...] La intuición tira de sí misma".⁴⁴ Constituye un conocimiento específico, incoercible, vinculado a una convicción absoluta, que surge espontáneamente dotado de un aspecto definitivo. Cierta paciente habla a este respecto de una creencia que "se niega a dejarse molestar", que "sólo acepta las ideas que la confirman y rechaza las que constituyen un obstáculo"; otra paciente no tiene necesidad de pruebas, "porque es capaz de adivinar el pensamiento de los demás"; otra más, "no acepta ni discutir, ni analizar sus ideas, de las que es incapaz de decir en qué se basan". El carácter neológico, estrictamente hablando, del fenómeno, se convierte en algo secundario. En este sentido, el análisis de Lacan pondrá cada vez más de relieve

* *Après coup*. [N. del T.]

⁴⁴ R. Targowla y J. Dubléau, *L'intuition délirante*, Paris, Masson, 1931, pág. 65

ve la especificidad de algunos significantes, destacando, no su forma, sino el hecho de que ya no se alimentan de una circulación dialéctica. Su degradación a la categoría de letra: esto es lo que precisará el concepto de holofrase en los años sesenta. Por supuesto, tal fenómeno no se puede aislar mediante un análisis formal, sólo se puede discernir en un encuentro con el sujeto.

Cuando tiene origen alucinatorio, a veces el sujeto empieza rechazando la intuición, pero ésta siempre desempeña la función de una pica plantada en su mundo, y nunca dejará de contribuir a su reorganización delirante. Más difícil resulta establecer que el ritornelo vacío funciona también como un plomo en la red rota de significante.

Tomemos el ejemplo de una joven que pide de forma repetitiva a cada persona que entra en la sala del hospital donde se encuentra internada: "Señor, tenga la bondad de darme la llave, ¿no?". Ahora bien, cuando se la dan, no sabe qué hacer con ella, y a veces incluso sigue pidiéndola. Sin duda, ha perdido radicalmente el uso de la metáfora, de tal forma que ya no concibe que la llave quizás se refiriera originalmente a un problema cuyos datos se han esfumado. Pero la reiteración insistente de la expresión, año tras año, revela que el sujeto sigue atribuyéndole una importancia indiscutible.

Ni siquiera está demostrado que la fórmula vacía se haya convertido en tal porque su sentido original haya desaparecido. Las asonancias que frecuentemente se encuentran en su origen llevan más bien a pensar que está desconectada de la representación desde un principio. Aunque no resultaban de asonancias, las creaciones neológicas de Philippe, que surgían sesión tras sesión parecen demostrarlo. ¿Qué es "ro-tum-tum"? le preguntaban. Es un "blando de abril", respondía [*mou d'avril*, que recuerda a *mois d'avril* (mes de abril)]. Este último término será ilustrado mediante la remisión a una lista ilimitada de otros neologismos: el "blando de abril" es un "alambre de espino en el aire" [*barbelé en l'air*], que es un "kirbinos", y éste, a su vez, un "cia zum net", etc. El hecho de que un día pueda afirmar que los "ro-tum-tum" son sillas, otro día su juguete preferido o "teles que dan miedo", etc., muestra claramente que estos términos carecen de la función de representancia.*

* *Représentance*. [N. del T.]

La precisión del testimonio de Schreber permite captar mejor la función de los ritornelos. Así, cuenta que en algunos momentos sus alucinaciones consistían en “un material ideal compilado con antelación”, que era “parloteado encima de su cabeza por voces –de seres de lo más inanes (más tarde sustituidos por pájaros milagrosos)– en una repetición monótona y fastidiosa”.⁴⁵ Las fórmulas percibidas se limitaban a enunciar amasijos de charlatanerías machacadas de forma mecánica, pero para Schreber revestían un “enorme interés”, porque él “se permitía ver en todo ello la señal de que Dios, después de todo, no había sido completamente incapaz, como hubieran podido hacer creer otras constataciones, de comprender las exigencias que se desprenden del orden del universo”. Schreber constata que sus estribillos alucinatorios giran en torno a una preocupación relacionada con el desfallecimiento del Otro. Parecen tener claramente por función la de constituir una última muralla contra la desposesión del significante y contra la pérdida de la “razón” que de ella se derivaría. Basta con leerlos para convencerse de ello: “Bajo modalidades muy diversas –escribe Schreber– formulaban la idea de que toda la política llevada a cabo por Dios con vistas a la destrucción de mi razón estaba condenada al fracaso. Así, enunciaban, sin un acento especialmente personal, esta clase de generalidades: ‘el saber y las capacidades, de todas formas, no se pierden’... o bien: ‘todo sinsentido (entiéndase: el sinsentido consiste en leer los pensamientos y falsificarlos) se anula’, ‘los éxitos perdurables corresponden al hombre’. Las repeticiones machanonas se esfuerzan por evitar ‘el comienzo de la debilidad’, es decir, una pérdida de la aptitud para hacerse representar por un significante, lo cual supondría la muerte del sujeto. Sin embargo, el resultado de la lucha de Schreber por conservar su razón le parece todavía incierto: persiste durante mucho tiempo el riesgo de ser ‘dejado caer’ por Dios. La conclusión principal que resulta de las repeticiones alucinatorias es la esperanza de que ello no ocurra. ‘El Dios inferior –advierte Schreber– había tenido por mucho tiempo la costumbre de resumir todas estas consideraciones mediante la siguiente exclamación, una exclamación amputada, como suele ocurrir en la lengua de las almas, de su conclusión gramatical significativa: ‘Tener la esperanza, con todo, de que la

45. D. P. Schreber, *Mémoires d'un névropathe* (1902), París, Seuil, 1975, pág. 134.

voluptuosidad pueda alcanzar un nivel’, dando a entender: un nivel tal, que los rayos divinos pierdan todo interés en querer desprenderse, para mantener así la esperanza de que automáticamente se produzca un desenlace del conflicto compatible con el orden del Universo”.⁴⁶ Como se sabe, Schreber consiguió seguir con cierto éxito la vía indicada de esta forma tan vaga por el Otro: unir el goce al significante con el fin de elaborar una solución delirante. A pesar de su aparente insignificancia, los ritornelos alucinatorios del presidente no constituyen fórmulas completamente vacías. Lacan advierte que en ese momento la corriente del significante recupera su independencia: “Y, entonces, en ese zumbido que tan a menudo nos pintan los alucinados, en el murmullo continuo de esas frases, de esos comentarios, que no son más que la infinitud de los caminitos”, a falta de la carretera principal paterna, “los significantes se ponen a hablar, a cantar solos [...]. Por lo menos es una suerte que indiquen vagamente la dirección”.⁴⁷

Los estribillos conservan para Schreber un “enorme interés” porque le permiten constatar que su relación con el Otro no es “totalmente desfalleciente”. Constituyen una última muralla contra el “ser dejado caer”, con la estupidez pasmosa que constituye su expresión clínica.

De la misma forma que Lacan extiende ampliamente la acepción clásica del neologismo paranoico con la noción de intuición plena, la fórmula vacía recorta una clínica que ha dado lugar a planteamientos muy variados: ensalada de palabras, verbigeración, estereotipias verbales, esquizofasia, etc. La imagen del plomo en la red del significante parece menos apropiada para definir el estribillo vacío: éste no parece ser capaz de detener la deriva. Sin embargo, no cabe duda de que dichas creaciones verbales, que no dejan de poseer una importancia capital para el sujeto, son el testimonio de un aferrarse al mantenimiento de la facultad del lenguaje. Es la propia existencia de la red lo que tratan de preservar.

En la intuición plena, el sujeto se encuentra representado por entero, sin vacilación, y además el significante se degrada a la condición de letra. En los años sesenta, Lacan precisará la especificidad de este fe-

46. *Ibid.*, pag. 155.

47. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., págs. 419-420.

nómeno. En el extremo opuesto, en la fórmula vacía, la enunciación del sujeto se ausenta de sus enunciados, los cuales permanecen libidinalmente investidos, pero se vacían más o menos radicalmente de su valor representacional. Tales son los dos principales trastornos del lenguaje observados en la clínica de la psicosis. Hay que advertir, sin embargo, que, ya en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", Lacan expresa sus reservas sobre el concepto de *intuición*: "esos fenómenos que han sido llamados erróneamente intuitivos, por el hecho de que el efecto de significación se anticipa en el desarrollo de ésta. Se trata de hecho de un efecto del significante, por cuanto su grado de certidumbre (grado segundo: significación de significación) toma un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta primeramente en el lugar de la significación misma".⁴⁸ Cuando esta alta tensión del significante acaba cayendo, añade Lacan, las alucinaciones se reducen a ritornelos. La noción de intuición plena tiende, en consecuencia, a borrarse en su enseñanza. Un concepto menos descriptivo, más conectado con la estructura inconsciente, parece suplantarle en 1964: el de *holofrase*. Será preciso examinarlo más adelante con atención.

C. Las glosolalias

La creación de neologismos constituye uno de los signos clínicos principales de entre los que permiten deducir la forclusión del Nombre del Padre durante la entrevista con el paciente. Sería tentador concluir que cuanto más exuberante sea la creación en cuestión, más argumentos tenemos para referirnos a la estructura psicótica. De hecho, el examen de las glosolalias nos demostrará que sería imprudente llevar a cabo esta inducción.

El término glosolalia, tomado en préstamo del vocabulario de la psicología religiosa, significa etimológicamente "hablar en lenguas". La hagiografía de los *Actos de los apóstoles* cuenta que los discípulos, en Pentecostés, recibieron el Espíritu Santo y, junto con él, el don de hablar todas las lenguas de los pueblos. Según San Pablo, que poseía

⁴⁸ J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 520.

este don, "hablar en lenguas" en voz alta es un regalo del cielo destinado a los incrédulos y a los no iniciados, aunque constituye un signo no unívoco, puesto que tiene formas diversas.⁴⁹ Algunos fieles, durante las asambleas cristianas y sin la acción directa del Espíritu Santo, hablaban de "misterios" en sonidos confusos e inarticulados, mediante palabras incoherentes o en lenguas desconocidas que ellos mismos no entendían.

A este "lenguaje" automático, incomprendible para todos, vivido como extraño para el propio enunciador y considerado un signo de embriaguez o de locura por los no creyentes, los exégetas le dieron el nombre de *glosolalia*.

De forma periódica, en la historia de las religiones, han ido apareciendo manifestaciones verbales análogas. Éstas empezaron a ser estudiadas en el siglo XIX. En nuestra época, después de los años sesenta, la glosolalia se convirtió en una práctica verbal favorecida por la renovación carismática neopentecostista.

Ya en 1856, un psiquiatra suizo, Martini, llama la atención sobre la formación de lenguas especiales en el lenguaje hablado de los alienados. Constata que este síntoma no implica necesariamente que se haya producido una caída en la cronicidad, puesto que la mayoría de quienes presentaron dicho trastorno se habían curado.⁵⁰ Pero hay que esperar a 1900 para que el término *glosolalia* quede legitimado en el discurso de la psiquiatría, al ser introducido en ella por el notable trabajo de Théodore Flournoy, profesor de psicología en la Universidad de Ginebra, titulado "Desde las Indias hasta el planeta Marte. Estudio sobre un caso de sonambulismo con glosolalia".⁵¹

En la acepción que le da Flournoy, el término *glosolalia* sólo se aplica a casos excepcionales. Por lo general, los autores de habla francesa lo emplean en el sentido restringido otorgado al concepto por el psicólogo de Ginebra. Describe la tentativa por parte de un sujeto de hablar

⁴⁹ J. Cacho, "Archéologie de la glossolalie", *Le Discours psychanalytique*, marzo de 1983, pág. 31.

⁵⁰ Martini, "Veränderung der Ausdruckweise bei Irren", *Allg. Z. Psychiatr.*, 1856, 13, 605; citado por J. Bobon, *Introduction historique à l'étude des néologismes et des glossolalies en psychopathologie*, op. cit., págs. 13-17.

⁵¹ T. Flournoy, *Des Indes à la planète Mars. Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalie*, Paris, Ginebra, Alcan, 1900.

una lengua nueva que se fija y se enriquece de forma progresiva (Maeder, Quercy, Cénac, Teulié, Tuzek). Apartándose menos de la tradición religiosa, los psiquiatras alemanes destacan el hecho de que el glosolálico no trata de comunicar algo que sea racional ni que se pueda captar mediante conceptos. En consecuencia, estiman que la glosolalia, bajo manifestaciones verbales diversas, no es más que una explosión automática de procesos afectivos intensos, con disminución de la conciencia (Berze, Gruhle). Así, a diferencia de los franceses, no distinguen entre glosolalia y glosomanía. En 1925, Cénac distingue claramente estos dos conceptos: el primero, según él, se refiere a una lengua nueva que se fija y se enriquece; mientras que el segundo designa una pseudolengua constituida de neologismos sin gramática, ni sintaxis, ni sentido y sin un carácter fijo. Por lo tanto, es concebible traducir la primera, lo cual es imposible en el caso de la segunda.⁵²

Los lingüistas contemporáneos no se detienen a considerar la distinción de la psiquiatría francesa, de tal forma que definen la glosolalia como constituida por "enunciados desprovistos de sentido pero estructurados fonológicamente, que el locutor considera pertenecientes a la lengua real, pero que no poseen ningún parecido sistemático con una lengua natural viva o muerta".⁵³ Con esta definición, se puede establecer: que los enunciados glosolálicos rompen la relación entre el significante y el significado, que hay en la glosolalia hechos estructurales, esencialmente localizables en el plano fonológico, y que el don a veces atribuido al hablante de reproducir o interpretar espontáneamente lenguas extranjeras reales es una ilusión. Los estudios lingüísticos sobre el funcionamiento fonético de los enunciados glosolálicos destacan que el "hablar en lenguas" tiene una relación de exceso o de defecto con respecto a la lengua materna.

El uso contemporáneo que se ha acabado imponiendo entiende la glosolalia en un sentido amplio, el de los lingüistas, que no distingue entre glosomanía y glosolalia.

La existencia de las glosolalias religiosas, en las cuales, en una multitud, la mayoría de los sujetos se ponen a "hablar en lenguas", consti-

tuye una objeción manifiesta a considerar este fenómeno como indicador de la estructura psicótica del sujeto. Tal como ocurre en las "posiciones" que tienen lugar durante cultos rituales, o en sesiones de espiritismo, los "habladores de lenguas" pentecostistas persiguen conseguir estados de conciencia alterados que favorezcan la aparición de fenómenos valorados por el grupo. No es preciso ser psicótico, ni siquiera histérico, para entrar en estados de trance en los que el sujeto habla con una voz distinta, articulando enunciados más o menos comprensibles.

Si no se olvidan los fenómenos que hemos mencionado, resultará menos sorprendente asistir a la emergencia de una glosomanía en el curso de la cura psicoanalítica de algún neurótico. Schelderup, de Oslo, informa en 1931 de una observación de este tipo en una histérica. En ciertos momentos en que la transferencia se intensificaba, aquella joven sufría accesos durante los cuales emitía automáticamente series de palabras incomprensibles. Ella decía ignorar su significación y presentía que debían poseer un sentido culto. Al mismo tiempo, decía encontrarse en un estado de ánimo inefable que luego no podía revivir voluntariamente. Durante estos accesos, tenía la sensación de ser una niña que ignoraba tanto el mundo adulto como su lenguaje, y se movía en un universo donde los animales menudos adoptaban un aspecto gigantesco. "Es como si todo esto me viniera desde mi más tierna infancia —decía ella—, de lejos, de lejos, como desde el fin del mundo, donde esta lengua es comprendida; sobre todo, lo que ocurre es que soy pequeña." Al parecer, una glosolalia como ésta no demuestra ni una deriva de la cadena significante, ni una intrusión psicológica de la letra: se encuentra al servicio de los fantasmas de la paciente y parece ser estimulada por la idea que ella se forma del psicoanálisis —regresar al mundo de la infancia para recoger allí verdades ignoradas por la conciencia.⁵⁴

Aunque tales observaciones resulten infrecuentes, han sido confirmadas por diversos autores mencionados por Bobon. Por otra parte, un analizante histérico me comunicó la emergencia de una lengua desconocida para él durante el consumo de una droga alucinógena. Esta lengua, compuesta de neologismos que no comprendía, se impuso a su

52. M. Cénac, *De certains langages créés par les aliénés*, tesis de medicina, París, Jouve, 1925.

53. W. S. Samarin, *Tongues of men and angels*, Nueva York, Collier-Mac Millan, 1972.

54. H. K. Schelderup, "Psychopathologische Analyse eines Falles von Zungentreden". *Zeit. Psychol.*, 1931, 122, 1; citado por J. Bobon, *op. cit.*, págs. 287-294.

pensamiento durante horas. Persistió durante más tiempo que las imágenes alucinatorias, pero, al igual que ellas, desapareció para no volver. El sujeto no reiteró la experiencia, que había acometido con la idea previa de penetrar por una vía regia en el inconsciente. Encontró lo que buscaba. Pero bajo una forma que se le impuso sin que él lo hubiera imaginado. Tuvo la sensación de que aquella lengua desconocida había sido la suya cuando, siendo muy pequeño, todavía no entendía plenamente la lengua de los adultos pero se divertía deformándola.

No es la producción de neologismos, ya sea ésta rica o discreta, lo que indica la estructura psicótica, sino su función para el sujeto. Las creaciones del inconsciente generadas por los fantasmas no deben confundirse con la emergencia de letras separadas de la representación.

En este sentido, es necesario detenerse un instante en la célebre observación de la médium de Flournoy, a la que éste llamó Helen Smith. Por su parte, Flournoy evita dar un diagnóstico, a sabiendas de que ella lo va a leer, pero habla de automatismo y de disociación de la personalidad, y al parecer la considera una histérica bien estabilizada.⁵⁵ Sin embargo, no faltan clínicos que, basándose en sus trastornos del lenguaje, la califican de "paranoica". Por otra parte, cuando el propio Lacan, en 1967, la menciona brevemente, habla de la "clarividente delirante de maravilloso nombre".⁵⁶ Sin duda, puede ocurrir, tanto en Lacan como en Freud, que el término delirio sea empleado en una acepción amplia, como la que les permite referirse de esta forma a algunos trastornos de Dora o del Hombre de las Ratas; sea como fuere, esta observación nos incita a considerar más detenidamente la glosolalia de la paciente en cuestión, que se llamaba Élise Catherine Müller.

Durante cerca de seis años, desde 1894 hasta 1900, Flournoy siguió regularmente las sesiones de espiritismo de esta joven de unos treinta años, excepcionalmente dotada. A partir de 1895, después de

55. "Sin duda —escribe— para la Sra. Smith es una enorme ventaja, atribuible a sus facultades como médium, que la *Abwehr* adquiriera en ella la forma de una novela sonambúlica, que evitó a su personalidad normal y a su vida de cada día los inconvenientes de la *Conversion psychischer Erregung in's Körperliche*, por emplear los términos de Freud" (T. Flournoy, *op. cit.*, pág. 283).

56. J. Lacan, El Seminario. Libro XV, "El acto psicoanalítico" (inédito), lección del 22 de noviembre de 1967.

ciertas experiencias de Flournoy destinadas a apreciar la sensibilidad del sujeto, Helen Smith empezó a tener accesos de completo "sonambulismo" acompañados de diversos fenómenos fisiológicos (catalepsia, letargia, contracturas, etc.). Durante estos accesos tuvo, en ocasiones, extensos sueños cuyas peripecias se desarrollaron a lo largo de varios años. No vivió menos de tres "novelas" distintas, a las que hay que añadir la existencia de una segunda personalidad llamada "Leopoldo", de forma que construyó cuatro elaboraciones diferenciadas que evolucionaron en paralelo. En su primera encarnación, quinientos años antes, había sido hija de un jeque árabe (ciclo hindú); en la segunda, reapareció bajo los rasgos de María Antonieta (ciclo real). La personalidad de Leopoldo está relacionada con el ciclo real, porque Leopoldo no es sino un pseudónimo bajo el que se oculta Cagliostro, quien al parecer se había enamorado perdidamente de la reina María Antonieta antes de convertirse en ángel de la guarda de la Srta. Smith. Sin embargo, es la tercera novela, el ciclo marciano, el que resulta de mayor interés. En este último, la médium tiene la sensación de entrar en relación con los habitantes del planeta Marte. En este ciclo, sobre todo, y de una forma menos elaborada en el ciclo hindú, se produjeron fenómenos excepcionales de elaboración de una lengua nueva, fenómenos que en seguida llamaron la atención a varios lingüistas (F. de Saussure, V. Henry).

A continuación transcribimos un extracto de la lengua marciana, obtenido y traducido el 10 de octubre de 1897 durante un estado de sonambulismo en el que Smith veía un paisaje del planeta Marte. En su visión, distinguía a un indígena, llamado Esenale, que flotaba, desencarnado, alrededor de las plantas mientras iba pronunciando palabras. Al principio, Smith repetía esas palabras, y luego, siguiendo indicaciones de Flournoy, las escribía en un alfabeto marciano que no vamos a reproducir. He aquí el texto acompañado de su traducción:

"*Modé tatinée lâmi mis mirâ ti che bigâ kâ ébrinié sanâ é vi idé di zé renir zé mess métich kâ é zé valini iminé ni z[é] grani sidiné*" [Madre querida, he aquí un adiós de tu hijo que piensa tanto en ti. Te lo traerá el gran hombre que tiene el rostro afilado y el cuerpo delgado].⁵⁷

57. T. Flournoy, *Des Indes à la planète Mars*, *op. cit.*, págs. 210-211.

Se constata inmediatamente que cada una de las palabras de la lengua marciana tiene un equivalente en francés. El fino análisis lingüístico de Flournoy, corroborado por el de Henry,⁵⁸ pone de relieve que el marciano no es sino una infantil deformación del francés. Sin embargo, dado que los neologismos conservan un sentido constante a lo largo del tiempo, se trata de la auténtica creación de una lengua nueva.

Los temas de las novelas de Smith se modifican en función de las imprudentes intervenciones de Flournoy. Hasta tal punto que Leopoldo, en un mensaje dirigido a él, comete un lapsus evocador: "Mis pensamientos no son tus pensamientos, y *mis* voluntades no son las mías, amigo Flournoy".⁵⁹ Además, como ocurre en los dos pacientes anteriormente mencionados, las creaciones "sonambúlicas" parecen haber sido forjadas claramente a satisfacción del deseo del sujeto. El gusto por la invención de idiomas desconocidos (el marciano, el ultramaricano, el hindú) se desarrolla en un período contemporáneo de la muerte de su padre, que hablaba corrientemente el húngaro, el alemán, el francés, el italiano y el español, entendía bastante bien el inglés y sabía igualmente latín y algo de griego.⁶⁰ Ahora bien, resulta que Smith permaneció soltera toda su vida, sosteniendo de esta forma el deseo de un padre de quien ella misma dijo que no quería verla

58. "El marciano —escribe— sólo es verdaderamente original por su vocabulario. Su gramática, su sintaxis, por otra parte tan desprovistas de interés la una como la otra, presentan entre ellas el contraste más llamativo: la primera es débil, flotante, lo peor fijada posible en aspectos en los que esperaríamos descubrir al menos el rudimento de una norma gramatical; la segunda, por el contrario, es rígida y dura, acostada sin piedad sobre el lecho de Procusto de la sintaxis francesa. Flournoy ya lo había dicho antes que yo: el marciano es la obra ingenua y curiosa de una inteligencia infantil, desprovista de todo sentido lingüístico y soberanamente inconsciente de lo que constituye la esencia de una lengua, persuadida, al fin y al cabo, de que una lengua se crea sustituyendo cada palabra de su habla familiar por una palabra lo más distinta posible, que cree inventar y que, en realidad, se limita a adaptar alterándola" (V. Henry, *Le langage martien. Étude analytique de la genèse d'une langue dans un cas de glossolalie somnambulique*, Paris, Maisonneuve & Larose, 1901, págs. 9-10).

59. M. Cifali, "Les chiffres de l'intime", postface II, en T. Flournoy, *Des Indes à la planète Mars. Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalie* (1900), Paris, Seuil, 1983, pág. 376.

60. T. Flournoy, *op. cit.*, pág. 39.

entre los brazos de ningún hombre: "Nunca, ésta es la palabra, ni uno solo".⁶¹

No hay muchos elementos que permitan poner en duda la opinión de Flournoy, quien consideraba que si el funcionamiento histérico de Elisa Müller no llegó a engendrar una neurosis histérica, fue gracias a las satisfacciones que le procuró su condición de estrella en los medios espiritistas de Ginebra. Ella misma constata que fue esto lo que la consoló del fracaso de su vida sentimental: a pesar de "un profundo aislamiento sentimental [...] —nos confía— todavía no me he podido decidir a casarme, aunque no me han faltado oportunidades. Siempre había una voz que me gritaba: '¡No te apresures, no ha llegado el momento, éste no es aquel que te reserva tu destino!' Yo obedecía a esa voz, que no tiene nada que ver con la conciencia, y no lo lamento, sobre todo desde que tuve la oportunidad de ocuparme del espiritismo, puesto que desde entonces encontré a mi alrededor tantas simpatías y amistades que he olvidado un poco mi triste suerte..."⁶² En estas líneas, Müller nos indica claramente la necesidad en la que se encontró de mantener su deseo insatisfecho. Estos elementos no dejan lugar a demasiadas dudas en cuanto a un funcionamiento histérico del fantasma. Las satisfacciones que le procuraban sus creaciones novelescas las asemejan a ensoñaciones: su glosolalia estaba al servicio de estas últimas. El lenguaje marciano no está constituido ni de intuiciones plenas, ni de estribillos vacíos: emanan del trabajo de codificación del inconsciente.

Los escasos psicóticos que han tratado de inventar lenguas nuevas son extremadamente infrecuentes. Ninguno ha alcanzado una creación tan compleja como la de Elisa Müller. "Las hablas glosolálicas —constata Teulié— no son más que préstamos, deformaciones y empobrecimientos de lenguas conocidas. Además en todos los casos se trata de medios de expresión en estado todavía embrionario y que, verosíblemente, no se pueden perfeccionar más. Son, aunque bajo apariencias nuevas, lenguas preexistentes de las que se han tomado todos los elementos fundamentales. En consecuencia,

61. W. Deonna, *De la planète mars en Terre sainte*, Boccard, 1932, pág. 99; citado por M. Cifali, *op. cit.*, pág. 385.

62. T. Flournoy, *op. cit.*, pág. 45.

lejos de ser en sí mismas lenguas, estas hablas apenas pueden ser consideradas nuevos lenguajes".⁶³

Sin lugar a dudas, se le podría conceder un lugar aparte a la creación glosolálica producida por Artaud a partir de 1943, que parece originarse en la pérdida imaginaria de un libro titulado *Letura d'Eprahi Falli Tetar Fendi Photia o Fotre Indi*. Pierre Bruno mostró que esta lengua nueva, intraducible, inseparable de la voz, sirve para fundar la existencia de la enunciación de su autor anclándola en el cuerpo.⁶⁴

Sin embargo, dicha lengua no desmiente las conclusiones de Teulié, de acuerdo con las cuales todos esos lenguajes neológicos indican un delirio crónico y están al servicio de ideas de grandeza. Y esto parece confirmarse en todos los casos en que la glosolalia se inserta en la lengua materna tratando de instituir en ella la función suturadora del neologismo. Por el contrario, las creaciones glosolálicas en los neuróticos no presentan estas características: nacen a veces de un estado segundo de conciencia, y su invención nunca resulta del trabajo deliberado del sujeto. En esto se distinguen de las intuiciones plenas. Tampoco son fórmulas vacías, puesto que pueden vehiculizar un mensaje.

Ya sólo para abordar el neologismo, la psiquiatría se ha visto obligada a producir gran número de conceptos (neologismos activos, pasivos, lexicales, semánticos, glosolalias, glosomanías) que son muestras de un refinamiento descriptivo en la captación del fenómeno, pero que enseñan poco sobre su función. Lo mismo ocurre con el conjunto de los trastornos del lenguaje del psicótico, cuya enumeración y explicación han dado lugar a diversos y voluminosos tratados. Freud y Lacan se desmarcan claramente de este panorama de gran diversidad. No pueden llevarlo a cabo sin distanciarse del estudio minucioso de los mecanismos para tratar de captar lo esencial en su función subjetiva. Es notable que por este medio consiguieran como resultado una economía conceptual considerable que reduce la diversidad de las descripciones, virtualmente infinitas, a un número muy reducido de procesos. Lacan propone en los años cincuenta la dicotomía intuición plena/fórmula vacía; Freud destaca lo fundamental en 1915 poniendo de relieve la propensión a "conformarse con las palabras en lugar de

63. G. A. Teulié, *op. cit.*, pág. 134.

64. P. Bruno, "Ar-Tau", *Barca*, 1994, 2, págs. 37-57.

las cosas". Esta fórmula, a menudo citada, fórmula de una gran pertinencia, merece un examen detenido.

D. La primacía de la letra

Ya en 1854, Falret advertía una emergencia de la letra en el pensamiento y en las palabras de los psicóticos: "Una impresión, un recuerdo, una simple consonancia —escribe— bastan para cambiar la dirección de sus pensamientos [...] es digno de resaltar que las ideas se vinculan mucho más a través de las relaciones secundarias de palabras y de sonidos que mediante relaciones lógicas...".⁶⁵ Este proceso de sobreinvertimiento de la palabra fue descrito desde muy antiguo por la psiquiatría recurriendo a términos como logolatría o fetichismo verbal. Se consideraba una de las características principales del lenguaje de los psicóticos. Este fenómeno, según Freud, iría precedido de una retirada del investimiento pulsional "de los lugares que representan la representación de objeto inconsciente",⁶⁶ de tal forma que el intento de curación elaborado por el delirio tendería "a recuperar los objetos perdidos", tratando de "volver a encontrar el camino hacia el objeto a través de su elemento palabra". A consecuencia de ello, el psicótico tendería a producir abstracciones vacías separadas de la representación. El esquema explicativo de "la predominancia de la relación de palabra sobre la relación de cosa", completado con la noción de acuerdo con la cual las palabras quedan sometidas al proceso psíquico primario, demuestra ser lo suficientemente potente para dar cuenta del conjunto de los fenómenos. Por eso Freud, en un artículo que por otra parte no se centra en la teoría de la psicosis, no trata de establecer distinciones entre sus distintas formas.

Sin embargo, junto a las grandes construcciones abstractas, que tratan de encontrar de nuevo el camino hacia las cosas, existen producciones esquizofrénicas que no parecen estar orientadas hacia una re-

65. J.-P. Falret, *Leçons cliniques de médecine mentale*, Paris, Baillière, 1854, págs. 232-233.

66. S. Freud, "L'inconscient" (1915), *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1968, pág. 121.

construcción de la realidad: consisten en una pura elaboración sobre material verbal que se preocupa poco por las significaciones que, de vez en cuando, resultan de ella. En un polo de la psicosis, las palabras parecen destinadas a saber por ellas mismas qué quieren decir; en el otro polo, tratan de reducirse a una insignificancia puramente fonemática. Un delirio paranoico no es una glosomanía, aunque en ambos casos se privilegien las palabras en detrimento de las cosas.

Daremos, a este respecto, dos ejemplos de erotización extrema del significativo que persiguen fines aparentemente bien distintos, en un caso la construcción de un delirio, en el otro un goce derivado de la letra: los escritos de J.-P. Brisset y los de H. Bès. En ellos reconocemos con facilidad los dos polos, el de la intuición plena y el de la fórmula vacía.

"Estamos extasiados ante las maravillas de la Palabra", afirma J.-P. Brisset, persuadido de leer "en este cristal dos millones de años atrás".⁶⁷ Creyó haber descubierto que "los espíritus de los ancestros y archiancestros han permanecido en las palabras que ellos crearon".

La "primera ley" despejada por el trabajo de su delirio es la siguiente: "Todo lo que está escrito en la palabra y se lee en ella naturalmente es verdadero. Los sonidos que se escriben claramente de diversas formas son verdaderos en todas ellas y presentan entre sí una relación matemática lógica, un origen único. Presentan expresiones que estuvieron en uso, o al menos pudieron estarlo, entre los ancestros, incluso entre los dioses, los ángeles y los demonios. Como las palabras siguientes, que ni siquiera están vinculadas entre ellas por una frase natural:

"Les dents, la bouche
J'écris: Les dents, là, bouchent
Les dents la bouchent
L'aidant la bouche
Lait dans la bouche
Laid dans la bouche
Laides en la bouche
L'aide en la bouche

67. J.-P. Brisset, "Le mystère de Dieu est accompli". *Analytica*, 31, París, Navarin-Seuil, 1983, pág. 33.

Les dans la bouche (Les choses qui sont...)
L'est dans la bouche (L'est = c'est)
L'est dam le à bouche (J'ai mal aux dents)
Les dents-là bouche (Cache ces dents-là)
Intervertissons: La bouche, les dents.
J'écris: Là bouchent les dents
La bouche l'aidant
Là, bouche les dents
Le à bouche l'est dam, etc."⁶⁸

"Se ve –prosigue Brisset– que todas estas expresiones definen con seguridad y matemáticamente los dientes y la boca, y ello aunque no haya ninguna vinculación aparente entre la boca y los dientes. ¡Cómo no confiar plenamente en todo lo que nos digan de esta forma las palabras y las frases del lenguaje regular!

"¡He aquí una maravilla terrorífica que muestra el poder sin límites del Espíritu del Eterno! [...]

"Formulamos esta ley una vez más de la siguiente forma:

"Todas las ideas que se pueden expresar por medio de los mismos sonidos están relacionadas con un mismo objeto, con una idea común, y esto está dotado de una fuerza de verdad matemática, de una evidencia absoluta, general o accidental, positiva o negativa.

"Así, es de una evidencia absoluta que los dientes son leche, o como leche en la boca, pero esto es una verdad accidental; cuando están negros, es una verdad negativa: no es leche en la boca."⁶⁸

En suma, según Brisset, "la espada del fuego que guardaba el árbol de la vida se llama calambur, juego de palabras". Y de esta forma, no duda que se está entregando a "un trabajo científico, con una fuerza de demostración superior a la de las matemáticas y la geometría".⁶⁹

* Traducción: Los dientes, la boca / Los dientes, ahí, tapan / Los dientes la tapan / Ayudándola la boca / Leche en la boca / Feo en la boca / Feas en la boca / La ayuda en la boca / Los en la boca (Las cosas que están...) / El está en la boca (El está = es) / El es daño el con boca (Me duelen los dientes) / Los dientes de ahí tapa (Esconde esos dientes de ahí) / Invirtamos: La boca, los dientes / Escribo: Ahí tapan los dientes / La boca ayudándolo / Ahí, tapa los dientes / El con boca el es daño, etc. [N. del T.]

68. *Ibid.*, pág. 49.

69. J.-P. Brisset, *Les Origines humaines* (1913), París, Baudouin, 1980, págs. 24-25.

Pero hay otros sujetos que desarrollan trabajos similares sin una finalidad aparente, aunque todos ellos coinciden en la evidente satisfacción que les procura el trabajo del significante. He aquí un extracto de una carta de Henri Bès a Vincent Auriol: "*Et cet ancien PROFESSEUR DE MATHÉMATIQUES, POINT, VINCENT (points vains, sans; poins, vain sans; poings vains, sang; poins, VINCENT AURIOL; POINT vint, sans parti pris, en 1932, m'annoncer la nouvelle de la mort de notre ancien PRÉSIDENT PAUL DOUMER, l'ayant apprise par radiophonie; Ussessaud;) et cet ancien PROFESSEUR DE MATHÉMATIQUES, POINT VINCENT, ancien MAIRE de la commune de Chapaize (et par Cormantin, (et par CORPS m'atteint, hep art, corps mat, hein!; et par que 'or' mat, hein! et par que 'or', matin; aie parc, orme atteints, et par COR, m'atteint, haie par corps, mats, hein; et part, corps mat, hein; épars, corps mats, hein; et pare corps mat, hein; et pare corps mat, hein, et par CORPS, MATE, HEIN!; aie part, corps mat, hein; ET PARQUE, HORS M'ATTEINT; et pare, Cormatin...)*"^{70*}

Los calambures que predominan en este extracto se parecen mucho a ciertas deducciones vertiginosas de Brisset, pero en este caso no conducen a ninguna reconstrucción, se bastan a sí mismos.

El lector habrá advertido que los dos ejemplos precedentes han sido tomados de trabajos escritos, lo cual no es en absoluto un hecho azaroso: así lo exigen los fenómenos expuestos, dado que el calambur sólo tiene consistencia de escritura. Es un hecho, también, que los principales trabajos psicoanalíticos consagrados a la psicosis tienen su origen en un escrito, el de Schreber. Se ha constatado en múltiples ocasiones que muchos psicóticos consagran su existencia a trabajos de escritura. La notable abundancia de la producción de algunos de ellos ha llevado a hablar de grafomanía. No es infrecuente que hayan demostrado un gusto precoz por las investigaciones etimológicas, por juegos como los crucigramas, los jeroglíficos, los anagramas, los

70. M. Thévoz (textos presentados por), *Écrits bruts, op. cit.*, pág. 57.

* La traducción de este texto es innecesaria, lo único que es de destacar son las distintas combinaciones de letras que representan el mismo sonido de forma repetitiva. Ejemplo: *et par Cormantin = et par corps m'atteint = hep art, corps mat, hein! = et par que 'or' mat, hein!*, etc. [N. del T.]

palíndromos, las aliteraciones,* las contraposiciones, etc. Si nos tomamos en serio estos datos, junto a algunos otros, es preciso aportar una segunda precisión a la tesis freudiana: las palabras con las que se conforma el psicótico consisten más exactamente en letras. Estas letras son las mismas que Freud puso de relieve en las formaciones del inconsciente. Él comparó los mecanismos del sueño con *rebus* o jeroglíficos para subrayar que las imágenes han de ser tomadas como elementos fonéticos. Lacan destaca ya en 1957, en "La instancia de la letra en el inconsciente", que el significante es un elemento simbólico dotado tan solo de valor diferencial, concebible únicamente formando pareja con otro; por el contrario, la letra es el objeto real, aislable, como lo demuestra la caja del tipógrafo. Por eso Lacan la define como "la estructura esencialmente localizada del significante".⁷¹ La letra constituye "ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje",⁷² que no contiene ningún sentido antes de obtener alguna inteligencia mediante su acoplamiento con otros cuerpos tan estúpidos como él. Tomar la palabra a la letra consiste en aislarla en la cadena. El psicoanálisis descubre que el goce del sujeto se adhiere a la literalidad "insensata" de los elementos puestos en juego en las diversas formaciones del inconsciente. La función de la letra es constituir un litoral entre goce y saber. La letra forma el cuerpo del síntoma con el que fija el goce sin Otro. En consecuencia, si la psicosis produce "un rechazo del inconsciente", se concibe que en ella, más que ninguna otra parte, "el síntoma, si se sabe leerlo, está más claramente articulado en la estructura misma".⁷³ La carencia de la función de la represión hace surgir en el contenido manifiesto del síntoma lo que para el neurótico permanece latente. El goce vinculado a la cosa literal se encuentra en el origen de la clínica de la psicosis.

* *Contrepetèries*: cambio de orden de fonemas o sílabas de una palabra (generalmente un grupo de palabras) para obtener fórmulas dotadas de un sentido burlesco u obsceno. [N. del T.]

71. J. Lacan, "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón después de Freud", en *Escritos, op. cit.*, pág. 481.

72. *Ibid.*, pág. 475.

73. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos, op. cit.*, pág. 519.

El estudio de los neologismos nos había familiarizado con ello: ya sea que se trate de intuiciones plenas o de fórmulas vacías, tales elementos significantes, desconectados de la cadena, adquieren para el sujeto una importancia excepcional, reveladora del goce que con ellos se vincula.

Este fenómeno y su correlación con la carencia de la significación fálica se pueden captar de forma muy pura en las interpretaciones rudimentarias.* Éstas, aunque el clínico raramente las distingue, revisiten a este respecto un interés particular: ponen de relieve la insuficiencia de toda denominación descriptiva para captar la autonomización de una letra. En efecto, ésta no se presenta necesariamente como un neologismo, ni como una intuición plena, ni como un ritornelo vacío. Estas últimas calificaciones se refieren a formas elaboradas y complejas que enmascaran lo que se encuentra en el origen de los correspondientes fenómenos: un elemento signifiante que se aísla de la cadena. La interpretación rudimentaria fue descrita en 1920 por Meyerson y Quercy, quienes comunican la observación de un mecánico de 45 años que presentó un delirio de interpretación sin alucinaciones. En junio de 1919, cuando el delirio parece atenuarse ligeramente, el paciente sale un poco de su casa, se muestra menos sombrío, menos preocupado. "Es entonces -escriben- cuando ocurren los pequeños acontecimientos que vamos a transcribir.

"La vecina estaba arreglando el emparrado; iba cortando ramas; entonces dijo: todo esto es *salvaje*."

D. -¿Y entonces?

R. -... (El enfermo parece hacer un doloroso esfuerzo de concentración. No responde nada y hace un ademán que nos convence tanto de su impotencia como de su buena voluntad.)

D. -¿Qué quería decir 'salvaje'?

R. -No sé, me pareció raro.

D. -¿Y ahora?

R. -Ahora también.

D. -¿Acaso la vecina lo dijo por usted?

R. -¡No! Eran las ramas.

D. -¿Cree que tiene algo contra usted?

* *Frustes*. [N. del T.]

R. -No, en absoluto, es una buena mujer.

D. -¿Entonces?

R. -... (Las mismas manifestaciones de impotencia y de buena voluntad.)

D. -¿Lo hace para hacerle decir tonterías?

R. -No creo.

D. -¿Se las hacen decir?

R. -... (La pregunta parece superarlo.)

D. -¿Es una 'patada'? (El enfermo designa buena parte de las trastadas que le hacen bajo este nombre, con la fórmula 'patada'.)

R. -No, es una buena mujer.

Nos resulta, pues, imposible descubrir el sentido de esa misteriosa palabra, 'salvaje'; el propio enfermo no lo consigue, a pesar de todos sus esfuerzos.

Otro fenómeno. 'Había usado una aguja y, durante tres o cuatro días, estuve constantemente oyendo hablar de agujas...'

D. -¿Y luego? ¿Qué le ocurrió con eso?

R. -Nada, pero me molesta... es como cuando me hablan de los gatos.

D. -¿Los hay en su casa?

R. -Sí, pero me parece extraño que hablen de ellos.

D. -¿Hablan de eso para usted?

R. -No, no lo creo.

D. -¿Entonces?

R. -No lo sé, es penoso."

Su mujer, comentan los autores, presente durante la entrevista y que ya en otras ocasiones ha sido testimonio de sus diversas alucinaciones, nos confirma que se trata, ciertamente, de hechos reales. Tanto ella como él pueden precisar en qué circunstancias y cuántas veces han sido pronunciadas las palabras en cuestión.

"Téngase en cuenta que no se trata ni de un reticente, ni de uno de esos enfermos sugestionables cuyas ideas delirantes las produce el médico a lo largo del interrogatorio.

"Se trata, por lo tanto, de un enfermo que es víctima de un delirio de interpretación evidente, convencido de que hay una 'cábala' en su contra, de que es observado, de que se burlan de él, de que determinados individuos quieren hacerle 'hablar mal de la gente', y que se encuentra en posesión de términos excelentes para servir como ideas

delirantes, términos tales como 'cábala' o 'patada'; véase, por otra parte, en qué circunstancias percibe el sujeto ciertas palabras: 'salvaje', 'aguja', 'gato', palabras que le resultan penosas; sufre cuando las oye; pareciera que va a vincularlas a su delirio, lo cual no sería raro, porque no tiene conciencia del carácter mórbido de su estado. En absoluto: no atribuye a las personas que pronuncian esas palabras ninguna mala intención contra él. Algunas percepciones le producen un extraño malestar, las sufre pero no les opone ninguna reacción que se pueda expresar".⁷⁴

Esta observación merecía ser citada extensamente: permite captar con una particular nitidez el momento de desconexión de un elemento de la cadena significativa. Falta una síntesis, advierten Meyerson y Quercy, hay un término singular que se aísla, separado "del sistema de los símbolos sociales". ¿Qué se produce entonces? "Un mal inefable" que adopta la forma de un enigma doloroso. En relación con estas palabras aisladas, constatan los observadores, el trabajo de explicación y la expresión verbal parecen faltar: sólo subsisten "relámpagos bruscos e inesperados", "iluminaciones fugaces" que no aclaran nada. Cuando algunos significantes quedan expulsados a lo real, demuestran adquirir una particular importancia para el sujeto. Éste les concede una atención que evidencia el goce vinculado con la letra, pero se trata de una dolorosa prueba: la ruptura de la cadena deslocaliza el goce. Para apaciguarlo, a menudo será necesario volver a unir las letras desencadenadas en la trama del delirio, y entonces adquirirán sentido y se presentarán bajo la forma de un neologismo.

En lo que se refiere a un trastorno más complejo, del que todavía no hemos dicho nada, pero que ocupa un lugar fundamental en muchos psicóticos, la interpretación delirante, un trabajo de Pierre Guiraud sobre "Las formas verbales de la interpretación delirante"⁷⁵ ha puesto perfectamente de relieve el punto de apoyo que ésta tiene en la letra. Guiraud clasifica las interpretaciones delirantes en cuatro categorías. Los psicóticos que recurren a la primera forma, las alusiones

74. I. Meyerson y P. Quercy, "Des interprétations frustes", *Journal de psychologie, de neurologie et de médecine mentale*, 1920, págs. 813-815.

75. P. Guiraud, "Les formes verbales de l'interprétation délirante", *Annales médico-psychologiques*, 1921, I, págs. 395-412.

verbales, "se figuran que sus enemigos o su entorno tratan de darles a entender ciertas cosas mediante objetos o palabras de doble sentido". A este respecto da un ejemplo que pone en primer plano el soporte material de la letra. Se refiere a una mujer que recibe trece huevos de su cuñada en un paquete postal. Éste lleva su nombre en la pared inferior de la caja, de lo que ella concluye: "Era para darme a entender que yo era una mujer inferior, y que personas como yo hay trece por docena".

En la segunda forma, la de las relaciones cabalísticas, el enfermo recurre sobre todo a cifras para encontrar relaciones inesperadas. Por supuesto, esas escrituras desprovistas de sentido están también desconectadas de las series matemáticas. Un paciente del doctor Beaussard atribuye gran importancia a las cifras fatídicas 19 y 86. "Considera que existe un vínculo misterioso entre Beaussard y su madre, puesto que sus dos apellidos son simbolizados por la cifra 86. Este número se obtiene de forma del todo artificial mediante complejos cálculos basados en letras que le son favorables."

La tercera categoría corresponde a las interpretaciones por homonimia. Consisten en encontrar una semejanza o una identidad entre dos o más personas por la identidad de sus nombres o sus apellidos. Finalmente, la última categoría, "con mucho la más frecuente", constata Guiraud, reside en los razonamientos mediante juegos de palabras. "A veces se trata de un verdadero calambur. La semejanza entre dos palabras basta para establecer para el sujeto un vínculo real entre dos ideas y adquiere el valor de una prueba." En lo que a esto se refiere, Brisset sistematiza lo que otros emplean con más moderación, pero todos ellos obtienen mediante este procedimiento la misma certidumbre. Sérieux y Capgras escriben: "Le ofrecen arroz [*riz*], 'se ríen de él' [on rit de lui]; le tienden un metro [*mètre*], ¿será él el amo? [*maître*]. Si se habla de piel [*peau*] y de gruyère: 'Su mujer es un pellejo [*une peau*], una grulla de antaño [*une grue d'hier*]; un individuo llamado Lafay se sienta a su lado: ¿lo estarán acusando de un crimen? [*il l'a fait* = él lo ha hecho]. Una paciente asegura que su enfermera ha recibido dinero por hacerla desaparecer a ella y a otra paciente: en efecto, ha oído cantar la 'canción del rey de Thule' [*tue-les* = mátalas]".⁷⁶

76. P. Sérieux y J. Capgras, *Les folies raisonnantes. Le délire d'interprétation*, Paris, Alcan, 1909, pág. 33.

Además del calambur, Guiraud distingue otra clase de juegos de palabras que consisten en descomponer una palabra en fragmentos para compararlos con palabras consonantes, dando así una explicación de la palabra inicial. Aporta el ejemplo de la mujer que dice ser la República: "En efecto —explica ésta—, me entregué a una multitud de amantes, de modo que la raya de mi culo ha sido pública [*la raie de mon fondement a été publique (raie suena como re)*], por lo tanto soy la República". Bobon menciona a "un catatónico que se disponía a hacer sus necesidades en un cuenco para añadir agua y obtener así cacao [*caca+eau (eau suena 'o')*]"⁷⁷

Gran número de las particularidades de los escritos psicóticos se tornan inteligibles cuando se capta, dentro de su diversidad, la insistencia de un goce de la letra. Así, ya hace tiempo se observó que "la versificación tiene tanto prestigio entre los alienados, que muchos de ellos tienen verdaderamente la manía de hablar y de escribir en verso"⁷⁸. Según Réja, este hecho es curioso: "La prosa, útil habitual que se maneja cotidianamente, parecería ser más acogedora para las buenas voluntades de esos profanos. Con su ardua tarea y su puntillosa tiranía, el verso parecería tener que resistirse definitivamente al entusiasmo de esos inspirados. Pero es el verso el que se lleva la palma". Y capta sutilmente que la forma poética posee para esos sujetos una función ortopédica, así como el hecho de que su interés por ella se basa en la predominancia de un investimento de la letra. "El ritmo y la cesura —escribe en 1907— sirven como tutores preciosos para sus elucubraciones, y lejos de resultarles tiránica, la rima los ayuda poderosamente a producir versos de nuevas imágenes: la rima, la asonancia, el calambur, son otros tantos puntos de referencia exteriores que ellos emplean para construir sus frases, con mucho mayor agrado que el sentido común o la lógica: piensan con palabras, pero con palabras consideradas como sonidos y no como soporte de las ideas o de las imágenes."⁷⁹ "El ritmo y la asonancia aproximados —insiste— son características de su lenguaje, pero no a la manera de elementos parásitos sobreañadidos: son el alma de su composición, mediante ellos es como se pro-

77. J. Bobon, *op. cit.* pág. 143.

78. J. Séglas, *Les Troubles du langage chez les aliénés, op. cit.*, pág. 234.

79. M. Réja, *L'Art chez les fous* (1907), Niza, Z'éditions, 1994, págs. 34 y 36.

duce la asociación de las ideas."⁸⁰ La rima no es sino un caso particular de los juegos de palabras referidos anteriormente: es una forma pobre del calambur. Algunas rimas consonantes lo demuestran con toda evidencia:

"Ces clochetons à dents, ces larges escaliers,
Que dans l'ombre une main gigantesque a liés"

Al igual que numerosos autores, Réja advierte que la incoherencia de algunos escritos resulta en gran parte del empleo de la sonoridad del vocablo como medio de unión para encadenar las ideas. Y escribe: "El juego de palabras no es un accidente añadido que produce incoherencia, no; es el alma de la composición; a falta de lógica, constituye su enlace. Este procedimiento se pone de manifiesto con una nitidez admirable en el fragmento siguiente, en el que las palabras son usadas no por su sentido, sino por su sonoridad: *Vos gros lots ne sont que des grelots, que vous n'osez pas attacher de vos mains tremblantes d'ataxiques; avez peur du chat, grand tas de chapardeurs, agissez comme des chacals. Ce n'est pas ce qui cale en l'espèce*".⁸¹ * En el marco de esta llamada a la asonancia es donde la rima encuentra su lugar.

La primacía de la letra en el lenguaje de los psicóticos se manifiesta generalmente por un trabajo sobre la sonoridad de las palabras, pero muchos escritos demuestran también una preocupación por su soporte material. Desde finales del siglo XIX, Lombroso describió sus formas bastante exhaustivamente. Constata que algunos enfermos emplean "una ortografía y una caligrafía completamente especiales, con palabras en letra impresa subrayadas o escritas a dos columnas, incluso en correspondencia privada, o bien mediante líneas verticales cortadas por líneas horizontales y, en ocasiones, en diagonal, o incluso con una determinada letra subrayada en contraste con el resto de letras de

80. *Ibid.*, pág. 56.

81. *Ibid.*, pág. 58.

* Traducción: "Tus premios gordos no son sino cascabeles [o cojones], que no osáis amarrar con vuestras manos temblorosas de atáxicos; tenéis miedo del gato, gran montón de ladronzuelos, actuad como chacales. No es lo que se ajusta en este caso". Lo característico son las resonancias variadas entre diversas palabras: *gros lots / grelots; attacher / ataxiques; peur du chat / chapardeur; chacals / ce qui cale*. [N. del T.]

la misma palabra, por medio de versículos separados como en la Biblia, introduciendo puntitos entre dos o tres palabras", incluso recurriendo a paréntesis encajados unos con otros, acumulando notas sobre notas, mezclando series de cifras con las frases, invirtiendo las letras, sustituyéndolas por números, etc.⁸² Lo que es más, Lombroso es el primero en poner de relieve un trabajo sobre la naturaleza misma de la letra que conduce a ciertos psicóticos a recuperar sus formas históricas primordiales: la "mezcla de letras, jeroglíficos y signos figurativos", cuya presencia se constata bastante a menudo, en particular en los escritos de megalómanos, "constituye una escritura que recuerda al periodo fonó-ideográfico por el que pasaron los pueblos primitivos—sin lugar a dudas los mexicanos y los chinos—antes de inventar la escritura alfabética".⁸³ Y da, en este sentido, el ejemplo del "Amo del mundo" cuya escritura consistía esencialmente en grandes letras mayúsculas, mezcladas con signos y figuras que representaban objetos y personas. "Las palabras, por lo general, están separadas por uno o dos puntos, y sólo traza algunas letras de cada palabra, casi siempre las consonantes, sin el menor respeto por las reglas silábicas.

"En otros escritos, el alfabeto ya casi ni aparece.

"Por ejemplo, para demostrar su poder efectivo, dibuja figuras groseras que representan los elementos y los poderes superiores que componen su ejército: 1) El Padre Eterno; 2) el Espíritu Santo; 3) San Martín; 4) la Muerte; 5) el Tiempo; 6) el Trueno; 7) el Rayo; 8) el Terremoto; 9) el Sol; 10) la Luna; 11) el Fuego (Ministro de la Guerra); 12) un hombre poderoso que vive desde el comienzo del mundo y su hermano; 13) el León infernal; 14) el Pan; 15) el Vino. Todo ello seguido del águila de dos cabezas, su firma habitual. Cada una de estas potencias es indicada también con letras situadas debajo de las figuras: por ejemplo, el 1) PDE, el 2) LSPS, etc." Los mismos jeroglíficos que Freud distingue en la textura del sueño, Lombroso los observa expuestos en los escritos de los psicóticos. Rechazo del inconsciente, subraya Lacan.

Todavía hay que mencionar que numerosos textos de esquizofrénicos parecen enteramente consagrados a un puro trabajo sobre la

82. C. Lombroso, *L'Homme de génie* (1888), 3ª edición francesa, Paris, Reinwald Schleicher, 1903, pág. 353.

83. *Ibid.*, pág. 328.

forma de la letra, que no contribuye en nada al mensaje, salvo a oscurecerlo, de tal forma que produce en el lector la sensación de una actividad lúdica, sin importancia y sin sentido.

Jules Doudin componía textos de esta clase empleando como procedimiento principal el añadido de letras mudas. He aquí un extracto:

"J'étais ambuzcasdez aux trois suisses [tiendas por catálogo] Vizs at vizs Vit dut cheveald Blanc.

je viens pars lat prézaente Vous dirent deu mozt la faculté dyi resté nest pazs pouts Vout qui mangez comme des cochons. quand ge sereait as lat Meaisons il fereaz chaud je paerd mont seangts La dedant jour jour pouts Jours Je vait contre les Royeaume des teape."⁸⁴

Sylvain Lecoq, descrito como "esquizofrénico místico", se dedica más bien a descomponer la palabra.

"Saint Jean de Dieu 24 Août 1949

Pies héros sort an du cas bar eh appe ré hunne rude seme haine; Il avait bu du vin clair eh et chantait dans la nuit ceux reine. Bône soir made âme la lune bonn soir; bons soir made a mi la lune pon soir. C'est vôte ami Pie héro qui fient fou voir; pont Soir made in eux la lune'eux."⁸⁵

En "Le feuilleton de la Qonestsans" [connaissance = conocimiento], de Annette, otra esquizofrénica, que ocupa 350 páginas, aparte de diversas particularidades fonéticas y ortográficas, se constata que re-

84. M. Thévoz (textos presentados por), *Écrits bruts, op. cit.*, pág. 89.

* Transcripción: *J'étais embuscadé aux Trois Suisses, vis à vis du cheval Blanc. Je viens par la présente: Vous qui mangez serez comme des cochons. Quand je serai à la maison il fera chaud, je perds mon sang là dedans, jour pour jour. Je vais contre le royaume des taupes.* Traducción: "Estaba emboscado en los Tres Suizos, frente al Caballo Blanco. Por la presente: Ustedes, que comen, serán como cerdos. Cuando esté en casa hará calor, me desangro ahí dentro, día a día. Voy contra el reino de los topos". [N. del T.]

85. M. Thévoz, *Le Langage de la rupture*, Paris, PUF, 1978, pág. 141.

* Transcripción: *Saint Jean de Dieu, 24 août 1949. Pierrot sortant du cabas et après une rude semaine: il avait bu du vin clair et chantait dans la nuit serene. Bon soir, madame la lune, bon soir; bon soir, madame amie, la lune, bon soir. C'est votre ami Pierrot qui vient vous voir; bon soir, madineux la luneux.* Traducción: San Juan de Dios, 24 de agosto de 1949. Pierrot saliendo del capazo y después de una dura semana: había bebido vino clarete y cantaba en la noche serena. Buenas noches, señora luna, buenas noches; buenas noches, señora amiga, la luna, buenas noches. Es vuestro amigo Pierrot quien os viene a ver; buenas noches, señorosa la lunosa. [N. del T.]

presenta casi sistemáticamente el sonido "è" como "est", y el sonido "ou" [fonema /u/] como "w".

*poul estqestlent
Je t'enten au pluma
Je magnifiq la chestr
Les e pour te mang
Sen songé j'atan
De minme qe twa
[...]
papiion vole vole voole
vole
d'am de tresfle
le rwa d'am de krau
27-22 volest de
q'er dis de piq sestt
de karau sestt de pic⁸⁶*

*poule excellente
je t'entends au pluma-
ge magnifique la chair
les ai pour te manger
sans songer j'attends
de même que toi

dame de trèfle
le roi dame de carreau
valet de
coeur dix de pic sept
de carreau sept de pic**

Cualquiera puede entender que el predominio de la letra es por fuerza un estorbo para la coherencia de la expresión. A veces le confiere un aspecto hermético que constituye uno de los rasgos más frecuentemente empleados para representar la locura. Ha dado lugar a múltiples estudios y a la creación de numerosos conceptos psiquiátricos: psitacismo, ensalada de palabras, verbigeración, esquizofasia, jergofasia, glosomanía, ecolalia, perseveración, etc. La dinámica de los fenómenos escapa a estas descripciones. Conseguir agrupar su diversidad bajo la noción freudiana de primacía de la palabra sobre la cosa, o predominio de la letra, incluso distinguiendo las formas plenas y las formas vacías, podría parecer un abordaje descriptivo más. Sin embargo, tiene el mérito de responder a un principio de economía: recordemos que cuando Andreasen intenta poner orden en el saber psiquiátrico sobre los trastornos del pensamiento tiene que recurrir todavía a dieciocho categorías. La mencionada noción freudiana permite, además,

86. M. Thévoz (textos presentados por), *Écrits bruts, op. cit.*, págs. 42-44.

* Traducción: Pava excelente / te escucho, de pluma- / yo magnifico la carne / las tengo para comerte / sin pensar espero / igual que tú / mariposa vuela vuela vuela / vuela / dama de trébol / el rey de rombos / jota de / corazones diez de picas siete / de rombos siete de picas. [N. del T.]

introducir un abordaje estructural de los fenómenos. La primacía de la palabra, su tratamiento por el proceso primario, llevan a Freud a dudar de que "la represión" psicótica sea del mismo orden que la represión de los neuróticos.⁸⁷

Poner de relieve una primacía de la letra, la misma que cifra el síntoma y da cuerpo a las formaciones del inconsciente, permite darle un contenido preciso a la vaga idea según la cual el inconsciente funciona a cielo abierto en la psicosis. La emergencia de la letra, que constituye lo real del significante, elemento simbólico, resulta de una ruptura de la cadena significativa, que es lo único que permite aislar uno de sus constituyentes. Se ve entonces que la carencia de la significación fálica —a consecuencia de la forclusión del Nombre del Padre—, razón del desencadenamiento del significante, constituye el fenómeno que está en la base de los trastornos del lenguaje del psicótico. Se trata también de uno de los conceptos principales del abordaje lacaniano de la psicosis, introducido en 1957-1958 en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis".

E. La carencia de la significación fálica

¿Qué hay que entender por la inherencia del falo a toda significación? Recordemos, de entrada, que un número de elementos lingüísticos pueden estar correctamente organizados, en una lengua comprensible, sin que de ello resulte necesariamente ninguna significación. Para que ésta se produzca, no basta con la emisión o la recepción de un material significante: es preciso, además, que el sujeto ponga algo de su parte. Si no es así, el sentido permanece incierto, lo cual autoriza a Lacan a considerar el enigma como el colmo del sentido. Además, la significación de un término remite siempre a otra significación: las palabras del diccionario sólo se definen mediante otras palabras del diccionario. Es preciso establecer distinciones entre este material ambiguo, se necesita detener la remisión infinita de un término a otro, y esto es lo que permite un elemento que es el soporte de la presencia del sujeto, gracias al cual el enunciado cobra vida. La articulación de

87. S. Freud, "L'inconscient" (1915), *Métopsiologie*, París, Gallimard, 1968, págs. 120-121.

esta presencia del sujeto en el lenguaje, Lacan la circunscribe a través del significante fálico, de forma que toda significación ha de ser, por fuerza, fálica.⁸⁸

En el desarrollo de un enunciado al que el oyente o el locutor prestan atención, el sentido remite siempre a un elemento que vendrá luego o que remite a sí mismo. Dicho elemento es permanentemente anticipado, pero para que el resultado final sea una significación, resulta necesario que se produzca un proceso de cierre: el valor atribuido a los primeros términos de una frase sólo se decide retroactivamente con la percepción del último. Además, este fenómeno interviene a todos los niveles del discurso: el de la palabra, el de la frase, hasta el de un conjunto de enunciados. Así, el mismo texto puede adquirir una significación distinta cuando al final el autor revela ser distinto que el signatario esperado. El punto de detención que permite decidir la significación interviene mediante el significante fálico que representa al sujeto y su goce. Cuando su función ya no opera, en razón de la forclusión del Nombre del Padre, se asiste a una carencia de la retroacción, de forma que el sentido permanece indeciso (esquizofrenia) o bien, por el contrario, queda fijado (paranoide). El falo interviene para normativizar el lenguaje del sujeto: levanta un dique frente a un investimiento demasiado intenso de las invenciones fuera de discurso.

La descripción por parte de Artaud del surgimiento de la carencia de la significación fálica, hecha algunos años antes de que su psicosis se hiciera manifiesta, es notable por su precisión. Demuestra que la anticipación de la significación persiste, sin que se consiga el resultado de un efecto de significación como producto acabado. "En este estado —escribe en 1932—, en el que todo esfuerzo de la inteligencia, al estar despojado de su automatismo espontáneo, resulta penoso, no hay ninguna frase que nazca completa y del todo armada —hacia el final, siempre una palabra, la palabra esencial, falta, mientras que, al empezar a pronunciarla, a decirla, tenía la sensación de que era perfecta y lograda [...] y cuando la palabra precisa no surge, a pesar de haber sido pensa-

88. La oposición entre el sentido y la significación no es estable en la enseñanza de Lacan. Aquí, por nuestra parte, la fijamos situando el sentido en la articulación de lo simbólico con lo imaginario, mientras que la significación sólo adviene mediante una implicación en lo simbólico de lo real del goce del sujeto.

da, al final de la frase que se ha iniciado, ocurre que mi duración interna se vacía y cede, mediante un mecanismo análogo, en lo que se refiere a la palabra faltante, al que ha regido el vacío general y central de toda mi personalidad."⁸⁹

"No puedo profundizar en nada —observa Artaud—, porque la noción eficaz de aquello a lo que apunto me es sustraída, en su acepción y en sus desarrollos internos, en el momento en que quiero captarla."⁹⁰ Y observa con razón la "fragmentación" de su pensamiento en lo que se refiere a la aptitud para producir una síntesis: "Traduzco mal lo que pienso, porque me falta una cierta visión sintética cuya ausencia es una buena muestra de la naturaleza de mi mal. Si fuera capaz de esa visión sintética expresiva, inmediata y espontánea, que engloba la sensación y el término, ello indicaría que no estoy en el estado en que me encuentro."⁹¹ No sólo describe muy bien un trastorno de lenguaje que reside en una dificultad para producir el cierre de la significación, sino que advierte que esto mismo produce un menoscabo en su afectividad y en su cuerpo. "Ya nada despierta en mí asociaciones —dice en una carta—. Esta inercia efectiva, que siento que de cualquier forma permanecerá inalterable, me desespera. No pienso nada, no siento nada. Quisiera pensar o sentir algo, pero no acude nada. Sólo siento esta coagulación física de mis impresiones, me siento atrapado, congelado, la presa se hace más firme y, de vaga que era, se ha convertido en un dolor característico alrededor del cráneo."⁹² Estas finas observaciones permiten captar que, cuando la articulación significativa se desorganiza, los afectos que le están vinculados sufren una perturbación, y mientras tanto el goce tiende a invadir dolorosamente el cuerpo.⁹³

89. A. Artaud, *Œuvres complètes*, París, Gallimard, I, pág. 203.

90. *Ibid.*, pág. 197.

91. *Ibid.*, pág. 194.

92. *Ibid.*, pág. 190.

93. Nótese igualmente que la falta de afectividad de la que se queja Fritz Zorn está correlacionada con un sentimiento de facticidad del lenguaje, condiciones favorables para que el goce canceroso invada su cuerpo (cf. F. Zorn, *Mars*, París, Gallimard, 1979). Artaud y Zorn comparten un mismo desastre intelectual, centrado en "la lujosa descripción de un vacío" que les revela que "el espíritu siente físicamente su desposesión" (A. Artaud, *ibid.*, pág. 168). El goce del Otro da cuenta de los trastornos hipocondríacos, que ninguna teoría de la paranoia podría, según Freud, dispensarse de explicar.

El aspecto clínico más notorio de la carencia de la significación fálica se manifiesta en el lenguaje como una incapacidad para efectuar el cierre que permite el advenimiento de la significación. Ya en 1892, en su trabajo sobre *Los trastornos del lenguaje en los alienados*, Séglas había insistido en este fenómeno y lo había descrito detalladamente. Así, se refiere a la observación de un joven –considerado “un simple neurasténico”– muy inteligente, que había cursado estudios literarios y filosóficos, y que demostraba ser “incapaz del esfuerzo de atención necesario para producir la síntesis primera, indispensable para la construcción de la frase [...]”. Cuando se le hablaba, cuenta Séglas, aunque se tratara de demandas muy simples y formuladas con lentitud, apenas captaba su sentido: “¿Cómo dice? Repítalo, por favor, nos decía constantemente; ya no capto bien el sentido de su petición. Cuando hablo –añadía– tengo una idea, pero aunque disponga de todas las palabras de la lengua francesa, encuentro mucha dificultad en formular mi pensamiento. La construcción de la frase me resulta muy penosa; se me escapan las palabras adecuadas a mi pensamiento y me cuesta terminar mis frases. Hoy día ya no puedo sostener una conversación, y ello me resulta muy penoso, porque en otra época tenía una gran facilidad para la palabra. Hasta pensaba ir a la Escuela Normal y aspiraba a ser profesor cuando caí enfermo”. Séglas advierte que este enfermo “comprende el sentido de todas las palabras leídas o escuchadas de forma aislada; dispone en su mente de la palabra que necesita para su pensamiento. Pero lo que le falta es la facultad de agrupar las palabras, de captar el sentido de las palabras dispuestas en forma de frase. Cuando lee, las pronuncia correctamente, incluso puede describir su significación de forma aislada, pero para él esta lectura está vacía de sentido”.⁹⁴

Cuando el fenómeno de desconexión de los elementos de la cadena se acentúa, el significante, que sólo posee valor diferencial, sufre la destrucción de su función de representación. “Las palabras han cambiado”, le confía a Séglas una paciente melancólica casi muda. Tiene la sensación de estar volviéndose estúpida, ya no sabe qué quieren decir las palabras. El médico constata que pierde “la significa-

94. J. Séglas, *Des troubles du langage chez les aliénés*, Paris, 1892, pág. 25.

ción de las palabras”.⁹⁵ Esto puede llegar a producir un completo mutismo.

La carencia de la significación fálica no suele ser tan radical, y por lo general no borra la significación sino que la hace más bien incierta. Cuando no se manifiesta en el plano de la frase, ni en el de la palabra, sino dentro de un conjunto de enunciados, la descripción psiquiátrica habla de desvarío o de “difluencia” del pensamiento –incluso de “discurso tangencial”. Estos términos designan esencialmente la ausencia de un eje temático preciso. Cada frase, o cada grupo de frases, puede parecer significativa, y sin embargo la significación del conjunto es indecible. Las frases pueden ser ricas en sentido: las conexiones significantes de las que están constituidas producen efectos imaginarios múltiples; pero no tienen significación porque no interviene el significante de la falta, el significante que representa lo real del goce del sujeto en el campo del lenguaje.

Muchos otros fenómenos puntuales, como el bloqueo o el salto de un tema a otro, ponen de manifiesto bastante directamente la misma carencia. El primero consiste en una detención brusca de la palabra en medio de una frase, durante algunos segundos o algunos minutos, tras lo cual el discurso prosigue sobre el mismo tema o sobre otro distinto. El segundo se define por el paso sin transición y sin motivo de un tema a otro.

Podríamos mencionar también, a un nivel más global, la esquizofasia, que califica a un tipo específico de enunciados de esquizofrénicos cuyas palabras, después de algunos pasajes comprensibles, se convierten en un galimatías desconcertante de palabras más o menos desprovistas de significación. Se trata de una lengua pseudoíncoherente (porque por lo menos su sentido general se puede discernir, gracias a fragmentos comprensibles que de vez en cuando emergen). No se trata de un lenguaje confuso, sino sólo aparentemente confuso: un orador torpe puede expresarse de forma en apariencia confusa, mientras que en su mente el pensamiento es claro y nítido. La esquizofasia no designa el comportamiento verbal de los esquizofrénicos en general, sino tan sólo aquel, infrecuente y espectacular, de una muy pequeña

95. J. Séglas, “Du mutisme mélancolique”, *Annales médico-psychologiques*, 1891, págs. 271-285.

minoría de ellos. La esquizografía designa el mismo fenómeno que la esquizofasia cuando se manifiesta en la escritura. A pesar de la mezcla de distintos pensamientos (que para el sujeto pueden corresponder a una misma idea), la lengua sigue siendo fluida y relativamente coherente desde el punto de vista de la sintaxis. Los "Escritos inspirados" de Marcelle C., que Lacan examinó en 1931, son una buena ilustración de ello.⁹⁶

"Mon sort est de vous emmitoufler si vous êtes le benêt que je vois que vous fûtes, et si ce coq à l'âne fut le poisson d'essai, c'est que j'ai cru, caduque que vous étiez mauvais.

"Je suis le frère du mauvais rat qui t'enroue si tu fais le chemin de mère la fouine et de sapin refait, mais, si tu es le soleil et poète aux longs faits, je fais le Revu, de ce lieu-là j'en sortirai. J'avais mis ma casse dans ta bécasse. Lasse de la tempête, j'achète votre tombe monsieur.

"Marcelle Ch. [autor] aux abois ne répond pas aux poètes sans foi, mais est cent fois plus assassin que mille gredins.

Genin⁹⁷

Cuando se mencionan trastornos como la esquizofasia, la difluencia, la incoherencia, etc., la ruptura de la cadena todavía se infiere solamente a partir de sus efectos; por el contrario, en algunos fenómenos referidos por Schreber se puede distinguir de forma directa.

Uno de ellos es lo que la lengua fundamental designa con un término neológico. Se trata del "sistema de cortar la palabra" al que se encuentra sometido el presidente por sus alucinaciones verbales. "Durante años —escribe— y a intervalos cada vez más breves, me han metido

96. J. Lacan, J. Lévy-Valensi y P. Migault, "Écrits inspirés": schizographie", *Annales médico-psychologiques*, 5, diciembre de 1931.

⁹⁷ Traducción: Mi destino es abrigaros si sois el tonto que veo que fuisteis, y este despropósito fue el pescado de prueba, es lo que yo creí, caduca que erais malo. Soy hermano de la rata mala que te enreda si vas de camino hacia madre la garduña y de abeto rehecho (o que le han dado el pego), si eres el sol y poeta de larga estrofa, hago el Revu (sic), de ahí saldré. Había puesto mi caldero en tu becada (o cabeza de chorlito). Cansado de la tormenta, compro su tumba, señor. Marcela Ch., entre la espada y la pared, no responde a los poetas sin fe, pero es cien veces más asesino que mil cretinos. [N. del T.]

en los nervios, para que se repitan cientos de veces, locuciones conjuntivas o adverbiales concebidas para introducir proposiciones relativas, quedando a cargo de mis nervios completarlas de forma satisfactoria para el espíritu pensante. Así, todos los días puedo oír, multiplicadas por cien, palabras incoherentes introducidas sin cesar en mis nervios '¿por qué entonces?', '¿por qué porqué?', '¿por qué porque yo', 'o sea que', 'con respecto a su' (lo que quiere decir que con respecto a mi persona, conviene decir o pensar determinada cosa), y luego un '¡Oh, sí!' arrojado en mis nervios sin ninguna razón de ser." Esos pedazos de lenguaje son ya de por sí suficientemente ilustrativos de un desencadenamiento del significante. Sin embargo, Schreber aporta aún algunas precisiones más que permiten captar mejor el fenómeno. Añade en este sentido que percibía también "ciertos trozos de frases que en otro tiempo habían sido articuladas hasta el final, por ejemplo:

1. 'Entonces voy a'
2. 'En cuanto a usted, debe'
3. 'Ciertamente voy a'
4. 'Ahora sin embargo tiene que'
5. 'Era en efecto'
6. 'Ahora nos falta' etc."⁹⁸

Lacan observa que estas frases interrumpidas constituyen "un mensaje reducido a lo que en el código indica el mensaje",⁹⁸ y encuentra su principal característica en el hecho de que se detienen después de haber comunicado algún *shifter*.⁹⁹ Estos elementos lingüísticos, también llamados "*embrayeurs*" por Ruwet y "particulares egocéntricos" por Bertrand Russell, se definen porque su significación "no puede ser

97. D. P. Schreber, *Mémoires d'un névropathe* (1903), París, Seuil, 1975, pág. 181.

98. Apoyándose en los trabajos del lingüista Jakobson, Lacan opone, dentro del campo de las alucinaciones verbales de Schreber, tales fenómenos de mensaje a los fenómenos de código. Estos últimos están constituidos de mensajes sobre el código de los que nace un neocódigo formado por locuciones neológicas, en su forma y en su empleo, utilizadas por la lengua fundamental.

99. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 522.

definida sin una referencia al mensaje".¹⁰⁰ Se trata de unidades gramaticales que designan la persona, el tiempo, el espacio, la forma en que el enunciado *embraga* con la situación. Su significación es tributaria de un acto específico de enunciación. Esto es lo que autoriza a situarlos en relación con el S_1 ; comparten con el significante unario la función de representación del sujeto hablante. Las frases interrumpidas percibidas por Schreber dejan en suspenso la designación del sujeto a falta de la intervención de la función del significante binario, necesario para que se produzca una significación. Es notable que la actitud del Presidente respecto de estos S_1 desconectados, manifestaciones de lo más manifiestas de una ruptura de la cadena, consista en completarlas con S_2 para conferirles significación. Schreber nos explica que se trata de restaurar el anudamiento que se ha roto. "Para darle al lector al menos una idea del sentido primero de esas frases truncadas —precisa Schreber—, voy a darles a esos ejemplos sus conclusiones significativas respectivas, de 1 a 6, conclusiones que en otro tiempo habían sido efectivamente pronunciadas pero que hoy día son silenciadas, quedando a cargo de mis nervios restituir las. Estas formulaciones se enunciarían, de hecho, como sigue:

1. 'Entonces voy a admitir que soy idiota.'
2. 'En cuanto a usted, debe considerarse un negador de Dios, entregado al libertinaje.'
3. 'Ciertamente voy a reflexionar sobre ello.'
4. 'Ahora sin embargo tiene que ser mortificado, el puñetero.'
5. 'Era en efecto algo que sobraba, desde el punto de vista de las almas.'
6. 'Ahora nos falta el pensamiento principal', lo cual significa 'desviamos, carecemos de pensamientos'."

Schreber percibe que las voces esperan de él que aporte ese complemento de significación. Una propensión al cierre de la cadena significativa es claramente discernible en el seno mismo de las alucinaciones: "En efecto —escribe Schreber—, una característica de la naturaleza

100. R. Jakobson, "Los shifters, las categorías verbales y el verbo ruso", *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Planeta-Agostini.

de mis nervios es incluso que cada vez que les lanzan palabras sin ningún vínculo, o bien frases interrumpidas, se ponen a buscar automáticamente lo que falta para constituir un pensamiento logrado que sea satisfactorio para el espíritu humano."¹⁰¹

En un primer periodo, Schreber se esforzó por encontrar para cada inicio de frase "una conclusión que pudiera satisfacer al espíritu humano", luego trató de defenderse contra esas "intrusiones ajenas" y ese "montón de idioteces" de diversas formas: las principales eran hablar en voz alta, recordar poemas, leer y tocar el piano. El punto en común entre todas estas actividades reside en el recurso a series significativas bien organizadas, lo cual revela a qué se oponen.

Si no recurría a métodos de esta clase, se sentía en peligro de darle a entender a Dios que el embrutecimiento ya se había apoderado de él, lo cual hubiera autorizado la retirada definitiva de "la conexión de nervios" que actuaba sobre su persona; en esta retirada consiste la terrible amenaza del ser "dejado caer". Tan pronto la actividad de su pensamiento quedaba suspendida, se ponía en marcha el proceso de retirada, y entonces se sucedían cuatro fenómenos casi instantáneamente: un ruido cualquiera cerca de él, que emitía un aullido incoercible, una ráfaga de viento que se levantaba y "llamadas de socorro" lanzadas por nervios de Dios separados de la masa.¹⁰² Lacan aísla, en primer lugar, los "dos fenómenos en los que el desgarramiento subjetivo es bastante indiscernible de su forma significativa": el aullido y la llamada de auxilio.¹⁰³ Distingue en el primero "el borde más extremo, más reducido, de la participación motora de la boca en la palabra. Si hay algo mediante lo cual la palabra llegue a combinarse con una función vocal absolutamente a-significante, y que empero contiene todos los significantes posibles, es precisamente lo que nos estremece en el aullido del perro frente a la luna".¹⁰⁴ En un grito de esta naturaleza, el significante asemántico que interviene, un S_1 a la espera de todos los otros significantes, es portador del objeto voz, habitualmente inaudible al estar

101. D. P. Schreber, *op. cit.*, pág. 180.

102. *Ibid.*, págs. 171-172.

103. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", *op. cit.*, pág. 542.

104. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 202.

primordialmente reprimido, de ahí que su presentificación produzca angustia. Las llamadas de socorro producidas por nervios divinos "separadas de la masa" son significantes desconectados, escindidos del aullido al que responden como un eco, S_2 separados del S_1 . Sería imposible poner de relieve de forma más nítida que la ruptura de la cadena significativa comporta angustia y desamparo. El sujeto, observa Lacan, se convierte en "un texto desgarrado" del que se eleva "el aullido que él califica de milagroso como para testimoniar que el desamparo que revelaría ya no tiene nada que ver con ningún sujeto".¹⁰⁵

De entre diversos fenómenos más, asociados con los dos anteriores, algunos de ellos son directamente percibidos en la realidad, como el viento que se levanta, una manifestación ruidosa de otro paciente, mientras que otros se encuentran fuera del alcance de los sentidos, como la creación "milagrosa" de pájaros e insectos. Estas alucinaciones, "últimos meteoros del delirio", ponen de manifiesto que cuando la cadena se rompe, cuando el significante se calla en el sujeto, se produce un retorno en lo real de lo que ha sido rechazado de lo simbólico.

De hecho, la gran mayoría de los trastornos del lenguaje del esquizofrénico parecen poder ser relacionados con la carencia de la significación fálica, carencia que designa una desagregación del vínculo organizador del significante como cadena. La psiquiatría clásica no había dejado de constatar este fenómeno que, de entrada, se puede entender como un trastorno de la síntesis psíquica. Desde sus inicios, la psiquiatría ha tratado de definirla considerando distintos aspectos: "trastornos de la atención" (Tschich), de "función de lo real" (Janet), de la "síntesis del yo" o "debilidad de las representaciones mentales" (Sérieux), "incapacidad para el esfuerzo mental" (Masselon), "*Zerspaltung*"¹⁰⁶ (Bleuler), etcétera.

La clínica del pequeño automatismo mental, que, según Clérambault, se encuentra en la base de la mayoría de las psicosis, describe también con precisión la ruptura de la cadena significativa, y además pone de relieve una de sus consecuencias. El automatismo mental, según este autor, consiste en un "trastorno por así decir molecular del

105. J. Lacan, "Présentation de la traduction des *Mémoires d'un névropathe*", *Cahiers pour l'analyse*, nov.-dic. de 1966, 5, pág. 70.

106. Una especie de rotura en pedazos de las cadenas asociativas.

pensamiento elemental",¹⁰⁷ durante el cual el sujeto asiste, sorprendido, incluso ligeramente divertido, a una emancipación de su pensamiento que él no reconoce como propio. "Eso" se pone a hablar solo: eco del pensamiento, enunciación de los actos... Y habla mal: palabras explosivas, juegos silábicos, letanías de palabras, absurdidades, sinsentidos, intuiciones abstractas, vaciamiento mudo de los recuerdos, etc. Ahora bien, Clérambault insiste en el hecho de que esos trastornos son inicialmente neutros, es decir, "consisten únicamente en un desdoblamiento del pensamiento",¹⁰⁸ y sólo en un segundo tiempo se les añaden, según él, "complicaciones verbales de tenor idéica y con carga afectiva".¹⁰⁹

Lacan considera que uno de los méritos de la descripción de Clérambault es haber subrayado este carácter "idéicamente neutro". Por su parte, Lacan indica que la carencia de la significación fálica no tiene como única consecuencia la ruptura de la cadena significativa, sino que además puede comportar "la disolución del vínculo de la significación intencional con el aparato del significante"¹¹⁰ que se manifiesta por una chocante relación de exterioridad del sujeto respecto al significante. Todos los clínicos, observa Lacan, lo han destacado de alguna forma. "El síndrome de influencia deja aún ciertas cosas en la nebulosa, pero el síndrome de acción exterior, por ingenuo que parezca, subraya bien la dimensión esencial del fenómeno, la exterioridad del psicótico respecto al conjunto del aparato del lenguaje."¹¹¹

Tras la descripción de las formas de emergencia de la carencia de la significación fálica, se pone de manifiesto que el trastorno de lenguaje va acompañado de un sentimiento de lesión del ser mismo del sujeto: éste se queja de inercia afectiva, ya no es capaz de desarrollar correctamente sus actividades. A este respecto, Schreber se refiere a un "asesinato de almas", que se escribe $\Phi\emptyset$ en el esquema I de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Queda claro, precisa Lacan, a propósito de este asesinato de almas, "que se trata

107. G. G. De Clérambault, *Œuvres psychiatriques*, Paris, PUF, 1942, pág. 485.

108. *Ibid.*, pág. 493.

109. *Ibid.*, pág. 594.

110. J. Lacan, *El Seminario. Libro III. Las psicosis*, op. cit., pág. 323.

111. *Ibid.*, pág. 359.

aquí de un desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto".¹¹² Ahora bien, la función de operar esta juntura entre significantes del Otro y goce del sujeto, para proporcionarle a este último el sentimiento de vida, le corresponde al falo. Si no dispone de él, se siente incapaz de vivir como los demás y se queja, como mínimo, de estar sin estar presente, de experimentar sus sentimientos y sus actos como falsos.

Las consecuencias de la carencia de la significación fálica revelan ser de diversos órdenes: por una parte, ruptura del vínculo interno de la cadena significativa y disolución de la conexión de la intencionalidad del sujeto con el aparato significante; por otra parte, aparición de pedazos de lenguaje en lo real, en forma de alucinaciones o de neologismos; finalmente, desregulación del goce, que ya no está sometido al límite fálico.

Ahora es preciso insistir en este último aspecto y en un avance decisivo de la enseñanza de Lacan producido en los años setenta, cuando vincula el goce con la letra. La primacía de esta última en la fenomenología de la psicosis merece que examinemos atentamente el problema en cuestión

F. La desregulación del aparato del goce

Lo que capta el psicoanálisis, desde sus inicios, con los fenómenos de conversión, es que el significante extiende sus raíces por el cuerpo del sujeto hasta trenzar en él briznas de goce. Mucho antes de servir para el intercambio, el laleo del niño demuestra que el lenguaje no es eso puramente formal que la lingüística concibe, sino el "aparato del goce".¹¹³ Recordemos, en este sentido, la experiencia de Federico II de Alemania, efectuada en el siglo XIII con el fin de saber qué lengua emplearían niños que crecieran en un medio donde no hubiera nadie que hablara. "Con este fin, prescribió a las nodrizas que dieran leche a los niños, que éstos pudieran mamar de sus pechos, que ellas los lava-

112. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 540.

113. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun*, op. cit., pág. 70.

ran y los bañaran, pero sin hacerles zalamerías ni hablarles en forma alguna. En efecto, quería saber si hablarían la lengua hebrea, que había sido la primera, el griego o el latín, o bien el árabe, o si hablarían la lengua de los padres de quienes habían nacido. Pero si se tomó este trabajo, fue en vano, porque tarde o temprano todos los niños morían. No podían vivir sin la aprobación, sin el gesto, sin la sonrisa y sin los halagos de sus nodrizas."¹¹⁴ El lenguaje no es para el hombre un instrumento, es mucho más que eso: el Otro cuerpo del ser hablante, necesario para la animación de su goce. Despliega sus ramificaciones no sólo en el cuerpo del sujeto, sino también en su entorno, que es por él estructurado.

Que las facultades cognitivas no basten por sí solas para un ejercicio conveniente de la función del juicio, que se requiera necesariamente la intervención de un principio de otro orden, principio que algunos sitúan vagamente en la vida emocional y otros de forma más precisa—gracias al psicoanálisis— en el goce del viviente, es algo cuya confirmación nos viene de donde menos se esperaba: de la neurología.

Antonio Damasio estudió en la Universidad de Iowa, en los Estados Unidos, numerosos casos de pacientes afectados de lesiones en los lóbulos frontales. Constató, con sorpresa, que conservan sus facultades físicas y la mayor parte de sus capacidades mentales: ni la percepción sensorial, ni el lenguaje, ni la memoria, parecen afectados. Pero los pacientes sufren de un déficit en la toma de decisiones y en la planificación de sus actividades futuras. Un estudio minucioso condujo al descubrimiento de una correlación entre este trastorno y un debilitamiento de la capacidad para experimentar emociones. "La facultad de razonar y la capacidad de experimentar emociones se pierden al unísono—constata Damasio— y su disminución contrasta claramente con un perfil neuropsicológico que, por otra parte, se caracteriza por la perfecta preservación de los procesos fundamentales de la atención, de la memoria, de la inteligencia y del lenguaje, de tal forma que no se puede recurrir en forma alguna a estos últimos para explicar los errores de juicio cometidos por los pacientes."¹¹⁵ De esta forma, demuestra que

114. Salimbene de Adam, *Cronica, anno 1250*, Bari, Ed. Latina, 1966.

115. A. R. Damasio, *L'Erreur de Descartes. La raison des émotions* (1994), Paris, Odile Jacob, 1995, pág. 81.

la facultad del juicio no tiene bastante con el razonamiento lógico. Decisiones banales ponen en juego un número de factores tan considerable, que la fría razón quedaría paralizada si sólo dispusiera de sus propios recursos. Ha de intervenir otro factor que le permita decidir entre la masa de informaciones. Damasio establece que dicho factor ha de tener relación con lo "emocional" y con el cuerpo. El concepto de "marcador somático", determinado por la cultura y por la historia de cada uno, que trata de introducir el neurólogo para explicar el enraizamiento del juicio en el cuerpo, no carece de cierta pertinencia, pero no hay duda de que adolece de una insuficiencia del análisis lingüístico. Mediante lo que aporta el psicoanálisis a la comprensión de las relaciones del lenguaje con el cuerpo, observaba Lacan ya en 1958, se pueden "preparar mejor las preguntas con que se interrogará la superficie del córtex", y al mismo tiempo será posible "delimitar el orden de las "máquinas" (en el sentido puramente asociativo que tiene este término en la teoría matemática de las redes)"¹¹⁶ para diferenciarlo de otro campo, el del goce del ser vivo.

Como se ve, el psicoanálisis permite completar las constataciones del neurólogo poniendo de manifiesto la propiedad que tiene la letra de fijar el goce. Si el "pensamiento" lógico del ordenador difiere del pensamiento del sujeto hablante es porque prolifera en un desierto absoluto de goce: la información que aporta el *bit* no posee la capacidad, propia de la letra, de servir de sustancia capaz de acoger el goce.

Para designar eso inorganizado donde el goce se fija, Lacan forja el concepto de *lalengua*, término que, como él indica, quiso que fuese lo más parecido posible a la palabra *laleo*.¹¹⁷ En *lalengua*, como en el *laleo*, el significante no tiene valor de comunicación, no apela a nada, surge cuando la necesidad está satisfecha, es en sí mismo una satisfacción. *Lalengua* está hecha de S_1 que no llegan al S_2 , lo cual los asimila a letras. La representación del sujeto pasa por esos S_1 que son portadores del goce y cuyos efectos son afectos.¹¹⁸

116. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", *op. cit.*, pág. 522.

117. J. Lacan, "Conférence à Genève sur le symptôme", *Bloc-notes de la psychanalyse*, 1975, 5. pág. 11.

118. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aut. op. cit.*, pág. 167.

Si la enseñanza del psicoanálisis de acuerdo con la cual el lenguaje es el "aparejo del goce"¹¹⁹ es pertinente, los trastornos del lenguaje del psicótico, debidos a la carencia de la función fálica, deben de ser inseparables de trastornos del goce.

Este último término, introducido por Lacan en el psicoanálisis, parece algo evidente, pero de hecho es engañoso. Designa la tensión que orienta al deseo, pero no corresponde a la intuición corriente: basta con mencionar su nombre freudiano, "displacer", para entenderlo. Sólo hay goce del ser vivo, pero su animación procede del lenguaje, a condición de que se dé un proceso de sustracción que tiene lugar en dos tiempos. El primero consiste en el asesinato de la cosa por el significante, que produce un recorte de la realidad gracias al cual el goce será contable; el segundo produce la separación de una parte del goce previo del ser vivo, no traducible mediante el significante, e instala un resto de goce autorizado, un plus de goce, que supone la extracción del objeto *a*. La operación del Nombre del Padre separa al sujeto del objeto del goce primordial; de ello resulta una insatisfacción, un *displacer*, origen de una búsqueda del objeto perdido, que es en lo que consiste el deseo. Cuando la ley paterna impone su función, el sujeto incorpora el significante, se separa del seno materno, inicialmente fantaseado como perteneciente al cuerpo propio. El cuerpo, por esta misma razón, queda vaciado de goce, y éste es localizado entonces en un afuera del cuerpo fálico que orienta la satisfacción de las pulsiones a partir de esos cortes que son los bordes del organismo.

El ser hablante conoce dos clases de goce. Una es posterior a la doble sustracción mencionada más arriba, y demuestra estar sometida a la ley del significante de la castración; satisface la pulsión mediante objetos situados fuera del cuerpo del sujeto. Éste es el goce llamado fálico, "transportado por los semas",¹²⁰ que limita la proliferación del sentido y permite instaurar el cierre de la significación. Se sitúa en la articulación de lo simbólico con lo real.

El goce del Otro no conoce ni marca ni lugar; no está regulado por la ley del significante y encuentra su satisfacción en objetos *a* no extrañ-

119. *Ibid.*, pág. 70.

120. J. Lacan, *El Seminario. Libro XXI, "Les non-dupes errent"* (inédito), lección del 19 de abril de 1974.

dos. Al no estar sometido al límite fálico, se manifiesta como algo loco, enigmático, centrado en el cuerpo del sujeto, en sus órganos, en objetos invasores (en particular, la voz y la mirada). Se compone fuera de lo simbólico, en la articulación entre lo imaginario y lo real. Tan difícil es de captar el goce del Otro, que Lacan puede sostener que no existe, en el sentido en que no podría ser designado como "el": es demasiado diverso, no es automorfo.

La forclusión del Nombre del Padre implica la carencia del límite fálico, de tal forma que el psicótico se convierte en "un sujeto del goce" y se encuentra a merced de las desregulaciones del goce; de ello son testimonio los trastornos hipocondríacos y las alucinaciones diversas. Esto se hace más manifiesto que nunca en la clínica de la llamada esquizofrenia, que se caracteriza porque en ella "lo simbólico es real".¹²¹ Esta posición, observa Jacques-Alain Miller, es muy específica: el esquizofrénico es "el único sujeto que no se defiende de lo real por medio de lo simbólico, como hacemos todos cuando no somos esquizofrénicos".¹²² Al no poder defenderse de lo real por medio del lenguaje, se encuentra, más que ningún otro sujeto, invadido por un goce no regulado.

Es un fenómeno clínico bien conocido que las alucinaciones verbales muestran una propensión a designar al sujeto como un gozador abyecto: "guarra, puta, cerdo, marica" se encuentran entre las más frecuentes. En ninguna otra circunstancia es más pertinente destacar que "la injuria es siempre una ruptura del sistema del lenguaje".¹²³ Además, muchos psicóticos perciben su ser como degradado. A falta del significante fálico para sostener la imagen del cuerpo, éste se convierte para Schreber en un "cadáver leproso", para Artaud en un "bistec sanguinolento", para Wolfson en un "cadáver ambulante", etc. Cuando falta la representación fálica del goce, el sujeto corre el riesgo de percibirse como objeto del goce del Otro, identificándose con el objeto *a*, escoria del lenguaje.

Estos fenómenos se pueden distinguir claramente en las formas de psicosis en las que el trabajo autoterapéutico de significantización del

121. J. Lacan, "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud", en *Escritos*, op. cit., pág. 337.

122. J.-A. Miller, "Clínica irónica", *Uno por Uno*, n° 34, Eolia, 1993.

123. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 85.

goce es pobre; en particular, en la melancolía. Lo esencial de la melancolía consiste, según Freud, en que la sombra del objeto perdido ha caído sobre el yo, lo cual produce una aversión del sujeto respecto de sí mismo.¹²⁴ Como se sabe, el melancólico puede llegar hasta el suicidio, que con una notable frecuencia busca dejándose caer (por una ventana, bajo un tren o un coche, etc.), empujado por la estructura a encarnar el objeto de la castración. Ahora bien, es un hecho característico que la melancolía se acompaña de un enlentecimiento, incluso una inhibición, del pensamiento, es decir, manifestaciones muy claras de la carencia de la significación fálica. "Tengo la impresión de ser una basura arrojada al vacío", cuenta un paciente de Minkowski que presenta una forma atenuada del síndrome melancólico. Y, por otra parte, constata: "Ya no tengo ideas motrices, ideas que tiendan a traducirse en actos. A veces, siento la necesidad de levantarme de la cama, pero después no sé qué hacer. [...] Cuando hablo, tengo la sensación de que mis palabras no corresponden a ideas-pensamientos, porque no tengo la impresión de poder detenerlas; es como si entonces las palabras se pusieran en marcha solas en la cabeza". Este paciente manifiesta claramente una forma de presciencia en relación con lo que le falta cuando constata que en ningún caso tiene la sensación de "cosas limitadas".¹²⁵

La misma correlación entre el desvelamiento de una identificación con el objeto *a* y una pérdida del cierre de la significación aparece de una forma todavía más clara en una paciente que presenta un síndrome de Cotard: "Soy un monstruo, soy una miseria, soy un animal",¹²⁶ afirma. Y luego precisa: "Soy una especie de objeto, de objeto inanimado, ya no tengo vida mental, tengo la impresión de ser... en el campo, me acuerdo de cuando matan a un pato: le cortan el cuello a la bestia, y se queda sin cabeza, pero sigue moviéndose sin cabeza. Tengo la sensación de ser un pato sin cabeza, ya no tengo reacción mental, estoy reducida a este estado de miseria, un verdadero monstruo, es abo-

124. S. Freud, "Deuil et mélancolie", (1917), *Métopsychoanalyse*, París, Gallimard, 1968, pág. 158.

125. E. Minkowski, *El tiempo vivido* (1933), Brionne, Gérard Monfort, 1988, pág. 307.

126. M. Czermak, "Signification psychanalytique du syndrome de Cotard", *Passions de l'objet*, París, Joseph Clims, 1986, pág. 214.

minable; yo era un ser humano, ya no soy un ser humano".¹²⁷ Y durante el mismo período, constata: "No consigo hilar el pensamiento, la cosa no sigue; una idea que surge así, por las buenas, vuelve a caer, y entonces ya no sé lo que estaba diciendo, ya no me acuerdo; me aparece una idea, me surge algo, pero enseguida desaparece, no da lugar a otra idea como ocurre normalmente; leo, pero las palabras ya no significan nada, hasta me sorprende de poder hablar". Sus trastornos de lenguaje llegaban a adoptar la forma de períodos de mutismo absoluto.¹²⁸

La melancolía muestra, de forma todavía más clara que un delirio como el de Schreber, que entre los objetos capaces de retener el goce del Otro, uno de los más eminentes es el propio sujeto, reducido a la escoria del lenguaje. Entonces encarna una forma de horror y se ve empujado al sacrificio. No ha sido preciso hacerle saber que el Otro exige un sacrificio de goce, pues éste es un saber que todo ser hablante posee, al serle transmitido por la estructura del lenguaje: el ejercicio de la palabra es inseparable de la evocación de una pérdida de objeto, simbolizada o no. La universalidad del discurso religioso tiene su punto de anclaje en esta íntima conexión con un saber inherente a la estructura del sujeto.

Cuando el delirio es pobre, en la melancolía o en la esquizofrenia, la castración simbólica tiende a realizarse, incitando al sujeto a pasajes al acto suicidas o a automutilaciones. Por el contrario, paranoicos y parafrénicos consiguen desarrollar un proceso de autoterapia, basado en un trabajo de limitación del goce invasor que se esfuerza en llevarlo al significante, trabajo cuyo resultado es el delirio.

En estos últimos casos es cuando, según la fórmula de Freud, el sujeto "se conforma con palabras en lugar de cosas". La evidencia clínica del fenómeno deja intacta la dificultad de su concepción en el contexto de la metapsicología. Como efecto a posteriori de la enseñanza de Lacan, esto parece poder ser entendido como una carencia de la simbolización del asesinato de la cosa, efecto este último de la representación significante. Cuando la palabra lo dice todo, cuando cree asir plenamente la cosa, lo que falla es un acceso a la pérdida inherente

127. *Ibid.*, pág. 220.

128. *Ibid.*, pág. 213.

a la significantización. Ahora bien: el falo es uno de los elementos que se encargan de hacer funcionar la representación de esta pérdida en el campo del significante. Por eso la tesis freudiana de la retirada del investimento psíquico de los objetos es congruente con la carencia de la significación fálica, carencia que es la principal consecuencia de la forclusión del Nombre del Padre. La pérdida de los objetos mencionada por Freud sólo se puede entender como una pérdida de la representación de la pérdida. Designa el fallo de la metáfora que opera en todo proceso de significantización. Entonces, el goce del sujeto no está ni cifrado por el significante, ni ordenado por la dimensión contable, ni regulado por objetos fuera del cuerpo. A consecuencia de ello, tiende a convertirse en invasor, atraviesa el cuerpo con dolores hipocondríacos, voluptuosidades extáticas o extrañas sensaciones cenestésicas; para poner freno a esto, para tratar de significantizar el goce, se produce "un investimento más intenso de las palabras".

La carencia de la función fálica, por otra parte, deja el aparato del goce sin regulación. De ello resulta que la movilización del significante llevada a cabo por el psicótico se tiene que producir en condiciones especiales. Lacan las precisa situando la psicosis "fuera de discurso" e indicando la intervención de un mecanismo específico, el de la holofrase. Examinaremos sucesivamente estas dos nuevas nociones.

G. El fuera de discurso

Indudablemente, los psicóticos no están fuera del lenguaje. Sin embargo, según Lacan, se encuentran fuera de discurso.¹²⁹ Esta aserción puede producir sorpresa: más de un paranoico ha demostrado ser capaz de conseguir que su entorno inmediato comparta con él su delirio, o ha podido crear sectas más o menos importantes, incluso grupos de tamaño considerable. ¿Acaso no son estos vínculos sociales ejemplos de lo que Lacan llama discurso? En su enseñanza, la discursividad se opone a la intuición: sólo alcanza su objeto indirectamente, a través del concepto, implica poner a distancia la Cosa, de tal forma que, al no poder encontrar en sí misma su referencia, se abre al intercambio dia-

129. J. Lacan, "L'êtourdit", *Scilicet*, 4, Paris, Seuil, 1975, pág. 47.

léctico. Pero los delirantes no están en condiciones de entrar en dicho intercambio, debido al obstáculo que suponen sus certezas autorreferenciales. A falta de haber podido localizar su ser de goce en la falta del Otro, revelan no ser capaces de instaurar el vínculo social auténtico en que consiste un discurso.

Sin embargo, Lacan consideraba que los elementos que le habían servido para escribir los matemas de los cuatro discursos podían ser útiles para captar la lógica de la psicosis. Cuando en 1977 le preguntaron si a , S_1 y S_2 eran notaciones adecuadas para llevar a cabo este estudio, respondió afirmativamente—sin añadir más precisiones—.¹³⁰ ¿Cómo concebir, con la ayuda de estos elementos, la estructuración fuera de discurso del psicótico?

Recordemos, en primer lugar, en qué consiste la escritura matricial de todo vínculo de palabra auténtico, aquel que vela su origen xenopático procediendo a una inversión del discurso del Otro, algo en lo que precisamente el psicótico, que en esto es demasiado normal, fracasa. La escritura a la que nos referimos se identifica con la del discurso del amo. Se obtiene situando primero el lugar del “tesoro del significante”, el Otro que está siempre ahí antes del advenimiento del sujeto. Al ser un significante incapaz de significarse a sí mismo, y al ser su valor, tal como lo estableció Saussure, puramente diferencial, hay que anotar de entrada el par ordenado de un significante unario y un significante binario, con los cuales se esquematiza la articulación de la cadena significante: S_1 - S_2 . El Otro queda, pues, constituido por un conjunto sincrónico y numerable en el que cada significante se apoya únicamente en el principio de su oposición a cada uno de los otros significantes. Para advenir como sujeto, el ser vivo ha de hacerse representar en el campo del Otro inscribiéndose bajo el significante unario. Éste representa al sujeto en cuanto tal. En contra de una aparente evidencia, la alienación significativa no se debe ni a esta captación bajo el significante amo ni a la primacía del Otro, sino a la estructura binaria del significante, de la que resulta la barra que marca al sujeto. Éste no puede recibir ninguna otra definición, según Lacan, que la de ser “lo que el significante representa, y no podría representar

130. J. Lacan, “Ouverture de la section clinique”, *Ornicar?*, abril de 1977, 9, pág. 12.

nada sino para otro significante”.¹³¹ Semejante sujeto demuestra ser insustancial, no es ni el sujeto del conocimiento, ni el del querer decir: es una función inconsciente, de pura lógica, que asegura la concatenación de la cadena significante. La dificultad que supone captar su definición reside en la ilusión ingenua que nos lleva a creer que el sujeto es representado por un significante ante los otros sujetos. Si así fuera, el sujeto sería adecuadamente representado por un significante, no estaría dividido, perdería la posibilidad de fingir, y de ello resultaría la existencia de la relación sexual. Esto es lo que se produce en el animal, adecuadamente representado ante su pareja mediante signos.

El S_1 , signo del sujeto, permanecería como un puro no-sentido si no se articulara con otros significantes. Un significante aislado es incapaz de significarse a sí mismo,¹³² y por eso se produce en el Otro una llamada a un segundo significante, gracias al cual el primero adquiere sentido retroactivamente. “[E]l significante —subraya Lacan— por su naturaleza anticipa siempre el sentido desplegando en cierto modo ante él su dimensión. Como se ve en el nivel de la frase cuando se la interrumpe antes del término significativo: Yo nunca..., En todo caso..., Quizás todavía..., Aunque tal vez... No por eso tiene menos sentido, y tanto más oprimente cuanto que se basta para hacerse esperar.”¹³³ La ausencia del término significativo demuestra ser en sí misma productora de sentido, la espera hace las veces de otro significante; del vacío de significante surge todavía un significante, lo cual indica que una llamada al S_2 es inherente al advenimiento del S_1 . Este último, enseña Lacan, sólo ocupa su lugar correcto gracias a la duplicidad de S_2 .

En efecto, el significante binario designa no tanto una secundariedad temporal como el doble sentido propio de todo significante. El S_2 corresponde a la *Vorstellungrepräsentanz* de Freud, que Lacan traduce como el representante de la representación. La función de

131. J. Lacan, “Posición del inconsciente”, en *Escritos*, op. cit., pág. 814.

132. “[E]l significante con el que se designa al mismo significante —subraya Lacan— no es, por supuesto, el mismo significante con que se designa el otro [...] La palabra *obsoleta*, en tanto puede designar que la palabra *obsoleta* es una palabra *obsoleta*, no es la misma palabra en ambos lados” (J. Lacan, *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., págs. 217-218).

133. J. Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón después de Freud”, en *Escritos*, op. cit., pág. 482.

representancia no es representativa: en ella reside la diferencia absoluta, sostenida por el significante unario. Este último es, de entre todos los significantes, el que no tiene significado y que, por lo tanto, simboliza el fracaso del sentido, pero al mismo tiempo permite a todos los otros significantes adquirir alguno. El nombre propio puede evocarlo, porque su particularidad reside en el énfasis que pone, no en el sentido, sino en el sonido en cuanto rasgo distintivo, como lo demuestra su casi identidad a sí mismo en todas las lenguas. Así, el nombre indexa el ser en una pura singularidad. El S_1 constituye una marca diferencial que no representa sino la nada del sujeto. Es portador de una tendencia a representar, una llamada al S_2 , que se encuentra en el origen de la colectivización de los significantes. De esta forma se constituye el *Vorstellungrepräsentanz*, el representante de la representación, es decir, el significante en cuanto significante binario, que asocia la representancia con la representación. "El *Repräsentanz* [S_1] —observa Lacan— debe tomarse en este sentido. El significante ha de registrarse como tal: está en el polo opuesto a la significación. La significación, por su parte, entra en juego en la *Vorstellung* [S_2]. De la *Vorstellung* nos ocupamos en la psicología".¹³⁴

Debido a la articulación de S_1 con S_2 se produce la afánisis del sujeto, su borramiento debajo de la barra; el S_2 , significante afanísico, hace que el significante adecuado para representar realmente la nada del sujeto caiga y quede debajo.* Dado que este último sólo adviene al ser representado por un significante para otro significante, no se deja captar ni por el uno ni por el otro: yace en el intervalo en un lugar indeterminado. Desaparece bajo la cadena significante que lo divide. Lacan dice que al ser el sujeto "transportado por el significante en su relación con el Otro significante, debe distinguirse severamente tanto del individuo biológico como de toda evolución psicológica subsumible como sujeto de la comprensión".¹³⁵ Por paradójico que resulte decirlo, el sujeto del psicoanálisis, el sujeto barrado, no es sino el sujeto de la ciencia,¹³⁶

134. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., pág. 229.

* *Tombe dans les dessous*. [N. del T.]

135. J. Lacan, "La ciencia y la verdad", en *Escritos*, op. cit., pág. 854.

136. *Ibid.*, pág. 837.

el que la duda metódica de Descartes redujo a una puntualidad evanescente. Fue rechazando todas las representaciones imaginarias y, a continuación, todo el saber simbólico, como consiguió el filósofo aislar un vacío puro: el *cogito*. Nuestra dificultad para concebir la semejanza entre el sujeto del inconsciente y el sujeto de la ciencia es resultado de la precipitación del filósofo en identificar el *cogito* con el ser del sujeto, mientras que el descubrimiento freudiano impone su distinción manifiesta: allí donde piensa, no es; allí donde es, no piensa.

No todo en el ser vivo puede estar representado en el campo del significante. La operación de alienación no es limpia, genera un resto: el ser del sujeto, resto de la representación, que se escribe objeto a . La función paterna produce una separación del sujeto respecto a este último, pero al mismo tiempo asegura una coordinación entre ambos que instituye el lastre del fantasma; este último se escribe $g a$. Se instaura entonces una búsqueda del imposible encuentro del objeto perdido, búsqueda que le impone un límite al goce y le proporciona al deseo su dinámica. El cifrado entre el Uno y el dos se orienta en función de una constante, la causa perdida del deseo, inaccesible pero aun así representada por el falo, que funda lógicamente lo que Freud había distinguido como una intemporalidad del deseo.

¿En qué consiste la perturbación, que encontramos en el psicótico, del vínculo matricial de la palabra expresado en la escritura del discurso del amo¹³⁷ cuyas coordenadas esenciales acabamos de situar a grandes rasgos?

El automatismo mental pone claramente de relieve que el psicótico se encuentra parasitado por el discurso del Otro, con respecto al cual no consigue producir el fenómeno de inversión;* de ello se deduce una propensión del sujeto a sentirse invadido por el significante, cuya

137. El discurso del amo se escribe $\frac{S_1}{S} \rightarrow \frac{S_2}{a}$. Los cuatro lugares se conciben así:

El agente	El otro
Verdad	Producción

* Se refiere a la fórmula de Lacan "el sujeto recibe del Otro su propio mensaje invertido", cosa que en este caso no se produciría, porque el sujeto recibe el mensaje directamente. [N. del T.]

cadena está rota debido a la carencia de la función fálica. "Tengo la impresión de que quiere que yo sea como usted -dijo Karim durante una cura analítica-, que piense como usted, que adore todos sus valores. Pienso durante toda la semana en lo que usted me ha dicho y le respondo: no estoy de acuerdo con usted. Déjeme, déjeme."¹³⁸ La erotomanía de transferencia actualizaba en estas circunstancias una intrusión del discurso del Otro vivido como persecutorio. Karim expresa con precisión el resultado que esto tiene en lo que a la posición del sujeto se refiere: "No tengo espacio personal, soy todo exterior, sin contenido, no puedo conservar nada para mí, ni mi dinero, que distribuyo, ni siquiera mis pensamientos, se lo digo todo a todo el mundo... no consigo tener una opinión personal. Imito a los demás". Cuando el sujeto psicótico no ha elaborado una defensa delirante estructurada, se percibe que no ha experimentado el proceso de afánisis: está invadido, atravesado, estorbado por el discurso del Otro. No se mantiene debajo de la barra en un vacío que tiene fuera de sí mismo, en el S_1 , su principio de unificación. La expresión "no tengo espacio personal" ilustra muy bien la posición del sujeto no barrado, parasitado por el significante y que, en consecuencia, no puede inscribirse en la estructura regulada de un discurso.

Además, el goce se convierte en un estorbo. Cuando la operación de separación no ha tenido lugar, el vaciado del goce, que hace del cuerpo un conjunto vacío, no se ha producido, de tal forma que no desempeña su función de soporte de una "marca adecuada para acomodarlo en una serie de significantes".¹³⁹ Lo demuestra la propensión de algunos psicóticos a llevar realmente en su cuerpo -mediante la escritura, el tatuaje o alguna forma de mutilación- esa marca que en ellos no se puede escribir simbólicamente.

En quien se encuentra atravesado por el discurso del Otro e invadido por el goce, en quien permanece incólume frente la esquizia producida por la cadena significativa, se hace manifiesto que las barras de separación inherentes a la escritura del vínculo matricial de la palabra quedan desbordadas. Si hubiera que recurrir a los elementos que com-

138. El lector encontrará una relación de esta cura en el capítulo "Más allá de la Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis: el otro centramiento".

139. J. Lacan, "Radiophonie", *Scilicet*, 2-3, París, Seuil, 1970, pág. 61.

ponen los cuatro discursos para definir la posición del psicótico, no hay duda de que, después de borrar la barra del sujeto, se impondría escribir en continuidad S_1 , S_2 y a . Ésta es, precisamente, la intuición que se encuentra en el origen del concepto de holofrase. Dicho concepto, aunque fue introducido con anterioridad a la definición del psicótico como fuera de discurso, es solidario de esta noción.

H. La holofrase

El 10 de junio de 1964, en una sesión del seminario consagrado a "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", Lacan introduce el mecanismo de la holofrase con el fin de circunscribir un aspecto específico de algunas posiciones subjetivas. "Hasta me atrevería a formular -plantea- que cuando no hay intervalo entre S_1 y S_2 , cuando el primer par de significantes se solidifica, se holofranea, obtenemos el modelo de toda una serie de casos, si bien hay que advertir que el sujeto no ocupa el mismo lugar en cada caso."¹⁴⁰ A este respecto, pone en serie el efecto psicósomático, el niño débil en la medida en que "la dimensión psicótica se introduce en [su] educación" y la psicosis misma. Esta forma de tener en cuenta la solidificación de la pareja significante primordial no constituye en su enseñanza más que una indicación rápida que no da lugar a demasiados desarrollos explícitos. Lo abstracto de su formulación añade una dificultad para entender este concepto.

Le pediremos a un sujeto psicótico, ya mencionado, experto en holofrases, que nos introduzca en la materia. El autor de la *Grammaire logique* (1883) y de *Les Origines humaines* (1913) se concibe a sí mismo precisamente como un filólogo. De hecho, la obra de Jean-Pierre Brisset pertenece a la lingüística fantástica, y sería tentador, aunque erróneo, identificar con el mecanismo estructural circunscrito por Lacan las holofrases que él persigue encontrar en cada vocablo con el fin de alimentar su delirio. Con todo, la comparación nos permitirá establecer en qué consiste la diferencia para subrayar, una vez más, las distorsiones que Lacan se ve obligado a hacer sufrir a

140. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., pág. 245.

la lingüística para fundar una "lingüistería" al servicio del psicoanálisis.

La noción lingüística de palabra-frase

El concepto de holofrase no es de uso corriente, ni siquiera entre quienes lo introdujeron, puesto que muchos diccionarios de lingüística lo ignoran. El adjetivo *holofrástico*, de acuerdo con el *Tesoro de la lengua francesa*,¹⁴¹ "se dice de las lenguas en las que toda una frase se expresa mediante una sola palabra larga. Tal es el caso de las lenguas americanas. Así, en *delaware*, la palabra *kuligatchis* significa: 'Deme su bella patita'. Los lingüistas también llaman a estas lenguas incorporantes o polisintéticas". La acepción propiamente lingüística de la holofrase se inscribe en el marco de las tipologías de las lenguas que florecieron en el siglo XIX. Sin embargo, las investigaciones post-saussureanas abandonaron esas tentativas de clasificación y las sustituyeron por el uso de puntos de referencia internos a la estructura de la lengua, de tal forma que el concepto en cuestión acabó cayendo en desuso. Alexandre Stevens, con quien me encuentro en deuda en lo referente al abordaje del problema de la holofrase, mostró que Lacan no hubiera tenido ningún eco de este concepto si éste no hubiera sido actualizado por uno de los pioneros de la lingüística de la enunciación, G. Guillaume, que enseñó en la Escuela Práctica de Altos Estudios entre 1938 y 1960, y que, tratando de construir una nueva tipología de las lenguas, creyó necesario recurrir a la holofrase para caracterizar una de las tres áreas lingüísticas distinguidas en su sistema.

En su origen, la holofrase se refiere a nociones de aglutinación, de incorporación, de polisintetismo: contiene la idea de una amalgama de elementos lingüísticos en un todo. Cuando se trata de ilustrarla concretamente, resulta casi equivalente a la palabra-frase. Las palabras-frase están constituidas por aglutinación de morfemas cuya traducción a otras lenguas requiere palabras separadas.

141. *Trésor de la langue française. Dictionnaire de la langue du XIXe et du XXe siècle*, París, CNRS, 1981.

La perspicacia delirante de Brisset lo lleva a descubrir múltiples palabras-frase insertas en los vocablos de la lengua francesa. A menudo tienen la particularidad de estar perfectamente lexicalizadas; en rigor, esta característica no es imprescindible para constituir una holofrase lingüística, pero de esta forma su mecanismo se distingue mejor.

La clave del libro de la vida, según Brisset, reside en el calambur, es decir, en el desciframiento de palabras-frase. Considera que descomponiendo los vocablos del francés corriente se abre un acceso a la lengua de los orígenes que participa de la Palabra Divina. Entre nuestros ancestros, afirma, se veía el bienestar/la esencia [*l'aisance être* (el bienestar ser)/*l'essence être* (la esencia ser)], era la edad de oro.¹⁴² Gracias a este procedimiento, es fácil construir un mundo original fantástico. "Los peces eran abundantes, afirma, los *c'est assez [cétacés* (ya basta/cetáceos)], los cetáceos era el nombre de los mayores de entre ellos", de forma que el creador había decidido detenerse en ese punto. Estableció que "Satán es un animal malo, porque cuando algo tiende, tira, pega [*ça tend = Satan, ça tire = satire, ça bat = Sabbat*], el sátiro Satán tiene su Sabbat".¹⁴³ El origen de ciertas profesiones es evidente: los notarios [*notèrent nos terres* (anotaron nuestras tierras)], el astrónomo [*l'astre haut nomme* (el astro elevado nombra)].¹⁴⁴ Se confirma que la comunidad israelita es el pueblo elegido: [*il sera élite* (él será elite)]. Su esbozo de una teoría de la angustia no carece de pertinencia: [*l'angoisse/ langue où est-ce* (la angustia/lengua, dónde es)]. Lo mismo se puede decir de su forma de abordar una enseñanza sin eco: [*j'en saigne/ j'enseigne* (me hace sufrir/enseño)].¹⁴⁵ Las palabras, afirma, "son antiguas frases", de tal forma que analizar una palabra es "volver a encontrar la o las frases que la formaron".¹⁴⁶ Según Brisset la holofrase se encuentra por todas partes en la lengua, basta con descifrarla con ayuda del calambur para tener acceso a la Palabra. Ésta habla, pues, por sí misma de la formación de la palabra, la cual "se confunde con la creación del hombre, que es él mismo la Palabra".¹⁴⁷

142. J.-P. Brisset, *Les origines humaines* (1913), París, Badoüin, 1980, pág. 25.

143. *Ibid.*, pág. 164.

144. *Ibid.*, pág. 234.

145. *Ibid.*, pág. 218.

146. *Ibid.*, pág. 147.

147. *Ibid.*, pág. 25.

Estas afirmaciones sugieren, sin duda, una solidificación entre la cosa y el lenguaje. Sin embargo, sería erróneo creer que Brisset pone al desnudo la estructura de la holofrase que Lacan distingue en el psicótico. Esta última no es asimilable, precisamente, a una forma original de condensación freudiana. Confundirlas constituye una de las más frecuentes interpretaciones desviadas de la especificidad de la holofrase lacaniana. Guir no lo evita en las siguientes líneas: "Lo que vemos en los análisis de enfermedades psicosomáticas –escribe en 1983–, sobre todo en los sueños y en la explicación natural de su enfermedad, es la aparición de holofrases particulares cuya descomposición por el analista tiene valor de interpretación. Ejemplo: *Westminster*: 'Où est ce mystère?' (¿Dónde está el misterio?) *Winchester*: 'Oui, la soeur à taire' (Sí, la hermana a acallar). Sin duda, lo que se produce es el descubrimiento de una escoria infantil que es del orden del balbuceo y que se sitúa en el plano del yo de la enunciación".¹⁴⁸ No se trata, como observa Stevens, de "discutir la pertinencia de sus interpretaciones –desde el punto de vista clínico– porque, en efecto, parecen haber tenido los mejores efectos para la continuación de la cura; no podemos considerar, sin embargo, que se trate de holofrases en el sentido que les da Lacan [...] porque las interpretaciones demuestran en la cura el carácter de condensación que allí tienen los significantes que están en juego".¹⁴⁹ La solidificación de S_1 - S_2 , considerándola rigurosamente, se opone a toda operación de descomposición en significantes primordiales. La palabra-frase de Brisset no es la solidificación significativa de Lacan. Este último construyó un concepto nuevo cuya invención neológica se aprecia en el verbo "holofrasearse": se trata de un proceso subjetivo inspirado en un tropo, pero que no se reduce a éste.

148. J. Guir, "Des problèmes psychanalytiques face aux phénomènes psychosomatiques et cancéreux". *Quarto*, suplemento de la *Lettre mensuelle de l'École de la Cause freudienne*, Bruselas, 1983, XI, pág. 7.

149. A. Stevens, "L'holofrase, entre psychose et psychosomatique", *Ornicar?*, otoño de 1987-88, 42, pág. 66.

La palabra necesaria

Entre quienes se preocupan por el origen del lenguaje, la noción lingüística de holofrase constituye un principio regularmente invocado. En las tipologías de las lenguas, las calificadas de holofrásticas son propias de pueblos considerados en el siglo XIX "primitivos", de tal forma que "la coincidencia de este hecho con la teoría de Darwin hará de la holofrase el eslabón, si no perdido, al menos intermedio entre las formas de expresión del animal y el lenguaje humano".¹⁵⁰ Las teorías sobre el origen del lenguaje participan de un proyecto romántico que hace surgir la palabra de la naturaleza, de modo que sus cuatro fenómenos generadores se encuentran en los cantos, las interjecciones,¹⁵¹ las onomatopeyas¹⁵² y los ruidos que acompañan a los esfuerzos musculares. En 1765, en su *Traité de la formation mécanique des langues*, el presidente Debrosse sostenía que las palabras primitivas eran imitaciones de sonidos. Sería imitando el ladrido de un perro como el hombre habría obtenido una palabra natural con el significado de "perro" o "ladrar". Frente a esta teoría de la onomatopeya fundamental, el abad Copineau prefería la de la interjección primaria. En 1774, en su *Essai synthétique sur l'origine et la formation des langues*, afirmó que los primeros elementos del lenguaje tenían su raíz en emisiones sonoras instintivas producidas bajo el efecto del dolor o de otras sensaciones y sentimientos. Para quien adopta estas teorías, resulta tentador en el siglo XIX combinarlas con el evolucionismo darwiniano, con el fin de explicar una génesis expresiva del lenguaje a partir de los ruidos de la naturaleza y de la expresión instintiva de las emociones. Si los hombres habían empezado a hablar así, no articulando elementos del lenguaje, sino usando sonidos dotados de un sentido general, adecuados para designar una situación de conjunto, sería concebible definir las

150. *Ibid.*, pág. 46.

151. La interjección, según Littré, es "una parte del discurso que expresa las pasiones, como el dolor, la cólera, la alegría"; es "una palabra que se arroja, que se lanza, por así decir, a pesar de nosotros y que las pasiones nos arrancan. ¡Oh!, ¡Vaya!, son interjecciones".

152. La onomatopeya, según Dumassais, "es una figura mediante la cual una palabra imita el sonido natural de lo que ella misma significa".

lenguas holofrásticas como "primitivas", puesto que conservarían la huella de un principio original.

En este sentido, las elucubraciones de Brisset sobre la lengua de los ancestros, desarrolladas en los albores del siglo XX, no son completamente inadmisibles para lingüistas de su tiempo. Por su parte, afirma no haber leído a ninguno de ellos,¹⁵³ pero esto no le impidió descubrir por sí mismo la teoría de Copineau sobre la interjección fundadora: "Todas las lenguas -afirma en 1883- se originan en los gritos casi animales de los primeros días". Treinta años más tarde, todavía considera que "la extrema simplicidad" del lenguaje que ha descubierto "proviene de que los primeros seres tan sólo hablaban empujados por el ardor de los sentidos".¹⁵⁴

Lo que es más, nos confía que, consultando en el diccionario Larousse las palabras "origen" y "lengua", encontró una cita del presidente De Brosse, y la reproduce por considerarla una buena confirmación de sus propias afirmaciones: "Existe una lengua primitiva, orgánica, física y necesaria, común a todo el género humano, que ningún pueblo del mundo conoce ni practica en su primera simplicidad y que, sin embargo, todos los hombres hablan; esta lengua constituye el fondo del lenguaje de todos los países."¹⁵⁵ No cabe duda de que De Brosse está pensando, en estas líneas, en las onomatopeyas fundamentales, pero su lengua "primitiva, orgánica, física y necesaria" podría igualmente basarse, como supone Brisset, en interjecciones originarias. Una lengua semejante se encuentra siempre en el horizonte del neologismo paranoico.

Lacan se refiere por primera vez al concepto de holofrase en 1954 para alzarse, precisamente, contra quimeras lingüísticas emparentadas con las que acabamos de mencionar. "Quienes especulan sobre el origen del lenguaje -observa- y tratan de encontrar transiciones entre la apreciación de la situación total y la fragmentación simbólica, siempre se han sentido atraídos por lo que llaman holofrases. Entre los usos de ciertos pueblos, y no tendrían que buscar demasiado lejos para encontrar un uso corriente, existen frases, expresiones que no se pueden

153. J.-P. Brisset, *La Grammaire logique* (1883), París, Baudouin, 1980, pág. 161.

154. *Ibid.*, pág. 26.

155. *Ibid.*, pág. 262.

descomponer y que están relacionadas con una situación tomada en conjunto: son las holofrases. Se ha creído captar allí un punto de unión entre el animal, que pasa sin estructurar las situaciones, y el hombre, que habita un mundo simbólico".¹⁵⁶ Por supuesto, no es así en absoluto. La transposición directa y original de una situación a un mundo verbal no es concebible, puesto que el sonido asociado a dicha situación permanece necesariamente indeterminado si no está inserto en un contexto lingüístico. ¿Cómo saber si la imitación del ladrido designa un animal preciso, el concepto de perro o el propio acto de ladrar? Todo el mundo coincide en considerar, desde Saussure, que en el campo del lenguaje los elementos no poseen valor intrínseco sino un valor diferencial.

No hay nada más contrario a las enseñanzas de la lingüística moderna que la noción de una holofrase inicial fundadora de un vínculo necesario entre la palabra y la cosa. La vitalidad del signo y la negativación simbólica subrayan el carácter irreductible de la hiancia que las separa. "Las cosas humanas -observa Lacan en 1955- sólo están vivas porque en primer lugar han estado muertas y luego han sido despertadas nuevamente a la vida por el símbolo."¹⁵⁷ Después de la muerte fundadora, su resurrección sólo puede producirse en un mundo previamente organizado por elementos lingüísticos diferenciales. En consecuencia, no es la holofrase lo que Lacan discierne en el origen del capitonado sincrónico de la significación; lo que nos conduce al origen, afirma, es la metáfora "en cuanto que en ella se constituye la atribución primera, la que promulga 'el perro hacer miau, el gato hacer gua gua', con lo cual el niño de golpe, desconectando a la cosa de su grito, eleva el signo a la función del significante, y a la realidad a la sofística de la significación, y, por medio del desprecio de la verosimilitud, abre la diversidad de objetivaciones por verificarse de la misma cosa".¹⁵⁸

La lengua de los ancestros de Brisset surge de una holofrase original, anclada en la interjección; se inscribe en una temática que se dis-

156. J. Lacan, *El Seminario. Libro I, Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona, Paidós.

157. J. Lacan. "Notes en allemand préparatoires à la conférence sur la chose freudienne", *Ornicar?*, otoño de 1987-1988, 42, pág. 10.

158. J. Lacan. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos, op. cit.*, pág. 785.

tingue con frecuencia en el horizonte del delirio, el de la lengua fundamental: en ella la verdad estaría íntegramente articulada. Es un hecho notable que, para construirla, el psicótico nunca se revela como un gramático innovador;¹⁵⁹ pero habitualmente busca su origen en creaciones neológicas que, se supone, expresan palabras necesarias. Todo delirio se funda en "intuiciones plenas" de esta clase. Las quimeras lingüísticas que tratan de hacer existir holofrases fundadoras participan de un procedimiento análogo al que se encuentra en el origen del funcionamiento psicótico: promueven el aislamiento de letras separadas de la cadena que adquieren un peso particular.

Al situar el mecanismo de la interjección en el origen de la lengua fundamental, Brisset nos introduce a la comprensión de la holofrase psicótica de la pareja significante primordial. Pero a pesar de sus afinidades hay que cuidarse de identificar estas dos formas de holofrase. Una no se puede deducir de la otra, aunque participen de intuiciones parecidas; ambas se basan en la carencia de una separación fundadora del orden simbólico. Se aprecia claramente que la primera, la de las lenguas fundamentales, acentúa una congruencia de la palabra con la cosa, mientras que la segunda, la de Lacan, subraya la solidificación de dos significantes.

La holofrase estructural del psicótico

La solidificación de S_1-S_2 no es la condensación significante inherente a la palabra-frase descompuesta por los calambures de Brisset. Y tampoco es asimilable a la palabra necesaria surgida de una interjección o de una onomatopeya originarias. Sin embargo, esta última noción tiene alguna relación con la holofrase psicótica. Lo que hay que hacer es precisar de qué relación se trata.

En 1958, Lacan facilita una transición entre ambas cuando plantea la interjección como forma ejemplar de una función unitaria de la frase; en esto consiste precisamente la holofrase lingüística. En efecto, ex-

159. Ni siquiera *La Grammaire logique* de Brisset contradice esta afirmación: se empeña en fundar la gramática francesa sobre nuevas bases, no elabora reglas sintácticas originales.

presiones como "auxilio", "pan", "fuego", no son trozos de frases sino equivalentes de frases completas. Sin embargo, lo que destaca Lacan no es el clásico carácter de condensación característico de la palabra-frase; lo que subraya es la presencia del sujeto de la enunciación en el seno de un enunciado donde no es nombrado. En tales expresiones, el locutor forma un todo con el significante holofrástico. "Cuando el individuo, o la masa, o el motín, gritan: ¡Pan!, se sabe muy bien —afirma Lacan— que allí todo el peso del mensaje recae en el emisor, quiero decir que él es el elemento dominante, y también se sabe que ese delito se basta a sí mismo, basta con las formas que acabo de mencionar, para constituirlo, a este emisor, aunque tenga cien bocas, como un sujeto único. No tiene necesidad de anunciarse, la frase lo anuncia suficientemente."¹⁶⁰ Algunas interjecciones permiten, pues, no captar la cosa misma, sino identificar al sujeto que las enuncia; entonces dicho sujeto forma con ese significante lo que Lacan llama en 1958 "un monolito": él y el significante holofrástico son uno. En tal coincidencia entre el "acto de representación" y el "acto de expresión", encontraba el lingüista Guillaume, en los años cincuenta, la especificidad de la holofrase. En este dominio, como lo demostró Stevens, él parece haber sido la principal referencia de Lacan. Desde este punto de vista, lo que se opone a la solidificación de la holofrase lingüística es el enigma, en la medida en que este último disuelve la unión entre el enunciado y la enunciación.

En la interjección, el sujeto deja por un instante de encontrarse en *fading*; con todo, se trata de un fenómeno de lenguaje y no de un grito expresivo. Hasta las más simples de entre las interjecciones participan de una convención y son aprendidas. Para convencerse de ello, basta con recordar que varían de una lengua a otra: "Frente al dolor, un alemán y un zelandés exclamarán *au*, un habitante de Jutlandia *aus*, un francés *ahi*, un inglés, tal vez *oh*, o quizás *ow*",¹⁶¹ etc.

La ineludible necesidad de un paso alienante por los significantes del Otro es lo que Brisset se esfuerza en ignorar cuando construye la noción de una holofrase original conectada con la cosa. Lacan no loca-

160. J. Lacan, El Seminario. Libro VI, "El deseo y su interpretación" (inédito), lección del 3 de diciembre de 1958.

161. O. Jespersen, *Nature, évolution et origines du langage* (1922), París, Payot, 1976, pág. 401.

liza esta sutura en el mismo lugar cuando caracteriza este tropo poniendo de relieve la inserción del sujeto de la enunciación en el enunciado. Sin embargo, la evolución de su investigación lo llevará a restar importancia a estas diferencias.

La tesis de una holofrase del par significante primordial, característica de la psicosis y de algunos otros trastornos, tesis propuesta en 1964, se inscribe en serie con los enunciados monolíticos indicados algunos años antes. Sin embargo, supone una innovación, porque trata de circunscribir un mecanismo inherente al inconsciente freudiano y no ya a un fenómeno lingüístico universal. Lacan recurre entonces a un principio de "lingüistería", una forma de extrapolación ya empleada para la metáfora y la metonimia, que consiste en extender la pertinencia del modelo de la holofrase a un abordaje de la estructura del sujeto psicótico. Esta acepción original del término "holofrase" justifica la introducción de un verbo nuevo, "holofrasearse", mediante el cual el proceso tiende a quedar anclado más allá de las contingencias fenoménicas.

¿En qué consiste la solidificación de S_1 - S_2 ? Recordemos que el significante unario introduce al sujeto en el campo del Otro representándolo ante los otros significantes. En su origen, el S_1 no puede significarse a sí mismo, es puro no-sentido. Sólo mediante su articulación con el S_2 se produce su determinación, por medio de un proceso retroactivo. En consecuencia, ni uno ni otro significante son aptos para representar auténticamente al sujeto: éste, debido a la alienación, cae en el intervalo que los separa. Las nociones de afánisis, de *fading*, de desvanecimiento, son convocadas para referirse al momento mítico de la desaparición del sujeto bajo la cadena significante. Gracias a la mediación de la función fálica, este lugar indeterminado es objeto de un cifrado que articula S_1 con S_2 , pero que, a pesar de todo, los mantiene separados. Cuando el intervalo entre ambos significantes no está obturado, en él se puede alojar el enigma del deseo del Otro. Si los "¿por qué?" del niño, relanzados por cada respuesta significativa que obtienen, van a parar a ese punto y al llegar allí tropiezan, es porque no puede haber ninguna respuesta plenamente capaz de captar los objetos del deseo: finalmente, sólo la falta del sujeto es adecuada para recubrir la falta del Otro. Ahora bien, al cortocircuitar el proceso de alienación-separación, la holofrase del par significante primordial hace del sujeto psicótico un sujeto no dividido por el significante y que además

tiene "su causa en el bolsillo",¹⁶² es decir, en su caso el objeto a no está extraído. El matema del fantasma, de acuerdo con una sugerencia de Éric Laurent, se reduciría a $S \S a$. En este caso, el sujeto no está barrado, de modo que recibe con demasiada normalidad sus significantes del Otro, mientras que por otra parte su conexión con el objeto a ya no está regulada por el significante fálico, como lo demuestra la deslocalización del goce. Que el objeto a no haya caído de la holofrase S_1 - S_2 , precisan R. y R. Lefort, "hace que el psicótico esté mucho más presente en su goce, el suyo o el del Otro. ¿Significa esto que el goce psicótico no tiene límite? Esto sería no tener muy en cuenta a su Otro absoluto, que no alza una 'barrera' frente al goce, sino que lo invierte de forma masoquista, convirtiéndolo en mortífero. El psicótico se encuentra siempre en guardia ante la posible irrupción de este goce [...]. La presencia del a no caído, en tanto que está vinculado al goce, infiltra todo el campo del sujeto psicótico de ese goce problemático, así como de lo Real al que dicho goce pertenece. El significante del psicótico no se salva de esto".¹⁶³ Al igual que todos los trastornos del lenguaje del psicótico, la holofrase depende, en último análisis, de la carencia de la función fálica: el significante del goce no sólo mantiene la tensión de la cadena sino que funciona en el intervalo significante, de tal forma que instaura una frontera entre S_1 y S_2 , sostiene la remisión del uno al otro y contribuye a su valor diferencial.

En la neurosis, el síntoma parte de un significante reprimido, S_1 , del cual sólo se manifiesta la representación con él asociada, S_2 . La represión consiste en que el sujeto es incapaz de establecer la conexión. Puede decir que su síntoma lo hace sufrir, puede que le suponga un sentido, pero éste le resulta enigmático: su significación no se deposita. En la psicosis, la holofrase, al unir S_1 con S_2 , hace surgir un saber desprovisto de ambigüedad, de tal forma que el sujeto no se ve llevado a interrogarse sobre su síntoma; por el contrario, no es infrecuente que trate de testimoniar lo que le ocurre. Algunos llevan esto último tan lejos, que consiguen compartir sus certezas con otros. La solidez del

162. J. Lacan, "Petit discours aux psychiatres", Cercle psychiatrique H. Ey, Sainte-Anne, conferencia inédita del 10 de noviembre de 1967.

163. R. y R. Lefort, *Les Structures de la psychose. L'enfant au loup et le président*, París, Seuil, 1988, pág. 623.

par S_1 - S_2 , afirma Lacan, "impide la apertura dialéctica que se manifiesta en el fenómeno de la creencia. En el fondo de la propia paranoia, tan animada, en apariencia, por la creencia, reina este fenómeno del *Unglauben*".¹⁶⁴ No el *no creer*, sino la ausencia de uno de los términos de la creencia, el término donde se designa la división del sujeto. En efecto, si no hay creencia que sea plena y completa es porque no hay creencia que no suponga en su raíz que la dimensión última de lo que tiene que revelar es estrictamente correlativa del momento en que su sentido va a desvanecerse".¹⁶⁵ Cuando el significante afanístico, el S_2 , no está diferenciado del S_1 , el sujeto psicótico no es capaz de despegar los significantes holofraseados, y éstos adquieren un peso de certeza que hace que se le impongan. Por el contrario, las creencias del sujeto barrado —que se basan en una elección inconsciente cuyo sentido queda fuera del alcance de toda captación significativa— demuestran estar siempre contaminadas por la duda y, por lo tanto, son accesibles al intercambio dialéctico.

La pertinencia de estas distinciones no se le escapa a Brisset. El rigor psicótico lo lleva a rechazar las creencias debido a sus evanescentes fundamentos. En consecuencia, trata de invertir las cosas, atribuyéndole la "locura" al sujeto dividido: "La fe y la locura son hermanas — escribe en la *La Grammaire logique*—. Como enseña el análisis de estas palabras, de lo que se trata en ambos casos es de una falta de fuerza. El acto de fe empieza por una contra-verdad y un no-sentido. *Creo firmemente que hace sol*: aquí, cualquiera vería una alucinación. Tan sólo se cree firmemente lo que no se cree seriamente".¹⁶⁶ Brisset capta de forma del todo pertinente que tanto a la fe como a la creencia "les falta fuerza", porque en última instancia se basan en una elección y no en una demostración. En consecuencia, en contraste con lo que sucede en las conjeturas del sujeto dividido, Brisset promueve "la Palabra de

164. Término empleado por Freud en el "Manuscrito K" del 1 de enero de 1896: "En la paranoia la represión se lleva a cabo tras un proceso mental complejo (la retirada de la creencia) [*Unglauben*]" (S. Freud, *La naissance de la psychanalyse*, Paris, PUF, 1956, pág. 136).

165. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., pág. 246.

166. J.-P. Brisset, *La Grammaire logique* (1883), Paris, Badouin, 1980, pág. 174.

un rigor absoluto", la certeza del sujeto no dividido, aquella que se articula en los enunciados del delirio.

En sus últimos años, Artaud busca el mismo rigor por medio de la creación de una glosolalia anclada en la interjección, lo cual lo lleva a denunciar que el *Jabberwocky* de Lewis Carroll es "una fecalidad de esnob inglés" donde se exhibe de forma complaciente "una ciencia de la pérdida".¹⁶⁷ En efecto, en su obra literaria el lógico inglés muestra que la referencia se le escapa al lenguaje, y que esto es la base de sus posibilidades creativas.¹⁶⁸ Artaud entiende, con razón, que semejante planteamiento mina las bases de toda búsqueda de la certeza que él ha obtenido mediante la holofrase.

En la psicosis, la holofrase puede manifestarse mediante fenómenos lingüísticos diversos. Lo que todos ellos tienen en común es que emanan de un sujeto no evanescente, sino petrificado en sus certezas. El más característico lo constituyen las construcciones del delirio sistematizado. Cuando Brisset revela más claramente la estructura holofrástica que opera en sus enunciados, no es cuando descompone las palabras-frase que percibe en el francés corriente, ni cuando sitúa la interjección en el origen del lenguaje, sino, en mucho mayor medida, cuando sitúa su posición subjetiva como inherente a la Palabra divina: "Quien escribe estas líneas —afirma en *Les Origines humaines*—, no es tan sólo un hombre, es el espíritu que creó el mundo". Varias decenas de años antes, ya advertía: "todo el mundo puede ver que no somos nosotros, sino la Palabra misma, quien habla".¹⁶⁹ No hay mejor forma de expresar que el significante que lo representa de forma auténtica, S_1 , se encuentra pegado a los S_2 del Otro. Al no estar dividido por el significante, Brisset recibe el discurso del Otro sin inversión, se encuentra inserto en él directamente: "Al ser Dios la palabra, no forma sino uno con el hombre, como Jesús era uno con su padre. La palabra está en el espíritu y el espíritu en la palabra. Yo estoy en mi padre y mi padre está en mí. Mi padre y yo somos uno".¹⁷⁰ El origen xenopático

167. A. Artaud, *Œuvres complètes*, Paris, Gallimard, 1979, IX, pág. 170.

168. S. Marret, *Lewis Carroll. De l'autre côté de la logique*, Presses Universitaires de Rennes, 1995.

169. J.-P. Brisset, *La Grammaire logique* (1883), op. cit., pág. 174.

170. J.-P. Brisset, *Les Origines humaines* (1913), op. cit., pág. 17.

del lenguaje, velado para el sujeto dividido, a él le resulta explícito: "La tercera persona del verbo -observa- es [...] una antigua primera persona. El primer ancestro fue esa primera persona. Como este ancestro vive en nosotros, la tercera persona y la primera son una misma persona".¹⁷¹ El ancestro en cuestión, como se puede constatar, está bien vivo: no es el de *Tótem y tabú*, cuyo asesinato original es causa de la culpabilidad del sujeto barrado.

La holofrase producida por el sujeto psicótico es transfenoménica, no se capta de forma directa en un sueño o un síntoma. Lo que la indica clínicamente con mayor seguridad es la certeza de la presencia del Otro, que se impone a través de una alucinación, una intuición, un postulado, una convicción o una interpretación. Esto es lo que conduce a Brisset a considerar sus construcciones intelectuales "un trabajo científico, dotado de una fuerza de demostración superior a la de las matemáticas y la geometría"; la ausencia en ellas de toda separación entre la enunciación y los enunciados les confiere un valor de "revelaciones" acompañadas de una convicción absoluta. Que Brisset dé un rodeo por holofrases originales surgidas de las interjecciones de los primeros humanos no es más que una formación imaginaria, destinada a fundar sus enunciados sobre bases incommovibles. Su trabajo no resulta por ello menos demostrativo, pues convoca el mito de la holofrase lingüística para servir de base a construcciones intelectuales que tienen su origen en la holofrase lacaniana. Esta última incita al sujeto psicótico, petrificado en significantes solidificados, a construirse un estilo de autenticidad: se empeña en anteponer a cualquier otra cosa una preocupación por expresar siempre la verdad (Rousseau)¹⁷² o, como hace Brisset, asegura no haber mentido jamás.¹⁷³ Esto es lo que ocurre cuando el S_1 no convoca la duplicidad del S_2 .

171. J.-P. Brisset, *La Science de Dieu* (1900), París, Tchou, 1970, pág. 149; citado por P. Cullard, *Un paraprène au XIXe siècle*, tesis de medicina, Estrasburgo, 1980, pág. 109.

172. Es célebre el inicio de sus *Confesiones*: "Quiero mostrarles a mis semejantes a un hombre en toda la verdad de su naturaleza". Para un estudio de la psicosis de J.-J. Rousseau, cf. el notable trabajo de C. Soler: "Rousseau, le symbole", *Ornicar?*, 1989, 48, págs. 30-57.

173. J.-P. Brisset, *La Grammaire logique* (1883), *op. cit.*, 1980, pág. 173.

El delirio no constituye la única forma de "conformarse con palabras" creyendo hacerse con las cosas: existen procesos menos elaborados para tratar de significantizar el goce deslocalizado. Para alzar un obstáculo contra la proliferación de este último, para devolverle al lenguaje una dinámica perdida, el psicótico explora diversas formas de ejercicio del lenguaje compatibles con la no separación del objeto a . Una de ellas, la más pobre, consiste en significantizar el goce en S_2 , es decir, en una lengua constituida de representaciones no representativas, cuyos estribillos vacíos proporcionan su ejemplo clínico más manifiesto. Es preciso el genio de Raymond Roussel para hacer el uso más elevado de esta opción.¹⁷⁴ Existe otra vía, consistente en buscar en la letra algo que pueda desempeñar la función del S_1 , lo cual induce, en las formas más pobres, la producción de marcas en el cuerpo, y en otras formas más desarrolladas la creación de ciertas glosolalias, incluso la elaboración de escrituras herméticas ancladas en un goce caligráfico. Es preciso el genio excepcional del Joyce de *Finnegans Wake* para sacar todo el provecho posible de esta orientación. Después del recurso que consiste en apoyarse, ya sea en el primero, ya sea en el segundo de los elementos primordiales de la cadena significante, sólo queda una posibilidad para contener, mediante la significantización, el goce deslocalizado: unir ambos significantes. El proceso de holofrasización del par S_1 - S_2 se encuentra en el origen de los elementos donde se originan las construcciones delirantes.

Si nos atenemos a los útiles de la lingüística, pareciera que los trastornos del lenguaje pueden estar ausentes en ciertas formas de psicosis, como aquellas que Clérambault agrupa bajo la denominación de psicosis pasionales. Y de hecho, así sería para quien no fuera capaz de relacionar el postulado pasional con una holofrase. En todas las otras formas de psicosis, las manifestaciones de la carencia de la función fálica se pueden distinguir, ya sea directamente, ya sea a través de las elaboraciones que tratan de ponerle remedio. En consecuencia, la exigencia del trastorno de lenguaje para plantear un diagnóstico de psicosis no parece poder ser relegada a la categoría de lo provisional para quien

174. J.-C. Maleval. "La fonction de suppléance du procédé esthétique de Raymond Roussel". *Cahier. Association de la cause freudienne - Val de Loire et Bretagne*, primavera de 1995, 4, págs. 83-95.

tiene en cuenta la "lingüistería" lacaniana. El lector habrá constatado que, al fin y al cabo, ésta les debe bastante poco a las investigaciones de la lingüística moderna. La separación que la lingüística tiene que establecer entre el significante y la letra deja fuera de su campo los fenómenos de lenguaje propios de la psicosis: el goce vinculado con la letra elude el análisis formal, sólo se capta en una posición subjetiva que se puede deducir de la relación con el Otro.

Capítulo 14

Los desencadenamientos de la psicosis

Cuando el clínico trata de penetrar la especificidad de las circunstancias que presiden el desencadenamiento de las psicosis en el adulto, se encuentra con tal diversidad que toda tentativa de extraer de ella una lógica parece arriesgada. ¿Qué tienen en común una mudanza, un premio de lotería, un examen, una promoción profesional, un castigo, la partida de un amigo, la muerte de una madre, el nacimiento de un hijo? El carácter heteróclito de estos fenómenos no anima a esforzarse por descubrir qué tienen en común; resulta tentador considerar que todos ellos son ajenos al registro del sentido, de tal forma que las hipótesis fundadas en los disfuncionamientos cerebrales pueden encontrar algún estímulo. Sin embargo, en 1957, Lacan cree descubrir en esta clínica datos decisivos para sostener la tesis que introduce relacionando la estructura de la psicosis con la forclusión del Nombre del Padre. Donde le parece que se revela el denominador común de las circunstancias de desencadenamiento, es en la confrontación del sujeto con la carencia original que termina su estructura. Algunas decenas de años más tarde, parecen imponerse dos preguntas. Por una parte, ¿posee verdaderamente este planteamiento una capacidad heurística que le permita englobar la mayoría de las coyunturas observables? Por otra parte, ¿nos permite la evolución de la enseñanza de Lacan dejarlo en su estado inicial?

A. El encuentro con Un-Padre

Recordemos las formulaciones de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" destinadas a determinar con precisión las condiciones necesarias para el desencadenamiento de la psicosis. Para ello, afirma Lacan, "es necesario que el Nombre del Padre, *verworfen*, forcluido, es decir sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en oposición simbólica al sujeto [...]"

"¿Pero cómo puede el Nombre del Padre ser llamado por el sujeto al único lugar donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado? Por ninguna otra cosa más que un padre real, no en absoluto necesariamente por el padre del sujeto, por Un-Padre.

"Aun así es preciso que ese Un-Padre venga a ese lugar adonde el sujeto no ha podido llamarlo antes. Basta para ello que ese Un-Padre se sitúe en posición tercera en alguna relación que tenga por base la pareja imaginaria *a-a'*, es decir vo-objeto o ideal-realidad, interesando al sujeto en el campo de agresión erotizado que induce."¹

El Un-Padre que se introduce en una situación dual de rivalidad, encarnado en una figura paterna, no es el Padre simbólico, sino un elemento real, aislado, desconectado, que surge fuera de lo simbólico. En consecuencia, sus decisiones parecen deberse a una arbitrariedad intolerable o se acompañan de una opacidad enigmática e inquietante. La emergencia angustiante de este ser revela la incapacidad del significante para evacuar lo real.²

"Búsquese en el comienzo de las psicosis –prosigue Lacan– esta coyuntura dramática. Ya se presente para la mujer que acaba de dar a luz en la figura de su esposo, para la penitente que confiesa su falta en la persona de su confesor, para la muchacha enamorada en el encuentro del 'padre del muchacho', se la encontrará siempre, y se la encontrará más fácilmente si se guía uno por las 'situaciones' en el sentido novelesco de este término. Entiéndase aquí de pasada que esas situaciones son para el novelista su recurso verdadero, a saber, el que hace brotar la 'psicología profunda', al que ninguna mira psicológica podría darle acceso."³ El acento recae en una consideración del padre que no es manifiesta sino estructural, que no es psicológica sino más bien orientada por lo que determina la escritura novelesca. Los ejemplos aportados parecen esclarecedores: llaman la atención sobre una relación dual en el seno de la cual se introduce, como tercero, una en-

1. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., págs. 558-559.

2. Para un estudio más detallado de los desarrollos de la teoría lacaniana del desencadenamiento de la psicosis, se consultará con provecho: P. Naveau, "Sur le déclenchement de la psychose", *Ornicar?*, 1988, págs. 77-87.

3. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", op. cit., pág. 559.

carnación paterna. Hay que subrayar, sin embargo, la diversidad de las parejas imaginarias, tan pronto constituidas por el sujeto y uno de sus allegados, como formadas por la relación entre un ideal del sujeto y aquello que en la realidad le responde como un eco.

Una breve observación, comunicada por Pinel, resulta particularmente demostrativa de esta segunda coyuntura. "Un artillero –escribese–, en el segundo año de la República, presenta al Comité de Salud Pública el proyecto de un cañón de nueva invención, cuyos efectos espera que sean terribles. Se dispone el ensayo para un día determinado en Meudon, y Robespierre le manda al inventor una carta tan estimulante, que éste, después de su lectura, se queda inmóvil y ha de ser enviado enseguida a Bicêtre en un estado de completo idiotismo."⁴

En cuanto a la entrada de Antonin Artaud en la psicosis declarada, hay que constatar que se produjo tras un encuentro único en su existencia, el que tuvo con el padre de su prometida. Cecilia Schramme fue la única mujer con la que consideró la posibilidad de casarse. Fue a ver a sus padres a Bruselas, donde éstos vivían, en ocasión de una conferencia que iba a dictar allí el 18 de mayo de 1937. Como cuenta su biógrafo, "se presentó ante la rica y conservadora familia de Cecilia Schramme, que encontró sus maneras algo inquietantes. Así, cuando el señor Schramme, director de la red de tranvías de Bruselas, llevó al prometido de su hija a visitar la cochera principal, Artaud, tras escucharlo atentamente, le preguntó con expresión de sorpresa: "Pero... ¿nunca pierde usted algún coche en el desierto?". El señor Schramme le preguntó a su hija: "¿Estás segura de que no hay algo que va mal en este chico?". Todo indica que lo ocurrido en Bruselas dejó a Artaud muy trastornado. Las versiones de los hechos aportadas por los testigos de su conferencia son diversas, pero todas coinciden en subrayar su carácter inquietante y escandaloso. "Según algunos, empezó a contar sus experiencias con los Tarahumaras, pero a medida que hablaba iba elevando la voz y, al final, se levantó con los ojos cerrados y los rasgos convulsos para gritar: '¡Y revelándoles todo esto, es posible que me haya dado muerte!' De acuerdo con otros, subió tranquilamente el escenario y anunció: 'Como he perdido mis notas, voy a hablarles de

4. P. Pinel, *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, 2ª edición, 1809, pág. 185.

los efectos de la masturbación en los padres jesuitas'. Cualquiera que sea la verdad, prosigue el biógrafo, la familia Schramme, y quizás la propia Cecilia, quedaron consternados por este comportamiento, de forma que el proyecto de matrimonio se fue al traste y Artaud dejó de verse con Cecilia.⁵ Entonces el mundo se puso a hacerle signos, se acentuó su tendencia a acabar como un mendigo y luego se creyó encargado de una misión que debía cumplir en Irlanda; allí fue donde se decidió su internamiento en septiembre de 1937.

Un ejemplo más, que ilustra las coordenadas clásicas de desencadenamiento. Philippe de Georges relató detalladamente las circunstancias en las que un paciente suyo había caído en la depresión por la que, para tranquilizar a su padre, consultó a un psicoanalista: "Por entonces estaba de vacaciones y se sentía atraído por una chica turbadora. A posteriori —es decir, cuando me lo cuenta— el nombre de ella le parece cargado de significaciones múltiples. Se llamaba Édevine, y en este nombre él escuchaba las resonancias de *Edwige*, *divina*, *Eva* y *adivina*. En una ocasión en que estaba hablando con ella, con el sol de cara, un hombre se había acercado a Édevine, un hombre de aspecto imponente que le dijo hola y le dio un beso. Entonces ambos intercambiaron algunas palabras en voz baja. Tan pronto el hombre se alejó, ella le dijo que lo detestaba, que era un médico que se había aprovechado de su padre y le había causado un gran perjuicio. El padre de Édevine era médico, pero toxicómano, y sus colegas habían conspirado contra él para impedirle que siguiera practicando. Inmediatamente, en aquella escena, las palabras de la chica le parecieron enigmáticas. Al mismo tiempo, se sintió extraña y oscuramente aludido por ellas. [...] Entonces surgió una palabra en su cabeza: la palabra 'gata'. Y para que yo lo entienda precisa, con una risita molesta, que su significado es 'sexo'. Pero esta palabra supuso entonces, para él, una explosión nuclear en su mente. [...] En cuanto la palabra 'gata' estalló en su mente, se levantó, se acercó a la chica y le dijo: '¡Atraviésame el corazón!'. Luego permaneció varios días sin dormir, casi sin comer, deambulando sin rumbo fijo, soñando febrilmente con la vida que podría llevar junto a ella".⁶ Tras errar por algún tiempo, entró en el

5. T. Maeder, *Antonin Artaud*, París, Plon, pág. 196.

6. P. De Georges, "Paradigme de déclenchement", *Le Conciliabule d'Angers*, París, Agalma/Seuil, 1997, págs. 40-41.

estado depresivo que motivó su demanda. "Es una coyuntura de desencadenamiento que responde precisamente a los cánones de Lacan —constata Jacques-Alain Miller—. El joven se encuentra de vacaciones y se siente atraído por una joven. Se acerca un hombre, que sin duda tiene una edad parecida a la del padre. La besa, se va, y la chica dice que es un perseguidor del padre. [...] Encontramos aquí, pues, la pareja simétrica imaginaria *a-a'*, la irrupción de Un-Padre, y entonces surge la palabra 'gata', que se puede considerar la emergencia de la significación fálica en lo real."⁷

Podríamos multiplicar los ejemplos de desencadenamiento que se corresponden con las coordenadas clásicas: son frecuentes. Sin embargo, hay que introducir una restricción respecto a la tesis lacaniana en su formulación de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Aunque siempre se pudiera distinguir la emergencia de Un-Padre real en los albores de la psicosis, no sería menos indudable que el encuentro con una figura paterna, inserta como tercero en una pareja imaginaria, no constituye una condición suficiente de desencadenamiento, puesto que la observación corriente demuestra que, para un mismo sujeto, los mismos acontecimientos pueden resultar unas veces patógenos y otras no.

B. Los desencadenamientos de la psicosis en el presidente Schreber

Poco después de la muerte de Lacan, la comunidad analítica tuvo conocimiento de documentos que verifican esta constatación clínica en relación con el propio presidente Schreber. El estudio de la psicosis del presidente esconde todavía hoy no pocas enseñanzas.

Niederland, en 1951, había planteado ya la hipótesis de que las dos enfermedades, la de 1884 y la de 1893, tenían un denominador común.⁸ Se trataba del temor, por parte de Schreber, a ocupar el lugar del padre. "Por razones que no conocemos —escribía—, su matrimonio no

7. J.-A. Miller, "Les embarras du savoir. Première discussion", *Le Conciliabule d'Angers*, op. cit., págs. 49-50.

8. W. C. Niederland, "Trois notes sur le cas Schreber" (1951), *Le cas Schreber. Contributions psychanalytiques de langue anglaise*, París, PUF, 1979, págs. 63-76.

le había dado hijos, aunque él había deseado tenerlos. En condiciones que conocemos mejor, sin embargo, Schreber no pudo aceptar un papel masculino activo, en sentido amplio. Llamado a convertirse en miembro del Reichstag como un hijo rebelde enfrentado al temible Bismarck, cayó enfermo por primera vez.⁹ Nueve años más tarde, llamado a ocupar un lugar paterno al convertirse en presidente de la Corte Suprema, cayó enfermo una vez más, en esta ocasión definitivamente.¹⁰ La interpretación de Niederland, basada en un disfuncionamiento del Edipo, podría explicar igualmente una neurosis de fracaso, relacionada con temores que impiden realizar una determinada tarea cuando ésta es vivida como una tentativa de rivalizar con el padre y como un esfuerzo por asumir "un papel masculino". La homosexualidad delirante tendría su razón de ser en esta imposible rivalidad; mientras que la gravedad del segundo episodio habría estado vinculada con "la adquisición de un estatus permanente y prácticamente irreversible". En efecto, la situación era distinta en lo que a la candidatura al Reichstag se refiere: aunque ésta se hubiera visto coronada por el éxito, sólo hubiera dado lugar a un breve período de funciones públicas. El planteamiento de Niederland, que da muestras de una lógica indiscutible, se desarrolla, sin embargo, en el marco de una teoría de la psicosis que la considera como una especie de neurosis grave, lo cual difícilmente permite explicar por qué el sujeto reacciona con trastornos catatónicos en vez de con obsesiones o conversiones.

Por otra parte, Lacan descubre una debilidad en la argumentación del psicoanalista de Nueva York. "Si [Niederland] pretende en efecto poder designar la ocasión de la psicosis en el simple asumir la paternidad por el sujeto, que es el tema de su ensayo, entonces es contradictorio considerar como equivalente la decepción anotada por Schreber de sus esperanzas de paternidad y su acceso a la Corte Suprema, en la que su título de *Senätspräsident* subraya la cualidad de Padre (conscrito)¹⁰ que se le asigna: esto en cuanto a la sola motivación de su

9. De hecho, Niederland comete un grave error: Schreber, candidato de la Unión de los Conservadores y Nacional-Liberales, se presentaba, no compitiendo con Bismarck, sino en su apoyo (H. Israëls, *Schreber père et fils*, París, Seuil, 1986, págs. 186-187).

10. Sin duda, Lacan emplea aquí este término para destacar la eminencia de la figura paterna, evocando así la Antigüedad romana, cuando los miembros del Senado eran nombrados "padres conscritos".

segunda crisis, sin perjuicio de la primera que se explicaría de la misma manera por el fracaso de su candidatura al Reichstag."¹¹ ¿Se puede considerar verdaderamente, en este caso, que Bismarck haya representado la figura de Un-Padre que se insertara en una pareja ideal-realidad? ¿O bien debemos suponer que quien lo encarnó fue el rival, el candidato socialista, amplio vencedor del escrutinio? Lacan no se refiere ni al uno ni al otro: para resolver el callejón sin salida de la reflexión de Niederland, propone un abordaje más global. "[L]a referencia a la posición tercera -escribe-, adonde es llamado el significante de la paternidad en todos los casos sería correcta y resolvería esa contradicción." Se observará aquí que el Un-Padre se desprende de las encarnaciones anteriormente descritas para aproximarse a una función lógica. En efecto, el significante de la paternidad interviene en el origen de los dos episodios delirantes de Schreber: la primera vez, debido a su candidatura al Reichstag, la segunda debido a su acceso al título de presidente de la Corte de Apelación Real del Land de Dresde, promoción que lo eleva a la cima de los hombres que hacen las leyes, la mayoría de los cuales lo superan en edad. Lacan considera que en esta nominación, y en el fracaso correspondiente, se discierne el momento crucial, característico de la entrada en la psicosis, en el que del campo del Otro surge la llamada a un significante esencial que no llega.

En los años ochenta, investigadores flamencos exhumaron documentos ignorados tanto por Niederland como por Lacan. Entre otras contribuciones interesantes, aportan elementos nuevos sobre el origen del tercer y último episodio delirante de Schreber. Este episodio, sobrevenido en 1907, no se resolvería hasta su muerte en 1911. Los primeros elementos relativos a este internamiento fueron comunicados en un artículo de Franz Baumeyer, publicado en 1956, que aportó datos inéditos sobre la observación psiquiátrica y sobre el entorno familiar del sujeto.¹² Médico jefe, desde 1946 hasta 1949, en el Hospital de Arnsdorf, cerca de Dresde, Baumeyer tuvo conocimiento de informes provenientes del antiguo asilo de Sonnenstein, entre los cuales se en-

11. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 562.

12. F. Baumeyer, "Le Cas Schreber". *Contributions psychanalytiques de langue anglaise*, París, PUF, 1979, págs. 171-200.

contraba el de Schreber. El último episodio de su enfermedad parece haber sido rico en alucinaciones verbales tenaces en un paciente inaccesible, poco comunicativo, atormentado por su delirio y cuyo estado físico se deterioró hasta la muerte. Baumeier considera que los trastornos se reactivaron debido a la enfermedad de la mujer del presidente. Ésta sufrió, el 14 de noviembre de 1907, "una crisis de apoplejía que tuvo como consecuencia una afasia" y Schreber fue internado el 27 del mismo mes. Su ambivalencia respecto a su mujer, el temor a perderla y sus deseos de verla muerta, asociados con sentimientos de culpabilidad habrían sido, según el autor, las causas de la última crisis psicótica. Si adoptamos la perspectiva de esta hipótesis, no se entiende bien que la enfermedad de la esposa tuviera más repercusiones que la muerte de la madre, sobrevenida algunos meses antes, el 14 de mayo de 1907. Esto último sólo suscitó en el presidente "un insomnio pasajero". "Es notable —comenta en este sentido Baumeier— el borramiento de la imagen de la madre." Y añade que la vida del sujeto transcurrió casi enteramente bajo la "influencia del personaje todopoderoso del padre". La lógica de su teoría lo lleva a minimizar la repercusión de la desaparición de la madre, subrayando su borramiento y destacando la preeminencia de la figura paterna. Sin embargo, en la perspectiva que plantea, la mención de deseos de muerte edípicos y de los sentimientos de culpa correlativos sería todavía más admisible en lo que se refiere a esta muerte que en relación con la enfermedad de la esposa. En consecuencia, la simple consideración de la tesis de Baumeier pone de manifiesto cierta falta de coherencia interna.

Los elementos de los que disponíamos hasta entonces no permitían concebir de qué forma el significante de la paternidad habría podido ser convocado con ocasión de la eclosión del tercer y último episodio de la enfermedad de Schreber, que ni Freud ni Lacan tuvieron en cuenta. Pero Hans Israëls y Daniel Devresse aportaron nuevos datos descubiertos en 1979, que no surgieron de informes psiquiátricos, sino del *dossier* personal de Schreber en el Ministerio de Justicia del antiguo reino de Saxo. Allí se revela que alrededor del 1 de noviembre de 1907 Schreber se vio confrontado de nuevo con el significante de la paternidad. Se sabe que su padre, Gottlob Moritz (1808-1861), pedagogo y médico, fue director de un instituto ortopédico en la universidad de Leipzig. Pretendía ser un reformador social mediante un método de cultura física destinado a aportar a las masas salud, bienestar y

felicidad. Fue el iniciador, recuerda Lacan, "de esos cachitos de verdor destinados a alimentar en el empleado un idealismo hortelano, que conservan todavía en Alemania el nombre de *Schrebergärten*".¹³ Ahora bien, resulta que a comienzos de noviembre de 1907, diversos *Schrebervereine* de los alrededores de Leipzig, asociaciones herederas de la obra del padre, se habían dirigido al hijo con el fin de evitar todo uso abusivo del apellido, así como para beneficiarse en exclusiva de un legado establecido por la madre de Paul Schreber. He aquí el texto del llamamiento de Richard Siegel, presidente de la Federación de las Asociaciones Schreber de Leipzig: "El nombre de Schreber ha sido deshonrado, hasta tal punto que, en todos los lugares donde se crean urbanizaciones, éstas reciben enseguida el nombre de 'Jardines Schreber', y se bautiza a la asociación que los promueve 'Asociación Schreber', aunque en esos medios nadie dedica el menor pensamiento a la obra de los doctores Schreber y Hauschild, ni dice nada del espíritu que ellos nos insuflaron. Por desgracia, no podemos impedir esta malversación: sólo la familia del doctor Schreber estaría capacitada para actuar. Pero mientras subsista este uso abusivo, las auténticas asociaciones Schreber (y esto se lo deben a la memoria del doctor Schreber y a la preocupación por su propia dignidad) harán todo lo posible para que se establezca una distinción neta entre las asociaciones auténticas y las que usurpan su título".¹⁴ ¿Cabría considerar, pues, que Siegel encarnó una figura paterna que se introdujo como tercero en una pareja imaginaria? ¿Deberíamos suponer más bien, quizás, que situarse como garante del buen uso del nombre patronímico sería una tarea insuperable para un sujeto cuya estructura no está regulada por el Nombre del Padre? Sea como fuere, es indudable que en tal circunstancia Schreber se vio obligado a apelar al significante de la paternidad, y que ello le supuso un problema importante, por lo que se negó a decidir. No sólo no respondió favorablemente a la demanda de Siegel, sino que tomó la iniciativa de conceder a algunas de las asociaciones exteriores a la federación una dotación igual no prevista en el legado de su madre. "Sin duda —advierde J. Quackelbeen—, su gesto se presta a todas

13. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 362.

14. H. Israëls, *Schreber, père et fils*, op. cit., págs. 221-222.

las confusiones, pues no coincide con la voluntad de la difunta. Los no federados estaban exultantes, y creyeron ver en el gesto de Paul una desautorización de la federación." Paul se vio obligado a publicar una declaración, que concluye protestando contra el tinte partidario que se había atribuido a sus anteriores manifestaciones.¹⁵ Esta declaración, prosigue Quackelbeen, proporciona "una respuesta puramente formal, incluso formalista, a la discusión: ni denuncia ni explica. Aquí parece resurgir el jurista puntilloso: recurre constantemente a las citas y rectifica las posibles interpretaciones, matizando de continuo la reservas y precisiones que aporta. En ningún caso consigue expresarse claramente sobre la cuestión que le plantea con insistencia Siegel: '¿Quiénes son los auténticos continuadores de la obra de su padre, Moritz Schreber?'. Él responde: 'La cuestión [de la donación] ya casi se ha resuelto del todo mientras tanto... El comunicado anteriormente citado contiene *gran parte* de inexactitudes... y finalmente, nunca se me hubiera ocurrido —sobre todo diciéndolo de esta manera...'. Y más adelante escribe: 'Yo no he empleado esta forma de hablar... más que a propósito de dos asociaciones... que nos han dado la impresión... de que su respetable asociación... no estaba muy alejada de las que pertenecen a la Federación' ". Este discurso, comenta Quackelbeen, parece un trance conjuratorio que da vueltas en torno a algo que en él está ausente: una idea clara sobre qué podría significar llevar el nombre de Schreber. Aparentemente, la madre no parecía demasiado preocupada por este problema. Trataba todos los temas directamente con Siegel. Por el contrario, Paul se encuentra perdido. Cuando las asociaciones rivales protestan, él responde dando. Siegel le reclama un sello de autenticidad, y entonces redacta la "Declaración". Pero lo que se lee en ella, de forma casi tangible, es que Schreber no puede responder por lo que no tiene. Es perfectamente incapaz de explicar por qué ha transgredido las disposiciones testamentarias.¹⁶

Existen, por lo tanto, documentos que Lacan ignoraba y que parecen aportar una importante confirmación de su tesis sobre las condiciones de desencadenamiento de la psicosis. Con todo, dicha tesis no

15. D. Devreese, H. Israëls y J. Quackelbeen, *Schreber inédit*, París, Seuil, 1986, págs. 99-101.

16. *Ibid.*, pág. 138.

carece de puntos oscuros: no se puede afirmar, como hacen algunos, que "la condición necesaria y suficiente" para que se desencadene una psicosis reside en el encuentro con Un-Padre en posición tercera en una pareja imaginaria. En efecto, si se considera el caso Schreber, se trataría quizás de una condición necesaria, pero sin lugar a dudas no suficiente. La biografía de Schreber, establecida en los años ochenta, nos enseña que la puesta en juego del significante de la paternidad no siempre tuvo para él consecuencias desestabilizadoras, incluso cuando se produjo en situaciones aparentemente semejantes a las que lo quebrantaron. Su historial administrativo revela que vivió cinco nominaciones, éxitos electorales y distinciones oficiales a lo largo de un período que, tal y como queda reflejado, supuso "ocho años de felicidad en todos los sentidos, colmados de honores" —entre 1885 y 1893—. El 23 de abril de 1888, fue condecorado con la Cruz de Caballero de primera clase. El 1 de abril de 1885, fue nombrado para el directorio del tribunal del Land de Leipzig. Y el 1 de octubre de 1889, se convirtió en presidente del tribunal del Land de Freiberg. Además, fue elegido consejero de la Asamblea del distrito de Freiberg. "Está claro —destaca Devresse— que, por una parte, Schreber ya había sido portador del título de 'presidente' (de un tribunal) antes de su nominación en Dresde (Freiberg, 1889), por otra parte, siguió ejerciendo un mandato en la misma circunscripción en la que había sido tan duramente derrotado en las elecciones generales de 1884."¹⁷ ¿Cómo es posible que pudiera asumir este éxito electoral, las promociones profesionales y las nominaciones como Caballero, como director o como presidente? Sin lugar a dudas, en lo que a esto se refiere es preciso tener en cuenta datos propios de la historia del sujeto y de lo específico de cada situación: una ínfima promoción que tenga lugar en un contexto conflictivo tendrá para algunos psicóticos más consecuencias que el acceso a las más altas funciones para otros.

Lo bien fundado de esta hipótesis queda confirmado por el caso de Jean-Pierre D., relatado por dos clínicos que, al no guiarse por las indicaciones lacanianas, se sorprenden ante las dificultades de este sujeto con la paternidad.¹⁸ En 1976, su mujer le anuncia a Pierre D. que

17. *Ibid.*, pág. 156.

18. F. Petitjean y G. Massé, "Une paternité difficile", *Psychiatrie du praticien*, 1981, 7, págs. 41-43.

está embarazada. Esto le produce alegría, pero durante el tercer mes aparecen hemorragias que hacen temer un aborto. Entonces él se muestra muy inquieto y su ansiedad no hace sino aumentar cuando se aproxima el momento: ¿será capaz de educar a su hijo?, ¿sobrevivirá su mujer al parto? Al poco tiempo, se siente espiado, controlado, se hacen comentarios sobre su virilidad. Entonces tiene que ser hospitalizado. Sin embargo, sus trastornos desaparecen bastante rápidamente bajo el efecto del tratamiento farmacológico. El nacimiento del niño no supone nuevas dificultades. Ahora bien, al cabo de tres años, se produce un nuevo embarazo de su mujer dándose la circunstancia de que, durante ese tiempo, ha sido nombrado encargado. En este caso no hay necesidad de una nominación elevada para que surjan los trastornos: el cargo de encargado para este jardinero supone la misma imposibilidad que el de presidente de la Corte Suprema regional para Schreber. La promoción de Jean-Pierre D., nos dicen, lo arroja a un abismo de perplejidad: ¿por qué lo han promovido?, ¿qué pensarán sus colegas?, ¿qué significa esa palabra, "encargado",* ¿qué responsabilidades supone? Progresivamente, estas preguntas se transforman en una vivencia persecutoria: sus compañeros lo vigilan; hay un verdadero complot en el que están implicados sus vecinos, su mujer, su jefe. Sin embargo, también en este caso podrá reanudar el trabajo algunos meses más tarde gracias al tratamiento. Por todo lo anterior, se ve que la hipótesis de los mencionados autores de acuerdo con la cual habría que hablar de "psicosis puerperal en el hombre" no parece demasiado admisible. Más bien son las psicosis puerperales las que ganarían en claridad si fueran concebidas en referencia a la intervención, debido al nacimiento, de una llamada a la función del padre.

Parece un hecho comprobado que el significante de la paternidad ha sido convocado previamente al desencadenamiento de un número bastante elevado de episodios psicóticos. Sin embargo, múltiples observaciones clínicas constituyen una objeción a este modelo. Freud, por ejemplo, cuenta el caso de un joven médico que se sentía perseguido por su mejor amigo, de tal manera que se había visto obligado a abandonar su ciudad natal tras amenazarlo de muerte. Su paranoia "se declaró en el preciso momento en que había conseguido satisfacer por

primera vez de forma completa a una mujer. Ésta —dice Freud— lo había besado llena de entrega y reconocimiento, y entonces él experimentó de pronto un extraño dolor, como una cuchillada que le seccionara el cráneo. Más tarde explicó esta sensación diciendo que sólo podía compararla con la sensación de que le estaban haciendo saltar la tapa de los sesos, poniendo al desnudo el cerebro, tal como se hace en las autopsias o en las grandes trepanaciones". Como el que iba a convertirse en su perseguidor se había especializado en anatomía patológica, "descubrió poco a poco que posiblemente hubiera enviado esta mujer para intentarlo. Entonces lo entendió todo y concluyó que todas las otras persecuciones de las que era objeto se debían a su antiguo amigo".¹⁹ Resulta difícil relacionar el reconocimiento por parte de esta mujer satisfecha con una forma cualquiera de intervención del significante de la paternidad. Esta objeción contra la tesis lacaniana clásica tiene tanto más peso cuanto que circunstancias de desencadenamiento análogas se constatan con cierta frecuencia. Muchas veces se ha comprobado que el encuentro con el deseo del Otro puede ser desestabilizador para un psicótico.

Otro ejemplo distinto, que describe una situación más infrecuente, aunque no insólita, resulta igualmente difícil de incluir en la hipótesis lacaniana. "Gig... Pierre —informa Charles Durand— no presenta antecedentes patológicos, y tuvo una existencia normal hasta marzo de 1937, cuando un acontecimiento feliz (ganó 5.000 francos en la lotería nacional) tuvo, sin embargo, una influencia nefasta en su vida cotidiana. Pierre empezó a festejar con sus amigos este favor de la fortuna; pero, una vez en casa, empezó a sentirse invadido por un sentimiento de inquietud. Como el zapatero de la fábula, se tornó sombrío y desconfiado, no quería ver a nadie. Quienes lo rodeaban hablaban, sin lugar a dudas, de él, lo adulaban por esta inesperada ganancia, ¡quizás incluso quisieran quitársela!" Entonces surgieron alucinaciones verbales. Los trastornos se atenuaron, pero un año más tarde fue internado, presentando abundantes fenómenos de automatismo mental.²⁰ Es sabido que acontecimientos felices constituyen a veces el factor desencadenante

* *Contremaitre*. [N. del T.]

19. S. Freud, *Introduction à la psychanalyse*, Paris, Payot, 1951, págs. 402-403.

20. C. Durand, *L'Écho de la pensée*, Paris, Doin, 1941, pág. 79.

de una psicosis, pero a menudo es difícil distinguir en ellos alguna posible intervención de Un-Padre.

Examinemos ahora lo que parece constituir una de las objeciones más importantes contra la tesis lacaniana, porque algunos autores llegan a referirse a la enseñanza de Lacan, o incluso pretenden situarse dentro de su ámbito, pero afirman que la hipótesis de la forclusión del Nombre del Padre no permite dar cuenta "directamente del caso típicamente ilustrado por el desencadenamiento de las esquizofrenias en la adolescencia".

C. ¿Es la adolescencia un factor desencadenante?

¿Proporciona el funcionamiento psíquico del adolescente una especie de modelo "fisiológico" de la psicosis?²¹ ¿Una crisis de originalidad juvenil, sería una "bouffée esquizofrénica transitoria"?²² Más aún: la propia esquizofrenia, ¿no podría ser una "crisis de originalidad juvenil definitiva"? O bien, "el enloquecimiento de las pulsiones eróticas y agresivas", ¿proporcionaría la clave del fenómeno de la adolescencia?²³ Dado que hay diversos autores, psiquiatras y analistas, que se hacen tales preguntas, un poco sorprendentes, y como los hay también que trabajan "con el modelo de una ruptura psicótica transitoria de la adolescencia", o "una tentativa de forclusión propia de esta edad",²⁴ es conveniente empezar subrayando con énfasis que la adolescencia no es un concepto psicoanalítico.²⁵ El paso de la infancia a la edad adulta

21. R. Cahn, *Adolescence et folie. Les déliaisons dangereuses*, Paris, PUF, 1991, pág. 38.

22. M. Porot, "Modes d'entrée dans la schizophrénie", *La Revue du praticien*, XV, 25, 1 de octubre de 1956, pág. 3.256.

23. R. Cahn, *op. cit.*, pág. 26.

24. C. Melman, "Une question particulière du père à l'adolescence?", *Clinique psychanalytique. Articles et communications. 1973-1990*, publicación de la Association Freudienne, Paris, Grenoble, 1991, pág. 193.

25. Los primeros psicoanalistas germanófonos, advierte Sauvagnat, "empleaban casi exclusivamente el término *pubertad* (evidentemente, para insistir en el carácter dramático de la sexualidad adolescente), incluso cuando se trataba de referirse a una adolescencia interminable; en esto se oponían a los psicólogos de la adolescencia (Spranger,

no produce obligatoriamente una "crisis psíquica" supuestamente característica del fenómeno "adolescencia".

Historiadores y sociólogos enseñan que este último constituye una creación reciente, cuya emergencia en Europa hay que situarlo a mediados del siglo XIX. En lo esencial, resulta de condiciones demográficas nuevas que implican un retraso forzoso en el acceso al mundo adulto. Lo cual se traduce, consecuentemente, en el incremento constante de las obligaciones escolares y de la duración de los estudios. En los últimos decenios, el aumento del paro entre jóvenes contribuye a amplificar este fenómeno. "La adolescencia no existe", afirman con razón Patrice Huerre, Jean Michel Reymond y Martine Pagan-Reymond;²⁶ precisemos que no existe como momento específico e inevitable de la construcción del sujeto. Contrariamente a lo que escribe un psicoanalista que se pregunta por las afinidades de la psicosis con la adolescencia, esta última no se encuentra "condensada" en los ritos de iniciación de las sociedades preindustriales:²⁷ semejante formulación indica un planteamiento etnocéntrico carente de crítica. Los mencionados ritos, que codifican de una forma clara y con una duración limitada el paso de la infancia a la edad adulta, demuestran en la mayoría de los casos excluir el fenómeno "adolescencia", su "crisis" y su "malestar". Sin duda, la separación del mundo de la infancia es vivida a veces con dificultad incluso en esas culturas distintas, pero esto es algo que se atenúa inmediatamente con el acceso al estatuto deseado de adulto.

Si omitimos los determinismos económicos, sociales y culturales que dieron nacimiento al concepto de adolescencia, se corre el riesgo de convertirla en una entidad psicológica autosuficiente, y en tal caso ya nada se opone a la elaboración de sutiles elucubraciones sobre su naturaleza psicótica. Y es de temer que estas últimas sean en sí mismas

Tumlriz, Bülher, etc.) que, por su parte, hablaban todos ellos sin excepción de *juventud*" (F. Sauvagnat, "La crise d'adolescence telle que la voyaient les premiers psychanalystes", *Destins de l'adolescence*, Presses Universitaires de Rennes, 1992, pág. 48).

26. P. Huerre, M. Pagan-Reymond y J.-M. Reymond, *L'adolescence n'existe pas. Histoire des tribulations d'un artifice*, Paris, Ed. Universitaires, 1990.

27. R. Cahn, *op. cit.*, pág. 18.

reveladoras de un aspecto del fenómeno de la adolescencia: el miedo que les inspira a algunos adultos. No hay que olvidar que el ascenso de este concepto, en la segunda mitad del siglo XIX, está relacionado con un incremento en las manifestaciones de temor respecto a la juventud. Además de objeto de un interés creciente, el adolescente se convierte en la causa denunciada de no pocos males. Hay quienes no dudan en considerar que "el apetito sexual del adolescente lo conduce a la violencia, a la brutalidad, incluso al sadismo, de tal forma que le atraen la violación y la sangre".²⁸ "Se produce un insensible deslizamiento — escribe M. Perrot— hacia la definición del adolescente criminal, cuyo análisis se encuentra en el libro de un cierto Duprat, escrito en 1909, típico de las preocupaciones de su época: *Criminalité dans l'adolescence, causes, remèdes d'un mal social actuel.*" El adolescente, según Duprat, "es un vagabundo nato". Amante de los viajes, de los desplazamientos, profundamente inestable, hace "fugas análogas a las de los histéricos y los epilépticos, incapaz de resistir al impulso de los viajes". Es, pues, un enfermo en potencia, con su patología propia: por ejemplo, la hebefrenia, definida como "una necesidad de actuar que lleva a desdenar todo obstáculo y todo peligro" y conduce hasta el asesinato. De ahí que sea preciso "vigilar este estado mórbido".²⁹ En esa época, el modelo de la enfermedad de la adolescencia es todavía, sin duda, el de la crisis de histeria y la demencia precoz; sin embargo, la extensión contemporánea del concepto de psicosis parece haber conducido a los autores modernos a optar por esta última.

Dejemos aquí esta psiquiatrización abusiva e inquieta de fenómenos sociales que han llevado a decantar la noción de adolescencia, y retengamos únicamente lo que podría especificarla en el plano del deseo, subrayando que si bien todos los hombres cometen lapsus y tienen sueños, no todos atraviesan una adolescencia. Por otra parte, Freud no teoriza sobre esta última, ni sobre la crisis psíquica con ella relacionada: lo que le llama la atención es la pubertad. No comete el error de método consistente en considerar como inherente al funcionamiento del deseo un funcionamiento cultural, local y situado en el tiempo. No

28. M. Perrot, "La fin du charivari", *L'Âne. Le magazine freudien*, 22, julio-septiembre de 1985, pág. 45.

29. *Ibid.*

plantea la "crisis de adolescencia" como una "enfermedad normal" cuya ausencia, en algunos, resultaría paradójicamente patológica. La problemática freudiana es clara: por una parte, el niño; por otra parte, el adulto, que lleva en sí "al niño"; y entre los dos, la pubertad, momento en que se revela la forma de funcionamiento del deseo en función de potencialidades ya presentes.

En lo que a la psicosis se refiere, existe consenso entre los clínicos, quienes constatan que el periodo pospuberal demuestra ser particularmente propicio a su desencadenamiento. A este respecto, las intuiciones de los practicantes parecen verse en parte confirmadas por las investigaciones estadísticas, centradas en la noción vaga y descriptiva de esquizofrenia que se encuentra en los últimos *DSM*, donde se establece que, de entre los sujetos afectos de este trastorno, más del 70% presentaron un primer episodio mórbido antes de los 25 años.³⁰ Es una lástima que no contemos, que yo sepa, con estudios cuantitativos equivalentes sobre el desencadenamiento de la histeria, pero todo hace pensar que es igualmente precoz. Si esta última estuviera todavía de moda, hoy día proliferarían, sin duda, los trabajos sobre "esa edad histerica" de la vida. No volveré a insistir, por haberlo hecho ya suficientemente,³¹ en la banalidad de la confusión entre psicosis e histeria crepuscular, pero no debe producir sorpresa, tras lo dicho hasta ahora, que a menudo se constate en los trabajos psicoanalíticos un intento de apropiarse de la adolescencia. Téngase en cuenta, por otra parte, que neurosis obsesivas y perversiones se estructuran también con gran frecuencia en el periodo pospubertario. De hecho, parece que la mayor parte de las patologías del adulto muestran una clara propensión a desencadenarse en ese momento de la vida.

Al respecto, como principio explicativo principal, la noción de reactivación de las emociones edípicas es generalmente mencionada; ahora bien, en lo que a la psicosis se refiere, esta noción parece poco compatible con la forclusión del Nombre del Padre, que implica una

30. S. Keith, D. Regier, D. Rae y S. Matthews, "Prévalence de la schizophrénie: analyse des caractéristiques démographiques, des formes symptomatiques, et de l'évolution", *Psychoses et adolescence*, bajo la dirección de F. Ladame, P. Gutton, M. Kalogerakis, París, Masson, 1990, págs. 101-102.

31. J.-C. Maleval, "Les hystéries crépusculaires", *Confrontations psychiatriques*, 1985, 25, págs. 63-97.

carencia de la función estructurante de la castración y de los mecanismos edípicos que de ella dependen. Ciertamente, surge una dificultad cuando se intenta conciliar un planteamiento estructural con una noción genética. Por eso era preciso empezar denunciando la psicologización de la adolescencia para comprender por qué ni Lacan ni Freud otorgan una significación psicoanalítica a este término.

Los *Tres ensayos de teoría sexual* constituyen el primer trabajo psicoanalítico que trata de las mutaciones del deseo que acompañan a la pubertad. Allí la adolescencia no figura como un periodo particular del desarrollo humano; según Freud, es en primer lugar la sexualidad infantil lo que conviene destacar. Al quedar esta última definida como lo fundamental, las formas nuevas que adopta en la pubertad, al final de las transformaciones corporales y psíquicas que se producen, no presentan sino un interés secundario, pues se reducen a la reactualización de una problemática anterior. No se concibe este periodo como un acontecimiento endocrinológico, generador de un momento de locura pulsional, sino como un momento que hace intervenir un mecanismo de "a posteriori".* Para el neurótico, cierto gesto de ternura que hasta ese momento se efectuaba sin rastro de inquietud se carga, de pronto, de un valor sexual inaceptable para el superyó, de tal forma que se moviliza el mecanismo de la represión. Lo que había permanecido en estado de una huella adquiere con la pubertad un sentido nuevo.

En lo que a la psicosis se refiere, este planteamiento nos incita a preguntarnos por la forma en que se actualiza en este momento la relación del sujeto con "la barrera del incesto": ¿estaba ésta instalada para regular el deseo, o no lo estaba? En 1938, en su trabajo sobre los complejos familiares, en una tesis que anticipaba la de 1957, Lacan respondía ya de forma negativa a esta pregunta. Concebía el desencadenamiento de la psicosis a partir de una coyuntura que "reproduce"³² el momento culminante del complejo de Edipo y que revela su fracaso. Consideraba que en estas circunstancias el objeto paterno de la identificación edípica no conseguía superar al objeto del deseo,

* *Après-coup*. [N. del T.]

³² J. Lacan, *Les complexes familiaux dans la formation de l'individu* (1938), París, Navarin, 1984, pág. 80.

dejando así al sujeto enfrentado sin mediación con imágenes narcisistas. Lacan no modificará su posición en lo que se refiere a considerar que las defensas de la psicosis clínica han de intervenir cuando la carencia paterna queda al descubierto. En este momento, la reactivación de los conflictos edípicos le confiere al objeto una dimensión traumática e hiperexcitante. Esta problemática queda claramente articulada mediante un ejemplo clínico, surgido de su presentación de enfermos, expuesto en 1956, en el *Seminario III*. "Recuerden -dice- ese pequeño sujeto que evidentemente nos parecía, a nosotros, muy lúcido. Visto la manera en que había crecido y prosperado en la existencia, en medio de la anarquía -solamente un poco más patente que en los demás- de su situación familiar, se había vinculado a un amigo, que se había vuelto su punto de arraigo en la existencia, y de golpe algo le había ocurrido, no era capaz de explicar qué. Captamos claramente que ese algo tenía que ver con la aparición de la hija de su compañero, y completamos diciendo que sintió ese hecho como incestuoso, y, por ende, se produjo la defensa [...] Este hombrecillo había comprendido aún menos que nosotros. Chocaba ahí con algo, y faltándole por entero la clave, se metió tres meses en su cama, como para ubicarse. Estaba en la perplejidad."³³

La entrada en escena de la hija del partenaire dejó a éste en una posición tercera respecto a una pareja erotizada, y fue entonces cuando se reveló que algo "no se había completado en el Edipo" del sujeto.

Se entiende que la llamada al goce propia de la pubertad sea particularmente propicia para revelar si su regulación mediante la función paterna se ha instalado o no. En consecuencia, no resulta particularmente difícil relacionar la indiscutible frecuencia de desencadenamientos de psicosis en el periodo pospubertario con la hipótesis de la forclusión del Nombre del Padre.

La focalización en las incidencias psíquicas de la pubertad para concebir el desencadenamiento de la psicosis orienta hacia una hipótesis cuyo alcance heurístico parece bastante comparable con el de la tesis lacaniana: la actualización del fallo del Edipo no carece de parentesco con el encuentro con la carencia paterna. En consecuencia, no es

³³ J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, págs. 288-289.

ésta la vía que hemos de seguir para tratar de discutir la pertinencia de las objeciones planteadas respecto a la tesis desarrollada en 1957 en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis".

Se podrían multiplicar los ejemplos que permiten mostrar que el Un-Padre encarnado en una figura cualquiera no está siempre presente en el momento del desencadenamiento de la psicosis. Por otra parte, en la enseñanza del propio Lacan se encuentran dos indicaciones relacionadas con otras formas de desencadenamiento.

D. Función paterna e incompletud del Otro

Una de ellas permite esclarecer un hecho clínico perteneciente a la experiencia corriente: la angustia que se apodera de ciertos sujetos psicóticos cuando la situación les exige sostener su opinión o asumir responsabilidades. Mencionemos, por ejemplo, el caso de la Srta. S. Incitada a preguntarse por las circunstancias de desencadenamiento de sus tres episodios psicóticos, ve que la asunción de alguna responsabilidad social o profesional fue un factor concomitante en cada caso.³⁴ Lo más arduo que se le puede plantear a un hombre, afirma Lacan el 31 de mayo de 1956, es algo con lo que su ser en el mundo no lo enfrenta tan a menudo: "es lo que se llama *tomar la palabra*, quiero decir la suya, justo lo contrario de decir *sí, sí, sí* a la del vecino. Esto no se expresa forzosamente en palabras. La clínica muestra que es justamente en este momento, si se sabe detectarlo en niveles muy diversos, cuando se declara la psicosis. A veces, se trata de un pequeño trabajo de toma de palabra, mientras que hasta entonces el sujeto vivía en su capullo, como una polilla".³⁵

Es comprensible entonces, como señala Lacan, que la situación analítica no carezca de riesgos para el psicótico. Desde los inicios del psicoanálisis, Freud, Ferenczi y Federn³⁶ pasaron por esta experiencia,

34. M.-H. Brousse, "Conditions de possibilité de l'entrée en analyse du patient psychotique", *Psychose et création*, GRAPP, 1990, pág. 41.

35. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 360.

36. Federn afirma claramente en 1943: "Las psicosis latentes son provocadas por el método habitual del análisis" (P. Federn, *La psicología del yo y las psicosis*, Paris, PUF, 1979, pág. 163).

y alertaron respecto a una dirección de la cura sin modificaciones. Más recientemente, Czermak relata la observación de un sujeto en quien el análisis desarrolló paulatinamente la psicosis clínica: "A medida que avanzaba, escribe, su sensación de estar pasando un calvario se agravaba, y oírle decir a alguien por televisión que el analista es un santo había confirmado su intuición. Respecto a esta perfección sin falla, él no podía sino sentirse fracasado, en posición de desecho, hasta tal punto que, al inicio de las vacaciones de Pascua, cuando su analista le dice: 'Lo dejamos aquí y seguiremos después de las vacaciones', se sintió literalmente dejado caer". A continuación surgieron alucinaciones, acompañadas de un delirio y de una tentativa de suicidio.³⁷ Bychowski aporta el testimonio de que no se trata de un caso aislado. En 1966, relata la observación, en su propia práctica, de cierto número de "psicosis precipitadas por el psicoanálisis".³⁸ Este artículo rara vez es citado en nuestros días: ¿acaso no hay quienes enseñan que hay que confiar en una historización siempre posible del psicótico? No era ésta la opinión de Lacan, quien afirmaba en 1956: "Sucede que tomamos prepsicóticos en análisis, y sabemos cuál es el resultado: el resultado son psicóticos".³⁹

Sin embargo, numerosos trabajos ulteriores, producidos por analistas que han seguido la orientación de no retroceder ante la psicosis, conducen a matizar esta afirmación: todo indica que son direcciones de la cura inadecuadas las que favorecen desencadenamientos. En mi opinión, hay dos en particular: por una parte, las que enfrentan con insistencia al sujeto con el enigma del deseo del Otro por medio de la interpretación que hace resonar la ambigüedad del significante; por otra parte, las que se empeñan en minar las parapsicosis (identificaciones imaginarias o suplencias elaboradas) interpretándolas en lugar de sostenerlas.

Puede ocurrir, sin embargo, que la psicosis se desencadene en ocasión de un mal encuentro ocurrido durante el análisis, aunque inde-

37. M. Czermak, "Sur le déclenchement des psychoses", *Passions de l'objet*, Paris, Joseph Clims, 1986, págs. 87-88.

38. G. Bychowski, "Psychosis precipitated by psychoanalysis", *Psychoanalytic Quarterly*, julio de 1966, XXXV, 3, págs. 327-339.

39. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 360.

pendiente de la dirección de la cura. Ferenczi⁴⁰ y Klotz⁴¹ relatan haber tenido esta experiencia.

El acento puesto en el acto de tomar la palabra constituye una indicación anterior a la tesis sobre el desencadenamiento desarrollada en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis"; pero una segunda observación de Lacan a este respecto corresponde a un momento posterior: por rápida y alusiva que sea, resulta preciosa, porque puede llevar a reconsiderar las anteriores. Lacan llama la atención en 1966 sobre el drama subjetivo de los escasos sabios que ponen en crisis el saber de su tiempo al producir en él una mutación decisiva. Este drama, escribe, "[t]iene sus víctimas, de las que nada indica que su destino se inscriba en el mito del Edipo. Digamos que la cuestión no está muy estudiada. J. R. Mayer, Cantor, no voy a establecer una lista de honor de esos dramas que llegan a veces hasta la locura donde algunos nombres de vivos aparecerían pronto: donde considero que el drama de lo que sucede en el psicoanálisis es ejemplar. Y establezco que no podría aquí incluirse a sí mismo en el Edipo, so pena de ponerlo en entredicho."⁴²

En este mismo escrito, que es el mismo en el que se introduce el objeto *a* en los *Escritos*, Lacan destaca la necesidad de una superación del mito de Edipo para conseguir llevar un análisis hasta su término. El atravesamiento del fantasma no se resuelve en la localización de las coordenadas familiares: ésta permite, sin duda, despejar un goce específico, pero desemboca en una aporía lógica que revela la incompletud del Otro. Es a dicha incompletud a la que se enfrentan los sabios que producen un franqueamiento del saber: rebasando los límites del conocimiento de su tiempo, se aventuran sin ningún garante en la vacuidad de lo simbólico. Lacan pone como ejemplo a Julius Robert von Mayer, que formuló en 1842 el primer principio de la termodinámica, así como a Georg Cantor, fundador a finales del siglo XIX de la teoría de conjuntos y creador de los números transfinitos. Ambos pasaron temporadas en el manicomio. Ninguno de los dos pudo producir sus

40. S. Ferenczi, "Quelques observations de malades paranoïaques et paraphréniques" (1914), *Œuvres complètes*, col. "Psychanalyse", II, París, Payot, 1970, págs. 109-116.

41. J.-P. Klotz, "Déclenchement tardif d'une psychose en cours d'analyse", *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1987, XIII, págs. 49-52.

42. J. Lacan, "La ciencia y la verdad", en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 848.

descubrimientos innovadores sin enfrentarse a una falla percibida en lo simbólico. "A partir de nada, he creado un mundo nuevo, distinto": así hubieran podido expresarse ellos, tal como lo hizo efectivamente Janos Bolyai, matemático húngaro del siglo pasado, creador de la primera geometría no euclidiana, que vivió un drama similar. El odio mortal contra su padre estuvo en el origen de su descubrimiento. En efecto, Farkas Bolyai, el padre, célebre matemático, consagró gran parte de sus investigaciones a tratar de deducir el axioma de las paralelas de otro axioma de la geometría euclidiana. Y resulta que el hijo fue uno de los primeros en establecer la imposibilidad de llevar a buen puerto una tentativa semejante, aislando de esta forma una hiancia en un saber de más de veinte siglos. Entonces, Janos se creyó "El enviado de Dios", de tal forma que elaboró una "doctrina de la salvación universal" que trataba de garantizar la felicidad humana gracias a una "lengua perfecta" rica en neologismos.⁴³

En lo que se refiere a Cantor, el trabajo de N. Charraud muestra que un primer desencadenamiento se produce en 1884, poco después del descubrimiento de los números transfinitos. Locura asociada, al parecer, con un éxito que lo enfrenta a una paternidad moral respecto a eventuales alumnos, poniéndolo así en la posición, imposible de asumir, de garantizar un saber nuevo.⁴⁴ Sus allegados fueron testigos de que ya no volvió a ser el mismo después de aquella época, aunque no desarrolló un delirio hasta 1899, cuando el descubrimiento de paradojas en el seno de la teoría de los conjuntos desveló su inconsistencia lógica, arruinando así el proyecto fundamental de Cantor, que pretendía conseguir la completud del Otro de los números. Los callejones sin salida en los que se encontró ante la indecidibilidad de la hipótesis del continuo y el problema de las paradojas introdujeron una hiancia devastadora dentro de la suplencia previamente elaborada mediante el trabajo de la letra matemática.

La indicación sobre el drama de los sabios psicóticos evidencia una coyuntura de desencadenamiento que Lacan no podía concebir en

43. I. Hermann, "Janos Bolyai. Naissance d'une pensée" (1945), en *Parallélismes*, París, Denoël, 1980, págs. 7-110.

44. N. Charraud, *Infinit et inconscient. Essai sur Georg Cantor*, París, Anthropos, 1994, pág. 199.

1957, cuando pensaba al Otro completo. En esta perspectiva, es el fallo radical del Nombre del Padre lo que conduce al sujeto psicótico a encontrarse con un agujero en lo simbólico, enigmático y angustiante. Pero en los años sesenta se impone el giro de la incompletud del Otro: la hiancia de lo simbólico no se puede reducir, cada sujeto se tiene que adaptar a ella. El Nombre del Padre, que a partir de ahora puede escribirse $S(X)$, se convierte en el significante que permite darle la respuesta fálica a la hiancia del Otro. Cuando el desencadenamiento de la psicosis revela el fallo de esta respuesta, no es infrecuente que se manifieste una figura persecutoria: el Un-Padre real, cuyo goce maligno parece buscar ejercerse contra el sujeto. En consecuencia, quizás convendría invertir la lógica de los fenómenos respecto a la tesis de 1957: no es el encuentro con Un-Padre lo que revela una hiancia simbólica, es la confrontación con la incompletud del Otro lo que hace que surja el Padre gozador. Se podría proponer, pues, de esta forma, un primer elemento de respuesta para explicar el hecho de que el Padre no siempre esté presente en el desencadenamiento. Por otra parte, se puede entender el impacto patógeno que tienen el hecho de tomar la palabra y la asunción de responsabilidades, pues inducen en el sujeto una búsqueda de la referencia. Y resulta que en el lugar de la referencia, cuando el fantasma ya no lo cubre, sólo puede revelarse un vacío. Sin lugar a dudas, en las circunstancias en que el sujeto se ve llevado a preguntarse por lo que funda la función paterna (nacimiento, promoción, etc.), se corre el riesgo de que se le revele el carácter de semblante de esta última: ¿acaso no denuncian la mayoría de los paranoicos la impostura de los Padres?

Considerar la confrontación con la incompletud del Otro como factor principal del desencadenamiento no sólo permite dar cuenta de la mayoría de las coyunturas clínicas previamente mencionadas, sino que hace inteligibles otras que sin esta hipótesis serían difíciles de concebir.

Así, por ejemplo, interrogar al Otro del saber absoluto, por medio de prácticas de adivinación o sesiones de espiritismo, puede suponer verdaderos peligros para un sujeto de estructura psicótica, en particular cuando alguna respuesta ambigua sugiere la inherencia a lo simbólico de un imposible de decir. Una analizante tuvo en dos oportunidades episodios delirantes que provocaron su hospitalización, así como la interrupción temporal de la cura, en ocasión de la misma circunstancia,

una consulta a una vidente. Habiendo emprendido un viaje para interrogar al Otro oscuro, el del destino, el de la providencia, sólo consiguió obtener unas pocas informaciones vagas e inquietantes que, narradas en el marco de las sesiones, hicieron surgir enseguida la malignidad del Otro gozador: le esperaba un porvenir de catástrofes, y su analista empezó a convertirse en alguien amenazador. Además, el mundo se puso a hacerle signos y la mirada de los clientes de su comercio se le hacía presente con angustia.

Los trastornos psicóticos del ilustre Berbiguier de Terre-Neuve du Thym surgieron en circunstancias semejantes. Tras muchas negativas por su parte, Berbiguier relata haber aceptado, a sugerencia de una mujer de su servicio, "hacerse tirar las cartas del Tarot" por "una mujer llamada la Mansotte". Cuenta el episodio con la finalidad de preservar a sus semejantes de caer en la trampa a la que él mismo se había dejado arrastrar. Las primeras alucinaciones se manifestaron algunas horas después de la sesión de adivinación: se puso a oír "ruidos extraordinarios", parecidos "a mugidos de bestias feroces".⁴⁵ Quedó tan asustado, que tuvo que abandonar su casa y sólo pudo volver a la mañana siguiente, a la hora en que entraba la sirvienta, para preguntarle por la causa de los ruidos. De entrada, no le cabía ninguna duda de que las dos mujeres se encontraban en el origen de lo sucedido. Pronto se metamorfosearon en gatos y en perros para atormentarlo. La persistencia de los fenómenos lo empujó a abandonar su domicilio y también la ciudad de Aviñón para eludir las persecuciones de las "dos brujas", pero la medida no resultó eficaz. Volvió a su casa, quince días más tarde, del todo decidido a expulsar a la doméstica que consideraba causa de todas sus desgracias. Ésta la había tomado con él, precisa Berbiguier, "por temor a que yo contrajera matrimonio en castigo por su poca fidelidad".⁴⁶ Así, en el matiz de esta frase, se ve que no fue sólo el juego del Tarot lo que convocó el surgimiento de significantes desamarrados,^{*} vomitados desde lo real, sino que, además, en los albores de su trastorno se había visto enfrentado con el deseo de su doméstica.

45. A. V. C. Berbiguier de Terre-Neuve du Thym, *Les farfadets ou tous les démons ne sont pas de l'autre monde* (1822), Grenoble, Jérôme Millon, 1990, págs. 66-67.

46. *Ibid.*, pág. 69.

* *Désarrimés*. [N. del T.]

Todo indica que la psicosis se desencadena, en este caso, a raíz de la conjunción de dos situaciones angustiantes en las que el sujeto se enfrenta a una hiancia enigmática.

Algunos de los más frecuentes de entre estos malos encuentros se producen con ocasión de una demanda sexual dirigida al sujeto. La psicosis de Brigitte se declara cuando un amigo de la familia le pide que se case con él. Esto suscita en ella un estado de perplejidad angustiosa que la lleva a encerrarse en su cuarto. Brigitte comenta que no supo qué hacer en aquella situación. Entonces teje un chal, semejante a uno de su hermana, y se lo manda por correo, sin más comentarios, al pretendiente. Ni en aquel momento, ni a posteriori, es capaz de explicar este gesto. ¿Qué ocurrió? Todo indica que se le había planteado una pregunta a la que trató de responder mediante una oscura alusión a la situación familiar de su hermana, que estaba casada. ¿Pero cuál era esa pregunta? ¿Cómo formularla? Sin que se pueda distinguir con precisión, se ve que está relacionada con cómo arreglárselas con el goce. El sujeto demuestra que se desestabiliza en una situación en la que se ve compelido a afirmar su deseo. Es entonces cuando se revela que dicho deseo carece de un punto de apoyo fundamental: ningún fantasma lo enmarca y la significación fálica está ausente. Por eso el sujeto se ve obligado a buscar un apoyo precario en el terreno de las imágenes.

No hace falta multiplicar los ejemplos para establecer que la confrontación con la incompletud del Otro constituye la situación electiva del desencadenamiento de la psicosis. Por otra parte, lo demuestra el predominio de la perplejidad angustiada indicada por la mayoría de los clínicos como característica de la emergencia de los trastornos. Sin embargo, de la misma forma que el Un-Padre real no siempre está presente, la experiencia habitual demuestra que el encuentro con la hiancia del Otro unas veces es desestabilizadora y otras no lo es. Tal vez constituya una condición necesaria, pero no hay duda de que demuestra no ser suficiente.

El desencadenamiento de Cantor ya nos ha indicado lo que tiene que intervenir por añadidura: la conmoción de lo que le había permitido al sujeto remediar la carencia de la función paterna. El abordaje de la clínica del desencadenamiento en la enseñanza de Lacan sería insuficiente si no tuviera en cuenta las elaboraciones tardías sobre la noción de suplencia, que da cuenta de las posibilidades de estabilización de la estructura psicótica.

E. El quebrantamiento de las parapsicosis

La conjunción entre el desfallecimiento de la suplencia y la confrontación con la incompletud del Otro es ejemplar en Cantor, puesto que la segunda es, precisamente, efecto de la primera: fueron los problemas respectivos de la indecidibilidad de la hipótesis del continuo y de las paradojas inherentes a la teoría de conjuntos los que minaron desde el interior la suplencia elaborada mediante el trabajo de la letra matemática, trabajo que apuntaba a completar el Otro de los números.⁴⁷ Sin embargo, no todo psicótico construye una suplencia; algunos sólo disponen para estabilizarse de identificaciones imaginarias, a menudo sostenidas por los ideales maternos. La conjunción desencadenante es, pues, en tal caso, un atentado contra estas últimas.

Algo así parece haberse producido en una joven que, ya sumida en la inquietud antes de un examen de ayudante de laboratorio, acude a casa de una amiga, tras pasar las pruebas, para telefonar a su madre. A esta última, la considera "una santa" y vive en una relación de estrecha dependencia respecto a ella. Pero resulta que aquel día su madre no contesta el teléfono. Desamparada, enfrentada a un silencio que la sume en la perplejidad, la joven se hunde en una angustia irrefrenable. Entonces arma un escándalo en la calle y se clava un cuchillo en el vientre, de forma que la policía tiene que llevarla al hospital. Cuando ingresa, se encuentra en un estado confusional. A los pocos días, desarrolla un delirio: tiene la sensación de que la vida se le escapa, cree que ha sufrido una lobotomía. Se vuelve apática.⁴⁸ Parece que el silencio de la madre conjuga, en este caso, dos cosas: una desaparición de lo que sostiene los puntos de referencia imaginarios con los que esta chica se orienta y la revelación de una hiancia en el campo de un Otro que ya no responde.

Una condición que a menudo se requiere para el desencadenamiento de la psicosis la constituye la conjunción de dos factores, o simplemente que éstos se den de una forma concomitante. Adviértase, sin embargo que ambos factores están a menudo estrechamente ligados entre sí: todo quebrantamiento de una parapsicosis tiende a revelar lo

47. N. Charraud, *op. cit.*, pág. 214.

48. Observación comunicada por el doctor Hauler.

que ésta enmascaraba, o sea, el abismo de la forclusión, cuando la incompletud del Otro no se ha convertido en algo soportable gracias al Nombre del Padre. Con todo, hay circunstancias en las que la sola confrontación con la hiancia del Otro parece poder constituir un factor patógeno suficiente: esto es lo que ocurre cuando la situación no le ofrece al sujeto ninguna forma de eludirla.

En el punto de emergencia de los delirios, advierte con razón Czermak, se encuentra "algo quitado" o "alguien desaparecido". Tales desapariciones poseen una potencialidad desencadenante cuando afectan a elementos que palián la falta de la referencia y proporcionan al sujeto sus principales puntos de orientación en la existencia. La partida de un amigo, de un allegado, de un amo o de un cónyuge cuyos ideales le servían al sujeto para orientarse constituyen circunstancias patógenas bien conocidas. Colette Soler cuenta un ejemplo de esta clase en el que surge un episodio psicótico tras la ruptura de un equilibrio mantenido mediante el acoplamiento con "un Otro único y sustentatorio", definido por la paciente como "el que sabe lo que ella necesita" y, además, se lo impone. "De este Otro —escribe Colette Soler—, ella había sido la 'pasta', la 'marioneta', y así fue pasando de mano en mano por una serie de vínculos pigmalionescos. Todas las figuras que ocuparon este lugar eran figuras del saber, universitarios o médicos. Ella vivió todas esas relaciones como una violencia abusiva contra su persona, una violencia mortífera originaria, puesto que todo había empezado en los inicios de su vida. Lejos de sentirse, como lo hubiera hecho una neurótica, la musa inspiradora de un sujeto supuesto saber, se vio a sí misma como un tormento de aquel saber gozante del Otro. [...] De esas figuras del saber convocadas, como ocurre en el caso de Schreber, a modo de paliativo de la forclusión, dice: 'Hablan de mí y por mí, yo apenas soy un ser hablante, porque sólo el Otro habla'. En efecto, uno de sus grandes síntomas es permanecer a veces muda, petrificada ante un Otro de quien se encuentra, como ella dice, suspendida en todo momento y de quien todo lo espera. De la primera de las figuras de esta serie, dice: 'Ella era la única en la inmensidad del Universo'.⁴⁹ Fue en el momento en que se separó del último de esta serie de *partenaires* cuando surgieron voces alucinatorias."

—49. C. Soler, "Quelle place pour l'analyste?", *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1987, XIII, pág. 30.

Ni siquiera es siempre necesario que el acoplamiento con un prescriptor de puntos de referencia imaginarios se produzca apoyándose en un *partenaire* perteneciente al entorno inmediato del sujeto. Isabel, cuyo caso es relatado por S. Consoli, se había implicado profundamente en los valores del gaullismo. Desde el retorno del general De Gaulle en 1958, sentía por este personaje y la ideología que profesaba una admiración sin límites. "Había quedado profundamente trastornada por los acontecimientos de mayo de 1968, pero el golpe de gracia se lo dio el 'no' en el referéndum de marzo de 1969, a consecuencia del cual el jefe del Estado había decidido retirarse. Enseguida, en una progresión irresistible, Isabel, que se sentía directamente concernida por los acontecimientos en curso", entró en un delirio de persecución acompañado de alucinaciones verbales.⁵⁰ En cuanto cae la presencia, aunque fuese lejana, que sostenía los ideales en los que ella se apoyaba, se encuentra sin puntos de referencia, confrontada con un vacío del que no tardan en emerger figuras del goce maligno.

El apoyo que Isabel encontró en los ideales del gaullismo, o que otras personas encuentran en los ideales de un amigo o de un allegado, y que parecen servir como prótesis, le procuran al sujeto psicótico formas de estabilización no muy comparables con lo que Lacan llama una suplicencia. Lacan despeja esta última noción en 1975, en su seminario sobre "El sínthoma", a partir del estudio de la escritura de Joyce. Gracias a su escritura, el escritor irlandés consiguió ensamblar su ego, poniendo remedio de esta forma a un anudamiento desfalleciente de su estructura, la cual no era no borromea debido a la desconexión de lo imaginario. Hablar de suplicencia parece implicar, pues, la referencia a una construcción significativa adecuada para producir un encuadramiento del goce mediante la restauración de un anudamiento.⁵¹ Hay

50. S. Consoli, "Le récit du psychotique", en VV. AA., *Folle vérité*, Paris, Seuil, 1979, págs. 52-54.

51. De atenderse al modelo de suplicencia que aporta la escritura de Joyce, convendría añadir una tercera característica: el anudamiento producido por la suplicencia, no borromeo, conserva la huella del defecto que él mismo remedia. Se trata de un ensamblaje mal hecho, puesto que el nudo lleva la marca de la falta inicial. La escritura de Joyce no despierta las simpatías del lector: produce la abolición del símbolo, corta el aliento del sueño, le falta un elemento imaginario.

que distinguir tales elaboraciones uno de cuyos ejemplos lo encontramos en la letra matemática de Cantor, de estabilizaciones basadas en identificaciones imaginarias. Estas últimas le proporcionan al sujeto ideales *prêt à porter* con los que ordena su existencia. Se entiende que no todas las parapsicosis presentan las mismas cualidades: las identificaciones imaginarias son más frágiles que las complejas elaboraciones de las suplencias. Alguien que se va puede bastar para conmover las primeras, mientras que las segundas no dependen de una presencia.

Ya en 1938, Lacan constataba, en los inicios de los trastornos del psicótico, un fracaso del "conformismo superficialmente asumido, conformismo por medio del cual el sujeto había enmascarado hasta entonces el narcisismo de su relación con la realidad".⁵² Y expresaba la misma idea en 1956, al advertir que hasta la declaración de las psicosis, el sujeto "vivía en su capullo, como una polilla".⁵³ Además, subrayaba la existencia de "compensaciones imaginarias" que le proporcionan al psicótico la posibilidad de sostenerse de forma durable sin caer en un marasmo intelectual. Según él, una contribución fundamental al estudio de este fenómeno fue la efectuada por Hélène Deutsch cuando describió la clínica del "como si". Los sujetos que ella describe "nunca entran en juego de los significantes, salvo a través de una imitación exterior".⁵⁴ Deutsch constata a este respecto que el Edipo no ha alcanzado en estos casos su resolución y que el investimento de objeto se encuentra afectado por una carencia. Precisa, además, que "la relación aparentemente normal con el mundo corresponde al espíritu de imitación del niño, y es la expresión de la identificación con el medio que los rodea, mimetismo que conduce a una adaptación aparentemente buena al mundo de la realidad".⁵⁵ Por otra parte, "vinculándose con gran facilidad a los grupos sociales, éticos y religiosos, buscan, mediante su adhesión a un grupo, dar contenido y realidad a su vacío interior, estableciendo así la validez de su existencia por medio de una identificación". Deutsch relata que sus observaciones de pacientes esquizo-

52. J. Lacan, *Les complexes familiaux dans la formation de l'individu* (1938), Paris, Navarin, 1984, pág. 80.

53. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 360.

54. *Ibid.*, pág. 360.

55. H. Deutsch, "Diversos trastornos afectivos y sus relaciones con la esquizofrenia" (1942), en *L'Identification*, Paris, Tchou, 1978, págs. 240-241.

frénicos le han dado la impresión de que "el proceso esquizofrénico pasa por una fase *como si* antes de construir la forma alucinatoria".⁵⁶ Pero duda sobre si dar por establecida esta correlación, porque la adaptación excesivamente buena a la realidad de los sujetos "como si" le impide considerarlos psicóticos. De todas formas, percibe claramente una cierta carencia de la función paterna: "El yo —escribe— se subordina por identificación a los deseos y a las órdenes de una autoridad que nunca ha introyectado".⁵⁷ En lo que a esto se refiere, en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", el acento recae en una identificación "por la cual el sujeto ha asumido el deseo de la madre"⁵⁸ y cuya conmoción se encuentra en el principio de la disolución del trípode imaginario que estructura la realidad del psicótico —apoyado en el yo, en la imagen especular y en la identificación fálica con el deseo de la madre—.

El caso de Anna Rau muestra claramente cómo sostenía su realidad y de qué manera se orientaba en la existencia antes del desencadenamiento de sus trastornos. No tuvo muchas dificultades mientras pudo encuadrar su realidad conformándose al discurso del Otro materno. "Antes era una niña —señala ella—. Hasta ahí, llegaba sin problemas. Simplemente aprendía, y entonces era tratada como una niña." En el curso de su psicosis, para tratar de cubrir las nociones que le faltan, las busca en el discurso de su madre, pidiéndole que las repita. "De su madre era de quien todo lo esperaba —observa Blankenburg—, sólo de ella podía obtener ayuda: 'la existencia —decía ella— es tener confianza en su forma de ser... Cuando mamá viene, entonces, simplemente, todo tiene sentido... De lo que me falta, sólo puedo hablar con mamá. Sólo mamá me lo puede dar'.⁵⁹ Con este fin, le pedía a su madre que repitiera las cosas en los mismos términos y en un tono estrictamente idéntico a los que empleaba cuando se las decía en su infancia."⁶⁰

56. *Ibid.*, pág. 252.

57. *Ibid.*, pág. 257.

58. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos, op. cit.*, pág. 547.

59. W. Blankenburg, *La Perte de l'évidence naturelle* (1971), Paris, PUF, 1991, pág. 174.

60. *Ibid.*, pág. 79.

Muchas anamnesis de psicóticos confirman que la carencia fálica puede ser compensada de forma durable a condición de que el sujeto se conforme con lo que podríamos describir como la posición de un niño bueno, que tenía en el deseo de la madre su orientación, que se apoyaba en evidencias no cuestionadas y se esforzaba en proporcionar réplicas perfectamente adecuadas a las expectativas del entorno. Un sujeto así pone gran cuidado en precaverse contra toda expresión de originalidad. Algunos de ellos toman prestadas las vías de identificaciones heroicas, pero resulta más difícil sostenerse de forma duradera en este plano.

Carole había encontrado en los ideales de su madre algo con que establecer procedimientos fundados en el trabajo y en la entrega para enmarcar con severidad los infrecuentes placeres de su existencia. Pero, con ocasión de su segunda relación sexual, se produjo una conmoción que ella considera todavía, diez años después, cuando viene a verme, como la fuente de su malestar. Le da vueltas incansablemente para tratar de significantizar una emergencia de lo real que permaneció como algo doloroso e inaudito. Su primera relación sexual, un año antes de este acontecimiento, había quedado prematuramente interrumpida: Carole no había soportado la penetración, y enseguida le pidió a su partener que se retirara, a lo que éste accedió, de forma que ahí quedó la cosa. El hecho de que su segunda experiencia la tuviera con uno de sus antiguos profesores, cuando ella era todavía una estudiante, le confirió a este episodio, verosímilmente, su dimensión de exceso incestuoso. No se esperaba lo que iba a ocurrir cuando aquel hombre fue a visitarla a su habitación. Las caricias la tomaron completamente desprevenida, porque ninguno de los dos pronunció una sola palabra. "Entonces —dice ella— la energía subió desde el ano, desde el perineo, hasta la cabeza, atravesó todo el cuerpo por dentro. Hizo ¡bum! Cuando me llegó a la nariz, tuve la impresión de estar respirando en el todo. Mi aliento se desprendía en el vacío. Ya no había diferencia entre lo lleno y lo vacío. Las paradojas se reunían, los contrarios se hacían equivalentes, tenía acceso al ser de las cosas, el cielo y el infierno eran una misma cosa, me sentía tan ligera como una pluma y tan compacta como un bloque. No era sólo deseo, era una apertura del ser. En un momento dado, abrí los ojos y vi una silla, pero ya no era una silla corriente, la entendía desde su interior, estaba a un paso de lo divino, con un conocimiento absoluto e instantáneo. Percibía los vínculos entre todas las

cosas. Tenía acceso a la unidad. Podía predecir el futuro. La cosa cada vez iba a más. Me preguntaba hasta dónde podría llegar. La energía subió hasta arriba, hasta la cabeza, y entonces ya no era yo, mi ego se disolvió. Pero la experiencia no llegó hasta el final, la energía no salió, no pudo abandonar mi cuerpo." A pesar de algunos aspectos fantásticos del testimonio, hay que evitar concluir demasiado deprisa sobre este delirio por el hecho de saber que Carole lo interpreta a posteriori valiéndose de significantes del budismo transmitidos por la escuela de yoga que frecuenta. Diez años más tarde, todavía sufre por el hecho de que la experiencia no llegara hasta su conclusión.

Desde luego, su partener no la penetró, al temer, como más tarde le confiaría, "que saliera disparada hasta el techo". Pero aun así, ella tuvo la sensación de alcanzar la existencia de la relación sexual, de formar sólo uno con él, "como un mejillón lleno de arena". Si está decepcionada, no es por esto: lo que deplora es encontrarse actualmente bloqueada en su cuerpo, incapaz de recuperar el acceso extático a lo sagrado entrevisto durante un breve instante. Si la experiencia hubiera llegado hasta su término, si ella hubiera salido de su cuerpo, nada sería igual. Por otra parte, expresa claramente que en aquel momento franqueó una prohibición: "Era demasiado placer, tuve la impresión de que había un ángel guardián que me impedía llegar más lejos". La experiencia en cuestión fue única: más adelante, cuando tuvo una relación sexual duradera con un estudiante, no se repitió. Con todo, desde entonces se encuentra en una posición dolorosa: tiene la sensación de haber accedido al conocimiento supremo, con respecto al cual ya nada tiene valor, pero su cuerpo se volvió a cerrar y ahora ella se encuentra separada de él. Tratará, en vano, de reencontrar el camino perdido a través de una práctica intensiva de yoga. No deja de preguntarse por lo que ocurrió aquel día fatídico. Ha sufrido múltiples hospitalizaciones.

Una experiencia como la de Carole no es necesariamente psicótica: ella misma insiste en que tiene un parentesco con ciertos éxtasis místicos. Son más bien las consecuencias de la experiencia las que en este caso indican la estructura. Desde que le ocurrió aquello, hace diez años, su posición subjetiva ya no es la misma. "Antes —explica— los demás me arrastraban, yo me sentía vacía, pero me aferraba a su saber. Iba hacia los otros porque me faltaba una parte de mí misma, y entonces se abrían, yo hablaba con facilidad, era muy activa." En aquel período cursaba sus estudios de forma brillante valiéndose de sus dotes para

las lenguas. Tras aquella experiencia se sintió desestabilizada y huyó a otro país donde permaneció dos años.

En la actualidad le resulta difícil desprenderse de una posición dolorosa que la conduce hasta el borde de la melancolía. Carole dice: "Ahora conozco el ser, soy auténtica, ya no puedo fingir". En consecuencia, la mayor parte de sus relaciones derivan hacia el enfrentamiento, y en ninguna parte encuentra un lugar que le parezca aceptable.

Un desencadenamiento así parece estar emparentado con los que se producen a consecuencia de una ganancia imprevista (lotería, herencia...), de una alegría extrema o del consumo de drogas: que estos fenómenos pueden desbordar los límites más o menos precarios instaurados por el enmarcado* del goce que llevan a cabo las parapsicosis. Lo que entonces corre el peligro de revelarse, tal como nos lo enseña Carole, es un enigma doloroso que fácilmente reclama una respuesta delirante. De forma semejante, el desencadenamiento de la psicosis de un joven médico cuando por primera vez consigue satisfacer del todo a una mujer, caso relatado por Freud, ¿no da la impresión de que hubo un acceso súbito a un goce suplementario no completamente sometido al límite fálico? El encuentro con un goce desconocido que no se deja reducir a la significación fálica constituye, sin lugar a dudas, una de las circunstancias preferentes del derrumbamiento de las parapsicosis.

Los avances sobre la teoría del desencadenamiento están ahora subordinados al progreso del conocimiento de una clínica todavía poco conocida: la de la estructura psicótica sin desencadenamiento. Sin embargo, es preciso distinguir netamente entre el momento de desencadenamiento de la psicosis y el surgimiento de fenómenos elementales. Por lo común, el sujeto no se equivoca cuando localiza el desencadenamiento como un vuelco en su existencia. Los fenómenos elementales, que demuestran una emergencia de lo real suscitada por una ruptura de la cadena significativa, no tienen necesariamente en sí mismos un carácter de franqueamiento. La conjunción de factores que hemos indicado en relación con el desencadenamiento impide reducirlo a los fenómenos elementales.

*Cadrage. [N. del T.]

F. Retorno a los desencadenamientos de Schreber

Un nuevo examen de la tesis lacaniana de 1957 teniendo en cuenta los elementos suplementarios que hemos despejado parece permitir complementarla. Ahora parece posible establecer por qué el primer desencadenamiento de Schreber fue mucho más fácilmente superado que los otros dos. Los dos últimos tienen una característica en común: confrontan al sujeto con la incompletud del Otro de una forma ineludible. No ocurre nada parecido en el primero, que presumiblemente se debe a la conmoción de una identificación ideal a la que Schreber encontró una forma de ponerle remedio sin demasiadas dificultades.

En 1893, promovido a la presidencia de la Corte Suprema del Land de Dresde, Schreber fue objeto de una promoción excepcional: se encontró presidiendo un consejo en el que los otros jueces superaban casi todos su edad "y de lejos —precisa él mismo—, hasta veinte años de diferencia".⁶¹ Su biógrafo confirma que esta nominación a los 51 años evidenciaba una "carrera fulgurante". Si hubiera progresado de acuerdo con criterios de antigüedad, es decir, de una manera más conforme con las costumbres, su carrera hubiera sido, sin duda, menos brillante, pero también más estable; además, no lo hubiera llevado a tropezar con una figura paterna eminente, el doctor Schuring, Ministro de Justicia, que le notificó en persona su nominación.⁶² El carácter fuera de la norma de dicha nominación puso al sujeto en situación de asumir una posición de excepción, lo cual explica en parte su efecto patógeno. Sin embargo, es preciso subrayar, ante todo, que esta situación lo enfrentó de forma casi irremediable y permanente con la incompletud del Otro: se convirtió en quien dictaminaba en última instancia sobre la evolución de la ley en el estado de Saxo.⁶³ Por lo tanto, tuvo que enfrentarse directamente con las hiancias del Otro de la ley y asumir sin un garante la responsabilidad de hacer evolucionar la jurisprudencia. Se comprende que semejante tarea se le hiciera insuperable: tuvo que "enfrentarse a un monstruoso incremento de trabajo" que lo su-

61. D. P. Schreber, *Mémoires d'un névropathe* (1903), Paris, Seuil, 1975, pág. 46.

62. H. Israëls, *Schreber, père et fils*, Paris, Seuil, 1986, pág. 191.

63. Con todo, Schreber hubiera podido aspirar a una promoción todavía más elevada: la de presidente de la Corte Imperial de Leipzig, en la cima del sistema jurídico federal.

mió rápidamente en un "estrés intelectual".⁶⁴ El propio ejercicio de su función presentaba para él un carácter desestabilizador.

En cuanto a la demanda que le plantea Siegel en 1907 para dar fe del uso correcto del nombre de su padre, nada hubiera sido más propio para llevarlo a preguntarse por la oscura voluntad del Ancestro. Es obvio que entonces se vio incapaz de encontrar una respuesta consistente. Pedirle a un sujeto que se erija como garante de la voluntad de un muerto desemboca fácilmente en los abismos de la perplejidad. Pero resulta que nadie más que Paul Schreber podía, en aquel entonces, decidir sobre los conflictos que oponían entre sí a las asociaciones schreberianas. Toda respuesta por su parte sólo hubiera podido ser arbitraria. Era en su propia enunciación donde tenía que encontrar el principio que permitiera llevar a cabo la apuesta implicada. Ahora bien, si un acto verdadero de nominación se sostiene en el Nombre del Padre, es comprensible que él no estuviera en condiciones de formular una respuesta: la pregunta actualizó la carencia del principio paterno que funda la enunciación. Se puso de manifiesto que le faltaba una referencia esencial, revelándose de esta forma la incompletud del Otro como un abismo desestabilizador. Lo que es más, la muerte de su madre, ocurrida pocos meses antes, y la enfermedad de su mujer, que precedió en algunos días a su último internamiento, tuvieron su importancia: se sabe que Schreber quedó muy afectado tanto por el primer acontecimiento⁶⁵ como por el segundo.⁶⁶ Todo indica que estas dos mujeres ocuparon un lugar esencial en su existencia: la relación con su madre no dejó en ningún momento de ser particularmente estrecha, y

64. D. P. Schreber, *Mémoires d'un névropathe* (1903), Paris, Seuil, 1975, pág. 46.

65. En el historial médico de Paul Schreber descubierto por Baumeyer en los archivos de Leipzig-Dösen —comenta Israëls—, hay una nota que se refiere a este asunto: "Tras la muerte de su madre, hizo gran cantidad de cálculos relacionados con numerosos legados; se sintió algo estresado y durmió mal durante varias noches" (Baumeyer, 1956). (D. Devresse, H. Israëls y J. Quackelbeen, *Schreber inédit, op. cit.*, pág. 196.)

66. El historial médico del asilo de Dösen, encontrado por Baumeyer, indica: "Esposa enferma el 14 de noviembre. Crisis de apoplejía. Perdió la palabra durante cuatro días. Inmediatamente después, él no duerme por la noche, está muy abatido, tiene la sensación de que va a sufrir una recaída, oye otra vez ruidos, más fuertes. De forma muy rápida, su estado empeora". Schreber es internado el 27 de noviembre. (D. Devresse, H. Israëls y J. Quackelbeen, *Schreber inédit, op. cit.*, pág. 159.)

él mismo dijo haber conservado siempre su amor por su esposa. Se sabe, además, que "el motivo principal" de la redacción de las *Mémoires de un névropathe* era familiarizar a su mujer con sus experiencias vividas y con sus concepciones religiosas.⁶⁷ La pérdida de ambas lo dejó sin ningún sostén en el momento en que se enfrentaba, seguramente, a graves incertidumbres sobre las repercusiones de su "Declaración", la cual ya había sido redactada, pero todavía no publicada,⁶⁸ y Schreber no podía ignorar que dicha declaración difícilmente iba a calmar las querellas atizadas por el legado. La conjunción que a menudo se encuentra entre la confrontación con la incompletud del Otro y el fracaso de las parapsicosis desencadenó el más grave de los episodios psicóticos.

El primer desencadenamiento, el de 1884, parece distinto, y también fue el más fácilmente superado, lo cual se ha de considerar índice de una conmoción menos radical. Por nuestra parte, de buen grado lo relacionaríamos con algo que afectó a aquella identificación, indicada por Lacan, "por la cual el sujeto ha sumido el deseo de la madre",⁶⁹ sea ésta la que fuere, como él mismo advierte, porque nada sabemos de su naturaleza. De cualquier forma, el carácter tan estrecho de las relaciones entre Schreber y su madre da crédito a esta hipótesis. "[N]otablemente —constata Lacan—, es en el apartamento de su madre en el que se ha refugiado donde el sujeto tiene su primer acceso de confusión ansiosa con raptó suicida." Además, Israëls cuenta que "hasta su matrimonio, a la edad de 35 años, Paul Schreber se albergaba en casa de su madre siempre que los deberes de su cargo lo llevaban a Leipzig. Las dos casas que habitó a continuación en esta ciudad estaban apenas a un tiro de piedra de la Zeitzer Strasse. Cuando cumplió 60 años y, ya en 1902, salió del manicomio para volver a la vida normal, fue igualmente en casa de su madre donde buscó refugio en primer lugar; por entonces ella tenía 87 años".⁷⁰ En cuanto al fracaso de su candidatura al Reichstag, ¿no fue acaso también el fracaso de las esperanzas que su

67. D. P. Schreber, *Mémoires d'un névropathe, op. cit.*, pág. 19.

68. Firmada el 1 de noviembre de 1907, fue publicada en el número de diciembre del *Freund der Schreber-Vereine*.

69. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos, op. cit.*, pág. 547.

70. H. Israëls, *Schreber, père et fils*, Paris, Seuil, 1986, pág. 217.

madre había depositado en su éxito político? Su brillante carrera profesional, ¿no demuestra una búsqueda de desempeñar funciones apropiadas para satisfacer ideales narcisistas? Nada indica que la decepción de Schreber lo enfrentara de forma ineludible con la hiancia de lo simbólico, pero, por el contrario, muy bien pudo hacer que resultara conmovida una identificación narcisista. Ahora bien, esta última parece haber vuelto a quedar tal como estaba bastante pronto en los años que siguieron, años "colmados de honores" según el mismo Schreber, años de nominaciones, condecoraciones e incluso éxitos electorales que se fueron sucediendo. Aunque estos honores pudieran suscitar una llamada al significante de la paternidad, no fueron en absoluto desestabilizadores, al no comportar en sí mismos la revelación de un abismo. Más bien parecen haber actuado a favor de la restauración de una parapsicosis. Si estas hipótesis son exactas, es comprensible que el episodio mórbido de 1884 haya podido ser superado con mayor facilidad que los dos siguientes.

En cada una de estas tres coyunturas distintas de desencadenamiento de los trastornos, Schreber mencionó momentos de estrés intelectual, los cuales eran, posiblemente, muestras de su perplejidad al aproximarse a la hiancia de lo simbólico. Pero en el primer caso, el apoyo de su madre y el de su mujer le permitieron eludirla; en el segundo caso, para conseguir una cierta pacificación fueron necesarias, primero la suspensión de oficio de sus funciones —lo cual lo descargó de una posición imposible de asumir, la de legislador de la Corte Suprema—, y luego la extensa elaboración de su delirio; en el tercer caso, fue la insondable demanda de Siegel, unida a la pérdida de los puntos de referencia que antes le proporcionaban su madre y su mujer, lo que lo dejó profunda y definitivamente sin recursos.

Ninguna explicación mecánica, relacionada con tal o cual circunstancia, podría dar cuenta de forma válida del desencadenamiento de la psicosis en un sujeto particular. Aunque haya condiciones particularmente propicias, lo más a menudo se requiere una conjunción de factores. Los dos principales se han de buscar, al parecer, en un fallo de las parapsicosis y en una confrontación con la incompletud del Otro. La llamada al Padre que se produce en estas circunstancias, al revelar la forclusión de la función paterna, desestabiliza al sujeto, pero serán tanto más favorables al desencadenamiento, como lo demuestra Schreber, una situación que implique la presencia de obstáculos para

la restauración de una parapsicosis y/o la existencia de una dificultad intrínseca para eludir la incompletud del Otro.

Al final de esta revisión de la cuestión del desencadenamiento de las psicosis, es preciso insistir en la importancia de saber distinguir si éste se ha producido o no para todo abordaje del sujeto orientado por el psicoanálisis. Y sin lugar a dudas es conveniente preguntarse, muy en particular, qué supone para una concepción más adecuada de la dirección del tratamiento. "Frente a una metáfora nueva que el sujeto codicia y a la que el delirio apunta —se pregunta F. Leguil—, ¿no parece el desencadenamiento, al igual que un juicio, un acto que anticipa un punto de equilibrio no realizado, una certeza final? ¿Tendríamos entonces derecho a plantear que el desencadenamiento de la psicosis es un momento de concluir?" La cuestión concierne a los psiquiatras, y apunta a la forma que tienen de plantear su pregunta, que se reduce a hacer callar a aquel que habla. Concierne también, de muy distinta forma, al psicoanalista, preocupado por no precipitar el "desastre de lo imaginario", porque éste dificulta la prosecución de una cura. Es importante, continúa diciendo Leguil, presentir lo particular de cada "coyuntura dramática" en la que se revela aquello que está forcluido, "llamado en oposición simbólica al sujeto". Veinte años antes de su famoso "no retroceder ante la psicosis", Lacan empleaba el mismo verbo a propósito de este momento clínico (*El Seminario, Libro III*, pág. 439): "Cuando se trata del momento de entrada en la psicosis es cuando, sin duda, menos que nunca conviene retroceder ante esta investigación".⁷¹

71. F. Leguil, "Le déclenchement d'une psychose", *Ornicar*?, 1987, 41. pág. 75.

Capítulo 15

La escala de los delirios

J.-P. Coudray, al cabo de una cura de varios años que condujo a la parafrenización del paciente, preguntándose si éste era todavía esquizofrénico, termina diciendo: "Lo esencial, ¿no es acaso que puedan existir esquizofrénicos que estén bien de salud?"¹ Tomarse en serio el descubrimiento de Freud de acuerdo con el cual el delirio constituye una "tentativa de curación" puede suscitar legítimamente preguntas como ésta.

Sin embargo, los psicoanalistas no se han dedicado demasiado al estudio de la estructura evolutiva del delirio descubierta por la psiquiatría clásica. Como se sabe, dicha evolución es descrita la mayoría de las veces como articulada en torno a una tripartición periódica: desde la perplejidad inicial hasta la sutura megalomaniaca, pasando por un momento intermedio de elaboración inquieta. Al estar relacionada esta sucesión de periodos con una deducción razonante, Freud no se interesó por esos análisis. En cuanto al "único maestro en psiquiatría" de Lacan, Gaëtan de Clerambault, su automatismo mental, basado en una etiología neurológica, distingue bien un periodo de incubación "anidéico" seguido de la construcción de la superestructura delirante, pero no observa el periodo megalomaniaco terminal, al no haber nada en sus presupuestos que lo incitara a un examen profundo de la finalidad del delirio. En consecuencia, en el estudio del delirio se produjo una ruptura entre los abordajes psiquiátricos y los psicoanalíticos. Sin embargo, en lo que a este punto se refiere, parece posible mostrar que de su acercamiento surge una nueva lógica que rige la sucesión ordenada, no de tres fases, sino de cuatro.

Esta lógica cuaternaria fue tan sólo esbozada por Lacan, pero su enseñanza invita a articularla: él mismo, al estudiar el texto de Schreber,

1. C. Guez y J.-P. Coudray, *Du fou au bateleur*, París, Presses de la Renaissance, 1984, pág. 282.

indicó una evolución específica del delirio. La puso en relación, fundamentalmente, con la posición del presidente respecto a la eviración, que constituye su preocupación fundamental: "Objeto de horror al principio para el sujeto, luego aceptado como un compromiso razonable [...], desde ese momento decisión irremisible [...], y motivo futuro de una redención que interesaría al Universo".² Si nos atenemos a lo manifiesto de la significación, como en estas líneas de los años cincuenta, resulta muy difícil precisar la especificidad de cada periodo. Lo conveniente, más bien, es ir a lo esencial: se trata de una evolución de la relación del sujeto con el goce. Inicialmente aparece angustia; luego, con el fin de ponerle remedio, el sujeto se orienta hacia la elaboración de una solución cada vez más acabada. Sin embargo, si tratamos de detallar los cuatro periodos en cuestión a partir de una lectura atenta de las *Memorias de un neurópata*, en primer lugar se distingue, a finales de 1893, un "hundimiento nervioso", paroxismo de angustia, con ocasión del cual el sujeto, invadido por temores hipocondríacos, trata de suicidarse, aunque previamente ya se había considerado muerto. Hay que esperar algunos meses, hasta principios de 1894, para que la intuición de acuerdo con la cual "sería bello ser una mujer", aparecida en el verano de 1893, adquiriera a posteriori sentido, quedando entonces relacionada con una persecución a cargo del profesor Flechsig. "Así —escribe el presidente—, se perpetró el complot contra mí (aproximadamente hacia marzo o abril de 1894), con la finalidad, una vez que se reconociera o admitiera el carácter incurable de mi enfermedad nerviosa, de entregarme a un hombre de manera que mi alma le fuera abandonada, mientras que mi cuerpo, transformado en un cuerpo de mujer gracias a una interpretación ambigua del dinamismo inmanente al orden del universo [...], mientras que mi cuerpo, pues, sería entregado a ese mismo hombre con la finalidad de someterlo a abusos sexuales y al final, simplemente, 'dejarlo tirado', es decir, abandonado, sin lugar a dudas, a la putrefacción."³

Esta primera tentativa de significantización del goce deslocalizado dejaba al sujeto expuesto a las iniciativas de un perseguidor omnipo-

2. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 546.

3. D.-P. Schreber, *Mémoires d'un neuropathe* (1903), París, Seuil, 1975, pág. 61.

tente, de tal manera que resultaba ineficaz para reducir la angustia. La dinámica que empujaba a la movilización del significante no podía, en estas condiciones, alcanzar un estado de reposo. Si la problemática no se hubiera podido plantear en otros términos, Schreber hubiera quedado atrapado en la búsqueda paranoide de una salida imposible de encontrar. Pero, escribe él mismo, el hecho de que "el propio Dios hubiera sido cómplice, si no el primer instigador, del plan concebido con el fin de perpetrar en mí el asesinato del alma y librar mi cuerpo a una pública subasta como el de una puta femenina, es un pensamiento que sólo se me impuso mucho más tarde ...".⁴ Y era necesaria la elaboración de tal hipótesis para que se pudiera considerar "la búsqueda de un compromiso razonable",⁵ característica de este segundo periodo. La eviración sólo resulta aceptable a partir del momento en que puede ser concebida como algo útil a los designios de Dios. Implica pasar por un sacrificio cuyo testimonio es la muerte del sujeto.

En consecuencia, constata Lacan, "opción irremisible": cuando el goce del Otro es identificado, el sujeto ya es capaz de hacerlo suyo. "Fue en plena conciencia —indica Schreber— como inscribí en mis estandartes el culto de la feminidad, y en adelante a él me atenderé..."⁶ Esta solución parece haber sido adoptada a finales de 1895, y se confirma al año siguiente, cuando Schreber se hace afeitar el bigote con el fin de "producir el efecto de un ser femenino".⁷ La aceptación de la feminización progresiva no implica, sin embargo, la desaparición del sentimiento de ser víctima de una violencia. Schreber comenta: "Me resultaría curioso que me mostraran a alguien que, puesto ante la alternativa de convertirse en loco conservando su carencia masculina, o bien convertirse en mujer pero sana de espíritu, no optara por la segunda solución". Hay que subrayar que, en este tercer periodo, Schreber no deja todavía de sentirse perseguido por las "almas examinadas", en particular por las dos más malignas: "el alma Flechsig" y el "alma von W."

Es en el momento en que dichas almas desaparecen, a lo largo de 1897, donde hay que situar el inicio de la última fase, en la cual el sujeto ya no se siente perseguido, de tal manera que consigue consentir

4. *Ibid.*, pág. 63.

5. *Ibid.*, pág. 150.

6. *Ibid.*, pág. 151.

7. *Ibid.*, pág. 165.

plenamente al goce del Otro. Sin duda, subsiste "un miserable resto" del alma Flechsig, pero ha perdido sus poderes maléficos: "Una confirmación más, y de las más evidentes, del orden del Universo, que quiere que nada de lo que ha sido creado para atentar contra él pueda permanecer por mucho tiempo".⁸ El drama del sujeto se convierte entonces en "el motivo futuro de una redención que afecta al Universo": al término de su feminización se llevará a cabo la eviración, que tendrá como consecuencia, nada más y nada menos, su fecundación por medios divinos con vistas a la generación "de hombres nuevos hechos de espíritu Schreber".⁹ La convicción vinculada con este tema fantástico se va afirmando a medida que la persecución se atenúa. La redacción de las *Memorias*, entre 1900 y 1902, es obra, no de un paranoico perseguido—Schreber ya no acusa al hombre Flechsig de ser responsable de los crímenes del alma del mismo nombre—sino de un parafrénico que considera haber contribuido al "triunfo grandioso del orden del Universo",¹⁰ y que está "preparado para asumir los riesgos del martirio" con el fin de que la humanidad no deje escapar esta oportunidad, "que sin duda no volverá a darse nunca", de acceder, gracias a la publicación de sus *Memorias*, a "una representación más adecuada del más allá".¹¹

El hecho de tener en cuenta el goce lleva a afinar la lectura de los clásicos y sugiere un nuevo análisis de la dinámica de las elaboraciones delirantes.

El primer periodo, llamado de incubación, de malestar, de inquietud, de perplejidad, fuertemente correlacionado con trastornos hipocondríacos, revelador de una carencia paterna fundamental, tiene su principal característica en una deslocalización del goce. Coincide con una angustia extrema, una posición de decadencia y un sentimiento, más o menos confuso, de muerte del sujeto.

Con el fin de remediar lo insoportable de esta situación, se desarrolla un trabajo de movilización del significante que le permite al delirante construir una explicación propia para justificar lo que le está ocurriendo. Para conseguirlo, con frecuencia recurre a una función

8. *Ibid.*, pág. 162.

9. *Ibid.*, pág. 104.

10. *Ibid.*, pág. 207.

11. *Ibid.*, pág. 344.

paterna capaz de atemperar el goce deslocalizado. Sin embargo, el sujeto sigue perplejo, el delirio no consigue suturarse, de forma que, por lo general, se presenta bajo una forma paranoide. En los casos en que se llega a elaborar un "compromiso razonable", ello sólo es posible al término de las tentativas de significantización del goce características de este segundo periodo.

Una vez identificado el goce del Otro, es decir, una vez trasladado al significante, el sujeto revela ser capaz de recuperar un cierto punto de apoyo, a partir del cual se convierte en el organizador de lo que le está ocurriendo. Sin embargo, en el seno del delirio que se sistematiza subsiste un eco de la violencia ejercida por las iniciativas del Otro, eco que adquiere la forma de perseguidores que ahora están ya localizados. El Padre que surge es una figura obscena del goce desatado que atenta contra el orden del mundo. Si algunos paranoicos tratan de atentar a su vez contra encarnaciones del Padre gozador, es con el fin de restablecer las bases de dicho orden.

Una vez alcanzada la última fase del delirio, el psicótico ya no tiene estas preocupaciones: se encuentra en pleno acuerdo con la neorrealidad que ha conseguido construir. Consiente al goce del Otro porque tiene la certeza de que, gracias a esta experiencia, accede a un saber esencial. A menudo, este saber le ha sido librado por una omnipotente figura paterna de quien se sabe portavoz, incluso su encarnación. El acceso al conocimiento supremo demuestra ser inseparable del desarrollo de temas megalomaniacos y del surgimiento de construcciones más o menos fantásticas, mientras que, gracias a la desaparición de los perseguidores, el sujeto ya no se ve empujado a cometer actos médico-legales. Todas estas características son las propias de una forma de delirio llamado, desde Kraepelin, parafrénica sistemática. Se trata de una elaboración compleja cuya poca frecuencia tal vez explique que haya sido poco estudiada por los clásicos, quienes en sus análisis la confunden a menudo con el delirio paranoico. El abordaje psicoanalítico nos anima hoy día a diferenciarlos más claramente.

Se puede dar un nombre a cada uno de éstos periodos, refiriéndolos a lo que en cada uno de ellos es específico: el primero, deslocalización del goce y perplejidad angustiada; el segundo, tentativa de significantización del goce del Otro; el tercero, identificación del goce del Otro; el último, consentimiento al goce del Otro; de todas formas, esta clase de explicaciones siguen siendo demasiado limitativas. No cabe duda

de que estos diversos fenómenos se interpenetran más o menos, por lo que las letras P_0 , P_1 , P_2 , P_3 parecen más adecuadas para subrayar que se trata de una sucesión ordenada, la cual tiene una única fuente, escrita de forma precisa por Lacan P_0 en el esquema I,¹² o sea, la forclusión del Nombre del Padre. Estas notaciones designan sintomatologías psicóticas que se traducen en posiciones subjetivas que en su mayoría son poco estables. No sólo el desarrollo del delirio raramente llega hasta P_3 ; además, se producen movimientos retrógrados de P_3 a P_1 , de P_1 a P_0 , incluso de P_3 a P_0 . La letra P resulta estar, pues, abierta a diversas lecturas, aunque principalmente designe cuatro posiciones subjetivas propias del psicótico. Si P_0 connota la carencia paterna, P_1 evoca hasta cierto punto "paranoide", P_2 "paranoico" y P_3 "parafrénico". Aunque estos cuadros psiquiátricos estén fuertemente correlacionados con las fases del delirio, no se corresponden exactamente con ellas, de ahí la necesidad de una notación distinta.

En P_0 , el psicótico constata que el orden del mundo está alterado. Se abre una falla en el campo de lo simbólico, generando angustia y perplejidad. Se trata de lo que Freud trata de circunscribir como una ruptura primordial entre el yo y la realidad, y que Lacan llama en 1955 "la entrada en juego del enigma del Otro absoluto" (al no concebir en esta época todavía al Otro como barrado, esto significa que la verdad última, la que formularía el Otro absoluto, permanece como algo imposible de discernir). Lo que aquí se revela es la carencia del significante paterno, con sus consecuencias fundamentales: el desencadenamiento del significante y la deslocalización del goce. En P_1 , el paranoide moviliza un enorme aparato significante con la finalidad de poner remedio a la falla simbólica inicial. "En los delirios —escribe Freud—, la locura es empleada como una pieza que se pega allí donde inicialmente se había producido una falla en la relación del yo con el mundo exterior."¹³ Lacan introduce la noción de metáfora delirante con el fin de designar un proceso de sustitución que se produce en el campo del lenguaje, proceso mediante el cual los significantes del delirio ocupan

12. J. Lacan. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 553.

13. S. Freud, "Névrose et psychose" (1924), en *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, pág. 285.

el lugar donde antes no había más que P_0 , un agujero en lo simbólico que se refleja en lo imaginario de formas diversas. En este periodo emerge con bastante frecuencia la llamada a un principio paterno cuyas encarnaciones demuestran ser muy variables, aunque las figuras del poder, de la Ley y de lo divino sean las más privilegiadas a este respecto. De hecho, lo que demuestra ser crucial para el psicótico es la búsqueda de un fundamento adecuado para que se llegue a producir una completud del Otro. Con el fin de borrar P_0 , el sujeto no siempre se remite a las palabras de un personaje infalible: a veces sabe apelar a una invención revolucionaria, a una nueva fórmula matemática, incluso a cualquier hallazgo intuitivo. En esta fase, por otra parte, el trabajo del delirio desarrolla todavía un penoso esfuerzo en el desarrollo de elaboraciones confirmatorias.

No todos los psicóticos, ni mucho menos, alcanzan P_3 , periodo en el que el delirio se sutura y se organiza en un armazón fijo, a la vez que el sujeto adquiere certezas incommovibles en nombre de las cuales se dedica a la denuncia de los falsos principios, pagando en ocasiones en su propia carne el intento de hacer aplicar los suyos. El paranoico se caracteriza por ser aquel que identifica en el campo del Otro el goce desatado que trastorna el orden del mundo. El drama puede desarrollarse tanto en un marco conyugal —cuando el gozador infame no es otro que el partener del celoso—, como a nivel planetario —cuando el Padre gozador se encarna, por ejemplo para Hitler, en "el judío".

El enfrentamiento cesa en los pocos casos de psicóticos que consiguen llevar la elaboración de la metáfora delirante hasta P_3 . Entonces se impone un sentimiento de comunión con el Padre, de tal manera que la megalomanía conoce sus logros más elevados. El sujeto se convierte en el mismo Dios o en un gran personaje, o también en el elegido de Dios en situación de transmitir su palabra, y otras veces se iguala al Creador mediante la solución de un problema fundamental, etc. Lo que el parafrénico gana en pacificación, lo pierde en credibilidad frente a sus interlocutores. La falta de verosimilitud de los descubrimientos de Brisset, cuando sitúa la rana en los orígenes del hombre, la capta el lector menos informado.

Como se sabe, el paranoico es a menudo muy convincente para su entorno: no sólo se han descrito "locuras a dos", sino que algunos consiguen formar discípulos y crear sectas; por el contrario, las fantasmagorías del parafrénico ya no convencen —salvo casos de credulidad

excepcional. A él esto no le preocupa demasiado: en general, se conforma con testimoniar. El propio Schreber, al término de la evolución de su trabajo delirante, en 1901, afirma: "La certidumbre de mi conocimiento de Dios y de las cosas divinas es tan grande e inmovible, que en el fondo me es indiferente saber lo que los otros piensan de la verdad o la verosimilitud de mis ideas. En consecuencia, nunca haré nada [...] para propagar entre el público mis experiencias y opiniones: salvo darles en mis *Memorias* una forma adecuada para su publicación."¹⁴

El delirio parafrénico induce menos que cualquier otro una demanda terapéutica, y presenta la particularidad de desarrollarse bastante naturalmente fuera del manicomio. Lo que es más, los estudios estadísticos coinciden en considerarlo la forma más infrecuente entre los delirios crónicos. Todo ello contribuye a hacer de la parafrénia una patología poco conocida y poco estudiada. No hay ninguna necesidad de aportar cifras precisas para observar en la clínica que la tendencia que se dibuja es clara: desde el delirio paranoico hasta el delirio parafrénico, pasando por la forma paranoica intermedia, la frecuencia disminuye. Esta constatación genérica viene en apoyo de la hipótesis de acuerdo con la cual el delirio paranoico revela un trabajo de elaboración que en la fase paranoica sólo está esbozado, mientras que alcanza su culminación en la fase parafrénica, la cual sólo se alcanza mediante la elaboración más lograda de la que es capaz la psicosis.

En consecuencia, no es insólito, ni muy sorprendente, como lo constataba el Dr. Weber, que buen número de estos sujetos, "que pasan simplemente por personajes originales, cumplan con las exigencias de sus profesiones respectivas, se ocupen de forma ordenada de sus asuntos e incluso lleven a buen puerto actividades científicas, todo ello a pesar de un funcionamiento mental profundamente alterado y aunque se encuentren dominados por un sistema delirante a veces del todo absurdo [...]". No se puede negar, prosigue Weber, que muchos casos de esta especie "en general no llegan al médico y quedan completamente fuera de su campo de acción; a veces sólo son conocidos por el entorno más inmediato, y los interesados desarrollan una vida tranquila y aposentada, sin grandes sobresaltos".¹⁵

14. D. P. Schreber, *op. cit.*, pág. 334.

15. D. P. Schreber, *op. cit.*, pág. 350.

Bleuler, en 1911, confirma: "La mayoría de los estados terminales se sustraen a nuestras observaciones. Esa gente vive en el exterior, son considerados como personas que se comportan bien, aunque una parte de ellos son lunáticos, testarudos, fantasiosos, raros, estúpidos, etc. Algunos de ellos se han limitado a disminuir el nivel de sus realizaciones y de sus reivindicaciones respecto al mundo. El profesor de instituto vegeta en una escuela privada, el jurista confecciona escrituras en un despacho cualquiera, el aprendiz que estaba destinado a ser médico es peón, el gimnasta con grandes expectativas se gana la vida como ayudante de jardinero, el mecánico ayuda a su mujer haciendo trabajos de costura. Muchos de ellos son, en lugares que no exigen autonomía, trabajadores sin par, excesivamente meticulosos. En un nivel inferior, los enfermos se convierten en trabajadores temporarios, vagabundos, delincuentes habituales que por lo general cometen delitos menores".¹⁶

Sigamos insistiendo en estos estados terminales de la era preneuroléptica: a veces ocurre, escriben Mignard y Petit en 1912, "y es un caso frecuente, aunque poco conocido, que se establece un cierto compromiso [entre la inteligencia del enfermo y su delirio], un *modus vivendi* a raíz del cual el delirio ya no es rechazado; el individuo lo acepta y le hace un lugar, pero sin admitir que se entrometa en las creencias, las ideas, los actos que presiden su vida familiar. En esto, el sujeto recurre a una estratagema inconsciente. Demasiado débil para reducir el error que tiende a imponérsele empleando todas sus fuerzas en luchar contra él, le abandona una parte de su persona, la de sus sueños y su imaginación, y continúa viviendo él mismo normalmente con la otra parte, de tal forma que su delirio coexiste con él de la forma menos peligrosa para ambos. El delirio no ha sufrido las desmentidas de la experiencia, y de ahora en adelante la vida del individuo ya casi no se ve alterada por los fenómenos patológicos que presenta. Tal es el caso, creemos, de algunos interpretadores resignados que no hablan de buen grado de sus convicciones anormales y que no tienen la actitud 'paranoica' de los interpretadores clásicos. Estos enfermos son a menudo tímidos y modestos, y no confiesan sus pretensiones megalománicas salvo con una sonrisa forzada y vergonzosa. Esto es lo que les ocurre a muchos

16. E. Bleuler, *Dementia praecox ou groupe des schizophrénies* (1911), París, EPEL, GREC, 1993, pág. 338.

supuestos 'dementes' alucinados que son muy capaces de llevar una vida normal en alguna colonia abierta, incluso pueden dar pruebas de inteligencia y de ingenio (Marie et Vigouroux, Rodier), a pesar de la persistencia de un viejo delirio 'esclerosado' que no evoluciona y que queda, por así decir, fuera de su inteligencia. En estos casos, se puede considerar el aislamiento de aquel viejo error sistemático como un proceso de defensa del organismo psíquico, que ha 'dejado de lado' de esta forma sus trastornos mentales para no ser invadido, desbordado, asfixiado por ellos. Considerados desde este punto de vista, no pocos delirios serían formas de curación relativas de un sujeto que, sin esta reacción, habría caído, si tiene alucinaciones, en la confusión clásica, tal vez incluso en la demencia —nosotros diríamos hoy día, sin duda, esquizofrenia— y si es un interpretador, en un error perpetuo. [...] Es erróneo tratar de dementes a ciertos antiguos delirantes que, de una forma inconsciente pero sabia, han salvado lo que han podido y que, a pesar de las contradicciones aparentemente absurdas a las que los arrastra esta actitud, justificada como reacción de defensa, son muy capaces de llevar una vida casi normal".¹⁷

Unos sesenta años más tarde, otros autores confirman estas afirmaciones cuando observan que la mayoría de los parafrénicos se encuentran "fuera de los asilos, llevando una vida paralela, paralógica, parapsicológica". Y concluyen su trabajo con el aforismo según el cual: "Las parafrenias auténticas son probablemente parapsiquiátricas".¹⁸ Lanteri-Laura, Khaiat y Hanon expresan, más recientemente todavía, una opinión parecida: "Aunque el término parafrenización —escriben— nos parece salomónico y algo bárbaro, evocador de una desaparición de la discordancia en el diafragma, hemos de quedarnos con lo que designa, algo de lo que, sin duda, Kraepelin fue el precursor. Es un hecho que cierto número de delirios crónicos alucinatorios representan la culminación de tipo clínico que, durante un tiempo más o menos largo, se manifestaban como psicosis paranoides, pero que habían evolucionado, de una forma distinta de lo que se podía prever, hacia un estado bastante particular. Dicho estado muestra un cierto contras-

17. M. Mignard, G. Petit, "Délire et personnalité", VII Congreso Belga de Neurología y de Psiquiatría, 1912.

18. M. Blanc, M. Bourgeois, F. Favarel-Garrigues y J.-F. Barges, "À propos d'une parafrène", *Annales médico-psychologiques*, 1967, pág. 420.

te entre una vida personal, social y profesional, corriente en todos los aspectos cotidianos, y condiciones delirantes muy importantes, mucho menos relacionadas con experiencias vividas —las cuales se sitúan en un pasado ya caduco— que con un relato abigarrado que constituye su crónica. La palabra parafrenia, empleada sin adjetivo epíteto ni complemento de nombre, se puede usar con bastante justicia para designar tales fenómenos, en los cuales el carácter fantástico de los temas no siempre es la regla".¹⁹ Estas últimas observaciones confirman, por si fuera necesario, que se siguen observando fenómenos de parafrenización: el auge de las quimioterapias quizás las ha atenuado, pero no les ha puesto fin.

La lógica presente en la propia tentativa de curación desarrollada por el delirio crónico no les debe nada, evidentemente, a las funciones cognitivas, puesto que las elaboraciones más satisfactorias para el sujeto desembocan en lo fantástico y en lo inverosímil. Por el contrario, todas las características del delirio parafrénico, consideradas de forma dispersa por el discurso psiquiátrico, se esclarecen si se tiene en cuenta una lógica centrada en la economía del goce, confrontada con el problema de su deslocalización y resuelta mediante un consentimiento al goce del Otro, posterior a su identificación en el significante.

La mayor parte de los clínicos han comprobado dos orientaciones del delirio paranoico: por una parte, tiende a desarmarse, y por otra parte tiende a una exaltación de la megalomanía, es decir, dos de los principales atributos del delirio parafrénico. Para la elaboración de este último demuestra ser casi siempre necesario un largo trabajo; por eso es comprensible que sea "patrimonio de la edad madura y a veces de la edad avanzada".²⁰ La dificultad de llevarlo hasta su término explica su escasez. Además, tiene una dimensión "cicatricial" que, para Nodet o para H. Ey, designa su capacidad de borrar progresivamente las alucinaciones de las que por lo general nació. La aptitud recobrada para una cierta vida social, la satisfacción experimentada por el sujeto y el carácter particularmente incommovible de la certeza delirante son pruebas de un gran éxito de la defensa psicótica. Ninguna otra resulta más

19. G. Lanteri-Laura, E. Khaiat y G. Hanon, "Délires chroniques de l'adulte en dehors de la paranoïa et de la schizophrénie", *Encycl. Méd. Chir. (Paris-France), Psychiatrie*, Éditions techniques, 37299 A10, 11-1990.

20. H. Ey, *op. cit.*, II, pág. 89.

incompatible con el establecimiento de una relación transferencial: se constata que las curas psicoanalíticas de tales sujetos son escasísimas, quizás inexistentes. La tesis de Freud, de acuerdo con la cual la libido del psicótico desinviste los objetos del mundo exterior para retirarse por entero al yo, no encuentra en ninguna otra patología una mejor verificación.

La sintomatología de cada uno de estos cuatro periodos es, como se comprueba, extremadamente variable, tan diversa como en el caso de los delirios crónicos. Además, esta sucesión regular constituye su forma más desarrollada, y lo que se observa más habitualmente es la ausencia de ciertas fases. Hay psicóticos que ni siquiera consiguen elaborar una defensa paranoide y otros que no llegan a superar esta tentativa desordenada, mientras que raros son los paranoides que alcanzan la pacificación parafrénica.

Cuando surge una temática de persecución, cuando el Otro se encarna en una figura del Padre gozador, el psicótico sólo dispone de un número limitado de soluciones para sostener el enfrentamiento que de ello se deriva: convertirse en desecho frente a su deseo inenunciable es una de ellas; convertirse en su Mujer, es otra más elaborada; el paranoico experimenta fácilmente el deseo de suprimir a aquel que le molesta; finalmente, algunos optan por ponerse a su servicio, y dan testimonio de las revelaciones que les ha comunicado. De hecho, más allá de estos fenómenos, no deja de persistir una misma problemática: ¿cómo convertir en algo aceptable la posición fundamental del sujeto psicótico, siempre en peligro de verse como un objeto de goce para el deseo del Otro?²¹ Es a esta pregunta a lo que las diversas construcciones delirantes tratan de responder con mayor o menor habilidad.

21. El ser del sujeto, el goce del viviente, se encuentra en posición de heterogeneidad, de decadencia, con respecto a la cadena significante previamente presente. En lo que al neurótico y al perverso respecta, disponen de la función fálica para representar el goce en el campo de lo simbólico, de tal forma que, gracias al fantasma, pueden ocultarse a sí mismos la profunda degradación del ser. Por el contrario, en el psicótico el falo simbólico está afectado por una carencia, de tal manera que se corre el riesgo de que se revele el ser de goce, en medio de la angustia, cuando se rompen las elaboraciones imaginarias que le proporcionaban un envoltorio. Es entonces cuando el sujeto ha de poner en movimiento las pesadas defensas de la psicosis clínica.

En primera instancia, la cuatripartición periódica del delirio parecería poder ser analizada en relación con lo imaginario de la función paterna: al principio, su carencia radical es entrevista, luego se elabora una llamada dirigida a dicha función, posteriormente, una figura persecutoria ocupa su lugar central, y finalmente el proceso termina en una reconciliación con un principio paterno. Con todo, este análisis sigue siendo poco preciso, demasiado cercano a los elementos manifiestos. La lógica del delirio descansa en su mecanismo más decisivo: la atemperación del goce deslocalizado. Que el Nombre del Padre esté forcluido no impide la emergencia de una figura paterna que encarne el goce desatado. Muy por el contrario, la carencia del Padre simbólico tiende a inducir un retorno del Padre real: el Padre gozador, omnipotente, emparentado con el Padre primordial, poseedor de todas las mujeres, padre evocado en el mito de *Tótem y tabú*.

Un análisis centrado en un abordaje de la lógica de lo real pone de relieve que el agujero en lo imaginario revelado en P_0 es correlativo de una deslocalización del goce. El trastorno inicial del orden del mundo tiene su origen en un desbordamiento de goce, resulta de una infracción de los límites de este último. De ello se deriva el surgimiento de diversas manifestaciones, de entre las cuales, las principales consisten en alucinaciones verbales, en trastornos hipocondríacos, en fenómenos intuitivos o interpretativos, en postulados pasionales, etc. En todas ellas, la referencia al goce se expresa a menudo de forma muy explícita. Recordemos la intuición inicial de Schreber: que sería bello ser una mujer durante el coito. Es conocida, por otra parte, la propensión de las alucinaciones verbales a las injurias sexuales y a las acusaciones de homosexualidad. En cuanto a las interpretaciones que generan los postulados del erotómano o del celoso, se refieren a un goce que el sujeto atribuye al Otro. Finalmente, los trastornos hipocondríacos son la prueba de un goce doloroso del cuerpo propio.

En P_1 , el psicótico se esfuerza en civilizar el goce llevándolo al significativo. A lo largo de P_2 y P_3 , en quienes consiguen suturar la cadena

Recordemos que la fórmula, a menudo empleada, de acuerdo con la cual el psicótico no tiene acceso a lo simbólico, necesita ser precisada. No hay duda de que un gran número de psicóticos son perfectamente capaces de hacer uso de todas las riquezas de la lengua: lo que les falta se refiere a una articulación ordenada de su ser de goce con el campo del lenguaje.

significante, el goce se modera: un delirio sistematizado consigue contenerlo. Algunos fenómenos observados en P_0 y que siguen presentes en P_1 se calman, incluso desaparecen (intuiciones, alucinaciones, trastornos hipocondríacos...). El goce se encuentra identificado en un principio mediante el cual el sujeto trata de conseguir la completud del Otro, que puede encarnarse tanto en un Dios como en una fórmula fundamental. Si el psicótico accede a estas posiciones que le permiten, ya sea denunciar el goce del Otro, ya sea convertirse en su portavoz, se ve llevado a testimoniar de su saber. En este periodo es cuando la observación de Lasègue, de acuerdo con la cual los locos "se hacen de buen grado abogados de su delirio",²² tiene toda su pertinencia. El goce inherente al delirio sistematizado le proporciona un valor de Verdad revelada que el psicótico trata de dar a conocer mediante escritos o de compartir a través de su palabra. Esta comunicación del delirio a los otros, que se produce en P_2 y P_3 , conoce sus realizaciones más logradas fuera del manicomio, de forma que ha sido poco estudiada.

Las transformaciones del delirio no se efectúan mediante el salto de un periodo a otro: la imbricación entre los periodos contiguos resulta de lo más común, mientras que la coexistencia de elementos pertenecientes a diversos periodos se observa algunas veces. Las etapas descritas desde P_0 hasta P_3 constituyen organizaciones inestables que debemos mantener, principalmente, por el esquema de lógica evolutiva que permiten captar. Dan cuerpo a una intuición de Lacan que él mismo nunca se tomó la molestia de desarrollar: la existencia de lo que llamó "una escala de los delirios". Cuando se refirió a esta noción, sólo nos dejó una indicación para concebir su naturaleza, indicación que, como se constatará, concuerda plenamente con la lógica del delirio que aquí hemos despejado: "A medida que el delirante —afirma el 11 de enero de 1956—, asciende la escala de los delirios, está cada vez más seguro de cosas planteadas cada vez como más irreales".²³ El verbo "ascender" sugiere la idea de un trabajo en progreso, que culminaría en el delirio más real, a saber, el delirio fantástico del parafrénico, tras atravesar las certidumbres del paranoico. Esta noción de escala de los

22. C. Lasègue, "Le délire des persécutions" (1852), en *Écrits psychiatriques*, Toulouse, Privat, 1971, pág. 36.

23. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 112.

delirios se impone en la clínica, en particular cuando nos centramos en el caso Schreber, como hizo Lacan en aquel año de su seminario. Pero no es posible precisarla de forma rigurosa sin disponer de elaboraciones más tardías en su enseñanza. En un trabajo anterior nuestro,²⁴ tratamos de demostrar que si se tiene en cuenta el goce del sujeto se impone de la forma más clara una escala de los delirios orientada por un trabajo autoterapéutico.

Una de las consecuencias que se pueden extraer de ello se encuentra, quizás, donde uno menos lo hubiera esperado: bajo la pluma de un neurólogo, O. Sacks. En efecto éste observa que los tranquilizantes presentan "el cruel y paradójico inconveniente de condenar a los pacientes a sufrir hasta el final de sus días una enfermedad de origen medicamentoso, impidiendo a sus psicosis evolucionar hacia una resolución natural".²⁵ No se trata de concluir de ello que se deba renunciar al uso de los medicamentos, sino de incitar a la invención de una forma de manejarlos que no se oponga a las potencialidades creativas del sujeto psicótico. Tal era, precisamente, el deseo expresado en 1996 por John Nash, premio Nobel de matemáticas, durante el Congreso Mundial de Psiquiatría de Madrid. En aquella ocasión, Nash manifestó haber constatado que la eclosión de su psicosis suscitó un estado psíquico adecuado para fecundos hallazgos matemáticos, mientras que su capacidad de invención se extinguió cuando consiguió estabilizarse gracias a la compañía de su ex mujer. En consecuencia, invitó "a los psiquiatras a reflexionar sobre lo que sería una curación de la psicosis que no supusiera un déficit de las capacidades de producción y de invención de un sujeto".²⁶

24. J.-C. Maleval, *Logique du délire*, Paris, Masson, 1997.

25. O. Sacks, *Un anthropologue en Mars*, Paris, Seuil, 1996, pág. 95.

26. C. Gallano, "X^e Congrès mondial de psychiatrie", *Mental. Revue internationale de santé mentale et de psychanalyse appliquée*, 1997, 3, pág. 168.

Capítulo 16

La emergencia de La mujer

La frecuencia de los fantasmas de feminización en la paranoia había llevado a Freud a postular la existencia de una "represión" de la pulsión homosexual en el origen de esta patología. A pesar de la brillante deducción gramatical basada en esta hipótesis, a partir de la cual parecía posible dar cuenta de la génesis de cuatro de los principales delirios (persecución, erotomanía, celos y megalomanía), en la actualidad es un hecho ampliamente comprobado que una homosexualidad manifiesta es compatible con una psicosis paranoica. Ya en 1932, M. Klein consideraba que era preciso invertir el abordaje de los fenómenos: según ella, la homosexualidad se desarrolla con frecuencia como una defensa contra las angustias paranoides. En 1949, Rosenfeld publica el análisis de un homosexual manifiesto y el de un homosexual latente para mostrar que ambos "desarrollaron una paranoia cuando la función defensiva de la homosexualidad fracasó".¹ Lacan se inscribe en una perspectiva bastante próxima cuando afirma en 1958: "La homosexualidad, supuesta determinante de la psicosis paranoica, es propiamente un síntoma articulado en su proceso".²

Quince años más tarde, en "El Atolondradicho", a propósito de la psicosis de Schreber, da un paso más cuando advierte la intervención, "sardónica", de un "efecto de empuje a la mujer"³ que, nos pre-

1. H.-A. Rosenfeld, "Remarques sur les relations de l'homosexualité masculine avec la paranoia, l'angoisse et le narcissisme", en *États psychotiques*, Paris, PUF, 1976, pág. 68.

2. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 526.

3. "Aquí podría, si desarrollara la inscripción que llevé a cabo, mediante una función hiperbólica, de la psicosis de Schreber, demostrar allí en lo que tiene de sardónico el efecto de empuje a la mujer que se especifica con el primer cuantificador: tras precisar bien que es por la irrupción de Un-Padre en cuanto sin razón por lo que se precipita aquí el efecto experimentado como el forzamiento, en el campo de un Otro que debe pensarse como el más ajeno a todo sentido."

cisa, "se especifica con el primer cuantificador" de las fórmulas de la sexuación en el lado en que ambas están afectadas por una negación,⁴ es decir, $\bar{E}x \Phi x$. Desde entonces, el empuje a la mujer es considerado uno de los signos principales de la forclusión del Nombre del Padre. Se sabe que es manifiesto en Schreber, quien, al término del trabajo de su delirio, tuvo que aceptar hacerse la puta de Dios para obedecer a un "efecto experimentado como de forzamiento", a saber, la escandalosa intuición inicial, concebida de entrada como insensata, de acuerdo con la cual "sería bello ser una mujer durante el coito". Ya en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", Lacan advertía que "a falta de poder ser el falo que le falta a la madre", le quedaba a Schreber la solución de "ser la mujer que falta a los hombres".⁵ En estas líneas se encuentra ya la afirmación de que un efecto de significación, no coordinado con el falo pero relacionado con la sexuación, puede tener un efecto resolutorio para el delirante. El testimonio de Schreber indica que el fenómeno del empuje a la mujer surge cuando se produce la llamada a un goce sin límite revelador de una deficiencia⁶ de la función fálica. Este goce evoca el que las mujeres experimentan en tal ocasión, pero del que nada pueden decir. Se impone una comparación entre goce psicótico y goce femenino; pero ello obliga a precisar en qué difieren.

Si bien ambos escapan a la primacía del falo, hay que insistir en que es no-todo en el caso de una mujer,⁶ mientras que no tiene límite en el caso del psicótico. La categoría lógica de no-toda en el goce fálico con la que Lacan especifica la posición femenina, implica que el goce suplementario de una mujer no deja de estar limitado por el goce fálico. Pero este límite demuestra estar ausente en la psicosis.

La impertinencia sardónica de lo simbólico es a menudo lo más manifiesto en el umbral de los trastornos del psicótico, cuando se discierne un esbozo de feminización. "Miss Schreber", dicen a modo de

4. J. Lacan, "L'étourdit", *Scilicet*, 4, Paris, Seuil, 1975, pág. 22.

5. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 547.

⁶ *Défaut*. [N. del T.]

6. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX, Aun*, op. cit., pág. 89.

escarnio las alucinaciones verbales contra el presidente. Es un hecho característico que escarnecen al sujeto apuntando a su ser de goce, desprovisto de la casulla fálica. En tales circunstancias, las injurias sexuales son habituales: "puta, loca, bujarrón, marica, etc." Dichas injurias inducen fácilmente un imaginario de homosexualidad y de feminización. En primer lugar, el sujeto se sorprende y se escandaliza, experimenta el fenómeno como "un forzamiento", rechaza las acusaciones de las que son portadoras las alucinaciones. Su posición es muy distinta cuando se acomoda a su feminización. En el primer caso, la feminización alude a una decadencia del ser del sujeto, mientras que en el segundo consigue correlacionar el goce forcluido con un significante que, aunque no sea el falo, ahora pasa a desempeñar algunas de sus funciones.

El empuje a la mujer conoce manifestaciones diversas que merecen ser distinguidas de forma más clara de lo que se suele hacer. Se puede observar en todos los niveles de evolución de la psicosis declarada: tanto en las formas más elevadas del delirio como en los estados esquizofrénicos.

He aquí un ejemplo de su aparición en estos estados. Maurice es un joven de 18 años y medio cuyo caso es relatado por Françoise Desprot. "Su cuerpo tiene poca existencia para él, no se reconoce en el espejo. Por lo general habla de él en femenino: 'Estoy contenta', por ejemplo. No se interesa en absoluto en las chicas. Alterna largos momentos de estupor con breves ataques de violencia. La mirada o la voz del otro —sobre todo si contienen una demanda— lo dejan inmovilizado en su sitio, completamente fascinado por la mirada o petrificado por la voz. Un día, una chica se dirige a él y le pide que le muestre el sexo. Inmediatamente, Maurice obedece abriendo su pantalón. Algunos días más tarde, en la piscina, Maurice entra en un estado de gran angustia y con mucha agitación: acaba de descubrir sus órganos genitales. Dice, de forma muy insistente: '¡Me pone nervioso! ¡Mira! ¡Pelotas! ¡Enfermo! Doctor cortar tijeras. No quiero tener, cortar tijeras'. Al día siguiente, alterna una voz muy grave con una voz de mujer y aires afeminados. Más adelante, plantea la siguiente pregunta: '¿Por qué bebé en mi barriga?', mostrando su vientre mientras hace ademán de abombarlo. Al producirse este encuentro con la cuestión de su propio sexo y la relación con el otro sexo, la falta de significación fálica con-

duce, en el caso de Maurice, a un peligro de castración real: ¡Él no quiere esas pelotas!"⁷

Es en el otro polo de la psicosis donde habría que situar el convertirse en mujer de Auguste Comte al que Sarah Kofman consagró un libro.⁸ Tras la muerte de Clotilde de Vaux, el fundador del positivismo la incorporó, identificada explícitamente como La mujer toda, puesto que para él era al mismo tiempo la hija, la esposa y la madre. Entonces aceptó ser al mismo tiempo hombre y mujer para convertirse en el "venerado gran sacerdote" de la religión positivista y hacerse con el pontificado que le había "correspondido naturalmente".

Los diez últimos años de Comte estuvieron dominados por la incorporación de un principio femenino a su filosofía y a su pensamiento. Al parecer, en su caso esto no tuvo repercusiones en la imagen del cuerpo.

La feminización del paranoico fue descrita hace tiempo por la psiquiatría clásica, que la relacionaba con la "inversión sexual": "Se encuentra en la literatura —escribe Guiraud en 1922— cierto número de observaciones de delirios sistematizados en los que lo esencial es el temor a ser tomado por homosexual".⁹ Él mismo comenta un estudio clínico que evidencia claramente la frecuente correlación entre este fenómeno y el empuje a la mujer. Se trata de un sujeto que "se imagina que ciertos enemigos, a quienes designa (el clero y su antigua prometida), influyen en él mediante procedimientos misteriosos y transforman su sexo". "A los 34 años —cuenta el paciente—, a finales de 1916, estando en el frente, empecé a sentirme inquieto, sin saber por qué. Me parecía que estaba mal considerado. Algunas semanas más tarde, se hicieron oír voces invisibles. Me acusaban de ser un marica, [...] un sátiro, me acusaban de haber violado a chicas jóvenes." Adviértase que, en un primer momento, la imputación de homosexualidad, esbozo frecuente de feminización, está incluida en una serie de acusaciones que sólo tienen en común la alusión a un goce desatado. Poco después,

7. F. Deprost, "De la féminisation dans la psychose, fragments cliniques", *Les Feuilles du Courtil*, 7, junio de 1993, págs. 101-102.

8. S. Kofman, *Le Devenir-Femme d'A. Comte*, París, Aubier-Flammarion, 1978.

9. P. Guiraud, "Délire systématisé et inversion sexuelle", *Annales médico-psychologiques*, serie 12, II, julio de 1922, pág. 132.

surge una imagen femenina que sirve para enmarcar dicho goce —sin conseguirlo del todo. "Para transferirme al hospital, me habían puesto un brazalete de la Cruz Roja, así que el clero estaba metido en el asunto. Me ordenaban, mediante ideas, no mediante palabras, que bendijera a la gente, que bendijera el vino y, al mismo tiempo, tenía la impresión de ser una religiosa." En esta imagen, que manifiesta el surgimiento de La mujer, se distingue una tentativa de pacificación del goce, pero éste enseguida se desborda.

"He sido transferido a diversos hospitales —sigue diciendo—, al Val-de-Grâce, a Saint-Maurice, a Villejuif. En todas partes era igual: me decían que era una mujer, voces de niños me reclamaban para gozar, mientras que otras me reprochaban la aventura que me había sucedido cuanto estaba en activo.¹⁰ Por la noche, sobre todo, me daban la impresión de que había cambiado de sexo, me hacían adoptar actitudes de mujer pública, me llamaban "Eugenia", cuando mi nombre es Eugenio, me hacían experimentar las sensaciones voluptuosas de una mujer. Luego me sentía electrizado, me hacían cosas en mi interior, tenía mal gusto en la boca, notaba olores desagradables, sobre todo de materias fecales y de esperma. En concreto, en Saint-Maurice, hacían que me subiera esperma hasta la boca y eso me hacía gozar, siempre como una persona de sexo femenino".¹¹ En este caso, la función pacificante de delirio no ha llegado a su término parafrénico: el sujeto recusa la feminización, que experimenta como una iniciativa del Otro a la que él no consiente en absoluto. "Rechaza horrorizado —comenta Guiraud— todas esas 'representaciones femeninas'. Muy irritado, protesta, responde a sus alucinaciones con injurias verdaderamente viriles; pide insistentemente que lo libren de sus persecuciones para permitirle vivir como todo el mundo".¹² La riqueza de las alucinaciones, su contenido y el sentimiento de persecución, ponen de manifiesto un goce deslocalizado al que el trabajo de feminización delirante no consigue poner freno de forma suficiente como para poder calmar al sujeto.

Existe, por otra parte, un trastorno en el que el empuje a la mujer ocupa la casi totalidad del cuadro: se trata del síndrome transexual en

10. Había sido violado por un sargento, tras lo cual había intentado suicidarse.

11. P. Guiraud, *op. cit.*, pág. 130.

12. *Ibid.*, pág. 132.

el hombre. Este síndrome no está correlacionado de forma unívoca con una estructura determinada. Sin embargo, en la mayoría de los casos tiene su raíz en una tentativa de trasladar el goce del Otro al significante. De ahí la importancia de la reivindicación de esos sujetos para obtener documentos de identidad y un reconocimiento social. El transexualismo de una mujer, que la lleva a hacerse el hombre, parece estar menos fuertemente correlacionado con la estructura psicótica.

Sin embargo, cierta forma de convertirse en La mujer-toda, no marcada por la castración, no deja de observarse en algunas mujeres psicóticas. Así, en su delirio, una mujer afirma ser "la madre única y la Virgen eterna", otra "la reina loca", una tercera "la diosa Manzulia", y otras, respectivamente, "la Gran duquesa", "la dama", "la Estrella", "la muy elevada", "Ella", "la papisa Pía XIV", "la madre de la humanidad", "la gallina blanca" elegida de Dios, etcétera. En un caso descrito por Magnan, las alucinaciones dicen que la paciente no se comporta correctamente, la llaman "Venus y Eva", la arrastran por el fango; ella, por el contrario, considera que Dios la ha convertido en "emperatriz de la Santa Cruz". En otra observación, la de Marta, comunicada por Lagache, la paciente percibe en sus sueños frases de acuerdo con las cuales ella sería reina, o bien "la Estrella", y tiene la convicción de poseer "el alma de la Santa Virgen".¹³

¿Por qué el psicótico se ve empujado tan a menudo a encarnar La mujer? No hay, observa Freud, representación psíquica de la oposición masculino-femenino. A propósito de ésta, el mito de Edipo nada nos enseña. Un hombre y una mujer sólo pueden encontrarse gracias al artificio del significante fálico. Para trasladar el sexo al significante, el inconsciente sólo dispone de un significante adecuado para representar la falta que regula la sexualidad: el del falo. Esta propiedad del inconsciente freudiano es correlativa de una vacuidad en lo que a la representación de lo femenino se refiere. Esto es lo que Lacan expresa con el aforismo: "La mujer no existe". Tenemos, pues, razones para hablar, con Jacques-Alain Miller, de una forclusión del significante de

13. Las dos últimas observaciones las aporta E. T. Mahieu, en "Le pousse-à-la-femme et les structures cliniques de la psychose", *L'Essai*, revista clínica publicada por el Departamento de Psicoanálisis, Universidad de París-VIII, 2. págs. 159-160.

La mujer. Dicha forclusión es confirmada por la clínica de la psicosis, en la cual lo que está forcluido de lo simbólico retorna en lo real.

Un efecto de la forclusión del Nombre del Padre es hacer existir La mujer, es decir, la encarnación de un goce infinito. Adviértase, en efecto, que si La mujer existiera, para escribirla a partir del primer cuantificador de las fórmulas de la sexuación, en la zona en que éstas se basan en formas afirmativas, habría que suprimir la negación que afecta a la función existencial; de esta forma, en términos lógicos, La mujer-toda se puede confundir con el Padre gozador, porque $\exists x \Phi x$ designa la existencia de una x cuyo goce no conoce el límite fálico. Cuando la función paterna está simbolizada, constituye una muralla¹⁴ contra el rechazo de La mujer: el Padre es sólo un semblante, afirma Lacan, que "ex-sistiría al lugar vacío donde pongo a La mujer".¹⁵ Cuando la máscara del Padre simbólico falta, surgen figuras del goce ilimitado, una de las más eminentes de las cuales es La mujer. El énfasis en el empuje a La mujer en el psicótico está relacionado con el hecho de abordarlo como "sujeto del goce".¹⁶ En el estadio más elaborado de su delirio, Schreber expresa claramente que gracias a su feminización es capaz de encarnar la excepción de una voluptuosidad sin límites. "Un exceso de voluptuosidad —precisa Schreber— incapacitaría a los hombres para ejercer las funciones que les incumben. [...] Ahora bien, en aquello que me concierne, dichos límites han dejado de imponerse." Considera que Dios le exige verse como hombre y mujer en una sola persona, con el fin de consumar el coito consigo mismo. Dios exige de él "un estado permanente de goce".¹⁶

Pero el empuje a la mujer no se reduce a la emergencia de una figura del goce desatado: a menudo contribuye, en el mismo movimiento, a una cierta contención del mismo. Normalmente, La mujer del delirante le sirve de protección, más o menos precaria, frente a la hiancia del Otro. Las dos funciones de La mujer, de ese "otro nombre de Dios",¹⁷ observables en la clínica de la psicosis parecen

14. J. Lacan, "L'éveil du printemps", *Ornicar?*, invierno de 1986-87, 39. pág. 7.

15. J. Lacan, "Présentation des Mémoires d'un névropathe", *Cahiers pour l'analyse*, nov.-dic. de 1966, 5, pág. 70.

16. D. P. Schreber, *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 230.

17. J. Lacan, "Le sinthome", *Ornicar?*, 1976, 6, pág. 5.

* Sin mujer que se reduce a la mujer

estar correlacionadas con "el estrabismo" de lo que se produce en el campo del Otro cuando Lacan interpreta que "una faz del Otro, la faz de Dios [...] tiene de soporte el goce femenino". Y precisa: "Y como también se inscribe allí la función del padre por referirse a ella la castración, se ve que eso no hace dos Dioses, aunque tampoco uno solo."¹⁸ $\exists x \Phi x$ y $\exists x \Phi x$ son dos nombres de Dios que no se confunden, pero que, aun así, no constituyen dos Dioses. Ésta no es pura especulación si se relaciona con lo que sucede en el campo de la psicosis, donde se constata que las imágenes que dan cuerpo a estas dos fórmulas unas veces se entremezclan en figuras del goce no condicionadas por la castración, mientras que otras veces se separan, cuando La mujer constituye una última protección contra la malignidad del Padre gozador.

Lacan distingue sucesivamente dos funciones de la feminización de Schreber: en 1958, la de generar un sustituto fálico; en 1973, la de producir una figura de la excepción paterna. Estos planteamientos no son excluyentes: subrayan un trabajo compensatorio que se apoya en dos elementos articulados entre sí.

— La clínica de la feminización del psicótico se manifiesta en un sujeto fuera de discurso, pegado a la cadena significativa, y ello se puede recoger en sus enunciados manifiestos, no es preciso descifrarlo mediante la interpretación de dichos enunciados. La distinción en la clínica del empuje a la mujer no implica, desde luego, el asentimiento del sujeto; por el contrario, lo más común es que inicialmente se muestre indignado. Con todo, no se puede afirmar que existe sin algún reconocimiento por su parte. Y esto sigue siendo válido también para distinguir la estructura psicótica sin desencadenamiento. Cuando se encuentra el empuje a la mujer en este último caso, la principal diferencia es que a menudo sus manifestaciones son más discretas. Sin embargo, algún detalle puede llamar la atención en este sentido durante una entrevista: "¿Por qué lleva usted siempre esa gabardina haga el tiempo que haga y en cualquier circunstancia? —Porque tengo las caderas anchas, de forma afeminada, no quiero que los demás se den cuenta". Otro sujeto se ve obligado invariablemente a imaginarse que es una mujer cuando se masturba. En su caso, no se trata ni de un fantasma

18. J. Lacan, *El Seminario, Libro XX, Aun, op. cit.*, pág. 93.

histérico ni de un fantasma perverso. Durante un tiempo, sufriendo por su incapacidad para sostener el deseo respecto a las mujeres, quiso "aniquilar su sexualidad", ya fuese mediante una intervención con láser en su cerebro, ya fuese pidiéndole a un cirujano que le cortara el sexo. "No quiero ser homosexual —afirma—, quiero ser asexual." En estas circunstancias, se pone claramente de manifiesto que la homosexualidad no está relacionada en absoluto con tentaciones de satisfacción perversas: demuestra una desregulación del goce vivido como una intención maligna del Otro. No se trata todavía del empuje a la mujer manifiesto, pero a menudo éste se esboza en el hombre bajo formas similares a la que acabamos de comentar.

Con el último ejemplo, el de Karim, abordamos una clínica que, aunque siga estando estrechamente correlacionada con la dinámica del empuje a la mujer, en parte va más allá: se caracteriza por una emergencia de La mujer, más o menos independiente de la imagen especular, pero que se puede apreciar en los enunciados manifiestos. Esto es lo que se observa claramente en Fritz Zorn. El fenómeno adopta la forma de curiosas visiones. En un principio, se manifestó bajo uno de los aspectos más frecuentes en el hombre: el surgimiento de preocupaciones homosexuales. "Cuando era un estudiante —dice Zorn—, como mis relaciones con las mujeres no funcionaban, a menudo se me metía en la cabeza que era simplemente un homosexual, o más bien, había tenido miedo de ser homosexual."¹⁹ Esta inquietud se encuentra con bastante frecuencia durante la adolescencia, y sólo se puede relacionar con un efecto de empuje a la mujer si otros elementos lo corroboran. Tal es el caso en Zorn, que tuvo una serie de visiones a lo largo de muchos años de noches de insomnio a partir de la muerte de su padre. En ellas se desarrollaban, sin ninguna intervención consciente por su parte, historias de familias que se sucedían generación tras generación. La mayor parte de los personajes que intervenían en ellas estaban tristes. "Es decir —añade— casi nunca estaban tristes *a priori*, sino que se iban poniendo tristes; la tristeza los atrapaba, los derrumbaba. Constantemente se daba el caso de que algún personaje caía en la melancolía."²⁰ No hay duda de que es el mismo yo depresivo del sujeto el que

19. F. Zorn, *Mars* (1977), París, Gallimard, 1979, pág. 175.

20. *Ibid.*, pág. 178.

se escenifica en estas imagerías involuntarias. Pero, precisa Zorn, "era sobre todo el personaje de la mujer atrapada en el dolor el que atravesaba estas historias. Esta figura, que solía tener una edad avanzada, sobrevivía por lo general a todos sus contemporáneos y era la última de su época en morir. Pero, cuando venía una nueva época, con una nueva generación, volvía la figura de la Gran Afligida. A veces, al comienzo de un nuevo capítulo, todavía no sabía que el antiguo personaje de la Gran Afligida había vuelto. Pero, en todo caso, al cabo de cierto tiempo, una de las apariciones femeninas, en un principio distinta, acababa siendo ella. Este personaje adoptaba poco a poco la misma aura de melancolía que su antecesora, aunque su aspecto fuera completamente distinto. Era igualmente la norma que todas las mujeres fueran distintas; sólo se parecían en un punto: al final, siempre se convertían en figuras del dolor encarnado. De alguna forma, eran diosas de la aflicción".²¹

Todos los protagonistas de las ensoñaciones de Zorn reflejan, evidentemente, su propia melancolía. Pero ninguno de ellos se presta mejor a representarla que la "Gran Afligida". Desde Freud, sabemos que el personaje principal del sueño se refiere, por lo general, al propio soñante; Zorn está de acuerdo en lo que a sus visiones se refiere: "Hoy día creo que aquella figura alegórica era la imagen de mi alma, que se presentaba ante mí, bajo esta forma visible, con el fin de enfrentarme a lo que verdaderamente me sucedía".²² Que sea una imagen femenina la que surge insistentemente para representar a Zorn, es un hecho que merece ser destacado. Este fenómeno se anunciaba ya en el temor de convertirse en homosexual: en el hombre se establece con facilidad una asociación entre posición femenina y homosexualidad. Todo ello, asociado con otros signos clínicos que permiten detectar la estructura psicótica del sujeto,²³ confirma que había que considerarlo el esbozo de un efecto de empuje a la mujer. Hay que destacar que aquí, a diferencia del modelo schreberiano, éste no afecta a la representación del cuerpo propio. Cuando las visiones desaparecen, a Zorn no se le desencadena un delirio, sino que se le declara un cáncer: no es

21. *Ibid.*, págs. 179-180.

22. *Ibid.*, pág. 180.

23. J.-C. Maleval, "Fritz Zorn, le carcinome de Dieu. Phénomène psychosomatique et structure psychotique", *L'Évolution psychiatrique*, 1994, 59, 2, págs. 305-334.

la feminización lo que lo invade, sino más bien el carácter melancólico y doloroso de aquella imagen, que se apodera de él. Entonces se siente entregado al goce maligno del Otro, identificado con el "carcinoma de Dios". La emergencia de La mujer no llegó a contribuir en este caso a atemperar la relación del sujeto con la hiancia del Otro; por el contrario, se constata que cuando desaparece la figura de la "Gran afligida", ya nada se opone a una confrontación con el Otro gozador, vivido como una lucha a muerte.

Durante los dos o tres años durante los cuales se desarrollan las visiones de Zorn, la feminización afecta discretamente a ciertas imágenes especulares, sin tener repercusiones discernibles en la representación del cuerpo. Pero sin duda es un hecho notorio que la "Gran Afligida" funcionara, como al parecer así fue, como el significante amo de esas construcciones imaginarias: "Era ella, sobre todo -afirma Zorn-, la que se mantenía idéntica a través de todas esas historias".²⁴ Además, él mismo considera a posteriori que dichas historias estaban regidas por aquella figura melancólica que representaba a su alma pidiendo ayuda. Puede suceder que ambos fenómenos se independicen: el retorno del significante forcluido de La mujer funciona a veces como significante amo en un delirio sin afectar a la imagen especular.

Esto es lo que ocurre en el delirio parafrénico de Jean-Pierre Brisset. Como se sabe, él consideraba haber encontrado el método que permitiría acceder a las verdades eternas, pues suponía que las palabras son "antiguas frases", de tal manera que el análisis de una palabra permite encontrar la o las frases que la formaron: la palabra habla, pues, "por sí misma", de la "formación de la palabra, la cual es, nada más y nada menos, la creación del Hombre".²⁵ De ello resulta que Brisset eleva el calambur a la categoría de un método científico: "El calambur, escribe, o el juego de palabras, ese juego del espíritu, es eso, tan poco apreciado, que Dios eligió para confundir a los sabios de la tierra",²⁶ es "la espada de fuego que guardaba el camino del árbol de la vida".²⁷ Su procedimiento le permite establecer que los primeros ancestros vivían en las aguas y en ellas comían, porque *j'ai un logement* [tengo una

24. F. Zorn, *op. cit.*, pág. 179.

25. J.-P. Brisset, *La Science de Dieu* (1900), París, Tchou, 1970, pág. 147.

26. *Ibid.*, pág. 153.

27. J.-P. Brisset, *Les Origines humaines* (1913), París, Baudouin, 1980, pág. 25.

morada] se descompone en *j'ai un l'eau, je mans* [tengo un el agua, yo com(o)]. Su alimento favorito era el saltamontes, porque *là sauteur ai-le* [allí saltador lo tengo]/*la sauterelle* [el saltamontes] o *le à ce hauteur ai-le* [el a este altura lo tengo]. De deducción en deducción, y a condición de recordar que "las ranas se llaman *raines* en casi toda Francia", resulta manifiesto que "las ranas que concibieron y *enfantèrent* [dieron a luz]/ *enfant terre* [niño tierra], fueron las *raines mères* [ranas madres]/ *reines mère* [reinas madre]. Son estas diosas, llamadas también "diablas", las que el diablo, en el *Fausto* de Goethe, llama *las madres* [...] La *raïne-mère* es, pues, la abuela del hombre y fue la primera gramática, porque enseñó a hablar a sus pequeños..."²⁸ En consecuencia, el hombre es una metamorfosis de la rana. "Enseguida que la primera metamorfosis tuvo lugar, el ser llamado a convertirse en hombre fue dorado de la palabra y de una inteligencia ya superior a todo lo que existía. Éste es un hecho innegable, porque la rana está dotada de una voz muy fuerte y variada, así como de una inteligencia relativa bastante notable."²⁹

Las únicas ilustraciones insertas en *La Science de Dieu* y en *Les Origines humaines* son dos dibujos de una rana "vista desde arriba" y "vista por debajo". Es notable que el significante *rana* sea, pues, el único en contar con el apoyo de un dibujo. No hay duda de que posee una función particular: plantea una creación *ex nihilo* que clausura la cuestión del origen. Constituye el significante amo del delirio de Brisset. La rana-madre figura en él claramente como otro nombre de Dios. Aquí, la mujer aparece en el origen del delirio sin que el sujeto se feminice. Es cierto que Brisset relata un incidente que vivió con "estupefacción", a la edad de once años: el encuentro identificatorio con una rana,³⁰ pero el fenómeno no tuvo una continuación. Después del desencadenamiento del delirio, la identificación que parece tener más pregnancia se refiere a una figura cuyo sexo es impreciso: el séptimo ángel del Apocalipsis.

La exaltación delirante de un principio femenino encarnado de diversas formas no es una curiosidad aislada propia de Brisset. "La

28. *Ibid.*, págs. 100-101.

29. J.-P. Brisset, *La Grammaire logique* (1883), París, Baudouin, 1980, pág. 167.

30. J.-P. Brisset, *La Science de Dieu* (1900), *op. cit.*, pág. 211.

mujer que desempeña un papel sobrenatural es una de las aberraciones más apreciadas por los escritores que se han despedido del sentido común", constata en 1880 alguien familiarizado con los escritos de delirantes, Gustave Brunet, cuando publica uno de las primeras obras existentes sobre los locos literarios.³¹

La megalomanía del parafrénico normalmente conduce al sujeto a encarnar la excepción paterna. Para ello puede pasar por la feminización absoluta, pero también puede ser convocada con tal fin una imagen masculina eminente. Recordemos tan sólo que a comienzos del Siglo XIX, en Bicêtre, Pinel ya tomaba nota de la presencia simultánea de cuatro Luis XVI, un Luis XI y diversas divinidades.³² Más adelante llegarían numerosos Napoleones.

La clínica de la psicosis, no sólo no permite observar invariablemente el empuje a la mujer, ni siquiera una emergencia de La mujer sin conexión con la imagen corporal, como era el caso en Zorn, Brisset o Comte: lo que es más, a veces genera fantasmas de masculinización. Sin duda, es de sobra conocido que estos últimos pueden ser el resultado de una desregulación de la dimensión imaginaria que, a su vez, suscita sentimientos de superposición de identidad o de incertidumbre en lo que a ésta se refiere. Pero también se encuentran, aunque con menos frecuencia, incitaciones a hacerse el Hombre que parecen participar de una lógica cercana al empuje a la mujer.

Francine nos introduce a un abordaje de este fenómeno. Durante los primeros meses de la cura, se había inscrito en un curso de relajación. Entonces le suceden fenómenos extraños. Ya los había experimentado anteriormente, pero advierte que a menudo, en estas circunstancias, tienen tendencia a imponerse con más fuerza. "Cuando hago relajación —dice con inquietud— siento como si tuviera patillas, a pesar de que llevo el pelo largo. Lo soluciono pasándome la mano por la cara, sé que es falso, nunca tendría patillas, ni puede crecerme

31. G. Brunet, *Les Fous littéraires. Essai bibliographique sur la littérature excentrique, les illuminés, visionnaires, etc.*, par Philomnest Junior, Bruselas, Gay et Doucé, 1880, pág. 81.

32. P. Pinel, *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, París, An. IX, 1ª edición, pág. 23.

barba.* El sábado tuve miedo de encontrar un sexo masculino en el lugar del mío. También creí que me crecía la nariz como a Pinocho...". Ya en su infancia, tras haber descubierto los libros "porno" de su padre, los hojeó junto a su mesita de noche y los miraba imaginándose relaciones sexuales en las que ella ocupaba el lugar del hombre. Evidentemente, un hombre así representa un ser cuyo goce está desatado. Ella lo asocia con el propio hombre que leía aquellos libros: lo describe martirizando a su madre, e insiste en que le rompió un dedo durante una pelea; dice haberlo oído, desde su habitación, mientras la sometía a violencias sexuales. Director de empresa, alto dignatario entre los rosacruces, amante de la pornografía, su hija lo ve como a un hombre autoritario y violento a quien nadie sería capaz de resistírsele. Francine teme a ese Padre gozador que ya había retornado en lo real en un episodio anterior.

Encarnar a este hombre o encarnar a La mujer toda, son procesos que están emparentados: el Padre de la horda $\Xi X \Phi X$ y La mujer ($\Xi X \Phi X$) constituyen figuras adecuadas para representar a seres cuyo goce, como el del psicótico, no está sometido a la interdicción fálica. "Dios es la mujer hecha toda —precisa Lacan—. Ya se lo dije, ella no es toda. Pero en el caso de que ex-sistiera debido a un discurso que no fuera semblante, tendríamos $\Xi X \Phi X$, el Dios de la castración."³³ La clínica de la psicosis ofrece la oportunidad de verificar que, a los dioses y a La mujer, sólo se los encuentra en lo real.

En Francine, al igual que en Aimée,³⁴ la masculinización permanece en el estado de un esbozo, no se impone como significante principal de un delirio. A veces, sin embargo, el fenómeno puede ser más acentuado. Bleuler observa que en ocasiones, en la esquizofrenia, el sexo sufre una transformación delirante: "El enfermo hombre se siente mujer

* *Je n'ai pas de barbe à pousser*: como ya se verá más abajo (pág. 380), se trata de una expresión bizarra, calcada de *barbe-à-papa*, nombre de aquellos dulces de azúcar hilado (en forma de barba) que en otro tiempo eran muy habituales en las ferias. [N. del T.]

33. J. Lacan, "RSI", seminario del 11 de marzo de 1975, *Ornicar?*, 1976, 5, pág. 25.

34. "Seré admitida como varón —escribe, por ejemplo, Aimée—, iré a ver a mi novia!!" (J. Lacan, *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, París, Seuil, 1975, pág. 185.)

permanentemente, o por momentos, o a la inversa".³⁵ Y cita a una paciente que se considera "el Cristo y el Señor del Universo".³⁶ Leuret aporta en 1834 la siguiente observación: "Julia sólo tiene una idea, y es una idea loca: se cree el Padre Eterno. No habla, sin embargo, de otra cosa, aunque sus frases son deshilachadas y erráticas. Casi no ha conservado ningún hábito regular. No se trata todavía de una pérdida completa, pero sí de una debilitación considerable de toda facultad, como se podrá juzgar por el siguiente diálogo:

—¿Cómo se llama usted, señora?

—Me llamo yo, mi nombre. Usted es el que me debe un campo. En realidad soy el Padre Eterno. Mi espíritu ha sido tallado para convertirlo en un tablero.

—¿Qué edad tiene usted?

—Tengo 14 años (al menos tiene 30).

—¿Cuánto suman 45 y 3?

—48. ¡Pues bien! A mí también me han quitado mi oro, mis joyas.

—¿Quién se los ha quitado?

—¿Pregúnteselo a su pensamiento? Yo no voy de acorazada,* yo soy el Padre Eterno.

—¿Desde cuándo es usted el Padre Eterno?

—Siempre, siempre. Siempre he sido el Padre Eterno.

—Pero el Padre Eterno tiene barba, y usted no.

—Perdóneme, pero aquí está (y mientras lo dice, me muestra su cabello)"³⁷

Por otra parte, Leuret advierte, como Bleuler, que hay "mujeres que creen haberse convertido en hombre, y hombres que creen haberse convertido en mujer".³⁸ Algunas de sus observaciones dan a entender que se refiere a la clínica del transexualismo. Los trabajos modernos sobre este

35. El subrayado es mío.

36. E. Bleuler, *Dementia praecox ou groupe des schizophrénies* (1911), París, EPEL, REC, 1993, págs. 179 y 175.

* *Je ne fais point la cuirassière*: esta expresión no se entiende. Dada la antigüedad del texto, se puede tratar de una expresión coloquial o un localismo cuyo sentido se nos escapa. [N. del T.]

37. F. Leuret, *Fragments psychologiques sur la folie*, París, Crochard, 1834, págs. 34-35.

38. *Ibid.*, pág. 95.

síndrome han confirmado ampliamente que el delirio de inadecuación sexual puede conducir a algunas mujeres a masculinizarse.

Nada impide que el fenómeno se encuentre claramente articulado en un auténtico delirio paranoico. Dominique Laurent describe, en una observación reciente, "cómo una mujer, al término de un trabajo delirante de varios años, adquirió la certeza de que era un hombre que respondía al nombre de Jésuchris.* Hombre en su forma de hablar, en sus ademanes y en su comportamiento", llegó a completar su transformación usando permanentemente una prótesis peniana.³⁹ Los problemas de este sujeto con la justicia habían dado lugar a un internamiento por orden del juez: querellante y legalista, trataba de hacer reconocer por la ley su certeza delirante. Estaba convencida de que su nombre era Jésuchris, porque no había más que uno. Jésuchris había nacido seis años después que ella, en el espacio, y luego había sido depositado en la tierra en casa de su niñera. El reino que se encuentra alrededor del planeta era su reino, el de su madre y el de los ángeles. Su misión era anunciar la llegada de Dios a la tierra para el juicio final. En este caso, la masculinización es claramente afirmada, pero no en el marco de un síndrome transexual, sino en la trama de un delirio paranoico.

El caso de la Srta. G., descrito por Stoller, resulta particularmente interesante, porque el fantasma de masculinización constituye el rasgo más sobresaliente de la sintomatología de una mujer muy masculina pero que, sin embargo, no quiere cambiar de sexo. Tiene la certeza de poseer un pene interno, duro, siempre erecto durante las relaciones sexuales, pero también cuando está en su interior, y permanece igual tras la eyacuación cuando tiene un orgasmo con una mujer. Ella afirma: "No se trata de que lo crea, es real, está en mi interior, siempre lo he sabido, siempre lo sentí, es mío, no me lo pueden ustedes quitar. Es lo que hace que yo sea lo que soy. Lo necesito porque me hace fuerte. La mayoría de las mujeres son débiles y tímidas, lo necesito para irme a la cama con un hombre". Este pene cambia de lugar de acuerdo con la naturaleza del acto sexual: cuando la Srta. G. se masturba, está den-

* La forma correcta es *Jesús-Christ*. [N. del T.]

39. D. Laurent, "Jésuchris, Ève et le Serpent". *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1989, XVII, pág. 77.

tro de su vagina, y entonces ella se toca el clítoris, pero sigue sintiendo su pene; durante el acto sexual con un hombre, el pene abandona la vagina y permanece más discretamente dentro del área pelviana; durante el acto sexual con una mujer, por el contrario, se sitúa en el exterior.⁴⁰ Según Hubert, la Srta. G. oscila entre dos posiciones: "Ser la mujer de todos los hombres", cuando se va a la cama o cuando se acuesta con decenas de hombres, y por otra parte en una posición de masculinización, por ejemplo cuando se encuentra en el lugar del hombre que proporciona un orgasmo a la mujer, pero esto último con una condición: no ser insultada con el significante "homo".* Lo que permanece constante en este caso, advierte Hubert, es el intento de encontrar una solución: la solución de ser la figura excepcional.⁴¹

El efecto de empuje a la mujer, predominante en la sintomatología de Schreber, tiende tal vez a hacernos olvidar que este fenómeno imaginario se encuentra bajo la dependencia de la estructura, de forma que puede desempeñar diversas funciones y además existen diversas formas de llevarlo a cabo. En sus formas de emergencia, el empuje a la mujer traduce una desregulación del goce. Sin embargo, a medida que entra en el trabajo del delirio, contribuye a unir de nuevo el goce deslocalizado con el semblante.

La encarnación de la excepción también puede conducir al Hombre-Dios: la emergencia de figuras paternas grandiosas en los delirios paranoicos y parafrénicos es un dato clínico de primer orden, conocido desde mucho antes que el empuje a la mujer. En ambos casos, la figura que surge no se limita a traducir la irrupción de un goce sin límites, sino que además tiende a revelar una verdad absoluta. "Ser la mujer que falta a todos los hombres", constituye de hecho una forma "de ser el Otro del Otro",⁴² advierte Éric Laurent. Y añade: "es la solución que consiste, tras no haber encontrado representante en el sistema sim-

40. R. Stoller, *Splitting*, Nueva York, Quadrangle, 1973, págs. 16-17.

* *Homo*: coloquialmente se usa como abreviatura de homosexual. [N. del T.]

41. H. Hubert, "Le pénis de Mrs G.", en *Cahier, Association de la Cause Freudienne-Val de Loire et Bretagne*, 1998, 10, pág. 75.

42. "... un Otro del Otro. Es lo que generalmente llaman Dios, pero el análisis revela que es, simplemente, La mujer" (J. Lacan, "Le sinthome", seminario del 16 de marzo de 1976, *Ornicar?*, 1977, 9, pág. 39).

bólico, en hacerse su sustancia. [...] Éste es el punto donde coinciden las definiciones del sujeto psicótico como 'amo en la ciudad de las palabras' y como 'receptáculo, lugar del goce' ".⁴³

La emergencia de La mujer y la de la encarnación del Hombre-Dios no poseen en la psicosis una función única. Ésta varía en función de los grados de elaboración de las defensas. Pueden ser una traducción de su fracaso y pueden contribuir a remediarlo. Si bien a veces la imagen de La mujer tiende a confundirse con la del Padre gozador, otras veces se alza como último dique contra lo real.

43. E. Laurent, "Positions féminines de l'être", *La Cause freudienne. Revue de Psychanalyse*, 1993, 24, pág. 109.

Capítulo 17

La transferencia del sujeto psicótico

Aunque numerosos clínicos constataron muy pronto que los sujetos psicóticos podían desarrollar intensas relaciones transferenciales, Freud no dejó de desmentir la existencia de este fenómeno. "La observación demuestra —escribió en 1916— que los enfermos afectos de neurosis narcisista no poseen la facultad de la transferencia, sólo presentan restos insignificantes de ella. Rechazan al médico, no con hostilidad, sino con indiferencia. Por eso no son accesibles a su influencia. Todo lo que éste les dice los deja fríos, no les impresiona de ninguna forma. En consecuencia, aquel mecanismo de la curación, tan eficaz en otros, que consiste en reanimar el conflicto patológico y superar la resistencia ejercida por la represión no se podrá establecer. Ellos permanecen tal como son. Ya han llevado a cabo, por propia iniciativa, sus tentativas de rectificación de la situación, pero dichas tentativas sólo han conducido a efectos patológicos. No podemos cambiar nada de esto."¹

En consecuencia, cuando pasamos revista a las contribuciones de Freud al tratamiento de los estados psicóticos, lo que nos impresiona es su pesimismo. Es cierto que conserva una esperanza de que se pueda acabar encontrando alguna forma de abordarlos, pero su teoría de la psicosis incluye un obstáculo decisivo: la idea de que los psicóticos no desarrollan transferencia. Su hipótesis fundamental, forjada a 1907, consiste en definir las psicosis como estados narcisistas, en los cuales la libido de objeto se retira al yo. De ello se desprende una consecuencia principal: el abandono de las representaciones de objeto. Así, el analista no podrá ser investido libidinalmente.

Freud atribuye la resistencia al cambio que encontramos en la psicosis al narcisismo. Es cierto que considera el delirio como una tentativa de restitución destinada a recuperar los objetos del mundo exte-

1. S. Freud, *Introduction à la psychanalyse* (1916-17), Paris, Payot, 1951, pág. 425.

rior; pero le parece que esa libido de objeto se muestra resistente al abordaje terapéutico.

A pesar del peso de estos obstáculos conceptuales, su opinión sobre el tratamiento de los psicóticos deja lugar para algunos matices. Así, a sus alumnos nunca les plantea una prohibición a este respecto, ni se la plantea a sí mismo. De hecho, su actitud es muy próxima a la de Lacan, o sea, una actitud de espera y de investigación: "En las neurosis narcisistas —escribe Freud en 1916— la resistencia es insuperable; como mucho, podemos lanzar una mirada de curiosidad por encima del muro, para espiar lo que ocurre al otro lado. Nuestros métodos habituales deben ser, pues, sustituidos por otros, y todavía ignoramos si conseguiremos producir esta sustitución. Desde luego, tampoco en lo que se refiere a estos enfermos nos faltan materiales. Ellos manifiestan su estado de muchas maneras, aunque no siempre en forma de respuesta a nuestras preguntas, y por el momento nos vemos reducidos a interpretar sus manifestaciones, guiándonos por las nociones que hemos adquirido gracias al estudio de los síntomas de las neurosis de transferencia. La analogía es lo suficientemente grande como para garantizar al principio un resultado positivo, sin que podamos decir, sin embargo, si esta técnica es susceptible de llevarnos muy lejos".²

En suma, en lo que a la cuestión de la transferencia psicótica se refiere, se comprueba que la teoría de la libido, demasiado poco emancipada de las neurosis de transferencia, constituye un obstáculo que impide captar determinados fenómenos clínicos. Éstos, sin embargo, no son completamente ignorados por Freud, pero considera que se trata tan sólo de "restos insignificantes" de transferencia. Al no disponer su teoría de nociones que permitan integrarlos, se ve llevado a obviarlos.

Sin embargo, en 1908, Freud había tenido una intuición notable que, en cierto modo, anticipaba las vías que sus alumnos iban a abrir en el futuro para el tratamiento de los psicóticos. Había entrevisto que éste sólo sería posible, como le confió a Ferenczi, situándose en el propio terreno del delirio. "La influencia —afirmaba— sólo es naturalmente posible a partir de ahí, nunca a partir de la lógica."³ Los desarrollos

2. *Ibid.*, pág. 400.

3. Carta de Freud a Ferenczi del 11 de febrero de 1908, en S. Freud y S. Ferenczi, *Correspondance, 1908-1914*, París, Calmann-Lévy, 1992, pág. 7.

sobre la psicosis de transferencia y sobre la erotomanía de transferencia darán cuerpo a esta intuición que quedó en vía muerta en su enseñanza.

A. Muerte de Freud

Diversos trabajos psicoanalíticos publicados en vida de Freud ponen en duda la incapacidad de los psicóticos para establecer una transferencia; sin embargo, la autoridad del fundador del psicoanálisis constituyó un obstáculo para que se tomara seriamente en consideración este fenómeno. Las cosas cambian enseguida después de su muerte.

Federn había tratado a pacientes psicóticos ya en 1905 y había tenido más de una oportunidad para comunicar a Freud sus investigaciones. Fue uno de los primeros en tener esa experiencia: la de la transferencia de los psicóticos. Pero sólo en 1943, cuatro años después de la muerte de Freud, se autorizó a publicar su primer artículo sobre "El psicoanálisis de los psicóticos".

"Mi trabajo —explica él mismo—, data del primer decenio del siglo." En este artículo relata lo que probablemente fue la primera psicoterapia exitosa de inspiración analítica de una paciente psicótica. Había llevado a cabo el seguimiento, a lo largo de muchos meses, de una joven hospitalizada en dos ocasiones por un estado de catatonía con agitación. La visitó en el hospital durante seis semanas y acabó por ganarse su transferencia mediante un trato amable "y contándole historias agradables sobre personas a las que ella quería, sin mencionar a las que no quería. Me informé bien sobre sus gustos particulares. Le prometí hacerla salir del hospital y no omití ofrecerle chocolate. Es fácil ganarse una buena transferencia con psicóticos recurriendo a su regresión al nivel oral."

"Mi mujer —prosigue Federn— estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio en pro de una tarea importante, de modo que pude acoger a la paciente en mi casa. Los dos soportamos sus arranques emocionales, su negativa a comer cuando temía ser envenenada, sus caminatas interminables por la habitación durante toda la noche, su abuso del tabaco y el relato de sus desgracias alucinatorias. Por nuestra parte, no le pusimos ningún límite, aunque sabíamos que ello significaba correr el riesgo de que se suicidara. Yo conocía su pasado y los con-

flictos subyacentes, y la ayudaba a dominarlos. En los años que siguieron, acudió a nuestro asilo por periodos cada vez más breves. No le permití volver con su familia; además conseguí, hasta cierto punto, influir en su madre anormal y en sus hermanos, amables aunque neuróticos, y logré que le permitieran vivir sola. Ella prosiguió sus estudios y llegó a ser una buena artista. Le pedí al profesor de la Academia de las Artes que me llamara a mí, y a ningún otro psiquiatra, cuando se pusiera *rara* y paranoica. A veces ella no tenía necesidad del entorno concreto de nuestra casa, sino que se pasaba horas paseando en coche con mi mujer, interrumpiendo a menudo el recorrido para comer cantidades ingentes de caramelos. Entonces se calmaba y volvía a su propio estudio. Se volvió normal, se casó dos veces y cumplió con todas sus obligaciones. Acabó cortando toda relación con nosotros, lo cual en aquel entonces me produjo pesar. Nunca le cobré nada, pero creía que todos aquellos servicios merecían alguna devoción y gratitud. Más tarde abandoné este punto de vista narcisista, cuando entendí que tal deserción era justa y necesaria para evitar el miedo a la recaída, puesto que aquello le recordaba su estado psicótico. La combinación de la transferencia con la ayuda psicoanalítica salvó a este ser humano tan notable desde el punto de vista intelectual y desde el punto de vista artístico.”⁴

Las enseñanzas de esta cura, al revelar que la transferencia y el tratamiento de los psicóticos eran posibles en determinadas condiciones, fueron decisivas para Federn. Una de las conclusiones principales que extrajo fue la necesidad de apoyarse especialmente en la transferencia positiva para dirigir el trabajo: “La distancia entre el psicoanalista y la analizante siguió constituyendo el esquema de nuestra relación, pero su transferencia era más importante para mí que el progreso del análisis”.⁵ Se trataba, según Federn, de estimular la transferencia positiva, de tal manera que estaría contraindicado interpretarla. Además, ningún tratamiento de un paciente psicótico podría alcanzar el éxito sin una ayuda femenina, símbolo de la madre o de la hermana. En efecto, Federn, que se fija como objetivo la reconstrucción del yo del pacien-

4. P. Federn, *La psychologie du moi et les psychoses* (1952), París, PUF, 1979, págs. 131-132.

5. *Ibid.*, pág. 140.

te, considera que hay que proceder al mismo tiempo a una especie de ortopedia de la transferencia. La transferencia materna de un paciente psicótico hacia su terapeuta masculino lo hundiría, según él, en la confusión, porque no sería capaz de distinguir este sentimiento de un sentimiento homosexual. Al ser la transferencia para Federn tan sólo una ilusión, suscitada por una distorsión imaginaria del fantasma, hay que rectificarla para corregir las relaciones del sujeto con la realidad. Pero también hay que utilizarla en su dimensión positiva para dar peso a las intervenciones del terapeuta.

Por el contrario, la transferencia negativa constituye un obstáculo fundamental contra el que no se puede hacer nada, al no ser aconsejable la interpretación del material. Con todo, Federn no dejó de constatar que esta forma de transferencia podía producirse: “La transferencia de la parte psicótica de la personalidad es a veces peligrosa —escribe en 1943— y puede conducir a la agresión y al asesinato tanto como a la deificación del objeto. Y tanto la agresión como la deificación pueden poner fin a todo contacto debido a temores profundamente enraizados”.⁶ Esta constatación, hecha tempranamente por Federn, la reiterarán todos los analistas de psicóticos: la característica más manifiesta de la transferencia del sujeto psicótico es que despierta sentimientos extremos y ambivalentes. “En la práctica —destaca Federn—, la diferencia más importante entre la transferencia en los neuróticos y en los psicóticos reside en el factor de la ambivalencia [...] las tendencias emocionales contrapuestas desgarran el yo en todas sus partes [...] los estados divididos del yo alternan en fuerza, y al mismo tiempo hay alternancia de transferencia positiva y negativa hacia el analista.”⁷

Federn fue, sin embargo, un autor que no hizo escuela, quizás debido a su muerte prematura en 1950, precisamente cuando la cura de los psicóticos se estaba convirtiendo en una preocupación importante para los psicoanalistas, pero sobre todo debido a una concepción prepsicoanalítica del yo, no auténticamente freudiana. Hay que reconocerle, sin embargo, el mérito de haber sido el primer psicoanalista que “no retrocedió frente a la psicosis” y de haber llevado a cabo la

6. *Ibid.*, pág. 145.

7. *Ibid.*, pág. 151.

experiencia de que en el sujeto psicótico subsiste una aptitud para la transferencia.

En vida de Freud, algunos otros psicoanalistas se enfrentaron con los problemas planteados por lo que ellos llaman "la transferencia narcisista" de los psicóticos, en particular Waelder y Pierce Clark. El primero, en 1925, se apoya, al igual que Federn, en la transferencia positiva con el fin de usarla como vehículo de la influencia directiva ejercida por el analista: se trata, pues, de estimularla y no de analizarla. De la misma forma, Pierce Clark, en 1933, aconseja al analista que modifique su actitud y se adapte a las exigencias amorosas, así como a la necesidad de apoyo y de satisfacción por parte del paciente para crear y mantener la transferencia narcisista.

En suma, frente a la dificultad planteada por Freud, la respuesta inicial de los primeros psicoanalistas que se enfrentan a la cura de psicóticos consiste en mostrar que dichos sujetos pueden desarrollar una transferencia intensa, pero que la transferencia negativa pone en peligro el trabajo, de tal forma que es preciso desarrollar y preservar la transferencia positiva sin analizarla. Es comprensible que una orientación semejante de la práctica, que insiste en el papel directivo del analista, suponga el peligro de un retorno a prácticas psicoterapéuticas prefreudianas fundadas esencialmente en la "persuasión" del terapeuta.

Tras la muerte de Freud, la cura psicoanalítica de psicóticos no tropezó ya con el obstáculo instaurado por su autoridad al subrayar la ineptitud de estos pacientes para la transferencia, de tal forma que se llevaron a cabo más investigaciones. Éstas se desarrollaron principalmente en los Estados Unidos, en el terreno conceptual de la psicología del yo, y en Inglaterra, gracias a las innovaciones kleinianas.

En los Estados Unidos, sin embargo, estas investigaciones permanecieron esencialmente localizadas en unos pocos lugares: en Chesnut Lodge (Maryland), en la Fundación Menninger (Kansas) y en Austen Riggs Center (Massachusetts).

Harry Starck Sullivan (1892-1949) había intentado tratar a esquizofrénicos en los años veinte, en el Sheppard Pratt Hospital (Maryland), sirviéndose de una terapéutica socio-psiquiátrica, planteamiento que resultaba concebible a partir de una idea etiológica de la psicosis fundada en la relación interpersonal. Ya en 1925, consideraba muy "dudosa" la tesis freudiana de la incapacidad transferencial de los

esquizofrénicos.⁸ Su influencia fue considerable en Chesnut Lodge cuando, a mediados de los años treinta, esta clínica decidió consagrarse a la psicoterapia intensiva de los estados psicóticos. Sullivan aceptó, a comienzos de los años cuarenta, integrarse en las reuniones del equipo acompañado de D. M. Bullard y de F. Fromm-Reichmann.

En 1940, en Chesnut Lodge, institución de la que era director médico, Bullard constata que en los psicóticos hay profundas oscilaciones de la transferencia, parecidas en cierto modo a las del neurótico, pero tan intensas o tan cuidadosamente camufladas tras una máscara de indiferencia o de sospecha hostil, que inducen errores en muchos analistas.⁹ A diferencia de Federn, considera posible analizar la transferencia negativa. La hostilidad paranoide, en su opinión, es un índice de angustia y tiene una función defensiva. Interpretarla permite atenuarla y preservar la corriente de simpatía necesaria para proseguir la cura. Bullard acepta la actitud paranoide del paciente como punto de partida y no trata de crear artificialmente una transferencia positiva. Fue uno de los primeros en sostener que la transferencia negativa podía ser puesta al servicio de la cura; así, se orienta hacia un planteamiento más auténticamente psicoanalítico que sus antecesores.

En lo esencial, sin embargo, se limita a trasponer el modelo de la cura de los neuróticos a otro campo, sin ocuparse a fondo de los problemas planteados por la especificidad del funcionamiento psicótico.

Siguiendo los pasos de Bullard y de Sullivan en Chesnut Lodge, Frieda Fromm-Reichmann se consagra durante más de veinte años a la cura psicoanalítica de los esquizofrénicos. Sus numerosos trabajos fueron reunidos tras su muerte en una obra, todavía no traducida al francés, titulada *Psychanalyse et psychoterapie*.¹⁰ En sus primeras investigaciones, se muestra preocupada por preservar la transferencia positiva sin interpretarla; pero progresivamente se ve llevada a criticar este planteamiento, demasiado prudente por parte del analista y condescendiente con el paciente. En sus trabajos posteriores, da cuenta de su descu-

8. H. S. Sullivan, "Peculiarity of thought in schizophrenia" (1925), en *Schizophrenia as a human process*, Nueva York, Londres, Norton, 1974, pág. 34.

9. D. M. Bullard, "Experiences in the psycho-analytic treatment of psychotics", *Psychoanalytic Quarterly*, 1940, 9, págs. 493-504.

10. F. Fromm-Reichmann, *Psychoanalysis and psychotherapy*, University of Chicago Press, 1959.

brimiento de que es posible apoyarse en el análisis de la transferencia para permitirle al paciente elaborar sus conflictos. Propone, ciertamente, algunas adaptaciones de la cura psicoanalítica clásica para tratar a los psicóticos, pero, de acuerdo con su enseñanza, los problemas más serios que ello plantea parecen derivarse de la intensidad de los sentimientos contratransferenciales. En particular, subraya que el analista no ha de experimentar miedo en presencia de su paciente, pues de lo contrario éste lo advierte, y en consecuencia se acentúan sus propios miedos, sus defensas y su agresividad.

Harold Searles llega a Chesnut Lodge algunos años antes de la muerte de Fromm-Reichmann. Sus primeros trabajos, en los años cincuenta, llevan la marca de su influencia. La contribución más notoria de Searles consiste en poner en primer plano la contratransferencia para orientarse en la cura de los pacientes psicóticos. Considera que una simbiosis terapéutica es condición necesaria para el éxito de la cura. "Para mí, la 'idea delirante' que tiene el paciente de una unión profunda con el analista se ha de convertir en una realidad compartida por ambos participantes."¹¹ Considera, en consecuencia, que las interpretaciones prematuras de la transferencia son resistencias del analista en la fase de simbiosis terapéutica, y una forma de negar su propio sadismo en la formación y el mantenimiento de la psicosis de transferencia.¹² En esta perspectiva, el acento recae en un maquillaje de la contratransferencia para hacer cesar la psicosis de transferencia, considerada como "todo tipo de transferencia que falsee e impida la relación paciente-terapeuta en cuanto seres humanos separados, vivos, humanos y sanos".¹³

Searles no ignora el interés del concepto de identificación proyectiva, que en los años cincuenta abrió nuevas perspectivas en la cura de los psicóticos, cuando se vio que permitía introducir el poder de la interpretación en el terreno de los mecanismos preedípicos. Pero lo subordina a la fase de simbiosis terapéutica y sólo lo encuentra pertinente una vez fuera de este ámbito, en "un nivel de la estructura psíquica mucho más elevado".¹⁴

11. H. Searles, "La psychose de transfert dans la psychothérapie de la schizophrénie chronique" (1963), en *L'Effort pour rendre l'autre fou*, París, Gallimard, 1977, pág. 409.

12. *Ibid.*, pág. 421.

13. *Ibid.*, pág. 378.

14. *Ibid.*, pág. 378.

Los analistas kleinianos estiman, por el contrario, que la identificación proyectiva es la forma más precoz de relación de objeto, y creen que se puede emplear como mecanismo de defensa. Interviene en la posición esquizo-paranoide, es decir, a partir del nacimiento. Tras la introducción de este concepto en 1946, diversos alumnos de M. Klein (Rosenfeld, Bion, Segal) creyeron que se abrían nuevas perspectivas en el tratamiento de los psicóticos. Les pareció que se podía trasponer el modelo de la cura analítica con neuróticos, de manera que se dedicaron a reducir la psicosis de transferencia interpretando las identificaciones proyectivas. Éstas reposan en una escisión del yo en partes buenas y malas que luego son proyectadas sobre objetos externos, identificados con las partes proyectadas del sí mismo. "Para comunicar con el analista -afirma Rosenfeld-, los psicóticos recurren a veces a los aspectos positivos y a los aspectos negativos de la identificación proyectiva, y cuando la necesidad y la capacidad de un enfermo de comunicar de esta forma son predominantes, incluso un psicótico muy grave puede reaccionar de forma del todo favorable a un análisis. El pronóstico es en este caso relativamente bueno."¹⁵ La ambivalencia de la transferencia de los psicóticos, que tan pronto deifica al analista como lo constituye en perseguidor, parece encontrar un principio de inteligibilidad en la identificación proyectiva, y así este concepto dio lugar a un giro decisivo para la comprensión de la cura. A partir de los años cincuenta, esta clase de tratamientos empezaron a ser más frecuentes, sobre todo en clínicas como Chesnut Lodge, pero también en el consultorio del analista.

De todas formas, Rosenfeld señala en 1972 que en Gran Bretaña hay todavía pocos psicoanalistas que acepten en tratamiento a psicóticos. De la misma forma, en Francia, en 1983, Green se hace eco de la poca prisa que se dan los analistas en tomar a psicóticos como pacientes. Y recuerda: "Para Freud, los psicóticos no eran analizables debido a la falta de transferencia. Cuando la experiencia clínica demostró lo contrario -aunque sólo en parte, es cierto-, la respuesta que obtuvieron los psicoanalistas de psicóticos fue, en primer lugar, que no era 'verdadera' transferencia, y en segundo lugar que era intratable en los

15. H.-A. Rosenfeld, "Notes sur le traitement psychanalytique des états psychotiques", en *Traitement au long cours des états psychotiques*, Toulouse, Privat, 1974, pág. 125.

dos sentidos del término".¹⁶ En consecuencia, este didacta de la IPA no duda en entregarse a una severa diatriba, que Lacan no hubiera rechazado, contra los "representantes de la ortodoxia analítica", de quienes dice que parece "como si quisieran defender una práctica sagrada, cuyas leyes canónicas son inmutables, destinadas a la elite: analizables analizables por una clase no menos elitista de grandes sacerdotes seguros de su religión. Toda otra actitud es considerada herética o mágica. Fuera de la "cura tipo", no hay salvación".¹⁷ De hecho, además de algunos kleinianos y algunos investigadores originales, la mayor parte de los analistas siguieron sintiéndose por mucho tiempo bastante poco inclinados a comprometerse en la cura de sujetos psicóticos. Hasta finales de los años setenta, los analistas lacanianos no se mostraron más audaces: la apertura teórica producida por el concepto de forclusión del Nombre del Padre no introdujo en un principio ningún avance decisivo para la conducción de la cura. Hubo que esperar a comienzos de los años ochenta para que se produjera un cambio determinante.

B. La psicosis de transferencia

Desde los años cincuenta, la mayoría de los clínicos concuerdan en que los psicóticos pueden desarrollar una relación transferencial, y en que ésta puede ser descrita como masiva, fusional y ambivalente. La noción de psicosis de transferencia es generalmente aceptada para describir estos fenómenos pero de la misma manera que no recubre el mismo concepto en Federn (su introductor en 1943) y en Rosenfeld (que la impuso en los años cincuenta), fue adoptando acepciones bastante distintas según los autores. Para los kleinianos, está relacionada con los fantasmas inconscientes y los reactualiza; para la psicología del yo, constituye una distorsión de la realidad y de la relación paciente-terapeuta. Federn insiste, por ejemplo, en el hecho de que la psicosis de transferencia ha de ser evitada porque es inanalizable; mientras que Rosenfeld afirma la importancia del reconocimiento de la transferencia psicótica y de su perlaboración por medio de la interpretación.

16. A. Green, "L'idéal: mesure et démesure" (1983), en *La Folie privée*, Paris, Gallimard, 1990, pág. 269.

17. *Ibid.*, pág. 268.

Tras imponerse el concepto de psicosis de transferencia, cada corriente de la IPA elabora a este respecto un planteamiento conceptual original. En 1958, M. Little, una analista inglesa del Middle Group, propone una variación inspirada en Winnicott y M. Mahler: según ella, la "transferencia delirante" resultaría de un retorno a "la unidad de base" madre-niño, estado primitivo indiferenciado. Debido a las deficiencias en la capacidad de simbolización del paciente, el analista ha de apuntar a una ruptura de la transferencia delirante para que sus interpretaciones puedan empezar a ser escuchadas. "Con tal fin —escribe—, la realidad ha de ser presentada de forma innegable e ineludible, para que el contacto con ella no pueda ser rechazado, y de manera tal que el paciente no tenga que recurrir ni a la inferencia ni al razonamiento deductivo. Se podría comparar esto con el despertar de un niño muy pequeño que está soñando, pero que necesita de la presencia de alguien para que su despertar resulte más fácil. La regresión a un estado de dependencia muy precoz es inevitable, y son muchos los pacientes que no pueden conseguirlo sin pasar por una enfermedad regresiva. De acuerdo con mi experiencia, esto ocurre generalmente cuando existe una *folie à deux* que ha de ser destruida para que el análisis pueda ser llevado a buen término. La dependencia es al mismo tiempo reivindicada y rechazada, y no siempre es fácil hacerle aceptar al paciente los cuidados necesarios para su seguridad."¹⁸ En este planteamiento se ve claramente que la psicosis de transferencia es concebida como una forma paroxística de la transferencia neurótica, que no corresponde en sí misma a nada real y se reduce a una "puesta en acto de una ilusión".¹⁹ Como el paciente bajo transferencia toma a su analista por lo que no es, hay que rectificar sus relaciones con la realidad corrigiendo progresivamente el engaño.

Más recientemente, en 1975, la noción de psicosis de transferencia fue retomada y desarrollada por Kernberg en *Les Troubles limites de la personnalité*. Su proyecto fundamental consiste en reintroducir la relación de objeto en la psicología del yo. De esta forma, se ve llevado a

18. M. Little, "On delusional transference (transference psychosis)", *IJP*, 1958, 39, págs. 134-138.

19. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., pág. 152.

abordar sistemáticamente la psicosis de transferencia, atribuyéndole a este concepto una gran extensión. Encuentra la clínica que le corresponde, no sólo en la cura de sujetos psicóticos, sino también en la de los *borderline*. Sus tres características principales residen en "una pérdida de la prueba de la realidad y en el desarrollo de ideas delirantes que incluyen al terapeuta", con una predominancia de las relaciones de objeto primitivas, de origen fantasmático, y una activación de reacciones afectivas y primitivas aplastantes que generan la pérdida del sentimiento de poseer una identidad distinta del terapeuta.²⁰ Estos fenómenos serían menos acentuados en los *borderline*.

Para resumir en algunas palabras la evolución del planteamiento del problema de la transferencia de los psicóticos en el campo de la IPA, se puede decir que la evidencia creciente del error de Freud, impuesta por la clínica, requirió completar su enseñanza introduciendo el concepto de psicosis de transferencia, generalmente aceptado, aunque concebido de acuerdo con acepciones bastante variables según los autores.

No se trata de discutir lo que ese concepto describe, es decir, la frecuente emergencia de sentimientos extremos y ambivalentes, asociados con una percepción fusional de la relación; su insuficiencia reside en que es indisoluble de una concepción de la cura adherida al eje imaginario. El fenómeno es particularmente evidente cuando H. Segal observa que en el estado de identificación proyectiva suscitado por la psicosis de transferencia, el paciente puede vivir las interpretaciones del analista "como una identificación proyectiva que retorna, es decir, puede sentir que el analista está poniendo en él, en el paciente, sus propias partes indeseables y que lo está volviendo loco".²¹ El concepto de psicosis de transferencia conduce a un callejón sin salida en la estructura de la dinámica transferencial, como lo demuestra el hecho de que no establece ninguna diferencia fundamental entre transferencia psicótica y transferencia neurótica. "Es imposible —escribe, por ejemplo, Searles—, trazar una línea de demarcación neta entre la psicosis de transferencia y la neurosis de transferencia".²² Por eso Kernberg no

20. O. Kernberg, *Les Troubles limites de la personnalité* (1975), Toulouse, Privat, 1979, págs. 226-227.

21. H. Segal, "Une approche psychanalytique du traitement des psychoses" (1975), en *Délire et créativité*, París, Des femmes, 1987, pág. 228.

22. H. Searles, *op. cit.*, pág. 404.

encuentra ningún obstáculo a la hora de extender la psicosis de transferencia a los *borderline*. En suma, en último análisis, la psicosis de transferencia no es sino una extensión de la neurosis de transferencia al campo de las psicosis. Supone concebir la psicosis a partir del modelo de la neurosis grave y el postulado de un núcleo psicótico en el neurótico.

En consecuencia, se puede ver que, al trazar una línea divisoria entre neurosis y psicosis, la forclusión del Nombre del Padre conlleva una recusación implícita de la psicosis de transferencia. Este concepto lacaniano lleva en germen un planteamiento distinto de lo específico de la transferencia del sujeto psicótico; de ahí el carácter necesario de la introducción, en 1966, de un nuevo concepto para entenderla: "la erotomanía de transferencia".

C. La erotomanía de transferencia

En los años cincuenta, Lacan considera que la teoría de la psicosis sólo se encuentra en un estadio preliminar que todavía no permite aislar los principios propios que deberían presidir su tratamiento. Con todo, da a entender que dicho tratamiento es concebible. No tiene, a diferencia de Freud, una objeción de principio. Ciertamente, destaca que hacer uso de la técnica que él instituyó fuera de la experiencia a la que se aplica es "tan estúpido como echar los bofes en el remo cuando el navío está en la arena", pero en el mismo texto introduce la idea de que, en la cura de los psicóticos, hay que formarse una concepción nueva de la maniobra de la transferencia.²³

De hecho, en aquellos años, no faltan los planteamientos innovadores del problema, pero pecan por la heterogeneidad y la vaguedad de sus conceptualizaciones, así como por la imprecisión de las referencias nosográficas que emplean. La esquizofrenia omnipresente de los anglosajones los lleva a incluir gran número de histéricos en este marco.²⁴ "Sería una falta de caridad", observa Lacan, reunir todo lo que se

23. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 564.

24. J.-C. Maleval, *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, Paris, Payot, 1981.

ha dicho acerca de la cuestión de la transferencia de los psicóticos. Y añade: "Veamos únicamente en ello la ocasión de rendir homenaje al espíritu de la señora Ida Macalpine,²⁵ cuando resume una posición perfectamente conforme con el genio que se despliega actualmente en el psicoanálisis en estos términos: en suma los psicoanalistas afirman estar en situación de curar la psicosis en todos los casos en que no se trata de una psicosis".²⁶ Lacan no espera nada de las curas de psicóticos llevadas a cabo por la ortodoxia freudiana. En este sentido, su silencio es revelador. Cuando, de forma excepcional, menciona en 1967 los nombres de Rosen y de Sechehaye, es para precisar que no se trata de darle el pecho al loco, en primer lugar porque él no lo pide. Y añade que si la cuestión del loco se puede esclarecer mediante el psicoanálisis, ello ha de ser gracias a "otro centramiento".²⁷

Lacan recusa la noción de "psicosis de transferencia", pero en 1966 indica, a propósito de la relación de Schreber con Flechsig, que el psicótico tiende a situar al clínico "en posición de objeto de una especie de erotomanía mortificante".²⁸ Tal es la solución que propone para el problema suscitado por la introducción del concepto de forclusión del Nombre del Padre —en lo que se refiere a la especificidad de la transferencia en la estructura psicótica. Su respuesta no podía limitarse a un abordaje de los fenómenos: tenía que elevarse a una aprehensión estructural de la relación del psicótico con el clínico. Esto último es lo que consigue el concepto de erotomanía mortificante: indica una cierta inversión de los lugares de los protagonistas respecto a lo que se observa en la cura de los neuróticos. Aquí, el objeto *a* no se sitúa en el campo del Otro, del lado del analista; es el psicótico, sujeto del goce,

25. Ida Macalpine, psiquiatra inglesa, tradujo junto con su hijo Richard A. Hunter las *Memorias* del Presidente Schreber, que se publicaron acompañadas de un importante prefacio (D. P. Schreber, *Memories of my nervous illness*, Londres, Dawson and Sons, 1955). El prefacio fue traducido al francés en *Le cas Schreber, Contributions psychanalytiques de langue anglaise*, op. cit.

26. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 528.

27. J. Lacan, "Petit discours aux psychiatres", *Círculo psiquiátrico H. Ey*, Sainte-Anne, conferencia inédita del 10 de noviembre de 1967.

28. J. Lacan, "Présentation de la traduction des *Mémoires d'un névropathe*", *Cahiers pour l'analyse*, nov.-dic. de 1966, 5, pág. 72.

quien se siente como su depositario, mientras que el clínico es vivido como un sujeto animado de una voluntad de goce con respecto al paciente. "El llamado clínico —escribe Lacan en su introducción a las *Memorias* de Schreber— ha de acomodarse a una concepción del sujeto de la que se desprende que como sujeto no es extraño al vínculo que lo sitúa para Schreber, bajo el nombre de Flechsig, en posición de objeto de una especie de erotomanía mortificante, y que el lugar que éste ocupa en la fotografía sensacional que abre el libro de Ida Macalpine, o sea, frente a la imagen mural gigante de un cerebro, tiene en este asunto algún sentido." Entiéndase que esta fotografía constituye una perfecta imagen del Flechsig asesino de almas forjado por el delirio de Schreber. Lacan destaca el alcance innovador de la tesis que acaba de introducir y la ruptura que instaura respecto a las elaboraciones de sus antecesores. "No se trata en este caso —precisa— de ningún acceso a una ascesis mística, ni de una apertura efusiva a la vivencia del enfermo, sino de una posición a la que tan sólo introduce la lógica de la cura."

Aunque la noción de erotomanía mortificante, relacionada con la transferencia psicótica, no aparezca hasta 1966, la vemos anticipada varias veces en indicaciones anteriores de Lacan que en parte la esclarecen, además de revelar sus puntos de anclaje, no en la experiencia de la cura analítica, sino en la relación instaurada por el delirio de Schreber entre este último y Dios. Lacan se refiere en este sentido a una "erotomanía divina"²⁹ cuyas características residen, por una parte, en una abolición del sujeto, y por otra parte, en una "heterogeneidad radical del Otro", que genera un "amor muerto",³⁰ netamente diferenciable de la relación que los místicos pueden mantener con Dios. El texto de Schreber, advierte Lacan desde el seminario sobre las psicosis, "nada entraña que indique la menor presencia, la menor difusión, la menor comunicación real, que pudiera darnos la idea de que verdaderamente existe relación entre dos seres [...] Diría incluso que el más mínimo testimonio de una experiencia religiosa auténtica les permitiría ver la enorme diferencia. Digamos que el largo discurso con que Schreber da fe de lo que finalmente resolvió admitir como solución de su pro-

29. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 182.

30. *Ibid.*, pág. 363.

blemática, no da en modo alguno la impresión de una experiencia original en la que el sujeto mismo esté incluido – es un testimonio, valga la palabra, verdaderamente objetivado”.³¹ El amor que Dios manifiesta sentir por Schreber se le impone a este último desde el exterior, no ha sido solicitado de ninguna forma por el presidente, muy al contrario: antes de su enfermedad, él se contaba entre los “doctores de Dios”. En su delirio se siente tratado como objeto por un Otro divino cuya lejanía no deja de subrayar. Dios, afirma Schreber, es incapaz de instruirse mediante la experiencia,³² no sabe nada de los seres vivos, sólo conoce al hombre vivo desde el exterior, únicamente se ocupa de sombras y de cadáveres. Hay entidades generadas por las alucinaciones que designan a representantes de la divinidad como provenientes de “Yo soy aquel que está lejos”;³³ no hay mejor forma de caracterizar al Dios de Schreber que esta fórmula de acentos bíblicos.

Ya en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, Lacan despeja una homología entre la relación de Schreber con Dios y la instaurada en su delirio con Flechsig. Y añade que Freud designa “en la transferencia que el sujeto ha operado sobre la persona de Flechsig el factor que precipitó al sujeto en la psicosis”.³⁴ Entonces, la tesis de la erotomanía mortificante transferencial, ¿no desaconseja acaso comprometer al sujeto psicótico en una cura analítica? A mediados de los años cincuenta, Lacan no está lejos de pensar de esta forma cuando indica que el hecho de tomar la palabra de forma auténtica y el compromiso del sujeto de estructura psicótica en el análisis pueden producir una entrada en la psicosis declarada.³⁵ Además, cuando la cura tiene lugar, ¿cómo manejar la erotomanía mortificante? Si ésta instaura un perseguidor, ¿no instaura, por este mismo motivo, un obstáculo insuperable para el tratamiento psicoanalítico? ¿Cómo desalojar al sujeto psicótico del lugar de objeto de goce del Otro que le otorga su entrada en una relación transferencial?

31. *Ibid.*, págs. 113-114.

32. D. P. Schreber, *op. cit.*, pág. 158.

33. *Ibid.*, pág. 165.

34. J. Lacan, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 563.

35. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, *op. cit.*, pág. 360.

Lacan no aportó ninguna respuesta a estas preguntas. Su aportación consiste, sobre todo, en subrayar con fuerza la originalidad de la transferencia psicótica. Define, a este respecto, un amor mortificante en nada comparable con el amor de transferencia del neurótico. Este último, afirmaba Freud, no es más que un avatar del amor; no podemos confundirlo con la dura prueba erotomaniaca impuesta al psicótico, en la que éste se vive a sí mismo como un objeto que sufre las sevicias de un Otro malevolente.

Adviértase que la elección del concepto de erotomanía para designar la transferencia psicótica tiende a hacer de esta última un fenómeno articulado en la trama de un delirio. Lo característico de la erotomanía, según los clásicos, es que se basa en un postulado: la certeza de ser amado, a menudo por un personaje eminente, que es quien ha tomado la iniciativa a este respecto. “Lo que está abolido en el interior vuelve desde el exterior”: la estructura general del mecanismo psicótico, tal como Freud lo intuyó, resulta aquí particularmente discernible. El postulado erotomaniaco tiene dos implicaciones: “En primer lugar, una relación con el Otro en la que éste se impone como lugar de emisión de la libido cuyo blanco es el sujeto, al igual que en el automatismo mental se impone como emisor directo de la palabra alucinada que asalta al sujeto; en segundo lugar, un sujeto que no es pregunta, sino certeza. Esta última no corresponde, hablando con propiedad, al registro de la creencia, la cual siempre se acompaña de un punto de indeterminación. La certeza, por su parte, queda fuera de la problemática del saber, y ex-siste a la dialéctica de la verificación”.³⁶

El anclaje de la transferencia psicótica en una certeza delirante no incita demasiado a depositar esperanzas en su interpretación. En consecuencia, la noción de erotomanía mortificante plantea la existencia de una dificultad profunda en la cura de los psicóticos; por el contrario, esta dificultad es obviada, sin haber sido siquiera percibida, por el concepto de “psicosis de transferencia”.

Por las esperanzas que suscitó, este último concepto había incitado a numerosos analistas a lanzarse a iniciar curas de psicóticos, a veces a la manera de aprendices de brujo, mientras que, por el contrario, la

36. C. Soler *et al.*, “Structure et fonction des phénomènes érotomaniaques de la psychose”, en *Clinique différentielle des psychoses*, Paris, Navarin, 1988, pág. 248.

teorización lacaniana promovió una gran prudencia. Al término de su enseñanza, a pesar de la introducción del concepto de suplencia de la forclusión del Nombre del Padre, Lacan parece haberse quedado, en lo que al tratamiento psicoanalítico de los psicóticos se refiere, en cuestiones preliminares y a la espera de "otro centramiento" del problema.

Su última observación sobre la erotomanía, en 1975, observación de entrada sorprendente, que califica a Aimée de erotómana –cuando en un sentido estricto los pocos temas secundarios de este orden discernibles en su delirio de persecución no parecen autorizarlo–, parece tener que ser entendida como un intento de extensión del concepto de erotomanía congruente con su concepción de la transferencia psicótica.³⁷

Si nos atenemos a la enseñanza de Lacan, hay razones para dudar que haya que prestarse a la paranoidización de la transferencia que le espera a quien se introduce en una cura analítica con un psicótico. Algunos mencionarán, por el contrario, que Lacan incitó en 1977, en su apertura de la Sección Clínica, a no retroceder ante la psicosis; otros destacarán, sin embargo, que "psicosis" no es "psicótico", de tal forma que esta indicación se puede entender como una exhortación a proseguir el desarrollo de la teoría de la psicosis,³⁸ y no necesariamente como una invitación a precipitarse en tratamientos en los que la maniobra transferencial resulta incierta y cuya inocuidad no parece ser indiscutible. Recordemos que la práctica fundamental de Lacan con psicóticos, proseguida de forma regular durante más de veinte años, fue una práctica de presentación de enfermos, no orientada, como la de los clásicos, por preocupaciones clasificatorias, sino siempre interesada por las particularidades del funcionamiento del sujeto. Sobre su práctica psicoanalítica con sujetos psicóticos, no dijo nada. En sus controles, en 1975 y más adelante, no desanimaba al analista en lo que se

37. J. Lacan, "Conférence à Yale University, Kanzer Seminar", *Scilicet*, 6-7, Paris, Seuil, 1976, págs. 9-10.

38. "La paranoia –afirma–, quiero decir la psicosis, es para Freud absolutamente fundamental. La psicosis es algo frente a lo cual un analista no ha de retroceder en ningún caso" (J. "Ouverture de la section clinique", *Ornicar?*, 1977, 9, pág. 12). La referencia a Freud, retomada poco después, cuando Lacan destaca que "lo mejor que Freud hizo, fue lo del presidente Schreber", no incita, verdaderamente, a escuchar el consejo de no retroceder como una indicación técnica.

refiere a iniciar curas con psicóticos, pero no se mostraba demasiado optimista en cuanto a su resultado, y no aportaba indicaciones técnicas particulares para llevarlas a cabo. En el mismo periodo, en febrero de 1976, Czermak dice haberse formado más o menos la misma opinión. "A medida que avanzábamos –cuenta a propósito de una de sus pacientes–, la psicosis se normativizaba.

Era entonces cuando yo exponía sus lineamientos a Lacan para que los examinara [...]. Y al decirle a Lacan que el efecto de la transferencia en el diálogo sólo había conseguido depurar la psicosis, un día dijo, ante mi tono de cierta desolación: "Habitualmente es todo lo que se consigue en este tipo de casos".³⁹ En circunstancias similares, en relación con un niño psicótico con el que la cura no progresaba demasiado –el niño a quien presenté como Philippe en un trabajo anterior– Lacan me dio en 1977 una respuesta similar, aunque más ambigua, confiándome que no le sorprendían los pocos progresos conseguidos. Observación que me incitó a tratar de elucidar cuáles eran sus razones y cuyos efectos están todavía presentes en estas líneas.

Desde luego, el surgimiento de la erotomanía de transferencia no era considerada por Lacan como debida a lo que un didacta de la IPA llama "un error técnico". "No hay psicoanalista que no tenga su erotómano –escribe en 1980–. No está orgulloso de ello, puesto que, aparte del error técnico, no deja de preguntarse por lo que, en su contratransferencia, pudo dar pie a esa eferescencia delirante."⁴⁰ Una oportunidad más para verificar que la referencia teórica a la psicosis de transferencia no evita que la erotomanía mortificante surja con frecuencia.

A comienzos de los años ochenta, poco después de la muerte de Lacan, surgieron nuevas perspectivas, en el seno de la Escuela de la Causa Freudiana, sobre la concepción de la cura de los psicóticos y la maniobra de transferencia que podría ser adecuada en su caso. Dichas perspectivas quedaron abiertas gracias al trabajo de lectura, llevado a cabo por Jacques-Alain Miller, de la enseñanza de Lacan, lectura que hacía énfasis en su último periodo –cuando se produce una superación

39. M. Czermak y J.-L. Duhamel, "L'homme aux paroles imposées", *Le Discours psychanalytique*, febrero de 1992, 7, pág. 8.

40. A. Green, "Passions et destins des passions" (1980), en *La Folie privée*, Paris, Gallimard, 1990, pág. 171.

de la lógica del significante en favor de una axiomática del goce. En este contexto se destacaron conceptos que antes habían sido obviados, tales como, precisamente, el de erotomanía mortificante, relacionada con la transferencia psicótica, y el de "sujeto del goce", distinguido del sujeto representado por un significante para otro significante. Tan pronto el abordaje del psicótico se centra en esta consecuencia del desencañamiento del significante que es la desregulación del goce, puede surgir una nueva hipótesis: la consistente en dirigir la cura psicoanalítica de esos sujetos contrariando el goce del Otro, y no ya, por ejemplo, tratando de injertar significante. Michel Silvestre y Colette Soler fueron los primeros en formularlo y en ilustrarlo.

¿Cómo resolver las dificultades suscitadas por la erotomanía mortificante? En 1984, Michel Silvestre se pone a la tarea partiendo de la paradoja de acuerdo con la cual, "por una parte, todo en la teoría parecería indicarnos que el dispositivo analítico no le conviene al psicótico, y, por otra parte, hay psicóticos que se mantienen en una cura sin que, aparentemente, los analistas estén allí menos en acto". Y constata que las maniobras del psicótico comprometido en un psicoanálisis tienen una única finalidad: "reintegrar al analista al lugar del Otro del goce". Ahora bien, prosigue Silvestre, "no puede haber sino una única respuesta a esta maniobra, oponerse a ella". Entonces, la erotomanía de transferencia, ¿es necesaria en la cura del psicótico? No lo parece. Por ejemplo, C. Soler, tres años más tarde, indica cómo eludirla: evitando responder "cuando el analista es llamado en la relación dual a suplir para el sujeto, mediante su decir, el vacío de la forclusión, y a llenar dicho vacío con sus imperativos".⁴¹

Si la transferencia en el neurótico incluye un elemento de resistencia al psicoanálisis, la del psicótico —advierte É. Laurent—, cuando éste empieza con la erotomanía, se puede situar como "obstáculo".⁴² En efecto, cuanto más se despliega la erotomanía mortificante, más impedido se encuentra el trabajo de elaboración. Al enfrenar al sujeto con un Otro perseguidor, la erotomanía mortificante instaaura en el campo de la cura un obstáculo a la significantización.

41. C. Soler, "Quelle place pour l'analyste?", *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1987, XIII, pág. 31.

42. E. Laurent, "Le transfert délirant", *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1983, IV, pág. 33.

¿Qué subsiste, pues, de la transferencia psicótica en curas donde la erotomanía no se pone en acto? A este respecto, Michel Silvestre aporta una contribución preciosa cuando pone de relieve la existencia de lo que llama "dos vertientes" de la transferencia psicótica: una consistente en ofrecerse como objeto de goce del analista, otra en situarlo en el lugar de soporte de una búsqueda de significantes adecuados para organizar los desórdenes del mundo.⁴³ Cuando un sujeto psicótico se esfuerza por orientarse en lo que concierne a sus fenómenos elementales, introduciéndolos en un orden, en ese momento de vacilación, advierte Silvestre, "un analista puede ofrecer el relevo del sujeto supuesto saber". En esta perspectiva, propone una curiosa interpretación de la transferencia erotomaniaca como "estratagema mediante la cual el sujeto se ofrece al goce del Otro a través del amor" —en este caso, pues, sitúa el amor de parte del paciente, y no de parte del Otro—. Y recuerda en la discusión subsiguiente que, si bien en la erotomanía la iniciativa proviene del Otro, el amor puede sostener la articulación de la demanda del psicótico. A continuación, esboza sin desarrollarla la idea de que el amor funcionaría en esta relación de manera especular, lo cual no carece de pertinencia en relación con la clínica de la erotomanía: sin duda, la iniciativa de amar proviene del Otro, pero no se subraya quizás lo suficiente que en la mayoría de los casos el sujeto responde a ese amor.

La erotomanía mortificante se manifiesta generalmente bajo la forma de un "odioamoramiento" exaltado que puede llegar hasta el sacrificio del propio ser para satisfacer el goce del Otro. Sin embargo, como advierte Éric Laurent, el obstáculo que la erotomanía opone al avance de la cura no está constantemente presente, al igual que en el neurótico no lo está la resistencia de transferencia. Cuando la erotomanía mortificante se pacifica, prosigue Laurent, la instauración del dispositivo psicoanalítico puede hacer advenir una estabilización mediante la "reunión del ser del sujeto alrededor de un semblante de objeto a que podrá revestir al psicoanalista".⁴⁴

Tras el planteamiento, en los años ochenta, de estas orientaciones fundamentales, numerosos relatos de curas de psicóticos, efectuadas

43. M. Silvestre, "Transfert et interprétation dans les psychoses: une question de technique", *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1984, pág. 55.

44. E. Laurent, "Le transfert délirant", *op. cit.*, pág. 33.

por analistas de la Escuela de la Causa Freudiana, han confirmado que dichas orientaciones tienen fundamento. De entrada, cuando se dirige a un analista, el sujeto psicótico le pide ayuda para poner orden en su mundo, y de buen grado le supone un saber sobre este punto; sin embargo, él mismo afirma poseer un saber, el que le han transmitido los fenómenos elementales. Admitir que testimonia de ellos sin responder de manera frontal es una condición indispensable para la cura. Responder a la demanda de poner remedio al desorden mediante un saber necesariamente prefabricado tiende a movilizar la erotomanía mortificante, no a impedir su desarrollo. Oponiéndose a este goce deslocalizado es como se apacigua la transferencia psicótica. Los sentimientos de persecución que hace surgir son, en tal caso, lo suficientemente contrarrestados por un amor de transferencia como para que la cura pueda proseguir, en ocasiones, hasta el cese del vínculo transferencial.

Capítulo 18

Antes de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis"

Cuando Freud aconsejaba un tratamiento de prueba, cuenta Federn, "su objetivo principal era desprenderse precozmente de los casos que resultaban ser psicóticos o que amenazaban con serlo".¹ El retorno a Freud efectuado por Lacan en los años cincuenta incluye la confirmación de esta prudencia. Él mismo destaca, en 1955, el hecho "bien conocido de que un análisis puede desencadenar desde sus primeros momentos una psicosis".² Y algún tiempo más tarde añade que "la posición clásica", según la cual no podemos intervenir analíticamente, conserva su valor.³ Estas advertencias concordantes, que emanan de dos clínicos fundamentales, no impidieron, sin embargo, el desarrollo del psicoanálisis de las psicosis. Desde los años cincuenta, numerosos trabajos se han consagrado a este problema, y han establecido que puede tener efectos favorables. En consecuencia, ¿hay que seguir dando crédito hoy día a las indicaciones de Freud y de Lacan?

A. La primera cura psicoanalítica de un psicótico

Volvamos a la primera cura psicoanalítica iniciada con un sujeto psicótico. Fue rica en enseñanzas para el fundador del psicoanálisis, quien en 1896 comunicó la observación de la Srta. P. en un artículo titulado "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa". Freud establece entonces la hipótesis de que la paranoia es una "psicosis de defensa", o sea, explica, que "como la histeria y las obse-

1. P. Federn, *La Psychologie du moi et les psychoses* (1952). Paris, PUF, 1979, pág. 139.

2. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 28.

3. *Ibid.*, pág. 273.

siones, proviene de la represión de recuerdos penosos, y sus síntomas están determinados en su forma por el contenido de lo reprimido".⁴

La Srta. P. era una mujer de 32 años. Los trastornos se declararon seis meses después del nacimiento de su hijo. Cuando Freud la trató, se sentía observada, espiada, tenía extrañas sensaciones corporales, presentaba alucinaciones visuales y verbales, así como trastornos interpretativos, y tendía a replegarse cada vez más en ella misma. La naturaleza de las voces –comentario de sus actos– y la idea dominante, de acuerdo con la cual “había algo en su contra, aunque ella no podía hacerse una idea de lo que podía ser”⁵ –fenómeno de significación personal– demuestran la estructura psicótica del sujeto. En aquella época, Freud todavía no había elaborado el concepto de transferencia y, como se sabe, es la suposición de su carencia en los psicóticos lo que más tarde alimentará su pesimismo terapéutico en este terreno. En 1896, por el contrario, da muestras de optimismo en cuanto a las virtudes curativas del método que está descubriendo: “No me cabe duda, escribe, de que se pueda dar cuenta todavía de un resultado importante si se aplica el psicoanálisis a la paranoia”.⁶ Así, constata que la Srta. P. se comporta de entrada en el análisis “siguiendo en todo el ejemplo de una histérica”. La presión de las manos del analista sobre su frente hace surgir “pensamientos que no recordaba haber tenido, que al principio no comprendía y que contradecían sus expectativas”. Si hemos de dar crédito a la construcción de Freud deducida del material, las alucinaciones se habrían originado en pensamientos reprimidos que, en último análisis, tenían la significación de reproches provocados por un acontecimiento análogo al trauma infantil descubierto en la histeria (teoría de la seducción). En este caso, el trauma residiría en distintas escenas de juegos sexuales con el hermano, que habrían tenido lugar entre los 6 y los 10 años. En la carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896, Freud hace de este fenómeno una característica de la paranoia que le permite situarla en un continuo respecto de las otras “psiconeurosis sexuales”: los recuerdos re-

4. S. Freud, “Nouvelles remarques sur les psychonévroses de défense”, en *Néurose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, pág. 72.

5. *Ibid.*, pág. 73.

6. *Ibid.*, pág. 81.

primidos, escribe, están relacionados, en el caso de la histeria, con los acontecimientos sobrevenidos entre un año y medio y 4 años; en el caso de la neurosis obsesiva, entre 4 y 8 años; y en el caso de la paranoia, entre los 8 y los 14 años.”⁷

A etiologías emparentadas les corresponden técnicas terapéuticas análogas: la paciente se estira en el diván, Freud la incita a una concentración mental y entonces interpreta, extrayendo los elementos de una construcción de lo reprimido. Esto último consistiría esencialmente en una experiencia incestuosa, sin duda porque tal era la expectativa de Freud, pero también porque la imaginación de un psicótico se presta fácilmente al surgimiento del goce del Otro: lo habitual es que el delirio paranoico se centre en su denuncia.

Inicialmente, Freud considera haber alcanzado un resultado terapéutico apreciable. Después de haber recorrido la serie de las escenas reprimidas, escribe, “la sensaciones y las imágenes alucinatorias desaparecieron para no volver”. Pero esta mejoría duraría poco. Freud añadió en una nota, en 1896: “cuando más tarde una exacerbación vino a suprimir los resultados, por otra parte pobres, del tratamiento, ya no percibió las imágenes chocantes de órganos genitales de otros, sino que concibió la idea de que los otros veían sus órganos genitales en cuanto se encontraban detrás de ella”.⁸ Observamos, de entrada, que Freud se ve llevado a constatar que su primer intento en materia de cura psicoanalítica de psicóticos es poco concluyente. Los resultados son pobres: sólo se ha conseguido una modificación de la sintomatología. Más tarde, en 1924, añade algo a la nota precedente: “La comunicación fragmentaria de este análisis, [...] fue escrita cuando la paciente estaba todavía en tratamiento. Poco después, su estado empeoró, hasta tal punto que el tratamiento tuvo que ser interrumpido. Fue transferida a una institución, donde vivió un período de alucinaciones severas con todos los signos de la demencia precoz”. Luego hubo un largo período de remisión (de doce a quince años) antes de que volvieran los trastornos, dando lugar a un nuevo internamiento en una institución donde la paciente acabó muriendo de neumonía.

7. S. Freud, *La Naissance de la psychanalyse*, París, PUF, 1956, pág. 157.

8. S. Freud, “Nouvelles remarques sur les psychonévroses de défense”, en *Néurose, psychose et perversion*, *op. cit.*, pág. 77.

Este primer intento de cura de un psicótico le aportó a Freud, sin duda, algunas luces sobre los mecanismos de la paranoia, pero sólo produjo una desaparición temporal de las alucinaciones, antes de quedar interrumpido debido al agravamiento de los trastornos que requirió una hospitalización.

Una tentativa más tardía, efectuada por Jung con Otto Gross, enfrentó enseguida al analista con los límites de la cura psicoanalítica. Al cabo de un mes de trabajo intensivo, noche y día, desde el 11 de mayo hasta el 17 de junio de 1908, con un sujeto a quien al principio toma por obsesivo, el analista constata la impotencia de su trabajo interpretativo. "Todos esos momentos de la más profunda intuición no dejan huella alguna —escribe—, se convierten enseguida en sombras de recuerdos desprovistos de sustancia. Para él no hay evolución, no hay un ayer psicológico, los acontecimientos de la primera infancia permanecen eternamente nuevos y eficaces, de tal forma que, a pesar del tiempo transcurrido en análisis, responde a los acontecimientos de hoy día con la reacción de un niño de seis años, para quien la madre es únicamente la madre, cada hombre, bienintencionado o malintencionado, el padre, y su mundo es un fantasma infantil con posibilidades inauditas." En consecuencia, en presencia de estos rasgos regresivos, frente a la carencia de la represión y la ineficacia de la interpretación, al analista se le impone el diagnóstico "con una nitidez terrible: demencia precoz". Y añade, con razón: "La salida de escena corresponde al diagnóstico. Antes de ayer, en un momento en que no se encontraba vigilado, Gross se evadió del jardín de la casa saltando el muro, y reapareció muy pronto en Múnich, para avanzar luego hacia el crepúsculo de su destino".⁹ Jung no se equivoca en su apreciación de la estructura del sujeto cuando observa: "Es un hombre que ha de ser rechazado por la vida. Porque nunca podrá vivir de forma durable entre los hombres". Su destino lo llevará a encarnar radicalmente el objeto perdido: será encontrado el 13 de febrero de 1920, a los 43 años, en una calle de Berlín, al término de la decadencia física, minado por el hambre, el frío y la droga.¹⁰ De su cura con Jung, destaquemos que

finalmente decidió eludir las interpretaciones mediante la huida. Numerosas curas más tardías confirmarán que cuando se llevan a cabo como si el sujeto fuera un neurótico, lo incitan a un pasaje al acto.

Si hubiera que extraer alguna enseñanza de estos primeros intentos, sería que hay elementos inherentes a la cura analítica que son desestabilizadores para sujetos de estructura psicótica.

Sin embargo, habrá que esperar un tiempo para que Freud acepte considerar seriamente esta hipótesis. En 1907, su trabajo sobre *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen* revela todavía cierto optimismo sobre las virtudes terapéuticas del análisis del conflicto psicótico. Freud no duda en elevar el análisis de la novela de Jensen a la altura de un "estudio psiquiátrico perfectamente correcto".¹¹ Estima que el procedimiento empleado por Zoé Bertrang para curar el delirio de su amigo de infancia, Norbert Hanold, presentaba "una completa concordancia en su naturaleza" con el tratamiento psicoanalítico.¹² ¿Acaso no consiguió, apoyándose en sentimientos amorosos alimentados por el joven hacia ella, un levantamiento de la represión que suscitó la desaparición de los síntomas?

Este trabajo es el último donde Freud propone un modelo de la cura de los psicóticos enteramente calcado del de la cura de los neuróticos. Ciertamente, no contribuyó a enriquecer su conocimiento de la especificidad de la transferencia de los psicóticos. Pero le dio la oportunidad de precisar su teoría del delirio. Éste es concebido, al igual que un síntoma histérico, como una formación de compromiso "entre el erotismo reprimido y las fuerzas que lo mantenían en la represión". Sin embargo, en este caso se trataría de una defensa pobre que deja subsistir inquietud e insatisfacción. "Asalto y resistencia —escribe— se renuevan tras cada formación de compromiso, que de alguna forma nunca es plenamente satisfactoria."¹³ Más tarde, cuando se precisa su teoría de la paranoia, Freud añadirá una nota a su trabajo sobre la *Gradiva*, que en cierto modo desmiente a posteriori sus indicaciones de 1907 sobre el tratamiento de la psicosis. "El caso de Norbert Hanold

9. C. G. Jung, "Carta del 19 de junio de 1908", S. Freud-C.G. Jung, *Correspondencia*. Madrid, Taurus.

10. J. Le Rider (textos presentados por), *La Révolution sur le divan*, Paris, Solin, 1988.

11. S. Freud, *Le délire et les rêves dans la Gradiva de W. Jensen*, Paris, Gallimard, 1986, pág. 184.

12. *Ibid.*, pág. 239.

13. *Ibid.*, pág. 195.

—escribe en 1912— debería ser llamado, de hecho, delirio histérico y no paranoico. No se constatan las características de la paranoia.”¹⁴

B. La retirada libidinal al yo

Entre 1907 y 1911 se produce un giro en la comprensión de los psicóticos por parte de Freud. Uno de sus factores principales reside en los intercambios epistolares que se desarrollaron con los médicos de la clínica Burghölzli en Zúrich, la primera institución psiquiátrica donde se trató de sacar provecho del descubrimiento freudiano para comprender y tratar a psicóticos. Los trabajos surgidos de las correspondencias de Freud con Bleuler, Jung y Abraham modificarán profundamente en algunos años las formas psiquiátrica y psicoanalítica de abordar la psicosis.

Una discusión en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, el 25 de noviembre de 1908, deja entrever que Freud empieza a concebir una originalidad de los fenómenos psicóticos respecto a los propios de la neurosis: “en la paranoia, afirma, la historia es contada abiertamente, aunque sin dar acceso a sus motivaciones”.¹⁵ En consecuencia, si los trastornos del paranoico lo llevan a adelantarse a la interpretación del analista, oponiéndose a una radical opacidad en lo referente a sus motivaciones, se comprenden inmediatamente las dificultades que de ello resultan para concebir el manejo de la interpretación en la cura. Este problema permaneció para Freud como algo imposible de resolver.

Lo que es más, en 1907 le escribe a Jung: “El hecho de que estos enfermos nos proporcionen sus complejos sin resistencia, pero no sean accesibles a la transferencia, es decir, que no muestren ningún efecto de esta última, es precisamente lo que me gustaría traducir a la teoría”.¹⁶ Aquí se advierte la introducción de la noción de transferencia, cuya importancia ha advertido Freud recientemente gracias a la cura de Dora. Sin embargo, no será él quien llegue por primera vez a formular en la teoría su intuición a este respecto: Abraham se le adelanta.

14. *Ibid.*, pág. 186.

15. “Les premiers psychanalystes”, *Minutes de la Société psychanalytique de Vienne*, 1908-1910, París, Gallimard, 1978, pág. 73.

16. S. Freud, “Carta a Jung del 14 de abril de 1907”, *op. cit.*

Abraham redacta en 1908 un artículo titulado “Las diferencias psicológicas entre la histeria y la demencia precoz” donde se encuentra formulada por primera vez la tesis que pesará sobre la cura de los psicóticos hasta los años cincuenta, o sea, que “la demencia precoz destruye la capacidad de transferencia sexual, de amor objetal”.¹⁷ Abraham dice que debe el hecho de haber emprendido este trabajo, “que iba más lejos que las concepciones de Freud publicadas hasta ahora, a las comunicaciones escritas y orales” del profesor Freud; mientras que, en contacto con el profesor Bleuler y con el doctor Jung, algunas de las hipótesis habrían quedado confirmadas durante su actividad en la clínica psiquiátrica de Zúrich. Considera que “es el autoerotismo lo que distingue la demencia precoz de la histeria; aquí el desprendimiento de la libido, allí el investimento excesivo del objeto; aquí la pérdida de la capacidad de sublimar, allí una sublimación exacerbada”. En consecuencia, según él, la etiología de la demencia precoz debería ser relacionada con una fijación en el estadio más precoz del desarrollo psicosexual: el del autoerotismo.

Tres años más tarde, Freud adopta la tesis de Abraham. Jung le ofrece la oportunidad de hacerlo al indicarle la existencia de un documento excepcional, las *Memorias de un neuropata* del presidente Schreber. Dicha obra había sido publicada en 1903, el mismo año de la publicación de la *Gradiva* de Jensen. Freud no la lee hasta 1910. Queda entusiasmado. “El maravilloso Schreber —le escribe a Jung—, a quien hubieran debido nombrar profesor de psiquiatría y director de un asilo.” Gracias a este texto, Freud elabora en 1911 su principal contribución a la teoría de la psicosis: “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente”.

Para entender el delirio de Schreber, recurre en un principio a aquello de lo que ya dispone, o sea, el modelo de la formación de compromiso entre las pulsiones y las defensas. Así, aplica a las *Memorias*, según sus propios términos, “la técnica psicoanalítica habitual”, la que permitiría tanto la interpretación de un sueño como la de un síntoma neurótico. Sin embargo, en este estudio se plantean dos tesis nuevas en su enseñanza: una que confirma el trabajo de Abraham que concibe la

17. K. Abraham, “Les différences psychosexuelles entre l’hystérie et la démence précoce” (1908), en *Œuvres complètes*, París, Payot, 1965, I, pág. 40.

psicosis como una retirada regresiva de la libido al yo, y otra que cree discernir el predominio de las pulsiones homosexuales en los paranoicos (en el sentido extenso, kraepeliniano, del término).

En consecuencia, la noción de retirada de la libido al yo explica un enigma que esperaba solución desde el descubrimiento de la transferencia, a saber, según Freud, la incapacidad de los psicóticos para instaurarla. En la paranoia, habría una fijación al estadio del narcisismo, generadora de una amplificación del delirio, mientras que en la demencia precoz la regresión conduciría a un abandono completo del amor objetal, a consecuencia de un retorno al autoerotismo infantil. En esta última patología, a falta de poder recurrir al mecanismo de la proyección, la victoria le corresponde "a la represión y no a la reconstrucción"; mientras que Freud duda de que las pulsiones homosexuales sean en este caso tan predominantes.¹⁸

En cuanto Freud acepta la tesis de Abraham sobre la noción de repliegue de la libido al yo, su forma de considerar el tratamiento de los psicóticos se modifica radicalmente. La lógica de su abordaje inicial conduce, por una parte, a analizar el delirio como si se tratara de un síntoma neurótico; pero, por otra parte, considera que el analista, a falta del sostén de la relación transferencial, se encuentra en la imposibilidad de que sus interpretaciones sean escuchadas. A este respecto, la investigación de Freud nunca se libró de esta aporía. Lo demuestra un texto tardío de 1937, "Construcciones en el análisis", donde hace una llamada a renunciar "al esfuerzo inútil de persuadir al enfermo de la locura de su delirio y de la contradicción que lo enfrenta con la realidad", con el fin de fundar, más bien, "el trabajo terapéutico en el hecho de reconocer con él el núcleo de verdad contenido en su delirio". Sin embargo, además del obstáculo instituido por la falta de transferencia, sus avances en lo relativo a la teoría de la psicosis han evidenciado que la especificidad misma de los fenómenos psicóticos los hace particularmente refractarios a las interpretaciones del analista; por eso considera que los esfuerzos desplegados con pacientes psicóticos "aportarán muchos conocimientos, aunque no se vean coronados por ningún éxito terapéutico".¹⁹ Su última

18. S. Freud, "Remarques psychanalytiques sur l'autobiographie d'un cas de paranoïa", en *Cinq psychanalyses*, Paris, PUF, 1954, pág. 320.

19. S. Freud, "Construcciones dans l'analyse", en *Résultats, idées, problèmes*, Paris, PUF, 1985, II, pág. 280.

reflexión sobre esta cuestión lo lleva a considerar que la renuncia terapéutica ante la psicosis podría llegar a ser definitiva, pero, añade, "quizá esto sea provisional y dure tan sólo hasta cuando hayamos descubierto, para esta clase de enfermos, un método más satisfactorio".²⁰

C. Las incertidumbres de Freud

A la espera de un nuevo planteamiento, es preciso constatar que no sólo no se ven demasiado claros los efectos terapéuticos de la cura analítica, sino que además, a veces, los intentos de tratamiento agravan los trastornos del sujeto. Da la impresión de que Freud hubiera tenido varias veces la oportunidad de comprobarlo, no sólo con la Srta. P., sino también a partir de testimonios surgidos de la práctica de otros analistas. Tenemos un indicio de ello en una carta a E. Weiss donde Freud emite la hipótesis de que su discípulo ha tenido la mala suerte de tratar una paranoia latente, de forma que, al curar la neurosis, habría dado vía a una enfermedad más grave. "Esto nos ocurre a todos alguna vez —concluye Freud—, y contra este obstáculo no hay ningún remedio."²¹ Al parecer, en estas líneas surge una de las primeras formulaciones de la tesis, hoy día clásica, de acuerdo con la cual la neurosis puede constituir una forma de defensa contra la psicosis clínica.

En 1924, Freud ya había tenido ocasión de pasar por esta experiencia en diversas oportunidades. Doce años antes, le había enviado a Federn una chica impedida en todas sus actividades por un estado obsesivo. "El psicoanálisis —informa Federn— avanzó con 'demasiado pocas' resistencias. La chica perdió la mayoría de sus compulsiones excesivamente pronto. Tuve que dejar Viena en 1914 para irme a Nueva York, y la dejé capaz de proseguir sus estudios. Cuando volví a casa, cuatro meses más tarde, me recibió con orgullo y con pudor en los ojos y me confió que era amada por un gran actor —tema erotomaniaco—, así como que la voz de F. Nietzsche se había dirigido a ella. Proseguí el psicoanálisis. Dos años más tarde, su padre murió, y cuatro años des-

20. S. Freud, *Abrégé de psychanalyse*, PUF, Paris, 1949, pág. 41.

21. S. Freud, Carta a E. Weiss del 12 de febrero de 1924, en S. Freud-E. Weiss, *Lettres sur la pratique analytique*, Toulouse, Privat, 1975, pág. 70.

pués la paciente, incapaz de estudiar, se suicidó. Nunca había tenido necesidad de ser hospitalizada. Informé del caso en la Sociedad Vienesa. Freud aprobó mis explicaciones sobre el desarrollo de esta demencia paranoide como una continuación legítima del trabajo de investigación psicoanalítica.²²

Sabemos poco sobre la forma en que el propio Freud practicaba con los psicóticos. En diversas oportunidades confesó que no sentía simpatía por tales pacientes. En abril de 1928, le afirmó al psicoanalista húngaro Istvan Hollos que se negaba a tratar a psicóticos: "Finalmente, me he confesado a mí mismo que no me gusta esa gente enferma, les reprocho el hecho de sentirlos tan lejos de mí y de todo aquello que es humano". Y en la misma oportunidad afirmó que se trataba de una "extraña forma de intolerancia"²³ por su parte.

Freud instauró en la cura un período de ensayo, uno de cuyos fines principales era descartar a este tipo de pacientes. El breve tratamiento inicial de una a dos semanas, escribe en 1913, es "un sondeo que permite conocer mejor el caso y decidir si se presta o no a un análisis". Presenta "la ventaja de facilitar el diagnóstico. A menudo nos vemos obligados a preguntarnos -advierde Freud-, cuando nos enfrentamos a una neurosis con síntomas histéricos y obsesivos poco marcados y de breve duración (casos, precisamente, que estaríamos tentados de considerar accesibles al tratamiento), si no estaremos ante el inicio de una demencia precoz [...] e igualmente si no corremos el riesgo de ver surgir, en un momento dado, síntomas precisos de esta enfermedad. No estoy de acuerdo con que siempre resulte fácil discriminar. Sé que algunos psiquiatras dudan menos que yo al establecer un diagnóstico diferencial, pero he llegado a convencerme de que se equivocan igualmente a menudo. [...] Cuando el paciente está afecto, no de histeria o de neurosis obsesiva, sino de parafrenia, el médico se ve imposibilitado de mantener su promesa de curación, y he aquí por qué tiene todo su interés en evitar un error de diagnóstico. Practicando un tratamiento de ensayo de algunas semanas, algunas dudas que se presenten pueden determinar en ocasiones al psicoanalista a no proseguir con la tentativa. Por desgracia, no podría afirmar que ello permita formarse

22. P. Federn, *La psychologie du moi et les psychoses*, París, PUF, 1979, pág. 138.

23. P. Gay, *Freud. Una vida*, Barcelona, Paidós, 1989.

siempre un juicio seguro, pero es una útil precaución más".²⁴ Sin mucho riesgo de equivocarnos, podemos deducir de estas líneas que Freud, a su pesar, se había encontrado más de una vez en su despacho en la situación de tener que enfrentarse con una psicosis. Por otra parte, parece que nunca rechazó a pacientes muy decididos a llevar a cabo una cura, de tal forma que, excepcionalmente, con todo conocimiento de causa e incluso en los últimos años, llegó a tomar a algunos psicóticos en análisis.

Una carta dirigida a Herbert Binswanger constituye, en este sentido, un testimonio precioso. Merece que la citemos extensamente.

"Viena, 30-6-1935

Muy honorable doctor,

La noticia que me da usted sobre el final del Sr. XY me ha afectado mucho, porque aquel hombre había ocupado mi interés por la actividad médica durante mucho tiempo y con la mayor intensidad. Me preocupé poco de su constitución típica y de la forma de clasificarlo en las categorías psiquiátricas. Yo tampoco estoy satisfecho del diagnóstico clínico de esquizofrenia en lo que a su caso se refiere... Con gusto le comunicaré lo que creí haber entendido del mecanismo psíquico de su enfermedad.

Vino quejándose de una completa incapacidad para trabajar y de una pérdida de interés por su profesión y por sus asuntos. Conseguí que volviera a ser capaz de ocuparse de sus negocios, pero no pudo reanudar un trabajo teórico no relacionado con ellos. Nunca lo vi del todo normal; la forma en que, en sus pensamientos, se precipitaba en el simbolismo, confundía las identificaciones, falsificaba los recuerdos, defendía sus supersticiones delirantes, seguía siendo psicótica, y su humor, continuamente hipomaniaco. En cuanto a la etiología, nos veríamos remitidos indiscutiblemente a factores constitucionales, pero, aparte de esto, se planteaba la cuestión del motivo individual de la enfermedad, pregunta para la que yo no podía encontrar una respuesta. Un día, sin embargo, creí estar tras su pista. Él se había quedado solo en mi despacho. Cuando volví, se quejó de un asunto inconve-

24. S. Freud, "Le début du traitement", en *La technique psychanalytique*, París, PUF, 1953, págs. 81-82.

niente que, sin embargo, fácilmente hubiera podido silenciar (había leído algunas notas discretas que estaban sobre mi mesa). Esta confesión me produjo un fuerte impacto. Tuve la tentación de destacar (*aufnehmen*) esta confesión en el análisis. Por entonces se encontraba apesadumbrado por algo que había falsificado (*aufgestellt*) y se esforzaba por mantenerlo en secreto; entonces, me di cuenta de que él, que tendía a ser muy locuaz cuando hablada de todas las fases y acontecimientos de su vida, más bien había dejado de lado su gran innovación técnica y las circunstancias en las que ésta había tenido lugar. En suma, cobró fuerza en mí la presunción de que algo en la historia de su invención no estaba en orden; y que, en lo que a esto se refiere, se hacía reproches que se veía obligado a rechazar (*verleugnen*). ¿De qué podía tratarse? No podía hacerme la menor idea. Me encontraba, entonces, en la duda: ¿debía forzar (*verfolgen*) las cosas y seguir esa pista, levantando (*aufheben*) el supuesto rechazo?

En un caso de neurosis, ésta hubiera sido la única forma correcta de proceder, la que hubiera posibilitado una solución definitiva del caso. Pero yo, probablemente con razón, dudaba (*zaghaft*) de la influencia del análisis sobre una psicosis. Podía esperar que, al convertirse en consciente la raíz del conflicto, de ello se derivara un nuevo estallido de la psicosis, sobre el curso y el resultado de la cual no podría, en tal caso, influir. Dadas las circunstancias, me decidí a no proseguir con el tema y me conformé con el resultado incompleto y provisional.²⁵

Esta carta confirma que, a pesar de la teoría de la retirada de la libido al yo, Freud, a lo largo de los años veinte, tuvo al menos a un psicótico en su diván durante varios años. El poco crédito que otorgaba a las categorías psiquiátricas parece haberle dado cierta libertad al aplicar su prohibición sobre la cura de pacientes psicóticos. El intento de introducir el concepto de parafrenia en una acepción propia del psicoanálisis manifiesta claramente su intuición de que la psicosis freudiana no coincide del todo con la propia de la psiquiatría. Sin embargo, en lo que se refiere a la dirección de la cura del señor XY, como él mismo reconoce, tiene dudas. ¿Fue acaso el recuerdo de la

25. Traducción de F. Sauvagnat, en "Un inédit de Freud", *Lettre mensuelle de l'École de la Cause Freudienne*, 1988, 55, págs. 11-12.

Srta. P. lo que lo llevó a renunciar por temor a un "nuevo estallido de la psicosis"? Finalmente, decidió abstenerse de toda intervención, observa F. Sauvagnat, "ante lo que califica de *Verleugnung* –uno de los nombres freudianos de la forclusión– que, en este caso, afecta a un acto que el sujeto hubiera tenido que reprocharse".²⁶

Aunque no experimentara ninguna simpatía por los psicóticos, aunque su formación no fuera la de un psiquiatra, sería erróneo creer que Freud no tenía de la psicosis más que un conocimiento libresco a través del texto de Schreber. A un analista, lo quiera o no, nunca le es posible evitar el encuentro con psicóticos. Diversos textos de Freud llevan las huellas de este hecho. En uno de ellos, de 1922, dice haber podido extraer "en estos últimos tiempos", del estudio intensivo de dos paranoicos, algo que para él era nuevo.²⁷ En otro, relata haber tenido dos entrevistas con una paranoica tras ser "consultado por un conocido abogado que quería conocer mi opinión sobre un caso cuya comprensión le parecía problemática".²⁸

De su experiencia analítica con estos sujetos, Freud parece haber extraído tres enseñanzas principales. La primera desarrolla la intuición de acuerdo con la cual la paranoia está emparentada con las "psiconeurosis de defensa". Y esta idea lo lleva a concebir el delirio como un intento de curación, es decir, no ya como una desorganización del pensamiento, sino como una tentativa de resolución de un conflicto psíquico. La segunda le hace considerar ciertas neurosis como formas de defensa contra las psicosis, de manera que, al desestructurarse tales construcciones neuróticas, la cura podría desencadenar fenómenos psicóticos. La tercera enseñanza reside en una actitud escéptica sobre la posibilidad de interpretar el conflicto psíquico específico del psicótico. Aun en el caso de arriesgarse a hacerlo, nada asegura que ello tenga los mismos efectos apaciguadores que para el neurótico. En su práctica tardía, Freud prefería no intervenir antes que asumir el riesgo de suscitar un agravamiento de los trastornos.

26. *Ibid.*, pág. 10.

27. S. Freud, "Sur quelques mécanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoïa et l'homosexualité" (1922), en *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, pág. 273.

28. S. Freud, "Communication d'un cas de paranoïa en contradiction avec la théorie psychanalytique" (1915), en *Névrose, psychose et perversion, op. cit.*, pág. 209.

Si hay una palabra capaz de resumir la actitud de los psicoanalistas freudianos de las primeras generaciones respecto a la cura de los psicóticos, ésta sería, sin duda, *prudencia*. Pero en caso de aceptar implicarse, a pesar de todo, en una experiencia de esta clase, ¿qué podrían hacer? Ferenczi trató de responder a esta pregunta en un pequeño artículo redactado a comienzos de los años veinte, hallado entre sus notas después de su muerte. En él trata de deducir algunos principios compatibles con la enseñanza de Freud "a propósito de la técnica de análisis de paranoicos". Propone seis, que son los siguientes:

- *1) No hay que discutir con el paranoico.
- 2) Sin lugar dudas, aunque con ciertas precauciones, hay que aceptar incluso sus ideas delirantes, es decir, tratarlas como posibilidades.
- 3) Se pueden obtener indicios de transferencia mediante algún recurso a la adulación (en particular, mediante afirmaciones elogiosas sobre su inteligencia). Todo paranoico es megalómano.
- 4) La mejor interpretación de sus sueños, es el mismo paranoico quien la hace. En general, es un buen intérprete de los sueños (carenza de censura).
- 5) Resulta difícil llevarlo mediante la discusión más allá de donde él quiere ir. Pero condesciende (cuando está de buen humor) a jugar con las ideas que se le ocurren (así es como él concibe el análisis). Lo más importante, por otra parte, lo obtendremos de esta forma; pero no es fácil conseguir que él lo reconozca. Si se advierte que se ofende, entonces se le deja asociar de nuevo de acuerdo con su método.
- 6) El paranoico vive como una vejación que tengamos la audacia de mostrarle su inconsciente; supuestamente, no hay nada 'inconsciente' para él, que se conoce perfectamente. Es cierto: se conoce mucho mejor que los no paranoicos; lo que no proyecta le es perfectamente accesible.²⁹

De todo ello se deduce que no se debe tratar de resituar al sujeto respecto a la realidad; tampoco hay que insistir en la observancia de la regla de asociación libre, y es necesaria una gran reserva en la práctica

29. S. Ferenczi, "Paranoïa", en *Œuvres complètes*, col. "Psychanalyse", IV, 1927-1933, París, Payot, 1982, pág. 222.

de la interpretación, siendo preferible esperar que ésta provenga del propio sujeto. Si estas condiciones son respetadas, se observa que puede instaurarse "un esbozo" de transferencia. La mayor parte de tales indicaciones técnicas van dirigidas, sobre todo, a tratar de evitar la instalación del analista en posición de perseguidor. Respetarlas permite, sin duda, escuchar a algunos paranoicos; pero dejan intacto el problema principal relativo a la dirección de la cura: Ferenczi no se pronuncia sobre la necesidad de analizar el conflicto. Parece no tomar partido en este sentido, dejando al paciente, en lo esencial, la iniciativa de las interpretaciones. Con todo, recurriendo a esta técnica, que de hecho induce un borramiento del analista, una caída de la posición de dominio tan a menudo adoptada por los pioneros, Ferenczi considera haber conseguido la casi curación de un paranoico. Su práctica le ha enseñado que ha de ser reservado en sus intervenciones, pero tropieza con la misma aporía que el fundador del psicoanálisis en lo que a la dirección de la cura se refiere.

El primero, de entre los analistas próximos a Freud, que eligió consagrar una parte fundamental de su práctica y de su reflexión al tratamiento de psicóticos se vio obligado a forjar nuevos conceptos con el fin de conseguir un nuevo planteamiento del problema. Paul Federn ya no considera que la psicosis clínica esté dominada por formaciones de compromiso que traten de atemperar un conflicto inconsciente. Construye la hipótesis de que es la debilidad de las fronteras del yo lo que provoca una liberación del inconsciente en el pensamiento. La tesis no es nueva: se trata de una reformulación del automatismo mental, concebido desde mediados del siglo XIX por Baillarger, al que Janet, Bleuler y Henri Ey dieron carta de nobleza en psiquiatría. Se basa en la noción de una primacía de la conciencia o del yo que no le debe nada al descubrimiento freudiano. Sin embargo, tiene el mérito de proporcionar a la conducción de la cura una orientación clara: se trata de reforzar el yo y de apuntar a una "re-represión". En consecuencia, el tratamiento ha de renunciar, en lo esencial, a lo que constituye la especificidad del psicoanálisis. Federn enumera: abandono de la asociación libre, abandono del análisis de la transferencia, abandono de la provocación de la neurosis de transferencia, abandono del análisis de las resistencias.³⁰ Consecuente con su

30. P. Federn, "La psychanalyse des psychoses" (1943), en *La Psychologie du moi et les psychoses*, París, PUF, págs. 163-164.

planteamiento, afirma que "los actos fallidos se deben, no a un proceso neurótico, sino a un proceso psicótico". En efecto, toda manifestación de la división del sujeto ha de ser relacionada por la psicología del yo con un supuesto núcleo psicótico. Después de Federn, numerosos analistas (Fromm-Reichmann, Sechehaye, Rosen, Pankow...) se esforzaron por adaptar la cura a este nuevo fin, entendido como una reparación. Para ellos, la psicosis no es una defensa, sino una derrota. El estudio de la lógica evolutiva del delirio crónico, que demuestra su naturaleza de elaboración defensiva, bastaría para convencerse del carácter erróneo de semejante planteamiento, de forma que no dedicaremos mucho tiempo a quienes, en la cura de los psicóticos, eligieron tratar, no ya la psicosis, sino el yo.

De todas formas, en 1932, tras haber constatado la existencia de una "resistencia psicológica muy profunda"³¹ en el psicótico, Lacan considera que el problema terapéutico de las psicosis "parece hacer más necesario un psicoanálisis del yo que un psicoanálisis del inconsciente".³² Pero no hay que equivocarse: no se trata en absoluto de que siga los pasos de Federn. Lacan precisa que es en un "mejor estudio de las resistencias del sujeto y en una nueva experiencia de su maniobra" donde la cura de los psicóticos "deberá encontrar sus soluciones técnicas".

Así, ya en esta época, no es en el desfallecimiento del yo donde sitúa el principio de la psicosis, sino, por el contrario, en su excesiva rigidez. El carácter insuperable de las resistencias le parece, incluso, un rasgo específico de importancia fundamental. "En el estado actual de la técnica -escribe-, y suponiéndola perfectamente dirigida, los fracasos del tratamiento tienen, en cuanto a la disposición para la psicosis, un valor diagnóstico igual y superior a sus revelaciones intencionales".³³ Lacan considera que las bases de una nueva técnica psicoanalítica sólo podrán ser desarrolladas a partir de dichas resistencias y dichos fracasos. Confiesa, de todas formas, que en lo que se refiere a indicar cuáles son sus principios, se encuentra en una "impotencia profunda".

31. J. Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932), *op. cit.*, pág. 258.

32. *Ibid.*, pág. 254.

33. *Ibid.*, pág. 316.

Algunos años más tarde, la concepción de la fase del espejo le proporciona medios para profundizar en sus intuiciones sobre la especificidad de las resistencias del psicótico. Pero hay que esperar a "Acerca de la causalidad psíquica", en 1946, para que su análisis del narcisismo le permita un avance en lo relativo a este problema. Entonces se encuentra en condiciones de situar la fuente "del desconocimiento esencial de la locura" en la "estasis del ser en una identificación ideal".³⁴ La infatuación del yo parece constituir una defensa más radical que los engaños neuróticos, no es entendida en absoluto como un déficit. Sería más bien la búsqueda de una imposible libertad. Lacan escribe: "No bastan un organismo débil, una imaginación alterada, conflictos que superan a las fuerzas. Puede ocurrir que un cuerpo de hierro, poderosas identificaciones y las complacencias del destino, inscritas en los astros, conduzcan con mayor seguridad a esa seducción del ser".³⁵ Lacan no extrae de todo ello ninguna conclusión nueva en lo que a la cura de los psicóticos se refiere.

En contra de su intuición inicial, la principal contribución de Lacan a la "resistencia psicológica muy profunda" del psicótico no se producirá por la vía de una profundización de la teoría del narcisismo. Como se logrará un avance decisivo será mediante la extracción del concepto de *Verwerfung* de los textos freudianos. Como se sabe, este término designa un mecanismo de defensa más radical y de otro orden que la represión. Al producir un desencadenamiento del significante, la forclusión deja al sujeto en la imposibilidad de recordar.³⁶ De ello se deriva el carácter "inaccesible, inerte, estancado en relación a toda dialéctica"³⁷ del fenómeno elemental. Cuando, más adelante, la forclusión sea correlacionada con el Nombre del Padre, demostrará

34. J. Lacan, "Acerca de la causalidad psíquica" (1946), en *Escritos, op. cit.*, pág. 163.

35. *Ibid.*, págs. 166-167.

36. J. Lacan, "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud", en *Escritos, op. cit.*, págs. 374-375.

³⁶ *Se remémorer*: en francés existe esta forma reflexiva, ausente en castellano. Es una expresión literaria, que indica el esfuerzo de la evocación o de un recuerdo detallado. En este contexto, la forma reflexiva adquiere una connotación distinta (la de recordarse a sí mismo). [N. del T.]

37. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, pág. 37.

ser un concepto extraordinariamente heurístico para concebir el fenómeno psicótico, pero de entrada no se ve qué apertura terapéutica podría suponer. Al inscribir en la teoría una dificultad insuperable, incluso corre el riesgo de crear un obstáculo para la práctica de la cura. El psicótico, afirma Lacan en 1956, "es un mártir del inconsciente", que se encuentra "en una posición que le deja sin la posibilidad de restaurar auténticamente el sentido del que testimonia, y de compartirlo en el discurso de los demás", por lo cual el psicoanálisis "no aporta sin embargo el éxito en la experiencia".³⁸

Entonces, ¿qué se puede hacer, si nos enfrentamos, como Freud, con un material ininterpretable? Cuando, en los años cincuenta, presionan a Lacan para que se pronuncie a este respecto, muestra cierta incomodidad y una prudencia extrema: "Decir lo que en este terreno podemos hacer sería prematuro, porque sería ir ahora 'más allá de Freud', y la cuestión de superar a Freud ni se plantea siquiera cuando el psicoanálisis de después de Freud ha vuelto, como hemos dicho, a la etapa anterior".³⁹ La evolución ulterior de su enseñanza confirmará esta afirmación: no es superando el retorno a Freud como se elaborarán las nociones que hagan posible el tratamiento psicoanalítico de la psicosis.

D. Las elaboraciones posfreudianas de los años cincuenta

Habrá que esperar varios decenios. Con todo, los años cincuenta son la edad de oro de las curas de psicóticos llevadas a cabo por posfreudianos. Y los resultados obtenidos por Rosen en Nueva York, mediante su método de análisis directo, causan sorpresa.⁴⁰ El *Diario de una esquizofrénica*, que relata la cura de Renée con Sechehaye, una analista Suiza, produce mucho revuelo.⁴¹ Los trabajos llevados a cabo desde los años treinta en los Estados Unidos en Chesnut Lodge (Bullard, Fromm-Reichmann, Sullivan), en la Menninger Clinic (Federn, Pious, Wexler) y en Austen Riggs Center (Knight) empiezan a ser conocidos

38. *Ibid.*, pág. 190.

39. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" (1958), en *Escritos*, op. cit., pág. 564.

40. J. Rosen, *Direct analysis*, Nueva York, Grun & Straton, 1953.

41. M.-A. Sechehaye, *Journal d'une schizophrène*, París, PUF, 1950.

en Europa. El trabajo de Federn titulado "La psicología del yo y las psicosis" se publica en 1952 (aunque no se traducirá al francés hasta 1979). Será, sobre todo, el movimiento kleiniano (Rosenfeld, Segal, Bion) el que suscitará un mayor interés por la cura de los psicóticos, y ello gracias a la introducción de nuevos conceptos: las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, la identificación proyectiva, la psicosis de transferencia. Para muchos, estos conceptos parecen facilitar el abordaje, todavía inexplorado, de los mecanismos preedípicos de los que dependería el funcionamiento psicótico. Además, nadie discute ya la capacidad de los psicóticos para establecer una relación transferencial. En consecuencia, los kleinianos promulgan una dirección de la cura igual para la neurosis que para la psicosis, cuyo objetivo es la introyección del analista como pecho bueno.

Sin embargo, estos planteamientos tienen en común el desconocimiento de la producción del sujeto por el lenguaje, desconocimiento que incita, ya sea a reparar el yo, ya sea a rectificar los fantasmas. En todos los casos, se trata de confiar, en última instancia, en el sujeto del conocimiento y en una norma de la realidad. El saber del analista instalado en posición de Otro no barrado es omnipresente en estas nuevas curas, mientras que el lugar que se le concede al sujeto del inconsciente y a la especificidad del descubrimiento freudiano resulta muy reducido.

Todo ello es poco compatible con la enseñanza de Lacan. Además, las hipótesis respectivas de la fase del espejo y de la forclusión del Nombre del Padre son, sin duda alguna, menos dinámicas que las de los kleinianos como estímulos para aventurarse en una terapia analítica con un psicótico. Por si fuera poco, Lacan pone en guardia contra los riesgos de desencadenamiento de la psicosis clínica vinculados con la toma de la palabra que supone la asociación libre: "sucede que tomamos prepsicóticos en análisis, y sabemos cuál es el resultado: el resultado son psicóticos".⁴² La mayor parte de sus indicaciones técnicas se refieren a lo que se trata de evitar, mientras que deja para más adelante la elaboración de lo que habría que hacer. En consecuencia, durante tres decenios, desde los años cincuenta hasta los años setenta, los trabajos lacanianos relativos al tratamiento de psicóticos adultos son escasos.

42. J. Lacan, *El Seminario. Libro III. Las psicosis*, op. cit., pág. 360.

Es lógico, pues, que las principales investigaciones producidas sobre este tema en la Escuela Freudiana de París se consagraran a la psicoterapia institucional (Oury, Michaux) y no a la cura individual. En la colección del Campo Freudiano, dirigida por Lacan entre 1964 y 1981, nadie se ve capaz de ir más allá de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis": ninguna obra se consagra a esta tarea. Nótese, además, que el único trabajo publicado en esta colección por un autor no miembro de la Escuela Freudiana de París está relacionado, precisamente, con el tratamiento de psicóticos: se trata del libro de David Cooper *Psiquiatría y antipsiquiatría*. Como se sabe, esta investigación no da mucho crédito a la cura analítica, y muestra los efectos benéficos de un abordaje institucional desmedicalizado de los sujetos llamados esquizofrénicos.⁴³ El hecho de que Lacan sólo haya recurrido en una ocasión a un trabajo ajeno a su escuela en la colección del Campo Freudiano, y que éste haya versado sobre la cuestión del tratamiento de psicóticos, algo que había quedado como un vacío en su enseñanza, parece revelador de una cierta carencia heurística de sus concepciones de los años cincuenta.

Muchos de sus alumnos se vieron llevados por entonces a participar en el movimiento de la psicoterapia institucional. No por ello dejaron de enfrentarse con el problema de la dirección de la cura con psicóticos, no sólo en institución, sino también en la práctica privada. Los consejos de prudencia de Lacan no impiden aventurarse en ese terreno. Él considera que la teoría de la psicosis se encuentra, en los años cincuenta, en un estadio preliminar que no permite extraer todavía los principios que deberían presidir su tratamiento. No espera nada de los trabajos innovadores que ocupan la actualidad del momento. Cuando se refiere a algunos de ellos en 1967, mencionando los nombres de Rosen y de Sechehayé, es para precisar que de lo que se trata no es de darle el pecho al loco, para empezar porque él no lo pide. Y añade que si la cuestión del loco se puede esclarecer mediante el psicoanálisis, ha de ser gracias a "otro centramiento".⁴⁴

François Perrier es uno de los muy escasos alumnos de Lacan que no dudó en enfrentarse con las dificultades suscitadas en los años cin-

43. D. Cooper, *Psiquiatría et antipsychiatrie* (1967), Paris, Seuil, 1970.

44. J. Lacan, "Petit discours aux psychiatres", Cercle psychiatrique H. Ey, Sainte-Anne, conferencia inédita del 10 de noviembre de 1967.

cuenta por la cura de psicóticos. Perrier resume de la siguiente forma las ideas predominantes de la época en la ortodoxia freudiana: "Si nos atenemos a los puntos comunes en los que concuerdan los terapeutas, al carácter intenso y arcaico de la transferencia de los esquizofrénicos, así como a la necesidad de ser para ellos una buena madre tolerante y a la vez firme, siempre dispuesta a colmar sus frustraciones angustiantes, tendríamos la tentación de reducir a esos enfermos, profundamente perturbados y complejos, al bebé que hay en ellos, y así dejarnos arrastrar sencillamente a experiencias de maternaje terapéutico".⁴⁵ Su objeción de fondo a estas prácticas es que no tienen nada de específicamente psicoanalítico, parecen consistir esencialmente en hacerle adoptar al paciente el sistema imaginario del terapeuta. "Para defendernos contra la angustia que despierta en nosotros el enigma psicótico -escribe- proyectamos un sistema imaginario, que es, por fuerza, el nuestro, en el marco todavía vacío que solicita, que pide aire." De esta forma, la terapia de un esquizofrénico, advierte Perrier, "es quizás, ante todo, pretender firmar con el propio nombre tan sólo una reconstrucción imaginaria de la enfermedad."⁴⁶ Perrier no puede mostrarse satisfecho con estas psicoterapias sugestivas; sin embargo, como Freud y Lacan, constata que "el análisis ortodoxo es casi siempre inoperante, incluso nocivo".⁴⁷ Tratar de introducir de nuevo "las verdades afectadas por la forclusión" le parece "una tarea utópica en muchos casos [...] casi imposible para una pareja terapéutica clásica".⁴⁸ Sin embargo, él no retrocede ante la tentativa de plantear los "Fundamentos teóricos de una psicoterapia de la esquizofrenia". ¿Qué promueve a este respecto? Por una parte, poner el acento en "la experiencia del lenguaje", y por otra parte, adoptar una actitud "de acogida".⁴⁹ Según él,

45. F. Perrier, "À propos de la psychothérapie des schizophrènes", comunicación a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, 2 de febrero de 1954, en *La Chaussée-d'Antin*, col. "10/18", Union Générale d'Éditions, París, 1978, I, pág. 298.

46. F. Perrier, "Fondements théoriques d'une psychothérapie de la schizophrénie", *L'Évolution psychiatrique*, 1958, en *La Chaussée-d'Antin*, op. cit., I, pág. 266.

47. *Ibid.*, pág. 248.

48. *Ibid.*, pág. 272.

49. F. Perrier, "À propos de la psychothérapie des schizophrènes", comunicación a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, 2 de febrero de 1954, en *La Chaussée-d'Antin*, op. cit., pág. 302.

no se trata de inyectar un saber reparador, sino de permanecer a la escucha del psicótico. El analista debería aceptar la palabra insólita, los desórdenes verbales, así como los regalos a pedazos del paciente, con el fin de convertirse en el "depositario de tesoros aparentemente heteróclitos o irrisorios". Este material hecho de pedazos, ha de renovarlo, recomponerlo y restituirlo en el momento adecuado. Perrier concibe la interpretación en esas curas como orientada hacia una restitución "consistente en formular un compendio",⁴⁹ una nueva asociación, una orquestación de los pedazos de discurso registrados.⁵⁰ Postulando la posibilidad de una "reasociación" de elementos forcluidos, aunque sea mediante las construcciones del analista, se aventura más allá de lo que nunca lo había hecho Lacan. Ahora bien, por otra parte, se ve obligado a advertir que esta tarea es casi utópica. De hecho, las coordenadas teóricas de las que dispone en 1956 no le permiten muchas más posibilidades para concebir la conducción de la cura del psicótico. No resuelve el problema principal, sino que lo escamotea. El interés de su trabajo reside más bien en la orientación ética que le da a la posición del analista, así como en su preocupación por preservar la palabra del sujeto, que permanece en posición dominante.

E. Las indicaciones negativas de Lacan

En un primer momento, la forclusión del Nombre del Padre, tal como se desprende de la lógica del significante, más que abrir perspectivas nuevas alza nuevos obstáculos contra la cura analítica de los psicóticos. Lacan apuesta por una profundización de sus investigaciones de la que debería surgir un abordaje innovador del problema. Con tal fin, llama a interesarse por las construcciones de los psicóticos, en vez de empeñarse en reforzar su yo o rectificar sus fantasmas. Sostiene, con Freud, que "conviene escuchar al que habla, cuando se trata de un mensaje que no proviene de un sujeto más allá del lenguaje, sino de una palabra más allá del sujeto. Porque es entonces cuando se escuchará esta palabra" que evidencia los determinantes más radicales de

⁴⁹ *Digest*. [N. del T.]

⁵⁰ *Ibid.*

la relación del hombre con el significante.⁵¹ En este periodo de estudios preliminares, promueve ante todo una actitud de prudencia en el tratamiento de los psicóticos, como lo demuestra el hecho de que sus escasas indicaciones técnicas se refieran esencialmente a lo que hay que evitar.

Una cierta forma de manejar la relación analítica —afirma en 1955—, la consistente en "autenticar lo imaginario", puede suscitar "el desencadenamiento bastante rápido de un delirio más o menos persistente, y a veces definitivo".⁵² Esta observación se inserta en sus críticas de la práctica de la interpretación en la corriente posfreudiana de la relación de objeto. Es comprensible que la autenticación de lo imaginario, al contribuir a un reforzamiento de los rasgos paranoicos del yo, pueda suponer el riesgo de infatuar al sujeto y alimentar sus certidumbres. Además, una dirección de la cura de este tipo impide orientarse mediante la palabra del sujeto.

Indudablemente, dice Lacan en dos ocasiones en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", la referencia a la homosexualidad "en la interpretación puede acarrear daños graves".⁵³ Y afirma que "toda sugestión en el sentido del reconocimiento de una homosexualidad latente" suscita un efecto catastrófico "constantemente observado".⁵⁴ En este punto está de acuerdo con Ida Macalpine, quien insiste en el agravamiento de los pacientes tras esta clase de interpretaciones, lo cual a su modo de ver desmiente la pertinencia de la tesis freudiana que sitúa el rechazo de las pulsiones homosexuales en el fundamento de la paranoia, tesis que ella es una de las primeras en recusar. Macalpine escribe: "Un paciente que ya tiene dudas acerca de su identidad sexual y que teme un cambio de sexo —aspecto que puede parecerle psicótico al propio paciente, como es el caso de Schreber cuando se refiere a los 'ataques perpetrados contra su razón'— se encuentra naturalmente aún más inquieto, más ansioso y más delirante debido a la interpretación incorrecta de deseos homosexuales pasivos.

⁵¹ J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 556.

⁵² J. Lacan, *El Seminario. Libro III. Las psicosis*, *op. cit.*, pág. 28.

⁵³ J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, *op. cit.*, pág. 550.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 527.

Lejos de reducir la ansiedad, estas interpretaciones la intensifican, añadiendo el peso de la realidad a un delirio en floración".⁵⁵

En lo que a esto se refiere, una cura relatada en 1914 por Ferenczi está cargada de enseñanzas. Se trataba de un joven "de una inteligencia superior", megalómano y con un delirio de persecución, pero que, a pesar de ser execrado por sus colegas, cumplía puntualmente sus tareas profesionales. Ferenczi apreciaba sus poemas, y había tratado de atraer sobre ellos la atención de personalidades eminentes, por lo que su paciente le estaba agradecido. Éste siguió acudiendo a hablar con él alrededor de una vez por mes durante varios años, para contarle sus penas "como a un confesor". Por lo general, se marchaba aliviado. Sus pocos deseos sexuales iban acompañados de convicciones erotomaniacas. Ferenczi no trató en absoluto de iniciar con él un análisis, "que en este caso no ofrecía ninguna perspectiva". Lo que sucedió después confirmaría esta opinión.

Hacia el doceavo año de sus confesiones mensuales, en las que el médico se conformaba con escuchar a su visitante, sin hacerle estirarse en el diván, sin pedirle que asociara libremente y, sobre todo, sin interpretar, fue cuando se produjo el hundimiento del paciente: "Indignado por presuntas vejaciones, se enfrentó con su jefe de servicio". Pero resultó que hacia la misma época había empezado a manifestar un interés creciente por la literatura analítica: en particular, fue a dar con un artículo de Ferenczi que contenía una argumentación de la tesis freudiana sobre la relación entre paranoia y homosexualidad. La idea de que él mismo fuese paranoico y homosexual, al principio le pareció cómica, pero poco a poco fue haciendo suya esta interpretación. "Hasta entonces —observa Ferenczi— había sufrido de una manía de persecución, pero ahora comprendía, mediante una especie de iluminación, que en el fondo era, propiamente hablando, un homosexual." A la mañana siguiente, estaba muy angustiado, torturado por insoportables fantasmas homosexuales; algunos días más tarde, tenía alucinaciones, hablaba solo, armaba escándalos; luego entró en un estado catatónico en el que permaneció varias semanas. Tuvo que ser atendido en una clínica psiquiátrica. Hay que constatar, pues, que una actitud de no

55. I. Macalpine y R. A. Hunter, "Discussion sur le cas Schreber" (1955), en *Le cas Schreber. Contributions psychanalytiques de langue anglaise*, París, PUF, 1979, pág. 162.

intervención sostenida durante más de diez años había evitado la psicosis declarada, mientras que bastó con la lectura de un solo artículo escrito por el analista, lectura que produce un efecto de interpretación, para que el sujeto se desestabilice de forma duradera. Es comprensible, por lo tanto, que Ferenczi adopte en este trabajo "la posición pesimista de Freud sobre la posibilidad de curación de la paranoia mediante el psicoanálisis".⁵⁶ Nótese, por otra parte, que su testimonio confirma la pertinencia de la actitud prudente promovida por Lacan en los años cincuenta.

Una de las principales razones de esta prudencia reside en el riesgo, muchas veces mencionado, de desencadenar una psicosis clínica al conducir la cura como si se tratara de un neurótico. Se encuentra, tan tardíamente como en el año 1966, una confirmación de esta idea por parte de un analista de la escuela de Nueva York, del campo de la psicología del yo. El único artículo, que yo sepa, sobre "Psicosis precipitadas por el psicoanálisis" fue redactado por Gustav Bychowski y publicado en el *Psychoanalytic Quarterly*. El autor advierte, de entrada, que la "aparición de episodios psicóticos en el curso de una terapia es una cuestión conocida", aunque no se le haya prestado demasiada atención en la literatura analítica.⁵⁷ Entonces desarrolla la tesis de acuerdo con la cual la aparición de estos episodios, calificados de formas de *amentia* artificiales,⁵⁸ podría ser positiva para el progreso de la cura, porque semejantes estados oniroides aportarían un material surgido de las profundidades, dando acceso de esta forma a un "núcleo psicótico". Su trabajo no tuvo mucho eco, y con razón, pues si este planteamiento fuera pertinente, el narcoanálisis hubiera sustituido hace

56. S. Ferenczi, "Quelques observations de malades paranoïaques et paraphréniques" (1914), en *Œuvres complètes*, coll. "Psychanalyse", II, París, Payot, 1970, págs. 109-116.

57. G. Bychowski, "Psicosis precipitated by psychoanalysis". *Psychoanalytic Quarterly*, julio de 1966, XXXV, 3, págs. 327-339.

58. Como se sabe, Freud toma prestado de Meynert el concepto de *amentia*, que designa ciertas formas de confusión mental. Sin embargo, según él, la formación del fantasma de deseo y su regresión a la alucinación son igualmente características del sueño, por lo que llamará a las *amentias* "psicosis alucinatorias de deseo" (cf. C. Lévy-Friesacher, *Meynert-Freud. "L'amentia"*, París, PUF, 1983). En consecuencia, distingue radicalmente este modelo de psicosis onírica de la esquizofrenia y de la paranoia.

tiempo al psicoanálisis. Ahora bien, Lacan advertía en 1950 que la narcosis, como la tortura, tiene sus límites: no puede hacer confesar al sujeto lo que no sabe. Y añadía que "los vaticinios que provoca [la narcosis], desconcertantes para el investigador, son peligrosos para el sujeto, quien, a poco que participe de una estructura psicótica, puede hallar en ellos el 'momento fecundo' de un delirio".⁵⁹

Quienes durante los años cuarenta intentaron rehabilitar, no ya el narcoanálisis, sino una técnica bastante próxima, el hipnoanálisis, confirman esta opinión: la desaconsejan vivamente con los que llaman "prepsicóticos". Según Lindner, "no se trata tan sólo de malgastar un esfuerzo buscando resultados en vano, sino de correr el riesgo —con una probabilidad que se acerca al ciento por ciento, de acuerdo con el autor— de precipitar la psicosis".⁶⁰ Además, por sí mismas, las observaciones de Bychowski no confirman su tesis sobre el carácter positivo del episodio psicótico. Si puede sostener esta idea en algunos casos, es porque su referencia a la noción de "núcleo psicótico" no le permite distinguir de forma rigurosa entre estructura neurótica y estructura psicótica. Cuando esta última parecía probable en el paciente, se constató que la entrada en análisis tuvo como consecuencia bastante inmediata un agravamiento de los síntomas que no fue muy provechoso para la cura, puesto que condujo a su interrupción.

En un caso, el de Michael, se trataba de un hombre que le había pedido tratamiento a un psicoanalista por una ansiedad aguda que se había desarrollado en relación con sus estudios médicos. La primera parte del psicoanálisis, conducido como la cura de un neurótico, avanzó de forma satisfactoria. Sin embargo, el paciente no tardó en interrumpir sus estudios, desarrolló síntomas paranoídes asociados a ideas de referencia y alucinaciones auditivas. El psicoanálisis hizo surgir una homosexualidad pasiva basada en pulsiones masoquistas, y sus compañeros y sus maestros se convirtieron en sus perseguidores. Bychowski confiesa no saber por qué motivo él mismo no quedó incluido entre

59. J. Lacan, M. Cénac, "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología", en *Escritos*, op. cit., pág. 136.

60. R. M. Lindner, "L'hypnoanalyse en tant que technique psychotérapeutique", en G. Bychowski y J.-L. Despert, *Techniques spécialisées de la psychothérapie* (1952), Paris, PUF, 1958, pág. 27.

estos últimos a pesar de la intensidad de la transferencia. Al parecer, concluye, el proceso psicoanalítico abolió las defensas y estimuló la libido homosexual. Esta clase de constataciones se repiten a menudo, y se sabe que ello no contribuye de ninguna forma a una estabilización del sujeto.

Otra observación del mismo Bychowski se refiere a un paciente que le fue enviado por Freud en los inicios de su práctica. Se trataba de un profesor de escuela superior que presentaba síntomas neuróticos variados. Durante una de las primeras sesiones, le preguntó al analista si estaba tratando de hipnotizarlo con los ojos, aunque se encontraba detrás de él. Se comprueba, por lo tanto, que Bychowski no había dudado en hacerlo estirar enseguida en el diván. Diez días más tarde, el paciente habló de un sueño en el que su analista le hacía claramente una felación y respondió indignado ante una interpretación prudente, cuyo contenido nos hubiera gustado conocer, aunque es de suponer que estaba relacionada con la homosexualidad. El paciente en cuestión volvió a consultar a Freud, ante quien se quejó vivamente, de forma que éste lo dirigió a otro psicoanalista. En suma, también en este caso Bychowski se ve obligado a constatar que la situación analítica suscitó el surgimiento de una temática homosexual desestabilizadora; y ello hasta tal punto, que Freud juzgó preferible admitir la detención de la cura.

Según Lacan, con independencia de la torpeza de algunas interpretaciones, existe para el psicótico un riesgo inherente a la cura analítica misma: la incitación a tomar la palabra que implica. "Es —afirma en 1956— lo más arduo que puede proponérsele a un hombre, y a lo que su ser en el mundo no lo enfrenta tan a menudo: es lo que se llama *tomar la palabra*, quiero decir la suya, justo lo contrario a decirle *sí, sí, sí* a la del vecino. Esto no se expresa forzosamente en palabras. La clínica muestra que es justamente en ese momento, si se sabe detectarlo en niveles muy diversos, cuando se declara la psicosis. A veces se trata de un pequeño trabajo de toma de palabra, mientras que hasta entonces el sujeto vivía en su capullo, como una polilla".⁶¹ Sin duda, convendría ampliar esta indicación a toda situación que implique una verdadera elección para algunos sujetos, en sus palabras o en sus actos,

61. J. Lacan, *El Seminario. Libro III. Las psicosis*, op. cit., pág. 360.

porque tales situaciones son propicias para revelar la carencia de la función referencial del Nombre del Padre.

Entre los elementos de la técnica instituida por Freud, ¿cuáles son, además de éste, los que sería "estúpido" pretender emplear en la cura de psicóticos? Parece que se pueden añadir al menos dos indicaciones aportadas por Lacan en ocasión de algunos controles. Una consiste en evitar el uso del diván con un sujeto psicótico; la otra, no recurrir a un manejo de la interpretación que haga resonar el cristal de la lengua.

Más de un analista constató los efectos desestabilizadores para el psicótico inherentes al paso al diván. A. Cordié cuenta que en cuanto uno de sus pacientes se estiró, después de ochenta sesiones cara a cara, se quedó rápidamente sin puntos de referencia especulares, perdió el sentimiento de existencia, y la analista se transformó enseguida en un perseguidor. Al volver a las entrevistas cara a cara, el paciente volvió al estado anterior, menos angustiado.⁶²

P.-G. Guéguen relata haberse visto enfrentado a la siguiente pregunta, planteada por una analizante psicótica que ya había pasado por la experiencia de una cura anterior: "Hay un diván. ¿Me estiro, o no?" Él le respondió que no era el diván lo que hacía que se tratara de un psicoanálisis. La paciente se sintió aliviada. En efecto, añadió: "¿Sabe usted? Si me hubiera estirado en este diván, hubiera vuelto a sentir que tengo las piernas cortadas, como me ocurre a menudo, entre la rodilla y el talón".⁶³

Un paciente a quien traté en los inicios de mi práctica me enseñó igualmente hasta qué punto el paso al diván podía ser nocivo para el psicótico. Francis, un joven de 19 años, me había sido remitido por un médico de un hospital con el diagnóstico de esquizofrenia. Vivía con su familia, aunque mantenía una adaptación precaria a un medio marginal. Venía a hablarme "sin saber por qué", pero el que se lo había aconsejado no debía ignorarlo. Además de sus fantasmas homosexuales, lo que lo atormentaba era una serie de preguntas, que surgían con cualquier pretexto. "La locutora de televisión, ¿trataba de hacerme señas? Cuando Bernard frunce las cejas, ¿está adivinando mis pensa-

62. A. Cordié, "Psychose chez un mathématicien", *Cahiers de lectures freudiennes*, I, 1983, págs. 84-99.

63. P.-G. Guéguen, "Un montage pulsionnel psychotique", *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1987, XIII, pág. 96.

mientos? ¿Era Cristo maricón? ¿Se puede comunicar telepáticamente con una araña?", etc. Para él había siempre algo importante que entender, de forma que todo "le daba demasiadas vueltas en la cabeza". Unas quince entrevistas cara a cara no modificaron su sintomatología. Pero en la primera sesión en el diván, me comunicó un malestar: "Pierdo el hilo", afirmó, demostrando así una acentuación de la carencia de la significación fálica. En la sesión siguiente, se tomó por una mujer, tuvo alucinaciones visuales y verbales, se atormentó con preguntas todavía más insistentes y acabó pidiendo ser hospitalizado. Más tarde se quejó de que yo lo había vuelto loco. No le faltaba alguna razón.

Sin duda, algunos psicóticos soportan permanecer en el diván durante muchos años. No hay a este respecto nada automático. La estructura no borra las disparidades subjetivas. Lo mismo ocurre en lo que se refiere a las interpretaciones que hacen intervenir la ambigüedad del significante: muchas no son escuchadas y permanecen sin efecto. Pero algunas de ellas demuestran tener un efecto desestabilizador.

Michaël Turnheim comunicó en 1984 una observación ejemplar de este fenómeno. Se trataba de un paciente de 37 años que, en el curso de una cura analítica, estaba estabilizado en un delirio ya antiguo. Pero un acontecimiento bastante banal puso en peligro por un tiempo su construcción. Hacía meses, le había confiado al analista lo preocupado que estaba por su correo. La llegada de una carta constituía siempre para él una mala noticia. Hasta entonces esta queja había sido tan sólo una entre otras. La situación cambió radicalmente el día en que el correo le llevó, no una simple carta, sino el aviso de una carta certificada. Fue a la oficina de correos, donde le explicaron que esa carta no podía serle entregada hasta al cabo de unas horas. Angustiado, se marchó a casa de su madre, se estiró en el suelo junto a ella, y luego salió a la calle gritándole a Jesús, bajo cuya mirada creía encontrarse permanentemente en su delirio: "¡No vas a pillarme, no quiero obedecerte más, Jesús es un cerdo!". Estaba convencido de que Jesús le estaba jugando una mala pasada. Algunas horas más tarde, pudo retirar de la oficina de correos la carta, que resultó ser de una agencia de seguros. Su angustia disminuyó, pero durante varios días permaneció, según él, "enfadado con Jesús". "No sabía de qué se trataba", dijo para justificar su alteración. "Ese aviso de una carta certificada que tiene en sus manos —comenta con mucha pertinencia Turnheim— y que le anuncia una carta cuyo mensaje ignora, no es

sino un significante sin significado. Y aunque el paciente sabe que conocerá su significación poco después, ello no disminuye su efecto inquietante. De momento, el sujeto ya no sabe qué quiere de él el Otro. El saber del Otro se eclipsa, y entonces debería abrir la puerta a su deseo, pero como es impensable que pueda existir un deseo del Otro, lo que ocurre es que, o bien el Otro lo deja caer, o bien lo persigue. El paciente contraataca con un: "No vas a pillarme". El interés de este episodio reside en que es desencadenado por algo que se parece mucho a una interpretación".⁶⁴

Ciertamente, en este caso, al igual que en el caso de Ferenczi antes reproducido, la interpretación viene del exterior. Hay menos testimonios cuando se trata de dar cuenta de interpretaciones desafortunadas del analista. Véase, sin embargo, qué ocurre cuando un analista, abrumado ante la presión de las preguntas que le hace un paciente psicótico, considera útil comentar al final de una sesión: "Hay días en que uno se pregunta quién es el analista y quién el analizante". Tomándose esta observación al pie de la letra, el sujeto entra en un estado confusional de varias horas y luego interrumpe el análisis.⁶⁵

Veamos también lo que ocurre en la cura de "Roger Casco de Bronce", relatada en el número 2-3 de *Scilicet*:⁶⁶ "Perdido por los pasillos de la facultad en busca de uno de sus profesores para comunicarle la gran desazón que se había apoderado de él de repente, fue interceptado por un asistente que lo remitió a un servicio social, y finalmente llegó, sin saber qué le ocurría, al despacho de un primer psicoterapeuta". Al parecer, éste inició enseguida una cura clásica que concluyó, tras dos años de trabajo, con un episodio agudo. Después de una intervención del terapeuta que pretendía revelar el sentido latente de un sueño, todo comenzó a tener sentido. De pronto, un martillo olvidado en el despacho del analista le significó que era un chalado;* el sello de una carta

64. M. Turnheim, "Interprétation analytique et interprétation délirante", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1984, VI, pág. 11.

65. M. Patris, "Positions subjectives psychotiques perçues à travers la relation thérapeutique", en *Les psychiatres et la psychanalyse aujourd'hui*, Paris, GRAPP Navarin/Seuil, 1988, pág. 160.

66. Anónimo, "Casque de Bronze ou itinéraire psychothérapique avec un psychotique", *Scilicet*, 2-3, Paris, Seuil, 1970, págs. 351-361.

* *Marteau*: coloquialmente, también significa "chalado". [N. del T.]

se convirtió en una orden de prisión;* su nombre inscrito en una casilla del carné de visitas indicaba su ingreso en prisión, etc. Casco de Bronce interrumpió la terapia.

La aversión que siente el psicótico por la ambigüedad significativa se revela con particular claridad en las dos curas de este sujeto. Abrumó a sus analistas casi constantemente con sueños-objeto que les comunicaba en forma de manuscritos dactilografiados, adornados con ilustraciones y cuidadosamente encuadernados. Todo lleva a creer que, de esta forma, se esforzaba en evitar el surgimiento de un sentido imprevisto. Ahora bien, el segundo analista de Casco de Bronce, el que redacta el artículo, nos comunica una interpretación que le comunicó a su paciente. Está relacionada con un tema onírico en el que aparece el hombre del Peugeot 203. El analista interviene para destacar: "Hay dos sin tres", probablemente orientado por la esperanza de analizar la carencia paterna. A continuación de lo cual, efectivamente, el paciente asoció sobre la relación dual con su madre: "Siempre estaba con ella, como si no hubiera tenido padre". ¿Cuál fue luego la evolución de esta cura, empezada dos años antes? El artículo no lo precisa, pero el analista tuvo la amabilidad de confiarme que se interrumpió algún tiempo después. Establecer una relación directa entre esta interpretación y la interrupción de la cura sería, sin duda, arriesgado; sin embargo, los datos tienden a confirmar que esta clase de intervenciones, por una parte ambiguas y por otra parte orientadas hacia la carencia paterna, a menudo son vividas por el sujeto psicótico como peligrosas, incluso como persecutorias.

Las dos curas de Casco de Bronce tuvieron lugar a mediados de los años sesenta. Ambas son bastante ejemplares de la situación de la época. Y los analistas lacanianos que las dirigieron no disponían de un modelo de tratamiento emancipado del análisis de las neurosis. Para ellos se trata todavía de "extraer de su ganga el mensaje encastado" en los sueños-objeto. Más original es su proyecto de devolverle la vida a un discurso congelado, pero en ambas ocasiones la práctica de la interpretación, en vez de resultar útil, parece haber planteado dificultades.

* *Lettre de cachet*: en el Antiguo Régimen, una carta con el sello del rey que contenía una orden de prisión o de exilio sin previo juicio. [N. del T.]

Es cierto que las indicaciones positivas de Lacan, no ya sobre la cura de los psicóticos, sino sobre las formas de estabilización de su estructura, son escasas, y por otra parte no desembocan en modalidades de tratamiento psicoanalítico. En el Seminario III, señala el interés de la clínica de Helene Deutsch cuando pone de relieve un cierto "como si" para describir mecanismos de "compensación imaginario[s]"⁶⁷ en sujetos que "nunca entran en el juego de los significantes, salvo a través de una especie de imitación exterior".⁶⁸ Además, en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", dice que el psicótico puede conseguir orientarse gracias a la identificación mediante la cual "ha asumido el deseo de la madre".⁶⁹ En ambos casos se pone de manifiesto que la carencia del significante fundador del orden simbólico no deja al sujeto otro recurso que el de prótesis imaginarias. La mayor parte de las curas llevadas a cabo por posfreudianos encontraron en ellas, sin duda, la fuente de su poder. Sin embargo, la práctica de ortopedias imaginarias tiene sus límites y, sobre todo, no aporta ninguna respuesta al problema de un abordaje auténticamente psicoanalítico del tratamiento de los psicóticos. "Medio siglo de freudismo aplicado a la psicosis — escribe Lacan en 1958 — deja su problema todavía por pensarse de nuevo, dicho de otra modo en el *statu quo ante*".⁷⁰

Pero los mismos alumnos de Lacan se ven impedidos por una teoría que se detiene en "una cuestión preliminar a todo tratamiento posible". En los años setenta, hay quienes afirman que hay que analizar el "deseo forcluido" de los niños psicóticos (Dolto),⁷¹ mientras que otros consideran que hay que "confiar en la histerización de la psicosis" (Mannoni).⁷² Estos analistas conciben la forclusión bajo la modalidad de una represión, sin duda más profunda, pero analizable a pesar de todo a la manera clásica. Ya en 1956, Lacan ponía en guardia contra "la creencia fundamental", demasiado extendida, de acuerdo con la

67. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 275.

68. *Ibid.*, pág. 360.

69. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 347.

70. *Ibid.*, pág. 313.

71. F. Dolto, *Le cas Dominique*, París, Seuil, 1971, pág. 249.

72. M. Mannoni, *La Théorie comme fiction*, París, Seuil, 1979, pág. 133.

cual ha de haber algo que "comunica a neurosis y psicosis, preconscious e inconsciente", de tal forma que se trataría de "empujar, roer" para llegar a perforar "la pared".⁷³

Mientras la hipótesis de la forclusión del Nombre del Padre no permitió deducir una orientación nueva para concebir el tratamiento de los psicóticos, los seguidores de Lacan sintieron a lo largo de algunos decenios la tentación de vestir prácticas antiguas con un vocabulario nuevo. Testimonio de ello son las jornadas consagradas a las psicosis en la Escuela Freudiana de París, en 1979. En ellas se constata que, ciertamente, hay curas de psicóticos. Y se comprueba que están dirigidas en función de referencias muy heterogéneas, incluyendo el recurso a la relajación o al psicodrama. Además, la mayoría de ellas tienen poco cuidado en tomarse en serio las indicaciones negativas de Lacan. Una persigue restaurar lo imaginario evitando toda teoría (Mélèse),⁷⁴ otra apunta a la identificación con el síntoma (Fainsilber),⁷⁵ una tercera promueve una prótesis imaginaria a partir de la cual se haría visible un trauma protético e hipotético que a continuación debería ser contenido (Moscovitz),⁷⁶ y finalmente otra, que no es una de las menos importantes, considera que es preciso recurrir "al discurso del buen sentido común" aun tratando de mantener una cura analítica efectiva (Melman).⁷⁷ Que esta última hipótesis sea presentada en un artículo titulado "Psicosis, un punto de vista lacaniano", puede dar alguna idea de las razones que incitaron a Lacan a disolver su escuela al año siguiente. En dicha escuela, su enseñanza se estaba yendo a pique.

Está claro que en 1979 nadie tiene todavía una idea precisa de las nuevas orientaciones que pudiera llegar a generar la hipótesis de la forclusión del Nombre del Padre en el tratamiento de psicóticos. Algunos consideran que la teoría de la psicosis se ha quedado estancada y desconfían de ella; mientras que otros promueven la reactualización de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" examinando los

73. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 236.

74. "Table ronde", en *Lettres de l'École*, boletín interno de la École Freudienne de París, septiembre de 1979, 27, pág. 221.

75. L. Fainsilber, "L'identification au symptôme de l'analyste et du paranoïaque", *ibid.*, págs. 178-185.

76. J.-J. Moscovitz, "S'autoriser analyste face à la psychose", *ibid.*, págs. 89-94.

77. C. Melman, "Des psychoses, d'un point de vue lacanien", *ibid.*, págs. 11-16.

avances posteriores de Lacan. El propio Lacan había observado que, por lo general, se necesitaban unos diez años para que sus nuevas conceptualizaciones fueran integradas por otros. Pero resulta que la invención del objeto *a* había tenido lugar a comienzos de los años sesenta, y no parece que en 1979 alguien pudiera usarla en la cura de psicóticos. La promoción de una axiomática del goce en los años setenta condujo a reformular considerablemente el abordaje de la psicosis, pero ninguna exposición sistemática dio cuenta de ello. Indicaciones dispersas de Lacan sobre la erotomanía de transferencia, acerca del sujeto del goce sobre su posición fuera de discurso, incluso sobre el ensamblaje del ego y las suplencias, siguen sin ser explotadas en lo que al tratamiento de los psicóticos se refiere.

Para que el tratamiento sea concebido de otra forma, será preciso, en primer lugar, que se establezca una articulación entre la clínica del significante de los años cincuenta y la clínica del goce de los últimos trabajos. La forclusión del Nombre del Padre, ¿es adecuada para dar cuenta de ambas? Todo indica que Lacan mantiene este concepto hasta el final de su enseñanza, pero entretanto el concepto del Nombre del Padre ha experimentado una evolución considerable, pasando de ser un significante inserto en el campo del Otro a constituir el elemento *sínthoma* del nudo borromeo. De hecho, Lacan deja, a su muerte, una teoría de la psicosis que no está detenida, sino en plena evolución. Pero, con todo, se encuentra en un estado de dispersión: él mismo, arrastrado en su investigación por otros problemas, no llegó a producir el "otro centramiento" esperado para renovar el abordaje del tratamiento. Nada garantiza que sus avances contengan tal posibilidad.

Sin embargo, en 1979, en las jornadas de la Escuela Freudiana de París sobre las psicosis, uno de quienes promueven una reactualización de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Jacques-Alain Miller, introduce una tesis que demostrará ser enormemente heurística, al indicar de qué forma se puede concebir una articulación entre la forclusión del Nombre del Padre y la categoría del goce. Hay que admitir, observa Miller –aunque manifestando algunas dudas, porque percibe hasta qué punto lo que plantea es innovador: "si tienen la bondad de disculpar lo que tiene de dubitativo mi proceder"– que "la forclusión del Nombre del Padre como significante es correlativa en Schreber [...] del acceso al goce en tanto prohibido".⁷⁸

78. J.-A. Miller, "Supplément topologique à la *Question préliminaire*", *ibid.*, pág. 136.

Esto supone dar un paso decisivo, que no sólo permitirá relacionar la forclusión del Nombre del Padre con las notaciones dispersas de Lacan sobre el goce del psicótico, sino que además dará lugar a que surja, algunos años más tarde, el "otro centramiento" esperado.

Es en 1983, en el congreso de la Escuela de la Causa Freudiana que tuvo lugar en Montpellier, cuando parece haberse dibujado un giro decisivo en el abordaje del tratamiento psicoanalítico de los psicóticos. Es una fecha señalada, observa a posteriori Pierre Bruno, "que supuso en los analistas decididos a seguir con Lacan un estímulo para aceptar a psicóticos en análisis, pero aceptarlos con más exigencias que la de un manejo moderado de su locura; desde luego, no una exigencia de curar, tampoco una exigencia de transformar a los psicóticos en neuróticos, sino la exigencia de que el psicoanálisis pueda ser convocado de tal manera que su operación no carezca de efectos sobre lo que llamaré, con Lacan, las posiciones subjetivas del ser de los psicóticos".⁷⁹ Aquel año, la formulación más neta de una nueva concepción de la dirección de la cura se encuentra en el trabajo de Michel Silvestre, cuando constata que en el análisis de Frédéric todo tiende a asignarle al analista un único deber: gestionar el goce del que el psicótico lo convierte en guardián.⁸⁰ En los textos de esa época se advierte que no sólo la tesis de Freud sobre la ausencia de transferencia ha sido abandonada ya hace tiempo, sino que también la ausencia de demanda de la que habló Lacan en 1967 recibe poca atención. Por razones posiblemente vinculadas con la difusión creciente del psicoanálisis, todo indica que la psicosis está cada vez más presente en el consultorio del psicoanalista.

¿Que propone hoy día a este respecto la ortodoxia freudiana, cuando no se centra ni en el reforzamiento del yo ni en la normalización de los fantasmas? Propone, nada más y nada menos, un retorno al primer Freud, el que mostraba la fecundidad de los conceptos surgidos de las neurosis para captar el funcionamiento de los psicóticos. Arlow y Brenner, en Nueva York, en los años sesenta, introducen una revisión de la teoría psicoanalítica que hace énfasis, no en la regresión libidinal,

79. P. Bruno, *Travaux*, groupe d'études de l'École de la Cause freudienne de Nantes, octubre de 1988, 3, pág. 42.

80. M. Silvestre, "Un psychotique en analyse". *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1983, IV, pág. 57.

ni en la retracción narcisista, sino en un conflicto psíquico con respecto al cual los fenómenos serían movilizados con una finalidad defensiva. De ello resulta una apertura en cuanto a las posibilidades del tratamiento. Éste parece tener que centrarse en el análisis del conflicto psíquico nodal. Al postulado de una unidad fundamental entre los funcionamientos psíquicos respectivos del neurótico y del psicótico, le corresponden concepciones análogas de la dirección de la cura. "Las interpretaciones de conflicto, de motivación, de peligro y de defensa —escriben— se les pueden aportar a los pacientes de una forma, si no idéntica, al menos análoga a la empleada en el tratamiento del neurótico."⁸¹

He aquí, ciertamente, lo que se llama dejar el problema en el *statu quo ante*. Ahí es exactamente donde Freud se había quedado detenido en los años veinte con M. XY, cuando rehusó arriesgarse a analizar el conflicto psíquico. La experiencia clínica le había enseñado en más de una oportunidad los efectos a menudo nefastos de esta técnica. Quizás la clínica de Arlow y Brenner no sea igual, porque entretanto, en el campo anglosajón, el concepto de psicosis había conocido un desarrollo expansivo por el que llegó a incluir a un buen número de neuróticos.

Frente a este estancamiento del problema, o frente a su regresión a prácticas psicoterapéuticas, en la actualidad es posible un nuevo abordaje. Orientar la cura del psicótico hacia la moderación de su goce desregulado: tal es el "otro centramiento" que parece permitir que un tratamiento psicoanalítico de la psicosis resulte en la actualidad concebible. Quedan por precisar sus modalidades.

81. J.A. Arlow y G. Brenner, "The psychopathology of the psychoses: a proposed revision". *JJP*, 1969, 50, 5, pág. 12.

Capítulo 19

Más allá de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis": el otro centramiento

Freud y Lacan advirtieron contra el manejo imprudente de la cura analítica con sujetos psicóticos. Sin embargo, ni uno ni otro ignoraron los recursos que se pueden extraer de los métodos de ortopedia imaginarios para, en ocasiones, estabilizarlos. Desde Federn hasta Pankow, pasando por Rosen, Sechehaye, Fromm-Reichmann, Rosenfeld, Benedetti y algunos otros, muchos se han dedicado a restaurar las fallas del yo y a rectificar los fantasmas de los psicóticos.¹ Estas prácticas evidencian la falta de un tratamiento psicoanalítico que apueste por una modificación de la posición subjetiva no planificada desde el principio de la cura.

Sin duda, la forclusión del Nombre del Padre, concepto surgido de la lógica del significante de los años cincuenta, permite precisar algunas indicaciones negativas relativas a la dirección de la cura con psicóticos, pero de entrada no desemboca en perspectivas terapéuticas nuevas. Para que éstas se puedan plantear, Lacan apuesta en 1967 por una profundización de sus investigaciones de la que debería surgir un planteamiento del problema fundado en lo que él mismo llama "otro centramiento".²

Lacan sienta progresivamente las bases de este último mediante indicaciones dispersas, todas ellas posteriores a 1964, fundadas, no ya en una lógica del significante, sino en una axiomática del goce: así, si-

1. Lacan, a propósito de la práctica kleiniana, observa: "En esta concepción desviada, el análisis sólo puede ser la incorporación del discurso sugerido, incluso supuesto, del analista, o sea todo lo contrario del análisis" (J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis, op. cit.*, págs. 212-213).

2. J. Lacan, "Petit discours aux psychiatres". Cercle psychiatrique H. Ey, Sainte-Anne, conferencia inédita del 10 de noviembre de 1967.

túa al psicótico como un sujeto fuera de discurso, invadido por un goce desordenado, cuyos enunciados principales son holofrases, y que es capaz de desarrollar una "erotomanía de transferencia".

A primera vista, estas indicaciones parecen alzar barreras suplementarias contra el tratamiento. ¿Cómo introducir en el discurso analítico a un sujeto fuera de discurso? Un sujeto respecto al cual Lacan, al revés que Mannoni, no deposita ninguna esperanza en la posible histerización de su discurso. El psicótico; sin embargo, habla; un paranoico puede, incluso, establecer vínculos sociales muy desarrollados, hasta puede llegar a fundar sectas. ¿Cómo hay que entender, pues, que se sitúa fuera de discurso aun sin estar fuera del lenguaje?

Esto es concebible si se recuerda que los cuatro discursos formalizados por Lacan en 1969 implican división del sujeto y barrera frente al goce. Sólo pueden intervenir una vez efectuada la operación de separación. Ésta condiciona la representación significativa del sujeto y su coordinación con el objeto. "Dicho de otra manera —indica C. Soler—, le permite al sujeto que se sitúa como dividido en el significante, entre S_1 y S_2 , tapar su esquizia con el objeto. Es absolutamente paradójico haber llamado a esto separación: no se trata de una separación respecto al objeto. ¡Quizás es incluso lo contrario! ¿De qué se separa el sujeto? Se separa de la cadena significativa."³

Lacan afirmaba ya en 1958: cuando el sujeto no está dividido, "está loco".⁴ En sus últimas investigaciones retoma esta intuición. Sin embargo, pone de manifiesto que no es únicamente en el campo del significante donde no se ha producido la esquizia del sujeto, y además destaca que éste es invadido por un goce desregulado. El psicótico tiene el objeto a en el bolsillo, precisa Lacan en 1967, por eso la voz tiende a sonorizarse en las alucinaciones verbales, la mirada a presentificarse en sentimientos de ser espiado, etc. Por otra parte, el sujeto psicótico presenta una paradójica normalidad, en el sentido de que sus trastor-

3. C. Soler, "Hors discours: autisme et paranoïa", *Les feuillets du Courtil*, 2, mayo, 1990, pág. 10.

4. Lacan, en la sesión del 4 de junio de 1958 del Seminario V, *Las formaciones del inconsciente*, op. cit., pág. 439, indica: "Lo que el esquema [el grafo] enumera y ordena son las formas necesarias para el mantenimiento del deseo, gracias al cual el sujeto sigue siendo un sujeto dividido, como corresponde a la naturaleza del ser humano. Si ya no es un sujeto dividido, está loco".

nos principales evidencian la primacía del discurso del Otro. Éste se manifiesta en el automatismo mental, sin que se produzca la inversión que nos hace creer que hablamos, cuando en realidad somos hablados. "El automatismo mental es normal",⁵ constata Lacan en 1977. Ahora bien, en este fenómeno se produce un rechazo del inconsciente que hace difícil de entender cómo se podría prestar a la interpretación.

Lo que es más, cuando un sujeto se encuentra incluido en el Otro, y cuando el sujeto es gozado por el Otro, sus enunciados se ven llevados a holofrasearse. Se produce una solidificación del par significante primordial, S_1 - S_2 , que implica fracaso de la división del sujeto y carencia de su coordinación con el objeto a . Son más particularmente los fenómenos elementales y los significantes amo del delirio los que demuestran estar capturados en esa gelificación del significante y en la condensación de goce. Su estructura permite precisar las dificultades con las que tropieza la interpretación. Incluso aunque se consiguiera hacer saltar parcialmente los sellos de la holofrase, tentación que algunos manifestaron, se correría un alto riesgo de desencadenar el goce que contiene. El concepto de holofrase, relacionado con la psicosis en 1964, además de con los fenómenos psicosomáticos y la debilidad,⁶ hace más inteligible cierto número de manifestaciones clínicas, pero constituye un nuevo obstáculo de importancia para concebir la cura de los psicóticos.

A ello hay que añadir las dificultades inherentes a la especificidad de la transferencia desarrollada por estos sujetos. La erotomanía mortificante apenas enmascara la presencia del Otro gozador, siempre inclinado a convertir al psicótico en su cosa. De ahí el riesgo, indicado por Lacan ya en "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", de que la relación transferencial precipite la psicosis⁷ y convierta al clínico en perseguidor.

Por diversas que sean en su enseñanza las elaboraciones relativas a la forma de goce del psicótico, hay que constatar que aun así mantie-

5. J. Lacan, "L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre", seminario inédito del 17 de mayo de 1977, *Ornicar?*, 1979, 17-18, pág. 22.

6. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., págs. 245-246.

7. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, op. cit., pág. 563.

nen una gran coherencia. Cada una de ellas revela ser consecuencia de un mismo proceso: la no extracción del objeto *a*. Esta no extracción deja al sujeto fuera de discurso a falta de barrera contra el goce, lo predispone a ser gozado por el Otro y es homogénea a la holofrase de la enunciación en el enunciado. En consecuencia, en contra de algunas opiniones que tienden a considerar la forclusión del Nombre del Padre como un concepto caído en desuso en la propia enseñanza de Lacan, no hay duda de que sigue siendo adecuado para englobar el conjunto de fenómenos mencionados, si se tiene el cuidado de considerar que el goce loco, enigmático, no regulado por el significante, vinculado a la presencia del objeto *a*, sólo encuentra su límite mediante la función fálica, dependiente del Nombre del Padre.

En suma, en primera instancia, los avances relacionados con el abordaje de la psicosis referidos a la axiomática del goce no parecen abrir más perspectivas terapéuticas que las elaboraciones anteriores, surgidas de la lógica del significante. Por el contrario, parecen subrayar los obstáculos anteriormente establecidos: destacan las dificultades inherentes a la especificidad de la relación transferencial, se oponen a la interpretación significativa del delirio y sitúan al sujeto fuera de discurso. Pero hacen énfasis, no ya en el desencadenamiento del significante, sino en una invasión de goce. La misma de la que Schreber testimonia con precisión: "Un exceso de voluptuosidad haría a los hombres incapaces de ejercer las funciones que les incumben. [...] Ahora bien, en lo que a mí concierne, tales límites han dejado de imponerse". Le parece que Dios exige que se considere hombre y mujer al mismo tiempo con el fin de consumir el coito consigo mismo. Dios exige por su parte "un estado constante de goce".⁸

Al evidenciar las implicaciones de la desregulación del goce, Lacan consiguió elaborar, dentro del marco de su enseñanza, el "otro centramiento" que él mismo reclamaba y del que se mostraba deseoso en 1967 para superar los límites fijados por "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Pero él mismo no llegó a concebir la consecuencia que de ello se derivaba para la dirección de la cura de los psicóticos. Si se acepta la tesis de acuerdo con la cual, en último análisis, es la invasión de goce lo que produce el sufrimiento del

8. D. P. Schreber, *op. cit.*, pág. 230.

sujeto, ¿no es acaso manifiesto que lo que ha de orientar el análisis es oponerse a dicha invasión? Michel Silvestre parece haber sido el primero en extraer esta conclusión en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Lacan. Así, afirma en 1984: "Si, en su demanda inicial, el psicótico espera del analista significantes adecuados para organizar su mundo alterado, en su demanda segunda, a partir de la cual se orientará la transferencia, el psicótico ofrece su goce al analista para que sea él quien establezca sus reglas".⁹

Estas dos demandas no carecen de correlación con los lugares del analista que se pueden situar en el esquema I¹⁰ respecto a los dos polos simbólicos a partir de los cuales el psicótico puede proceder a una reconstrucción de la realidad: en uno de ellos, I, ideal del yo, donde el sujeto apela a "significantes adecuados para organizar el trastorno de su mundo"; en el otro, M, "el significante del objeto primordial", donde existe el riesgo de que se manifieste el deseo del Otro. En las curas de psicóticos el analista oscila, esencialmente, entre ambos lugares, que a veces se combinan y a veces se distinguen con claridad. La posición del analista en la transferencia produce, por lo tanto, estilos de cura muy distintos. Ésta es una de las razones por las que toda generalización sobre el psicoanálisis de los psicóticos se debe plantear con prudencia.

Las dos curas que he elegido relatar aquí me han parecido ejemplares de dos formas extremas: en una, el analista está resueltamente situado en M, y allí se despliega la erotomanía mortificante; esto afecta al estilo de la cura, que es violento, y conduce a los límites de lo soportable para los dos protagonistas; en la otra, el analista permanece en I, como portador de ideales, y entonces el estilo es muy distinto: no hay gritos, ni amenazas, ni gesticulaciones, sino un comportamiento deficiente y un trato educado. No carece de importancia saber que esas dos curas empezaron, una en 1985, la otra en 1991, de manera que pertenecen a una época en la que ya era posible dirigirlas orientándose en función de la moderación del goce, y no, por ejemplo, en función de la

9. M. Silvestre, "Transfert et interprétation dans les psychoses: une question de technique". *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, VI, junio de 1984, pág. 55.

10. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". *En Escritos*, *op. cit.*, pág. 553.

interpretación de la psicosis de transferencia y de las identificaciones proyectivas.

A. El tratamiento de Francine

La primera cura es la de una joven a la que llamaré Francine. Ha obtenido un diploma de kinesioterapeuta después de haber fracasado en sus estudios de medicina durante el segundo año de carrera. Se queja de un estado depresivo que atribuye a dos fenómenos. Por una parte, es incapaz de mantenerse en un empleo, porque la angustia la invade en cuanto ha de tomar la más pequeña iniciativa. "Cuando no estoy segura de alguna cosa -dice-, entro en pánico. Pierdo mi trabajo por falta de seguridad. No tengo confianza en mí. Tengo miedo de no ser normal: nunca tengo derecho a hacer, sólo a mirar." Por otra parte, se ve asaltada por ideas parásitas que la inquietan mucho, la mayor parte de las cuales están relacionadas con la sexualidad. Por ejemplo, se le ocurre la palabra "sexo" cuando ve bajar a su madre por la escalera, algo que pone en relación, en contra de su voluntad, con los pelos del sexo de aquélla. Durante la primera sesión, confiesa que se le ocurren las palabras "sucía vaca", insulto dirigido, sin duda a su padre, comenta ella, o quizás a mí. El surgimiento frecuente de tales ideas la perturbaba mucho. Está segura de dos cosas en las que insiste una y otra vez: el sexo la invade y ella carece de fundamento. Viene a preguntarme cómo hacer para protegerse de sus ideas sexuales parásitas y para adquirir confianza en ella misma. En lo que a este último punto se refiere, me sugiere que le indique libros que pudieran ayudarla. Me pide, pues, por una parte, que atempere su goce deslocalizado, y por otra parte, que le proporcione significantes capaces de procurarle una cierta seguridad.

Aunque da una sensación de inconsistencia, hay un punto que de entrada parece muy positivo, y ella no cambiará en lo que a esto se refiere: afirma querer resolver su situación y está dispuesta a hacer muchos esfuerzos para conseguirlo. Durante la primera entrevista insiste en lo que más tarde llamará las "actividades de celestina" de su madre. Creyendo actuar correctamente para remediar la soledad de su hija, su madre había reclutado a un amante mediante anuncios breves al cumplir ella 21 años. Se presentó un guineano de 37 años. Aunque

estaba casado, Francine permaneció con él tres años, sin quererle, por obedecer a su madre.

Actualmente, Francine sitúa el inicio de sus trastornos psíquicos en aquella época. "Me puse a pensar siempre *sexo, sexo, sexo*, cuando veía a alguien, hombre o mujer." Un año después de concluida la relación, tendrá que ser hospitalizada durante tres meses: ha estallado un delirio. Es objeto de persecuciones por parte de los rosacruces. Luego me dirá que su padre es un alto dignatario de esta organización. Además, tiene alucinaciones: huele a "plástico y madera quemados". Éstos son los principales materiales que se usan en la empresa de su padre.

Tras la remisión de los fenómenos patológicos, prosigue penosamente sus estudios lejos del domicilio paterno. Encuentra a un estudiante marroquí con quien tiene una relación duradera y satisfactoria. Mientras tanto, hace diversas tentativas de psicoterapia en razón de sus fracasos universitarios -ha de abandonar los estudios de medicina- y sus temores relativos a un retorno de los trastornos. En marzo de 1991, cinco años después del episodio anterior, se pone a delirar de nuevo. Se ha enamorado apasionadamente de su psicoanalista. Tiene la sensación de ser una tortillera* y le reprocha sin razón a su amigo que es un "marica". Durante su hospitalización, todas las chicas le parecen tortilleras y le dan miedo. "Cuando estaba enferma -dice- el sexo me venía constantemente a la mente." Las ideas delirantes remiten en algunas semanas bajo el efecto de un tratamiento farmacológico. Entonces, cuando termina el año escolar, obtiene su diploma de kinesioterapeuta y vuelve a vivir con sus padres a la espera de encontrar un empleo. Sus dos primeras tentativas de ejercer su profesión desembocan rápidamente en un fracaso. Es entonces cuando se dirige a mí. Me dice: "Yo hacía bien mi trabajo, pero sentía un miedo profundo, como si no fuera capaz de hacerlo correctamente. Perdí esos lugares de trabajo por falta de seguridad. En el último, un colega simpático me explicó varias veces lo que había que hacer, pero yo no lo entendía, entraba en pánico, y entonces me fui".

Francine presenta, sin duda, algunos rasgos obsesivos (rumiaciones mórbidas, rezos interminables a la hora de ir a dormir...), y a veces se muestra paralizada por la duda; sin embargo, la inconsistencia de su

* *Gouine*: forma vulgar de designar a una lesbiana. [N. del T.]

ser, que la hace incapaz de tomar la más mínima iniciativa, revela una falla "en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto",¹¹ testigo de una carencia radical del falo simbólico (Φ), que indica en ella la estructura psicótica. Además, tiene que remitirse sin cesar a alguien próximo para saber qué debe hacer. Sus elecciones le son dictadas esencialmente por su madre, que rige su vida. Se confirma la indicación de Lacan de acuerdo con la cual algunos psicóticos se orientan en la existencia mediante identificaciones a través de las cuales asumen el deseo de la madre.¹²

Cuando pide un libro donde pueda aprender a tener confianza en sí misma, o sea, donde pueda encontrar significaciones en las que apoyarse, parece que el lugar del analista está ya esbozado. No en el lugar de un testimonio, que será lo dominante en el tratamiento de Karim, sino más bien el del Otro que incluye los significantes del ideal. Además, al situar en los inicios de su trastorno las actuaciones de celestina de su madre, Francine indica implícitamente que le pide al analista que no la exponga al goce del Otro. En consecuencia, a posteriori se constata que ya en las primeras sesiones se podían distinguir datos esenciales para la dirección del tratamiento.

Los inicios de la cura se centran en la falta radical de confianza en sí misma, y en sus ideas sexuales parásitas; ambas son angustiantes y motivo de una queja relacionada con la imposibilidad de trabajar y de convertirse en autónoma. Francine trata de poner remedio a esto de una forma obsesiva, mediante esfuerzos de concentración del pensamiento. Éstos adoptan diversos aspectos. Reza largamente al acostarse para que Dios la ayude "a suprimir las palabrotas y los insultos que surgen". Cuando, a pesar de todo, se le impone una idea penosa, se esfuerza en escribirla para dejarla por algún rincón y no volver a pensar en ella. Procedimiento que demuestra una relación ambigua con los temas del goce deslocalizado, puesto que viene a sesión con una hoja en la que ha escrito todo lo que le parece importante, es decir, precisamente todo aquello en lo que no querría volver a pensar. Mantiene su texto en la mano durante las sesiones, y lo lee frase a frase comentando cada una de ellas. Cuando me pidió que conservara estas

11. *Ibid.*, pág. 540.

12. *Ibid.*, pág. 547.

hojas, me pareció deseable aceptar convertirme en depósito de este goce molesto. Francine también emplea a veces la escritura en sus esfuerzos de concentración del pensamiento. Cuando duda sobre lo que le han dicho, a veces lo escribe, y comenta: "Así, seguro, no hay que dudar". Por supuesto, esto sólo consigue proporcionarle algunos momentos de descanso en sus incertidumbres. En este periodo se presenta como una obsesiva, pero una obsesiva que teme delirar, puesto que sus ideas parásitas le parecen relacionadas con temas de sus delirios pretéritos.

Cada día, durante varias horas, habla con su madre de sus problemas. Esta última trata de confortarla, pero no lo consigue de forma duradera. Se ve que no está en la posición adecuada para hacerlo: su presencia parece actuar a menudo como desencadenante de ideas sexuales diversas. Francine piensa en el "trasero", en el sexo o en los pechos de su madre, la imagina con las piernas abiertas, etc. En particular, le reprocha haberla dejado ver películas pornográficas por televisión cuando era adolescente.

Francine insiste en que se siente culpable de acontecimientos de su infancia relacionados con la sexualidad. Cuando su hermana pasaba por la pubertad, ella la llamó: "culo peludo"; además, le tocó el sexo a un primo de seis años y, cuando fue a Lourdes, no se atrevió a confesarlo; miraba muy a menudo en el catálogo de *La Redoute* la sección de ropa interior femenina, etc. Los recuerdos más importantes, los que le despiertan una inquietud más intensa, resultan muy reveladores de su relación con el goce. Se reprocha haber leído con fascinación, muy tempranamente (hacia los 10-11 años) libros "porno" escondidos en la mesita de noche de su padre. Después, se imaginaba relaciones sexuales en las que ella ocupaba el lugar del hombre. Además, dice: "Hacia los 10-11 años, le hice cosquillas en el sexo a una chica más joven que yo con una brizna de hierba, y cuando ella me pidió que le enseñara mi sexo, me negué". Ambos recuerdos parecen estar correlacionados por el hecho de que en ambos ella se sitúa en el lugar del hombre y se niega a asumir el de la chica. Además, se sumerge tanto en el goce prohibido que descubre en los libros de su padre, que experimenta la sensación de que su cuerpo es invadido por él: "Creía que cuanto más mirara los libros porno, más grandes tendría los pechos, y eso me molestaba, porque no quería tener los pechos grandes". Aun en el caso de que este fantasma no fuera más que una construcción retrospectiva, no sería

menos revelador de la posición de un sujeto amenazado por la invasión del goce Otro.

Durante los primeros meses del tratamiento, Francine se inscribe en un curso de relajación. Entonces le ocurren fenómenos extraños, que ya había experimentado anteriormente, pero advierte que en estas circunstancias tienden a imponerse con más fuerza. "¿He de seguir con la relajación, o no?", me pregunta. "Cuando lo hago, tengo la sensación de tener patillas, aunque lleve el pelo largo. Lo arreglo pasándome la mano por la cara, y sé que es falso, que no tendré nunca patillas, ni me crecerá la barba... El sábado, tuve miedo de tener un sexo de hombre en lugar del mío. Reaccioné diciéndome: mi sexo tiene labios menores y labios mayores, y además una mancha blanca por el flujo blanco,¹³ y estoy bien así... Sentí que me crecía la nariz como a Pinocho..." Otras veces, en las mismas circunstancias, aparecen imágenes de un sexo de hombre, de personas desnudas, de prácticas homosexuales con la madre, etc. En suma, el estado de relajación, que altera sus puntos de referencia imaginarios, demuestra ser particularmente propicio para desatar el goce Otro. No es raro que el paso de un psicótico por el diván produzca, por las mismas razones, fenómenos semejantes. En consecuencia, no dudé en responder negativamente a la pregunta de Francine sobre si debía o no proseguir con la relajación.

Por el contrario la sostuve, a veces con mucha insistencia, en sus esfuerzos por encontrar un empleo. Éstos tropezaban con su angustia por ser una obsesa sexual, debido al surgimiento excesivamente frecuente de imágenes obscenas, con sensaciones depresivas que la llevaban a desvalorizarse, y sobre todo con una profunda carencia, designada como "falta de confianza" en sí misma, que le hacía extremadamente difícil tomar la más mínima iniciativa.

Ocho meses después del inicio de la cura, consigue un puesto no remunerado de kinesioterapeuta en una clínica privada, que debía servir de preparación para luego hacer sustituciones e incluso ser contratada. El hecho de haber conseguido presentarse favorablemente y ser aceptada le procura una gran satisfacción, pero está cada vez más angustiada a medida que se acerca el comienzo de su tarea. El mismo día

13. Es de destacar este elemento de anatomía fantástica, así como la "barbe à pousser", tan evocadora de la *barbe-à-papa*.

que ha de empezar, a las ocho de la mañana, me llama por teléfono para decirme que no puede ir, que se siente demasiado "pesimista", que eso la supera, etc. Adopta un estilo convincente para explicar que no ha llegado el momento. Parece esperar de mí una autorización para no afrontar esa prueba, lo cual le permitiría no tener que asumir su huida. Me cuido mucho de dársela, incitándola por el contrario a afrontar la situación y a no dudar en hablar con sus compañeros si se queda bloqueada ante alguna tarea. Mediante una llamada telefónica similar casi cada día y un aumento del número de las sesiones, consigue concluir el periodo de prueba de quince días, no sin algunas dificultades, debidas principalmente a su lentitud en el trabajo, que ella atribuye en parte al tratamiento con neurolépticos. Consigue prolongar la prueba una semana más, durante la cual sus demandas de apoyo telefónico, así como las sesiones suplementarias, se van haciendo menos frecuentes. Al final, se anima a preguntarle al jefe de personal sobre las posibilidades que tiene de ser contratada, pero éste no le da demasiadas esperanzas.

Algún tiempo antes, todavía le parecía imposible asumir su trabajo de kinesioterapeuta; después del período de prácticas, se muestra más confiada. Sin embargo, esto sólo ha sido posible gracias a un apoyo casi cotidiano, tanto por parte de su madre como por parte de su analista. Además de las sesiones, a veces era necesario tranquilizarla varias veces al día por teléfono. Había que confirmar de esta forma lo acertado de las iniciativas que pensaba en tomar antes de que pudiera efectuarlas: lo mismo sucedió con la prolongación del período de prácticas y la entrevista con el jefe de personal. Por otra parte, tuve que oponerme muchas veces a que lo "dejara caer"^{*} todo; o sea, sostuve el ideal para contrariar su tentación de colocarse en posición de desecho.

En este periodo, al cabo de nueve o diez meses del inicio de la cura, las imágenes de goce parásitas no dejaban de estar activas, aunque se habían atenuado un poco. Francine ya da pruebas de más dinamismo, se enamora de un médico joven, duerme mejor, incluso disminuye ella misma el tratamiento farmacológico y, sobre todo, hace varias gestiones para encontrar un empleo u otras prácticas. A veces tiene profun-

* *Laisser tomber*: significa abandonar, pero mantenemos la literalidad, porque evoca el *liègen lassen* schreberiano, "ser dejado caer por el Otro". [N. del T.]

das dudas sobre su capacidad para asumir responsabilidades profesionales, pero quiere salir adelante, no seguir viviendo en casa de sus padres, desea fundar una familia, tener hijos. Y todo ello, en su opinión, exige como condición previa una independencia financiera.

Algunas semanas más tarde, sus esfuerzos dan fruto: le proponen una suplencia de cinco meses, relacionada con una licencia por maternidad, en el hospital general de una pequeña ciudad situada a 80 kilómetros de donde residen sus padres. De nuevo, la angustia se mezcla con la satisfacción: no se siente capaz de asumir ella sola las responsabilidades de su empleo. Le proponen un periodo no remunerado para familiarizarse con el trabajo. Solicita aumentar el periodo de entrenamiento desde quince días hasta un mes y medio, no sin antes haberse asegurado del fundamento de esta idea que ha tenido. Se lo conceden.

Cuando empieza, se reanudan los fenómenos surgidos en la experiencia anterior: angustia matutina extrema, múltiples llamadas telefónicas, lentitud en el trabajo, sentimiento de estar desbordada, a lo que se añade una cierta persistencia de las ideas parásitas, hasta tal punto que en varias ocasiones llega al límite de la ruptura. El aumento de la frecuencia de las sesiones no consigue impedir un pasaje al acto. Decide interrumpir el trabajo huyendo de una reunión en la que ha de tomar la palabra; pero lo reanuda ante mi insistencia, la insistencia de su madre y también la de Verónica, la kinesioterapeuta a quien ha de sustituir. En esta última encuentra a una mujer atenta a sus dificultades que se convierte en su amiga, la aloja en su casa y se muestra muy disponible. Además, le proporciona algo de lo que está muy necesitada: un modelo. "Verónica —dice Francine— es un punto de referencia para mí, me esfuerzo en imitarla." A falta de su ayuda atenta y de su dedicación, no está claro que las prácticas hubieran podido llegar a buen fin.

Semana a semana, las dificultades se atenúan: el trabajo le parece menos difícil y lo lleva a cabo más deprisa. Sin embargo, su angustia se acentúa cuando se acerca la partida de Verónica. Francine no se siente todavía capaz de asumir ella sola sus responsabilidades profesionales, aunque cumple diariamente con su trabajo para satisfacción de todos.

Durante la primera época de la suplencia, he de sostenerla por teléfono casi cada mañana. Es demasiado angustiante, no es capaz, va a cometer errores catastróficos, no dispone del tiempo suficiente para preparar el material, piensa "sexo" al ver a tal o cual persona, se siente demasiado pesimista por la mañana, los demás la encuentran ridícula,

algunos se burlan de ella, es demasiado difícil, prefiere dejarlo todo... Así que es preciso, según ella, que la autorice a abandonar. Argumenta con insistencia para hacerme reconsiderar mis palabras invariablemente negativas, mezcladas con algunas palabras tranquilizadoras.

Poco a poco, las llamadas telefónicas se van espaciando. Francine se siente cada vez mejor en su trabajo, consigue hacerse aceptar en el equipo. Efectúa la suplencia hasta su término para satisfacción de todos. Por primera vez, llega incluso a tomar la palabra en público para pronunciar una conferencia sobre cierta forma específica de reeducación. Además, sostiene con seguridad entrevistas individuales relacionadas con determinadas prácticas deportivas, permitiéndose a veces dar algunos consejos psicológicos no carentes de pertinencia. Su apariencia física también ha mejorado de forma espectacular: de una persona sin una edad determinada, rechoncha, mal vestida, ha surgido una joven elegante. La aventura de una noche que tuvo con un interno durante la suplencia no la desestabilizó, aunque lamentó que él partiera al día siguiente a su lejano país de origen.

Concibe el proyecto de usar una parte del dinero que acaba de ganar para inscribirse en una agencia matrimonial. Pero, una vez más, para conseguir afrontar una iniciativa importante, antes ha de comprobar si yo estoy de acuerdo. Recordando que Francine sitúa el desencadenamiento de sus trastornos en relación con el lugar de celestina adoptado por su madre, me parece peligroso animarla, corriendo así el riesgo de quedar situado en el mismo lugar y de hacer surgir, en consecuencia, la figura obscena del Otro gozador. Tampoco me parecía que se impusiera ponerla en guardia, dado que ella había asumido bien su última aventura amorosa. De modo que me esfuerzo en no responder, a pesar de sus demandas reiteradas. Finalmente, concluye que yo no me opongo, de modo que lleva a cabo la gestión.¹⁴ Conoce a diversos hombres e insta una relación con uno de ellos. Éste es ocho años menor que ella, de forma que lo encuentra demasiado joven, pero a pesar de todo lo intenta; su intuición estaba justificada: cuatro meses más tarde, se produce la ruptura, cuando su amigo se muestra incapaz de dejar a sus padres para vivir con ella. Francine acepta con serenidad

14. Mucho más adelante, sabré que ya se había inscrito años antes en la misma agencia matrimonial, en aquella ocasión calcando el modelo de conducta de su hermana.

la separación, decidida de común acuerdo. Por otra parte, esto la alivia de sus dudas sobre si de verdad quería a ese hombre.

Tres años después del comienzo de la cura, encuentra un empleo de media jornada, convirtiéndose en titular, lleva a cabo suplencias en diversas instituciones y tiene más propuestas de trabajo de las que puede aceptar. Vive en casa de amigos que le alquilan una habitación. Las ideas parásitas desaparecen casi por completo. "Es curioso -me dice-, no sé si es efecto de la psicoterapia, pero ahora, cuando oigo hablar de cosas sexuales, tengo tendencia a olvidarlo, mientras que antes me hacían rumiar, las tomaba por alusiones a mi sexualidad." La imagen de su padre se hizo mucho menos negativa, y recuperó el recuerdo de buenos momentos pasados en su compañía. Francine adquiere confianza en sí misma, pero a pesar de todo subsiste una profunda carencia subjetiva: tiene necesidad de apoyarse siempre en su analista, en su madre, incluso en compañeros, para calmar sus inquietudes y tomar decisiones.

Un año más tarde, consigue un empleo de tiempo completo del que pronto se convertirá en titular. Ya no duda en tomar iniciativas en su trabajo sin remitirse a nadie. Vive sola en un apartamento alquilado cerca de su lugar de trabajo. La frecuencia de las sesiones empieza a disminuir.

En ese momento me parece que el tratamiento deberá continuar hasta que ella encuentre una relación sustitutiva que le permita orientarse en la existencia a partir de una presencia permanente. Y ella la busca, tratando de encontrar a un hombre de más edad. Sus preferencias se dirigen claramente hacia un médico. Aunque tal eventualidad no parece inconcebible, sus exigencias relativas a las cualidades del futuro cónyuge la llevan a hacer fracasar varias relaciones efímeras. En este sentido, su forma de funcionamiento, que pasa rápidamente de la idealización a la desvalorización del objeto amado, no deja de recordar a la de una histérica.

Cuatro años después del inicio de la cura, las certezas iniciales subsistían, pero el sujeto sabía enfrentarse con ellas de forma más satisfactoria. Por una parte, el goce deslocalizado se había atemperado en gran medida: cuando surgían todavía ideas parásitas, Francine las alejaba sin dificultades de su pensamiento. Por otra parte, seguía sintiendo que le faltaba un fundamento, pero esta sensación se había atenuado. El tratamiento le permitía distanciarse algo de la relación devoradora con

el Otro materno: "Había apostado del todo por mi madre, y ahora, a veces, le digo: tú no eres una santa, también cometes errores..."

Con todo, en 1994 esta cura no había concluido. Hasta entonces, para enmarcar su goce y orientar su existencia, Francine sólo había conseguido la elaboración de una parapsicosis bastante pobre. "Ahora -afirma-, cuando tengo problemas, pienso en lo que usted me diría, trato de hacerlo y eso me da seguridad." Se trata claramente de una construcción suya, porque a menudo tiene que inventarse lo que yo le diría. Sin embargo, todo ello sigue siendo muy tributario de mi presencia; hasta tal punto que durante mis vacaciones necesita "reemplazarme" por un cura, que asume, en efecto, la misma función de contención del goce y, más todavía, la de prescriptor de ideales.

Sin duda es posible extraer algunas enseñanzas del trabajo con Francine en lo que se refiere a la cura analítica de los psicóticos, pero sería peligroso precipitarse a considerarla característica. En efecto, el tratamiento siguiente, el de Karim, demuestra ser completamente distinto en la mayor parte de sus aspectos. La comparación entre ambos resultará más rica que la tentativa de tomar a uno u otro como referencia. La carencia del fantasma fundamental propia del sujeto psicótico induce en su tratamiento analítico una diversidad sin comparación con la observada en la cura de los neuróticos.

B. El tratamiento de Karim

Si hubiera que calificar el elemento dominante en la presentación de Francine, se podría mencionar una simpatía afectada, infantil e inconsistente; por el contrario, Karim se manifiesta como un ser trágico en quien todo es extremo: la desesperación, la violencia, pero también la inteligencia. Es comprensible que los estilos de tratamiento difieran.

Karim me es remitido por uno de sus amigos, en 1985, porque ambos se niegan a aceptar un diagnóstico de psicosis. Como el amigo en cuestión ha tenido noticias de mi trabajo sobre las locuras histéricas,¹⁵ supone que yo no caería en el mismo error. Karim me escribe desde una clínica para estudiantes donde es atendido. Desea un en-

15. J.-C. Maleval. *Folies hystériques et psychoses dissociatives*. París, Payot, 1981.

cuentro conmigo, o bien con "gente que tenga la misma posición". Precisa que carece de recursos y que sus padres, que hasta ahora han podido ayudarlo, quieren volver a Argelia, mientras que él no puede hacerlo debido a su estado y a su educación francesa. "Me siento muy mal –escribe–, usted representa para mí, quizás, una de mis únicas oportunidades para salir del universo psiquiátrico donde me encierran las teorías psiquiátricas actuales."

Durante la primera entrevista, se refiere insistentemente a que su infancia transcurrió en un barrio de barracas de las afueras de París. Fue uno de los pocos de su generación que obtuvo el bachillerato.

Muy dotado para las lenguas, habla varias de ellas. Tiene grandes facilidades para los estudios, pero sus trastornos le impiden proseguirlos. Su principal queja se refiere a una dolencia que experimenta en el testículo izquierdo, por la que corre peligro de perderlo: ¿no se estaría desarrollando un cáncer? Por otra parte, desde las primeras sesiones expresa una temática edípica no reprimida: tiene ganas de matar a su padre, con quien siempre ha mantenido relaciones muy difíciles, mientras que tiene sentimientos incestuosos respecto a su madre. Además, se siente atormentado por un enigma sobre su bisabuelo paterno. ¿Por qué habría sido condenado por su familia a ser ejecutado y castrado? ¿Qué había hecho? ¿Había matado a su mujer? ¿A su propio padre? Había perdido su apellido cuando abandonó Argelia para dirigirse a Marruecos. Se había visto obligado a adoptar el nombre de su madre. Karim no sabe por qué, y no deja de pensar en el drama de este hombre, a quien califica de "deudor eterno". Más tarde se comprobará que esta historia fantástica es un producto de su imaginación, de manera que traduce, sobre todo, un sentimiento de carencia en relación con la transmisión de la función paterna –lo que no deja de recordar al misterioso "asesinato de almas" que tuvo lugar entre los ancestros de Schreber, "mucho tiempo atrás", escribía éste, "quizás en el siglo XVIII"¹⁶.

Karim llevó a cabo un análisis durante dos años con un analista de cierto renombre. La cura se había interrumpido ocho años atrás debido a un pasaje al acto por su parte: en un estado de crisis, fuera de control, se desestabilizó, se arrojó a los pies del analista y le dijo:

16. D. P. Schreber, *op. cit.*, pág. 35.

"Mátame". A consecuencia de ello, su analista llamó a un psiquiatra para hospitalizarlo. A pesar de la demanda de Karim, el analista no quiso proseguir la cura. Desde entonces varios analistas lo han rechazado de la misma forma. A la espera de poder encontrar trabajo, me suplica que lo acepte en análisis, dispuesto a ponerse de rodillas para conseguirlo. Pero, en lo que se refiere al dinero, tiene lo justo para pagarse el tabaco, y carece de todo otro recurso; más tarde sabré que sus principales recursos los obtiene "birlándoselos a los franceses". Le pregunto cuánto podría pagar por sus sesiones. Propone una cantidad mínima, que acepto.

Durante las primeras entrevistas, insiste mucho en una escena de su infancia en la que, mientras se encontraba escondido tras unas cortinas, comiéndose las uñas, había visto a su padre afeitándole el pubis a su madre. Más tarde, volviendo a pensar en ello, él se superpone a su madre, como si al mismo tiempo su padre le estuviera cortando el pene. Por otra parte, cuando se masturba, imagina ser la mujer que desea. En lo referente al sexo de las mujeres, dice: "No salgo de mi asombro, aunque sé que no hay nada que entender. Me da la impresión de que tienen el sexo de un hombre". Hay una frase notable para expresar su confusión y sus dificultades en lo relativo a la identidad sexual: "Algo falta en mi cabeza entre las piernas de las mujeres". Añade que la sexualidad lo descoyunta, y que si su padre puede tener erecciones, él no puede tenerlas. Así, se concibe a sí mismo, en ocasiones, como un falo flácido. En su infancia le habían enseñado varias veces que tenía que sujetarse el pene para orinar, pero él no lo hacía, prefiriendo hacerlo sentado como una niña.

Karim describe una relación incestuosa y ambivalente con el Otro materno. Hasta la edad de 13 años, había dormido con su madre. Ésta, no sólo lo lavaba, sino que no se podía duchar sin él. Le pedía que le frotara con una esponja los senos, las nalgas y el resto de su cuerpo. Siempre quería que "continuara". "Me pedía que la tocara", afirma en la actualidad. Entre los 7 y los 10 años, cuando su madre decía algo que le desagradaba, tomaba carrerilla en el pasillo y se lanzaba contra la pared para golpearla con la cabeza, mientras gritaba que quería suicidarse. La madre replicaba: "Continúa". Después de esto, trataba de hundirse un tenedor en el cuerpo, o bien comía tierra. Tras uno de sus intentos de envenenamiento, tuvo miedo de que su pene se hubiera retraído al interior del vientre. Además, su madre le prohibía ir a jugar

con sus hermanos reclamándolo siempre junto a ella.¹⁷ De esta forma, con frecuencia se veía obligado a acompañarla a distintos médicos, debido a diversas dolencias físicas. Pero como su madre sólo hablaba árabe, le correspondía a él traducir sus quejas: así es como –creo él– aprendió francés. Entregarse a una mujer, repetía en diversas ocasiones, constituye el supremo horror. A menudo me reprochará que yo me planteo esto como una finalidad, y a veces me confunde con su madre o se confunde él mismo con ella.

La relación especular se actualiza en múltiples oportunidades a lo largo de los nueve años del tratamiento analítico, de tal forma que Karim encuentra en el analista a veces una imagen ideal, otras veces una imagen repulsiva. “Me gustaría eliminarlo –me dijo bastante pronto– y al mismo tiempo usted cuenta demasiado para mí.” La mayor parte de sus recriminaciones contra mi persona podrían reducirse a una sola, aunque nunca fuese formulada: querer hacerlo a mi imagen y semejanza, un francés conformista, incluso racista. Sin embargo, más allá del yo especular, a menudo se revelaba, en momentos de una angustia extrema, una figura todavía más terrorífica, la del Otro gozador, que sólo quedaría satisfecho con su castración. “Me encuentro frente a usted como ante un tribunal –afirma en los primeros meses de la cura–. Mi crimen consiste en ser árabe, y la sentencia ya está pronunciada de antemano: cortarse las cojones.” Las dos problemáticas más manifiestas del tratamiento de Karim se encuentran, pues, correlacionadas en esta última frase: la cuestión de la identidad, en particular la identidad étnica, y el sufrimiento que experimenta en su cuerpo en el testículo izquierdo.

Karim interpreta enseguida este síntoma como una castración que le ha sido impuesta por los franceses debido a su situación de inmigrante.¹⁸ Pero si bien esta explicación es la que se da a sí mismo más a menudo, no siempre lo satisface. “Mi síntoma –dice– rehúye la palabra, pasa directamente del cerebro a mis cojones sin ser simbolizado, expresa la voluntad de una pérdida incomprensible y me convierte en un cojón blando.” Otras veces, lo considera “una forma de castigarse por haber querido traicionar la cultura árabe-islámica”. Durante el

17. Es el último hijo varón de una fratria de siete: los dos últimos son mujeres y lo preceden cuatro varones.

18. Llegó a Francia a la edad de 2 años.

quinto año de tratamiento, emerge una nueva forma de entender su trastorno: descubre que, a pesar del horror que le produce, no carece de cierta utilidad: “Cuando siento miedo de no tener ya sexo, el dolor me tranquiliza, porque demuestra que sigue ahí. Mi síntoma es una forma de hacerme ayudar, es una muleta en la que me apoyo. Este dolor me permite existir, de lo contrario estallo. Me ayuda a contener mi cohesión cuando noto que mi identidad se va. Con mi síntoma, produzco una diferencia, no soy como los demás, es algo propio de mí, constituye una tentativa de establecer una separación entre nosotros”. La fineza de los análisis de Karim llegan lo más cerca posible de la estructura. Subraya que su testículo doloroso, que por este mismo motivo queda destacado, contribuye a sostener su identidad. Aunque lo hace de forma imperfecta: se trata de un retorno de goce en el cuerpo, que se produce mediante una inscripción significativa sostenida por un puro S_1 , es decir, por un significante único y no articulado, de tal manera que el sujeto se encuentra petrificado debajo de él.

En este fenómeno, Karim revela encontrarse sujeto al discurso del Otro, del que no se puede escapar mediante el recurso de un sujeto dividido por el significante. Él lo experimenta de esta forma con toda claridad y trata de defenderse de ello: “Tengo la impresión de que mi testículo está aquí entre nosotros, nos separa y nos reúne, es mío y es suyo. No quiero seguir perteneciéndole, ya no quiero ser un colador de sus ideas. Tengo la impresión de que quiere que sea como usted, que adopte todos sus valores. No tengo interioridad, espacio personal, no puedo conservar nada. Pongo mi cuerpo en juego en la relación: entre usted y yo, mi testículo”. Su ser se encuentra atrapado en la cadena significativa, algo que él expresa con un fórmula chocante: “Soy como un pelo en la sopa en este mundo, no me inscribo en él”. En consecuencia, se siente atravesado por el discurso del Otro. Es cada vez más consciente de ello en los primeros años del tratamiento. Más de una vez se pone a aullar, sumergido en crisis de angustia paroxística: “Suélteme... déjeme tranquilo... no me hable más... déjeme ir o lo rompo todo”. Muestra encontrarse permanentemente enfrentado con un Otro que no lo suelta: el francés racista omnipotente, su madre que tiene necesidad de él para comunicarse, el analista a quien le responde interiormente sin cesar fuera de las sesiones.

Debido a la ausencia de la falta de ser instaurada por la afánesis del sujeto, se siente como si no tuviera interioridad y se pierde en las imá-

genes de los otros. "Soy de derechas con alguien de derechas, de izquierdas con un comunista, cristiano con un cristiano, musulmán con un musulmán... Cuando veo a una mujer deseable, me quedo colgado de ella. Trato de pegarme a los demás para que no sean peligrosos. Siempre estoy buscando un portavoz, porque temo asumir lo que digo: después hay que sostenerlo, y eso me da miedo." Debido a la carencia de la función del rasgo unario, sus identificaciones no tienen base, de tal forma que se encuentra entregado a un mundo de imágenes donde busca una identidad que es incapaz de encontrar: ¿es francés, argelino, árabe o judío? No deja de hacerse preguntas. En dos ocasiones rompe su carné de identidad durante la sesión. Cuando hace gestiones para obtener el estatuto de apátrida, durante el tercer año del tratamiento, sin duda es porque capta que la respuesta es algo que únicamente se esboza más allá de toda imagen. Por otra parte, va poniendo a prueba sucesivamente cada una de las otras hipótesis. Le reprocha mucho a su primer análisis haberlo orientado hacia la identidad judía, al igual que yo lo habría orientado hacia la identidad francesa. A menudo trata de optar por no ser nada de todo ello situándose como "intermediario".* Sólo al final del tratamiento afirmará haber encontrado "una base musulmana": en adelante, pondrá sus esperanzas en el Islam, se esforzará por seguir la *sharia* y descubrirá modelos paternos estimables en Faisal de Arabia y en Mohamed V.

A posteriori, la cura de Karim da la impresión de haber encontrado una lógica basada en la elaboración progresiva de una separación. En los primeros tiempos, hubiera querido estar pegado a mí para que nada nos diferenciara. Los periodos de vacaciones constituían duras pruebas, a lo largo de las cuales a veces necesitaba hacerse hospitalizar. Trataba, me decía, de crear una identidad entre nosotros. Pero esto mismo se le impone cuando se sentía aspirado por lo que yo le decía, o cuando tenía la sensación de estar mirándose a sí mismo cuando me miraba. En su lenguaje crudo y violento, expresaba su búsqueda de fusión en los siguientes términos: "Usted es fuerte, omnipotente, me gustaría que me diera por el culo para que su polla salga por la mía y la virilice". Tuvo fantasmas parecidos respecto a su padre, a quien se

* En francés, *intermédiaire* puede significar tanto "intermediario" (sustantivo) como intermedio (adjetivo). [N. del T.]

hubiera querido "pegar" para que lo "virilizara". "Entre una chica agradable y usted —afirmó en el segundo año de la cura—, no hay problemas de elección; es terrible estar pegado de esta forma a un hombre, sobre todo cuando uno no es homosexual." En este mismo periodo declaró: "Sólo vivo los días que vengo a verlo". El vínculo transferencial manifiesta ser particularmente intenso: Karim no falta a ninguna sesión, nunca llega tarde, sigue las peregrinaciones de mi despacho de una ciudad a otra, mientras que afirma sentir por mí persona paroxismos tanto de amor como de odio.

Es un hecho manifiesto que el análisis produjo la entrada de un nuevo objeto de goce en el campo de su realidad, pero la estructura de Karim no le permitía encontrar un enganche en el lugar del Otro por medio de ese semblante de objeto *a*. Su única modalidad posible de relación con el objeto consistía en tenerlo "en el bolsillo", de acuerdo con la expresión de Lacan; de ahí la tentativa de fusionarse con el analista y de considerarlo un doble. En efecto, la búsqueda de fusión es correlativa de un rechazo absoluto de toda puesta en juego de la pérdida de un objeto de goce. Como me confiesa tras varios años de tratamiento: "Antes morir que perder algo, eso es lo que me digo a menudo... Antes morir que aceptar una ayuda que venga de usted, esto es lo que pensaba hace ya mucho tiempo, por esta razón lo interrumpía cuando me hablaba, o me negaba a escucharle. Sin embargo, acudo a las sesiones, y si vengo es, ciertamente, porque espero algo de usted. Aquí hay una contradicción, una paradoja que me resulta muy penosa".

A pesar de su apego, pero también debido a él, el odio fue predominante, con la mayor frecuencia, en sus dichos. Desde el segundo año, entre otras amenazas llegó a proferir la de venir armado y pegarme un tiro entre los ojos.¹⁹ Sin embargo, por esa época era sobre todo la amenaza de suicidio la que persistía durante largos meses, sesión tras sesión. Más valía morir que soportar lo que él soportaba: el racismo, el dolor en el testículo, una vida vegetativa, ausencia de identidad, la autointerdicción de los deseos... advirtió a su familia que debía prepararse para su desaparición en los próximos meses. Al parecer, esta acen-

19. A este respecto, siempre escuché sus amenazas de muerte como exageraciones enfáticas, lo cual me permitió proseguir el tratamiento sin excesiva inquietud.

tuación de los sentimientos depresivos fue determinada en gran parte por el descubrimiento de que le era imposible seguir orientándose hacia la fusión como modalidad de relación. "No puedo fusionarme – constataba–, pero la distancia me hace sufrir demasiado, nada me puede consolar."

Poco a poco, sale con sorpresa y con dolor de lo que él llama un "imaginario de copertenencia": descubre que yo no pienso como él y que no lo sé todo. Cuando consigue un pequeño trabajo y le aumento el precio de las sesiones, lo acepta haciendo el siguiente comentario: "Usted tiene sus cuentas, yo tengo las mías. Tendré que administrar mi dinero, hasta ahora no me había ocupado de ello". Más tarde, por su propia iniciativa, me pide aumentar de nuevo el precio de la sesión. Sus comentarios dan a entender que esta demanda se basa en una tentativa de proponer un objeto de satisfacción al goce del Otro para que éste no apunte a su ser. Por otra parte, mientras que sus preguntas sobre los orígenes del linaje paterno caen en el olvido, empieza a considerar con inquietud "un fin de ruptura" en el tratamiento analítico. Me predice que yo lo dejaría caer como lo había hecho su anterior analista. En efecto, a continuación iba a emplearse a fondo para que esta predicción se realizara, tratando de satisfacer así al Otro gozador que se había revelado en el lugar del analista al retirarse la imagen especular.

Entonces me reprocha que le toco los cojones y que no lo reconozco en su especificidad. "Usted quiere limitarme incitándome a casarme, haciendo que no frecuente a prostitutas, y obligándome a sentirme culpable de haberle quitado dinero a los franceses. No quiere que sea rico y feliz. Limita usted mi libertad decidiendo el final de las sesiones y obligándome a pagárselas cada vez más caras." Por otra parte, muchas veces me ofrece su castración y/o su muerte como el mejor regalo que un árabe puede hacerle al francés racista que él supone a veces que soy. En otras ocasiones considera que el análisis sólo le sirve para reafirmar su decisión de morir, hasta tal punto que me pide ayuda para ir en esta dirección. Entonces le exijo que tire los medicamentos que ha acumulado para destruirse. "Es un esfuerzo muy grande –me responde–, no sé si podré hacerlo." En la siguiente sesión me asegura, sin embargo, que lo ha hecho. Aunque mintiera, no es menos cierto que esta intervención estaba justificada, aunque más no fuese para manifestar el deseo del analista, orientado hacia el sostenimiento de la cura. Se trataba, por otra parte, de no aceptar que él se redujera a un

objeto sacrificial, y esto es lo que hice oponiéndome a su convicción de acuerdo con la cual yo quería gozar de su caída.

Lo más difícil a lo largo de esta cura fue no interrumpirla por la extrema ambivalencia de los sentimientos transferenciales del paciente. Gritos, insultos, amenazas, dominaron gran número de sesiones en las que surgían también, a pesar de todo, momentos de lucidez y de un fino análisis de la transferencia. En ocasiones, él mismo se sorprendía de que yo pudiera soportar la forma en que me trataba sin interrumpir la cura, y halagaba mis cualidades profesionales; mientras que, a la sesión siguiente, me convertía en un racista inepto que merecía ser eliminado por la maligna manipulación que ejercía sobre su persona.

La necesidad de producir una separación parece haberse ido imponiendo cada vez más a lo largo de los últimos meses de tratamiento. Entonces se produjo una escalada de comportamientos que parecían destinados a hacerme interrumpir el trabajo. Empezar y terminar las sesiones se hizo muy difícil. Karim se negaba a entrar en el despacho, y luego se negaba a salir. Permanecía mucho tiempo en la sala de espera, quejándose o profiriendo amenazas, sabiendo que lo que decía se oía en mi apartamento, donde se encontraban los míos. A veces desplazaba los muebles del despacho con el fin de levantar un muro entre él y yo. O abría una ventana gritando que iba a arrojarse por ella desde el quinto piso. Ya sólo pagaba sus sesiones con dificultad. Con más frecuencia que antes, reclamaba un enfrentamiento físico conmigo para demostrar que no me tenía miedo. Esto último llegó a resultar inquietante un día que blandió una silla sobre mi cabeza, hasta tomó de encima de mi mesa un cortapapeles para suicidarse o matarme.

Sin duda, tardé demasiado en poner freno a sus desbordamientos, en parte porque me parecían una afirmación positiva de su diferencia, en parte porque la violencia exacerbada de sus reacciones frente a cualquier expresión de una prohibición me llevaba a contenerme. Cuando le exigí que dejara los objetos peligrosos, silla y cortapapeles, pues de lo contrario daría por terminada la sesión, estalló en una crisis de furor, pero lo aceptó. Todo indica, a pesar de su reacción inmediata, que tales intervenciones lo apaciguaban más que el hecho de dar libre curso a la corriente de sus asociaciones centradas en sentimientos de persecución.

De entre sus medidas de desafío, la más difícil de contener era la que consistía en no querer salir de mi consulta. Cuando mi persuasión

y mi paciencia llegaban al límite, abandonaba yo mismo el consultorio, en el que él no permanecía mucho más tiempo. Pero dos meses antes del final de la cura se produjo una escena que, sin lugar a dudas, fue decisiva. Aquel día, al final de la sesión, Karim salió de la consulta vociferando y se instaló en la sala de espera, decidido a no abandonarla y a seguir diciendo cosas poco agradables sobre mi persona. Entonces, el analizante siguiente, sin duda algo inquieto, se precipitó dentro del consultorio, mientras que, a pesar de mis demandas reiteradas, Karim se negaba a salir. Entonces me encontré en la delicada y desagradable situación de tener que llevar dos sesiones al mismo tiempo. Es algo que no soporto. Abrí la puerta de entrada, agarré a Karim por los hombros mientras él gritaba: "¡No me toque!". Lo eché afuera, repetí en un tono exasperado: "La sesión ha terminado", y luego di un portazo. Por supuesto, un gesto así no fue el resultado de ninguna reflexión. A posteriori, me parece que lo que me guió fue la intención de oponerme de nuevo a una de sus múltiples tentativas de obligarme a interrumpir la cura. A pesar de las apariencias, el hecho de echarlo, sin mostrar rechazo, para marcar el fin de una sesión y no la interrupción del análisis, contrariaba su tendencia a convertirse en el resto de la cura al servicio del Otro gozador. Sin embargo, después de esta intervención, no dejé de temer una venganza por su parte. Pero no sólo no ocurrió nada parecido, sino que a la siguiente sesión resultó estar muy calmado y aportó nuevo material. Entonces me presentó a su padre como un hombre valiente, trabajador y humano, no como el pobre inmigrado que trataba mal a sus hijos, que era como casi siempre lo había descrito; por otra parte, Karim se refirió a su esperanza de haber encontrado en el Islam lo que le faltaba, convicción que a continuación fue adquiriendo fuerza paulatinamente.

Algunas semanas más tarde, Karim propuso reducir la frecuencia de las sesiones de dos a una por semana, a lo que yo me negué,²⁰ y poco después quiso interrumpir el tratamiento, cosa que acepté. Al parecer, de esta forma fue posible dejar que se marchara sin dejarlo caer. Unos veinte días después, vino a saldar una pequeña deuda, y me dejó una carta que terminaba así: "Hasta la vista". En esta carta me agradecía

20. Con el fin de empujarlo a tomar una verdadera decisión: proseguir el trabajo o interrumpirlo.

que hubiera aceptado poner fin a la cura. Desde entonces, no he tenido demasiadas noticias de él.²¹

¿Por qué trató Karim de poner en acto una separación real en la última fase del tratamiento, obligándome primero a echarlo y decidiendo luego interrumpir la cura? Es cierto que, al final de nuestro trabajo, parecía haber encontrado en el Islam significantes adecuados para enmarcar el goce y para proporcionarle ideales con los que orientarse. De todas formas, hay que resaltar la importancia de una demanda que se había producido poco tiempo antes: la de que yo le proporcionara la dirección de un analista árabe, supuestamente capaz de comprenderlo, algo que sería imposible con un analista francés. Constantemente enfrentado, en aquel periodo, con sus afirmaciones insistentes sobre mi incapacidad para dirigir la cura, yo había aceptado procurarle esa dirección. Karim fue a ver al analista, que le produjo una excelente impresión, pero que declinó tomarlo en tratamiento.

Una observación de Karim, planteada ya en la primera sesión, me parece que esclarece en parte esta demanda de un analista árabe, así como la conclusión de la cura. Había advertido que yo compartía consultorio con alguien cuyo nombre tenía resonancias judías; él no me ocultó que esto le planteaba un problema. Además, en repetidas ocasiones me había reprochado encarnar los valores de la sociedad francesa y querer imponérselos negando su arabidad. Al final del tratamiento se comprobó que, tras diversas tentativas, la suplencia que había elegido construir la elaboró con los significantes del Corán. Ahora bien, resulta imposible imaginar que yo pudiera dárselos, incluso que yo pudiera apoyarlo en esta orientación. Él se mostró muy discreto en lo referente a su conversión al Islam. Debido a su fantasmática, como ya me había indicado en la primera sesión, no podía otorgarme la posición de sostener los significantes del ideal. En consecuencia, a falta de poder

21. Seis meses después del final de tratamiento, Karim me telefoneó para decirme que creía que iba a poder darme buenas noticias dentro de algún tiempo, en particular sobre su situación profesional. Quiso saber si yo estaba molesto por su partida, mostrándose preocupado por tal posibilidad. Pareció tranquilizarse cuando le dije que, en caso de que él me lo pidiera, aceptaría volver a recibirlo. Al cabo de un mes me hizo saber, mediante otra llamada telefónica, que ya no quería tener nada más que ver conmigo, que tenía que dejarlo ir. ¿Quizás me equivoqué al no confirmar con más firmeza la separación cuando se produjo la primera llamada?

quedar situado en *I*, y a pesar de algunas tentativas por su parte, mi posición en la transferencia se decantó hacia *M*: de ahí el predominio en la transferencia de la erotomanía mortificante.

Faltan elementos para apreciar con precisión el efecto terapéutico de esta cura, pero es indiscutible que se produjo una clara modificación de la posición subjetiva de Karim, gracias a una separación pacificante solicitada por él mismo nueve años después de haber afirmado: "Me apoyo en usted, usted es una muleta, haría cualquier cosa por evitar la separación: me pondría de rodillas, me haría cortar un brazo... Es usted la última persona con quien rompería".

Al parecer, la cura llegó a conseguir en este caso una cierta subjetivación de la decisión de separarse del Otro.²² A posteriori, todo lleva a considerar que la condición principal requerida para que esta separación se pudiera producir era no aceptar que Karim se dejara caer tratando de encarnar un objeto sacrificial adecuado para el goce del Otro. Atemperar este goce supuso, en gran parte, oponerse a todos sus intentos de convertirse en resto de la cura, ya sea suicidándose, ya sea obligándome a rechazarlo.

C. Transferencia psicótica y dirección del tratamiento

La comparación de las curas respectivas de Francine y de Karim revela, de entrada, grandes diversidades en la manifestación de la transferencia y en el resultado de los tratamientos. Para empezar, podemos plantear una distinción principal entre aquellas curas en las que el analista no está incluido en un delirio, y aquellas otras en las que se desarrolla lo que Lacan llama una "erotomanía de transferencia".

22. Cinco años después de terminar la cura, Karim me dio algunas noticias. Su orientación respecto a los significantes del Islam no había seguido adelante. Llevaba una vida solitaria, entre pequeños trabajos y recursos obtenidos de los servicios sociales. No se sentía satisfecho, pero conseguía mantener sus angustias a un nivel soportable.

Esta soledad deseada, concebida como necesaria para evitar la persecución, constituye probablemente el principal producto de la cura. En efecto, en el sujeto psicótico a veces la salida consiste en la producción de una soledad aceptada como una forma de mantener al Otro a distancia, a costa de una mortificación del deseo.

En estas últimas, como la de Karim, se asiste a una aparición del goce en la escena de la transferencia. A consecuencia de ello se actualiza una paranoia difícil de dirigir, en la que el sujeto se vive a sí mismo dolorosamente como objeto de goce del Otro. El "odioamoramiento" se manifiesta de forma extrema: se proyectan en el analista imágenes idealmente buenas y extremadamente malas. Karim me percibía a menudo como un francés racista, un antiguo torturador en las colonias, que gozaba de los sufrimientos que le infligía; mientras que, en otros momentos, podía afirmar que confiaba en mí, seguro de que yo no tenía voluntad de destruirlo. El delirio es un universo siempre parcial, junto al cual subsiste una función yoica, más o menos desarrollada, que permite considerarlo a distancia. "He construido un monstruo que me priva de todo -afirmó Karim en el último año del tratamiento-, pero tengo dudas, de otra forma no seguiría viniendo"; y también: "Sé que usted no tiene nada contra mí, y sin embargo tengo la impresión de que me lo prohíbe todo". Pero no sirve de nada tratar de apoyarse en esta parte del yo que la *ego-psychology* considera sana, porque demuestra ser incapaz de afectar al delirio. Los principales cambios que se producen en el delirio sólo tienen lugar mediante una elaboración interna, no a partir de un examen crítico exterior. Sin duda, cuando el delirio cae, a posteriori el yo puede juzgarlo negativamente y rechazarlo, pero el origen de las ideas delirantes no se encuentra en los razonamientos.

Incluso en los momentos de paranoidización más intensos, Karim no dejaba de pedir una escucha, insistiendo a menudo en que ésta fuera silenciosa. Lo que reclamaba, explícitamente, no era un interlocutor; quería un testigo. Nótese que por lo general un testigo es convocado para que se haga justicia, pero no es él mismo quien la administra. Aunque sí contribuye a un apaciguamiento de los fenómenos de deslocalización del goce cuando sabe situarse en el polo opuesto al de la presencia angustiante de la voz, la que se presentifica en las alucinaciones. En estas circunstancias, el analista debe dedicarse, con su silencio, a ocupar un agujero en lo simbólico, con el fin de ayudar al psicótico a sostenerse a pesar de la falta del sentido. Cuando no lo hace y el sujeto se encuentra sometido a múltiples interpretaciones. Entonces, si no interrumpe la cura, suele demostrar que se ha producido un mal encuentro capaz de alimentar sentimientos de persecución.

Una analista kleiniana, Hanna Segal, relata –sin que ello nos cause ninguna sorpresa– que uno de sus pacientes vivía el análisis como una “amenaza terrible”, sintiendo en algunos momentos “cada interpretación como un ataque del que tenía que protegerse a toda costa”, y además “deploraba los efectos destructivos que producía la comprensión analítica sobre sus propias operaciones y sus poderes”.²³ Calificaba las interpretaciones de “sabotaje” y “podía convertirse en alguien muy sádico cuando sentía amenazado su control de la sesión”. Esta breve observación clínica es ejemplar de lo que se produce cuando el analista se sitúa como el que posee el saber, en el lugar de un Otro no barrado; entonces, en todos los casos, se le supone gozar,* porque realiza la imagen del perseguidor que sobre él se proyecta, corriendo así el riesgo de generar, como ocurrió en este caso, un pasaje al acto peligroso.

¿Debería sorprendernos que, en otra cura de un psicótico, la misma analista constate de nuevo estos efectos? Edward, dice Segal, rechaza sus interpretaciones, que experimenta “como castraciones efectivas”;²⁴ en consecuencia, dice ella misma, o bien las separa y las aísla, de forma que son toleradas por la conciencia pero no tienen ninguna utilidad, o bien las suprime de forma mágica, mediante un no consciente o inconsciente.²⁵ Tras cuatro años de análisis, también en este caso –aunque el paciente había mejorado– la dirección de la cura provoca un pasaje al acto: “interrumpió el tratamiento en un movimiento hipomaniaco”.²⁶ A la encarnación desafortunada del Otro del Otro, asumida en este caso por Segal, hay que oponerle la del testimonio, situada por C. Soler como otro Otro,²⁷ es decir, un semejante que se borra para que el sujeto pueda encontrar un lugar vacío al que dirigirse* y donde, al situar allí su testimonio, se recompone. Aunque no

23. H. Segal, “D’un système délirant comme défense contre la résurgence d’une situation catastrophique”, *IJP*, 1972, 53, págs. 393-401.

* *Il est supposé jouir*, evoca la fórmula *sujet supposé savoir*. [N. del T.]

24. H. Segal, “Quelques aspects de l’analyse d’un schizophrène” (1950), en *Délire et créativité*, París, Des femmes, 1987, pág. 182.

25. *Ibid.*, pág. 189.

26. *Ibid.*, pág. 189.

27. C. Soler, “Quelle place pour l’analyste?”, en *L’Expérience psychanalytique des psychoses. Actes de l’École de la Cause freudienne*, París, junio de 1987, pág. 30.

* *Un lieu d’adresse vide*. [N. del T.]

quería escuchar demasiado mi voz, Karim me afirmaba que “en esta sociedad” yo era “su único interlocutor”, y la misma situación se mantuvo durante toda la cura. Cuando permanecemos en una posición de testigo, se pone de manifiesto que la presencia de un otro puede conseguir enmascarar el enigma angustiante del deseo del Otro. De ello se deduce que hay que evitar la práctica de las interpretaciones ambiguas.

La observación de Searles, basada en una gran experiencia de curas con psicóticos, según la cual “la relación simbiótica madre-bebé tiende inevitablemente [...] a ser vivida en la relación transferencial”²⁸ no carece de cierta pertinencia. Los primeros movimientos de los tratamientos en los que se despliega la erotomanía de transferencia parecen suscitar a menudo un refuerzo de las defensas psicóticas que incitan al sujeto a buscar una fusión con el objeto. Es lo que describe Segal en uno de sus pacientes, mencionado más arriba, como la tentativa de recrear en la primera parte del análisis una existencia completamente intrauterina. Lo mismo se producía cuando este paciente llevaba a cabo lo que llamaba “la operación mamá”, durante la cual vivía con esta última “una relación intensamente erotizada de mutua idealización”. Iban juntos de vacaciones en lo que llamaban “nuestras lunas de miel”, bebían y bailaban juntos toda la noche (aunque la madre tenía más de 80 años), etc.²⁹

Karim quería conseguir una fusión semejante con el objeto primordial del goce, unas veces con su madre, otras con su padre, otras con el analista. “Busco la fusión como forma de relación –afirmaba durante los primeros años de la cura–, no me puedo consolar del hecho de no poder fusionarme. Me gustaría adherirme a mi madre, ser su falo, ser como un hongo pegado a su árbol y no tener que seguir existiendo por mí mismo.” En otra ocasión, sostuvo que era la distancia respecto a su padre la que hubiera querido abolir; luego dudó sobre si hubiera preferido adherirse a uno o a otro de sus padres. Un día se decidió por el padre, pero poco después habló de volver al vientre de su madre. Más adelante en el tratamiento, después de haber amenazado al “sucio galo

28. H. Searles, “Les sentiments positifs entre le schizophrène et sa mère” (1958), en *L’Effort pour rendre l’autre fou*, op. cit., pág. 139.

29. H. Segal, “D’un système délirant comme défense contre la résurgence d’une situation catastrophique”, *IJP*, 1972, 53, págs. 393-401.

cobardé y sin cojones”, afirmó que la “psicoterapia” se sostenía sólo porque, aunque él sabía que era una idiotez, conservaba la esperanza de contar con una Madre nodriza que lo tomara a su cargo. Quería adherirse a mí, no tener cojones, no ser independiente: en suma, decía, “seguir siendo un bebé con 30, 40 o 50 años”. Su explicación de la búsqueda de una fusión se mantuvo constante: se trataba de obtener un apoyo estabilizador. “Trato de ser una copia fiel de los otros para no ser responsable.” Al término del tratamiento, constató: “Trataba de pegarme a los demás para que no resultaran peligrosos. Toda forma de independencia, como tener éxito en mis estudios, hubiera sido demasiado angustiante”.

A pesar de los sentimientos de Karim, a pesar de la opinión de Searles —opinión que, como él mismo advierte, es minoritaria entre sus colegas—,³⁰ la fusión no es en absoluto una forma de relación estabilizadora: instituye una relación especular mortífera. El analista ha de evitar estimularla. Suscita angustias y confusiones que fácilmente conducen al pasaje al acto. En este sentido, la interrupción del primer tratamiento analítico de Karim es ejemplar. Se desnuda y se arroja a los pies del otro gritándole: “¡Mátame!”. Tenemos tanta más base para destacar la ambigüedad de esta expresión [*tu es moi/Tue-moi* (tú eres yo/mátame)] cuanto que Karim, tras instaurar él mismo esta forma de intercambio, había conseguido ser tuteado por su analista. Además, este último le había dado a leer *Los cuatro conceptos fundamentales de psicoanálisis*, y Karim se había dejado barba para parecersele. Entonces, basta con una intervención desafortunada, tendente a autentificar una identidad imaginaria opuesta a la arabilidad, para que estalle una relación especular que se había convertido en algo insostenible. Frente a la figura de perfección que para él constituía el analista, no podía encontrar ningún lugar donde situar su falta en el campo del Otro; cuando los espejos se rompen, ya no ve en el Otro sino una voluntad de goce maligna a la que trata de satisfacer identificándose con el objeto caído.

30. Según la experiencia de Searles, que como él mismo advierte “se opone a las de Reichard y Tilmann, de R.W. y T. Lidz, de Limentani y de muchos otros”, se trata de aceptar el desarrollo de la dependencia simbiótica, incluso de favorecerlo (H. Searles, “L'effort pour rendre l'autre fou. Un élément dans l'étiologie et la psychothérapie de la schizophrénie”, en *L'Effort pour rendre l'autre fou*, op. cit., pág. 182).

Cuando se ha desarrollado la transferencia erotomaniaca, la posición de testigo ocupada por el analista, aun siendo necesaria, revela no ser suficiente en todas las circunstancias para dirigir la cura del psicótico. Para limitar el goce no sometido a la regulación fálica, a veces se impone una intervención. Ciertamente, es algo que no se puede programar. Requiere aprovechar el momento propicio. En diversas ocasiones a lo largo del tratamiento de Karim, sucedió que tuve que detener un goce mórbido del cuerpo: le pedí que tirara las medicinas almacenadas para suicidarse; no acepté que se golpeará con fuerza la cabeza contra la pared o contra el suelo, diciéndole que la persistencia de su comportamiento supondría la interrupción de la sesión; me negué a que fumara en mi presencia, sabiendo que consideraba el tabaco, el café y los medicamentos, que consumía en grandes cantidades, como sus “drogas”. Cuando los fantasmas relacionados con el asesinato de su padre o de algún francés se hicieron extremadamente insistentes, le hice saber que el tratamiento no podría continuar si ejecutaba un acto semejante. Al igual que las precedentes, esta intervención le pareció una muestra de autoritarismo arbitrario y monstruoso. Finalmente, en los últimos meses, tuve que poner límite a una exacerbación de sus amenazas y de sus insultos, ya sea interrumpiendo la sesión, ya sea haciéndole salir físicamente de la sala de espera.

La cura de Karim no siempre estuvo dirigida en función de la maniobra de transferencia descrita al final de este trabajo: en gran parte necesité aprenderla con él. En lo que a esto respecta, los errores están cargados de enseñanzas. Uno de ellos consistió en tratar de calmar —muy torpemente— sus temores respecto a la influencia tiránica que podría llegar a ejercer sobre él una mujer con la que se disponía a tener una experiencia sexual. Resulta corriente hoy día, le dije, que las adolescentes tengan aventuras sin que de ello resulte un matrimonio. A lo largo de los tres últimos años del tratamiento, Karim me reprochó tan a menudo esta intervención, insistiendo en su carácter desestabilizador, que me hizo entender hasta qué punto había sido inadecuada, al no estar orientada hacia un límite del goce sino, por el contrario, hacia una legitimación de lo que él mismo veía como el goce desatado de algunas mujeres. Por otra parte, más de una vez me ocurrió que tuve que desmarcarme de la figura del Otro gozador que supuestamente le prohibía todas las mujeres, incluso las prostitutas, asegurándole que no era así en absoluto. Pero esta interpretación no sólo permanecía sin

efecto, sino que, en vez de calmarlo, a menudo incrementaba su angustia y sus amenazas defensivas. Una intervención así, al igual que la previamente mencionada, le sonaba como un "todo está permitido". En lugar de hacer desaparecer al Otro gozador, más bien tendía a actualizarlo.

El tratamiento de Francine estuvo mejor orientado, porque se benefició de la enseñanza extraída de los errores precedentes. De todas formas, la forma de atemperar el goce adoptó en este caso otras modalidades. Y esto por una razón principal: la relación transferencial no se desarrolló en un registro erotomaniaco. Sin embargo, el goce deslocalizado manifestaba estar muy presente en ideas parásitas que a veces surgían durante la sesión. En la primera de ellas, surgió un "sucía vaca" que en parte iba dirigido a mí de forma alusiva. Más adelante, de vez en cuando, tenía pensamientos sobre mi sexo, visiones del analista desnudo con pajarita e ideas referentes a prácticas obscenas por mi parte. Pero estos temas fueron perdiendo fuerza hasta desaparecer a lo largo del tratamiento. Entonces Francine me percibía, no ya como un Otro gozador, sino como un consejero tranquilizador cuyas orientaciones le gustaría poder seguir.

La fantasmática de Karim, como hemos visto más arriba, lo llevaba a situarme en *M*, donde se insinúa el Otro gozador; por el contrario, Francine valoraba las profesiones médicas y paramédicas, como lo demuestran sus estudios, su oficio y sus preferencias sentimentales. Ella expresaba con claridad que me situaba en este registro, colocándome insistentemente en *I*, en el Ideal. Este lugar es, sin duda, uno de los más propicios para permitir el desarrollo de la cura del psicótico. Los anteriores terapeutas de Francine no habían conseguido ocuparlo de forma duradera: ni el analista del que se había enamorado de forma algo erotomaniaca, ni un médico imprudente, ni diversos psiquiatras con los que rompió. Uno de éstos la angustió mucho al decirle que, en vez de luchar contra sus ideas parásitas, les diera libre curso. Se comprende por qué interrumpió Francine la relación: ésta, en vez de atemperar el goce Otro, la incitaba a desatarlo. Otro psiquiatra comentó, refiriéndose a los libros pornográficos leídos por su padre: "Cada uno se satisface como puede". Esta intervención, favorable al Padre gozador, fue mal recibida. Además, ella destacaba que quería vivir plenamente el presente, y para ello necesitaba olvidar el pasado, que es cuando leía aquellos libros a escondidas. Todo nos lleva a considerar

conveniente apoyarla en este esfuerzo. Nótese también que cambió de médico cuando éste le aseguró que no debía preocuparse por sus ideas parásitas, ¡porque el inconsciente sabe elegir lo que es bueno para cada cual!

En cuanto al psicoanálisis, ella tenía sus dudas sobre la pertinencia de este tratamiento. Antes de venir a verme, le había pedido a su hermana, quien también había llevado a cabo una cura analítica, si el psicoanálisis era "para lo que está prohibido". La hermana respondió que no entendía la pregunta. A este respecto, Francine opina que el psicoanálisis debería "reforzar la prohibición de las cosas sexuales que no están permitidas", pero constata que, en su caso, durante el primer tratamiento, "tuvo el efecto contrario".

El hecho de que yo sostuviera sus esfuerzos dirigidos a reprimir las ideas sexuales le dio confianza. Mi prudencia en lo referente a sus gestiones con la agencia matrimonial, así como mi reserva sobre si debía o no proseguir con una relajación liberadora de las ideas parásitas angustiantes, responden a la misma preocupación por atemperar el goce. De todo ello resultó que me convirtiera para ella en otro Otro que la tranquilizaba y a quien ella sabía que podía recurrir cuando se sentía en dificultades. Ahora existía en el campo de su realidad una figura ideal pacificadora con la que podía contar cuando era preciso crear una barrera contra el goce no regulado, ya sea llamándolo por teléfono, ya sea convocándolo en su imaginación.

Fenómenos similares se observan en otras curas de psicóticos. Yves Kaufmant relata que la erotomanía de transferencia de Michèle se pacificó al situarse el analista en posición "de *objeto-doudou*".* La paciente tenía la sensación de que el analista estaba constantemente con ella, guiándola en todos los actos de su vida: cuando algo no iba bien, evocaba su imagen, y ésta le decía lo que debía hacer. La misma paciente propuso la siguiente fórmula para situar el fenómeno: "De hecho, es usted mi *doudou*, como el trocito de tela para los niños: cuando los cosas no van, me lo saco del bolsillo; tenerlo conmigo basta para

* *Doudou*: es el término que se usa para designar una variedad de objetos transicionales, o algún juguete (como un peluche) con el que el niño tiene una relación muy especial. En la lengua está presente una connotación erótica, porque en *créole* antillano se usa para designar a la joven amada. [N. del T.]

tranquilizarme y para saber lo que tengo que hacer".³¹ Kaufmant observa con toda pertinencia que en este caso el analista es "imaginado en la situación simbólica de oponerse a lo que enfrenta a Michèle directamente con lo real de su goce". Un paciente de J. Borie parece intentar que su analista desempeñe la misma función, cuando, refiriéndose a su deseo de espaciar las sesiones, incluso de interrumpirlas, revela: "Quizás me bastaría con pensar que se encuentra usted en alguna parte".³²

Segal advierte en términos distintos el esbozo de un proceso algo diferente, y más sutil, cuando cuenta que al final del período de la cura anteriormente relatado, su paciente se esfuerza por introyectar a la analista e identificarla con una parte de sí mismo "que empieza a contener sus propias pulsiones y fantasmas".³³ Sin embargo, la conducción del tratamiento, orientada contra la significantización del goce, basada en el uso de defensas obsesivas, no favorece la emergencia de una figura pacificante de la analista.

Otra cura de psicótico, llevada a cabo en los años cincuenta por William Pious (en la Meninger Clinic de Topeka) sirviéndose de las concepciones de la psicología del yo, permite observar una nueva forma de asimilación imaginaria del analista pacificador. Al principio, en este caso, el fenómeno no parece responder a la lógica de la barrera contra el goce, sino a otra distinta. El paciente sufría de un sentimiento de soledad, de desinterés por las cosas, todo ello asociado con una pérdida del sentido de su identidad, fenómeno este exacerbado durante las ausencias de su analista. Cuando recuperaba sus "sentimientos de realidad", podía mirar por la ventana, ver las cosas sin esfuerzo y sentir que formaba parte del mismo mundo, que reanudaba el contacto con él. El paciente establecía un vínculo entre este sentimiento de realidad y "su capacidad para mantener una imagen mental de su analista. Constataba que cuando conseguía representarse al analista tal como era podía sentirse en contacto con las cosas, mientras que cuan-

31. Y. Kaufmant, "Le symptôme psychotique, de la position psychiatrique à l'éthique analytique", en *Les Psychiatres et la psychanalyse aujourd'hui*, GRAPP, 1988, págs. 216-217.

32. J. Borie, "Construction de la réalité dans la cure d'un psychotique", *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1991, 19, pág. 53.

33. H. Segal, *op. cit.*, pág. 103.

do no lograba conservar una imagen clara de él se sentía, por el contrario, perturbado y obsesionado".³⁴ Cuando el paciente revela que el estado de retracción, opuesto a los sentimientos de realidad, se asocia frecuentemente con un fantasma de succión de su propio pene, se ve que también en este caso la imagen del analista es convocada como una barrera frente al goce. Otro, el goce que no está extraído del cuerpo.

Por otra parte, la mujer a quien amaba también podía servirle, al igual que su analista, como "símbolo de la realidad". Durante las ausencias de esta mujer, a menudo le resultaba difícil conservar el contacto con la realidad. Al localizar el goce fuera del cuerpo, el *partenaire* sexual puede instituir un límite al goce Otro y tener, en consecuencia, una función estabilizadora para el psicótico. Incluso es probable que ésta sea una de las formas de pacificación del goce más frecuentes. Un paciente psicótico, que venía a hacer un período de análisis cuando alguna mujer lo abandonaba, para interrumpir luego la cura cuando volvía a tener pareja, me lo hizo entender claramente cuando insistió en la función equivalente que para él tenían sus mujeres y su analista.

En lo que se refiere a Francine, durante mucho tiempo me pareció que su cura se terminaría cuando encontrara un *partenaire* sexual capaz de localizar su goce y capaz de orientarla en la existencia. A falta de un encuentro así, temí que el tratamiento resultara interminable, salvo que Francine consiguiera construir una imagen mental del analista tan firme que pudiera llevarse dentro de su equipaje, lo cual hubiera instituido una parapsicosis bastante sumaria pero, a pesar de todo, capaz de atemperar el goce. Durante todo un período, la estabilización de Francine siguió siendo frágil, al ser muy tributaria de la presencia del analista.

Pero, tras diversas tentativas infructuosas, conoció a un joven con el que inició una relación estable. Ella, cuyo sueño era casarse con un médico, al principio tuvo algunas dificultades para aceptar comprometerse con un hombre de un nivel socialmente inferior al suyo. Pero después de superar este obstáculo, encontró en su pareja un apoyo que le permitió ir ganando confianza en sí misma, más de lo que yo la había creído capaz. Para ello, en efecto, tuvo que oponerse a las fuertes pre-

34. W. Pious, "Obsessive-compulsive symptoms in an incipient schizophrenic", *Psychoanalytic Quarterly*, 1950, págs. 327-351.

siones de su familia para que rompiera la relación. Sus padres consideraban que un obrero no era digno de ella. Ella supo defender su elección sin rabia, pero con coraje, con dignidad y, sobre todo, con firmeza, lo que le supuso distanciarse de su familia.

De todas formas, algunas dificultades profesionales en ocasión de las cuales se vio obligada a hacer una elección, enfrentándose además a opiniones divergentes y conflictivas de sus superiores, motivaron un nuevo episodio delirante en 1995. Creyó que tenía que ofrecerse a uno de sus directores para salvarlo de una supuesta homosexualidad. Le mandó un regalo que fue mal recibido. Entonces le aconsejaron que se tomará unas vacaciones. Varias sesiones seguidas y un nuevo tratamiento temporal con neurolépticos acabaron con este episodio en pocos días.

“Ahora –dijo Francine–, cuando tengo un problema trato de resolverlo sola. También es una gran ayuda poder hablarlo con mi amigo: él sabe desdramatizar las situaciones.” Las sesiones se habían espaciado mucho. Cinco años después de iniciar el tratamiento, Francine empezaba a pensar en dar por terminado nuestro trabajo, algo que no tardaría en producirse. Esta evolución demostraba que la asimilación imaginaria del analista puede ser superada, algunas veces, mediante la instauración de una protección contra las psicosis hallada fuera de la cura.

Sin embargo, a finales de junio de 1996, Francine me telefoneó una mañana muy temprano para decirme: “Señor Maleval, voy a asumir mis responsabilidades”. Medio dormido, le respondí: “Sí, muy bien”, esperando la continuación. Pero colgó enseguida y no tuve más noticias de ella hasta al cabo de casi tres meses; entonces su madre me contó que Francine había sido hospitalizada en una clínica privada y que había roto con su amigo.

Durante este periodo de detención del tratamiento, me pregunté qué habría podido suscitar un nuevo surgimiento de los trastornos: ¿acaso se enfrentaba a una elección difícil de asumir debido a la perspectiva del matrimonio? ¿Se trataba más bien de algo relacionado con los celos que había confesado sentir por su hermana, quien iba a dar a luz en el mes de julio? De hecho, cuando volvió a finales de septiembre lo que puso de relieve fue algo muy distinto: la necesidad en la que se había encontrado de tener que asumir una posición de autoridad con respecto a la primera estudiante en prácticas cuya tutoría había acep-

tado asumir. Me hizo saber que había roto con su prometido porque amaba al Dr. J. Estaba persuadida de que éste la correspondía, aunque él no se lo hubiera declarado: se había limitado a darle a conocer sus sentimientos a través de ciertos signos (una broma picante en su presencia, un gesto amistoso con la mano, una forma de girar con el coche...). Francine depositaba todas sus esperanzas en este amor, a pesar de la desaprobación unánime de su entorno. Incluso había llegado a romper con el cura que a menudo me “sustituía” durante las vacaciones, porque éste se oponía a su amor por el Dr. J.: le había dado malos consejos, diciéndole que tenía que desechar esta idea orgullosa y volver con su prometido. El resultado fue lo que suele ocurrir con un delirante cuando alguien se opone frontalmente a sus convicciones: una pérdida de confianza en el terapeuta. La consecuencia que ello tiene es una ruptura de la relación si ésta no está sometida a un marco institucional.

Por otra parte, por supuesto, todo su entorno acordó en poner su recaída a cuenta del psicoanálisis, y todos le aconsejaron que lo interrumpiera. Hubo una única excepción, pero importante para ella, la de su psiquiatra, quien por el contrario la incitó a seguir en cuanto fuera posible.

Sin embargo, Francine sólo reanudó la cura a iniciativa mía: tuve que llamarla por teléfono para incitarla a seguir. En aquella oportunidad me pareció cansada, deprimida, impregnada de neurolépticos, y se quejaba de grandes dificultades para realizar su trabajo. Me anunció que había descubierto sus orígenes judíos. Había pensado mucho en ello durante su estancia en la clínica. Los judíos son gente orgullosa, me dijo, que han sufrido mucho, pero que siempre llegan a salir de apuros. De todas formas, el tema dominante de las entrevistas era su amor por el Dr. J. Estaba convencida de que este amor era recíproco. Los signos de los que infería su convicción no dejaban lugar a dudas sobre su naturaleza erotomaniaca. Me guardé tanto de desmentirla como de confirmar sus ideas. Acogí su hipótesis para que fuera posible hablar de ella; algo que ni su entorno ni los terapeutas habían hecho, al precipitarse todos ellos a demostrarle el carácter obviamente delirante de su convicción. A pesar de todo, me permití plantearle algunas preguntas sobre la confianza que depositaba en los signos de los que deducía que era amada por el Dr. J. En alguna oportunidad, mis preguntas despertaron en ella dudas sobre lo acertado de su deducción, pero

a lo largo de la sesión estas incertidumbres eran rápidamente rechazadas. Me guardé mucho de insistir. Pero, entre las sesiones, las preguntas tuvieron su eco, y bastaron quince días para que se produjera un cambio cuya rapidez me sorprendió: el postulado del delirio quedó tan tocado que no tardó mucho en desaparecer.

Después, Francine se encontró en una dolorosa soledad. Durante algún tiempo trató de tener nuevos encuentros. Sin mucho éxito. ¿Y si volvía con su prometido? Después de todo, no se entendían tan mal. Yo había tenido cuidado de no sugerirle esta posibilidad, pero la sostuve mientras se iba consolidando en ella. Lo llamó. Él la esperaba. Ahora viven juntos. Francine cree que su futuro marido será un buen padre. Festejó las Navidades de 1996 en casa de su hermana, y no en casa de sus padres, a pesar de que éstos insistieron. Su padre siguió oponiéndose firmemente a su relación con un obrero. Francine me contó: "Mi padre ha comprado chocolate blanco para Navidad, y ha dicho: es para las chicas, no para esos tíos. Él es así: le gustaría conservarnos junto a él". Y concluye: "Tenemos que proteger a nuestros esposos".

Ahora Francine está orientada hacia una estabilización cuyo eje principal lo constituye la presencia de su amigo junto a ella. "Es más lógico que yo —me cuenta—, organiza las cosas, es simple, las cosas para él no son problemáticas, y eso me tranquiliza." Además, lo considera como "un bastión" porque él "cree en la fidelidad". Y añade: "Necesito esto". Intuición basada en el hecho de que su prometido desempeña una función de límite al goce Otro. Pronto celebrarán un matrimonio religioso. Ella está contenta con su trabajo, que lleva a cabo sin dificultad. Sólo la veo una vez al mes. Sin duda, la cura se podría interrumpir en este punto. Sin embargo, en lo que a mí respecta, no precipito el fin, porque Francine está pensando en tener un hijo, y dice: "No puedo concebir en mi cabeza que pueda conseguirlo, pero quisiera tenerlo. Es una responsabilidad que me inquieta". ¿Cómo vivirá el hecho de que su compañero estabilizador se convierta en un padre? Tal es la pregunta que permanece en suspenso en esta cura.³⁵

Hay que decir, por otra parte, que el tratamiento neuroléptico de Francine ha seguido las oscilaciones del trabajo analítico: ha ido dis-

35. Durante los años siguientes, Francine tendrá varios abortos, sin razones médicas aparentes. Fueron vividos como una terrible prueba, pero no la desestabilizaron.

minuyendo regularmente, aunque tuvieron que producirse algunos aumentos temporales de las dosis en los periodos difíciles. Subsiste, sin embargo, un apego a una dosis homeopática cotidiana de un neuroléptico que funciona como un límite tranquilizador al que ella se aferra. Ni su psiquiatra ni yo tratamos de poner en duda esta convicción. Esas gotas, afirma, "son una protección: si las disminuyera más todavía, tendría demasiado miedo de que pudiera ocurrir algo". Todo lleva a creer que esas gotas tienen una función de límite al goce, tanto por su valor simbólico como por su eficiencia real.

Aunque Francine tenga algún conocimiento de cómo se desarrolla un análisis, nunca me ha pedido estirarse en el diván. Las advertencias de muchos analistas, como Federn y Lacan, me llevaron a no sugerírselo. Lo mismo hubiera ocurrido con Karim, de no ser porque éste, sensible a mis reticencias, y con algunos conocimientos psicoanalíticos, me declaró, en el tercer año del tratamiento: "Si no quiere usted que me estire en el diván, es porque cree que soy un psicótico". Tratando de evitar enfrentarlo con un diagnóstico, cualquiera que fuese —con mayor razón todavía al decantarse él mismo por un autodiagnóstico de neurosis— y sabiendo que algunos sujetos psicóticos soportan a veces sin ningún daño estirarse en el diván, le dije que si tal era su elección no me opondría a que lo hiciera. Tras un momento de inquietud y de duda, me preguntó si aceptaría que volviera al sillón en caso de que le resultara demasiado difícil permanecer en el diván. Estuve de acuerdo. Las dos primeras sesiones que pasó estirado fueron muy angustiantes: hicieron surgir fantasmas de homosexualidad pasiva, de feminización y de incesto. Al principio temió que yo quisiera besarlos, sintió odio hacia mí y tuvo ganas de levantarse para pegarme. Luego se imaginó a su madre, sentada sobre él, con las nalgas sobre su sexo, y consumó el incesto. "En esta posición —añadió—, que es la que adopto para masturbarme, me siento mujer. Temo que usted me sodomice y que destruya una parte de mi sexo. En la sesión siguiente criticó el diván como poco confortable: afirmó que se sentía como encorvado. No se atrevía cerrar los ojos por miedo a que lo penetrara o sacara un cuchillo para cortarles los cojones.

En resumen, el paso al diván, al hacerle perder el apoyo de la imagen del semejante, parece haber hecho surgir una figura más neta del Otro gozador. A lo largo de las siguientes sesiones, sus temores disminuyeron parcialmente, de forma que permaneció estirado durante tres

años. Después lo dejó por propia iniciativa, sentándose a veces en el diván, a veces en el sillón, y casi siempre deambulando por el despacho. En alguna ocasión, a lo largo del último año, en ciertos momentos de apaciguamiento, llegó a estirarse en el diván de nuevo toda una sesión o parte de ella. Esta experiencia me parece confirmar la opinión clásica de acuerdo con la cual no es provechoso para el tratamiento analítico de un psicótico incitarlo a estirarse.

La maniobra de la transferencia adecuada para el tratamiento del psicótico, tal como se desprende al término de esta investigación, fue notablemente descrita en 1987 por C. Soler mediante el relato de una cura cuyas enseñanzas parecen generalizables. En ella, las intervenciones de la analista se sitúan entre “un silencio de testigo y un refuerzo” del límite”.³⁶ El analista, precisamente, no ha de retroceder frente a la necesidad de ocupar primero un lugar de testigo, o sea, el lugar de un sujeto “supuesto no saber, no gozar”, que ofrece un vacío gracias al cual el psicótico puede conseguir depositar sus significantes. Lacan advierte: “El loco parece distinguirse a primera vista por el hecho de no tener necesidad de ser reconocido. Sin embargo, esa suficiencia que tiene en su propio mundo, la autocomprendibilidad que parece caracterizarlo, no deja de presentar algunas contradicciones.”³⁷ En efecto, aunque el psicótico posea por lo general un saber constituido, se constata que se siente empujado, paradójicamente, a buscar testigos de sus certezas. Cuando éstas le hacen sufrir, una demanda de tratamiento puede tener su origen en la búsqueda de una escucha aprobadora.

Sin embargo, para que se instaure una dinámica de cura, la posición de testigo es insuficiente. El analista ha de esforzarse también en orientar el goce, tan pronto de forma limitativa, tratando “de producir una prótesis de la prohibición que falta” —precisa C. Soler—, como de forma positiva, sosteniendo ciertos ideales del sujeto. En este último caso, advierte C. Soler con razón, hay que reconocer un “recurso a la sugestión”.³⁸

* *Étayage*. [N. del T.]

36. C. Soler, “Quelle place pour l’analyste”, *Actes de l’École de la Cause Freudienne*, XIII, Paris, 1987, pág. 31.

37. J. Lacan, *El Seminario. Libro III, Las psicosis*, op. cit., pág. 114.

38. C. Soler, “¿Qué lugar para el analista?”, op. cit., pág. 30.

Este recurso no se impone en todo tratamiento de un psicótico. En el de Karim, los índices de lo que yo hubiera podido desear para él, especialmente en el terreno de sus estudios, eran descifrados a partir de la erotomanía de transferencia, por lo que eran objeto de una oposición sistemática por su parte. Por el contrario, en la cura de Francine, el sostenimiento de sus ideales, en particular los profesionales, fue una forma de intervención fundamental. A falta de la ley paterna, subraya C. Soler, sólo subsiste el significante ideal como elemento simbólico adecuado para alzar un dique contra el goce en exceso.

Limitar el goce no es específico de la cura de psicóticos: las de los neuróticos y los perversos también lo hacen, a su manera, operando a través de la interpretación; lo característico de la cura de los psicóticos reside en la contención del goce del Otro. Y este último se confunde a veces con el goce deslocalizado del sujeto psicótico, sujeto del goce, para quien la operación de afánisis no ha tenido lugar; de ahí su relación íntima con el Otro. Pero es importante subrayar, para la dirección de la cura del psicótico, que a veces goce del sujeto y goce del Otro se pueden separar, y entonces se trata de no confundirlos.

Este problema no se plantea demasiado en la cura de Francine, porque en ella la erotomanía de transferencia no se desarrolló, salvo de forma lateral; no ocurre lo mismo en la cura de Karim, en la cual la maniobra de transferencia se hubiera beneficiado de un planteamiento más preciso de esta distinción. Para ilustrarlo, y para mostrar su importancia, lo mejor será recurrir a una viñeta clínica muy notable proveniente de la práctica de C. Soler. Se trata de una intervención decisiva en la cura de una mujer psicótica delirante. En contra de la opinión del entorno de esta paciente, la analista sostuvo su rechazo a trabajar y su demanda de conseguir una pensión. Y añadió C. Soler: “Lo que es más, sostuve categóricamente mi aprobación de la idea de que era un *abuso* —destaco este término— exigirle que se ganara la vida”. A primera vista, esta intervención parece paradójica: se diría que apoya la inercia del sujeto, y de esta forma alimentaría su goce en vez de contribuir a limitarlo. Pero un estudio atento de la posición del sujeto permite mostrar que no es éste el caso. “Quiero indicar —constata C. Soler— que esta persona siempre encontró *justo* tener que pagar a su analista, pero ‘ganarse la vida’, era para ella otra cosa, a saber, una significación incluida en su relación delirante con el Otro perseguidor que la hacía equivalente a un asesinato. En este punto, los datos de la

biografía eran de gran ayuda. En ella estaba presente un discurso sobre la deuda, con una quiebra –extraña– del lado paterno y, del lado materno, la idea de un exceso percibido como culpable, algo que había que vengar, encarnado por ella misma en su ser. Esta mujer, que había sido dada para que la criara a su tía perjudicada, por decirlo así, declaró: ‘Soy una deuda viviente’. Nada que ver con la deuda del falo que falta en la neurosis. A falta de sacrificio simbólico, sólo la vida real podría saldar la cuenta. En su caso sería bien adecuado decir –de acuerdo con la expresión de Lacan– que el legado se convirtió en complot.* No olvido que en una ocasión, debo decir que para mi sorpresa, detuve una crisis de pánico suicida, que no parecía dejar más alternativa que una hospitalización inmediata, mediante esta simple palabra de autoridad referida a los propósitos de un perseguidor del momento: ‘No tiene derecho’. Un efecto de calma inaudito. Las nociones de abuso y de derecho son tuyas. Yo se las tomé prestadas, porque son portadoras de la significación de un límite frente a las pretensiones del Otro sobre su vida.”³⁹ Estas dos intervenciones consiguen instituir una barrera frente al goce del Otro apoyándose en significantes de la paciente que ya desempeñan para ella esta función.

Se constata que limitar el goce del sujeto incitándola a “ganarse la vida” hubiera contribuido en este caso a satisfacer el goce del Otro, lo cual hubiera puesto en peligro la continuación de la cura, empujando así a la paciente al pasaje al acto; a la inversa, de esta forma se pudo conseguir un progreso decisivo, gracias a una conducción de la cura guiada en función de la estructura que estaba operando más allá de los fenómenos.

Al llegar a su término, el trabajo analítico con un psicótico no lo conduce a pasar por la experiencia de un pase. Lo que se constata es una gran variedad de formas de estabilización (apoyo en un partner, construcciones de suplencia mediante objetos,⁴⁰ mediante un trabajo de la letra o la voluntad de hacerse un nombre,⁴¹ o también mediante

* *Le legs a tourné à la ligue*. [N. del T.]

39. *Ibid.*, pág. 30-31.

40. E. Laurent, “Pour la varité”, *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, XIII, París, 1987, págs. 169-173.

41. D. Laurent, “L'homme aux noms”, *Revue de l'École de la Cause Freudienne*, 1992, 21, págs. 81-84.

una regulación de la distancia respecto al Otro, el enquistamiento del delirio, etc.). Francine muestra que un mismo sujeto puede abordar sucesivamente varias formas de estabilización: algunas dependen de la presencia del analista, otras menos (como cuando se imagina lo que yo le diría), y también las hay que no dependen de dicha presencia en absoluto. En consecuencia, no parece un hecho ineludible que el tratamiento psicoanalítico del psicótico sea interminable.

Diversos analistas han descrito la obtención, tras varios años de trabajo, de estabilizaciones fundadas, en parte, en la construcción de un orden delirante (D. Laurent,⁴² C. Chouraqui-Sepel,⁴³ C. Soler,⁴⁴ Y. Kaufmant,⁴⁵ D. Cremniter,⁴⁶ A. Ménard⁴⁷). A este respecto hay que destacar que el planteamiento lacaniano rompe radicalmente con lo que se había presentado hasta ahora bajo el nombre de psicoanálisis de las psicosis. En efecto, en el interior mismo de la cura, conviene tomarse en serio el descubrimiento de Freud de acuerdo con el cual el delirio es una tentativa de curación. El delirio constituye una metáfora que suple la función paterna forcluida, de tal forma que, en sus formas más elaboradas (paranoicas y parafrénicas), consigue enmarcar el goce del sujeto, llevando a cabo una composición a base de significantes ideales que estabilizan la realidad. A veces, el resultado favorable del tratamiento de un psicótico puede ser la estructuración de un delirio.

Debido a la difusión del psicoanálisis, hoy día hay sujetos capaces de formular demandas originales, que merecen ser tomadas en serio, como la siguiente, dirigida a Luis Solano: “De hecho, lo que espero de las entrevistas con usted es conseguir evitar esta fatalidad que me ha llevado por tres veces al hospital psiquiátrico. Quizás usted pueda ayu-

42. D. Laurent, “Une femme intelligente”, *La Cause Freudienne*, 1993, 23, págs. 97-101.

43. C. Chouraqui-Sepel, “Le comptable, Dieu et le diable”, *La Cause Freudienne*, 1993, 23, págs. 92-97.

44. C. Soler, “Quelle place pour l'analyste?”, *op. cit.*, págs. 29-31.

45. Y. Kaufmant, “Le psychotique et l'analyse: demande ou commande?”, *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, XIII, París, 1987, págs. 99-102.

46. D. Cremniter, “Artifices de la cure”, *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, XIII, París, 1987, págs. 115-118.

47. A. Ménard, “La rencontre d'un psychotique”, *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, XIII, París, 1987, págs. 22-25.

darme a producir un delirio que se sostenga, ¡digo yo!... un delirio que se pueda ajustar al delirio colectivo. No me molesta tener una percepción distinta, lo que me molesta es la policía, el hospital psiquiátrico y las situaciones altamente angustiantes".⁴⁸

Ya en 1984, Broca relataba una cura en la que la paciente construyó un delirio pacificador, y él consideraba que su función como analista era consentirlo. Antes, como suele suceder, esta mujer no había encontrado en la actitud de los trabajadores de la salud mental más que un "cierto horror frente a su delirio, siempre teñido de un índice peyorativo, que justificaba intervenciones psiquiátricas repetidas"; de forma que lo esencial, destaca Broca, es que el psicótico pueda encontrar en la persona del analista alguien que consienta encarnar el lugar al cual dirigir su palabra. "Para ser analista, no basta con encarnarlo de la buena manera. Como prueba de ello, basta con lo ocurrido con los tres psiquiatras psicoanalistas a quienes ella había acudido sucesivamente." La paciente dirá de este fracaso: "Ellos arruinaron mis transferencias".⁴⁹ En este tipo de curas, para evitar fracasos semejantes, se trata de ser capaz "de tolerar la certeza sin ser cómplice del delirio", de acuerdo con la feliz fórmula empleada por analistas argentinos.⁵⁰

La dirección de la cura orientada en función del atemperamiento del goce no puede planificar qué forma de suplencia será capaz de elaborar el sujeto al término del trabajo. A este respecto, el margen que separa al discurso de la psiquiatría del discurso del psicoanálisis no deja de agrandarse: el clínico que ha mamado del *DSM* le tiene horror al delirio. En las perspectivas del positivismo no entra la posibilidad de permitirle al sujeto delirante que encuentre un lugar al cual dirigir su palabra. Desde luego, como lo precisa muy bien Zenoni,⁵¹ "ello no

48. L. Solano, "Charon, passeur d'âmes", *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, XIII, Paris, 1987, págs. 108-111.

49. R. Broca, "Sur l'érotomanie de transfert", *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1984, VI, págs. 47-52.

50. L. Casenave (contribución del grupo de Mendoza), "El humor como estrategia en la estabilización de una psicosis", en *Las estrategias de la transferencia en psicoanálisis*.

51. A. Zenoni, "Clinique psychanalytique en institution: la psychose", *Les Feuilles du Courtil*, junio de 1993, 7, págs. 87-88.

implica en absoluto que se trate de empujar al sujeto por la vía de una elaboración delirante (aunque una producción así pueda ser a veces la alternativa a un pasaje al acto, como por ejemplo una modificación quirúrgica del sexo anatómico),⁵² ni que una elaboración de este tipo ponga al sujeto a cubierto de un encuentro que revele su ser de desecho, ni que lo haga capaz de asumir una responsabilidad social o profesional sin "descompensarse". Prestar la propia presencia para soportar una elaboración así puede, por el contrario, permitir acompañarlo hacia una orientación de sus exigencias dentro de las vías de lo soportable. No es lo mismo convertirse en "La mujer", por ejemplo, cuando la interpretación erotomaniaca de una paciente se orienta a convertirse en la mujer que le falta a la empresa donde está empleada, que cuando se trata de convertirse en la mujer de un hombre en concreto, porque en tal caso es de temer que acabe por atacar al objeto de su elección.⁵³ De la misma forma, en el caso de un sujeto que desarrolla dos "hipótesis" para explicar lo que le ocurre, la del modelo "científico", que él llama del "subconsciente", no es lo mismo que la de lo "sentido", vinculada con la radiestesia practicada por su padre: no tendrá los mismos efectos de invención estabilizadora acompañarlo por la vía de la segunda en vez de por la vía de la primera.⁵⁴

Cuando el sujeto psicótico sitúa al analista en el lugar de un *partenaire* que ha de asistirlo en el trabajo de elaboración de un delirio, no se puede retroceder en el acompañamiento de esta significantización del goce. Aunque ésta se elabore sin el recurso a la cifra fálica de la castración, no deja de ser la tentativa auténtica de construcción de una parapsicosis que supone para el sujeto efectos de atenuación de la angustia. El abordaje lacaniano del psicótico no promueve ni un reforzamiento del yo, ni una ortopedia de los fantasmas, ni el análisis de un núcleo abisal; por el contrario, apuesta por las capacidades del sujeto para construir una suplencia o una parapsicosis. Esta apuesta, el analista ha de sostenerla ajustando su acción en función de la posición ética de

52. Cf. por ejemplo F. Gorog, "Jane, un cas de schizophrénie", *Quarto*, Bruselas, 1990, 42, págs. 47-51.

53. E. Laurent, "Discipline de l'entretien avec le sujet psychotique", *Quarto*, Bruselas, 1987, 28-29, págs. 18-20.

54. Cf. C. Delcourt, en "Table ronde sur la clinique de l'objet dans la réalité psychique", *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, 1991, 19, pág. 99.

objeto *a*, es decir, no queriendo nada para su paciente. Ni siquiera, en ocasiones, impedirle delirar.

Hace unos quince años que hemos entrado en un más allá de "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". Apenas está empezando a ser explorado. Sin embargo, ya lo ha sido suficientemente —en ello concuerdan diversos analistas— como para que se pueda sostener que el trabajo analítico con un psicótico ni es vano ni es imposible. Aunque tales tratamientos siguieran siendo relativamente infrecuentes, no serían menos preciosos: su existencia, por restringida que sea, constituye un obstáculo contra prácticas asfixiantes, incluso mutiladoras, prometidas por la psiquiatría positivista, que en la actualidad está empeñada en mundializar la evacuación del sujeto.

Bibliografía general

- AA.VV., *Le Cas Schreber. Contributions psychanalytiques de langue anglais*, París, PUF, 1983.
- , *Traitement au long cours des états psychotiques*, Toulouse, Provat, 1974.
- Abraham, K., "Les différences psychosexuelles entre l'hystérie et la démence précoce" (1908), en *Oeuvres complètes*, París, Payot, 1965, I, pág. 40.
- Andreasen, N. C., "Thought, language and communication disorders", 1, "Clinical assessment, definition of terms and evaluation of their reliability", *Arch. General Psychiatry*, 1979, 36, págs. 1315-1321.
- , "Thought, language and communication disorders", 2, "Diagnostic significance", *Arch. General Psychiatry*, 1979, 36, pág. 1330.
- Anónimo, "Casque de Bronze ou itinéraire psychothérapique avec un psychotique", *Scilicet*, 2-3, París, Seuil, 1970, págs. 351-361.
- Arlow, J. A. y Brenner, C., "The psychopathology of the psychoses: a proposed revision", *IJP*, 1969, 50, 5, pág. 12.
- Artaud, A., *Oeuvres complètes*, París, Gallimard, 1979, IX.
- Assoun, P. L., *Introduction à l'épistémologie freudienne*, París, Payot, 1981, págs. 132-135.
- , *Freud, la philosophie et les philosophes*, París, PUF, 1976. [Ed. cast.: *Freud, la filosofía y los filósofos*, Barcelona, Paidós, 1982.]
- Baumeyer, F., "Le Cas Schreber", *Contributions psychanalytiques de langue anglaise*. París, PUF, 1979, págs. 171-200.
- Berbiguier de Terre-Neuve du Thym, A. V. C., *Les farfadets ou tous les démons ne sont pas de l'autre monde* (1822), Grenoble, Jérôme Millon, 1990, págs. 66-67.
- Bercherie, P., *Les fondements de la clinique*, París, Navarin, 1980.
- Bergeret, J., *La dépression et les états-limites*, París, Payot, 1974, pág. 114.
- Blanc, M., Bourgeois, M., Favarel-Garrigues, F. y Bargaues, J.-F., "À

- propos d'une paraphrène", *Annales medico-psychologiques*, 1967, pág. 420.
- Blankenburg, W., *La Perte de l'évidence naturelle* (1971), París, PUF, 1991, pág. 174.
- Blavier, A., *Les Fous littéraires*, París, Henri Veyrier, 1982.
- Bleuler, E., *Dementia praecox ou groupe des schizophrénies* (1911), París, EPEL, GREC, 1993. [Ed. cast.: *Demencia precoz. El grupo de las esquizofrenias*, Buenos Aires, Paidós.]
- Bloch, O., y Von Wartburg, W., *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París, PUF, 1975, pág. 138.
- Bobon, J., *Introduction historique à l'étude des neologismes et des glossolalies en psychopathologie*, Lieja, Vaillant-Carmanne, 1952, pág. 144.
- Borie, J., "Construction de la réalité dans la cure d'un psychotique", en *Actes de l'École de la cause freudienne*, 1991, 19, pág. 53.
- Bourke, J.-G., *Les rites scatologiques* (1891), París, PUF, 1981.
- Breton, A., *Oeuvres complètes*, col. "La Pléiade", París, Gallimard, 1988.
- Briole, G., "L'avenir de la psychiatrie: la psychanalyse", en *Le Symptôme-charlatan*, textes réunis par la fondations du Champ freudien, París, Seuil, 1998, págs. 357-365 [Ed. cast.: "El porvenir de la psiquiatría: el psicoanálisis", en *El síntoma charlatan*, Barcelona, Paidós, 1998, pág. 315.]
- Brisset, J.-P., "Le mystère de Dieu est accompli", *Analytica*, 31, París, Navarin-Seuil, 1983.
- , *La Gamme logique* (1883), París, Baudoin, 1980.
- , *La Science de Dieu* (1900), París, Tchou, 1970.
- , *Les origines humaines* (1913), París, Baudoin, 1980.
- Broca, R., "Sur l'érotomanie de transfert", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1984, VI, págs. 47-52.
- Brousse, M.-H., "Conditions de possibilité de l'entrée en analyse du patient psychotique", en *Psychose et création*, GRAPP, Navarin-Seuil, 1990, págs. 39-43.

- , "Question de suppléance", en *Ornicar? Bulletin périodique du champ freudien*, 1988, 47, págs. 65-73.
- Brown, R., "Schizophrenia, language and reality", *American Psychologist*, 1973, 28, págs. 395-403.
- Brunet, G., *Les Fous littéraires. Essai bibliographique sur la littérature excentrique, les illuminés, visionnaires, etc.*, par Philommete Junior, Bruxelles, Gay et Doucé, 1880.
- Bruno, P., "Ar-Tau", *Barca!*, 1994, 2, págs. 37-57.
- , "Une femme, un homme, le ravissement, poésie", *La Cause freudienne. Revue de psychanalyse*, 1995, 31, págs. 21-29.
- , *Travaux*, groupe d'études de l'École de la Cause freudienne de Nantes, octubre de 1988, 3, págs. 32-49.
- Bullard, D. M., "Experiences in the psycho-analytic treatment of psychotics", *Psychoanalytic Quarterly*, 1940, 9, pág. 493-504.
- Bychowski, G., "Psychosis precipitated by psychoanalysis", *Psychoanalytic Quarterly*, julio de 1966, XXXV, 3, pág. 327-339.
- Cacho, J., "Archéologie de la glossolalie", *Le Discours psychanalytique*, marzo de 1983, págs. 29-32.
- Cahn, R., *Adolescence et folie. Les déliaisons dangereuses*, París, PUF, 1991.
- Carroll, L., "De l'autre côté du miroir" (1872), traducción de Henri Parisot, *Oeuvre*, col. "La Pléiade" París, Galimard, 1990
- Casenave, L., (Contribución del grupo de Mendoza) "L'humour comme stratégie dans la stabilisation d'une psychose", *Les stratégies du transfert en psychanalyse*, col. "Association de la fondation du Champ freudien", París, Navarin, 1992, págs., 175-180.
- Cénac, M., *De certains langages créés par les aliénés*, tesis de medicina, París, Jouve, 1925.
- Chaika, E., "A linguist looks at schizophrenic language", *Brain and language*, 1974, 1, págs. 257-276.
- Charraud, N., *Infini et inconscient. Essai sur Georg Cantor*, París, Anthropos, 1994.
- Chazaud, J., "Pour una critique de la forclusion comme concept pur et

- pratique", I, "L'impertinence de l'Homme aux loups", *Information psychiatrique*, 1985, 61, 5, págs. 691-697.
- , "Pour una critique de la forclusion comme concept pur et pratique", II, "La forclusion dans ses rapports avec le démi et le clivage", *Information psychiatrique*, 1985, 61, 8, págs. 1089-1095.
- , "Pour una critique de la forclusion comme concept pur et pratique", III, "Schreber entre Freud y Lacan", *Information psychiatrique*, 1985, 61, 10, págs. 1392-1395.
- Chourauqui-Sepel, C., "Le comptable, Dieu et le diable", *La Cause freudienne. Revue de psychanalyse*, 1993, 23, págs. 92-97.
- Cifali, M., "Les chiffres de l'intime", posfácio II, en T. Flournoy, *Des Indes à la planète Mars. Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalie* (1900), Paris, Seuil, 1983.
- Consoli, S., "Le récit du psychotique", en AA.VV., *Folle vérité*, Paris, Seuil, 1979, págs. 52-54.
- Cooper, D., *Psychiatrie et antipsychiatrie* (1967), Paris, Seuil, 1970.
- Cordí, A., "Psychose chez un mathématicien", *Cahiers de lectures freudiennes*, 1983, I, págs. 84-99.
- Cottet, S., "L'hypothèse continuiste dans les psychoses", *L'Essai*, revista clínica anual publicada por el Departamento de Psicoanálisis, Universidad de París-VIII, págs. 115-118.
- Cremniter, D., "Artifices de la cure", en *Actes de l'École de la cause freudienne*, XIII, Paris, 1987, págs. 115-118.
- Czermak, M., "Signification psychanalytique du syndrome de Cotard", en *Passions de l'objet*, Paris, Joseph Clims, 1986.
- , "Sur le déclenchement des psychoses", en *Passions de l'objet*, Paris, Joseph Clims, 1986.
- Czermak, M. y Duhamel, J.-L., "L'homme aux paroles imposées", *Le Discours psychanalytique*, febrero de 1992, 7, págs. 7-92.
- Damasio, A. R., *L'erreur de Descartes. La raison des émotions* (1994), Paris, Odile Jacob, 1995.
- Damourette, J. y Pichon, E., *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française*, Paris, d'Artrey, 1911-1940, 7 vol.
- , "Sur la signification psychologique de la négation en français",

- Journal de psychologie normale et pathologique*, 1928, pág. 243; reproducido en *Quarto*, suplemento de la *Lettre mensuelle de l'École de la cause freudienne*, Bruselas, XII, págs. 24-44.
- De Clérambault, G. G., *Oeuvres psychiatriques*, Paris, PUF, 1942.
- De Georges, P., "Paradigme de déclenchement", en *Le Conciliabule d'Angers*, Paris, Agalma/Seuil, 1997, págs. 40-41.
- Delcourt, C., "Table ronde sur la clinique de l'objet dans la réalité psychique", en *Actes de l'École de la cause freudienne*, 1991, 19, pág. 99.
- Deprost, F., "De la féminisation dans la psychose, fragments cliniques", *Les Feuillettes du Courtil*, 7, junio de 1993, págs. 101-102.
- Deutsch, H., "Divers troubles affectifs et leurs rapports avec la schizophrénie" (1942), en *L'Identification*, Paris, Tchou, 1978, págs. 240-241.
- Devreese, D., Israëls, H. y Quackelbeen, J., *Schreber inédit*, Paris, Seuil, 1986.
- Dolto, F., *Le cas Dominique*, Paris, Seuil, 1971.
- Durand, C., *L'Écho de la pensée*, Doin, 1941.
- Falret, J.-P., *Leçons cliniques de médecine mentale*, Paris, Baillière, 1854.
- Federn, P., *La psychologie du moi et les psychoses* (1952), Paris, PUF, 1979.
- Ferenczi, S., *Oeuvres complètes*, col. "Psychanalyse", II, Paris, Payot.
- , *Oeuvres complètes*, col. "Psychanalyse", IV, 1927-1933, Paris, Payot, 1982.
- Flournoy, T., *Des Indes à la planète Mars. Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalie*, Paris/Génova, Alcan, 1900.
- Frege, G., *Les fondements de l'arithmétique* (1884), Paris, Seuil, 1968.
- Freud, S., *Gesammelte Werke*, Londres, Imago, 1940-1952, 18 vol.
- , *The Standard Edition of Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, editada por J. Strachey, Londres, Hogarth Press, 1953-1966, 24 vol.
- , "Les psychonévroses de défense" (1894), en *Névrose, psychose et perversion*, Paris, PUF, 1973, págs. 1-14.
- , *Études sur l'hystérie* (1895), Paris, PUF, 1967. [Ed. cast.: *Estudios*

- sobre la histeria, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores (AE), 1978-1985, vol. 2.]
- , “Nouvelles remarques sur les psychonévroses de défense”, en *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, págs. 61-81. [Ed. cast.: “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, AE, vol. 3.]
- Freud, S., *La naissance de la psychanalyse*, París, PUF, 1956. [Ed. cast.: *Los orígenes del psicoanálisis*, AE, vol. 1.]
- , *Trois Essais sur la théorie de la sexualité* (1905), París, Gallimard, 1987. [Ed. cast.: *Tres ensayos de teoría sexual*, AE, vol. 7.]
- , *Le délire et les rêves dans la Gradiva de W. Jensen* (1907), París, Gallimard, 1986. [Ed. cast.: *El delirio y los sueños de la “Gradiva” de W. Jensen*, AE, vol. 9.]
- , “Remarques psychanalytiques sur l’autobiographie d’un cas de paranoïa (le président Schreber)” (1911), *Cinq Psychanalyses*, París, PUF, 1954, págs. 263-324. [Ed. cast.: “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente”, AE, vol. 12.]
- , “Le debut du traitement” (1913), en *La technique psychanalytique*, París, PUF, 1953, págs. 80-104. [Ed. cast.: “Sobre la iniciación del tratamiento”, AE, vol. 12.]
- , “Communication d’un cas de paranoïa en contradiction avec la théorie psychanalytique” (1915), en *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, págs. 209-218. [Ed. cast.: “Caso de curación que contradice la teoría psicoanalítica”, AE, vol. 14.]
- , “Constructions dans l’analyse”, en *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, II, págs. 269-281. [Ed. cast.: “Construcciones en el análisis”, AE, vol. 23.]
- , “Deuil et mélancolie” (1917), en *Métapsychologie*, París, Gallimard, 1968, págs. 147-174 y 158. [Ed. cast.: “Duelo y melancolía”, AE, vol. 14.]
- , “Extrait de l’histoire d’une névrose infantile (l’Homme aux loups)” (1914-1915), en *Cinq Psychanalyses*, París, PUF, 1954. [Ed. cast.: “De la historia de una neurosis infantil”, AE, vol. 17.]

- , “L’inconscient”, en *Métapsychologie* (1915), París, Gallimard, 1968, págs. 65-123. [Ed. cast.: “Lo inconsciente”, AE, vol. 14.]
- , *Introduction à la psychanalyse* (1916-1917), París, Payot, 1951. [Ed. cast.: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE, vols. 15 y 16.]
- , “Contribution á la psychologie de la vie amoureuse”, en *La Vie sexuelle*, París, PUF, 1970, págs. 47-80.
- , “Sur quelque mécanisme névrotiques dans la jalousie, la paranoïa et l’homosexualité” (1922), en *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, págs. 271-281. [Ed. cast.: “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad”, AE, vol. 18.]
- , “L’organisation génitale infantile” (1923), en *La Vie sexuelle*, París, PUF, 1969, págs. 113-116. [Ed. cast.: “La organización genital infantil”, AE, vol. 19.]
- , “Névrose et psychose” (1924), en *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, págs. 283-286. [Ed. cast.: “Neurosis y psicosis”, AE, vol. 19.]
- , *Die Verneinung. La dénégation* (1925). Nueva traducción y comentarios de P. Thèves y B. This, documento de trabajo de Coq-Héron, 1982, 8. [Ed. cast.: “La negación”, AE, vol. 19.]
- , *Inhibition, symptôme et angoisse* (1926), París, PUF, 1968. [Ed. cast.: *Inhibición, sintoma y angustia*, AE, vol. 20.]
- , “Le fétichisme” (1927), en *La Vie sexuelle*, París, PUF, 1969, págs. 133-138. [Ed. cast.: “El fetichismo”, AE, vol. 21.]
- , *L’Avenir d’une illusion*, París, PUF, 1980. [Ed. cast.: “El porvenir de una ilusión”, AE, vol. 21.]
- , *Nouvelles conférences sur la psychanalyse* (1932), París, Gallimard, 1936. [Ed. cast.: *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, AE, vol. 22.]
- , *Abrégé de psychanalyse* (1938), París, PUF, 1949. [Ed. cast.: *Esquema del psicoanálisis*, AE, vol. 23.]
- Freud, S., *Moïse et le monothéisme* (1939), París, Gallimard, 1948. [Ed. cast.: *Moisés y la religión monoteísta*, AE, vol. 23.]

- , *Introduction à la psychanalyse*, París, Payot, 1951.
- , *Totem et Tabou*, París, Payot, 1986. [Ed. cast.: *Tótem y tabú*, AE, vol. 13.]
- Freud, S. y Ferenczi, S., *Correspondance, 1908-1914*, París, Calmann-Lévy, 1992
- Freud, S., y Weiss E., *Lettres sur la pratique analytique*, Toulouse, Privat, 1975.
- Fromkin, V.-A., "A linguist looks at 'A linguist looks at schizophrenic language'", en *Brain and language*, 1975, 2, pág. 498-503.
- Fromm-Reichmann, F., "Transference problems in schizophrenia", *Psychoanalytic Quarterly*, octubre de 1939, VIII, 4.
- , "Notes on the development of treatment of schizophrenics by psychoanalytic psychotherapy", *Psychiatry*, agosto de 1948, XI, 3.
- , *Psychoanalysis and psychotherapy*, University of Chicago Press, 1959.
- Gallano, C., "Xº Congrès mondial de psychiatrie", en *Mental. Revue internationale de santé mentale et de psychanalyse appliquée*, 1997, 3, págs. 159-170.
- Gay, P., *Freud. Une vie*, París, Hachette, 1991. [Ed. cast.: *Freud. Una vida*, Barcelona, Paidós, 1989.]
- Gorog, F., "Jane, un cas de schizophrénie", *Quarto*, Bruselas, 1990, 42, págs. 47-51.
- Granon-Lafont, J., *La topologie ordinaire de Jacques Lacan*, col. "Point Hors-Ligne", Ramonville-Saint-Agne, Érès, 1985.
- Green, A., *La Folie privée*, París, Gallimard, 1990.
- Grigg, R., "Jakobson et Lacan", *Ornicar?*, invierno de 1985-1986, 35, págs. 13-34.
- Guéguen, P.-G., "Un montage pulsionnel psychotique", en *Actes de l'École de la cause freudienne*, 1987, XIII, págs. 94-96.
- Guez, C. y Coudray, J.-P., *Du fou au bateleur*, París, Presses de la Renaissance, 1984.
- Guir, J., "Des problèmes psychanalytiques face aux phénomènes psychosomatiques et cancéreux", *Quarto*, Bruselas, 1983, XI, págs. 5-12.
- Guiraud, P., "Délire systématisé et invention sexuelle", *Annales médico-psychologiques*, serie 12, II, julio de 1922, págs. 128-132.

- , "Les formes verbales de l'interprétation délirante", *Annales médico-psychologiques*, 1921, I, págs. 395-412.
- Henry, V., *Le langage martien. Étude analytique de la genèse d'une langue dans un cas de glossolalie somnambulique*, París, Maisonneuve & Larose, 1901.
- Hermann, I., "Janos Bolyai. Naissance d'une pensée" (1945), en *Parallélismes*, París, Denoël, 1980, págs. 7-110.
- Hubert, H., "Le pénis de Mrs G.", en *Cahier. Association de la Cause freudienne - Val-de-Loire et Bretagne*, 1998, 10, págs. 70-76.
- Huerre, P., Pagan-Reymond, M. y Reymond, J.-M., *L'adolescence n'existe pas. Histoire des tribulations d'un artifice*, París, Ed. Universitaires, 1990.
- Hypolite, J., "Commentaire parlé sur la Verneinung de Freud" en J. Lacan, *Écrits*, París, Seuil, 1966, págs. 879-887. [Ed. cast.: "Comentario sobre la Verneinung de Freud", en J. Lacan, *Escritos*, México, Siglo XXI, 1985.]
- Israëls, H., *Schreber, père et fils*, París, Seuil, 1986.
- Jakobson, R., *Essais de linguistique générale*, París, Minuit, 1963.
- , *Langage enfantin et aphasie*, París, Minuit, 1969.
- Jespersen O., *Nature, évolution et origines du langage* (1922), París, Payot, 1976.
- Kaufmant, Y., "Le psychotique et l'analyse: demande ou commande?", en *Actes de l'École de la cause freudienne*, París, 1987, XIII, págs. 99-102.
- , "Le symptôme psychotique, de la position psychiatrique à l'éthique analytique", *Les Psychiatres et la psychanalyse aujourd'hui*, GRAPP, 1988, págs. 211-217.
- Kernberg, O., *Les Troubles limites de la personnalité* (1975), Toulouse, Privat, 1979.
- Klotz, J.-P. "Déclenchement tardif d'une psychose en cours d'analyse", en *Actes de l'École de la cause freudienne*, 1987, XIII, págs. 49-52
- Kofman, S., *Le Devenir-Femme d'A. Comte*, París, Aubier/Flammarion, 1978.
- La Bible*, "Ancien Testament", col. "La Pléiade", París, NRF, 1956.

- Lacan, J., *Les complexes familiaux dans la formation de l'individu* (1938), París, Navarin, 1984.
- , “Le mythe individuel du névrosé”, *Ornicar?*, 1979, 17-18, págs. 289-307.
- , *Le Séminaire I, Les écrits techniques de Freud*, París, Seuil, 1975. [Ed. cast.: *El Seminario, libro I, Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona, Paidós, 1981.]
- , *Le Séminaire II, Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse*, París, Saül, 1978. [Ed. cast.: *El Seminario, libro II, El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1983.]
- , *Le Séminaire III, Les psychoses*, París, Seuil, 1981. [Ed. cast.: *El Seminario III, Las psicosis*, Barcelona, Paidós, 1984.]
- , *Le Séminaire IV, La relation d'objet*, París, Seuil, 1994. [Ed. cast.: *El Seminario, libro IV, La relación de objeto*, Barcelona, Paidós, 1984.]
- , “Le symbolique, l'imaginaire et le réel”, conferencia inédita, 1953.
- , “Notes en allemand préparatoires de la conférence sur la chose freudienne” (1955), *Ornicar?*, otoño 1987-1988, 42, págs. 7-11.
- , *Le Séminaire V, Les formations de l'inconscient*, París, Seuil, 1999. [Ed. cast.: *El seminario, libro V, Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999.]
- , Le Séminaire VI, “Le désir et son interprétation” (inédito), 1956-1957.
- , *Le Séminaire VII, L'Étique de la psychanalyse*, París, Seuil, 1986. [Ed. cast.: *El Seminario, libro VII, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988.]
- , Le Séminaire IX, “L'identification” (inédito), 1961-1962.
- , Le Séminaire X, “L'angoisse” (inédito), 1962-1963.
- , *Le Séminaire XI, Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, París, Seuil, 1973. [Ed. cast.: *El Seminario, libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1987.]
- , Le Séminaire XII, “Problèmes cruciaux pour la psychanalyse” (inédito), 1964-1965.

- , *Écrits*, París, Seuil, 1966.
- , “Présentation des *Mémoires d'un neuropathe*”, *Cahiers pour l'analyse*, noviembre-diciembre de 1966, 5, págs. 69-72.
- , “Petit discours aux psychiatres”, Cercle psychiatrique, H. Ey, Sainte-Anne, conferencia inédita del 10 de noviembre de 1967.
- , Le Séminaire XIV, “La logique du fantasme” (inédito), 1966-1967.
- , Le Séminaire XV, “L'acte psychanalytique” (inédito), 1967-1968.
- , Le Séminaire XVI, “D'un Autre à l'autre” (inédito), 1968-1969.
- , Le Séminaire XVIII, “D'un discours qui ne serait pas du semblant” (inédito), 1970-1971.
- , “Radiophonie”, *Scilicet*, 2-3, París, Seuil, 1970, págs. 59-99.
- , Le Séminaire XIX, “... ou pire” (inédito), 1971-1972
- , “Le savoir du psychanalyste. Entretiens de Sainte-Anne”, conferencia inédita del 1º de junio de 1972.
- , “L'étourdit” [1972], en *Scilicet*, 4, París, Seuil, 1975, págs. 5-52.
- , *Television*, París, Seuil, 1973.
- , *Le Séminaire XX, Encore*, París, Seuil, 1975. [Ed. cast.: *El Seminario, libro XX, Aun*, Barcelona, Paidós, 1981.]
- , Le Séminaire XXI, “Les non-dupes errent” (inédito), 1973-1974.
- , “Conférence à Genève sur le symptôme”, *Bloc-notes de la psychanalyse*, Génova, 1975, 5, págs. 5-23.
- , “Conférence à Yale University, Kanzer Seminar”, en *Scilicet*, 6-7, París, Seuil, 1976, págs. 9-10.
- , “L'éveil du printemps”, *Ornicar?*, invierno de 1986-87, 39, págs. 5-7.
- , “RSI”, seminario del 15 de abril de 1975, en *Ornicar?*, invierno 1975-76, 2, 3, 4 y 5, 1975-1976.
- , “Le sinthome”, seminario 1975-1976, en *Ornicar?*, 6, 7, 8, 9, 10 y 11, 1976-1977.
- , “L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre”, seminario 1976-1977, en *Ornicar?*, 12-13, 14, 15, 16 y 17-18, 1977-1979.
- , *Joyce avec Lacan*, Navarin, París, 1987.
- Lacan, J., Lévy-Valensi, J. y Migault, P., “Écrits 'inspirés': schizographie”, *Annales médico-psychologiques*, 5, diciembre de 1931, en

- De la psychose paranoïque dans ses rapports avec la personnalité*, París, Seuil, 1975.
- Ladame, F., Gutton, P. y Kalogerakis, M., *Psychoses et adolescence*, París, Masson, 1990.
- Laforge, R., "Refoulement et scotomisation dans la schizophrénie", *Internat. Zeitschrift of arztliche Psychoanalyse*, 1926, 12, págs. 54-65.
- , "Sur la scotomisation dans la schizophrénie", *Internat. Zeitschrift of arztliche Psychoanalyse*, 1926, 12, págs. 451-456.
- Lanteri-Laura, G., Khaiat, F., Hanon, G., "Délires chroniques de l'adulte en dehors de la paranoïa et de la schizophrénie", *Encycl. Méd. Chir. (París-France), Psychiatrie*, Éditions techniques, 37299 A10, 11-1990.
- Laplanche, J., Pontalis, J.-B., *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996.
- Lasègue, C., "Le délire des persécutions" (1852), en *Écrits psychiatriques*, Toulouse, Privat, 1971.
- Laterrasse, C., "Le Dieu des savants et des philosophes et le Dieu d'Abraham", *Pas Tant. Revue de la découverte freudienne*, 1991, 29, págs. 17-36.
- Laurent, D., "Jésucris, Ève et le Serpent", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1989, XVII, págs. 76-79.
- , "L'homme aux noms", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1992, 21, págs. 81-84.
- , "Une femme intelligente", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1993, 23, págs. 97-101.
- , "Le transfert délirant", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1983, IV, págs. 32-33.
- , "Pour la varité", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, París 1987, XIII, págs. 169-173.
- , "Discipline de l'entretien avec le sujet psychotique", *Quarto*, Bruselas, 1987, 28-29, págs. 18-20.
- , "Institution du fantasme, fantasmes de l'institution", *Les Feuillettes du Courtil*, 1992, 4, págs. 9-20.
- , "Positions féminines de l'être", en *La Cause freudienne. Revue de Psychanalyse*, 1993, 24, págs. 107-113.
- Leclaire, S., "À la recherche des principes d'une psychothérapie des psychoses", *L'Évolution psychiatrique*, 1958, II, págs. 407-408.
- Lefèvre, C., *Étude clinique des néologismes en médecine mentale*, París, Jouve, 1891.
- Lefort, R. y R., *Les structures de la psychose. L'enfant au loup et le président*, París, Seuil, 1988.
- Le Gaufey, G., *L'incomplétude du symbolique. De René Descartes à Jacques Lacan*, París, EPEL, 1991.
- Leguil, F., "Le déclenchement d'une psychose", *Ornicar?*, 1987, 41, págs. 71-75.
- Le Rider, J. (textos presentados por), *La Révolution sur le divan*, París, Solin, 1988.
- "Les premiers psychanalystes", *Minutes de la Société Psychanalytique de Vienne, 1090-1910*, París, Gallimard, 1978, pág. 73.
- Leuret, F., *Fragments psychologiques sur la folie*, París, Crochard, 1834, págs. 34-35.
- Lévi-Strauss, C., *Les Structures élémentaires de la parenté*, París, La Haye, págs. 562-563. [Ed. cast.: *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós.]
- Lévy-Friesacher, C., *Meynert-Freud. "L'amentia"*, París, PUF, 1983.
- Lindner, R. M., "L'hypnoanalyse en tant que technique psychothérapeutique", en G. Bychowski, y J.-L. Despert, *Techniques spécialisées de la psychothérapie* (1952), París, PUF, 1958.
- Little, M., *Des états-limites*, París, Des femmes, 1991.
- Littré, E., *Dictionnaire de la langue française*, Monte-Carlo, Du Cap, 1962.
- Lombroso, C., *L'Homme de génie* (1888), 3^a edición francesa, París, Reinwald Schleicher, 1903.
- Maeder, T., *Antonin Artaud*, París, Plon, 1978.
- Mahieu, E. T., "Le pousse-à-la-femme et les structures cliniques de la psychose", *L'Essai*, revista clínica publicada por el Departamento de Psicoanálisis, Universidad de París-VIII, 2, págs. 151-166.

- Maleval, J.-C., "À propos de deux manifestations du réel", *Cahiers de lectures freudiennes*, mayo de 1985, 6, págs. 24-25.
- , "À propos de deux manifestations du réel", *Cahiers de lectures freudiennes*, mayo de 1985, 6, págs. 24-25.
- , "À la recherche du concept de psychose", *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, *op. cit.*, págs. 252-279.
- , "Fonction de l'écrit pour le psychotique", *Ligeia. Dossiers sur l'art*, octubre de 1993-junio de 1994, 13-14, págs. 117-125; "La fonction de suppléance du procédé esthétique de Raymond Roussel", *Cahier. Association de la Cause freudienne-Val de Loire et Bretagne*, primavera de 1995, 4, págs. 83-95.
- , "Fritz Zorn, le carcinome de Dieu. Phénomène psychosomatique et structure psychotique", *L'Évolution psychiatrique*, 1994, 59, 2, págs. 305-334.
- , "Hystérie et psychose infanto-juvénile", *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, París, Payot, 1981.
- , "La fonction de suppléance du procédé esthétique de Raymond Roussel", *Cahier. Association de la cause freudienne - Val de Loire et Bretagne*, primavera de 1995, 4, págs. 83-95.
- , "Les folies hystériques", *Confrontations psychiatriques*, 1985, 25, págs. 63-97.
- , "Les illusions verbales hystériques", *Cahiers de lectures freudiennes*, 1983, 2, págs. 53-72.
- , "Logique du meurtre immotivé", en *Psychose naissante, psychose unique?* (bajo la dirección de Henri Grivois). París, Masson, 1991, págs. 43-67.
- , "Suppléance perverse chez un sujet psychotique", *La Cause freudienne*, 1995, 31, págs. 109-116.
- , *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, París, Payot, 1981.
- , *L'investigation lacanienne de la psychose. Les origines (1931-1950)*, tesis de 3^{er} ciclo, París VIII, 1986.
- , *Logique du délire*, París, Masson, 1997.
- , "Las variaciones del campo de la histeria en psicoanálisis", en *Histeria y obsesión*, Manantial, Buenos Aires.

- Maleval, J.-C. y Cremniter, D., "Délire psychotique ou delirium névrotique. Essai de différenciation structurelle", *Bulletin de psychologie*, t. XL, nov.-dic. 1986, págs. 21-36.
- Malinowski, B., *Sexo y represión en la sociedad salvaje* (1927). Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.
- Mannoni, M., *La Théorie comme fiction*. París, Seuil, 1979.
- Marsillac, J., "Esterhazy est mort", *Le Journal*, 18 de agosto de 1923, col. 2, pág. 1, citado por J. Damourette, E. Pichon, "Sur la signification psychologique de la négation en français", *Quarto*, suplemento de la *Lettre mensuelle de l'École de la Cause freudienne*, Bruselas, XII, pág. 245.
- Marte, S., *Lewis Carroll. De l'autre côté de la logique*. Presses Universitaires de Rennes, 1995.
- Martin, "Veränderung der Ausdruckweise bei Rien", *Allg. Z. Psychiatr.*, 1856, 13, 605; citado por J. Bobon, *Introduction historique à l'étude des néologismes et des glossolalies en psychopathologie*.
- Melman, C., "Des psychoses, d'un point de vue lacanien", en *Lettres de l'école*. Bulletin intérieur de l'École Freudienne de París, 1979, 27, págs. 11-16.
- , "Une question particulière du père à l'adolescence?", *Clinique psychanalytique. Articles et communications. 1973-1990*, publicación de la Association Freudienne, París, Grenoble, 1991, pág. 193.
- Menahem, R., *Langage et folie*, París, Les Belles Lettres, 1986, pág. 123.
- Ménard, A., "La rencontre d'un psychotique", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, XIII, París, 1987, págs. 22-25.
- Meyerson, I., Quercy, P., "Des interprétations frustes", *Journal de psychologie, de neurologie et de médecine mentale*, 1920, págs. 813-815.
- Mignard, M., Petit, G., "Délire et personnalité", VII^o Congreso Belga de Neurología y de Psiquiatría, 1912.
- Miller, J.-A., (documentos editados por), "La scission de 1953", suplemento al n^o 7 de *Ornicar?*, París, 1976.
- , "Clínica irónica", *Uno por Uno*, n^o 34, Eolia, 1993.
- , "Complément aux journées des cartels sur la psychose", en *Lettre*

- de l'École, boletín interno de la Escuela Freudiana de París, 1979, 27, pág. 244.
- , *De la naturaleza de los semblantes*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- , "Forclusion généralisée", en *Cahier. Association de la cause freudienne-Val de Loire et Bretagne*, 1993, I, pág. 7.
- , "La psychose dans le texte de Lacan", en *La psychose dans le texte, Analytica*, París, Navarin, 1989, 58, pág. 135.
- , "Les embarras du savoir. Première discussion", *Le Conciliabule d'Angers*, París, Agalma/Seuil, 1997, págs. 49-50.
- , *La conversación de Arcachón. Los inclasificables de la clínica*, Paidós-ICBA, 1999.
- , *La sutura. Elementos de lógica del significante*. Siglo XXI, 1973.
- , Laurent, E., "L'Autre qui n'existe pas et ses comités d'éthique", seminario inédito del 18 de diciembre de 1996.
- , *Los signos del goce*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Miller, J.-A. y Etchegoyen, R. H., *El silencio se rompe*, Eolia, 1997.
- Milner, J.-C., *L'Amour de la langue*, París, Seuil, 1978, pág. 132.
- Minkowski, E., *El tiempo vivido* (1933), Gérard Monfort, Brionne, 1988, pág. 307.
- Müller, C., "Über Psychotherapie bei einem chronischen schizophrenen", *Psyche*, 1955, 9, 6, págs. 350-369.
- Naveau, P., "Sur le déclenchement de la psychose", *Ornicar?*, 1988, págs. 77-87.
- Niederland, W. C., "Trois notes sur le cas Schreber" (1951), *Le cas Schreber. Contributions psychanalytiques de langue anglaise*, París, PUF, 1979, págs. 63-76.
- Oulipo, *La bibliothèque oulipienne*, París, Seghers, 1990.
- Palomera, V., "Cómo disculpa la ciencia", en *El síntoma charlatán*, Paidós, 1998, pág. 299.
- Patris, M., "Positions subjectives psychotiques perçues à travers la relation thérapeutique", en *Les psychiatres et la psychanalyse aujourd'hui*, GRAPP, Navarin/Seuil, París, 1988, pág. 160.
- Pedinelli, J.-L., Bertagne, P., Von Kraccht, H., *Paroles de psychotiques*, Nervure, 1990, III, 7, pág. 11.

- Perrier, F., "À propos de la psychothérapie des schizophrènes", comunicación a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, 2 de febrero de 1954, en *La Chaussée-d'Antin*, col. "10/18", Union Générale d'Éditions, París, 1978, I, pág. 298.
- , "Fondements théoriques d'une psychothérapie de la schizophrénie", *L'Évolution psychiatrique*, 1958, en *La Chaussée-d'Antin, op. cit.*, I, pág. 266.
- Perrot, M., "La fin du charivari", *L'Âne. Le magazine freudien*, 22, julio-septiembre de 1985, pág. 45.
- Petitjean, F., Massé, G., "Une paternité difficile", *Psychiatrie du praticien*, 1981, 7, págs. 41-43.
- Petot, J.-M., Klein, M., *Le moi et le bon objet*, París, Dunod, 1982, II, págs. 270-273.
- Pinel, P., *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, 2ª edición, 1809, pág. 185.
- , *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, París, An. IX, 1ª edición, pág. 23.
- Pious, W., "Obsessive-compulsive symptoms in an incipient schizophrenic", *Psychoanalytic Quarterly*, 1950, págs. 327-351.
- Porge, E., *Les Noms du Père chez Jacques Lacan. Ponctuation et problématique*, col. Point Hors Ligne, Érès, Ramonville-Saint-Agne, 1997, pág. 98.
- Porot, M., "Modes d'entrée dans la schizophrénie", *La Revue du praticien*, XV, 25, 1 de octubre de 1956, pág. 3256.
- Queneau, R., *Bâtons, chiffres et lettres*, París, Gallimard, 1937, pág. 22.
- , *Exercices de style*, París, Gallimard, 1947, pág. 114.
- , *Les enfants du limon*, París, Gallimard, 1938.
- Réja, M., *L'art chez les fous* (1907), Niza, Z'édicions, 1994, págs. 34 y 36.
- Rey-Flaud, H., *La névrose courtoise*, París, Navarin, 1983.
- Robert, P., *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, París, Le Robert, 1984, III, pág. 78.
- Roch Lecours, A., Navet, M., Ross-Chouinard, A., "Langage et pensée du schizophrase", *Confrontations psychiatriques*, 1981, 19, pág. 136.
- Rosen, J., *Direct analysis*, Nueva York, Grun & Straton, 1953.

- Rosenfeld, H. A., "Analysis of an schizophrenic state with depersonalization", *IJP*, 1947, 26.
- , "Notes sur le traitement psychanalytique des états psychotiques", en *Traitement au long cours des états psychotiques*, Toulouse, Privat, 1974.
- , "Remarques sur les relations de l'homosexualité masculine avec la paranoïa, l'angoisse et le narcissisme", en *États psychotiques*, Paris, PUF, 1976, pág. 68.
- Roudinesco, E., *La Bataille de Cent ans. Histoire de la psychanalyse en France*, Paris, Seuil, 1982, I.
- Roussel, R., *Comment j'ai écrit certains de mes livres*, col. 10-18, Union Générale d'Éditions, Paris, 1985, pág. 125.
- Sacks, O., *Un anthropologue en Mars*, Paris, Seuil, 1996, pág. 95.
- Salimbene de Adam, *Cronica, anno 1250*, Bari, Ed. Latina, 1966.
- Samarin, W. S., *Tongues of men and angels*, Nueva York, Collier-Mac Millan, 1972.
- Saussure, F. de, *Cours de linguistique générale*, Paris, Payot, 1972, pág. 166.
- Sauvagnat, F., "La crise d'adolescence telle que la voyaient les premiers psychanalystes", *Destins de l'adolescence*, Presses Universitaires de Rennes, 1992, pág. 48.
- , "Une pierre d'attente. Quelques particularités du premier abord freudien des hallucinations psychotiques", *Ornicar?* N° 36, págs. 52-68.
- Schelderup, H. K., "Psychopatologische Analyse eines Falles von Zungenreden", *Zeit. Psychol.*, 1931, 122, 1; citado por J. Bobon, *op. cit.*, págs. 287-294.
- Schotte, J., "À propos de psychanalyse et psychiatrie", *Poinçon*, enero 1984, 6, págs. 88-89.
- Schreber, D. P., *Mémoires d'un névropathe* (1902), Paris, Seuil, 1975, pág. 154.
- , *Mémoires d'un névropathe* (1903), Paris, Seuil, 1975, pág. 181.
- Schwartz, S., "Is there a schizophrenic language?", *Behavioral and Brain Sciences*, 1982, 5, pág. 579-626.

- Searles, H., "La psychose de transfert dans la psychothérapie de la schizophrénie chronique" (1963), en *L'Effort pour rendre l'autre fou*, Paris, Gallimard, 1977, pág. 409.
- Searles, H., "Les sentiments positifs entre le schizophrène et sa mère" (1958), en *L'Effort pour rendre l'autre fou, op. cit.*, pág. 139.
- Sechehaye, M.-A., *Journal d'une schizophrène*, Paris, PUF, 1950.
- , *Journal d'une schizophrène*, Paris, PUF, 1950.
- Segal, H., "D'un système délirant comme défense contre la résurgence d'une situation catastrophique", *IJP*, 1974, 10, págs. 84-105.
- , "Quelques aspects de l'analyse d'un schizophrène" (1950), en *Délire et créativité*, Paris, Des femmes, 1987, pág. 182.
- , "Some aspects of the analysis of a schizophrenic", *International Journal of Psycho-analysis*, 1950, 31, págs. 268-278.
- , "Une approche psychanalytique du traitement des psychoses" (1975), en *Délire et créativité*, Paris, Des femmes, 1987, pág. 228.
- Séglas, J., "Du mutisme mélancolique", *Annales médico-psychologiques*, 1891, págs. 271-285.
- , *Les troubles du langage chez les aliénés*, Paris, Rueff, 1892, págs. 48-49.
- Sérieux, P., Capgras, J., *Les folies raisonnantes. Le délire d'interprétation*, Paris, Alcan, 1909, pág. 33.
- Silvestre, M., "Le transfert dans la direction de la cure", *Ornicar?*, 1984, 30, pág. 37.
- , "Transfert et interprétation dans les psychoses: une question de technique", *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1984, pág. 55.
- , "Transfert et interprétation dans les psychoses: une question de technique", *Actes de l'École de la Cause freudienne*, VI, junio de 1984, pág. 55.
- , "Un psychotique en analyse", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1983, IV, pág. 57.
- Skriabine, P., "Clinique de la suppléance", en *Ornicar?*, 1988, 44, pág. 67.
- Snell, L., "Ueber die veränderke Sprechweiss und die Bildung neuerwerke und ausdrücke in Wahsinn", *Allg. Zeitsch. F. Psychiatr.*,

- 1852, IX, 11. Traducción al francés: "Des altérations de la façon de parler et de la formation d'expressions et de mots nouveaux dans les delires", *Évolution psychiatrique*, abril-junio de 1980, 45, 2, págs. 365-374.
- Solano, L., "Charon, passeur d'âmes", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, XIII, París, 1987, págs. 108-111.
- Soler, C. et al., "Structure et fonction des phénomènes érotomaniaques de la psychose", en *Clinique différentielle des psychoses*, París, Navarin, 1988, pág. 248.
- , "Hors discours: autisme et paranoïa", *Les feuillets du Courtil*, 2, mayo, 1990, pág. 10.
- , "Les femmes et le sacrifice", *Cahier Association de la cause freudienne - Val-de-Loire et Bretagne*, 1994, 2, pág. 18.
- , "Quelle place pour l'analyste?", *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1987, XIII.
- , "Quelle place pour l'analyste?", en *L'Expérience psychanalytique des psychoses. Actes de l'École de la Cause freudienne*, París, junio de 1987, pág. 30.
- , "Rousseau, le symbole", *Ornicar?*, 1989, 48, págs. 30-57.
- Stevens, A., "L'holophrase, entre psychose et psychosomatique", *Ornicar?*, otoño 1987-88, 42, pág. 66.
- Stoller, R., *Splitting*, Quadrangle, Nueva York, 1973, págs. 16-17.
- Sullivan, H. S., "Peculiarity of thought in schizophrenia" (1925), en *Schizophrenia as a human process*, Nueva York, Londres, Norton, 1974, pág. 34.
- "Table ronde", *Lettres de l'École*, boletín interno de la École Freudienne de París, septiembre de 1979, 27, pág. 221.
- Tanzi, E., "I neologismi degli alienati in rapporto con delirio crónico", *Riv. Sper. Freniatr.*, 1889, 15 y 1890, 16.
- Targowla, R., Dublineau, J., *L'intuition délirante*, París, Masson, 1931, pág. 65.
- Teulié, G.-A., *Les rapports des langages néologiques et des idées délirantes en médecine mentale*, tesis de medicina, Burdeos, 1927, pág. 30.
- Thévoz, M. (textos presentados por), *Écrits bruts*, París, PUF, 1979,

- pág. 87. Se trata de un texto de Jules Doudin, hospitalizado en 1910 en Lausanne con un diagnóstico de esquizofrenia.
- , *Le langage de la rupture*, París, PUF, 1978, pág. 141.
- Trésor de la langue française. Dictionnaire de la langue du XIX^e et du XX^e siècle*, París, CNRS, 1981.
- Trésor de la langue française. Dictionnaire de la langue française du XIX^e et du XX^e siècle*, París, CNRS, 1981.
- Turnheim, M., "Interprétation analytique et interprétation délirante", en *Actes de l'École de la Cause freudienne*, 1984, VI, pág. 11.
- Vuarnet, J.-N., *Extases féminins*, París, Artaud, 1980.
- Wolfson, L., *Ma mère, musicienne, est morte...*, París, Navarin, 1984.
- Zenoni, A., "Clinique psychanalytique en institution: la psychose", *Les Feuillets du Courtil*, junio de 1993, 7, págs. 87-88.
- Zorn, F., *Mars* (1977), París, Gallimard, 1979, pág. 175.
- , *Mars*, París, Gallimard, 1979.

Índice onomástico

- Abraham, K., 340, 341.
Aimée, 48, 145, 308, 330.
Andreasen, N., 157, 158.
Arlow, J.-A., 370.
Artaud, A., 184, 200, 214, 235, 241, 242.
Asher, R., 15.
Asperger, H., 14, 15.
- Baillarger, J. G. F., 349.
Baumeyer, F., 245, 246.
Benedetti, G., 371.
Benjamin, H., 14.
Berbiguier, A. V. C., 263.
Bercherie, P., 15.
Bergeret, J., 71.
Bernard, J., 15.
Binswanger, H., 345.
Bion, W. R., 321, 353.
Blankensburg, W., 269.
Blavier, A., 155.
Bleuler, E., 208, 287, 308, 340, 341, 349.
Bloch, O., 61.
Bobon, J., 179, 194.
Bolyai, J., 23, 261.
Bonaparte, M., 41.
Borie, J., 404.
Bourke, J.-C., 99.
Brenner, C., 369, 370.
Brentano, F., 39, 44.
- Briole, G., 17.
Brisset, J.-P., 187, 193, 223, 229, 231, 234, 236, 285, 305, 307.
Broca, P., 81.
Broca, R., 414.
Brown, R., 159.
Bruno, P., 117, 184, 369.
Bullard, D. M., 319, 352.
Byschowski, G., 259, 359, 360, 361.
- Calvino, I., 155.
Cantor, G., 260, 264, 265, 268.
Cagras, J., 193.
Carroll, L., 154, 235.
Casco de Bronze, 365.
Cénac, M., 178.
Chaika, E., 159.
Champollion, J.-F., 92.
Charraud, N., 261.
Chateaubriand, A., 61.
Chazaud, J., 47, 144, 145.
Chouraqui-Sepel, C., 413.
Clark, P., 318.
Clérambault, G. G. de, 14, 17, 19, 208, 209, 237, 279.
Comte, A., 23, 298, 307.
Consoli, S., 267.
Cooper, D., 354.
Copineau, 227, 228.
Cordié, A., 362.

- Cottet, S., 11, 22.
 Coudray, J.-P., 279.
 Cremniter, D., 413.
 Czermak, M., 259, 266, 331.
 Damasio, A., 211, 212.
 Damourette, J., 65.
 De Brosse, 228.
 Desprot, F., 297.
 Deutsch, H., 34, 268, 366.
 Devreese, D., 246, 249.
 Dolto, F., 366.
 Dora, 30, 340.
 Dublineau, J., 172.
 Dupèrrex, P., 29.
 Durand, C., 251.
 Esquirol, J. E. D., 151.
 Ey, H., 16, 17, 27, 289, 349.
 Fainsilber, L., 367.
 Falret, J.-P., 185.
 Federn, P., 29, 34, 258, 315, 322,
 335, 343, 349, 352, 353, 371.
 Ferenczi, S., 258, 314, 348, 358,
 364.
 Flechsig, P. E., 280, 281, 282, 326,
 328.
 Fliess, W., 336.
 Flournoy, T., 177, 180-183.
 Francine, 308, 376, 384, 385, 405.
 Frege, G., 105, 108.
 Freud, S., 15, 18, 20, 28, 34, 36,
 37, 45, 55, 89, 103, 112, 137,
 142, 164, 185, 199, 215, 216,
 250, 251, 254, 258, 272, 284,
 290, 295, 300, 314, 315, 329,
 335, 336, 341, 342, 346, 352,
 356, 361, 369.
 Fromkin, V.-A., 159.
 Fromm-Reichmann, F., 319, 320,
 350, 352, 371.
 Georges, P., 242.
 Gide, A., 61.
 Gödel, K., 91, 108.
 Green, A., 71, 321.
 Gross, O., 338.
 Guéguen, P.-G., 362.
 Guillaume, G., 224, 231.
 Guiraud, P., 16, 192, 298.
 Guir, J., 226.
 Hanon, G., 288.
 Hartmann, E., 39.
 Hartmann, H., 49.
 Hegel, G. W. F., 43, 45.
 Herbart, J. F., 39.
 Hitler, A., 285.
 Hollos, I., 344.
 Hombre de los Lobos, el, 30, 31, 36,
 38, 41, 42, 51, 52, 57, 71, 142.
 Hombre de las Ratas, el, 31.
 Hubert, H., 311.
 Huerre, P., 253.
 Hugo, V., 83.
 Hunter, R., 31, 326, 358.
 Husserl, E., 39.
 Huysmans, J.-K., 165, 166.
 Hyppolite, J., 43, 45, 49.

- Israëls, H., 246.
 Jakobson, R., 81, 82.
 Janet, P., 208, 349.
 Jean de la Croix, 116.
 Jensen, W., 339, 341.
 Joyce, J., 131, 132, 138, 145, 237,
 267.
 Juanito, 31, 81, 82, 85, 86.
 Jung, C. G., 338, 340, 341.
 Kanner, L., 14.
 Karim, 222, 303, 385.
 Katan, M., 31.
 Kaufmant, Y., 403, 404, 413.
 Kernberg, O., 323.
 Khaiat, E., 288.
 Klein, M., 34, 38, 83, 295, 321.
 Knight, R., 352.
 Kofman, S., 298.
 Kraepelin, E., 17, 283, 288.
 Kris, E., 49, 50.
 Laforgue, R., 64, 65.
 Lanteri-Laura, G., 288.
 Lasègue, C., 292.
 Laterrasse, C., 100.
 Laurent, D., 309, 413.
 Laurent, E., 141, 233, 311, 332,
 333.
 Leclair, S., 67, 69.
 Lecoq, S., 197.
 Lefèvre, C., 168, 172.
 Lefort, R. y R., 13, 233.
 Leguil, F., 277.
 Leuret, F., 308.
 Lévi-Strauss, C., 35, 34, 65, 73, 77,
 86, 111.
 Lindner, R. M., 360.
 Little, M., 323.
 Littré, E., 61, 227.
 Loewenstein, R., 41, 49.
 Lombroso, C., 195, 196.
 Macalpine, I., 31, 34, 326, 357.
 Maeder, A., 178.
 Malher, M., 323.
 Malinowski, B., 75.
 Mannoni, M., 366, 372.
 Martini, 177.
 Mayer, J. R. von, 23, 260.
 Mèlèse, L., 367.
 Melman, C., 367.
 Menahem, R., 161.
 Ménard, A., 413.
 Meyerson, I., 190.
 Michaux, G., 354.
 Mignard, M., 287.
 Miller, J.-A., 12, 13, 14, 16, 23, 92,
 103, 108, 118, 121, 142, 214,
 243, 300, 331, 368.
 Milner, J.-C., 162.
 Minkowski, E., 215.
 Moscovitz, J.-J., 367.
 Müller, C., 29.
 Nash, J., 293.
 Niederland, W. C., 31, 34, 243,
 244, 245.
 Nodet, 289.

- Oury, J., 354.
 Palomera, V., 15.
 Pankow, G., 350, 371.
 Peano, G., 105, 108, 109.
 Pedinielli, J.-L., 161.
 Perec, G., 155.
 Perrier, F., 354, 355.
 Perrot, M., 254.
 Petit, G., 287.
 Pichon, E., 62, 65.
 Pinel, P., 241, 307.
 Pious, W., 352, 404.
 Porge, E., 104, 128.

 Quackelbeen, J., 247, 248.
 Queneau, R., 153, 155.
 Quercy, P., 178, 190.

 Rabelais, 129.
 Rau, A., 269.
 Réja, M., 194, 195.
 Reymond, J.-M., 293.
 Roch Lecours, A., 159.
 Rosen, J., 29, 326, 350, 352, 354, 371.
 Rosenfeld, H. A., 29, 295, 321, 322, 353, 371.
 Roudinesco, E., 65.
 Rousseau, J.-J., 23, 236.
 Roussel, R., 120, 237.
 Russell, B., 205.
 Ruwet, N., 209.

 Sacks, O., 293.
 Sade, D. A. F., 95.
 Saussure, F. de, 56, 57, 92, 181, 218, 229.
 Sauvagnat, F., 347.
 Schelderup, H. K., 179.
 Schneider, K., 16.
 Schotte, J., 59.
 Schramme, C., 241, 242.
 Schreber, D. P., 15, 19, 52, 53, 57, 102, 116, 122, 142, 144, 172, 174, 206, 207, 209, 214, 243, 249, 273, 286, 291, 295, 296, 311, 326, 341, 357, 374.
 Schwartz, S., 160, 161.
 Searles, H., 320, 324, 399.
 Sechehaye, M.-A., 30, 326, 350, 352, 354, 371.
 Segal, H., 29, 321, 353, 398, 399, 404.
 Séglas, J., 168, 172, 202.
 Sérieux, P., 193, 208.
 Siegel, R., 247.
 Silvestre, M., 13, 123, 332, 333, 369, 375.
 Skriabine, P., 129.
 Snell, L., 167.
 Solano, L., 413.
 Soler, C., 119, 123, 266, 332, 372, 410, 411, 413.
 Stevens, A., 224, 226, 231.
 Stoller, R., 310.
 Sullivan, H. S., 318, 319, 352.

 Tanzi, E., 151, 168, 172.
 Targłowa, R., 172.
 Tausk, V., 34.

- Teulié, G. A., 163, 171, 183.
 Tuzcek, K., 178.
 Turnheim, M., 363.

 Uexküll, J., 53.

 Waelder, R., 318.
 Wartburg, W., 61.
 Weber (Dr.), 286.

 Weiss, E., 343.
 Wernicke, C., 81.
 Wenler, M., 352.
 Winnicott, D. W., 323.
 Wolfson, L., 120, 214.

 Zénoni, A., 414.
 Zola, E., 165, 166.
 Zorn, E., 303, 307.